CRÓNICAS ILUSTRADAS

DE

LA GUARDIA CIVIL.



MADRID.—1865.

ADMINISTRACION, CALLE DE JARDINES, 24, PRINCIPAL.

CRÓNICAS ILUSTRADAS

DE LA

GUARDIA CIVIL,

POR

D. ELISARDO ULLOA.

«Asegurar la moralidad de sus in»divíduos es la base de esta Institu»cion.»

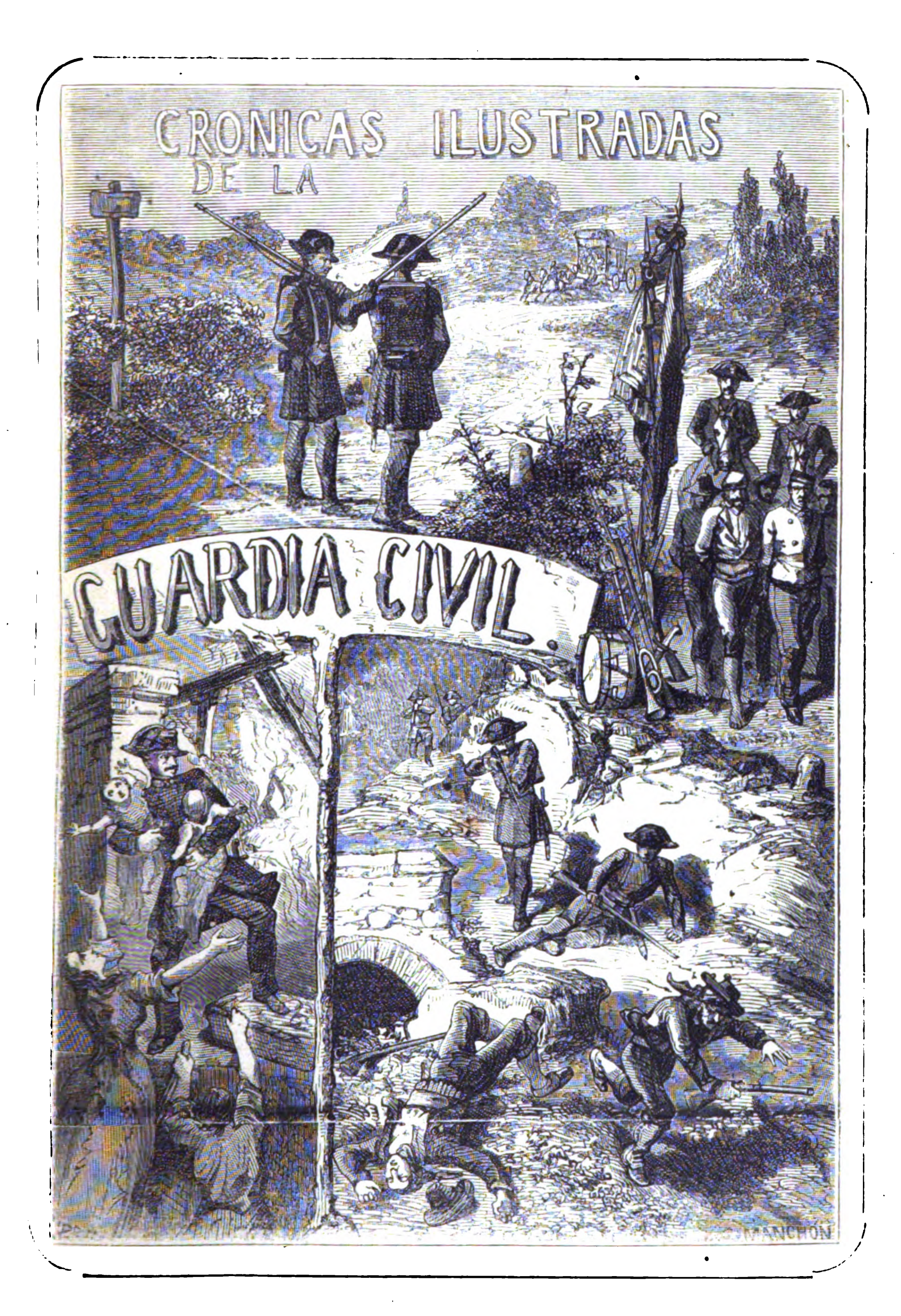
MADRID.

MARZO Y FERNANDEZ, EDITOR.
Administracion: calle de Jardines, núm. 22, principal.

1864.



Imp. de C. Gonzalez, calle de S. Vicente alta, número 52.


CRONICAS ILUSTRADAS
DE LA
GUARDIA CIVIL.
MANCHON

EXCMO. SR. D. ANGEL GARCÍA LOYGORRI, CONDE DE VISTA-HERMOSA, TENIENTE GENERAL DE LOS EJÉRCITOS NACIONALES, ETC., ETC., DIRECTOR GENERAL DE LA GUARDIA CIVIL Y VETERANA.

EXCMO. SR.

Si el vigor de las instituciones depende de la union de los indivíduos que las componen, la obra que proyectamos, atendido su objeto, será si no necesaria, conveniente en mucho.

La utilísima institucion de la Guardia Civil, no precisa una pluma que popularice, que encomie los heróicos hechos que en el decurso de muy cortos años la hicieron digna de admiracion sincera, de profunda gratitud; porque esos hechos, de suyo luminosos, de suyo grandes, dicen más que cuanto nosotros pudiéramos decir. Ellos aseguran el reposo de la familia, base sólida de la sociedad; ellos aseguran el castigo del criminal, enemigo jurado de las instituciones.

Séanos empero permitido el historiarlos.

Permítasenos, á fuer de justos y honrados, alabar al probo, ensalzar al héroe.

Séanos, en fin, permitido ya que la sociedad paga con leal gratitud las obras de los buenos, dar en esta obra un testimonio irrebatible de esa gratitud.

Dígnese, pues, Excmo. Sr., admitir en nombre del benemérito Cuerpo cuyas glorias y abnegacion vamos á historiar, la ofrenda de estas páginas.

Bueno es su objeto, buenos deberán ser sus resultados, y si esto último se realiza, veremos cumplida nuestra única ambicion.

Haya un código para la idea, que entienda la mente; haya otro para el sentimiento, basado en aquel, comprendido por el corazon.

Madrid 12 de Octubre de 1864.

ELISARDO ULLOA VARELA.

Con fecha 8 de Abril del presente año, el entonces Excmo. Sr. Director General del Cuerpo de la Guardia Civil Sr. D. Genaro de Quesada y Mathews, por conducto de su secretaría, se dignó mandar facilitarnos todos los datos y antecedentes necesarios, siendo compatibles con la publicidad, suscribiéndose al propio tiempo por algunos ejemplares.

Así mismo, con fecha 14 del presente Octubre, el Excmo. Sr. Conde de Vista-hermosa, actual Director General del Cuerpo, se ha servido aceptar con aprecio la dedicatoria de la obra, reiterándonos los ofrecimientos de su digno antecesor.

Cumpliendo con uno, para nosotros, de los mayores deberes, *la gratitud,* hacemos público nuestro reconocimiento con la insercion de las líneas que anteceden.

BELLVER.

I.

La humanidad no es otra cosa que la lucha incesante entre el bien y el mal.

Uno y otro, con distintas armas, se disputan la victoria y es la sociedad su campo de pelea.

El mal presenta un gran crímen; el bien una gran virtud. Aquel mata; este salva.

Conciértanse las huestes del uno; aúnanse valerosas y heróicas las del otro.

¿En qué difieren? ¿Qué lindes eternas les ha marcado el dedo de Dios? Una sola: la conciencia.

¿Qué queda al criminal? El castigo de los hombres,

esto es, el desprecio, la deshonra, el aislamiento, el presidio con sus mil sufrimientos; y el castigo de Dios, esto es, el remordimiento, negro hijo de una conciencia negra.

¿Qué queda al bueno? El orgullo que le dá el conocer que ha vencido valerosamente tantos obstáculos, tantas pasiones; el derecho á que la sociedad toda, agradecida, le corone con el noble título de virtuoso; la satisfaccion que impregna á una conciencia que sabe cumplir los penosos deberes que la impone la sociedad en que vive; el júbilo, la felicidad, en fin, que le dá el saber que es acreedor de algo á la sociedad, que la sociedad le debe parte de la dicha que la causó su bienestar defendido por él á costa de sacrificios y abnegacion.

Pues bien; á hacer patente ese derecho, esa satisfaccion, ese júbilo, y la gratitud que la sociedad debe á los buenos, vá encaminada nuestra obra.

No es en ella el GUARDIA CIVIL quien describe sus hechos heróicos; es la sociedad la que relata, orgullosa de sus hijos, esos heróicos hechos, para darles así la vida de la posteridad, levantando á la vez que un ejemplo, el hecho que atestigua el cumplimiento de su deber más alto: *Honor al bueno.*

No es aquí el honrado el hombre que lucha en defensa de su vida; lo es el que arriesga decidido su existencia un dia y otro dia, para salvar las de otros hombres que solo le son conocidos porque la sociedad le dice: *Son tus hermanos.*

Si algo paga estos hechos en los indivíduos es la conciencia; la sociedad solo puede inscribirlos en el libro de los virtuosos.

II.

¡Bellver!... Recuerdo que late tan vivo en la mente de todos los que pertenecen á esta Institucion no necesita que nosotros le avivemos; pero no recordarle, fuera al par que notoria injusticia, olvido inescusable del objeto que nos hemos propuesto. Cumplamos un deber recordando ese hecho.

Él ha sido el primero más heróico que siguió á la organizacion del Cuerpo; sea él tambien y justamente, el primero que este libro registre.

Comencemos pues.

Las sombras de una noche memorable, de la noche del 14 de Setiembre de 1850, envolvian la pequeña villa de Oropesa (1).

Los elementos gemian desencadenados; el agua, cayendo á torrentes, inundaba la tierra, formando lagos en los hondos y rios en los declives; el huracan silbaba tronchando á su paso añosos árboles; el relámpago encendia á intérvalos la negra atmósfera; y el trueno, cada vez mayor, cada vez más repetido, hallaba eco fatídico en las ignoradas cavidades de los montes.

La tempestad latia sobre la tierra; los hombres que allí moraban, empequeñecidos ante aquel grandioso espectáculo no osaban afrontarle:

¡Dios hablaba!

(1) Provincia de Castellon de la Plana.

Dos hombres empero, soldados de una idea la más grande de todas, soldados del bien, apercibido el ánimo y tranquila la conciencia, no vacilan ante el deber de arrostrar los peligros de aquella noche. Eran individuos de la GUARDIA CIVIL.

Si la lluvia azotaba sus rostros, habia fuego de sobra en sus corazones; si sus piés se hundian en el lodo, la honra estaba limpia, sin mancha; y corazon y honra son el hombre.

Nada más grande que aquellos séres que arrostrando los inminentes é imprevistos peligros del acaso, buscan al caminante perdido, al anciano exánime, al niño olvidado; que inquieren los senderos y registran las malezas, atento el oido al menor rumor que les dé á entender la existencia de un hermano desvalido.

Llegan, por fin, á las cercanías del pequeño barranco de Bellver; descansan allí fatigados. Aquellos momentos de reposo precedian á otros más crueles de muerte y desolacion.

III.

Retrocedamos algunas horas, y digamos qué incidente habia motivado la presencia de los dos Guardias en aquel sitio.

—El coche-correo que iba de Barcelona á Valencia, habia embarrancado en el arroyo de Chinchilla.

Y de tal modo, que solo grandes é inauditos esfuerzos podrian salvar á los viajeros que le ocupaban.

La suerte, sin embargo, hizo que tres Guardias supiesen el suceso, corriendo á prevenir en lo posible sus fatales consecuencias.

Estos Guardias se llaman Benito Cepa (1), Antonio Abad y Wenceslao Perez.

El primero era cabo-comandante del Puesto de Oropesa, y al mismo pertenecian los segundos.

El viento lleva hasta ellos un vago rumor que cesa y vuelve á reproducirse, cambiándose de pronto en otro más terrible: gritos de ira, de súplica y de dolor, mezclados en aciaga cuanto dolorosa confusion.

Míranse los Guardias y un solo sentimiento confunde sus miradas en que brillaban la fé y la caridad. No pronuncian una palabra; nada necesitan decirse, porque el libro de la Institucion á que pertenecen está en su memoria; corren empero, desalados, y llegan por fin al sitio de donde los gritos parten.

El coche, como hemos dicho, habia embarrancado; los esfuerzos de los caballos lograban solo hundirlos más en el fango.

Los gritos que los Guardias habian percibido partian de trece personas, que revueltas en el carruaje, y procurando cada una su propia salvacion, impedian la suya y la de los demas.

Lánzanse los Guardias al arroyo, dispuestos al árduo trabajo que lo urgente del caso reclamaba.

---

(1) Hoy teniente del noveno tercio D. Benito Cepa y Martinez.

IV.

El cabo Cepa dispone que se pidan al alcalde de Oropesa algunos hombres y caballerías, recomendándole la mayor celeridad en las disposiciones.

Los Guardias, con el agua hasta el pecho, colocan en tierra firme á los pasajeros, y llegados que fueron los auxilios pedidos, se logró no sin grandes esfuerzos, desembarrancar la diligencia y ponerla en disposicion de partir.

Los viajeros, al verse milagrosamente en salvo, conocieron la magnitud del servicio recibido, y su agradecimiento, rota toda valla, se desbordó en frases de cuya sinceridad era imposible dudar.

La doliente voz de la mujer herida, la sollozante de un medroso niño, y la opaca del anciano, uníanse todas para dar gracias á los salvadores que, veían sobradamente pagadas sus fatigas con aquella gratitud y acendrado reconocimiento.

—A ustedes debo la vida de mi hija!—decia la madre, que como tal, se olvidaba en aquel momento de la suya ante el peligro de otra más querida.

—Yo iba á Valencia—dice un jóven—llamado por un padre que está agonizando y desea morir en mis brazos; cómo amargaría sus últimos momentos la noticia de mi muerte! Gracias, oh! gracias en su nombre y en el mio!

Cuadro de imposible bosquejo para el pincel humano! El viento huracanado azotaba los ropajes de aquellos séres, que no sentian la copiosa lluvia; tan alta hablaba en

ellos la voz de la gratitud! Rodean á los fatigados Guardias y les ofrecen cuanto poséen. Una niña, con esa intuicion maravillosa del alma pura que se abre á la vida, cogia una mano de un Guardia y le miraba, retratados en sus ojos el asombro y la admiracion, y en sus labios una sonrisa de calma y confianza.

Parecíale que al lado de aquel hombre que tenia espada y cuyo traje brillaba á la luz de los relámpagos, no debia temer ninguno de los peligros del mundo. ¡Benditas las inocentes almas de los niños!

En aquel momento, un extranjero se adelantó hácia los Guardias.

—Si la gratitud—les dice—paga el favor que hoy hemos recibido, está pagado ya. Pero esperamos de ustedes un favor más; admitan ustedes esto.—Y les presentó una bolsa.

Un Guardia miró á la niña que le sonreía; despues al extranjero, y á sus compañeros despues. Y al ver aquel cuadro, sintió que sus ojos se humedecian....

Y aquellas lágrimas parecian decir á los viajeros:

—Nada nos debeis; la dicha, la felicidad que en este momento nos embarga, desapareceria si aceptáramos ese oro; ella es más grande que él, y basta á pagarnos, Hemos cumplido un deber, y el cumplimiento de un deber no se paga, no puede pagarse con dinero!...

El extranjero retiró su bolsa.

El mencionado Guardia acarició con sus manos la mojada cabeza de la candorosa niña, que tendió sus temblorosas manecitas al cuello de su salvador; este besó su blanca frente, y depositando la hija en brazos de su madre,

—Estamos pagados—dijo. Y las lágrimas volvieron á inundar sus ojos.

. . . .

Minutos despues el coche estaba en la carretera, y dentro de él los viajeros.

El coche comenzó á rodar, y llegaron al barranco de Bellver.

V.

El inteligente cabo Benito Cepa, habia dispuesto que dos Guardias, Gimeno y Ortega, se adelantasen saliendo en direccion opuesta, para vigilar el camino y prevenir á la diligencia que debia venir de Valencia.

Estos guardias cumplieron la órden, y hé aquí el por qué de hallarse en el momento en que los hemos dejado, cerca del barranco de Bellver.

Percibieron en medio del fragor de la tormenta el característico ruido del coche-correo, que habiéndose salvado del arroyo de Chinchilla, llegaba á Bellver, y se dirigieron á la carretera.

Las aguas de los despeñados torrentes, aumentadas por los derrames de cien y cien avenidas, azotaban incesantemente los flancos del camino; los caballos de tiro bajaban despavoridos por lo horroroso de la tempestad, pudiendo apenas contener sus ímpetus los esfuerzos del mayoral, zagal y postillon, y de tal modo, que seria casi imposible poder guiarlos rectamente á doblar la curva que hace la carretera al llegar á dicho punto.

El coche rueda ya sobre él, y de pronto óyese un crugido á nada comparable; el cercano mar levanta sus olas iracundas; silba el viento... las piedras se estremecen... y el pretil del camino, hendido ya y grietado, se derrumba en medio de los rugidos del huracan.

Corren los Guardias: el coche se ha precipitado! las olas arrastran cuerpos humanos! no se oye ni un grito; Ortega se suspende sobre el abismo, y sus ojos espantosamente abiertos intentan dominar lo negro de las pavorosas tinieblas.

Extremécese de pronto. El doliente llanto de un niño llega á sus oidos; inclínase ansioso y cree divisar algo vivo que se mueve y oscila á merced de las negras olas.

—Compañero—dice á Jimeno apretándole fuertemente la mano—compañero, desnúdate y saltemos!

—La oscuridad ó la emocion no te permiten fijarte en mí—dice Jimeno con voz entera—ya estoy desnudo.

VI.

Hizo la señal de la cruz y se arrojó. Ortega no tardó en seguirle (1).

Acaso en medio de la profunda oscuridad, la fria mano de algun moribundo se rozó con los cuerpos de aquellos héroes de la virtud; acaso en medio de la profunda oscuridad, la rubia cabeza de una niña muerta, chocó con la

(1) Sus levitas, y parte del armamento, se hallaron despues cerca del pretil derrumbado. Al reconocer sus cadáveres, se vió que tenian puestos y remangados los pantalones hasta las rodillas.



de Pedro Ortega.... acaso en medio de la profunda oscuridad los ateridos brazos de una madre buscaban entre las rugientes olas algo que era una hija!!..

Al siguiente dia el agua arrojaba quin ce cadáveres á la orilla.

. . . .

Años despues, el que escribe estas líneas, caminaba por la carretera de Barcelona á Valencia.

Llegado que fué al pequeño barranco de Bellver, llamó su atencion un modesto monumento de piedra que tenia esta inscripcion (1).

A LA MEMORIA
DE LOS GUARDIAS CIVILES
PEDRO ORTEGA Y ANTONIO GIMENO
QUE EN LA NOCHE DEL 14 DE SE-
TIEMBRE DE 1850 PERECIERON
POR SALVAR LOS PASAJEROS QUE
SE HUNDIERON CON LA DILIGENCIA
ARRASTRADA POR LAS AGUAS DE ESTE
TORRENTE.

Bajó de su caballo, examinó aquel sitio con religioso silencio, y tornó á leer la inscripcion.

Sintió que su corazon le decia algo, que sus rodillas se doblaban.

—Aun dirán que no es grande el hombre!—esta fué su única exclamacion.

Despues... murmuró la oracion de los muertos.

(1) Existe además en dicho sitio un corpulento árbol, que sin duda alguna fué testigo de esta catástrofe, y debió padecer bastante en la inundacion, pues se halla completamente tendido en tierra, y con todas sus raices al descubierto, aunque en el mejor estado de lozanía y verdor.



UN ODIO Á MUERTE.

I.

Nuestros lectores conoceran por la índole especial del hecho histórico que vamos á narrar, cuánta razon nos asiste para cubrir con pseudónimo el nombre de su protagonista.

. . . .

En el anochecer del 17 de Julio de 1851, las campanas de Santa Fé anunciaban fuego con sus vibrantes sonidos.

Los moradores de aquella villa, alarmados por tan inesperado cuanto terrible suceso, corrieron al lugar del incendio.

El fuego tomó muy pronto gigantescas proporciones; habia tenido principio en la parte baja de una casa, y voraz y desvastador, posesionado de toda ella, amenazaba impío á las contíguas, elevando al cielo sus llamas en rojas espirales.

Nada hay más bello que el fuego; nada al mismo tiempo más terrible; ningun otro elemento asume en grandeza tanta, ambas cualidades.

Ciega pasion de la naturaleza, solo tiene en la sociedad algo que se le asemeja en lo horrible: la calumnia; algo que se le asemeja en lo bello: las ilusiones de un corazon de jóven.

Los moradores de Santa Fé, inquietos ante un peligro difícil de localizar y que amenazaba ser comun, proyectaron trabajar de consuno, uniendo sus esfuerzos, y convencidos de la siguiente verdad social, que no debiera olvidarse tanto:

—La proteccion de todos á uno, salva á todos.—

El fuego lamia ya las paredes vecinas; gritos desgarradores que salian de la casa incendiada, llenando de terror al pueblo en torno de ella agrupado, daban positivo indicio de que allí habia séres humanos que imploraban proteccion con un pié ya en la pavorosa tumba que la suerte les deparaba.

En medio del general estupor, exhálase un unánime grito de esperanza. La GUARDIA CIVIL está allí. El bravo sargento segundo D. Manuel Roldan, con los Guardias de su mando, se abre paso y sin detenerse en contemplaciones, penetra en la casa presa del voraz elemento.

Un Guardia cae entre las llamas; ciegan á otro los negros turbiones de espeso humo; á otro hiere el des-

plome de una viga incendiada, y el que menos padece, tiene que despojarse precipitadamente de sus ropas que arden.

El pueblo que lleno de atonía los contempla, pide con gritos la salvacion de aquellos hombres.

—No entreis! No entreis!—les dicen.

Ninguno de ellos volvió la cabeza ni vaciló un momento.

Quejidos de supremo dolor parten de una habitacion cuya entrada hace imposible el fuego.

El trabajo empieza. El sargento Roldan, Manuel García (que habia sido albañil) y José Sides, hacen esfuerzos que los demás secundan dignamente.

La noche cerró por completo los horizontes. Los espectadores de aquel drama pavoroso, como si fueran un solo y compacto cuerpo, extremecidos por idéntica emocion, gritaban:

—Van á morir!—Hubo Guardia que sonrió al escucharlos.

II.

Conviene mucho á la claridad y perfecta comprension de la escena final de nuestro relato, el retroceder algunas horas sin dejar por eso á Santa Fé.

Nos encontramos, pues, en la mañana que precedió al incendio, y en los alrededores de la villa.

De esta sale un hombre que con paso precipitado se dirige á un matorral distante de ella un kilómetro.

Tiende por la vega miradas recelosas y su ruda fiso-

nomía se contrae de vez en cuando, como reflejando las ideas que surgen en su mente.

Su trage, aunque no sus ademanes, participa á la vez de los usados en las llamadas clase baja y media: viste sombrero blanco, larga corbata negra arrollada al cuello, chaqueta, pantalon de buen paño y botas de campana.

Hay fisonomías en que se lée; la del desconocido era una de ellas. Aquel hombre, dirigido al bien, hubiera sido un Paul; dirigido al mal, un Doumollard.

Llegado que fué al matorral, se detuvo ante una piedra de grandes dimensiones; sacó de un bolsillo de la chaqueta un lápiz, y con él, despues de tender á su rededor una mirada escudriñadora, escribió en el sillar una sola letra—S.—

Guardó rapidamente su lápiz, y convencido de que nadie le habia espiado, volvió por sus mismos pasos á Santa Fé, sin que lo malo del camino le obligara á hacer movimiento alguno de disgusto ó contrariedad, antes bien parecia no conocerlo; que acontece esto cuando una idea fija absorbe todas nuestras facultades, abstrayéndonos por completo del mundo exterior que nos rodea.

Media hora despues, un hombre, que gastaba chaqueta y cubria su cabeza con un sombrero de viejo fieltro, llegó al matorral y se acercó á la piedra marcada.

Al leer la—S.—misteriosa, su fisonomía se nubló; temblaron todos sus músculos y retrocedió dos pasos víctima de terror indecible ó de dolor inmenso.

Bajó su cabeza, y tras cortos momentos de meditacion, tornó á seguir su ruta, desapareciendo á poco de aquellos lugares. Momentos despues, cruzaba por el matorral una pareja de la GUARDIA CIVIL.

Nuestros lectores pedirán, y con notoria justicia, la esplicacion y causas de la anterior misteriosa escena. Nada más lejos de nuestro ánimo que faltar á este deber; vamos, pues á complacerles, en la seguridad de que, cuando hayamos concluido, llegarán aun á tiempo para apagar el voraz incendio de Santa Fé.

III.

Hay hombres cuyo destino es hacer mal á una familia entera, desde los decrépitos abuelos hasta los nietos, efecto acaso de una profunda aunque inesplicable antipatía de raza.

Le encuentran siempre en su camino y cada encuentro es un suceso aciago; engaña á unos, hiere á otros.

Al ver sus instintos, se creeria que la naturaleza inerte tiene rencores inveterados, pasiones de odio ciego como ella.

Martin L*** era uno de esos hombres Martin L*** se llamaba el que, llegando el primero al matorral, escribió la—S.—que leyó el segundo.

Enumeremos ahora los desastres que causó á una familia.

En la guerra, cual ninguna gloriosa, que conocemos con el santo nombre de *Guerra de la Independencia*, militaban á las órdenes del general Castaños, el padre de Martin L*** y un amigo suyo llamado Simon. Los ascensos y hechos gloriosos de éste, fueron causa de que la envidia más vil y rastrera se posesionase de aquel; envidia que

acrecentó una disputa tenida entre ambos, y que dió al fin por resultado una infamia que no esperaba el bravo y honrado militar Simon.

En medio de una de las mil sangrientas escaramuzas que entonces se sucedian diariamente, el padre de Martin, aprovechando la oscuridad de la nóche y la confusion de la batalla, adelantó hasta muy cerca del enemigo, seguido de Simon á quien habia dicho:

—Sígueme! resguardados por aquellos árboles, podremos matar cien franceses en una hora.

Simon no vaciló; y llegados que fueron á ellos, L*** se arrojó sobre Simon, que no pudiendo defenderse de tan meditado y traicionero ataque, se vió á poco atado á un árbol y sin armas de que poder valerse.

—¡Mátame, miserable—esclamó—antes que dejarme en poder de los soldados de Napoleon!

L*** vaciló, pero no atreviéndose á dar muerte al que habia sido su amigo, corrió á incorporarse á su compañía, sintiendo silbar en su redor las enemigas balas.

Aquella noche, Simon fué prisionero de los franceses que llegaron á poco al pequeño bosque.

Años despues, traicion tan infame fué contada por Simon moribundo á sus dos hijos que lloraban al lado de su lecho.

—He buscado á ese miserable, pero no pude hallarle nunca; hoy que voy á morir, os hago conocedores de su nombre. Si él ha muerto, me encontraré con él dentro de muy cortos momentos. Sed buenos, hijos mios; vuestra madre y yo os esperamos *allá*. Adios....

Y la fria mano de la muerte paralizó aquellos lábios.

IV.

El hermano mayor, trascurridos cuatro años despues del fallecimiento de su padre, se casó, y ya tenia un hijo de seis años, cuando una noche, al volver á su pueblo, una bala, penetrando en su pecho, le dejó muerto instantáneamente.

No se oyó la detonacion del arma; el asesino, hiriendo á mansalva, habia utilizado una escopeta de viento.

Supérfluo nos parece advertir el desconsuelo de la viuda, y el profundo pesar del hermano menor que á la sazon militaba en nuestro ejército.

Nuestros lectores adivinarán el nombre del asesino; sabran que es Martin, hijo del miserable que hizo víctima de su envidia á Simon.

—Ahora bien, ¿qué motivo le impelió á tamaño crímen?

Digámoslo en breves palabras.

Martin se habia enamorado de la mujer del hijo mayor de Simon, cuando estaba aun soltera.

Pero era sin duda heredero de los instintos de su muerto padre, porque así como la envidia de aquel habia acrecido, así acreció su pasion al verse despreciado y pospuesto á otro hombre que logró unirse en matrimonio á la que él amaba.

—«Llegué, ví y vencí»—dijo César Augusto.

—Pensar, ver y matar—hizo Martin L*** en una noche.

La nuera del difunto Simon, quedó pues, viuda y sin más proteccion que la de su cuñado, entonces muy lejos de ella.

Nadie pudo adivinar quién fuese el asesino de su esposo, y nadie hubiera puesto en boca el nombre de Martin, conocido entonces por hombre que, teniendo algunas haciendas, era muy caritativo y de honradez sin tacha.

¡Hasta tal punto se cubre la maldad con el disfraz de la virtud!

Martin no podia querer que su crímen fuese infructuoso, y al efecto ideó un plan que á costa de inconcebibles trabajos llevó á la práctica, impulsado por viles y disparados instintos.

En otra noche—que la noche es madre del crímen y del infortunio—penetró en casa de la abandonada nuera de Simon: disfrazado su rostro con una peluca, pintados sus negros bigotes hasta hacerlos parecer canos, y puestas en los pies unas alpargatas que impidieran seguir despues su rastro por las huellas marcadas en la tierra.

¿Nos será posible referir lo que allí sucedió? No; aunque á la mente se resista el comprender maldad tanta, tan negra alevosía, adivínela ella, que no bastarian palabras á esplicarla.

Baste saber que los gritos del niño se apagaban en un pañuelo que tapaba su boca, y que su desmayada madre yacía á merced del miserable Martin.

Al siguiente dia, el cabello de la madre estaba blanco; una noche habia bastado para encanecerlo.

¡Cuánto y cuán horrible habria sido el sufrimiento de aquella desgraciada madre! Dios solo puede comprenderlo.

V.

Muy en breve la noticia de tan desgraciado suceso fué sabida por todos los habitantes de Santa Fé, quienes honrados y compasivos se apresuraron á socorrer las víctimas de la alevosa traicion.

La justicia entendió en el asunto, pero fueron inútiles sus pesquisas. Madre é hijo no pudieron conocer al miserable, y unas alpargatas halladas á cien pasos de la casa dieron á entender que se habian tomado para la perpetracion de hecho tan abominable, todas las precauciones de seguridad.

La infeliz viuda, víctíma de una fiebre lenta y mortal, falleció á las pocas semanas, dejando un huérfano que la caridad de un honrado matrimonio convecino se encargó de educar, prohijándolo.

A todos se hizo claro ya, que la muerte del hijo mayor de Simon, estaba enlazada con la última desgracia de su viuda y que el que habia causado esta, preparó antes os medios, sin detenerse en examinar su bondad ó maldad, cometiendo un asesinato, que creia sin duda necesario para el seguro logro de sus ambiciones, criminales ante Dios y ante la naturaleza entera.

En una mañana de primavera, un licenciado del ejército entraba en Santa Fé, nublado el semblante por los recuerdos que aquella villa despertaba en su mente.

Su primer cuidado fué dirigirse al cementerio; y así que hubo llegado á él, buscó la tumba de sus padres, y oró lleno de santo recogimiento.

Buscó despues la de su hermano, y como hubiese llamado su atencion otra cruz, casi unida á ella, leyó lo que en letras blancas decia.

—¡Ambos han muerto!—esclamó—¿por qué se me habrá ocultado esta nueva desgracia? ¡Qué triste es volver al pueblo que me vió nacer, en el que he dejado una familia, y no hallar á nadie, y encontrarse solo! ¡Oh! al menos debe existir un niño en quien depositaré todo mi afecto, á quien consagraré mis afanes! Es necesario que yo le busque, que yo averigue donde está. Hermano mio, si tu hijo no te acompaña en esa tumba, será de hoy más hijo mio; yo velaré por su porvenir!

Dicho esto, tornó á arrodillarse, y sus lábios volvieron á pronunciar las frases de una oracion.

VI.

El buen veterano adquirió en aquel mismo dia las noticias que nadie se habia atrevido á comunicarle antes.

Recogió al hijo de su hermano, y decidido á trabajar sobre la base de los ahorros con que se habia encontrado al licenciarse, comenzó para él una vida de calma, interrumpida solo por los funestos recuerdos de un pasado doloroso y lleno de arcanos.

—Mi padre víctima de una traicion!—pensaba.—Mi hermano asesinado! Mi cuñada muerta por el dolor de un ultraje horrible!

Y estas tres ideas, que de contínuo le atormentaban, ya en medio de los trabajos del dia, ya interrumpiendo su

sueño en el silencio de las noches, filtraban en su alma gota á gota, un ódio ascendente, voraz, indestructible mortal, hácia aquel enemigo jurado de su familia que le era desconocido.

—¡Oh!—pensaba—si quiere destruirla, algun dia se pondrá en mi camino... y entonces... entonces, le mataré sin duda alguna!

Y su ódio cada vez más reconcentrado, cada vez más cruel, le hacia repetir hasta en sueños:—Le mataré!—le hacia, cuando iba al cementerio ó pasaba cerca de él, jurar la muerte de una persona, que sin embargo, desconocia.

El tiempo no pudo entibiar este insaciable anhelo de venganza, avivado por los recuerdos que despertaban en él contínuamente el niño y los lugares de la villa.

Un dia, aconsejado por varios amigos, y despues de concertar con el honrado matrimonio de que ya hemos hecho mencion, la educacion de su sobrino, puso en órden sus papeles y sentó plaza en la GUARDIA CIVIL.

Salió de Santa Fé, y cuando tornó destinado á ella, una conversacion sostenida en la plaza entre varios vecinos, le hizo esclamar en voz alta:

—Creeis que mi objeto al ser Guardia civil es buscar al enemigo de mi familia? algo hay de eso; trabajaré incesantemente para encontrar á ese hombre, y confío en que habré de hallarle tarde ó temprano.

Y una ráfaga de ódio cruzó por su semblante.

—Entonces—continuó con febril agitacion—mi venganza será cruel, muy cruel.

Martin L*** que se encontraba allí, escuchó esto y tembló por su seguridad. Tenia á su lado un hombre que le perseguiría, que le juraba muerte!...

Martin, no desmintiendo su carácter, se separó calmosamente del grupo, cruzó varias calles y entró en una casa de miserable aspecto.

Allí habló largo rato con un hombre y le dijo al retirarse:

—Pasarás por el matorral todas las mañanas; cuando en la piedra grande veas escrita una—S—recordarás lo que acabamos de convenir.

VII.

Nuestros lectores, pues, tienen ya explicada la escena del matorral.

Pero el amigo de Martin, así que hubo visto la—S,—se dirigió á la casa de la GUARDIA CIVIL, y con voz agitada pidió confidencia á un Guardia.

Este Guardia no era otro que el hijo menor de Simon; y así que se hubieron retirado á discreto lugar, el que llegaba del matorral, habló así:

—Usted debe sin duda conocerme.

—De vista nada más.

—Pues bien; soy un pobre sér, que viviendo en la miseria más completa, he tenido que recurrir á un hombre que me salvó de morirme de hambre. Esa persona tiene desde entonces derechos sobre mí; derechos que me recuerda siempre, y yo le sirvo como un esclavo. No hace muchos dias que me dijo:—Te daré seis mil reales, pero tienes que librarme de un hombre. Despues huirás como duedas.

Yo soy honrado, señor Guardia, y la miseria ó la gratitud no pueden obligarme á villanías. Decidí en mi interior salvar al hombre en cuestion, y dije sí á mi protector. Ha llegado el momento de salvarle. Pero el secreto.....

—Hable usted; sé lo que es una confidencia.

—El padre de usted se llamaba Simon?

—Sí; pero....

—No fué víctima de una accion villana?

—Cierto... continúe usted...—dijo el Guardia anhelante.

—El hermano de usted murió asesinado...

—Sí... sí...

—Su mujer...

—Dios mio! habré hallado al fin lo que buscaba?

—Y yo he sido encargado de quitar á usted de enmedio, porque estorba á ese hombre.

—Quién es? quién es?—esclamó el Guardia, rojo de ira, y respirando apenas.

—El traidor, el asesino, el villano... ayer habló á usted...

—¡Su nombre!

—Y despues daré pruebas... el padre de usted conoció á su padre...

—Pronto, acabe usted!

—Pues bien... Martin L***!

Renunciamos á describir lo que en aquel momento pasó por el alma del Guardia.

Su sangre toda afluyó impetuosa á su corazon.

Iba á vengarse al fin!

Iba al fin á cumplir su juramento de *ódio á muerte!*

Y en aquel instante se olvidó de que era soldado del bien, en quien no debieran tener cabida ódios ni rencores.

VIII.

Horas despues, á la caida de la tarde de aquel dia, se incendiaba una casa en Santa Fé, y nos parece ya conveniente volver á ella.

Una hora hacia que los Guardias trabajaban para localizar ó cortar el fuego, y sus esfuerzos, sobremanera peligrosos, empezaban á dar fructuosos resultados.

El fuego, herido de muerte, iba plegando sus rojas alas.

Un Guardia, al pasar de una habitacion á otra, creyó percibir en medio de los chirridos de las maderas, ayes agonizantes que partian, segun toda probabilidad, de una estancia rodeada de llamas.

Su primer movimiento fué arrojarse á la puerta, pero una ráfaga de espeso humo le obligó á cerrar los ojos y á retroceder.

—¿Quién es usted?—preguntó para cerciorarse de que habia allí algo humano.

—Ah!...—contestó una voz apagada—las fuerzas me han faltado para gritar... sálveme V. y le daré tres mil reales... seis mil.....

El Guardia quedó petrificado como si oprimiesen su cuerpo los anillos de una serpiente.

Creyó reconocer aquella voz... sin embargo, no era la del dueño de la casa.

—Quién es usted?—gritó con voz estentórea.

—Seis mil... diez mil reales si usted quiere... y yo podré dárselos: soy Martin L***!

Todos los músculos del Guardia se contrajeron de un modo horrible; su fisonomía tomó tal aspecto, que cualquiera de sus compañeros que le hubiera visto no hubiera podido conocerle.

La transicion fué instantánea, pero tambien de corta duracion.

Soltó un hacha que llevaba en su mano ulcerada por el fuego, buscó el lugar más próximo á la puerta de aquella estancia, y allí, arrimado á la pared con la sonrisa siniestra en los labios y cruzados los brazos, esperó á que los chirridos del fuego le diesen á conocer que las llamas habian llegado al cuerpo de Martin L.***

Mas de pronto, como obedeciendo á un irresistible impulso interior, tomó el hacha y se lanzó á la puerta.

Sus cabellos se quemaron y casi ahogado por el humo tuvo que retroceder.

IX.

No podia salvarle!

—Salvarle! — pensó—y he pensado en eso? Salvarle! imposible, porque no quiero! Hoy se extinguirá mi ódio con la muerte de ese hombre! Salvarle! exponerme yo á perder la vida por un hombre cuyo apellido me recordó mi padre al morir; por un hombre que causó la desgracia de mi familia! Exponerme yo á perecer por quien aun en esta mañana proyectaba mi ruina, mi muerte..... no, nunca!

Una voz interior, la voz de la conciencia, le gritaba:

—No es tu enemigo, no es asesino, no es Martin L***, es un hombre próximo á morir y nada más; ahoga tus ódios; cumple tu deber: sálvale!—

El rudo combate que en el Guardia sostenian el bien y el mal, destrozaba su alma; los quejidos de Martin se hacian cada vez menos perceptibles.

El tiempo apremiaba; era perentoria una decision. Las llamas azotaban ya el tabique y el humo adquiria un rojo muy subido, semejante al color de la sangre.

El Guardia escuchaba los gritos de sus compañeros que allí, á su lado, arriesgaban sus vidas por salvar menos que una vida, una propiedad.

Y él, él tenia alli un hombre!

Decídese al fin y da algunos pasos.

Sentia que su corazon parecia rompérsele, que su frente iba á estallar..... y creia ver en medio de los rojos turbiones de humo y llamas, la sombra de su padre moribundo que le pedia *Venganza!*—la de su hermano mayor que le gritaba:—*Véngame!*—la de su cuñada que le decia —*No perdones!*—Y á esas voces respondia una suya:—Ha querido darte la muerte! No tengas compasion!...

Ya hemos dicho en otra ocasion, que

Del ódio á la compasion,
del dichoso al aflijido,
media tan solo un latido
del humano corazon!

Pero, era posible que aquel ódio, caido gota á gota en el alma del Guardia, en el trascurso de años enteros, se trocara de pronto en caridad, más aún, en abnegacion?

El hombre ama con la misma fuerza con que aborrece. La pasion del amor ciega á muchos hombres como la del ódio al hijo menor de Simon.



EL GUARDIA puso su agitada mano sobre el corazon de Martin; latia aun.

Vencerse requiere en ambos casos idéntica lucha interior.

La voz de la conciencia volvia á gritar:

—Ese hombre no te pertenece! Tú no eres en este instante hijo ni hermano, eres un hombre que ha jurado deberes que están muy por encima de pasiones personales! Tú no eres tuyo, eres de la sociedad entera! Salva á Martin! Salva á quien iba á asesinarte!

Un último ímpetu de ódio le hizo esclamar:

—Martin, estás en mis manos; puedo vengarme, asesino de mi familia! Tu vida depende de mi voluntad! Soy el hijo de Simon! Soy...

Un quejido desgarrador heló las palabras en los labios del Guardia.

—Va á morir!—esclamó de pronto.

Vibró su hacha, dejó aquella puerta inaccesible, y buscando un tabique de la estancia, clavó en él su cortante arma con desesperacion.

El tabique era endeble y pronto el Guardia saltó en la habitacion.

Ya era tiempo.

X.

Las llamas prendian en el traje de Martin, que tendido en el pavimento y herido en la frente, parecia cadáver.

El Guardia puso su agitada mano sobre el corazon de Martin; latia aun.

Arrancó á las llamas una cortina que amenazaban

quemar; la mojó en un charco de agua del pavimento y volviendo á Martin le colocó sobre sus hombros.

Aquel movimiento hizo que Martin volviese un tanto en sí. Miró á su salvador y al reconocerle, esclamó con inesplicable emocion:

—Tú! tú me salvas!—

El Guardia le aseguró bien y dió un paso mas hácia la oradacion de la pared. Sus ojos, hinchados y rojos, lloraban lastimados por el humo y el calor.

Dió otro paso más... una vibrante ráfaga de fuego se dirije á él... La detiene con la cortina empapada en agua... y salta al fin fuera de aquella estancia.

Pero cuando su pecho se ensanchaba para respirar aire más puro, un mareo, un desvanecimiento invencible, le hizo inclinar la cabeza... y caer.

Cuando volvió en sí, se halló en otra estancia y rodeado de dos de sus compañeros. Uno de ellos dijo:

—Gracias á Dios! Temimos por tu vida. El fuego está completamente vencido, despues de cinco horas. Puedes levantarte?

Probó á hacerlo, mas de pronto despertado por un súbito recuerdo, miró á su derredor y no vió sin duda lo que sus ojos buscaban, porque esclamó:

—Habeis visto á mi lado... un hombre?...

—No, á nadie. Has salvado á alguno?

—Yo? no, no salvé á nadie... á nadie!...

Y concluyó para sí el pensamiento:

—He salvado á un hombre; he dejado huir á un criminal!

XI.

Minutos despues, los Guardias atravesaban silenciosos por entre la multitud, que, al ver sus ropas desgarradas, sus ulceradas manos y sus hinchados ojos, prorumpia en entusiastas aclamaciones hácia aquellos hombres que escasos siempre de palabras, traducian en elocuentes hechos sus pensamientos de héroes del Bien y del Deber.

. . . .

. . . .

Trascurridas algunas semanas fué dirigida á la Direccion de la Guardia civil una comunicacion que entre otras cosas decia:

—«Hoy se me ha presentado un hombre, solicitando «hablar al guardia... y delatándose de asesino... Se llama «Martin L.»

Dios habia pasado por la conciencia de aquel hombre! Su arrepentimiento le hizo feliz porque confiaba en merecer con él el perdon del Autor del mundo. Acaso no se hubiera arrepentido si la accion heróica del hijo de Simon, no le hubiera hecho conocer su maldad y pequeñez, iluminando un corazon sumido hasta entonces en las profundas sombras de instintos debidos solo á una descuidada y aun más sombría educacion.

. . . .

....Todas las tardes, al declinar del dia, un hombre vestido con el uniforme de Guardia civil, oraba fervorosamente en el cementerio, triste como todos, de Santa Fé.

Los restos mortales de tres personas queridas, moraban allí en el lúgubre y misterioso silencio de las tumbas.

Y aun hoy, no falta quien coloque tres coronas sobre tres cruces, cuando las campanas, con quejumbroso tañido, anuncian el *Dia de difuntos*.

. . . .

Hemos dicho que el presente relato seria corto; no nos hemos equivocado. A nuestros lectores toca decir despues de pensar en él si hemos acertado tambien al aseverar que era fecundo en el campo de la meditacion y las deducciones que de él brotan, si se le estudia con alguna calma.

---

10 DE NOVIEMBRE DE 1853.

El título que damos á esta CRÓNICA es mas que una fecha; es hoy para el Cuerpo la manifestacion de los heróicos hechos de ocho de sus indivíduos.

Estos Guardias son desde entonces conocidos, no solo de todos sus compañeros que, paso tras paso, hecho tras hecho, les han seguido con el pensamiento en su brillante carrera, sino tambien de varios pueblos, teatros de sus servicios, y de número aun mayor de personas que no perteneciendo á la Institucion, han oido en reiteradas ocasiones la historia siempre brillante de los acontecimientos en que han tomado parte.

En estos, y especialmente en el que es objeto de la presente narracion, han demostrado esos indivíduos, tener esa actividad que, siempre trabajando, siempre multipli-

cada, es exclusiva de las almas de seguro é indomable temple.

Bizarros y honrados militares, han visto siempre el cumplimiento de su deber, como meta de sus aspiraciones todas.

Ellos han merecido el aprecio y felicitacion de su excelentísimo director general, y faltaríamos á un grato deber, si á nuestra vez no felicitáramos al Cuerpo todo, por lo grande y humanitario de la idea que le sostiene y guia.

Las malas causas no producen nunca hombres buenos, y bastaria esto para probar al que lo dudase, la alta y moralizadora conveniencia de esta Institucion que, semejante á las *Cruzadas* que iban á rescatar la Tierra Santa, créa los héroes del bien, y marcha impávida y valerosa al rescate de la propiedad, de la vida, de la tranquilidad y del órden, que son la Tierra Santa de las sociedades de hoy.

II.

Brioso era el caballo y apuesto el ginete que le dirigia, camino de Huelga (1), en la memorable noche del nueve al diez de noviembre de mil ochocientos cincuenta y tres.

La atmósfera se cubria de negros y apiñados nubarrones y no sin temor conocia el ginete por los silbidos del viento, que el cielo preparaba allí alguno de sus terribles y magestuosos dramas.

—¡Oh!—decia á tiempo que dirigia hácia Huelga una

1) Provincia de Almería.

mirada intensa y escudriñadora—¡la noche avanza, y la tormenta se acerca horrible y amenazante! Si no entro en Huelga antes de media hora, es seguro que arriesgaré la vida al intentarlo despues.

Y por un movimiento convulsivo, clavó en el caballo los enmohecidos acicates.

—Corre, pobre *Diamante*, corre!—Acaso por una de esas casualidades de que está llena la vida humana, depende de tí en este momento la honra de mi hermano y la vida de mi hija! Es necesario que lleguemos á Huelga antes de media hora. ¡Corre, mi leal *Diamante*, corre!

El ginete se embozó en su ancha capa, oprimió anhelante los hijares del caballo y encomendándose á la Providencia, continuó su camino con creciente celeridad.

En verdad que era arriesgado el correr por aquellos oscuros y tortuosos senderos, y se necesitaba mucho tino para guiar al caballo en su corrida.

Mas, por fortuna, el caballo poseía en alto grado el rayo de inteligencia que el Creador concedió á esa raza, y conocia aquellos caminos.

Gruesas gotas de agua comenzaron á caer sobre la tierra y un trueno, aunque lejano, vibró en la atmósfera.

El viandante, á quien llamaremos don Leon Velazquez, no pudo menos de esclamar:

—No me engañaba; el huracan está encima!—y avivó su caballo, cuyo ardor desmayaba un tanto.

El agua caía cada vez mas abundante y fuerte; el trueno se acercaba, y en medio de la oscuridad sentíase brotar un ruido sordo y múltiple que asustó á *Diamante* y era formado por la precipitada corriente del rio Aguas y las caidas de algunos arroyos.

Atemorizado el caballo, intentó un galope desordenado; pero bien pronto la superficie lisa y mojada de una pequeña roca, haciéndole resbalar, detuvo su carrera que sin duda hubiera sido aciaga para Velazquez.

Este, que era buen ginete, sostuvo al caballo, pero al querer hacerle caminar de nuevo, conoció con profunda desesperacion, que *Diamante* se negaba obstinadamente á obedecerle.

Todos los esfuerzos de Velazquez fueron inútiles.

El caballo no podia andar; en la caida, habíasele tor cido una de las manos, y parecia víctima de la enfermedad conocida con el nombre de *enfosamiento.*

...Qué hacer? la tormenta se acerca amagando de muerte á los vecinos de Huelga... aquel hombre no puede arriesgar temerariamente su existencia porque de ella dependen una honra de hombre y una vida de niño... Permanecer allí es esperar acaso la muerte; seguir á pié el camino, es ir á buscarla acaso...

Atar el caballo á un árbol que gemia azotado por el viento; tomar de la maletilla algunos objetos; persignarse y comenzar á andar con seguro paso y ánimo mas seguro aun, todo esto fué obra de algunos segundos para don Leon Velazquez.

Adelantemos nosotros sin miedo á la tormenta, y lleguemos antes que él á Huelga, donde nos llaman terribles y memorables peripecias.

III.

Son los historiadores gente entrometida que desempolva archivos y revuelve papeles con el sólo objeto de saber vidas agenas.

Pero como quiera que tal oficio no es pecado, cuando para moral leccion y provechosa enseñanza narra el historiador agenas vidas, sin cargo alguno de conciencia llevaremos á nuestros lectores al modesto interior de una de las pocas casas de la diputacion de Huelga.

Y como no queremos que en la puerta queden, porque seria imperdonable tal descuido en una noche tal, les entraremos en una pequeña estancia, pobremente amueblada.

Tampoco queremos pasar por impolíticos, y les ofrecemos, como si en nuestra casa estuviéramos, sillas donde se sienten: tres son las disponibles por hallarse ocupadas las restantes, y así, si alguno quedare en pié, podremos sentirlo, pero no podremos darle silla ni taburete.

Ahora, rogámosles que no hagan ruido y que, atento el ánimo, escuchen la conversacion de una anciana y un jóven que, sentados y á la luz de mortecina vela, apoyan sus codos en la mesa en que aquella descansa, y platican de esta guisa:

—Señora, nada de vacilaciones; el tiempo corre y las horas de esta noche valen mucho para mí.

—Pero ¿cree usted que Leon está en camino?

—Lo sospecho.

—Sin embargo, lo tormentoso de la noche, si en camino se halla, le habrá impedido llegar...

—No, no. Conozco su carácter. He recibido hoy carta en que me anuncian su partida para Huelga, y suponiendo que la carta haya adelantado medio dia, Velazquez debe estar muy cerca de Huelga en estos momentos.

—Pero ¿sabe usted el motivo de su viaje?

—No, señora; si bien supongo que habiendo partido de aquí con el objeto de vér á su hermano, puesto en la cárcel por la causa que contra él sigo, habrá perdido al fin toda esperanza de salvarle y volverá á su hogar anhelando acaso vengarse de mí...

—¿Y para evitar esto último desea usted...

—Sí, señora; deseo que usted me entregue un rollo de papeles que hace diez dias ha recibido usted.

—Pero ¿cómo puede saberse?...

—El amigo que me anunció la llegada de Velazquez, me anunció tambien la llegada de estos papeles, porque Velazquez se lo dijo.

—¡Buenos amigos tiene mi primo! ¿Y no le dijo á usted tambien que la venida de Leon no tenia otro objeto que el de llevarse los papeles?

—Sospecha usted...

—Sospecho, que ese rollo de papeles que no he leido porque nunca abro las cartas que para Leon se dirijen, sospecho que encierra las pruebas de la inocencia del que está en prision; sospecho que usted que es muy jóven, muy loco, pero muy vengativo, ha calumniado al hermano de Leon para vengar no sé qué ofensa; y sospecho, por último, que usted no pudiendo poseer esos papeles sin contar conmigo porque de otro modo arriesgaria usted

mucho, y no queriendo al mismo tiempo que el enemigo de usted se salve merced á ellos...

—Señora, sospeche usted lo que la plazca. Yo aseguro que deseo esos papeles con el fin de hacerme temer de Velazquez y evitar así la venganza que sin duda frágua contra mí. Despues de pasados los primeros dias de su estancia aquí y cuando yo haya tenido tiempo de suspender la demanda contra su hermano, los papeles volverán á usted.

—Imposible...

—Señora, repito que estoy decidido á pagar los gastos del proceso y hacer que se sobresea en él; temo la venganza de ambos hermanos; y aunque de mi parte está la justicia...

—Qué puedo yo fiar de usted *cuando así miente*?

—Señora!

—Usted ha calumniado...

—Concluyamos. Usted me dará esos papeles; si por ellos la preguntára Velazquez, fácil fuera decir que se han perdido ó extraviado...., en cambio de ese favor, yo aseguro que los papeles volverán pronto á las manos de usted; que el hermano de Leon será libre y que en el momento de recibir yo los papeles usted recibirá dos mil duros, como regalo en pago de un servicio en que nada arriesga.

—Pero...—murmuró débilmente la anciana.

—Dos mil duros!

—Sí, ya lo sé; sin embargo, una vez que usted solo desea esos papeles para evitar por unos dias la venganza de mi primo, por qué no la evita dejando la Huelga?

—Tres mil duros, señora!

En aquel momento, un inesperado y rudo golpe hizo temblar las paredes y conmovió hasta los cimientos la pequeña casa.

La anciana y el jóven se levantaron á un tiempo mismo y con rapidez igual, dejando ver en sus fisonomías el asombro.

Partiendo de una estancia contígua, llegaron hasta ambos interlocutores los débiles ayes de una niña que, despertada sin duda por aquel extraño rumor, lloraba de miedo.

IV.

La pluma tiembla en las manos al intentar siquiera un imperfecto bosquejo de las escenas de que Huelga fué teatro en aquella noche.

Diremos únicamente que las paredes de las casas se extremecian como si un terremoto hendiese la tierra; las puertas que estaban abiertas se cerraron con estrépito; los cristales estallaban á los golpes del viento y del agua; los dinteles gemian; oscilaban las ventanas que el huracan no rasgaba; mil hierros que sujetaban ya una puerta ya un alero, saltaban en pedazos; las tejas, arrojadas de su lugar, volaban como aves, á merced del viento; los árboles, arrancados de cuajo, rodaban hasta tropezar con las casas que crugian ante aquel irresistible choque. Las chozas y cortijos, que eran muchos, desaparecieron; el huracan los deshizo en un segundo, envolviendo en ellos á los moradores descuidados.

Nada respetaban las avalanchas.

Un clamoreo doliente, horrible, un grito que no tiene humana expresion partió de todos los ámbitos.

Los hijos, los padres, los hermanos, las esposas, los ancianos y los niños... sorprendidos por aquel suceso que nunca habian creido que á tanto llegára, despertábanse aterrorizados si se habian entregado al sueño, ó desalados corrian sin direccion fija, si estaban en vela, huyendo todos de la proximidad á las casas que amenazaban desplomarse.

Corrian... hemos dicho, y ni aun esto les era posible ya: diríase que Dios habia separado de la tierra el Océano y le vertia sobre Huelga.

El rio, convertido en mar, rodaba por las calles y azotaba las casas con sus enhiestas, espumosas olas.

Se oian, se oian gritos, quejas, sollozos, despedidas, nombres queridos, hasta maldiciones..... pero la densa cerrazon del cielo, negro entonces como una conciencia manchada por el crímen, impedia ver, aun á cortas distancias.

Aquel de nuestros lectores que se haya encontrado en caso semejante, aducirá lo que á este relato falta; quien no haya oido el huracan, quien no haya visto la tempestad, no podria comprendernos, aunque más dijéramos.

Y no podemos decir más.

V.

Desde que la tormenta se anunció con el golpe que llenó de pavor á nuestros dos interlocutores, hasta que tomó el espantoso incremento que acabamos de describir,

trascurrieron algunos minutos que bastaron para que, reanudando la conversacion, dijese el jóven á la anciana prima de Velazquez:

—Señora... la tormenta será horrible... necesito marchar... los papeles, pronto!

—Me promete usted?...

—Pronto, pronto!

—Están en otra habitacion... tengo que buscar las llaves... espéreme usted...

La anciana salió llevando en sus brazos á la niña cuyo lívido semblante anunciaba el terror.

El caballero quedó allí; se aproximó á una ventana y lo oscuro de la noche le hizo extremecerse; pero bien pronto, una feroz alegría brilló en su semblante al pensar que á tan poca costa iban á ser suyos los papeles que deseaba.

Dió algunos pasos por la estancia, pero alarmado de veras por el aspecto de la noche, contuvo ya mal su creciente impaciencia.

—Velazquez se habrá detenido sin duda alguna, y es seguro que no entrará en Huelga hasta mañana. Lo que importa es que á su llegada no me encuentre yo aqui. Débo prevenirlo todo... maldita prima y cuánto se tarda! Oh, mujeres, mujeres! Qué pronto se las alucina y engaña! No fiaré yo ningun secreto á la discrecion femenina! Sin esos preciosos papeles, Juan Velazquez—dijo riendo—quedará por algunos años atado á un grillete de presidiario. Oh! pequeño ha sido el ultraje que me ha inferido, pero mi venganza será inmensa!

La anciana apareció.

—Gracias á Dios!

—Dispense usted una tardanza involuntaria; he tenido que buscar la llave... y la niña...

—Bien, bien, los papeles?

—Hé ahí el rollo.

—Ah!

—Me promete usted...

—Todo, señora, todo lo prometido ya!

—Porque de otro modo... aun es tiempo...

—Señora, antes de diez minutos estará aquí mi criado con la cantidad designada.

—Tome usted pues.

El jóven tomó los papeles con temblorosa mano; los guardó rápidamente bajo su capa y se dispuso á salir.

—Aconsejo á usted que cierre bien todas las puertas y ventanas. Esta noche será desastrosa para Huelga.

—Oh! temiéndolo estoy; y temo más aun por la vida de Leon si le ha cogido en malos caminos la tempestad que ahora se acerca á nosotros!

—Adios, señora.

—Adios. Debo esperar...

—El cumplimiento de lo prometido? Antes de diez minutos y por mano de persona discreta y fiel, recibirá usted las primeras pruebas de mi eterna gratitud por el favor que la debo.

—Y Juan?

—Juan Velazquez será libre; se lo juro á usted.

—Lo creo.

—Adios.

—Adios, y cuide mucho de su memoria.

Salió el jóven, siguióle la prima de Leon; y el primero, abierta que fué por una sirvienta la puerta de la calle,

comenzó á caminar á tiempo que con acento de íntima alegría murmuraba bajo los embozos de su capa:

—Tres mil duros! ya puedes ésperarlos; no diez minutos sino diez siglos. Así recibirás tú esa cantidad como Juan Velazquez saldrá libre. ¡Oh, mujeres!

De pronto se detuvo, helado por el terror. Quiso correr, quiso huir... pero sus pies permanecieron fijos.

Acertó á tocar una tapia con sus temblorosos brazos, y allí, inmóvil, dominado por el miedo y la atonía, permaneció mirando con ojos espantosamente abiertos la horrenda catástrofe que sobre él y á su redor comenzaba á manifestarse.

Su voz, en demanda de auxilio, se unió bien pronto á las doloridas de todos sus convecinos.

VI.

Cuadro pavoroso! Huelga era un lago de agitadas olas que arrastraban todo lo que encontraban á su paso.

Todos, todos los moradores desoian el vecino grito ante el riesgo propio.

Nadie curaba del ageno dolor.

Gritaba el que se veía presa de las olas; gritaba el herido; gritaba la madre...

Auxilio pedian todos, y en tan general consternacion nadie procuraba otra cosa que auxiliarse á sí mismo.

Y cómo dar auxilio?

Cómo, sin riesgo de muerte segura, atravesar las calles ó escalar las ventanas, si las calles eran rugidores torrentes, si las casas crugian y se grietaban?

Cómo? cómo auxiliar á aquellos séres?

Preguntádselo á nueve hombres, indivíduos de la Guardia civil.

Y estampemos aquí sus nombres, porque la humanidad les debe sincera gratitud.

Puesto de Huelga.

Cabo segundo, Bernardo Rodriguez, *comandante.* (1)
Fulgencio Martinez, *Guardia de primera clase.*
Mariano Cerberon, *de segunda.*
Blas Pons, *de idem.*
Gabriel Yusta, *de idem.*
Juan Fernandez, *de idem.*

Puesto de Cuevas de Vera.

José Serrano, *idem.*
Felipe Alvarez, *idem.*

Teniente, jefe de la línea.

D. Manuel Hernandez Sancho.

Quisiéramos tener el génio de los grandes hombres para relatar dignamente los acontecimientos de aquella noche.

Pero, en su falta, contentémonos con trascribir líneas de una carta escrita dos dias despues de la catástrofe por un testigo presencial.

«Los Guardias, con heróicos esfuerzos y con más he»róica abnegacion de sus vidas, se lanzaron á las calles

(1) Graduaciones que tenian en aquella época.

»convertidas en furiosos torrentes por espacio de mas de »tres horas, y con agua á veces hasta los pechos, se ocu»paron en ir poniendo á salvo las personas más necesita»das ó más inmediatamente amenazadas por la tempes»tad. Tuvieron que hacer varios boquetes en las casas »para dar salida á las aguas y con su arrojo y serenidad »en tan inminente peligro salvaron varias familias por las »ventanas poniéndose ellos debajo para recibir á las per»sonas sin que tocasen al agua, como yo mismo lo ví »hacer con una mujer impedida que sin ese auxilio hu»biera seguramente perecido.»

Esto es mucho... pero no es todo aun!

La conducta de esos indivíduos toma las más heróicas proporciones, al saber que, mientras acudian intrépidos á poner en salvamiento á los vecinos de Huelga, DEJABAN ABANDONADAS SU CASA-CUARTEL Y SUS FAMILIAS QUE CORRIAN EL MISMO Ó ACASO MAYOR PELIGRO QUE LAS DE LOS VECINOS QUE AUXILIABAN.

....Los trabajos anejos á la publicacion de esta obra, nos han puesto en conocimiento de muchos hechos, cuyas circunstancias esenciales son idénticas á las del que nos ocupa.

Ellos tienen lugar designado en nuestras CRÓNICAS, y en verdad que no sabemos ya cómo encarecerlos.

Ciertos, muy ciertos estamos de que no necesitan nuestra loa y encarecimiento para aparecer grandes; pero en tiempos en que tan generalizado está el egoismo, en tiempos en que es el interés propio el más poderoso móvil de las acciones humanas y sociales, esos hechos, esa abnegacion, esas elocuentes protestas de la virtud ante el refinado egoismo de tantos hombres, arrancan de los honrados pechos los espontáneos gritos de la admiracion y la gratitud.

Estos hechos, que en número no pequeño ilustran la brillante historia de la GUARDIA CIVIL, son de tal índole, que á ellos debe la Institucion la fuerza moral que hoy ejerce, y sobrevivirán al tornadizo olvido de los pueblos, porque ni estos podrán olvidarlos jamás, ni una historia ganada á fuerza de brios, de abnegacion, de honradez y de virtud, puede ser efímera, aunque malos tiempos corran, en la eslabonada cadena de vicisitudes y recuerdos humanos.

Y hasta un sentimiento de nacional orgullo, hará que vivos subsistan esos hechos en la mente de todos.

Nueve nombres acabamos de estampar con satisfaccion íntima.

Salúdelos con el corazon quien estas páginas lea.

VII.

Tiempo es ya de que volvamos á don Leon Velazquez, á quien hemos dejado caminando hácia Huelga, sin que el miedo doblegara la entereza de su carácter.

Distaba solamente algunos pasos de las primeras chozas de Huelga, cuando vió funestamente realizados sus presagios.

Y al contemplar el pavoroso cuadro que delante tenia, fué un

—Mi hija!—la esclamacion instintiva que brotó de su alma.

No hacia muchos meses que habia visto bajar á la tumba á su esposa; mil desgracias habian atenazado de contínuo su corazon, y la inminente pérdida de una hija

querida le dió valor para correr hácia Huelga, arrostrando la anarquía de los elementos.

Los gritos, los lamentos, las demandas de socorro que do quier escuchaba, le daban claro indicio de que eran generales el estupor y el peligro.

Cogió una rama de álamo que las aguas se llevaban, y apoyándose en ella y al par en las paredes, logró avanzar algo.

El agua, empero, le llegaba ya á la rodilla y con tal priesa y fuerza se engrosaba, que muy pronto, si Velazquez retrocedia, azotaria su pecho.

Un momento hubo en que se sintió mareado, desvanecido, y le fué preciso detenerse.

Nuevas fuerzas reemplazaron pronto á las perdidas y pudo continuar.

Llegó al fin á las tapias de su morada.

Allí... oyó los desgarradores gritos de una mujer que desde una ventana pedia socorro para una niña.

Miró, pero no pudo conocer á la que gritaba.

Sin embargo, conoció la voz, el acento de su anciana prima.

—Cármen!—gritó con voz estentórea—salva á mi hija, sálvala!

Pero la anciana no le oía.

Oh! es triste para un padre estar tan cerca de su hija, y estar al mismo tiempo tan lejos!

Estar tocándose y verse separados por un abismo de muerte!

Ideaba Velazquez mil proyectos para acorrer á la salvacion de su hija, pero desistia de todos, porque se encontraba sin fuerzas para afrontarlos.

La puerta de la casa no podia ser abierta, porque las aguas, penetrando por un pequeño corral habian descendido é inundaban toda la planta baja.

Y cuando ya el padre desesperaba, ve entre las sombras á un hombre, que con agua hasta los pechos, se dirigia hácia la casa.

Llega, toca la pared, trepa,... cómo? no lo sabemos ni él mismo lo sabrá hoy.

En circunstancias tales, obra el hombre sin darse mucha cuenta de lo que hace. Cuántas veces se admira despues de haber hecho lo que creia imposible y se pregunta á sí mismo cómo lo llevó á cabo!

El Guardia se hizo ver de doña Cármen y la gritó:

—La niña, déme usted la niña!

—Dios mio!—esclamó la anciana extremeciéndose—vá á perecer!

—Hasta dónde llega el agua?

—No tiene salida y toca ya el techo de la planta baja.

—Venga la niña!

La anciana se retiró.

Velazquez se sentia morir.

Doña Cármen volvió con la niña.

—Acérquela usted á la pared—gritó el Guardia—y déjela caer: yo la recibiré.

—No... no! caerá en las aguas! Usted no puede detenerla con un solo brazo!

Velazquez quiso gritar, quiso acercarse al Guardia, pero ni pudo dar un paso, ni pronunciar una palabra.

—A dónde la llevará usted?

—Señora, no perdamos estos momentos... yo velaré por ella, la pondré en lugar seguro... lejos de las casas...

Doña Cármen suspendió á la niña fuera del alfeizar.

—No llores, Angela, no llores—la decia—y ella lloraba á mares.

La anciana se dobló sobre la estrecha ventana, besó á la niña, cerró los ojos, dió un grito que hirió en lo más profundo el alma de Velazquez... y soltó la niña.

Velazquez la vió caer, la oyó gritar tambien... y sintió ese extremecimiento tan característico que nos hace creer que se ha abierto nuestro pecho, que nuestro cuerpo se ha partido por su mitad.

El Guardia que aferraba una mano en una reja, esperó con la otra el cuerpo de Angela; al recibirle, osciló fuertemente y su cabeza botó en la tapia... Velazquez, que lo veia todo, estendió los brazos como si pudiese tomar en ellos á su hija.....

Segundos despues, el Guardia sentaba á la niña sobre su cabeza y marchaba con la celeridad que las aguas permitian hácia la parte más elevada de Huelga.

—Mi hija! mi hija!—gritaba un hombre que no podia alcanzarle, aunque se esforzaba en ello.

El Guardia no le oia. Encontró á un compañero, le dió la niña, volvió á la casa de Velazquez, tornó á encaramarse en la reja, y ya allí, gritó:

—Ahora usted, señora!

Doña Cármen no contestó. Yacia desmayada y tendida en el fondo de la estancia.

VIII.

Amaneció.

Los elementos entraron en calma y entonces pudieron ser vistos los estragos de solas tres horas de tormenta.

Campos desiertos, casas y chozas destruidas, soledad, silencio sepulcral, y cuatro ó cinco cadáveres.

Registrado uno de ellos, se le halló en un bolsillo un rollo de papeles. Abierto que fué el rollo, pudo verse, no sin alguna admiracion, que solo contenia papeles en blanco...

Esta escena coincidia con otra en la casa de Velazquez.

Cármen, decia á su primo:

—Abraza, abraza á tu hija. La Providencia ha velado por nosotros. Aunque no tan grande como esa hubiera sido, otra desgracia te amenazó tambien.

—Cuál?

—La pérdida de estos papeles.

—Ah, dame! pero no están mojados...

—No era el agua quien se los llevaba; era un hombre el que queria llevarlos. Temí que á viva fuerza quisiera poseerlos, y le dí otros.

—Cuéntame... quién osaba?...

—Díme antes lo que valen.

—Valen... la honra de mi calumniado hermano!

. . . .

Nada nos resta que decir.

En la historia del cuerpo de la GUARDIA CIVIL hay desde entonces una gloriosa fecha que la honra y que, cum-

pliendo el deber que nos hemos impuesto, trasladamos á este libro.

Los compañeros del Señor Hernandez, de Rodriguez, Martinez, Cerberon, Pons, Yusta, Fernandez, Serrano y Alvarez, no deberán olvidar nunca á cuanto les obliga el

DIEZ DE NOVIEMBRE DE MIL OCHOCIENTOS CINCUENTA Y TRES.

PASION Y DEBER (1).

I.

Grande alarma en pueblo pequeño es siempre un acontecimiento que deja arraigados recuerdos en la vida monótona y tranquila de sus moradores.

La pequeña villa de C. de R. célebre en la historia por ser pátria de reyes, conserva en una vieja estátua, en un carcomido castillo, en un sólido puente de construccion romana, y en unas termas no ha mucho reconstruidas, señales patentes de cuánto fué su poderío en los dias de pasados años, y muestras al par inequívocas de cuánto el tiempo destruyó su antigua valía, mirándola hoy triste y postergada.

---

(1) Viviendo aún el héroe de la historia que va á ocuparnos, hemos creido conveniente velar su nombre con el pseudónimo de Gabriel Labisval, hasta que él nos autorice para darle á conocer como quisiéramos, y como le suplicamos.

Sus moradores, en la época en que comienza nuestro relato, eran víctimas de un vago terror que no carecia de fundamento. Y más y más lo creeremos justificado, sabiendo que era á la sazon época de baños; que muchos forasteros habian acudido á los tan eficaces de C. de R.; y que estos forasteros traian consigo caudales que podian sin duda servir de cebo á temerarios bandidos.

El hecho, en fin, era este. De la sucia é insegura cárcel de la cercana ciudad de P.—, capital de provincia, habíase fugado Jorge Ubeda, quien, sentenciado por asesinato de una mujer y robo en despoblado, á treinta años de cadena, estaba próximo á marchar de un dia á otro al cumplimiento de tal sentencia.

Lograda la fuga por medios que á todos fueron hasta cierto punto desconocidos, solo pensó el bandido en hacer que se perdieran sus huellas y de tal modo lo logró que nadie pudo saber despues el sitio que por dos meses le ocultó á toda vigilancia.

Al cabo de ellos, el robo de un molino y el incendio de una heredad, unidos á fidedignas voces que circularon, no dejaron duda de que Jaime Ubeda, *álias* el Gallego, habia formado en los dos meses de ocultacion una partida de hombres miserables como él, con la que se disponia á todo género de terribles aventuras.

Este rumor, mejor dicho, la seguridad de este hecho, adquirida por los habitantes de C. de R. bastaba ya á que la alarma cundiese; alarma que tomó proporciones gigantescas, con un hecho mayor en maldad que los anteriores de Ubeda.

II.

Este, pretendiendo robar una casa de las cercanas á la capilla de San Roque, ideó el incendiarla. Por este medio, cuando las llamas devoraban la pequeña morada, se aprovechó de la confusion y terror consiguientes en los que la habitaban, y vió conseguido rápidamente su objeto, bien antes de que las autoridades se constituyesen en el lugar de la catástrofe.

Lograda que fué la extincion del fuego, se conoció que habia causado desgracias personales: una niña de año y medio pereció completamente carbonizada, y un anciano paralítico, sufria los más crueles dolores. Este anciano, que en el humo creyó divisar las vagas figuras de los bandidos, y el registro hecho despues en el lugar que habia guardado los ahorros de aquella familia, dieron hartos indicios de que la mano del miserable Ubeda, *álias* el Gallego, se habia posado allí.

La Guardia civil, infundiendo seguridad y confianza en los ánimos que solo en ella esperaban, continuó en mayor escala sus rodobladas y bien dispuestas pesquisas.

Enunciados estos hechos, antecedentes que reclamaba la claridad de nuestro relato, entremos en materia, porque es interesante y fecunda.

III.

Habia amanecido ya, cuando de la Casa-cuartel que habita la GUARDIA CIVIL en C. de R. salian dos de sus individuos.

Y á las diez de la noche de aquel dia, ambos Guardias, seguidos por otro hombre en trage de paisano, entraban presurosos en la Casa-cuartel.

Era comandante del Puesto el sargento Gabriel Labisval; hombre de elevada estatura, de severo continente y de rígido carácter en lo que al cumplimiento de los deberes atañía. Habia militado en el ejército de nuestra amada Reina, en *la guerra de los siete años* y tenia pendiente de su pecho la honrosa cruz de San Fernando, en plata.

Muy pronto, entre Labisval y los dos recien llegados Guardias se trabó el siguiente diálogo:

—Qué ha sucedido, señores?

—Nada particular en todo el dia, pero entrada ya la noche, encontramos al hombre que viene con nosotros. Le han sido robados alevosamente el caballo que montaba y nueve onzas en oro y plata que consigo traia.

—Lo saben ya los puestos cercanos?

—Lo hemos noticiado á las parejas halladas en nuestro camino.

—Cuántos eran los ladrones?

—Doce, segun dice el anciano.

—A qué distancia de aquí se cometió el robo?

—A dos leguas, mi sargento.

—Hagan ustedes que entre el robado.

Este compareció á poco. Su fisonomía no era de esas que pueden inspirar confianza, y la experiencia de Labisval, le aconsejó mucho tino con aquel hombre.

—La cédula de usted?—le dijo. Fuéle dada y en ella vió que el anciano se llamaba Julian Llasera.

—Cómo fué el robo?—Llasera refirió con imperturbable sangre fria los detalles del hecho. Y con igual calma contestó á las demás preguntas de Labisval, encaminadas á saber el número de los ladrones, el lugar del acontecimiento, las palabras que le dirigieron, las señas personales de algunos que recordase, y por último la direccion que tomaron los foragidos despues de efectuado el robo.

Labisval examinó con profunda mirada la fisonomía del anciano.

—Esa calma—pensó—al referir el hecho; esos detalles tan marcados é inverosímiles, porque un hombre en su situacion no se cuida de contar el número de los que le saquean..., todo me hace creer que este hombre es uno de los mismos ladrones que delata.

—Podré continuar mi camino?—preguntó Llasera.

—Hácia dónde?

—Hácia P...

—No hallo inconveniente—contestó el experimentado sargento.—No hallo inconveniente. ¿Recuerda usted si en medio de la débil lucha que usted sostuvo, se pronunció por los ladrones algun nombre?

—¡Ah, si señor, si señor! Uno de ellos dijo: ¡No dirá hoy Diego que no cumplimos sus instrucciones!

—Ya! con que dijo eso uno de ellos!

—Si... si señor.

—Si no me engaño, ese es el nombre del bandido *El Gallego*, que anda por aquí... dijo Labisval con indiferencia.

—No señor, no señor... esclamó Llasera con précipitacion.

IV.

El sargento se conmovió; habia cogido al bandido en sus propias redes, gracias á su perspicacia.

Ocultó sin embargo su alegria, que pasó desapercibida para Llasera, é hizo esta reflexion:

—Ese hombre sabe cómo se llama *El Gallego*; sin duda, para que perdamos la pista de este, finje un robo, y nos noticia una nueva partida de foragidos.

El tiempo dirá mas ámpliamente si Labisval se equivocaba.

—Vamos, buen anciano, puede usted marchar cuando le parezca oportuno; pero antes, mude usted su desgarrado pantalon por aquel, que aunque viejo, es mejor. Y le señaló uno que pendia de un ángulo de la estancia.

Llasera no se hizo rogar; el sargento Labisval, seguia con avidez todos sus movimientos.

De pronto se extremeció; llamó á los Guardias y les dijo en voz baja:

—En marcha y pronto. Luego dirigiéndose á Llasera, le preguntó con tono indiferente:

—¿Hácia dónde dijo usted que habian huido los ladrones?

—Hácia C—s.

—Señores, salgamos; usted, Bieites, quede con este hombre: está preso!

Llasera tembló y miró al sargento con atonía.

No concibió la razon de aquella órden. Labisval la sabia perfectamente. Habia visto en una de las piernas del anciano, las negras marcas de un grillete de presidiario. Momentos despues, el sargento y los Guardias que estaban á sus órdenes, menos Bieites, se hallaban fuera de la Casa-cuartel.

—En direccion contraria á la que nos dijo ese hombre —mandó Labisval.

Y ya se disponia á la marcha, cuando fué detenido por un niño que le entregó un papel.

Abriólo Labisval y leyó lo que sigue:

—«Gabriel, Gabriel, Jaime Ubeda á quien conoceis con el nombre de *El Gallego*, es hermano mio. Sálvale!

ROSA.»

Un rayo que hubiera caido á los piés de Labisval, no le hubiera causado sensacion mayor.

El papel cayó de sus manos, sintió un temblor invencible, cubrióse de sudor su frente y estuvo á punto de caer. ¡Tan lejano estaba él de esperar noticia tal!

Fué un momento; cogió el papel, lo devolvió al niño con una moneda de plata, diciéndole:

—Que procure verme quien te ha dado este papel.

Y volviendo á su gente que estaba inquieta por la salud de un hombre que le era muy querido.

—En marcha, en marcha!—esclamó.

Y comenzaron á caminar con precipitacion.

Dos largas horas caminaron los Guardias, precedidos por Labisval, y como este habia dicho, en direccion contraria á C—s.

La noche era oscura; sus miradas, dominadas por lo negro de las sombras, alcanzaban á muy cortas distancias.

Detiénense de pronto; creen percibir ruido de ramas agitadas en un pequeño bosque que estaba á su derecha. Y en menos tiempo del que nosotros gastamos en referirlo, los Guardias habian rodeado el bosque.

Dió el sargento la voz de alto, que fué contestada por el silencio más profundo.

V.

Penetran en el bosque, lo registran y ojean con infatigable constancia; nada encontraron que fuera lo que buscaban. Y sin embargo, el ruido de hojas que habian percibido, no dejaba duda de que era producido por un hombre. Míran las copas de los árboles altos; escudriñan los troncos que están huecos; y nada, por resultado de sus fatigas.

Salen de allí por fin á una voz de Labisval; divídense por órden de este en parejas, con prevencion de no separarse mucho, y prosiguen su marcha silenciosos y vigilantes.

Paróse á poco una de las parejas; creyó pisar algo caliente; registró el suelo y se convenció de que en aquel lugar se habia encendido fuego, pues las cenizas estaban tibias aun.

—Aquí se han sentado hombres—esclamó.

Y concluida otra nueva y minuciosa inspeccion, finalizó su pensamiento diciendo:

—Y han sido siete.

Algunas yerbas estaban manchadas por restos de comida; al rededor de un pequeño árbol veíanse impresas las herraduras de un caballo.

Encendió Labisval con sumo cuidado una linterna sorda que llevaba, y merced á ella, completó sus importantes pesquisas, notando que una de las patas delanteras del caballo no tenia herradura; y encontrando un cinto que por agujeros muy rozados, permitia creerle destinado á sostener pistolas de arzon.

Tomó medida con un cordel pedido á un Guardia, de la pisada de uno de los hombres y de la del caballo.

—Estamos sobre los bandidos—dijo Labisval.

Reunió sigilosamente su gente, la dió precisas y terminantes instrucciones y continuaron la marcha, con la esperanza en el corazon.

Labisval, empero, padecia horriblemente. Cada descubrimiento perjudicial á los foragidos cuyas huellas seguia, le daba la alegría intensa del que cumple ventajosamente con un deber, y al par el dolor cruel del que lucha con una pasion que ha echado hondas raices en su alma.

Mil ideas agitaban en torbellino su mente; hubo un momento en que se sintió con fiebre, porque la lucha que él sostenia es acaso la más grande y terrible que puede sufrir el hombre.

¡Le esperaban aun otras mayores!

—Pobre Rosa!—murmuraba á tiempo que seguia su camino. Camino en que cada paso era una alegría y un dolor, una esperanza y un desengaño!

VI.

Las once de la mañana sonaban en el viejo reloj de C. de R.

El sol se ostentaba magnífico, las tranquilas aguas del rio, recogiendo caritativas las espumosas de los molinos, seguian su curso misterioso por entre las campiñas floridas y rientes.

Una multitud, ansiosa de ver ó saber, llenaba la pequeña plaza á que hace frente la cárcel de C. de R., prolongándose hasta cerca de la mitad del puente al que llegaban contínuamente nuevas personas y á cuya cruz estaban asidos algunos pilluelos.

Podríase decir, sin temor de equivocarse en mucho, que todos los habitantes de C. de R. estaban apiñados en aquel lugar.

Lo que allí les llevaba, no debia en verdad ser triste, porque el júbilo aparecia retratado en todos los semblantes.

Expliquemos la causa de aquel acontecimiento; ó mejor, van á esplicárnosla dos ancianos de distintos sexos que á cuatro pasos de la puerta de la cárcel, defendian con heroismo su excelente posicion, contra los reiterados empujes de una multitud sedienta de saber.

Y digamos de paso que una jóven, triste y llorosa, que estaba tras ellos y procuraba ocultar las lágrimas que corrian por su hermoso rostro, escuchaba anhelante la conversacion y volvia de vez en cuando su cabeza con movimientos eléctricos, hácia el camino que tenia á su izquierda.

—Alabado sea el Santísimo Sacramento!—decia la vieja persignándose.—Al fin podemos dormir con sosiego!

—Tiene razon, tia Susana—contestaba el viejo con el acento de persona que se juzga muy sabia, y cree que sus palabras valen oro.—Ese miserable bandido, que Dios perdone, pagará al fin las muchas hechas.

La jóven que les escuchaba se extremeció de dolor.

—Pero vamos, señor Agustin, cuente... cuente si sabe cómo lo cogieron.

—Pues no he de saber?—dijo el viejo un tanto animado en su vanidad de sabiondo — pues no he de saber? Figúrese, tia Su....

—Ay! ay! no empujen, amigos! A dónde quieren ir?

—A dónde nos llevan!

—Jesús María! Soy una anciana...

—Bueno... bueno... ya lo vemos...

—Pues... figúrese, tia Susana—dijo el señor Agustin siguiendo su interrumpido discurso—que al salir de mi aldea, hallé á mi cuñado Tomás, quien con grande alegría, me dijo que la GUARDIA CIVIL habia logrado cojer á las cuatro de la mañana al bandido *Gallego*. Y mi cuñado es un valiente, tia Susana! porque estuvo con los guardias durante el combate...

—A ver... cuente... cuente...

—Oiga y no pierda palabra. Allá... muy entrada la noche, mi hermana fué despertada por un ruido que parecia venir del establo. Porque mi cuñado tiene un establo, tia Susana!

—Bueno, siga, señor Agustin.

—Avisó á Tomás y convencidos de que en su casa an-

daba gente extraña, mi cuñado tomó la escopeta y entró en el establo con gran silencio.

Nada se oia, pero la puerta estaba abierta y pronto se convenció Tomás de que alguien habia entrado allí, así como tambien de que ya no estaba.

—Qué miedo! Le robaron algo?

—Un pobre caballo que tenia para venir á la villa.

Dolióle esta pérdida, comenzó á dar gritos desaforados y notó que avisada por ellos, llegaba alguna gente á su casa.

—Era la Guardia civil?

—La misma, tia Susana. Los Guardias, enterados de todo, hicieron que les siguiera Tomás y el señor Sargento, que es todo un hombre, le preguntó el nombre del caballo robado. A corta distancia y en medio de la oscuridad, creyeron divisar algo que se movia en el fondo de un barranco. El señor Sargento, decidido á todo, dijo á Tomás:

—Oculte usted esa escopeta porque brilla, y llame á su caballo.

Mi cuñado lo hizo así, y el caballo, conociendo sin duda la voz del amo que le habia alimentado en diez años, comenzó á relinchar. No habia duda ya, allí estaban los ladrones. A poco se escucharon tiros, y mi cuñado apuntaba á un hombre; pero recordó al mismo tiempo que su escopeta estaba sin pólvora; que si no...

—Sí, sí! Ya conocemos á su cuñado!

—Tia Susana!

—Señor Agustin!!

La plática que habia tomado tan mal giro, fué interrumpida por una oleada de gente, más impetuosa que las anteriores.

—Ya vienen! Ya vienen!—fué el grito unánime que exhaló aquella multitud ávida de emociones fuertes.

Y en efecto, por la carretera que marcha á S... adelantaba un compacto grupo de personas, formado por los Guardias de Labisval, los bandidos, y unos treinta aldeanos de los contornos que á su paso habian encontrado á los primeros y victoreaban á la Guardia civil.

VII.

La tia Susana púsose en las puntas de sus pies y el señor Agustin apoyó su brazo en uno de los débiles hombros de la anciana su amiga, con el objeto sin duda de empinarse.

La buena de la tia Susana se separó de pronto, y en poco estuvo que el señor Agustin besára el santo suelo.

La jóven que como hemos dicho estaba tras ellos, comenzó á temblar, como la hoja de un árbol azotada por el huracan.

No lloraba ya; el raudal de sus lágrimas se habia secado. ¡Pobre niña, á quien el dolor habia negado hasta el consuelo de las lágrimas!

No hizo un solo movimiento de curiosidad; no volvió su cabeza, porque se sentía sin fuerzas ante el suceso terrible que la suerte la deparaba.

Ella como otro hombre, que la era muy querido, estaban puestos á prueba por Dios.

Cerró sus ojos, como si presintiera algo espantoso á su derredor, y en aquella actitud que la asemejaba en parte á una estátua, conteniendo los violentos latidos de su angustiado corazon y los sollozos en que su pecho

queria desahogarse, esperó la prueba que el Supremo Hacedor la deparaba.

La multitud entonces, estrechándose convulsivamente, se separó abriendo camino á los recien llegados.

Y fueron llegando ante la cárcel cuatro bandidos de feroz catadura, atados los brazos y rodeados por Guardias; Jaime Ubeda delante de Labisval; un bandido herido de gravedad, sobre un caballo; y un Guardia que ligeramente lastimado en una pierna, se apoyaba en otro de sus compañeros.

Si se añade á esto, la muerte de un bandido cuyo cadáver habia quedado depositado en casa de Tomás, tendremos completo conocimiento de los resultados del combate.

Cualquiera que hubiese visto á Jaime Ubeda, sin conocer sus antecedentes, no le hubiera creido un bandido. Era delgado, vestia con decencia, sus lábios sonreian siempre, su mirada era dulce y hasta insinuante, y su fisonomía jóven y expresiva, no reflejaba las manchas que habian ennegrecido aquella conciencia.

Los hombres así son los más temibles y fuertes.

Ceñia la frente de Ubeda un pañuelo blanco, empapado en sangre que salia de una leve herida de sable, recibida en la cabeza sobre el ojo izquierdo.

Llegan á la puerta de la cárcel.

Oyese entonces un grito desgarrador; uno de esos gritos que no tienen semejante más que en el pecho de los humanos, un grito que era el dolor mismo.

Las miradas de todos buscaron la causa de aquel lance imprevisto.

A los pies de Jaime cayó una mujer desmayada y presa de mortales convulsiones.

Jaime la reconoció y diciendo con acento frio é indiferente:

—Es mi hermana—pasó sobre ella y puso su pié seguguro y firme en la primera piedra de la cárcel.

Labisval la habia visto tambien; y al verla, sus dientes rechinaron, y sus lábios pálidos, convulsos por la emocion del dolor, murmuraron débilmente:

—Rosa!...

Y siguió á Jaime Ubeda.

La tia Susana deshacíase en cruces; el señor Agustin tomó un polvo de rapé, no sin notar que pendian de sus ojos algunas lágrimas gruesas como puños; la multitud perdíase en congeturas; algunas personas auxiliaban á Rosa; y los bandidos penetraron al fin en el primer patio de la cárcel, en donde se les unió á poco Julian Llasera.

La tia Susana, continuaba haciendo cruces y repitiendo:

—Bendito sea Dios! Bendito sea Dios!...

VIII.

Cuando el ave del dolor cubre con sus negras alas la triste existencia de un sér humano, embota sus sentidos, atrofia su sensibilidad, hasta un punto en que, si la desdicha es grande, el sér en quien ha recaido, no siente, no padece; creeríasele muerto si dentro de él no latiera débilmente un corazon, no hubiera un alma muda y recogida ante el dolor, como un niño ante un fantasma que le llena de pavura.

Tal era el estado de Rosa, prometida esposa del noble Labisval, hermana del miserable Jaime.

Su pequeña casa estaba situada en un extremo de la

plaza del castillo; y el moviliario de ella, modesto en demasía, permitia sin embargo creer que la existencia de Rosa, pudiera ser de las menos infelices. Su horfandad la desconsolaba, porque habia amado á sus honrados padres; pero hallaba puros placeres, cuando daba aquel cariño todo entero á un hermano de cinco años que con ella vivia.

Reanudando la lamentable historia que referimos, diremos que Rosa, profundamente desmayada, fué conducida á su casa en donde volvió en sí despues de dos horas, y gracias á los esfuerzos de un médico.

Víctima de una agitacion febril, y pensando solo en ver á Labisval, segun el encargo de éste, dado en la noche anterior, no quiso acostarse, permaneciendo muda y aletargada, aunque su imaginacion de mujer trabajaba incesante y vertiginosa, en el cúmulo de tristes ideas que en ella surgian.

Las personas que tenian conocimiento del suceso acaecido en la puerta de la cárcel, lo habian creido efecto de una excesiva sensibilidad, y el secreto de Rosa, por tanto, permanecia oculto á los habitantes de C. de R.

Una vecina anciana, única que estaba con Rosa, y á la que no se ocultaba la pasion de esta por Labisval, sintió que alguien subia la escalera de la casa; el pequeño hermano de Rosa se dirigió á la puerta, y abierta que fué, se destacó en sus dinteles la figura de Labisval.

Rosa dió un grito; Labisval venia profundamente conmovido, y las alteraciones de su rostro eran harta prueba del combate interior que lastimaba todas las fibras de su corazon.

La vecina, conjeturando que Labisval al saber la des-

gracia de Rosa, venia á enterarse de su salud, no extrañó tal visita y se retiró.

Quedaron pues, solos, Rosa, Labisval y el niño que ignoraba, ¡pobre sér! la desgracia en que iba á hundirse su porvenir.

IX.

—Rosa,—dijo Labisval, tomando una mano de la infeliz,—Rosa, estás mejor?

Rosa no contestó.

—Vamos, ten resignacion: mucho has sufrido, mucho; pero acaso menos que yo, que sufro por mí, al ver caidas mis ilusiones, y por tí al conocer lo intenso del dolor que te agita.

Rosa miró á Labisval fijamente y le preguntó:

—Gabriel, qué es mi hermano?

—Rosa... tu hermano, es asesino!...

—Pues bien; yo pude ocultarte el parentesco que me une á él; hubo un momento de la pasada noché en que me decidí á callar... pero, es mi hermano, Gabriel! y no vacilé luego en sacrificar toda, toda la dicha de mi vida, por la salvacion de mi hermano.

—Rosa!

—Sí; yo sabia que diciéndotelo, heria de muerte mi felicidad, que tú despreciarias á la hermana de Jaime...

—Nunca! tú eres inocente!

—Que tú no te unirías en matrimonio á la hermana de un ladron, de un asesino!

Gabriel inclinó su cabeza, como no pudiendo resistir el peso abrumador de tanto infortunio.

—Sigue, Rosa, sigue!—balbuceó Labisval.

—Pues bien, ya comprenderás el por qué de ese sacrificio y el pago que debe dársele.

—Qué quieres?—preguntó Gabriel extremeciéndose.

—Quiero que salves á Jaime!

—Rosa... imposible! No puedo!

—Sí... sí; puedes y has podido! Oh! díme! No te merece algo mi amor? No me crees honrada?

—Sí, honrada como la que más; ese sacrificio que pocas personas harian, te engrandece y no deja duda de ello. Yo lo admiro, y no extraño nada de lo que una hermana me pida para salvar aun á un hermano indigno de ella. Pero, nada puedo hacer.

—Es inútil mi sacrificio?

—Dios le tendrá en cuenta para perdonar á Jaime.

—Y tu amor?

—Y mi deber? Rosa, y mi *Deber?*

La posicion de ambos, está, como vemos, perfectamente comprendida en estas dos preguntas.

Trascurrieron en silencio algunos momentos.

—Rosa,—dijo Labisval—si me amas como dices, no debes desear mi desgracia ni mi deshonra; quieres que me deshonre, faltando á mis más grandes deberes, y la honra que yo perdiera, no haria honrado á quien tú sabes que no lo es; he podido, sí, he podido anoche, dejar libre á Jaime, libre, y sin que nada sospecharan los Guardias que están á mis órdenes...

—Ah! no me amas, Gabriel!

—Sí; tanto como mi vida, pero amo tambien mi Deber mas que mi vida!

—Pero... si nadie sabría tu falta...

—Ah! confiesas ya que es una falta! El dolor te enloquece: y mi conciencia?

—Ese seria un sacrificio. No me has dicho que Dios tendrá en cuenta el mió?

—No, pobre Rosa, no es un sacrificio faltar á un deber; lo es cumplirlo como yo lo cumplí ayer á costa de mi felicidad, como tú lo has cumplido á costa de tu amor.

Gabriel, como se vé, se defendia con la verdad, pero era muy difícil llevar el convencimiento á la agitada mente de Rosa.

—Gabriel,—dijo esta despues de unos momentos de meditacion—me juras que si puedes salvarle le salvarás?

Labisval calló.

—Piensa en el porvenir de ese pobre niño que juega en este momento, ageno á los dolores que le esperan; piensa en mi felicidad! Piensa en que moriré si Jaime va al cadalso...—dijo Rosa extremeciéndose—piensa en que dependiendo de tí el salvarle, tú eres quien me hace infeliz, quien me mata en premio de mi amor, siempre constante! Júrame, Gabriel... que si puedes salvarle...

Gabriel se levantó, estendió su mano hácia la infortunada Rosa, diciendo:

—Si puedo... te lo juro! Y salió de la estancia.

—Adios!—murmuró Rosa y quedó pensativa.

X.

Nunca es más grande la mujer que cuando medita; ese sér, tan hermoso y sensible, tan débil y tan fuerte al mismo tiempo, tiene en su meditacion algo más grande

que el hombre. Si ambos idean un proyecto, él, antes de ponerle en obra medirá y escudriñará todas las dificultades, mientras que ella se lanzará á él, sin cuidarse de los obstáculos que puedan herirla en su paso. La mujer es siempre más heróica que el hombre, porque siente más; el hombre es siempre más prudente y calculista que la mujer, porque piensa más.

Sugiérenos estas reflexiones el proyecto de Rosa, concebido en un instante, y que, como luego veremos, no tardó en llevar al trámite de realizacion.

Para conocerle bien, fuerza será que, en fuero de historiadores novelistas, traslademos á nuestros lectores á otra noche, separada por doce de la anterior.

En el dia que la habia precedido, cesó la incomunicacion de Jaime Ubeda, quien, en las declaraciones, no habia ocultado verdad alguna.

Rosa, alegre en parte por aquel favor de la suerte que la permitia ver á Jaime, y preocupada al mismo tiempo por su proyecto, fué á visitar á su hermano; salió á poco llorando, y merced á ruegos y súplicas en que se notaba la desesperacion de que era presa su alma, logró un permiso para verle á cualquier hora del dia y de la noche hasta la de las ocho.

Esto no pudo menos de llamar la atencion de los moradores de la pequeña villa, entre quienes circuló tal nueva; y bien pronto el secreto de Rosa dejó de serlo.

—Es la hermana de *El Gallego*—decian las gentes al verla.—Su inmerecida desgracia es un crímen más para la conciencia de Jaime!

Rosa oía á veces estas palabras, pero aunque no faltaban otras en que las escuchase peores, seguia el camino

de la cárcel, rebosando fé el corazon é ilusiones el alma.

Jaime, personificacion del egoismo más refinado, la recibia con el halago que dá una persona á otra de la que espera favores, pero sin sentir nunca á su lado la pura y acendrada emocion de un cariño fraternal.

Rosa le dijo un dia:

—Jaime, olvida algo lo del mundo; piensa en el que murió por nosotros en la cruz.

Y aquel hombre, sin ley ni Dios, la respondió:

—Puesto que ha muerto para redimir nuestros pecados, nécio seria yo si no aprovechase la ocasion. Bastantes cruces he dejado yo en los caminos que pisé.

Dios sin duda tomó acta de esas sacrílegas palabras, porque el castigo no se hizo esperar mucho; y el Supremo Autor estaba muy cerca de Jaime representado por EL DEBER.

Intentemos ahora describir las terribles escenas, con que ha finalizado la lamentable historia de estos séres.

XI.

Próximo estaba el anochecer de un caluroso dia, cuando Rosa entraba en el portal de la cárcel.

Su fisonomía nada habia perdido de la tristeza de los anteriores dias; pero sus movimientos, agitados como nunca, darian al que los estudiase clara muestra de que por Rosa pasaba algo insólito, de que en ella luchaban la esperanza y el miedo, de que era víctima de impaciencia febril, revelada en sus menores ademanes.

Entró en el triste calabozo de Jaime y trabóse entre

ambos una plática más animada que las anteriores, y que dió por resultado la siguiente conclusion de Jaime.

—Sal; procura ver si el llavero rubio está en el cancel; si está, vuelve y me vestiré en seguida.

Rosa llegó al dintel de la puerta y tendió su mirada por las crugías que una luz lejana y moribunda hacia más lúgubres. Nada vió; pero aquel silencio, aquella oscuridad, la causaron miedo.

A pesar suyo se sintió desfallecer, y sus cabellos se erizaron.

Recobró pronto, sin embargo, aquel corazon de mujer la perdida calma y arriesgó algunos pasos.

Al lado de ella y envuelto por las tinieblas habia un hombre que con maravilloso sigilo la expiaba.

El instante era sin duda decisivo, y muy terrible ó muy dichoso lo que en él aconteciese.

Finalizado un corredor, Rosa distinguió el cancel, y algo más allá, bajo la luz de un farol, vió al llavero de que su hermano le habia hablado.

Un rayo de esperanza iluminó el corazon de la pobre jóven; y trabajo la costó el reprimir una exclamacion de intensa alegria.

—Está salvado! murmuró.

Y ya volvia precipitadamente hácia el calabozo de Jaime, cuando se sintió cogida por la mano del hombre que la habia expiado.

Más tarda el relámpago en brillar, que tardó la alegria de Rosa en trocarse en dolor.

Miró á aquel hombre, y aunque no pudo conocerle, un presentimiento se lo hacia adivinar.

Y para no caer agoviada por el peso de tanto y tan

reiterado sufrimiento, tuvo que apoyarse en aquella mano misteriosa que insensiblemente la conducia hacia un ángulo apartado y oscuro de la crugía.

. . . .

XII.

El proyecto de Rosa, vivamente aceptado por Jaime y cuya realizacion aparecia inminente, era este.

Nuestros lectores recordarán que el rostro de Jaime encubria perfectamente su alma de bandido, siendo de tal modo delicados sus perfiles y color rosáceo, que bien se hubiera podido calificarle de hermoso, si en el hombre merece tal título lo afeminado.

Esta circunstancia, unida á haber afeitado Jaime en la mañana de aquel dia su escaso bigote, favorecia al proyecto concebido, más aun, le era indispensable de todo punto.

Rosa y Jaime, pues, habian concertado que el segundo se disfrazase con los vestidos de aquella y completaba la posibilidad de un buen éxito una enfermedad oftalmológica que padecia el llavero de quien hemos oido hablar á Jaime.

Este, para lograr su evasion, no habia vacilado en sacrificar el porvenir y la honra de su hermana, que seria presa cuando se la encontrara sin Jaime en el calabozo de éste y fueran conocidos los medios empleados para la fuga.

Rosa, en cambio, para evitar el cadalso á su hermano, no vaciló en sacrificarse de modo tan terrible; es más,

no se la ocurrió la idea de evitar los resultados de su complicidad.

No es la vez primera que en hermanos se han visto tan opuestas pasiones, caractéres tan encontrados!

. . . .

. . . .

Hemos dicho, que en uno de los momentos más supremos para el alma de Rosa, se habia sentido cogida por la mano de un hombre que presentia sin conocer.

Este la condujo á la parte más oscura y aislada del pasadizo.

Rosa se dejaba guiar como un niño, notando sin embargo que aquella mano temblaba como si tuviera entre sus dedos un áscua.

Detuviéronse ambos, y Rosa entonces pudo escuchar las siguientes palabras que en voz débil é incierta pronunció el desconocido:

—Rosa, todo lo he oido... todo lo sé!

—Gabriel!—exclamó Rosa con voz opaca.

—Ah! no esperabas hallarme aquí?

—Qué deseas? Qué has oido?

—Qué deseo? Salvarte. Qué he oido? Tu proyecto de procurar la evasion de Jaime Ubeda.

—Dios mio!

—Sí, ruega á Dios por que él solo podrá darte la dicha que en otro tiempo soñaste, y que acaba ahora de hundirse para siempre á tus pies.

Rosa se sintió desfallecer; la desgracia hacia trizas sus más queridas ilusiones; sus ideas vagaban á merced de sus encontrados pensamientos.

El período álgido, por decirlo así, de su martirio, ha-

bia comenzado; sin embargo no estaba sola en su padecimiento; á su lado, iguales penas destrozaban un corazon noble como el que más.

—Gabriel,—dijo Rosa con mortecina voz—Gabriel, no me abandones; la Providencia acaso te pone en este momento en mi camino; sálvame, y salva á mi hermano!

—Pobre Rosa! Tu padecer te ofusca. Crees que deseo otra cosa que tu felicidad? Ignoras acaso que yo sufro tambien y que todo el que sufre sabe compadecer á sus compañeros de infortunio?

Escúchame y por la santa memoria de tu madre no dés á olvido mis sinceras palabras; palabras que dicta un afecto tan grande como tú le mereces!

No vés, Rosa, no ves que la sociedad entera, justamente indignada, reclama un hombre que la ha despreciado, que la ha herido?

No ves que evitar ese justo castigo, es crímen mayor que el de ese mismo criminal?

Harias bueno á Jaime haciéndole libre? No; he fondeado su corazon, he estudiado sus pasiones; te juro que Jaime será siempre lo que ha sido. Y sobre qué cabeza caerian los nuevos crímenes que ese hombre llevára á efecto despues de su evasion? Sobre la tuya, pobre Rosa; piénsalo bien.

Dios te manda que ames á tu hermano, pero te debes antes á la sociedad entera que te tiene en su seno.

—Ese hombre no puede ser tu hermano.

—Crees que ignora la horrible pena que arroja sobre tí su evasion? Crees que no conoce el negro porvenir que te espera en cambio de su pasagera libertad? Crees que

no sabe que tú serias juzgada, que túirias....

—Calla! calla!

—No, no es tu hermano, Rosa; es Jaime Ubeda, reo ante Dios y ante la sociedad; castigado por la sociedad y por Dios!

XIII.

Gabriel sintió que las manos de Rosa se asían trémulas á él; sostuvo á la infeliz mujer y acaso conoció que él mismo necesitaba sostenerse.

Al herir el corazon de Rosa, heria el suyo; y valor sobrehumano se necesita para martirizarse un hombre á sí mismo con persistencia tal.

Gabriel ahogó un gemido de supremo dolor al conocer que Rosa habia caido arrodillada á sus pies y besaba sollozante las manos que Labisval intentaba en vano retirar.

—Gabriel, Gabriel! Por la memoria de tu madre que está con Dios, por la desgracia de esta pobre mujer que llora arrodillada ante tí... oye... escucha! Déjame sufrir las penas que mi sacrificio merezca; déjame que llore toda mi vida la felicidad que he perdido; pero evita, evita que Jaime pise las horribles tablas del cadalso!

No sabes tú que moriré de vergüenza y desconsuelo el dia en que eso suceda?

—No sabes tú que queda en el mundo un niño desamparado y manchado por el contacto de la deshonra?

Rosa calló. Y en medio del sepulcral silencio que los envolvia, creyó oir los latidos del corazon de Gabriel La-

bisval; de aquel corazon de héroe, en el que pesaba el dedo de Dios que lo ponia á prueba en aquella noche.

—Rosa—murmuró Gabriel con acento débil—acabas de rogarme en nombre de mi buena madre, y ni yo puedo manchar su memoria sagrada con una accion indigna, ni mi madre me aconsejaria nunca un crímen.

Llora, porque las lágrimas mitigan los dolores; pero si besas mis manos y te arrodillas ante mí, qué dejas para Dios? Has hablado de un niño, pues bien, vive para él; sé como hasta aquí su madre, hazle bueno y halle en su honradez la sociedad el pago de los males que su hermano le ocasionó. Hé ahí tu consuelo, hé ahí marcado tu porvenir.

Quieres mayor remedio á tus acerbos pesares? Uno hay y tú no lo desconoces: ¡La Oracion!

Rosa se levantó como impulsada por una poderosa ráfaga de vida.

La desesperacion, (último peldaño de aquella dolorosa escala de infortunios), hervía en su mente.

—Gabriel Labisval—dijo—he ignorado hasta hoy que eras un infame: has faltado á tu juramento!

El ademan, la voz, y la expresion que habian acompañado á esas palabras, harian conocer á quien en aquel momento hubiera podido ver á Rosa, que esta estaba muy próxima á la demencia.

Labisval llevó sus manos á su cabeza que parecia querer saltar en pedazos por el fuego de las ideas que en ella rugian.

—Rosa... Rosa... te perdono el dolor que me causas; he jurado salvar á Jaime si podia salvarle...

—Puedes!

—No! *no puedo* faltar á mi deber; *no puedo* pisar mi honra; *no puedo* ser mas infame que ese Jaime á quien he perseguido!

—Gabriel, sal de aquí; mi hermano no huirá.

—Me lo juras?—dijo Gabriel como vislumbrando una esperanza que creia lejana—me lo juras por tu madre?

Rosa enmudeció.

Labisval vió en este silencio lo efímero de su esperanza.

La hermana de Jaime, conociendo tambien que las suyas se trocaban en crueles desengaños, se asió á la última que le quedaba y dijo á Gabriel con voz tan suplicante que contrastaba con la de sus anteriores palabras:

—Prométeme al menos que nadie sabrá mi intento de esta noche!

En malhora pronunciaron los lábios temblorosos de Rosa estas frases.

XVI.

Ellas abrian ante Jaime un nuevo abismo de dolores, á cuyo fondo era preciso descender.

—Rosa... tú eres cómplice en un conato de evasion!..

—Sigue!...—balbuceó la desgraciada como si presintiendo lo que iba á escuchar, viese pendiente su vida de los lábios de Gabriel...

—Sigue...

—La ley me dice que eres culpable... la ley manda...

Gabriel se detuvo. Aquella naturaleza poderosa necesitaba descansar un momento, para cobrar fuerzas que la ayudasen á la consumacion de sacrificio tal.

Un sudor frio bañaba su espaciosa frente y todos sus músculos vibraban con increible agitacion.

Los sollozos de Rosa eran cada vez mas perceptibles; la razon de aquella desgraciada comenzaba á desvanecerse.

Gabriel pronunciaba entrecortadas palabras que solo él oia; nos engañamos: oíalas tambien Dios, porque aquellas palabras eran una oracion.

Concluida que fué, buscó una mano de Rosa, y abrió sus lábios para hablar... pero ningun sonido salió de ellos.

Porque la palabra que debia pronunciar era la fria losa que iba á cubrir para siempre la tumba de dos felicidades soñadas en el porvenir y muertas cuando sonreian á los primeros albores de la vida.

Para no caer bajo el peso de aquel inmenso dolor, tuvo Gabriel que apoyarse en las negras paredes de la crugia; despues haciendo un esfuerzo poderoso, uno de esos esfuerzos de gigante, esclamó:

—Estás presa!!...

Es grande el valor de Alira arrancando de su pecho el ensangrentado puñal y ofreciéndoselo á su amante con estas palabras: *no duele!* Es grande el de Sócrates con la cicuta en la mano; es grande el de Galileo muriendo por una verdad; y cien y cien que la historia de los dias de otros años registra en sus páginas de oro; pero es sublime el valor de ese hombre cuyo sacrificio no han pregonado los periódicos ni los sabios, y que enaltece mas lo modesto y oculto de su existencia.

Qué hay mas sublime, que la lucha del hombre consigo mismo? Qué hay más heróico que el hombre venciendo dentro de sí, en titánico combate un enemigo que es él mismo?

Se dirá que Gabriel no amaba á Rosa? Sí; mas que su vida. Pero—él lo ha dicho—sobre su vida, y sobre esa pasion, estaba el *Deber*.

Rosa, agotadas ya sus fuerzas en aquella lucha, dió algunos vacilantes pasos que despertaron á Labisval del letargo en que su último esfuerzo le habia sumergido.

Y entonces Gabriel, tapando sus oidos para no escuchar las palabras que su voluntad de hierro iba á pronunciar:

—Beltran!... Beltran!..—esclamó con voz cuyo timbre era todo un poema de dolor y de heroismo.

Se oyó en breve el chirrido de los cerrojos del lejano cancel y los pasos del llavero se marcaron distintos en direccion al sargento Gabriel Labisval, comandante del puesto de C. de R.

EPÍLOGO.

—Ha pasado un año.

Y en este año aconteció lo siguiente á los personajes de nuestra historia.

Jaime Ubeda subió al patíbulo, logrando la Religion dias antes de esta catástrofe, conmover aquel corazon encallecido.

El señor Agustin sintió tan fuertes emociones, que al morir el reo, halló vacia su tabaquera.

La tia Susana, por su parte, quiso desmayarse, pero impidiéndoselo los que á su lado estaban, se satisfizo en tener una historia mas unida á las infinitas que sabe ó inventa para referir á sus nietos.

La Depositaría de fondos provinciales de P... sentó una nueva partida.

Por estancias causadas en la casa de dementes de Valladolid, por Rosa Ubeda. . . . . 160— . . 120.—

Partida que desapareció á los tres meses, por fallecimiento de Rosa.

Gabriel adquirió detalladas noticias de este suceso; supo que una postrer palabra de Rosa habia sido el nombre de *Gabriel.*

Esta palabra le hacia justicia! Rosa le comprendió al morir!

Sus ojos se humedecieron; aquel hombre lloró. Un niño que en aquel momento se hallaba á su lado le preguntó:

—Por qué lloras?

Gabriel hizo que el niño se arrodillara, y uniéndole delante del pecho las pequeñas manos, le dijo:

—Reza, hijo mio, reza. Tu hermana acaba de escribirme diciéndome que su viaje será muy largo y que aun no volverá en un año.

—Y no podremos ir á verla?

—*Sí; ya iremos!*

—El niño comenzó su plegaria. Gabriel le miraba y su mirada era tambien una oracion.

El alma de Rosa debia ser feliz al leer desde las alturas los pensamientos de aquellos dos séres por cuya existencia deberia velar.

Un sepulturero abrió en Valladolid una fosa para un cuerpo.

Gabriel la abrió en su corazon para un recuerdo.

¡Honra á los héroes del Deber!

ALMA NEGRA.

I.

Estamos en Madrid.

¡Madrid! foco de tantas aspiraciones; mar donde naufragan tantas esperanzas; centro en que se agitan el bien y el mal en revuelta y misteriosa algarabía; teatro de grandes crímenes y de acciones heróicas; pequeño mundo donde encontrareis la opulencia y la miseria, el vicio y la virtud, la honradez y la vileza, el fausto y el hambre, la fortuna y la desgracia, la ciencia y la estupidez, la holganza y el trabajo... Tal es Madrid, que aun tiene, como si coronara la naturaleza todos esos extremos sociales, un frio punzante que hiela y un sol abrumador que abrasa.

II.

De que el frio de Madrid es extremado, daba evidente prueba el amanecer de un dia de Enero del año de gracia de 1860.

El cielo tenia una uniformidad monótona, y el sol apenas se atrevia á dirigir sobre las cúpulas de nuestros grandes edificios un medroso rayo.

Comenzaba á esparcirse por Madrid ese característico rumor de vida que tanto espácia el alma despues de una noche de larga soledad y silencio.

Oyese el sonido metálico de las llaves que abren las puertas; el campanilleo de los irracionales que van de casa en casa curando los constipados; los gritos de los vendedores ambulantes; el descorrer de los escaparates; el ruido que producen los coches al dirigirse á sus paradas; algunas conversaciones, y tantos otros estraordinarios ruidos que hacen de Madrid una segunda Babel.

Los mozos de cuerda se arriman á las esquinas que alumbra el sol y lian sus toscos cigarros; las chimeneas comienzan á dar salida á blancas espirales de humo.

Nada de todo esto llamaba la atencion de un niño de siete años, que subiendo por la calle de Toledo tomaba direccion hacia la Ribera de Curtidores.

Vestía pobremente; un bramante sujetaba á su cintura unos girones que querian ser un pantalon, y cubrian su pecho una súcia camisa y un raido chaleco que hubiera servido holgadamente á quien tuviera doble edad que él.

Su fisonomía era picaresca, muy expresiva y estaba en aquella mañana pálida y triste.

Rodeaba á sus ojos un círculo negro y en ellos y en su paso daba seguros indicios de no haber dormido en la pasada noche.

El frio le hacia mucho daño; por eso apretaba con sus codos el descubierto pecho, por eso metia sus pequeños dedos en la boca, por eso pretendia correr para llevar calor á sus ateridos miembros, por eso, en fin, sus ojos, que la helada lastimaban, estaban casi cubiertos por sus rojos párpados.

Era aquel pobre niño, lo que genéricamente se llama *un pilluelo*.

III.

Un escritor francés nos ha hecho recientemente la descripcion del pilluelo de París. Pero, sin pretensiones ni remotísimas de parangon, daremos algunas pinceladas mas al cuadro, por mas que esté concluido, en gracia á que un pilluelo juega en nuestra historia y es fuerza conocerle.

Seremos muy breves, porque el asunto es tan digno de estudio, que algunos tomos serian necesarios para tratarle conmas detalles.

El pilluelo nace muchas veces en la calle, vive en la calle y en la calle suele morir.

Nace en la calle porque su madre le dejó en ella la noche en que le dió á luz hasta que otras personas le encontraron; vive en la calle porque no tiene hogar; muere

en la calle porque ó el frio le hiela una noche mientras duerme entre los escombros de una casa en construccion, ó la navaja de un compañero le *apaga* en una reyerta.

Tantas afinidades hacen que considere las calles como dominio suyo, que las haga su reino; se interesa por ellas si están intransitables y se alegra al ver que las componen ó reforman.

Quisiera únicamente que durante la noche estuvieran á oscuras... la razon de esto se adivina.

Cualquier acontecimiento que en ellas tiene lugar, le pertenece, le comenta á su sabor y juzga de él inmediatamente. Si dos hombres riñen, allí teneis al pilluelo que se identifica con ellos y señala al que le inspira mas simpatía los golpes que debe dar.

Si el caballo de un coche de plaza ha caido exámine por el hambre y los años, allí teneis al pilluelo que llama aparte al cochero y le dice con gran misterio:

—El caballo está enfermo; no puede moverse, dale mas cebada, y tira tú del coche.

Su escuela, su educacion, están en las calles tambien; los escaparates de las tiendas son libros para él y en ellos se instruye sin cesar. Los carteles de anuncios pegados en las esquinas le son como discursos de oradores. Sin embargo, durante el dia los lee; durante la noche los arranca y vende al peso con otros papeles. Tiene su lógica.

Gracias á unos y otros recursos, está enterado de los adelantos del siglo, del movimiento industrial, de las empresas que se establecen, de los bandos del corregimiento que lee con atencion, etc., etc.

El sol dejará de dar luz antes que deje el pilluelo de dar calificativo á cualquier cosa ó suceso.

Es imposible que llegue algo á su conocimiento y pase sin sacarle su opinion; siente una tendencia irresistible á juzgarlo todo, á dar su parecer, á decir en fin:—*Esto es malo, muy malo!*

Se permite tambien en muchas ocasiones asistir á los teatros. Se coloca en la puerta de uno de ellos, ofrece á los que salen un periódico en cambio de una contraseña; si no surte efecto el ofrecimiento, presenta un real, llega hasta real y medio (y siempre calderilla porque suena mas y esto le alegra) suele hacerse el cambio, y entonces ofrece por dos reales su contraseña á los que se acercan al coliseo. Si no llega á venderla, entra en el teatro con ademan triunfal y creyendo que toca el techo con su inculta cabeza.

Odia por tradicion á la policía, pero el pilluelo no se convierte en un ser maligno y terrible hasta que aprende el *caló*. Este lenguaje, en el que toda palabra significa un mundo y ninguna sobra, lleva á su infantil inteligencia el conocimiento de todo un arte de guerra social. Ve que las principales palabras del *caló* significan: *justicia*, *morir*, *hambre*, *espera*, *sangre*, *matar*, *huir*, *cárcel*, *juez*, *verdugo*, *borracho*, *engañar*, *mala mujer*, *degollar*, *causa*, *necedad*, *noche*, *robar*, *palanqueta*, *ganzúa*, *dineros*, *horca*... y al comprender estas palabras, al apercibirse de su significacion, se ha perdido para el bien.

A los cinco años de edad, suele sentir dos tendencias: recorrer los cafés y paseos pidiendo limosna merced á una historia que inventa ó no, ó hacerse arenero, etcétera.

Si toma la espuerta de arena, se cree persona que tiene ya que perder; se convierte en *aristócrata de su clase*;

si se dedica á la limosna desmerece en la compañía de sus amigos y se considera humilde y hasta cobarde.

—Pedir limosna!—le dicen—¿no es mejor tomarla?

Y de aquí viene ese ejército de niños, que hombres de veinte y de cincuenta años instruyen en todo lo que necesita saber un *tomador del dos*.

Esos niños, amaestrados por los criminales, son despues criminales como sus maestros.

Esos niños son una gravísima enfermedad social, enfermedad de muerte, enfermedad que necesita remedios heróicos para su acertada curacion, antes de que llegue á hacerse incurable.

¡Pobres seres! Colocados ya en ese estado, pisando con sus pies de niño los negros é infamantes umbrales del crímen. ¿Quereis saber á qué gloria aspiran? ¿Quereis saber qué cosa conceptuan como el blason que justifica que son ladrones, que saben, que pueden, que no tienen miedo, que han sufrido desgracias sin inquietarse.—*La cárcel*. Su palacio es el *patio de los micos*, así llamado por los moradores del *Saladero*.

Cuando en él se ven, creen haber tocado la suprema dicha, se creen dignos de envidia... y solo lo son de lástima; porque al penetrar allí se han perdido ya para siempre; ellos gozan en perderse mas, creyendo que tal pérdida es ganancia, y solo cuando andando el tiempo se ven sujetos por una cadena perpétua, ó pisando las horribles tablas del patíbulo, suelen conocer el engaño que les alucinó en toda su agitada existencia.

En la cárcel, buscan el trato de los grandes criminales; se instruyen en los detalles de sus crímenes; se admiran si son horrorosos; les deleita el saber cómo una auto-

ridad fué engañada; se disputan el servir á los criminales que allí viven, y conciertan con ellos algun negocio que realizarán cuando estén libres; los bandidos escojen entre los niños los que creen mas avisados para utilizarlos en sus crímenes, les delegan sus venganzas si van á presidio, y el niño, entre tanto, se esfuerza en conseguir á toda costa las siguientes palabras:

—Tú has de ser todo un hombre!—dichas por un bestial asesino, por el asesino mas célebre, poniendo sus callosas manos en la cabeza del infeliz, ó dándole, si al caso viene, un vaso de vino.

Lo que hemos dicho aunque imperfectísimo basta para dar á conocer el carácter mas esencial de esa especie.

A ella pertenecia, como hemos manifestado, el niño, que, en tan frio amanecer, subia por la calle de Toledo (calle que tiene ella sola mas de *cuarenta* tabernas) y en direccion á la Ribera de Curtidores.

IV.

Aquel pilluelo, en sus siete años, tenía ya su historia; habia pisado los patios de la cárcel. Cuando al entrar en ella, se le pidió el nombre, contestó:

—Orejon.

—Tu nombre de pila, tu nombre y apellido, te pregunto.

—Orejon.

—Pero, ¿no sabes...?

—Orejon, no sé mas, señor.

Y fué imposible conocerle por otro nombre.

Sus compañeros le habian dado aquel y él lo aceptó sin escrúpulo.

Al salir de la cárcel, uno de los delincuentes que en ella estaban le recomendó á un amigo suyo que por aquella época *trabajaba* fuera de aquel lugar; este amigo recibió á Orejon, y pareciéndole bien la perspicacia del niño le instruyó en algunas de las muchas cosas que aun ignoraba.

El niño, por su parte, se creyó feliz con aquel arrimo y vivió al lado de su maestro de crímenes, sirviéndole en todo y dispuesto á exponer por él su libertad y existencia.

Con él vivia aun en la época en que le hacemos entrar en accion.

—Orejon—(que por este nombre nos es forzoso conocerle)—llegó al Rastro y se dirijió sin vacilar á una de las barracas que allí abundan.

Permanecia cerrada aun y pocas eran las que comenzaban á sacar á pública espectacion los géneros, siempre viejos que encerraban.

El pilluelo, encorvándose, buscó lugar bajo varias tablas y muebles que pertenecian al dueño de aquella barraca, y allí se tendió procurando exponer al frio la menor parte posible de su aterido cuerpo.

Cerró completamente los ojos... y durmió.

Nuestros lectores de Madrid saben ya lo que es el Rastro; y aquellos que de Madrid no sean y en él no hayan estado, sepan que es el Rastro una larga plaza de penosa subida y pavimento de afilados guijarros, donde en medio de una atmósfera siempre impura se establece un mercado de todos los objetos, viejos, que tiene Madrid.

Nada hay allí que sea nuevo; pero puede asegurarse que todo lo nuevo, por muy bueno que sea, vendrá á parar al Rastro despues de cien locas vicisitudes.

La espada del militar, el manteo del sacerdote, la capota de la duquesa, los utensilios de las ciencias de investigacion física, é innumerables enseres domésticos... todo para allí, todo está allí revuelto en indescifrable confusion.

V.

A segundas misas llamaban las campanas de San Millan, cuando un hombre envuelto en una larga capa cuyo embozo doblaba sobre el exagerado calañés que cubria su cabeza, despues de saludar á otros que se ocupaban en abrir sus tiendas, llegó á la barraca en que Orejon dormia, y sus primeros ademanes indicaron que se disponia á imitar á sus compañeros de comercio.

Al efecto, sacó de un bolsillo de su zamarra una vieja llave y abrió con ella la vieja puerta de su barraca, vieja tambien.

Comenzó á desatar algunas cuerdas, y al tirar de una que sujetaba varios catres y mesas, vió á Orejon oculto tras ellos.

Al verle, su rostro, annque poco legible porque era muy espesa la barba que le cubria, irradió una alegria intensa.

Conveníale sin duda ver á Orejon despierto, porque uno de sus achatados piés, dirigido con singular tino, percutió como una bigornia en un costado de aquel infeliz que saltó despavorido.

Saltó, y hubiera caido sobre los guijarros á no haberle sostenido la membruda mano de su maestro.

El frio habia dejado sus nervios sin la natural elasticidad y tenian la dura rigidez de un cadáver.

Hacia el pobre ser esfuerzos repetidos para conservar abiertos los ojos, pero sus párpados caian una y diez veces bajo el peso de un sueño interrumpido tan bruscamente, cnando comenzaba á gozar de sus derechos.

—¿Estás enfermo?—le preguntó Casares, que así se llamaba su maestro.

El pilluelo se restregó los ojos, se esperezó exalando un gemido, y entreabriendo la boca cuyas mandíbulas chocaban con indescriptible rapidez, logró decir con apagado acento:

—No, tengo frio. Me cogió en el camino toda la helada de esta noche; no he dormido... estoy casi desnudo...

—¡Y eso te aflige! Pues cómo quieres, de otro modo, llegar á ser *algo*?—Tienes que acostumbrarte...

—Si me diera V. alguna de las ropas que ahí tiene...

—Hay que ganarla, hijo mio, hay que ganarla.

—La ganaré.

—Si te la regalara, dejarias de servirme; si la tuvieras no buscarias tú las de otros...

—Bien, ya lo sé; pero... me parece que esta noche... he trabajado...

—Ven adentro y me lo dirás.

Ambos penetraron en la barraca.

—Cuéntame; has visto á *Alma Negra*?

—Sí, señor, le hallé en Vicálvaro y en el sitio convenido.

—Le has dicho bien cuanto te recomendé?

—Sí, se lo dije todo.

—Vendrá?

El pilluelo calló.

—Vendrá ó no?—tornó á preguntar Casares, que era hombre de poca paciencia cuando trataba con seres mas débiles que él.

Orejon, á quien el hambre, el sueño y el frio, quitaban fuerzas para hablar, hizo un esfuerzo sobre sí mismo, temiendo sin duda alguna caricia demasiado viva de su maestro, y contestó, por fin:

—Vendrá esta noche; estará á las diez entre el cuartel de Inválidos y la capilla que hay próxima á él...

—Está bien; ya has ganado el dia, hijo mio.

—¡Maestro!—exclamó el pilluelo viendo abiertas con esas palabras las puertas de su felicidad que, sin embargo, sería como siempre muy efímera.

—Vé á mi casa, toma la llave; almuerza allí y duerme en mi cama. Ya ves que soy agradecido... Si á las doce de la mañana no estás aquí con mi almuerzo, te aplasto contra la pared; ¿lo entiendes? ¡Ea, vete!

Tomó Orejon la llave que se le daba y hubiéramos desafiado nosotros á los galgos mas corredores de esta coronada villa, á que alcanzaran al pilluelo en la carrera que tomó.

Casares, encendió un cigarro, y mascullándolo juntamente con una cancion, continuó el interrumpido arreglo de su barraca.

VI.

No cesó Orejon de mover rápidamente sus piernas hasta que hubo llegado á la calle del Meson de Paredes.

Casi al fin de ella existe una casa de mezquina y sucia apariencia, en cuyo angosto portal entró el pilluelo.

Saltó despues los desvencijados peldaños de una oscura escalera, cruzó varios corredores que la casa tenia por ser de las llamadas de vecindad, abrío una puerta marcada con el número trece y entró en la boardila de Casares.

No nos detendremos en la descripcion de esta morada porque nuestros lectores se formaran fácilmente idea de la pobreza y desarreglo que allí reinaban.

Solo sí diremos que en una mal sostenida mesa habia imágenes en barro de dos ó tres santos, y pendiendo otras en papel de las mugrientas paredes.

Es muy frecuente hallar estos objetos de sagrada representacion en las moradas del crímen.

Quizás creen los criminales que por este medio ocultan mejor la verdad de su vida á los hombres: pero ese medio por el que pretenden hacer cómplice y encubridor de sus delitos á Dios, solo sirve para que este, mas justamente irritado, les señale á los hombres con el dedo de su cólera divina.

Provéyose Orejon de algunas mezquinas viandas, y sentándose en el suelo, no comió, devoró: tan exigente era el hambre que sentia su estómago de niño.

Solo cuando se convenció de que el plato no era cosa

de comer y de que los dedos de que se habia servido no debian serlo tampoco, pensó en dormir.

Pero temia mucho los enojos de Casares, porque en todo su cuerpo tenia pruebas inequívocas de que le eran temibles.

Y como le convenia mucho evitar aquellos enojos, ya porque al mismo tiempo evitaba golpes, ya porque queria ver cumplidas algunas promesas de su maestro, y recordaba tambien la brusca amenaza con que el ropavejero le habia despedido al recomendarle que á las doce se encontrara en el Rastro, temblaba el pobre niño ante la posibilidad de entregarse al sueño pesado que su cansancio le demandaba y que le privaria de levantarse á hora oportuna.

Otro niño, á esta edad, no hubiera tenido semejante sospecha.

Pero los sufrimientos, las contrariedades, la desgracia agrandan mucho y hacen precoces las inteligencias de los humanos, destinados á enseñarse por la adversidad, los desengaños y el dolor.

Vínole entonces á la imaginacion una idea que conciliándolo todo, le hizo saltar de alegría.

Salió precipitadamente de la estancia, y sin detenerse en contemplaciones, golpeó con fuerza una puerta del pasadizo, que estaba fronteriza á la del cuarto de Casares.

Una voz aguda, desapacible y estrindente como el sonido de la lima al morder el hierro, contestó de un modo brusco á la mas brusca llamada de Orejon.

—Soy yo, abuela—dijo el pilluelo.

Se oyó el descorrer de un cerrojo.

Y un rostro de mujer anguloso, arrugado y repugnante asomó ante Orejon.

Figúrense nuestros lectores, una boca hundida, una nariz roja y prominente, una frente achatada, unas mejillas secas y ennegrecidas, unos ojos pequeños, escondidos, un cráneo casi calvo, un bello cano sobre aquella boca, y unos pómulos salientes; concierten todo eso y tendrán una idea un tanto aproximada de la asquerosa cabeza de aquella anciana.

Estos tipos no son raros en Madrid.

VII.

La abuela, y así la llamaremos porque por este nombre era conocida, no pareció complacerse mucho con la visita de Orejon, y con voz temblona pero acentuada de cierto despotismo, preguntó al pilluelo discípulo de Casares:

—¿Qué quieres?

—Abuela—dijo el pilluelo—haré á V. algunos servicios de valde, si quiere hacerme hoy un favor.

—¡Siempre vendrias tú á molestar á las gentes!

—Perdone usted, abuela, pero ganará usted con esto, y la daré algunos cuartos cuando me los dé el maestro.

—Habla pronto—dijo la vieja, con acento mas apacible, si el suyo podia dejar de ser brusco alguna vez.

—He ido ayer á....

—¿A dónde?—preguntó la abuela viendo que el niño se interrumpia.

—A Vicálvaro; pero que no sepa el maestro...

—Descuida, y si quieres, habla mas bajo.

—Pasé toda la noche andando, recibiéndo toda la helada que fué fuerte...

—Y...

—Y llegué esta mañana; vine á casa, almorcé...

—¿Qué me importa todo eso?

—Tengo sueño, abuela, mucho sueño y no me atrevo á dormir porque el maestro me dijo que á las doce vaya al Rastro...

—¡Ya! quieres que yo te despierte á tiempo.

—Sí, señora, á las once y media.

—Pero—dijo la vieja acercándose mas á Orejon—el maestro no tiene consideracion contigo; ¡Obligar á un niño á hacer tales cosas!

—El maestro dice que es necesario que me acostumbre á ellas si he de llegar á ser algo.

Este *algo* equivalia en la boca de aquel infelíz, á decir: un buen ladron.

—¿Y á qué fuiste á Vicálvaro?—preguntó la vieja fingiéndo indiferencia por saber lo que preguntaba.

—Perdone usted, abuela, pero no quiero decirsélo. El maestro y usted están ahora reñidos...

—Bueno; ¿desconfias de mí? pues anda, ve á dormir, pero no seré yo quien te despierte.

—¡Abuela!

—Lo dicho. ¡Haga usted un favor despues de que le tratan como á un estraño ó á un enemigo!

—No, usted no me ha hecho daño alguno; pero...yo no puedo decir lo que usted me pregunta.

—¿Por qué?

—Porque el maestro me ha dicho muchas veces que me retorcerá el pescuezo el dia en que yo le haga una *mala partida*.

—Bueno, no hay mas que hablar. ¿Creés que me importa algo eso ni otra cosa que sea de tu maestro? Véte á dormir.

—¿Me despertará usted, abuela?

—No, ya lo sabes.

—La daré á usted cuartos mañana, haré lo que me mande, abuela...

—¡No y no! No quiero nada con gente desagradecida.

El infeliz pilluelo se caia de sueño, y la vieja conocia demasiado el estado de Orejon.

—Mire, usted abuela, si no le dijera nada al maestro..

—¿Te olvidas qué estamos reñidos?

—¡Es verdad! pues bien; lo diré...

Los ojos verdes de la anciana giraron con rápidez en las cóncavas órbitas, destellando una mirada ávida.

—¿Acabarás de hablar?

—Fuí á ver á un amigo del maestro, que vendrá esta noche á Madrid. Ya lo sabe usted todo, voy...

—Sí, vete, y duerme hasta mañana.

—¡Cómo!

—No me has dicho nada: cualquiera que esté en Vicálvaro, ¿no puede venir esta noche á Madrid?

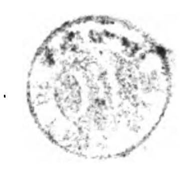
—No... esperaba aviso; porque le han *tiznado* los jueces en los periódicos...

—Bueno, dime el nombre y te despertaré.

—Se llama, se llama... abuela, no sé el nombre.

—Mientes, bribon!

—Se llama *Alma Negra*.



VIII.

La abuela oyó el nombre sin conmoverse; se enteró de algunos pormenores más, y despidió á Orejon prometiéndole que le despertaria.

Despues salió á la calle.

Y bien sabe Dios, y bien supo despues Orejon, que la aborrecible vieja se cuidó de todo más que de cumplir la tal promesa.

Orejon durmió tranquilamente, y cuando despertó eran las cuatro de la tarde.

A haber dormido con temor, hubiera quizás despertado á la hora oportuna, porque esto acontece con frecuencia; pero, confiado en la promesa que había logrado de la vieja á tanta costa, durmió profundamente.

Imposible nos sería describir la desesperacion que se apoderó del desgraciado huérfano, cuando, al levantarse, y conocer que le habian engañado, presintió la terrible cólera de Casares.

Quiso huir, quiso no volver más á aquella morada, quiso matar á la abuela ó vengarse de ella quemando su zaquizamí; quiso..... todo que las malas pasiones que germinaban en él, irritadas por aquella contrariedad, le demandaban.

Haber dicho un secreto de Casares, haber confiado en la abuela que odiaba al maestro, haber faltado al despótico mandato de este...

Cuanto más Orejon pensaba en el peligro que la ira de su maestro y la falacia de la vieja le deparaban, tanto

más desesperaba de poder alejar aquel inminente riesgo.

Pero, decidido al fin á todo, salió de la habitacion de Casares, cerró la puerta dejando la llave debajo de ella. y puso sus piés en la calle, jurando decididamente no volver á ver á Casares.

Y cuando salia llorando de aquella casa el pobre niño que poco antes había entrado en ella alegre y feliz, entraba riendo de una manera incisiva, y valiéndose de la llave dejada por Orejon en el cuarto de Casares, la vieja que no hacía muchos dias habia salido de él llorando descompasadamente.

Tales son los contrastes de los humanos.

IX.

La noche habia cerrado ya completamente.

Una niebla densa y helada ahogaba las luces del gas, é impedia que dos personas se conocieran á la distancia de cuatro pasos.

El paseo de Atocha, desde la fuente llamada de la Alcachofa hasta el templo que es hoy Basílica, parecia desierto, y negro como boca de lobo.

Y decimos parecia desierto, porque no lo estaba en realidad.

Arrimado á la pequeña ermita del Angel y embozado en ancha capa, estaba un hombre.

No hacia un solo movimiento: hubiérasele creido petrificado.

Así permaneció por espacio de media hora, sin revelar el menor síntoma de impaciencia.

Los ladrones, como hombres muy acostumbrados á la espera, se enseñan á tener paciencia y dificilmente se hallarán otros que la tengan tan sostenida.

Al cabo de la media hora, un hombre, apartándose del camino de Vallecas, se acercaba á la ermita.

Escudriñó con mirada profunda los alderedores, pero nada pudo ver distintamente, porque la niebla se lo impedia.

Paseó al derredor de la ermita y no tardó en tropezar con el primero.

Al verse, ambos se conocieron, y con acento breve se dirigieron las siguien es lacónicas frases:

—¿Casares?

—Yo soy.

—¿Hay seguridad?

—Sí.

—¿Y á dónde vamos?

—A mi casa.

Sin decir más palabra, los dos hombres, embozados hasta las cejas, enderezaron sus pasos hacia la fuente de la Alcachofa, y siguieron su camino por entre la arboleda de la calle de Atocha.

X.

Salgámosles nosotros al encuentro en la morada de Casares que ya conocemos.

Allí, y apoyados los codos en una mugrienta mesa donde se ven los restos de una comida, platican silenciosamente.

Oigamos su conversacion; porque debe sernos de mucha utilidad para comprender los sucesos de esta historia.

—Sabes—decia el bandido—que por sus hechos habia merecido el renombre de *Alma Negra* que llevaba con orgullo.—Sabes que desde el año de 1855 me sigue los pasos la justica.

—Sí, ya lo sé—decia Casares—pero aun ignoro tus hazañas de entonces.

—¿Quiéres saberlas?

—Sí, la noche es larga y podemos hablar de todo.

—Pues escucha y bebamos, dijo Alma Negra buscando á tientas el jarro, porque la prudencia de Casares habia creido conveniente apagar la luz.

Haremos gracia á nuestros sensatos lectores de las frases soeces de los dos bandidos, porque creemos que les repugnarán como á nosotros, y referiremos por nuestra cuenta el suceso que el terrible bandido recordaba al comenzar la historia de las que él llamaba sus hazañas.

XI.

Estamos en el año de 1855, y en la bella ciudad de Sevilla.

Promediaba el mes de Abril, mes que habia de dar á la historia del tercer tercio de GUARDIA CIVIL una página gloriosa.

Breve tiempo habia trascurrido desde que un Guardia llamado Pedro Plata, habia sido vil y traidoramente asesinado.

No era posible que el asesino quedara impune y los Jefes del Tércio dispusieron que el cabo 1.° Fernando Fernandez, corriese en activa persecucion del criminal, secundado por cuatro Guardias que eran, como él, del puesto de la capital, y que se llamaban José Martinez, Juan Rebollar, Saturio Espósito y Matias Martinez.

Tomaron ruta los cinco Guardias, aparecieron en los campos de Constantina, y al amanecer del dia 23 descubrieron en los Barrancos de Upa, (1) una partida de treinta hombres que cabalgaban armados con enormes trabucos y otras armas ofensivas en número no escaso.

El golpe de vista de un GUARDIA CIVIL que tiene alguna práctica y perspicacia, no le engaña nunca.

Aquellos Guardias sabian que en aquel caso, como en todos, se les mandaba no contar nunca el número de los enemigos, fuese el que fuere.

Y así, juzgando que serian contrabandistas, ó quizás facciosos, pero siempre hombres que las circunstancias recomendaban conocer bien, los cinco intrépidos Guardias ordenaron el alto á aquellos treinta hombres que tenian mayor abundancia de armas, briosos caballos y las ventajas consiguientes á esas dos.

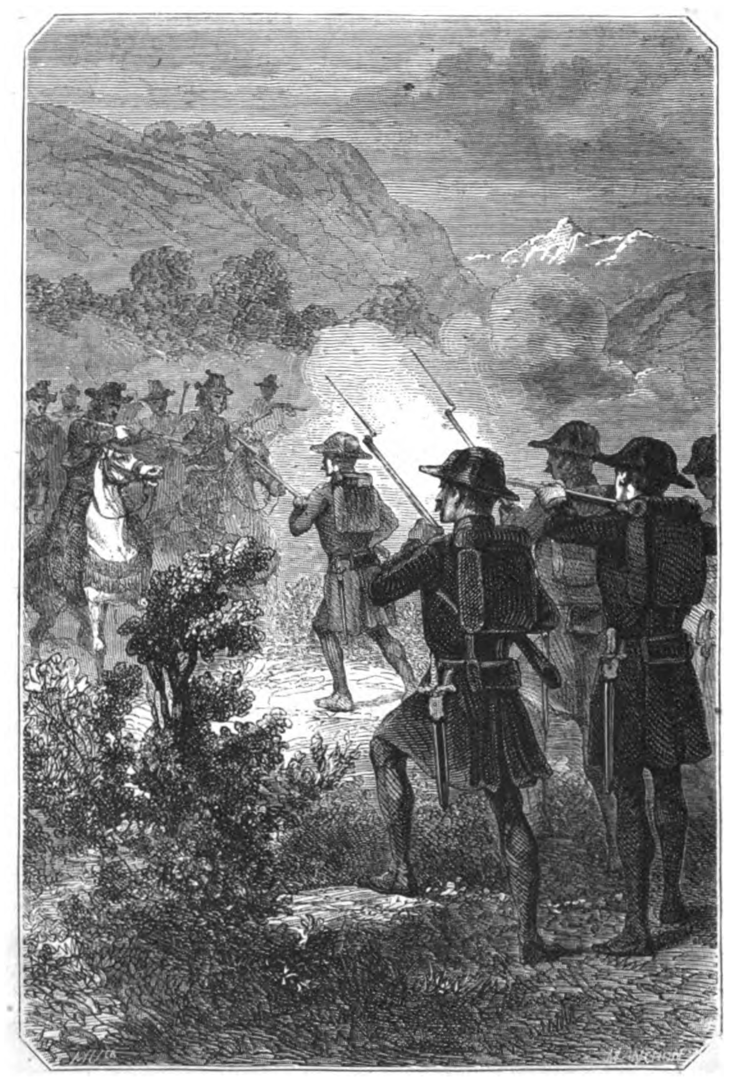
No pensaron los contrabandistas en sobornar con el oro á los cinco Guardias, porque la esperiencia ha hecho ya correr como axioma proverbial entre los contrabandistas el siguiente, que aunque corto y mal perjeñado, dice mucho: *ni por uno ni por mil—á la* GUARDIA CIVIL.

Y de ahí que, envalentonados por el número los defraudadores de la Hacienda, contestasen bruscamente con

---

(1) Término de Cazalla.





El guardia adelanta solo, hace fuego, y acomete con la bayoneta.....

una descarga á quema-ropa, que abrasó á los cinco individuos de la Guardia Civil.

Pero, ¿Cómo estarán arraigadas en las voluntades de los individuos de esa institucion, las máximas sobre que esta se asienta, cuando aquellos cinco hombres, afrontando cara á cara una segura muerte, buscan posicion, cierran con los contrabandistas y traban brazo á brazo, cuerpo á cuerpo, una lucha gigantesca contra los treinta ginetes?

¿Qué cosa hay heróica si no lo es esto?

¿No es esto gloria y loor para esos individuos, para los gefes que tales hombres mandan, para la institucion, y para la patria que esos hijos tiene?

Y cuenta que no hacen los Guardias otra cosa que imitar dignamente á sus gefes como estas Crónicas y las genuinas del cuerpo lo demuestran (2).

XII.

El combate llevaba media hora de duracion.

Increible parece que cinco hombres se sostengan tanto tiempo en lucha abierta con treinta.

Pero, exasperado ya el guardia José Martinez, adelanta solo en medio de los caballos, hace fuego, y acomete con la bayoneta á los contrabandistas.

Europea, más que europea, universal es hoy la fama

(2) Un oficial, el Sr. Villacampa que era en 1862 segundo Jefe de la provincia de Granada, colocó tranquilamente una escala en las tapias de una casa, y sin más auxilios, en medio de la noche, subió á un balcon en el que seis bandidos le esperaban armados, y los aprehendió á todos. Hechos como este son dignos de pasar á la posteridad.



que el soldado español se ha conquistado con aquella arma.

Un diplomático inglés ha dicho:

—El soldado español —con la bayoneta en la mano—no es un soldado, es una bala de cañon que caé sobre el enemigo.

De esta verdad hay recientes pruebas; y cuando narremos las cargas dadas por la GUARDIA CIVIL en Africa, las mostraremos detalladas.

Los Guardias Fernandez, Rebollar, Espósito y los dos Martinez, ven el peligro de su compañero, y le apoyan denodadamente; pero bien pronto, víctima de su ardimiento, cae aquel en medio de los contrabandistas revuelto en la gloriosa sangre qne manaban sus numerosas heridas.

Habia muerto.

Cuatro guardias quedaban solamente en combate.

Ciegos ya, se arrojan sobre los ginetes, hieren y son heridos; el cabo Fernandez hiere á dos, se rompe su fusil, le coge por el cañon, y con la culata hace besar la tierra y mata á tres de los oontrarios.

XIII.

No desesperanzaban los contrabandistas de vencer á los cuatro guardias que quedaban, pero veían que la esperanza iba costándoles muy cara ya, y que fuera fácil que les costara más aun.

Entonces proyectan la venganza más criminal, más villana, más miserable que de ellos podia salir.

Rodean al cabo Fernando Fernandez, le cojen, y huyen vergonzosamente ante el fuego de Espósito, Martinez y Rebollar.

Pero huyen con Fernandez en medio, huyen arrastrándolo en su carrera, huyen injuriándolo, pisándolo, abriendo sus herídas, escarneciéndolo.

¡Cobardes y villanos eran aquellos hombres que ni aun sabian respetar el valor desgraciado!

Salvando distancias, llegan los contrabandistas á lugar seguro, y allí.....

La pluma tiembla en las manos, y el corazon rebosa ira profunda al intentar describir lo que allí pasó.

El heróico cabo es colocado sobre un despeñadero, y aquellos hombres miserables, haciéndole servir de blanco, se divierten en disparar sobre él, en medio de beodas carcajadas, frases insultantes y ademanes brutales.

¿Qué hombre no hubiera visto agotadas sus fuerzas en lucha tal?

¿Qué hombre al ver segura la pérdida de su existencia, ¡no hubiera implorado compasion, no hubiera pedido la vida?

Exánime, sin armas, sin poder luchar, cualquier acto suyo hubiera encontrado justificacion.

Pero..... *Esta es la* GUARDIA CIVIL (3).

Y entonces, en la alternativa de morir inerme en las manos de aquellos traidores asesinos, ó morir en las del Dios de los buenos, hizo el cabo Fernandez un esfuerzo supremo y se arrojó por el despeñadero.

Moribundo le hallaron sus compañeros que llegaban

(3) Palabras del Exmo. Sr. General Infante al referir este hecho en el Congreso de los Diputados.



desalados á auxiliarle, á pesar de las heridas que tenian.

. . . .

El cabo fué nombrado sargento con la cruz de San Fernando pensionada; y los otros Guardias recibieron el inmediato ascenso y cruces pensionadas de M. I. L.

Sus nombres vivirán siempre en los fastos de la Institucion.

XIV.

Tal es el suceso que Alma Negra refirió sucintamente á Casares.

Y si le llamaba *hazaña*, no era por cierto por la parte que en él habia tomado la GUARDIA CIVIL, sino por la de los contrabandistas, entre los que se encontraba en aquella época Alma Negra.

Decir como este célebre bandido comentó los hechos, nos parece escusado.

Baste saber que se glorió de haber disparado sobre el Cabo, cuando á este le era completamente imposible el defenderse.

—Huido desde entonces—dijo el viejo bandido para concluir—me he visto en otras no peores. Hasta aquella época pude vivir con mas espacio, sin embargo de que ya en 1845 nos vimos en aprieto.

—Lo recuerdo y es verdad—dijo Casares.—Aquí, en Madrid fué, y así empecé yo mi carrera.

—¿No lo has olvidado?

—No; fué mi primer negocio.

—Entonces nos conocimos.

—Sí; nos dieron aviso á tiempo, y gracias á nuestras piernas evitamos caer como los otros, en manos de la Guardia Civil (1).

Continuó Alma Negra la relacion de sus crímenes, y se enorgullecia de tenerlos en abundancia.

Criminales habian sido sus abuelos, sus padres, sus hermanos y criminal tambien la mujer con quien se habia casado.

Educado él en tan fatal escuela, seguia por el camino del crímen, ahogando la voz de la conciencia y la voz de la piedad, si alguna vez querian hablar en él.

Casares envidió las *hazañas* de aquel hombre, y estimulado por su amor propio de bandido, se creyó en el deber de narrar las suyas.

Y nunca en mejor ocasion podriamos decir:

Al par los dos miserables
sus crímenes enumeran,
y debe salir premiado
el que mas crímenes tenga.

Antes empero, y por estar ya muy avanzada la noche, Alma Negra interrumpió á Casares haciéndole varias preguntas, cuyas respuestas no queria sin duda retrasar.

—Sabes—le dijo—¿dónde está mi mujer?

—¿Pues no vivia contigo?

—Hace ocho años tuve que salir pricipitadamente de Madrid, y la dejé con su hijo recien-nacido. No he vuelto á saber de ella.

---

(1) Se refiere Casares á la captura hecha por los Guardias de puesto de Carabanchel, sargento 2.º Juan Castillo, y el guardia Peñarrocha, en una casa de Madrid.



—Ni yo: pues en aquella época andaba por Galicia.

—Recomendé á su madre que la cuidara hasta que yo pudiera llevarla conmigo...

—Mañana podrás averiguar algo.

—Lo haré, porque puede convenirnos. En otro lugar, nó saldria yo á la luz del sol; pero en Madrid estamos nosotros mas seguros que en otra parte cualquiera.

Cuéntame, cuéntame tu vida, que por lo que veo no tiene testigos en nada.

—Te equivocas: he tenido hasta hoy conmigo el niño que te habló ayer.

—No es tonto—dijo Alma Negra encendiendo un negro cigarro capaz de rajar una garganta forrada de cobre.

—Pero desde esta mañana no le he vuelto á ver.

—¿Sabe algo?

—No puede hacerme daño nunca, y él volverá á mí cuando no tenga que comer.

No hizo Casares mas comentarios acerca de la conducta del niño que en aquella hora se deslizaba por las calles mas oscuras de Madrid, casi desfallecido por el frio y el hambre.

Casares volvió á su historia.

XV.

Y dijo á Alma Negra cosas nuevas y cosas ya sabidas por este.

Casares habia sido recomendado á Alma Negra por Juan Bautista Sanchez, *álias* Guancha, célebre criminal que en 1832 mató á su padre, que llevó despues veinte

años de vida nómada, oscura y que al fin cayó en poder del sargento 2.° Leandro Lago y los guardias Antonio Navarro y Fernando Sanchez, destacados en Sanlúcar la Mayor (1).

Otro de los episodios de la inquieta vida de Casares se relacionaba íntimamente con otro crímen semejante al de Guancha.

Hallándose en la villa de Cangas (Oviedo), conoció á una mujer.

E ignoramos por qué causas obligó á aquella á asesinar á un hijo legítimo que tenía de edad de un mes.

Estos misterios son muy frecuentes en la historia de la estadística criminal.

Si en alguna ocasion hallamos espacio para hacer varias observaciones acerca de los crímenes y sus principales causas, esplayaremos algunas ideas que, aunque no fuera del asunto, distraerian aquí la atencion del lector.

Pero es lo cierto que el niño fué hallado muerto, sin un brazo, sin la cabeza.... lleno de lesiones que revelaban el ensañamiento de la madre.... y no es menos cierto tampoco que el sargento 2.° Antonio Suarez y los guardias Manuel Prieto y Domingo Valiño, aprehendieron á la madre que confesó un crímen que es muy raro, un crímen que solo viéndolo puede creerse; tanto repugna al sentido sócial, y á los lazos con que la naturaleza liga á la humanidad.

Otros sucesos contó, y otros se calló Casares; pero en casi todos los primeros tomaba muy activa parte la Guardia Civil.

(1) Sevilla.

Y puede decirse que desde su fundacion, no hay autos de causa criminal en que no hable, así como no hay desastres en que no figure.

Quien lea los partes mensuales de todos los Tercios, conocerá por completo la estadística de crímenes y desgracias de España en aquel mes.—Urge solamente el aumento de fuerzas en tan importantísimo Cuerpo.

Cansados al fin de hablar aquellos dos hombres que eran hermanos en el crímen, pensaron en dar reposo al cuerpo y á la imaginacion agitada por sus recuerdos.

Al efecto, dieron fin al enorme jarro de vino que sobre la polvorienta mesa se ostentaba, y tendiéndose ambos en la cama de Casares, que conservaba aun la huella hecha en malhora por Orejon, se entregaron bien pronto á un profundo sueño.

Eran las tres de la mañana.

Y en aquel momento, una sombra que parecia no tocar al suelo se separó de la puerta del zaquizamí de Casares.

Era la abuela.

Enterada por el pilluelo de la venida de Alma Negra, quiso saber cosas que sin duda la convenian.

Al ver salir á Orejon, entró en el cuarto de Casares clandestinamente, pero recordando que por un suceso igual habia salido de él, pocos dias antes bastante malparada.

Fisgoneó á su placer, porque esto era un placer en aquella anciana, y salió despues dejándolo todo en su estado anterior y la llave en el intersticio inferior de la puerta.

Llegada la noche esperó con alguna intranquilidad la

llegada de Casares, y al verle desde la entornada puerta de su habitacion, procuró distinguir la fisonomía de su acompañante; pero la oscuridad no se lo permitió.

Tuvo un momento la esperanza de cumplir su deseo, con ayuda de la luz que Casares habria de encender en la estancia.

Pero la luz que era muy escasa, brilló muy cortos momentos y la abuela se contentó con escuchar ansiosamente las frases de la plática de los dos bandidos, que aunque en voz muy baja conversaban, de algunas palabras pudo la vieja comprender algo, y lo que pasó por su mente al comprenderlo, lo esplicaremos en la oportuna ocasion.

Y solamente cuando se convenció de que los bandidos se habian entregado al reposo, entró en su estancia.

XVI.

Volvamos ahora á Orejon, porque no es justo que á un niño tan débil, lo dejemos solo tanto tiempo por esas calles.

Como sabemos, el miedo y terror pánico que Casares le inspiraba, le habian aconsejado evitar un encuentro con el mercader del Rastro.

Triste y desesperado, vagó por las calles de esta coronada villa, y despues de anochecido, se sintió con grandes ganas de probar alimento.

Al verse entonces solo, sin amparo, sin persona que le socorriese, se sentó en el dintel de una puerta, en la calle de Toledo, y lloró con amargura y desconsuelo conmovedores.

Nadie, sin embargo, se fijó en él porque el pilluelo ahogaba aunque penosamente los sollozos y ocultaba su rostro entre sus brazos que tenia cruzados sobre las rodillas.

En aquel momento, las palabras de un hombre honrado y bueno, hubieran salvado al infeliz, apartándole de la infame senda donde sin poder comprenderlo, ponia sus pies.

Un momento hubo en que llegó á su imaginacion la idea de cometer un delito.

—Robando—se dijo—me llevaran á la cárcel y allí comeré.

Dominado por esta idea, se levantó mas tranquilo y comenzó á subir la calle.

Queria efectuar el delito casi delante de los Guardias veteranos, como entonces se llamaban, (1) para acelerar de este modo su llegada á la cárcel ó á la *Prevencion.*

Y así que se vió cerca de la pareja que servia en la esquina del teatro de Novedades, buscó un objeto que robar.

Se fijó en uno de los varios que una tienda fronteriza presentaba al público.

—En la cárcel—decia entre sí el desgraciado niño—en la cárcel me veré tambien libre del maestro.

Este pensamiento le salvó.

Ocurrióle la idea de conseguir dos cosas en vez de una.

Quiso vengarse de Casares, haciéndole traicion.

Entonces conoció que robando á Casares, tendria que

(1) Hoy, por reciente Real órden, se ha sustituido esta calificacion con la de Tercio de Madrid.

comer, y que Casares no podria vengarse de él, porque podria delatar la venida de Alma Negra.

Pensó, pues, decididamente en tomar una terrible revancha.

Y, preocupado con aquella idea, no sintió ya cansancio, ni frio, ni hambre, ni tristeza!

XVII.

Pasó como pudo la noche, una larga noche de invierno; y á medida que las horas corrian adquiria mayor consistencia el proyecto de venganza del infeliz niño.

Al amanecer recayó en la calle del Meson de Paredes, y se ocultó en un portal cercano á la vieja casa en que habitaba Casares.

Allí esperó á qne aquel, que llamaba su maestro, saliese.

Vió salir á la abuela y dijo entre sí:

—¡Bueno! yo daré tambien á la abuela lo que se merece. ¡Voy á pasar un gran dia!

Con el nombre de *abuela* conocian todos á la vieja; pero, como veremos luego, nadie mejor que Orejon podia darla aquel nombre.

Decia, sin saberlo una verdad.

Pasó la hora en que Casares acostumbraba á salir y el pilluelo sintió alguna inquietud.

—¿No habrá venido esta noche?—se dijo.

Pero no tardó mucho en perder todo temor. Casares, que se habia retrasado hablando con Alma Negra, le dejaba en su morada y tomaba la direccion del Rastro.

No le convenia faltar á la tarea cuotidiana, porque

viviendo una vida de costumbres enteramente ficticias, la menor murmuracion podria dañarle.

Siguióle Orejon con su ávida mirada hasta que desapareció de su vista doblando la esquiua de la calle de las Dos Hermanas.

Entonces respiró con libertad.

¡Iba á vengarse!

Orejon tenia sospechas del sitio en que Casares guardaba su dinero.

Robarle, y huir era su proyecto.

No pasó ni remotamente por su imaginacion la idea de que Alma Negra pudiera hallarse en la habitacion de Casares.

Y sin esperar á mas, el pilluelo se dirijió con paso acelerado á la casa.

El que enseña á robar, corre el peligro de ser robado por sus mismos discípulos.

Esto le sucedia á Casares.

Orejon subió la desvencijada escalera, y llegando anhelante á la puerta del cuarto de su maestro se dispuso sin mas dilacion á saltar la cerradura.

XVIII.

Buscó Orejon en sus bolsillos algun objeto que apresurase el desquiciamiento de la cerradura, pero no encontró cosa que á su deseo conviniese.

Y no queriendo perder tiempo, introdujo sus pequeños dedos por la separacion del marco, tocó la lengua de la plancha, y dióse con el mayor sigilo al trabajo de descorrerla.

Pronto, sin embargo, tocó la imposibilidad de lograr-

lo por entero, porque el juego de la mano era muy penoso y forzado.

Ciego por la rabia ante aquellos obstáculos no previstos, apoyó sus manos en la puerta y la imprimió un rápido movimiento oscilatorio.

Aquello era ya un frenesí.

La puerta, aunque no muy sólida, tenia bien clavados los goznes, y el ruido que producia era tambien bastante débil.

Sin embargo, quien estaba dentro de la estancia, debió ser despertado por el ruido, pues oyose algun movimiento en el interior.

Ocupado Orejon con su trabajo, no lo percibió, hasta que sintió abrirse repentinamente la puerta.

En poco estuvo que el pilluelo no cayera; y al reponerse vió delante de sí la imponente figura de Alma Negra que le dirigia miradas interrogadoras.

Orejon no supo qué decir.

—¡Ah! ¿eres tú?—dijo Alma Negra á quien el sueño enturbiaba aun los ojos.

—Sí; yo soy... pero....

—¡Vamos, entra! ¿buscas á tu maestro?

—Sí... le buscaba....

Alma Negra cogió á Orejon por un brazo y levantándole con sorprendente agililidad, le hizo saltar al medio de la estancia.

Y sin duda no convenia al bandido el esponerse á las miradas de quien llegase al pasadizo, porque cerró con presteza la puerta y se acercó á Orejon.

El pilluelo permanecia lleno de estupor y sin saber qué decir ni qué hacer.

Aquel encuentro inesperado, no solo trastornaba todos sus planes, sino que le esponia de una manera segura, inevitable, á la venganza de Casares.

XIX.

Era Alma Negra un hombre que avezado el crímen, no podia sentir lástima ni consideracion.

Errante siempre, siempre escondiéndose, siempre desconfiando de todos, se habia hecho célebre por los torcidos instintos de su alma, á la que sus compañeros de crímenes llamaron *Negra*.

Y, como hemos dicho, llevaba con orgullo este calificativo apodo.

Cuando él amenazaba diciendo:

—¡Me llaman Alma Negra!—ya podia temblar el amenazado porque esa frase era toda una historia de traiciones, de vilezas, de infamias, de sacrilegios, de crímenes en fin.

—¿Qué te trae aquí?—preguntó el bandido á Orejon—¿por qué querias descerrajar la puerta?

Al verse tan categóricamente interpelado, el pilluelo conoció que su contestacion debia ser tambien categórica.

Y conoció mas: conoció que se las habia con un hombre capaz de ahogarle tranquilamente si le cogia en engaño.

Entonces Orejon, refirió á Alma Negra los sucesos del dia anterior.

Pero, obligado por las circunstancias, le ocultó sus proyectos de venganza.

Y en vez de ellos díjole que teniendo hambre, y su-

poniéndo que el maestro estaria dormido, queria despertarle golpeando en la puerta.

Pareció exacta á Alma Negra la esplicacion del niño; porque los hombres muy acostumbrados á engañar, suelen ser en muchas ocasiones los mas fácilmente engañados; y porque á primera vista no hay acaso cosa que mas se parezca á la verdad, que una mentira bien estudiada.

Y en este punto, sin embargo de la diferencia de años, quizás engañara mejor Orejon al bandido que este aquel; porque creemos siempre á los niños más sinceros, por ser menos conocedores del trato, y amaños y falsías de los hombres, que á estos que viven en ellos.

Alma Negra aconsejó á Orejon que se proveyese de alguna vianda y fuera despues á buscar á su maestro, para desenojarle.

Orejon rogó al bandido que intercediese por él para evitar los furores de Casares, y Alma Negra le dijo:

—Anda, bribon, que si te rompe un brazo, bien merecido lo tienes. Asi aprenderás á no dormir demasiado.

Bajó el pilluelo la cabeza, perdida toda esperanza de un buen arreglo con Casares, y como el hambre le aguijaba muy justamente, comió algo, bebió mas y dijo á Alma Negra que iba á buscar al maestro.

Pero su pensamiento no era este: éralo, sí, el salir de la presencia del bandido y no volver á ponerse al alcance de los terribles brazos de Casares.

Detúvole Alma Negra, que queria matar algunas horas hablando de cosas que podian serle de utilidad; y prometiendo al pilluelo aplacar á Casares cuando este llegase á las doce, le interrogó acerca de los menores de-

talles de la vida del que entonces pasaba por mercader del Rastro.

XX.

Estas preguntas fueron un rayo de luz para Orejon que no habia abandonado aun la idea de su venganza.

Hacer que Alma Negra fuese enemigo de Casares, le pareció muy fácil y se decidió á conseguirlo.

—El maestro—dijo—me conoció hace dos años. Yo salí de la cárcel recomendado á él por un amigo suyo que está aun allí, y desde entonces he venido siendo su compañero.

—¿No tienes madre?

—No lo sé.

—¿Y padre?

—Tampoco lo sé. Recuerdo muy confusamente que he vivido con mi madre y con una vieja. Pero un dia vinieron á prenderlas y desde entonces no he vuelto á saber de ellas; ni las conocería si las viera, porque era yo muy pequeño entonces.

—¿Qué hace Casares aquí?

—Poco conocido, pero mucho oculto para todos.

—¿Sabes algo?

—Yo...

—¡Habla! ó te ato hasta que venga tu maestro y entonces, no daré un real por tu vida.

No necesitaba Orejon estas groseras amenazas para decir lo que pensaba.

Meditó cortos momentos, recordó algunos hechos, inventó otros y comenzó así:

—El maestro tiene cuatro amigos consigo y de vez en cuando dan algunos *golpes*. Se crée muy seguro en Madrid y no teme nada.

Pero el maestro no tiene ley á las personas que le hacen favores. Yo le he servido siempre bien; fuí el que le salvó de un riesgo grande al robar la casa de un señor en la calle del Lobo (1) y me trata muy mal.

—Tú lo tendrás bien merecido.

—Anteayer me dijo que fuera á Vicálvaro y me dió otras instrucciones.

—¿Cuáles?

—Pregunta á Alma Negra—me dijo—pero de modo que no sospeche, si trae dinero consigo.

—¿Cómo?

—Así me dijo; y yo creo...

Orejon se interrumpió.

Habia sentido pasos en el corredor.

—¿Por qué te paras?

—Creí que era el maestro; es la abuela que vuelve.

—Sigue y habla bajo. ¿Qué proyectaba Casares?

—Proyectaba... robar á usté si traia dinero, porque cree que usté debe ser rico.

Lo que pasó por el bandido al escuchar estas palabras, no puede describirse.

Se levantó del taburete en que se sentaba, cogió con su robusta mano el cuello de Orejon y suspendiendo en el aire al pilluelo, exijió con imperativo acento mayores esplicaciones acerca de lo último que le habia dicho.

Orejon, puesto de golpe en alquella postura, sentia

(1) Número 18, cuarto principal; habitada por D. J. M. de M.

que se ahogaba, que afluia la sangre á sus ojos; y mudaba su rostro tantos colores como el arco-iris tiene.

Su situacion con respecto al embrollo en que se habia metido, era tan mala como la posicion que en aquel momento afectaba.

Se apresuró sin embargo á prometer á Alma Negra cuanto deseaba saber, rogándole que le pusiera de modo que le permitiese hablar con mas completa holgura y libertad.

Complacióle Alma Negra, conteniendo á duras penas los sanguinarios instintos de su corazon, y con voz opaca pero despótica, exclamó:

—Vas á decírmelo todo... ¡y pronto!

El pilluelo, en quien no cabia la muchísima prudencia que su situacion aconsejaba, perdió con estas palabras la poca que podia quedarle y haciendo frente á todas las consecuencias que por aquella delacion pudieran sobrevenirle, se arrojó de lleno á la realizacion del sañudo proyecto de venganzas.

—Sí—dijo con acento firme—yo sé que queria robar á usté, matándolo antes en algun sitio bastante apartado... La compañía de usté le estorba hoy para sus negocios; las reparticiones tocarian tambien á menos. Y siendo usté muy conocido y buscado, es arriesgada su compañía y podrian, por usté, descubrirle.

Usté le escribió pidiéndole consejo sobre si vendria ó no Madrid; el maestro no queria contestar... pero solo lo hizo y le consejó la venida, cuando pensó en sacar con ella algun buen partido.

Orejon se detuvo un momento, porque su respiracion era difícil y desalada.

Todos los músculos hercúleos de Alma Negra saltaban bajo de las toscas ropas que los cubrian.

—Le he visto—continuó el pilluelo—le he visto preparar sus armas.

—¿Dónde están?—preguntó Alma Negra dirigiendo á su alrededor miradas ávidas.

—¿Dónde?... Allí, en aquel arcon; ha cargado el *naranjero* y limpiado algunas ojas.

—¿Sabes algo mas?

Le juro á usté—dijo Orejon insistiendo en su proyecto y sin dar treguas á la ocasion—que el maestro...

—Bueno. Si me engañas, lo sabremos cuando llegue.

XXI.

Esta frase consternó al pilluelo que sin reflexion alguna se habia enzarzado en caminos harto espinosos y de suyo difíciles para él.

—No... no quiero verle...—dijo;—se vengará de mí.

—Yo te defenderé, pero es necesario que te halles aquí cuando llegue.

En aquel momento las campanas de las iglesias parroquiales hicieron la señal de la hora de doce.

—¡Son las doce!—exclamó Orejon—las doce... y va á venir! Déjeme usté que prepare algun almuerzo al maestro y le salga al encuentro en el Rastro, para evitar su venida.

—¡Si, eso es lo que yo deseo! Le espero, y como sea verdad lo que me has dicho...

Alma Negra interrumpió sus reflexiones en voz alta, para continuarlas mentalmente.

Esperaba con ánsia voraz, á escuchar los pasos de Casares en el corredor.

—Bien; me esperaré—murmuró Orejon.

Pero no pensaba seriamente en esponerse á los riesgos de permanecer allí.

Concibió el proyecto de huir, y fingiendo haberse decidido á lo contrario, comenzó á ocuparse en cosas que no llamasen marcadamente la atencion de Alma Negra.

Y despues, con gran disimulo, aprovechando el insimismamiento del célebre criminal, llegó, pero con una naturalidad perfectamente supuesta, á la puerta de la estancia.

Pulsó la llave, dióla vuelta, abrió y se lanzó al corredor.

Siente pasos de persona que sube, conoce por ellos á Casares, se vuelve rápidamente como un pequeño leon herido por el cazador, ve abierta la habitacion de la abue-y dando un grito de suprema alegría, se arroja en la morada de la anciana.

Se habia salvado, y trabajo y sustos le costó el ponerse en franquía viéndose entre los dos foragidos.

Nuestros lectores supondrán ya la velocidad empleada por Orejon en aquellas críticas circunstancias.

Pensar y hacer, todo fué uno.

Y cuando Alma Negra asomó en el pasadizo su rostro amenazador, vió á Casares que, ageno á lo que le esperaba, se aproximaba tranquilamente.

Alma Negra ahogó las primeras ráfagas de su concentrado encono, y luego que Casares estuvo dentro de la estancia, cerró la puerta con convulsiva mano y se

guardó la enmohecida llave sin que Casares parara mientes en tales maniobras.

Lectores que nada quieran dejar sin saber, nos preguntarán el por qué de hallarse abierta la estancia de la abuela.

No era casual esto.

La anciana, segun su costumbre, escuchaba en la puerta de otros vecinos, cuando sintió al mercader del Rastro.

Sin embargo de no haber cerrado la suya no quiso hacer creer que huia de Casares y le esperó, dejándole pasar delante.

Y cuando aquel entraba en su estancia, entraba en la suya la abuela, cerraba, se volvia y veia á Orejon, que lívido y tembloroso, estaba mal oculto debajo de una mugrienta mesa.

XXII.

En dos acciones simultáneas se divide ahora la accion principal de nuestra CRÓNICA, y aunque tengamos que relatar ambas, indecisos estamos en cuál preferir.

Pero oigamos primero las exclamaciones de la anciana al encontrarse con Orejon.

Que Orejon habia ido allí á robarla, fué la sospecha que primeramente concibió la abuela.

Y no dudando de ello—dijo acercándose á Orejon con ademanes descompuestos y amenazadores:

—¿A qué has venido aquí, bribon?

Orejon, repuesto ya y mas tranquilo, dejó la mesa y llegando hasta la octogenaria mujer, la dijo con un acento que no podia inspirar sospechas:

—He venido huyendo del maestro. Ha entrado ya en su cuarto y puedo salir cuando usté quiera.

No pareció inverosímil á la vieja la esplicacion del niño, por haber ella visto la llegada de Casares; pero, cuando tanto afan tenia por saber cosas de los demás que no la importaban, ¿cuánto no guardaría para aquellas que la atañian directamente? Escusado es decirlo.

Apresuremos ahora acontecimientos que de suyo son apresurados, y refiramos brevemente el drama que desde aquel momento comenzó á desenvolverse allí.

Dió el niño á la anciana cuantas esplicaciones aquella hubo menester para saberlo todo, y no la ocultó el ódio que por Casares sentía.

Díjola que ella tenía la culpa de lo sucedido, por no haberle despertado como prometiera y solamente la ocultó la venganza que por esto habia querido tomar de la vieja huroneadora.

—¿Por qué te trata tan mal el maestro?—preguntó la abuela llevada por su invencible vicio de saber vidas agenas.

—No lo sé—contestó el pilluelo tristemente.

—¿Le has jugado algunas traiciones?

—No, al contrario; le hice bien siempre que pude, abuela.

—¿No tienes padres ó hermanos que te defiendan?

—No; soy solo. Nunca conocí á mi padre, cuando yo era muy niño se llevaron á mi madre y á mi abuela á la cárcel, y yo huí perdido por las calles. Esto es lo único que recuerdo.

Haber visto á la anciana cuando escuchó estas palabras, hubiera hecho retroceder á cualquiera.

Se arrojó sobre el niño, cojióle el rostro con sus descarnadas manos y le miró de hito en hito.

Parecia buscar en aquella cara facciones conocidas, pero solo las madres conocen así á sus hijos y los padecimientos habian impreso su funesta é imperecedera huella en aquel rostro de niño.

—¿Cómo te llamas? —preguntó la vieja respirando penosamente.

El niño, que nada bueno creia adivinar en aquellos ademanes de la abuela, dijo:

—Ya sabe usté abuela que me llamo Orejon. ¡No me haga usté daño!

—¡No... no! ¡tu nombre no es ese, no puede ser! ¿Cómo se llamaba tu madre?

—No lo recuerdo.

—¿Y tu abuela?

—Se llamaba como usté.

—¡Como yo!

—Sí, yo la llamaba *abuela*.

—¿En qué calle prendieron á tu madre?

—No lo sé; pero, sí... me parece que habia una fuente delante de la casa...

La anciana, con los brazos extendidos, la fisonomía descompuesta, y los ojos preñados de lágrimas, insistió acreciendo en anhelo:

—¡Tu nombre! ¡tu nombre verdadero! ¡lo sabes, lo recuerdas! ¡no quieras ocultarlo!

—¿Y qué le importa á usté saberlo? ¿Quiere usté que yo diga lo que no sé?

—¡Lo sabes, lo sabes! ¿Por qué temes en decirlo? Dímelo y yo te llevaré con tu padre.

—¿Con mi padre?

—Sí; porque tu madre ha muerto en la cárcel.

—¿La conocia usté?

—¿Qué si la conocia? ¿me preguntas tú si la conocia? Como conozco á tu padre; sé donde está, le oí hablar...

—¡Ah! ¿de veras me llevará usté con él?

—¡Sí... sí! ¡Tu nombre!

—Juan.

XXIII.

En aquel momento un golpe inusitado se dejó sentir haciendo temblar todas las paredes de aquella secular casa, especie de colmena donde anidaban tantas abejas humanas trabajadoras del crímen.

La abuela, enterada ya por Orejon del conflicto en que el pilluelo habia puesto á Casares, adivinó lo que aquel golpe significaba, y abriendo la puerta de su desmantelado zaquizamí, se lanzó al corredor, sujetando á Orejon que pugnaba por desasirse y huir.

El niño se creia causa de lo que en la estancia de Casares estaba sucediendo, y á toda costa queria evitar un encuentro con cualquiera de los dos bandidos.

El característico rumor de una lucha cuerpo á cuerpo se percibia muy claro; se oyó el ruido de muchas puertas que se abrian, el de pasos precipitados despues...

Y en fin, el pasadizo aquel, vióse como por encanto poblado de hombres, mujeres y niños, que preguntaban noticias del suceso que así les alarmaba, revelando una viva curiosidad sus ademanes, movimientos y repugnantes cátaduras.

Si los lectores se sienten movidos por igual curiosidad, muy fácil les será satisfacerla.

Entren con nosotros en la estancia de Casares, miren, escuchen, y si son mujéres, procuren que no las alcance algun golpe de los que allí se reparten abundantemente por los dos miserables.

XXIV.

¡Horror dá el pensar cuanto es el poder de la mentira!

Aun salida de la boca de un niño sin experiencia tiene poderío y fuerza irresistibles.

Un torcido deseo de venganza, alimentado por un niño, ponia frente á frente á aquellos dos hombres terribles que hubieran podido aplastarle con un pié.

La calumnia, aun entre los séres que de ella viven, aun entre hombres avezados al crímen y la vileza, tiene funestas, asoladoras consecuencias!

Terrible es siempre la calumnia.

El calumniador es un asesino; y su lengua vale por cien puñales.

No esperaba Alma Negra otra cosa que verse con Casares, y no esperó tampoco á mas así que lo hubo conseguido.

Se acercó á él y con acento bronco le dijo:

—Acabo de saber que me vendias, que pensabas en hacerme traicion. ¡A mí, á Alma Negra!

—Estás loco—dijo Casares un tanto inmutado—ó has bebido de más y no sabes lo que te dices.



—¡Nó! ni estoy loco ni he bebido, ¡Antonio! Me han dicho eso; cuando lo oí estaba en mi cabal razon, y ¡antes de que me falte! quiero oir de tí mismo si es verdad.

Comenzó entonces entre aquellos hombres una lucha de palabras á cual mas soeces; lucha de refinada astucia que no hubiera tenido pronto fin á no lanzarse Alma Negra al arcon que le habia señalado el pilluelo y sacar de él, con un rápido movimiento, un trabuco que dirijió sobre Casares.

Este, sorprendido por aquel ademan que no esperaba, se sobresaltó; pero reponiéndose instantáneamente arrancó de sus hombros la capa que de ellos pendia y se preparó á arrojarla sobre el rostro de Alma Negra.

Este, montó el arma que agitaba en sus manos, y apretó el gatillo con convulsa mano.

El tiro no salió.

El trabuco no tenia carga.

Orejon habia mentido al asegurar á Alma Negra que Casares habia preparado sus armas.

XXV.

El mercader del Rastro, aprovechándose de la sorpresa de Alma Negra, le arrojó su capa privándole por algunos momentos de libre accion.

Y entonces, aproximándose ambos foragidos hasta asirse fuertemente, trabaron una lucha á brazo partido que dió por primer resultado la caida simultánea de los dos contendientes que rodaron abrazados siempre, por el pavimento.

Este golpe produjo la alarma que conocemos ya, en todos los moradores de aquella vivienda.

Alma Negra y Casares dábanse tremendas contusiones y las recibian, sin exhalar un queja ni una enconada maldicion.

Por azar de aquella sorda lucha, pudo Casares verse encima de su contrario y su puño de hierro descargó sobre el pecho de este tan temible golpe, que otro hombre hubiera quedado exámine.

Le faltó poco para esto á Alma Negra; pero la cólera le dió el valor de los moribundos que luchan con la muerte, y arrollando á Casares, se le sobrepuso.

Entonces atenazó con sus crispadas manos la garganta de Casares, á cuyos lábios asomó la sangre...

En aquel momento la puerta de la estancia saltó hecha pedazos, con extraordinario estrépito.

Y aparecieron ante los luchadores, los vecinos de Casares, á cuyo frente se hallaba la anciana.

Esta, temerosa de que prevaliéndose de la confusion que allí reinaba, huyera el pilluelo que forcejeaba por lograrlo, le sujetaba fuertemente de un brazo.

El primer pensamiento de Alma Negra al ver que la puerta saltaba derrumbada, fué el de todo criminal que en idéntico ó parecido caso se encuentra.

—¡La Justicia!

Y al suponer allí la presencia de este gran poder social, no quiso ser habido con un cadáver entre las manos.

Rápido como una idea, porque en él el raciocinio dominaba al sentimiento, la cabeza al corazon, apartó sus manos de la garganta de Casares, y levantándose, miró

con aire de desafío á los que de tan desusada manera habian penetrado allí.

Casares, casi sin conocimiento y con menos fuerzas aun, permaneció tendido sobre los ladrillos, respirando de una manera penosa y estridente.

XXVI.

Lo primero que vió Alma Negra al tender su vista sobre aquel grupo de curiosas y mal aderezadas personas, fué una mujer.

Al verla, retrocedió algunos pasos, y por la fuerza que en aquel instante adquirió su mirada, podria adivinarse que á ella fiaba el conocer si era un sueño ó no lo que veia.

Duró poco tiempo esta lucha, pues mientras varios vecinos se acercaban á Casares, la abuela se aproximó temblorosa á Alma Negra y le dijo:

—¿Me conoces?

—¡Sí; eres Andrea!

—Y este... ¡¡es tu hijo!!

Malparado Alma Negra por la lucha, halló aun fuerzas para entregarse á la pasion que en aquel instante aparecia en su alma.

XXVII.

Indiscreto fuera ya dar mayor estension á esta Crónica, y el lector adivinará fácilmente la confusion de escenas que allí tuvieron lugar de manera simultánea y no interrumpida.

Pero, coronó aquel imponente cuadro la presencia de un guardia del Tercio de Madrid, que se destacó en los desvencijados dinteles de la puerta.

Estaba solo; al pasar por la calle el rumor de lo que acontecia llamó vivamente su atencion; subió la escalera y apareció ante los agrupados en la estancia de Casares, comprendiéndolo todo con una sola inspeccion.

Estaba solo, repetimos.

Y sin embargo, al verle, todos callaron, aproximándose como por instinto hácia las paredes.

¿Qué hombre de aquellos no tendria alguna mancha en su conciencia?

. . . .

XXVIII.

. . . .

Un cuarto de hora despues, los grupos formados en la puerta de aquella casa, con la facilidad con que por cualquier cosa se forman en Madrid, se abrian dejando paso á Alma Negra atado y seguido por el Guardia Paez y las autoridades civiles que primero pudieron acudir.

Salió despues una camilla de la Beneficencia, dentro de la que exhalaba moribundo suspiro Casares.

¡Tal fin habia tenido una venganza de niño!

La abuela, marchaba tambien con Orejon y le decia al oido:

—No tengas miedo; despues que salga de la cárcel, podrás ayudarle á hacer negocios y yo os ayudaré tambien.

—¡Verás, abuela—decia el niño—que buenas ganancias vamos á tener!

XXIX.

La abuela ha muerto cayendo una noche en una alcantarilla abierta en una calle, y de ello tienen reciente recuerdo los vecinos de la del Arenal, teatro de aquel suceso.

Alma Negra fué sentenciado á cadena perpétua y Casares está con él.

Orejon ó Juan, ha entrado en la cárcel del Saladero, en el mismo dia en que hemos comenzado á escribir esta CRÓNICA, acusado por robo con fractura.

Ese suceso, con algunos datos históricos que hemos creido deber procurarnos, han dado motivo á estas páginas.

La familia de Alma Negra parecia destinada á tramitir como herencia el mal á todos sus individuos.

Hay hombres que tienen el instinto del crímen tan arraigado, tan profundo, que cuando se les quita, se les mata.

Hombres-fieras hay; organizaciones nutridas para el crímen, y de tanta vileza y ferocidad que solo con la vida se les puede quitar esas asoladoras cualidades.

La instruccion, la educacion moral acaso logre un dia hacer muy raros esos hombres que hoy abundan como las malas yerbas en los prados incultos.

Cultívese, pues, el prado social, y arránquese al contagio las plantas venenosas.

Haga la ciencia lo primero. La GUARDIA CIVIL, hace algunos años que se ocupa en lo segundo sin descanso, sin tregua; con fé, con valor, con abnegacion, con heroismo.

CARIDAD.

I.

Por diversas veces registran las páginas de la historia de este Cuerpo, el nombre de un Guardia que se ha hecho merecedor de general aplauso, y mas que nunca, en el hecho que en cortas líneas vamos á narrar, porque es de tal naturaleza que bastan pocas para que sea reconocida su importancia.

(D.) Cárlos Batalla (1) es el nombre del Sargento á que nos referimos.

Un dia recibió este digno Guardia una carta; carta que firmaba uno de los presos en la cárcel de la Carolina.

(1) Hoy teniente del octavo tercio.

Aquella carta era el grito desgarrador de un esposo y un padre. Batalla lo comprendió.

Enumeremos en pocas palabras los cortos pero elocuentes sucesos de un dia.

II.

Empezaba á amanecer cuando llegó á las puertas de la cárcel de la Carolina una niña de tres á cuatro años de edad.

Su rostro descarnado, estaba lívido; y de tal modo aparecian cóncavos sus ojos mates, tristes sus miradas y contraidos sus cárdenos lábios, que el corazon mas empedernido hubiera sentido honda lástima al adivinar lo inmenso del dolor que en aquel rostro enfermizo se reflejaba.

Dijo con voz entrecortada que deseaba ver á su padre, comunicó las razones de su filial deseo y la compasion con protectora mano, la abrió las puertas de aquella tristísima morada.

Vió á su padre.

Y fué preciso que la niña le dijera ser su hija, porque el criminal ¡no la conocia!

Estas tres palabras son todo un mundo de sufrimientos.

—¡Mi hija, mi hija, tú!—exclamó el padre con voz ronca.

Se avalanzó á la niña, no sin que esta, asustada lanzára un grito de terror, y levantándola con sus nervudos brazos la puso bajo los débiles rayos luminosos de un tragaluz.

—¡Oh, no te conozco! ¡cuánto has cambiado, hija mia!

—Estoy enferma, padre.

—¿Y has venido sola aquí? ¿Donde está tu madre? ¿Ha muerto acaso?

La niña no contestó. ¡No sabia lo que era morir!

—¡Habla! ¡Habla, pronto!

—Madre está mala, muy mala. Yo tambien lo estoy pero he tenido que levantarme esta noche para cuidarla.

—¿Qué tiene? ¿Sabes cuál es su enfermedad?—dijo el preso con breve acento.

—Nó... no lo sé. Pero me hizo venir aquí para que le dijera á usté que en la noche de hoy me habia dado una hermanita; que nadie la ha prestado socorro; que...

—Sigue...

—Que no hemos comido hace tres dias...

—¡Oh!... ¡Soy un miserable!

—Y que si usté puede mandarla algun socorro...

—¡Yo! ¡Yo mandarla socorros!

Despues de estas palabras, reinó en la prision un sepulcral silencio.

El criminal llevó sus callosas manos á su frente humedecida por copiosas gotas de sudor, y meditó.

—Hija mia—pronunció despues con desprecio—dí á tu madre que estoy desvalido; que nadie favorece á un criminal; que la justicia me priva de volar á su socorro.

—¡Padre mio!

—Sí, hija, sí; busca tú si puedes algun medio; habla á mi amigo Mariano.

—Anteayer fué á verlo mi madre.

—Y ¿no la socorrió? ¡Es rico! y la habrá dado...

—La dió un real.

Los ojos del padre parecian querer saltar de sus órbitas; quiso hablar... sus labios se movieron temblorosos.., pero ni un sonido salió de aquella boca que la espuma de la rabia empezaba á bañar.

—¡Estoy solo!—murmuró.

III.

¡Solo! palabra la mas terrible que los hombres pronuncian.

¿Quién tendería á aquel hombre una mano amiga?

¿Qué corazon tendrá un fibra compasiva para los dolores de aquel desgraciado?

¿Nadie, nadie socorrería á un hombre que era como muchos, huérfano de la felicidad?

—Hija mia—dijo—toma... toma mi chaqueta, véndela y comed hoy. Mañana, Dios dirá.

No se ocultaba al preso que aquella parte de sus ropas, no valdria, por lo rota y manchada, seis reales; pero queria engañarse á sí mismo, quería pedir treguas á la desgracia que le amagaba impía.

Su engaño, empero, quedó destruido por estas palabras de la niña:

—Madre está muy enferma; mi hermanita tiene necesidad de muchos cuidados; yo padezco tambien, y necesitamos medicamentos, padre; medicamentos caros, segun madre me encargó que le dijera á usté.

Como se vé, la desgracia no concedia treguas.

—¡Calla!—exclamó el padre bruscamente.

La niña, asustada, retrocedió algunos pasos.

—Márchate, márchate y no vuelvas á aparecer por aquí.

—Pero...

—¿Quieres irte?—gritó el preso amenazando á la infeliz con su puño de hierro.

El infortunio volvía á atizar en aquella alma los malos instintos que la habian hecho delinquir.

—¡Entonces... moriremos!—dijo la pobre niña que al ver la actitud de su padre empezó á comprender lo que era la muerte.

Como un rayo de sol apacigua las ajitadas olas del Occéano, calmaron estas palabras las pasiones del preso.

Registró en su memoria todo su pasado; buscó entre sus recuerdos el de un amigo que en aquella ocasion pudiese salvarle... no lo encontró.

—¡Ah!—exclamó de pronto—ve al llavero, dile que me mande un papel y tinta; quiero escribir... pero corre... corre...

La niña salió.

¿En quién habia pensado aquel hombre?

En uno á quien odiaba; en uno cuya sangre hubiera bebido pocos meses antes con vengativo anhelo; en el hombre que le habia traido allí; en un Guardia Civil.

En Cárlos Batalla, en fin.

IV.

Mil reflexiones nos sugiere este hecho que no es el primero de igual índole que se ha dado.

El malvado, el delincuente que ve un enemigo nato en el hombre que le persigue y captura en nombre de la justicia, ¿por qué recurre á él?

¿Por qué le pide socorros? Porque este perseguidor ha

sabido hacerse digno, humanitario, noble; porque cumple con su deber no automáticamente como muchos, sino estudiando, conociendo las razones y principios en que ese deber basa; porque tiene en fin el elemento vital que toda grande asociacion sabe infundir en sus miembros.

—La fuerza moral.

Fuerza inmensa que no domina los cuerpos sino las almas que están en ellos y los rigen.

V.

Cárlos Batalla vió despues que se acercaba á él una niña y le entregaba una carta toscamente escrita.

En ella se le rogaba que socorriese á una pobre esposa recien-parida, que estaba en la mayor miseria y con una hija enferma.

¿Quién hacia este ruego?

Un hombre castigado por las leyes; un hombre de quien la sociedad ultrajada tenia que tomar venganza; un hombre á quien Cárlos Batalla consideraba á su vez como su enemigo nato.

El honrado Sargento, no dudó empero un instante, en socorrer al preso de la Carolina.

Basta este hecho, aunque otros de mayor importancia tiene en su hoja este Guardia, basta este hecho, repetimos, para que su nombre figure dignamente en nuestras Crónicas que á falta de otro mérito, tienen el de ser imparciales, desapasionadas y verídicas.

VI.

La pobre niña, consolada por algunas palabras de conmiseracion que el Guardia la habia dirigido, corrió á ver á su madre con cuantas fuerzas su débil salud la concedia.

—¿Qué te ha dicho?—preguntó la madre con quebrantado acento.

—Ahora, ahora vendrá.

—¿Quién? ¿tu padre?

—No; nada me ha dicho de venir y no sé por qué se empeña en estar en aquel cuarto tan triste...

—¿Pues de quién hablas entonces?

—De un señor que tiene un sable y cintas muy anchas, y cosas de metal que brillan... y un sombrero así...

Y la niña, llevando á sus secos cabellos sus descarnadas y temblorosas manecitas, intentaba explicar á su madre la forma del sombrero.

—Padre me ha dicho el nombre... no recuerdo... ¡ah, sí! es un Guardia...

—¡Un Guardia Civil!

—Sí, eso mismo me ha dicho padre.

Y refirió la escena de la cárcel y la de la entrega de la carta.

La buena mujer creia soñar y no se atrevia á dar gracias á la Providencia por aquel inesperado socorro.

Creia soñar... pero pronto se desvaneció esta duda al verla convertida en realidad; al ver al lado de su mísero lecho la figura de un Guardia qne con fraternal interés la preguntó:

—¿Está usté mejor?

VII.

No sublime, ni heróica, pero si bella y patética fué la escena que allí tuvo lugar.

No la diseñaremos, porque de las personas que nos leen no habrá una que no adivine las palabras que allí se pronunciaron y los afectos de caridad, deber, lástima, júbilo y gratitud que impregnaron á aquellos corazones.

El Sargento dá diez y nueve reales, único dinero de que podia entonces disponer; recomienda á los vecinos el cuidado de los enfermos, prometiendo *pagar él todos los gastos que se ocasionen*... y sale de aquella pobre estancia del dolor, velada el alma de una profunda tristeza.

Así que hubo salido, la madre llamó á sí á la niña y con acento indefinible la dijo:

—Hija mia: ¿recuerdas el nombre de este Guardia?

—D. Cárlos...

—D. Cárlos Batalla.

—Sí... sí...

—Pues bien, no lo olvides nunca, nunca hija mia; si tu vives, si llegas á ser mujer, y sabes un dia que ese Guardia ha muerto... sean para él todas las noches tus primeras oraciones!

. . . .

Al dia siguiente entró Batalla en la habitacion de la enferma, y vió sobre el mísero lecho un cadáver amortajado.

Cadáver que habia dejado á su hija, por única herencia, el recuerdo de una noble accion de un Guardia Civil. ¡Hermoso legado!

LA PEÑA DE LOS ENAMORADOS.

I.

Tres años han pasado desde que, el que escribe estas líneas, satisfaciendo amistosas demandas, salió de la corte en direccion á Antequera.

Llegado que fué á Archidona, sintió que su salud decaia visiblemente, y aconsejado por la prudencia, se decidió á pernoctar en aquella rica villa de la provincia de Málaga.

Permaneció allí tres dias y en la noche de uno de ellos le fué referida la presente historia que hoy viene á servirle para un libro en que entonces ni remotamente pensaba.

Uno de los sirvientes de la casa en que se hospedó le contó la aventura, y el autor refiriéndose á tal relato y á datos históricos que recogió posteriormente, la narra á su vez con complacencia suma.

II.

El soldado español, es en todos tiempos y en todas armas, siempre el mismo.

Europa, más aun, el mundo le ha reconocido en todas sus victorias; su natural ardor, que no necesita de forzados estímulos; su frugalidad, su teson, su constancia para luchar contra los hombres y los elementos por dias enteros y sin buscar momento de reposo, su heroismo, en fin, le han conquistado el alto, imperecedero renombre que épocas pasadas le reconocieron y futuros tiempos respetarán siempre.

Soldados de otras naciones habrán hecho campañas más grandes que algunas nuestras, pero nadie las ha soportado más largas y penosas.

Este carácter esclusivo del soldado español, se presenta como hemos dicho en todos tiempos y armas.

Y por cierto que la historia de la Guardia Civil allega á nuestra opinion no pocas pruebas de la gloriosa verdad que encierra.

Una de ellas entraña los acontecimientos que con tosca pluma vamos á relatar.

III.

Era el dia 12 de Noviembre de 1853.

Los primeros vacilantes crepúsculos de la fria alborada comenzaban á teñir el cielo, y repartian dudosa luz entre los desfiladeros vecinos á Archidona.

Quien por ellos haya viajado, conocerá, el llamado *Angostura de la Peña de los Enamorados*.

Por él y en direccion contraria á aquella villa, caminaban en el amanecer á que nos referimos dos personas que en trage y ademanes denotaban ser amo y criado.

Eranlo así en efecto.

Llamábase el primero D. José Gonzalez y desempeñaba en Archidona el destino de recaudador de contribuciones.

Aquel viaje tenia por objeto conducir á Málaga cuatro ó cinco mil duros.

No bien llegaron ambos al sitio denominado *la Calera* sonó un tiro.

Era sin duda una señal convenída, porque instantáneamente saltaron al camino ocho hombres armados, que en lo hostil de sus ademanes y rudo de sus fisonomías daban seguro indicio de ser bandidos.

Corrieron hacia los viandantes..... pero instantáneamente tambien cuatro parejas de infantería de la Guardia Civil, se arrojaron sobre los bandidos sin darles tiempo para acercarse al recaudador.

Los bandidos, viéndose cercados, trabaron con los Guardias la lucha desesperada que tanto iba á honrar á los individuos de esta institucion.

IV.

El dia antes D. José Gonzalez, noticioso ignoramos por que medio, del proyecto de los foragidos, se avistó con el gefe de la Guardia en la línea de Archidona y le aseguró que existia el proyecto de asesinarle y robarle los caudales que debia conducir á Málaga.

Enterado de esos y otros detalles, el teniente D. Jose

de Moreta se dispuso á evitar el doble crimen de asesinato y robo.

Las disposiciones que dió son dignas de la mayor alabanza y revelan una poco comun pericia.

Sabemos que, prejuzgando el lugar que los bandidos destinaban para llevar á cabo su vil proyecto, colocó en él cuatro parejas.

Lo restante de la fuerza de infantes, fué combinado con singular estratégia de direcciones, horas de salida, parejas y punto de reunion.

Sabemos tambien que el teniente Moreta, saliendo de Archidona con tres Guardias de caballería, llegó á las cuatro de la mañana del mencionado dia á la vega.

Habia, pues, allí ocho bandidos, cercados completamente por la Guardia Civil.

¿Cómo los individuos de esta lograron situarse al derredor de aquellos perpétuos habitantes de las breñas sin ser sentidos?

¿Cómo ni un solo bandido dió la voz de alarma á sus compañeros de crímenes?

¿Cómo de tal manera fueron burladas las precauciones de aquellos hombres que debian sin duda alguna estar vigilantes?

No lo alcanzamos nosotros.

Pero al teniente Sr. Moreta y á sus acertadísimas disposiciones se debe el feliz éxito de este importante hecho de armas.

Narremos ahora los episodios en que abundó.

V.

El terreno era quebraado, la lucha comenzó á favor de los albores del dia.

Pronto conocieron los bandidos que se les habia cortado la retirada y con ella toda probabilidad de huida.

El que los capitaneaba no vaciló un momento en forzar el único camino que les quedaba y se arrojó el primero al rio que serpentea por aquellas breñas.

Siguiénronle los demas, desesperando de otro medio, y lograron una vez vadeado el rio, ocultarse en los espesos olivares de la opuesta márgen.

Una vez allí, el teniente Sr. Moreta, que no pensaba en dar á los foragidos un solo momento de reposo, dirijió algunas palabras á los tres Guardias de caballería que con él estaban y penetró en el olivar.

Los bandidos acosados repentinamente por donde menos lo esperaban y decididos á todo, descerrajan á quemaropa sus tiros sobre la caballería.

La sangre brotó y desde aquel momento el combate se hizo encarnizado.

VI.

El Guardia José Alea recibe un balazo en el brazo izquierdo; su compañero Campos, del mismo nombre, es herido tambien en la cabeza.

Los Guardias de infantería se aproximan ya vadeando el rio.

Es herido el caballo de Campos y ambos caen.

El Guardia, sin embargo, se levanta con presteza, empuña su pistola, apunta con segura mano y hiere á uno de los bandidos.

Este huye á ocultarse en lo más espeso del olivar, y Campos, á pesar de las heridas que ensangrentaban su cabeza, penetra entre los árboles, le sigue y le acosa, espada en mano, con indomable teson.

El bandido, famoso en aquellas tierras y conocido con el nombre de *Povedano*, se apercibió bien pronto que otros pasos seguian á los suyos, pero quiso á toda costa esquivar la lucha. Campos iba llevándolo hácia el rio.

Entonces la infantería, habiendo pasado ya este con agua á veces hasta el pecho, llega al olivar.

La lucha vuelve á trabarse cuerpo á cuerpo y con mayor furor.

Un Guardia llamado Clavejera se vé cercado por cinco bandidos entre los que se halla Povedano.

Campos que seguia á este, llega tambien.

Clavejera entonces, mata de un tiro á Povedano, enristra la bayoneta, acomete á los otros foragidos, toma un trabuco que el muerto conservaba aun en sus manos, y lo da á su herido compañero Campos para facilitarle mayor defensa.

Esta accion es noble y digna de todo encomio.

VII.

Otro Guardia que, segun apuntes que á la vista tenemos se llamaba Manuel Molina, mata á otro de los bandidos y estos huyen entonces hasta tomar posicion en la célebre *Peña de los Enamorados*, donde, dirigidos por el

invencible Ramos y Montesino, se aperciben á una de esas desesperadas defensas que trasforman á la humana criatura en un ser mas cruel que la hiena, porque esta se dirige ciega al mal y el hombre en ese caso lastimado hondamente en todos su sentimientos, medita, aquilata y perfecciona ese mismo mal.

No cejan los Guardias. Habian pasado la noche en vela; el frio de la mañana era intenso; tres horas llevaban de combate; habian vadeado el rio con agua hasta el pecho; habian saltado zanjas y barrancos; los vegetales espinosos les habian herido hasta en los ojos; habian, en fin, luchado cuerpo á cuerpo...

Y sin embargo ¡se aprestaban á continuar la lucha!

No es posible leer esto sin sentir escitada nuestra admiracion; es necesario admirar; admirar al hombre que dá en tales hechos pruebas de que no en vano le colocó el Supremo Hacedor en la cúspide de la pirámide de los seres, que no en vano le concedió el predominio y soberanía sobre todo lo creado.

Dios ha dado al hombre un excelso sentimiento: la abnegacion.

¿Luchaban aquellos Guardias en defensa de sus vidas como de continuo acontece á hombres que por ello reciben despues el título de héroes?

No.

¡Por qué, pues, luchaban? ¿Qué premios se disputaban? Ninguno. Luchaban por su honor, *por la sociedad*, mientras esta dormia reposada y cómoda en sus moradas.

Luchaban porque el Guardia Civil, *muere*, *pero no huye*.

Cuando una máxima de realizacion tan difícil, estampada en un libro llega á inocularse en una institucion, llega á verse demostrada en todos los dias, en todas las horas, llega á unificar como bajo un *Credo* las aspiraciones, tendencias, sentimientos y acciones de miles de individuos, fuerza es confesar que la sociedad ha logrado una gran victoria y que los dias de su ventura sostenida por esa institucion serán fructuosos, y largos hasta el punto de no sentir nunca la aproximacion de la horrible noche de la duda, de la ignorancia, del crímen, de la vileza, del mal, en fin.

Fuerza es confesar que el bien es la mas sublime de las pasiones que agitan al alma humana.

Hechos de esa índole han arraigado ya en nuestras pátrias instituciones la de la Guardia Civil; no somos nosotros solos á dar á esos hechos de armas la merecida loa.

Es hoy general el sentimiento que en pro de ellos se levanta.

No hace muchos dias que un acreditado periódico, daba treguas á sus tareas políticas, para decir:

«La Guardia Civil se hace siempre superior á todo; su valor no cede nunca, ni ante la fiera amenaza de los desencadenados elementos. Bien puede decirse que su vida no le pertenece, porque está á disposicion de la sociedad.

»Por eso la Guardia Civil es el castigo, el terror de los malvados, que en ella ven su mas inplacable azote.

»Por eso es el alivio, el consuelo del hombre honrado que en ella encuentra la mas preciada garantía de su seguridad.

»Y por eso, finalmente, ha llegado á hacerse conveniente, utilísima, indispensable.»

Y demos ahora fin á esta CRÓNICA porque otras de mas enredados sucesos reclaman nuestra decidida atencion.

VIII.

La lucha no habia finalizado aun.

Los Guardias Lozano, Reyes, Hernandez Serrano, Mola, Rancaño y los ya mencionados, se dirigieron á la Peña y comenzaron á ascender por ella.

Los bandidos, quisieron nada menos que hacer inespugnable su posicion que era sin duda ventajosa y proveyéndose de gruesas piedras las lanzaron con irritada mano y especial acierto.

Nada fatiga mas al soldado que este género de lucha, como lo prueba la *Historia de las Batallas* entre las que la de Roncesvalles ocupa por este aspecto un lugar preferente, y las historias de los levantamientos y guerras que tienen lugar en las calles de poblaciones populosas.

Aquellos improvisados proyectiles que el terreno facilitaba en abundancia, dirigidos desde el punto que los foragidos ocupaban, no bastaron á amortiguar el valor de los Guardias.

Antes le avivaron; porque si esa molesta lucha fatiga al soldado, le da un valeroso teson que á veces, como se ha probado, degenera en furor, en ira ciega y desapiadada.

En medio de la lluvia de piedras, los Guardias tocan la cúspide de la roca.

Los bandidos ya no estaban allí.

Entonces llegó su vez á la última fase de aquella prolongada lucha.

Los Guardias comenzaron á reconocer las quebraduras, á examinar las rocas, á ojear los arbustos.

Y uno tras otro, los bandidos fueron encontrados.

Y una vez mas, el crímen bajó su impura frente ante el bien.

Entonces ya se pensó en los heridos entre los que tomaba honroso número el teniente Sr. Moreta de quien era en gran parte la jornada por sus acertadas disposiciones.

Ademas de los Guardias que hemos mencionado, toman parte en esta brillante accion los llamados Morales, (*de caballería,*) Molina, Corona y Acosta (*de infantería.*)

Despues tambien, todos ellos recibian una espontánea ovacion de los archidoneses, los periódicos encarecian el hecho, los Guardias Clavejera, Campos y Alea alcanzaban el inmediato ascenso y eran los nombres de todos puestos á los pies del trono de Doña Isabel II, reina querida de las Españas.

Y despues... once años despues, el que escribe estas líneas esclamaba:

—Siempre existirán los hombres criminales; esta generacion ha encontrado en su seno otros buenos que han afrontado en su nombre los males que aquellos causan. ¡La suerte quiera que no empeoren los tiempos y llegue un dia en que de esta heróica raza no quede un solo vestigio digno de la brillante historia de sus antepasados!

LAS RUINAS.

I.

Bajo la impresion de dolorosa tristeza que la desgracia produce siempre en el corazon del hombre que estima en algo la felicidad de sus compañeros en esta tierra de tránsito, destinada por Dios para que vivamos como hermanos, vamos á relatar en breves páginas los tristes sucesos acaecidos en Perelló (1) y en la noche del 27 de Diciembre de 1864.

Por desgracia, ó acaso por fortuna, porque nadie es feliz en la tierra, son cortos los dias en que brilla clara la luz de nuestra vida que oscila siempre próxima á apagarse á semejanza de una llama azotada por los vientos.

(1) Provincia de Tarragona.

Desde que nacemos, comenzamos á morir; cada paso que damos nos acerca irremediablemente á ese hueco de súcia tierra que es el destino de nuestro cuerpo cuando el alma, corriendo hácia Dios, le deja lívido, frio, abandonado, muerto.

Corta es nuestra siempre combatida existencia; y por eso la queremos tanto; por eso tememos tanto á esa muerte que vemos siempre á nuestro rededor, que bate amenazante sus negras alas sobre nuestra cabeza; que llevamos, en fin, dentro de nosotros mismos, como herencia de nuestros primeros padres, que fueron tambien los primeros pecadores.

Terrible como la cólera de Dios ante el que le olvidó, es ese castigo de muerte impuesto á la humanidad por sus delitos.

Así lo conocemos todos, y por eso sufrimos siempre que pasamos ante un cementerio, siempre que vemos un cadáver, siempre que, como en el caso que referimos en esta Crónica, sabemos que hermanos nuestros han muerto ó corrido riesgo de muerte.

Los sucesos que vamos á relatar son muy próximos; ninguna persona que los haya sabido ha podido olvidarlos aun; démosles nosotros mas larga vida colocándolos en este libro que escribimos con inquebrantable fé, y con ciega esperanza de que no será para todos inútil.

II.

Hemos dicho ya que los acontecimientos objeto de estas páginas se verificaron en la noche del 27 de Diciem-

bre de 1864; falta ahora que digamos que esta noche era en extremo tempestuosa.

Recientes están aun los desastres que la inundacion produjo en el rico reino de Valencia; las suscriciones nacionales y particulares para los alcireños continuan aun abiertas; no hay invierno que no deje en España recuerdos de dolorosas catástrofes. El de 1864 á 1865, cuenta entre otras muchas, que á su tiempo referiremos, la de Perelló.

La noche, decíamos, era tormentosa; el huracan y la lluvia, haciendo de la tierra su campo de pelea, disputaban con ira á cual de los dos elementos causaría mayores desastres.

Entraba la noche en su último tercio, cuando esta lucha de elementos dió el primero y mas funesto resultado.

Gran parte de una casa, habitada á la sazon, se desplomó con horroroso estruendo.

¿Sería posible describir el grito de aquella fábrica al caer, y la confusion de ayes y lamentos humanos que le siguieron?

No lo intentaremos siquiera; hay cosas que se sienten, pero que no pueden esplicarse; si nos abstraemos en honda meditacion, si cerrando los ojos hacemos que nuestra imaginacion nos presente el pavoroso cuadro de tal desastre, habremos hallado el único medio de representárnoslo, de comprenderlo en toda su magnitud y terrible grandeza.

La oscuridad de la noche era tan profunda que un hombre á quien la tempestad detuvo en un camino próximo á Perelló, dijo que al tender su mirada al deredor, creia hallarse dentro de una tumba, enterrado en vida.

Los vendavales rodaban en rugientes ráfagas por la

negra atmósfera; la lluvia cayendo con fuerza producia un ruido semejante al de miles de abejas que zumban en torno de la colmena; el viento era tan impetuoso y tan helado que heria al azotar el rostro como si sus átomos fuesen invisibles saetas que se clavasen en él.

Añádase á esto el lúgubre tañido de las campanas del pueblo, y dígase qué corazon podria no sentirse impresionado ante aquel grandioso cuadro.

Las campanas tocaban á rebato, para poner en movimiento á los vecinos hácia el sitio del desastre; y esta noticia habia llegado por disposicion del cabo 1.° Pedro Serrat Barrera, á conocimiento del digno y respetable cura párroco Don Felix Asensio, quien tomó muy importante parte en los terribles sucesos de aquella noche.

Los habitantes de Perelló estaban consternados ante los amagos del temporal; solo cuatro paisanos acudieron al auxilio de los convecinos que la fatalidad habia sepultado entre las ruinas.

III.

Quien primero llegó á ellas fué el comandante de aquel puesto, el cabo 1.° Pedro Serrat.

Penetra solo entre las ruinas y comienza á trabajar con el mayor ardor por la salvacion de seis personas que yacian enterradas entre los escombros.

Nada veia porque la oscuridad era intensísima; pero sentia á su rededor y en medio de las tinieblas, gritos de desgarradora angustia capaces de conmover al alma menos piadosa.

Atientas, y sin embargo de conocer que aquellas pa-

redes que aun temblaban en pie, se venian sobre él, adelanta el intrépido cabo hácia donde oye los gritos de mayor agonía.

A pocos pasos tropieza con un cuerpo humano y estiende hacia él sus temblorosas manos.

Afortunadamente, en aquel momento un hombre aparece detras del cabo Serrat, llevando en la mano una linterna de luz muy escasa.

Este mismo paisano llamado Vicente N. habia sido un valiente soldado que se distinguió mucho en la guerra de Africa ganando una bandera á los riffeños.

Auxiliado por la débil claridad que aquella linterna prestaba, pudo el Guardia distinguir el cuerpo en que habia tropezado.

Era el de un hombre; imposible fuera contar las infinitas heridas y contusiones que tenia; su rostro aparecia totalmente desfigurado; en algunas partes su carne habia sido macerada y rasgada por los escombros.

El desgraciado, sin embargo de su angustiosa situacion, no pensaba solamente en sí; con las manos estendidas hácia su derecha señalaba en la oscuridad un punto y con voz anhelante y estentórea, murmuraba:

—*Ahí... está... ahí está... ¡salvadla!!...*

El frio que entumecia todos los miembros del infeliz, no le permitió continuar; y conociendo esto el prudente cabo, se desprendió de su capote, le cubrió con el y rogó á Vicente N. que condujese en sus brazos al desgraciado á la primera casa vecina, ya que él no podia separarse de aquel lugar.

Fué obedecido el cabo y continuó sus trabajos dominado por las mas tristes emociones.

VI.

—*¡Allí está!*—¡Allí está!—habia dicho el herido, señalando á su derecha; y en efecto, de aquel lado salian ahogados y conmovedores gemidos que daban indudable indicio de que una persona agonizaba allí.

Llega el cabo sin mas guia que aquellos ayes de dolor, hácia el sitio señalado y tentando entre los escombros, tropiezan sus manos en una cabeza de mujer.

Al tocarla, un grito mas doliente que los anteriores llegó á los oidos del caritativo Guardia.

—¡Vivia!—¡Vivia y podia ser salvada!

El Guardia dirigió en torno suyo una mirada escudriñadora buscando en la casualidad un medio de salvacion ó la seguridad de que aquel desastre no se completaria cayendo sobre él los tabiques y lienzos de pared que el huracan hacia temblar, y desmoronaba con sus silbadoras ráfagas.

Si esto sucediera, la muerte era segura; la existencia de aquellos seres que gemian enterrados entre la escoria, estaba á merced de un golpe de viento... nos equivocamos; estaba á merced de Dios como lo están las de todos. Lo que Dios en su inmenso poder hubiese decretado aquello se cumpliria.

El Guardia conoció el peligro, y redobló sus esfuerzos para salvar á aquella desgraciada.

No habia tiempo que perder.

V.

Víctimas de tristísima conmocion nos sentimos al leer los apuntes que están en este momento bajo nuestra vista.

Algo mas de lo que entonces parecia, pasaba allí.

El cabo contenia con su mano izquierda los escombros próximos á herir ó romper acaso la parte descubierta de aquella cabeza, y con la otra mano iba separando cuidadosamente los trozos de teja y escorias en que la otra parte estaba sumida.

Luego que logró hacer que la cabeza se moviese libremente, preguntó á la infortunada mujer en que direccion tenía el cuerpo.

Díjoselo ella; y le dijo mas aun...

Aquella mujer era una madre; una madre que tenía bajo sí á una tierna niña que era su hija, y yacia muerta, ahogada acaso por el peso de la misma que la habia dado el sér.

¿Puede buscarse situacion mas terrible, escena mas trágica para una madre que ama á sus hijos? No; no es posible una situacion mas horrorosa para el amor materno.

Una madre que oprime entre sus brazos á su hija muerta; una madre á quien el peso de los escombros aprieta contra el frio cadáver de su hija!....

Comprendan los lectores cuánto sería el mortal padecer de aquella infeliz madre.

¡Increible parece que lo inmenso y agudo de tantas penas, no la hubiera dado instantánea muerte!

¡Quizás oradaba la tierra con sus crispadas manos en busca del rostro de su hija querida para preguntarla si vivia!... ¡Quizás habia sentido el agonizante estertor de su hija, conociendo que ella era la que la ahogaba, la que la estaba matando, y no pudiendo separarse...!

¡Oh! que pasaria por la mente de aquella madre al conocer qué tenia debajo de sí á su hija cuyas formas le revelaba la presion; al conocer que estaba apoyada en el destrozado cadáver de aquel ser querido!

No el huracan, no los escombros, no los lienzos de pared cayendo hubieran dado muerte á aquella mujer; el el horror la hubiera matado si hubiera continuado así un momento más.

VI.

En aquel mismo instante aparecieron entre los derruidos tabiques varias personas.

Eran los Guardias á las órdenes de Serrat, cuyos nombres ponemos á continuacion: Hipólito Romo Blanco, José Torrell Gavaldá, José Monserrat Audi, José Armengol Arimon y Simon Alonso Frea.

Con ellos llegaba tambien el cura párroco Sr. Asensio y los cuatro caritativos paisanos á que hemos hecho referencia.

. . . .

La madre fué salva; un hombre y dos niños lo fueron tambien.

Al amanecer el siguiente dia, los vecinos de Perelló, vieron totalmente derrumbadas todas las paredes que du-

rante los trabajos salvadores de la noche habian amenazado con su desplome las vidas de todos los que en las ruinas se atrevieron á entrar y especialmente del cabo 1.° Pedro Serrat Barrera, cuyo nombre formará de hoy más en la lista de los buenos hijos de esta gran Institucion.

LA TRAICION.

I.

Por los años de 1850 recorria los pueblos de Extremadura uno de esos hijos de la vecina nacion francesa, que en busca de hombres incautos y demasiado crédulos, traspasan los Pirineos con ánimo de tentar fortuna y mejorar de suerte.

Llamábase Luis (1)—Sirviente en sus primeros años de un profesor dentista francés, habia aprendido bien ó mal algunas reglas de la ciencia odontálgica, y hácia 1846 llegó á España prometiendo á los moradores de los pue-

(1) Suprimimos los apellidos por razones que fácilmente comprenderán nuestros lectores.

blos pequeños todas las fingidas maravillas del charlatanismo.

Buena suerte debió favorecerle, porque supo sostenerse por cinco ó seis años sin mas recursos que sus promesas de *sacar muelas sin dolor*.

Sus escursiones le llevaron á *Don Benito,* donde conoció á la hija de una posadera. Muy luego, sin medir el peso que iba á echarse encima, la pidió por esposa á su madre y logró que la religion les uniese con eternos lazos.

Y unidos vivieron por espacio de ocho años.

Al cabo de este tiempo, las consecuencias de un matrimonio hecho sin reflexion, se dejaron sentir.

El francés, tenía que sostener no solo á su mujer sino tambien á cinco hijos.

El hambre les amagó; llegó á faltarles el pan.

Ocurrióle entonces á Luis un proyecto, que empezará á darnos idea de su carácter.

Una noche, despues de una grave reyerta con su mujer, salió de *Don Benito* dejando abandonados y en el mayor desamparo á su mujer y á sus hijos.

II.

Por este medio, separando él su existencia de aquellas que debieran serle tan queridas, le sería mas fácil vivir. No pensaba en lo que su familia haria en su ausencia; suponia que la caridad de los convecinos la sostendria en un último extremo.

Tomó pues, sin mas vacilaciones la ruta de Portugal

y volviendo á su antiguo oficio, anduvo por la Raya cerca de medio año.

Llegó á la villa de Alguera, y allí hizo conocimiento con otro francés cuyo nombre no hemos podido averiguar, pero sí sabemos que recorria aquel país en compañía de su esposa llamada Luisa natural de París, y ganaba su subsistencia divirtiendo al público con los juegos de una máquina eléctrica que consigo llevaba.

Este matrimonio era muy desigual en edades, siendo la esposa mas jóven que su consorte y no debia madame Luisa hallarse de buen grado en la compañía de su honrado esposo, por razones que luego conoceremos.

Uniéronse ambos compatriotas; de Alguera partieron para Santa Marta, y llevaban solamente cinco dias de buena amistad, cuando aconteció lo que vamos á relatar, fundados en documentos verídicos.

Luis... y madame Luisa se fugaron de Santa Marta, robando la esposa á su marido la máquina eléctrica que le servia de medio de subsistencia, algun dinero y seis anillos de oro.

El marido, tan criminalmente burlado por quien habia abandonado á su mujer é hijos y por la esposa en quien habia creido depositar toda su confianza, sufrió con este suceso grandes pesares.

Pero dispuesto á tomar venganza de aquellos que tan sin conciencia le habian engañado, dió parte del suceso á la Guardia Civil de aquella villa; lo notició al señor Gobernador civil de Badajoz, marcando los efectos robados y los nombres de los delincuentes; escribió una historia del hecho á la mujer de Luis... pues este le habia dicho que vivia en *Don Benito;* y despues de esto se internó há-

cia Portugal en busca de los fugitivos, y ansiando encontrarlos para tomar la mas decidida venganza.

III.

Demos por pasados algunos dias y lleguemos á la tarde de uno en que, una mujer con un niño en brazos, entraba lentamente en la histórica ciudad de Mérida.

Su rostro conservaba las huellas de pasados y presentes dolores; de penosas vigilias, de tristísimas privaciones.

Sus ojos estaban rojos de tanto llorar, pero ya ni una lágrima vertian.

Era jóven; y sin embargo sus movimientos parecian pesados y difíciles, como si cada paso que daba la costara grandes esfuerzos.

Al calor de su seno maternal llevaba un niño de tiernísima edad que dormia ajeno á los sufrimientos que torturaban el alma de la desgraciada madre que le arrullaba en sus cariñosos brazos.

Aquella madre era la hija de la posadera de *Don Benito;* era la mujer de Luis...

Habia recibido la carta del esposo burlado en Santa Marta, y creyendo que los fugados huirian á Francia, la pobre esposa, que hartos sufrimientos tenía ya, tuvo que sufrirlos nuevos y mas grandes, encaminándose á Mérida, donde pensaba salir al encuentro de su marido.

¿Qué voz secreta la hacia dirigirse á Mérida, y no á otro punto, cuando el esposo de madame Luisa buscaba á los delincuentes por los pueblos de Portugal?

Aquella mujer no tenía otras noticias referentes á su

marido sino las de la carta mencionada; sin embargo, su instinto de madre, guiado por la Providencia, la hizo sospechar que la fuga sería hácia Francia y que en Mérida saldria al paso á los fugitivos y adúlteros.

Tomó el niño menor, por ser el que mas necesitaba de sus cuidados, y con auxilios pecuniarios de algunas personas, dejó llorando su pueblo natal y entró en Mérida sin llorar... porque hasta el consuelo de las lágrimas se habia agotado en el viaje.

Subió pesadamente por algunas calles, pidió noticias de una casa donde pudiese reposar, y así que las hubo adquirido, se dirigió á la posada llamada *de las Animas*.

Difícil era que las gestiones á que iba á entregarse en Mérida dieran un buen resultado.

Fugándose su esposo, se detendria naturalmente muy poco en los pueblos de su paso; podia haber pasado ya por Mérida; podia estar allí y de modo que la desgraciada española no le encontrase; y podia haber tomado otro camino opuesto en un todo al de enlace con aquella ciudad.

Y sin embargo de todo esto, llega la infeliz madre á la posada de las Animas, y al poner su pié en la escalerilla de entrada, se halla frente á frente con su marido que bajaba. Solo la Providencia podia unirlos así.

IV.

—¡Luis! ¡Luis!—exclamó aquella desgraciada corriendo hácia su marido.

—Calla—la dijo este—calla; que nadie sepa el motivo de tu venida.

—¡Si vieras cuánto he sufrido! ¡tuve hambre!...

—Ya sé, ya sé que somos los dos muy desgraciados; pero todo tendrá remedio.

La esposa miró á Luis... con una mirada que denotaba que no comprendia aquellas últimas palabras en boca de un hombre que como él habia obrado.

Luis... no dijo mas en aquel momento y llevó á su esposa á una habitacion de la posada.

Madame Luisa que se hallaba tambien en aquella casa, y tenía conocimiento de la vida anterior del que se fugaba con ella, oyó en parte la conversacion de la española, y de acuerdo con Luis... determinó trasladarse á otra morada; hízolo en efecto con el mayor sigilo, despues de recomendar mucho al ama de la casa el mas profundo silencio acerca de lo que sucedia.

Verificado este cambio de domicilio, Luis... pudo ya fingir sobre seguro delante de su mujer.

Se hizo de nuevas cuando esta le puso ante su vista la carta del esposo ultrajado y juró que todo aquello era falso, pues no habiendo casi hablado con la tal madame Luisa... mal podia haberse fugado con ella; y presentó á la española como última prueba de no haberla faltado, el hallarle en Mérida solo como le veia.

Su infeliz mujer, ¿por qué ocultarlo? le creyó cándidamente.

—La tal madame Luisa—dijo el marido—habrá huido sola ó con otro hombre; habrá coincidido su marcha con la mia y su esposo creerá que yo le robé mujer y alhajas. Se ha engañado: he venido solo como me ves.

La honrada española que queria entrañablemente á Luis... creyó en sus palabras, porque preferia vivir en-

gañada á conocer que era verdad lo que la tal carta decia.

Además, ella no veia que mujer alguna estuviese con su marido; preguntó secretamente á la dueña de la posada y esta, avisada como sabemos por Luis... la dijo ser falsas todas sus sospechas.

Y así continuaron por espacio de cinco dias. La española trató de hacer que Luis... volviese sus ojos de esposo y padre á su desventurada familia; y consiguió algunas promesas.

—Sí, sí; trabajaré para tí y para nuestros hijos; la suerte nos favorecerá.

—¡Ah!—exclamaba la pobre y engañada esposa—si vieras cómo viven tus hijos! La caridad sola sostiene á ellos y á su madre; ¿recuerdas que hermosos eran? pues hoy están pálidos y tristes; las privaciones y el hambre les impiden crecer!... ¡hijos mios! ¡Ah! tú tendrás compasion; tú serás bueno para esas pobres criaturas que nada malo han hecho para padecer así. ¿No es verdad que cuidarás de su vida?

Luis repitió sus ofertas y logró tranquilizar á su demasiado crédula esposa asegurando que tendrian sus hijos un buen porvenir y los padres una tranquila vejez.

Y despues de decir á la española que tenía necesidad de salir por haber sido llamado para una operacion de su arte, dejó la posada y se encaminó con gran recato á la otra en que habitaba su cómplice y compañera de fuga.

Consideraciones especiales que á nadie se ocultarán nos impiden comentar estos hechos como quisiéramos; dejamos, pues, los comentarios al buen juicio de los lec-

tores y nos contentaremos con narrar los hechos clara y sencillamente.

V.

Interin pasaban estos sucesos en la ciudad de Mérida, el francés robado corria por Oporto y Lisboa en busca de los fugitivos. Este trabajo era como sabemos, completamente inútil. Habia, sin embargo, un poder mas vasto, mas seguro que el suyo; un poder que tiene representantes en todas partes; que es como una especie de red de hombres tendida por toda España y en la que tropiezan, se enredan y caen los delincuentes.

La Guardia Civil.

Esta tenía ya noticia del suceso por distintos conductos; corrieron las requisitorias perfectamente detalladas y una de ellas llegó á manos del entonces comandante interino del puesto de Mérida, Ramon Trigo Salvador.

Conocia este de vista al Luis... y al recibir la requisitoria, dispuso que el Guardia 2.° de infantería, Juan Ruiz Perez le acompañara á recorrer las posadas y paradores para tener así conocimiento de la morada en que vivia el fugitivo.

Al efecto, inquirieron en algunas casas y nada positivo pudieron saber hasta que Trigo y Salvador encuentra á Luis... en la posada de las Animas, y en compañía de su esposa.

Al saber el veterano que la engañada madre estaba allí con su marido, y conociendo al mismo tiempo que le faltaba otra persona que buscar y debia obrar en todo con mucha cordura y sigilo para evitar que la Lui-

sa... huyese al saber la prision de su cómplice, dilató esta, y sin decir nada al francés dentista, determinó que el Ruiz se quedase de vigilante en la posada.

Llamó entonces á la dueña de la posada conociendo lo mucho que podia servirle y trabó con ella una silenciosa plática.

La mesonera negaba al principio todo lo que podia perjudicar á Luis... pero algunas palabras indiscretas pusieron muy sobre aviso al Guardia (1) y le dieron indicio de que aquella mujer sabia mucho mas de lo que le decia y que á toda costa queria callar.

Recurrió entonces el celoso Guardia á las ofertas pecuniarias y prometió á la posadera una buena suma si le decia todo lo que debia saber.

El resultado fué inmediato.

—Guárdeme usted el secreto, señor Guardia—dijo la mujer que debia ser sin duda muy aficionada al dinero—guárdeme usted el secreto y le diré donde está la persona que busca.

—Dígalo usted sin usar de rodeos y en pocas palabras.

—Pues bien... La francesa está oculta en la posada de la calle de Santo Domingo; apenas sale y está siempre encerrada en su habitacion; solo recibe á Don Luis... y solo esperan los dos á poder burlar á esta infeliz que ha llegado hace cinco dias, para huir á Francia.

Con estas noticias que le decian cuanto el honrado veterano deseaba saber, se separó de la posadera y reco-

---

(1) Hoy 1.° de caballería del undécimo Tercio, destacado en Almendralejo, (Estremadura baja).



mendando al Ruiz la mayor vigilancia y el impedir la salida de Luis, se encaminó sin mas dilacion á la calle de Santo Domingo y entró en la mencionada posada.

Se dirigió con toda seguridad al posadero y le preguntó por madame Luisa dando las señas de la requisitoria.

Contestó el posadero que no existia allí aquella persona y lo afirmó con acento de gran seguridad.

Adivinó entonces el Guardia que sería infructuoso preguntar mas, y en los términos que tales casos requieren, le amenazó con registrar la casa.

El posadero volvió á decir que la persona de aquel nombre y señas no habitaba en la posada.

El Guardia entonces, dió principio á un minucioso registro.

VI.

No era muy vasta la morada y ya se hallaba el Guardia al fin de su requisa, cuando halló en una pequeña habitacion á una mujer que al verle comenzó á temblar llena de miedo.

Representaba aquella jóven veintidos años de edad y era estremadamente rubia.

Estas dos cualidades respondian á las señas de la requisitoria que el celoso Guardia tenia en su poder, y el temblor y pánico que en aquella ocasion demostraba la hospedada, eran un evidente indicio de que temia por algo la presencia de la GUARDIA CIVIL.

Dió principio Salvador á tomar la declaracion que el caso exigia y al ver que la declarante hablaba otra len-

gua que no era la española no le quedó duda de que tenia ante sí á la persona que buscaba.

Nada tiene de estraño que el Guardia no estuviese familiarizado con aquel lenguaje; pero ya por conjeturas ya comprendiendo algunas palabras, adivinó que Luisa declaraba:

—Ser esposa de un francés.

Estar casada con él por medio del contrato civil usado en Francia y mediante una obligacion hecha por el contrayente con el padre de ella, que vivia en París.

Haberse fugado en Santa Marta robando á su esposo la máquina eléctrica y los anillos, por insinuacion de Luis....

Y por último que todos estos efectos se encontraban en poder del citado cómplice.

Oida tan precisa declaracion, formó el Guardia las diligencias de costumbre; fué constituida en prision la esposa adúltera, despues Luis... y ambos con los efectos robados fueron conducidos por la Guardia Civil, de cárcel en cárcel, á Badajoz, y bajo las directas órdenes del Gobernador Civil.

VII.

Se incoó causa en aquella audiencia y estaba ya próxima al fallo cuando avisado convenientemente por exhortos, llegó á Badajoz el pobre marido tan bajamente burlado en Santa Marta.

Y despues de recojer los efectos robados quiso ver á su esposa adúltera á la cual dijo:

—Señora: la Guardia Civil os llevará de cárcel en

cárcel hasta la frontera; desde allí seguireis de igual modo con la gendarmería hasta París.

Una vez allí os dirá vuestro padre:—Tu esposo te devuelve á mí, porque has sido adúltera!—Os disculpareis con él; yo no quiero ni puedo oir disculpa alguna porque temo que al oirlas me falte la calma. Vivid, señora, allí mas honradamento y sed feliz si los remordimientos os permiten serlo. ¡Adios!

Y sin esperar á mas, se separó de aquella mujer que habia cometido la mas negra ingratitud.

Se dirigió en seguida á los jueces que entendian en aquella causa y declaró ante ellos que, como parte injuriada perdonaba á Luis... con la condicion precisa de que este habia de volver al lado de su mujer y amparar como buen padre á sus abandonados hijos que morian en la mas triste miseria.

Preguntó tambien los nombres de los Guardias que así habian favorecido sus intereses y vengado su ultrajada honra, y rogó que les hiciesen presente lo agradecido que se hallaba, no encontrando palabras bastantes para alabar la que él llamaba Gendarmeria Española.

CERRO DE MORIANO.

I.

La moribunda luz del espirante dia luchaba en vano con las sombras de la magestuosa noche.

Un frio intenso oprimia la escasa vegetacion que en vano tambien ansiaba un rayo de sol vivificador.

El firmamento, sin un solo celaje se mostraba límpido; pero era su limpidez tal, que parecia hacerle partícipe del frio, de la tristeza que pesaba sobre la tierra.

El último rayo del tibio sol habia traspuesto ya la lejana colina, dejando opaco y monótono á aquel dia de invierno; de esa vejez del año, tan parecida á la vejez del hombre.

Era en fin, frio y triste aquel dia próximo á hundirse en la negra noche del pasado, para no volver jamás.

¡Quién pudiera conocer los misterios humanos que se lleva consigo un dia, más aun, una sola hora!

Muchos hechos habia presenciado aquel dia de Diciembre: criminales ó benéficos, conocidos ó ignorados.

Uno benéfico, y por dicha conocido, es objeto de las siguientes líneas.

II.

En dia y hora tales, dos Guardias, Jacinto Cosgaya y Felipe Alcalá Gonzalo, recorrian embozados en sus capotes el camino que les conducia desde Córdoba á su respectivo Puesto de Cerro de Moriano.

Silenciosos y á la par vigilantes caminaban sin que lo crudo del dia les arrancase una sola queja.

Quien así los viera conoceria cuanto de bello encerraba aquel sencillo espectáculo.

Dos hombres, recorriendo solitarios caminos y ofreciendo siempre sus vidas al que las necesite para salvar la suya... es una de las más admirables escenas del gigantesco drama humano.

—Oye—dice de pronto Cosgaya á su compañero—¿no ves llamas hácia aquel lado?

—En efecto parece incendio.

—¡Debe ser alguna choza que está ardiendo!

—¡Corramos!

Y momentos despues llegaban ambos al lugar del siniestro.

Penetran precipitadamente en la choza; en medio de los crujidos de las desvastadoras llamas creen percibir los lastimosos ayes de un ser humano.

Avanzan... y ven á una mujer...

III.

Verles y lanzar un grito de júbilo fué instantáneo en aquella infeliz que, aunque ilesa, era madre y sabia que en el interior de la choza amenazaban las llamas á dos tiernos niños, pedazos de su alma.

Y ¿por qué aquel júbilo, aquella sonrisa de instintiva esperanza?

Porque sabia lo que era la GUARDIA CIVIL.

Porque sabia que aquellos dos hombres iban á morir ó á salvar á su pequeña prole.

Este deber así cumplido produce resultados de inmenso beneficio para la institucion y para la Sociedad,

¿Por qué los bandidos temen mas á solos dos Guardias que á diez hombres que no lo sean?

Porque estos pueden huir y aquellos no; los diez hombres pueden evitarles la lucha, pueden temer al número mayor de adversarios.

Pero el bandido que se encuentra ante el Guardia civil sabe que el Guardia no huirá, ni medirá el número de los contrarios; sabe que la lucha es imprescindible; sabe, en fin que vivo ó muerto, el Guardia le hará caer en sus manos.

Se ha visto en cien casos de incendio que, si las llamas no amenazaban al pueblo y si solo á una casa, los convecinos del dueño de esta, han formado corro, visto el fuego, contado sus progresos, lamentándose de la desgracia (1)... hasta que dos Guardias, se arrojan en medio

---

(1) Hay, sin embargo, muchas y honrosas excepciones, como tendremos mas adelante ocasion de ver.

de las llamas y salvan vidas y haciendas ante una multitud atónita que les aclama y victorea.

En esa piedra de toque se reconoce la GUARDIA CIVIL: y sostendremos lo dicho con cuantas razones se nos pidan.

¿Por qué seis hombres con armas (y caso tal no ha sido muy raro) por qué seis hombres que se ven robados en medio de un camino, en vez de marchar inmediatamente sobre los bandidos, pierden horas en buscar á dos solos Guardias?

Porque tal influencia han ejercido en la opinion y en la conciencia públicas los hechos de este Cuerpo, que hace mas que constituirse en un deber: lo cumple!

V.

Una sola mirada bastó á los Guardias Cosgaya y Alcalá para conocer los menores detalles del funesto incidente.

Hicieron salir inmediatamente á la desolada madre y penetrando de lleno en la choza empezaron á trabajar con ardor.

No hay, pues, que decir que despreciaban el peligro, ni fuera oportuno encomiar la bizarría y abnegacion que en caso tal desplegaron, porque es ya proverbial y de todos sabido cuanto á este objeto dijéramos.

La madre, separada un tanto de su mísera vivienda, se habia arrodillado y si dirijia á la choza sus ávidas miradas, dirijia á Dios desde el fondo de su alma sus plegarias mas sinceras.

Las llamas tomaban incremento; remolinos de humo

venian á cegar los ojos de la madre que de vez en cuando divisaba entre el humo un Guardia y estendia hácia él sus desnudos y tostados brazos... aquellos brazos que tantas veces habian mecido amorosamente á los tiernos niños cuya vida estaba entonces á merced de las llamas!

Y miraba... y miraba... porque su alma toda se habia concentrado en sus ojos.

Aquella vacilacion era la agonía; cada instante un quejido de estertor...

Es necesario ser madre para conocer el dolor de aquella desgraciada á la que el mismo dolor daba fuerzas para sostenerse.

Sí; hay minutos que nos parecen mas grandes que siglos; pero es porque el hombre muere, vive y torna á morir cien veces en su solo y rápido trascurso.

¿Y quiénes eran aquellos dos hombres? ¿Qué la debian para que así arriesgasen sus vidas? ¿Los conocia acaso? ¿Habíales hecho algun favor que ellos quisieran pagar así? ¿Les ligaba á ella algun lazo de amistad? ¿Por qué al ver las llamas no torcieron el rumbo de su camino? Eran acaso sus parientes?

No; ningun favor la debian; les era desconocida; no les unia vínculo alguno de amistad ó sangre... y sin embargo, vieron las llamas, conocieron que se les demandaba trabajo, quizás la vida... y no torcieron el rumbo de su camino.

¿Por qué? porque tan salvadora institucion, tiene dos cualidades primarias: se debe á todos los que la han menester; es hermana de todos.

Sus intereses marchan siempre paralelos á los de la sociedad que se asimila.



—¡Uno! —gritó un guardia, saliendo de entre los incendiados escombros con un niño de cuatro años en los brazos.

VI.

¡Pobre madre! los latidos de su corazon ajitaban su pecho y hacian difícil y silbadora su respiracion; sus manos, dirijidas hácia la cabaña, parecian esperar algo que habian mecido muchas veces; sus cabellos sueltos á merced del frio Norte, azotaban aquel rostro en que no aparecia una sola lágrima... porque el terror no llora; y si un rojo mechon venia á cubrir sus ojos, pronto una mano convulsa lo separaba; pronto volvia á dirigirse á la choza aquella intensa mirada en la que brillaba el extravío de la de un loco cuando piensa en su idea fija.

—Son mis hijos...—murmuraba con voz desfallecida—son mis hijos... salvadlos!

Y por su imaginacion de madre rodaban todos los recuerdos que abrazaban estas dos palabras *¡mis hijos!*

Y los veia jugando sobre su regazo, sonriéndola, enmarañándola el cabello con sus blancas manecitas, dando miedosos ese primer paso de un niño que tanto ansian las madres; rezando las nocturnas oraciones... durmiendo en fin.

De pronto, el fuego pareció ceder.

Pero nada humano divisiba la madre, ni oia el llanto de sus hijos.

—¡Están muertos!—exclamó.

Y cuando la fuerza del dolor la aniquilaba, cuando iba á derribarla sobre la helada tierra...

—¡Uno!—gritó un Guardia saliendo de entre los incendiados escombros con un niño de cuatro años en los brazos.

El grito que del pecho de la madre se escapó al verle, no puede esplicarlo humano lenguaje.

Se levantó mas rápida que un instante de la duracion... quiso hablar y no pudo... el Guardia se acercó.

—¡Otro!—exclamó el compañero saliendo de la choza y trayendo el segundo niño.

En los ojos de este Guardia brillaban dos lágrimas.

Un momento mas de duda... y la madre se hubiera vuelto loca; la alegria entonces hubo de producir el mismo resultado; ¡que tanto se asemejan llevados al extremo la alegría y el dolor!

. . . .

Ya era bien entrada la noche cuando los Guardias Cosgaya y Gonzalo, tranquilos y contentos por haber sido útiles á la sociedad llegaban á su puesto de Cerro de Moriano.

A los pocos dias era su brillante comportamiento admirado por toda la prensa de España y el Exmo. Sr. Director General del Cuerpo les designaba al Gobierno de S. M. para la merecida recompensa.

UNA NOCHE DE CRÍMENES.

I.

El estafador es un ladron; y sin embargo se diferencia en mucho de él, empezando por el nombre que reciben distinto.

El estafador no se alberga en húmedas cuevas; no come toscos alimentos; no pasa el dia saltando breñas; no duerme al rigor de la intemperie en las encrucijadas de los caminos; esto lo hace el ladron.

El estafador habita en las ciudades, cómodas moradas; vive con nosotros sin que lo conozcamos; nos alhaga, nos acompaña á los teatros, nos ofrece proteccion, nos pasea en su coche si le tiene, nos hace un favor, y hasta llega á prestar dinero á quien se lo pida.

«Ganarás el pan con el sudor de tu rostro» ha dicho Dios al hombre; y los estafadores quieren ganarlo con el sudor de los rostros de los demás; aunque muchas veces los presidios les hagan conocer que tiene no pocos peligros aquel deseo.

El ladron de caminos viste un trage de toscas ropas; raras veces tiene alguna instruccion; y es siempre brutal en sus acciones. Esto lo saben bien muchos de nuestros lectores que haciendo un contínuo servicio de campaña luchan dia tras dia con esos hombres hundidos en el cieno social, con hombres que no tienen mas ley que la violencia; con hombres, en fin, que son capaces de asesinar á su hermano, á su hijo, á su propia madre!

Pero los estafadores reciben otra educacion mas esmerada; visten con lujo y con aquella instruccion y trato de gentes, y con su trage y costumbres fingidas, suelen engañar aun á las personas mas perspicaces.

El ladron se separa de la sociedad, la hace guerra abierta y cae pronto bajo el fallo de sus leyes; el estafador por el contrario, vive en la misma sociedad, la hace la guerra dentro de ella misma y cubriéndose con la capa de honradez; da acaso la mano al magistrado que le cree hombre de honor; pero tambien, como el ladron, tarde ó temprano sus delitos se descubren, el honor que fingia desaparece y estendiendo sus manos, las vé atadas por una cuerda que ata otras muchas; y á pesar de su ciencia y de sus atavíos lujosos, pisa las crujías de un presidio, igualándose ya con el ladron, porque ladron es como él, aunque, como hemos dicho, reciba otro nombre.

Hemos hecho esta sucinta descripcion del estafador, y no creemos que está fuera de lugar por lo que muy lue-

go verán nuestros lectores en el curso de esta CRÓNICA y de los horrorosos crímenes que encierra.

II.

Era en Toledo y por los años de 1854 á 1857.

Cercana al Tajo, por la parte opuesta á la de la fábrica de armas, existia y existe aun hoy una casa de modesta apariencia en la que por la mencionada época habitaba un hombre en la sola compañía de un niño de diez años que empleaba en su servicio.

Llamábase el primero D. Cárlos y hacia una vida tan oscura y retirada en la imperial ciudad, que ni buscaba relaciones de amistad, ni se trataba con mas personas que aquellas cuyo conocimiento es indispensable.

Frisaba en los cuarenta años; rara vez se le veia en la calle; y algunos curiosos que deseaban conocer la vida del misterioso forastero, no pudieron conseguir noticia alguna del criado de D. Cárlos, único que al parecer podia darlas.

Se sabia solamente que no era toledano; que cinco meses antes habia abandonado á Madrid é ido á vivir á Toledo comprando aquella casa y buscando un niño que le sirviera.

¿Qué ocupacion tenía? ¿A qué se dedicaba para subsistir? ¿Era un hombre que vivia esclusivamente del producto de sus haciendas?

A cien congeturas se entregaban sobre este punto algunas personas; pero al cabo de tantas cavilaciones sabian todos lo mismo que al principio; esto es: no sabian nada.

Pero como no queremos nosotros que los lectores sufran igual escasez de noticias, vamos á darles algunas.

Aquel hombre habia recibido en Madrid una esmerada educacion; cuando tenía veintiun años se encontró huérfano y heredero de cantidades de alguna importancia.

Siendo jóven y casi rico, deseó lanzarse al torbellino del mundo y bien pronto de derroche en derroche, de locura en locura, su capital disminuyó considerablemente.

No se intimidó sin embargo; no pensó en que podria un dia no lejano llegar hasta pedir limosna; á semejanza del soldado que quema su último cartucho, él, demente y conducido por falsos amigos que le especulaban, queria gastar en la alegría su último real.

Llegó y llegó pronto; á los veinticuatro años de edad habia derrochado la herencia recibida tres años antes.

Entonces recurrió á sus amigos; á aquellos amigos qne tanto le habian adulado, que tanto él habia favorecido. Aquellos hombres le vieron pobre, le vieron sin esperanza de volver á malversarle su dinero, y todos se separaron de él como de un hombre que padeciese alguna enfermedad contagiosa.

Llegó, pues, con estos desengaños tan comunes en la vida, la época de los sufrimientos, de los dolores, del hambre.

Empezó por vender los objetos de algun valor que le quedaban; le fueron pagados á bajo precio y pronto este recurso se agotó. Dejó su lujosa morada por otra muy humilde, y bien pronto ni este gasto pudo soportar.

A medida que disminuia gastos disminuian los medios de sufragarlos.

Sus ropas empezaron á reirse de él por todas las costuras; y ya de esta manera ni los amigos le hablaban, ni le fiaba nadie una pequeña cantidad, ni era admitido en ninguna mesa.

Dos únicos caminos le quedaban: ó trabajar para vivir desengañado del mundo y sin importarle lo que dijeran aquellas personas que le abandonaban en tal extremo... ó la mendicidad.

Resistíase mucho á lo primero porque aun estaban cercanos los años en que habia vivido derrochando en el ócio su herencia; y lo segundo era para él la mas tremenda de las caidas.

Estos sufrimientos variaron mucho su carácter y de alegre que era antes, tornóse en serio, meditabundo, odioso y agresivo á todos.

Pero, como se verá, no tomó ninguno de aquellos dos caminos.

Una noche, buscando quien le diera algunos reales para comer en el siguiente dia se acordó de uno de sus antiguos amigos y le buscó en una casa de juego donde suponia que debia estar.

Entró en aquella morada del vicio, se acercó á la mesa sobre cuyo tapete rodaban tantas fortunas y esperanzas, buscó entre los rostros de aquellos hombres el del amigo y tras una hora de exámen y sorda desesperacion salió de allí sin encontrarle.

Pero al bajar con paso lento la escalera, vió en uno de los peldaños de esta un objeto circular y achatado que tenía á la luz del cercano quinqué el brillo de la plata.

Verle, arrojarse á él, cogerle y apretarle entre sus

convulsos dedos como si temiera que se le escapara, fué instantáneo.

—¡Comeré mañana!—se dijo—una moneda de cinco francos vale para mí mas que mil duros en otro tiempo.

Y sin detenerse llegó á la calle.

Entonces, una de esas ideas que nacen en la desesperacion salta á su mente; y como por costumbre no meditaba nunca D. Cárlos lo que quería hacer, torna á subir de tres en tres las escaleras de aquella casa, entra en la sala, se acerca á la mesa, pide juego, pone aquella moneda sobre una carta, y cruzándose los brazos como desfiando á la suerte dice para sí:

—Juego mí comida de dos dias.

. . . .

. . . .

III.

Un mes despues, D. Cárlos era otra vez rico. Un duro le dió una onza, la onza seis; y de noche en noche, su caudal acrecentó.

Entonces, conociendo por experiencia cuanto le valian sus amigos, usó distinta vida, se casó con una jóven de distinguida familia y tuvo á poco una hija que nació dando muerte á su madre.

Suspendamos aquí las noticias relativas á los antecedentes de D. Cárlos para completarlas en la ocasion oportuna.

Otro suceso mas importante viene á distraer nuestra atencion y es fuerza que le refiramos sin dilatarlo mas.

Cada vez, sin embargo, que escribimos una línea,

cada vez que vamos acercándonos aunque pausadamente al fin de esta historia, quisiéramos que ese fin no llegara nunca, porque los crímenes que despues de tantos años conmueven aun á los vecinos de *Corral de Almaguer* intimidan á la pluma mejor cortada.

Tarea penosa nos hemos impuesto; crímenes tras crímenes tenemos que relatar; pero á su lado la virtud, el heroismo, el cumplimiento del deber y la tranquilidad social resplandecen con mayor brillo y nos alientan á continuar.

IV.

Una tarde, D. Cárlos que leia cerca de una ventana de su casa de Toledo, fué bruscamente interrumpido en su ocupacion por la presencia del niño.

—¿Qué traes? —le preguntó.

—Una carta que acaba de darme el cartero.

Tomó D. Cárlos el papel sorprendiéndose de que supiese alguien su estancia en Toledo, despidió al criado y miró el sobre de la carta.

No conoció la letra pero por sus trazos juzgó que era de persona poco hábil en la escritura.

La carta llegaba de Madrid y traia muy especificadas las señas de la morada del antiguo derrochador, cosas ambas que le sorprendieron mas y mas.

Rompió el sobre, sacó el pliego escrito y estuvo un momento indeciso en desdoblar y leer. Sin duda debia temer consecuencias de algun pasado suceso, cuando tanto le inquietaba aquella carta.

Dominando al fin sus temores, extendió el papel con

mano convulsiva y sus ojos buscaron rápidamente la firma.

—¡Amalia! ¡mi hija! ¡Oh, la esperaba!—exclamó con profunda desesperacion.

Y sin esperar á mas, víctima de un terror indecible, rompió la carta en mil pedazos y los esparció por el pavimento con extraña complacencia.

Despues cayó abrumado sobre una silla, ocultó su frente sobre sus manos... y lloró como un niño.

Al llegar la noche, entró el criado, dejó luz y salió sin que D. Cárlos, que continuaba en aquella postura, se apercibiera de ello, en medio del profundo silencio que reinaba en aquella solitaria morada.

La carta que sin embargo de no ser leida y solo con la firma habia producido tal cambio en aquel hombre, lo hubiera producido mayor acaso si D. Cárlos la hubiese leido.

Hubiera visto entonces aquel padre que estaba pagando ya sus delitos que conoceremos muy pronto, que la carta decia así:

V.

«Padre mio, mi amado padre: perdóneme usted por »que soy muy desgraciada. Desde aquel fatal encuentro »que usted recordará y del que me horrorizo aun, no co»mo, no duermo, no tengo momento de reposo; estoy en»ferma, devorada en mi cuerpo por una calentura abrasa»dora y en mi alma por los mas desgarradores remordi»mientos.»

«Una casualidad afortunada me ha hecho saber que

»usted está en Toledo y le escribo porque no puedo resis»tir al deseo de pedirle perdon.»

«Venga usted, sáqueme usted de aquí, padre mio, »y marchemos ambos á donde no nos conozcan. Le ju»ro que sabré ser buena hija.»

«Y usted me perdonará porque conoce demasiado los »estravios del corazon. Ambos somos delincuentes, ambos »tenemos un pasado que ocultar; usted me quiere; yo no »he olvidado las caricias que le debí los primeros años »de mi vida; perdóneme pues y uniendo nuestras desgra»cias acaso seremos felices.»

«Usted me ha contado hace años una historia que le »recuerdo hoy.»

«Murió un falsificador de moneda dejando una hija so»la, pobre, abandonada.»

«Esta mujer vivió durante algun tiempo con lo que »ganaba á fuerza de penosísimos trabajos. Despues de un »año llegó á ahorrar hasta diez y seis duros que puso en »oro para poderlos guardar mejor en su pobre vivienda.»

»Llegó un dia que necesitó usar àquel dinero que era »su única esperanza. Alegre por haber podido ahorrarlo »á fuerza de tantos trabajos, corrió á cambiar la moneda »y el comerciante á quien pedia el cambio la dijo con to»no de burla.»

—Esa onza es falsa!»

«Era falsa en efecto, y el padre de aquella mujer la »habia falsificado algunos años antes.»

«Esta historia que usted me ha contado hace tiempo, »recuérdela bien hoy. No caigan sobre mí sus pasados »errores; perdóneme usted, padre mio, admítame á su »lado y le consolaré en sus padecimientos, le defenderé

»si le buscan, y haré que disfrute mas tranquilos sus úl-
»timos dias. Su hija,

Amalia.»

VI.

Dolorosa hubiera sido para aquel padre la lectura de esta carta. Su hija diciéndole: *ambos somos delincuentes—tenemos un pasado que ocultar—no caigan sobre mí sus errores—* era una tortura demasiado horrible.

Don Cárlos, permaneció toda la noche sentado en aquella silla; y se le hubiera creido sin vida á no lanzar de cuando en cuando por sus convulsos labios un extridente quejido de dolor.

El niño que le servia entró varias veces á preguntarle si queria cenar, pero viéndose siempre sin respuesta, le venció el sueño y concluyó por dormirse sobre un rollo de esteras que habia en una habitacion contigua.

Al amanecer, D. Cárlos se incorporó. Estaba lívido; sus ojos aparecian vidriosos y rodeados de un círculo verdi-negro; sus cabellos se hallaban en el mas completo desórden y sus mejillas tenian profundamente impresas las huellas de los huesosos dedos en que durante aquella noche de misteriosos sufrimientos se habian apoyado.

Se ahogaba allí y queriendo respirar el puro ambiente de aquella mañana, tomó su sombrero, se embozó en una excelente capa española, despertó al criado que con mano soñolienta le abrió las puertas y salió hácia las murallas de la histórica ciudad, patria de tantos ilustres varones.

El aire de la mañana y las brisas del caudaloso Tajo refrescaron su imaginacion ahuyentando de ella las negras ideas que le abrumaban.

Pensó con mas calma en su situacion y concibió un proyecto que respondia sin saberlo á lo que en parte pedia su hija en aquella carta que él no habia querido leer.

Pero para realizarlo necesitaba una persona de determinadas circunstancias y él no trataba con nadie en Toledo.

La casualidad puso ante su vista en aquel paseo matutino al hombre que necesitaba.

Luego diremos cómo tuvo lugar este encuentro y sus primeras consecuencias; ahora nos es necesario para mayor claridad de los sucesos, hacer conocer á nuestros lectores los secretos que mediaban entre D. Cárlos y Amalia, entre aquel padre y aquella hija.

Para ello nos trasladaremos á Madrid.

VII.

Al morir la esposa de D. Cárlos dando á luz á Amalia, aquel hombre que habia hecho su fortuna sobre una moneda de cinco francos, estaba casi arruinado.

El juego le habia enriquecido, y como con frecuencia sucede, el mismo juego á un cambio de la suerte, le dejaba pobre.

Entonces, queriendo á toda costa conservar en la sociedad su posicion, por efecto de esa vanidad que pierde á tantos hombres, y no queriendo al mismo tiempo volver á las angustias pasadas, puso su planta en el camino del mal; engañó, estafó.

Y su primera estafa fué como vamos á decir, en la seguridad de que lo nuevo, audaz é ingenioso de ella, sorprenderá á nuestros lectores.

Tenía D. Carlos un amigo cuyo principal defecto era una desmedida ambicion.

Y como le oyese un dia lamentarse de falta de dinero, le ofreció descaradamente ciertas cantidades que el otro despues de algunas vacilaciones aceptó. Prometióselas D. Cárlos para la noche de aquel dia, y en ella le dió seiscientos reales en monedas de oro, diciéndole:

—No puedo ofrecerte mas por hoy; vé á verme pasado mañana y te daré mas.

Vemos pues á un estafador que empieza dando dinero; cosa que sería muy estraña si por los seiscientos que daba no pensase sacar luego seis mil.

El amigo acudió á la cita y le dijo entonces don Cárlos:

—¿Has gastado todas las monedas qne te dí?

—Sí; pero... necesito mas.

—¿Te ha puesto impedimento alguna persona para tomarlas?

—¿Por qué motivo?

—Porque esas monedas... guarda este secreto del que va á depender nuestra suerte... porque esas monedas eran falsas.

—¡Falsas!

—Sí, amigo mio; he encontrado un hombre que sabe rellenarlas admirablemente y le tengo bajo mi poder. Gracias á eso soy rico, porque de tal manera está hecha la falsificacion, que como tú mismo has visto, la persona mas experta se engaña.

—¡Es verdad!

—Vamos, ¿quieres ser mi compañero en este negocio?

—Me propones una cosa muy arriesgada.

—Todo tiene riesgos en este mundo, y mas que nada el ser hombre honrado—dijo D. Cárlos para vencer los últimos escrúpulos de su amigo que como sabia, era muy ambicioso.

En fin, despues de una corta lucha de palabras y de prometerse mútuamente toda clase de seguridades, el amigo aceptó.

—Haces lo que debes—le dijo el padre de Amalia—pero oye ahora lo que te falta que hacer. Toma esas dos monedas de cien reales, sál, cámbialas y vuelve.

—¿Son falsas?

—Sí.

Salió apresuradamente aquel hombre y volvió á poco con el rostro radiante de alegría.

—¡Míralas ya cambiadas!

—Me alegro: y te repito que es admirable el talento del hombre que sabe trabajarlas con tanta perfeccion.

—Entro decididamente á ser tu compañero.

—Lo esperaba—dijo D. Cárlos con calma.

—Y te doy gracias por haberme ofrecido un medio de ser siempre rico.

—Soy tu amigo y nada tienes qne agradecerme. Ahora bien; necesito dinero; para no hacer lentas las ganancias es necesario reunir pronto grandes cantidades de oro de ley. Por cada diez monedas buenas que me des, yo te daré veinticinco que, aunque falsas, valen como ves lo mismo que las otras.

Lo enorme de esta ganancia cegó al ambicioso.

—Bien—dijo—buscaré dinero.

Y aquel hombre, buscó, pidió y obtuvo veinte mil reales y los entregó á D. Cárlos que los recibió con visibles muestras de satisfaccion.

A los pocos dias D. Cárlos le encontró y aquel le dijo:

—¿Podrás, amigo Cárlos, darme mañana algunas monedas?

—Nó—contestó el antiguo derrochador.

—¿Por qué?

—Porque no las tengo ni las he tenido nunca.

—¿Qué es lo que dices? ¿Te habrás atrevido á engañarme?—exclamó el amigo palideciendo horriblemente.

—Vas á saberlo todo. No hay ni ha habido tal falsificacion. Las monedas que te dí como falsas eran completamente buenas y por eso te las admitian en todas partes. Y ahora, si quieres los veinte mil reales, quéjate ante los tribunales y ya veremos como fundas y explicas el hecho en la demanda.

No nesitamos describir el asombro y la ira con que el burlado ambicioso escuchó estas palabras, porque demasiado lo comprenderán nuestros lectores. Le habian engañado y no podia delatar al estafador ante los tribunales, porque al hacerlo, si queria dar algunas pruebas, tenia que delatarse él mismo como cómplice en un proyecto de falsificacion.

VIII.

Está fué la estafa con que dió principio á su nuevo y criminal método de vida el padre de Amalia.

No continuaremos enumerando las que siguieron á esa porque tantas y tan variadas fueron que no veriamos cercano el fin de tal trabajo. Baste la referida para dar una idea de las siguientes y del carácter de don Cárlos al entrar en el gremio de los llamados *Caballeros de Industria*, hoy bastantes numerosos por desgracia.

Cuando Amalia contaba catorce años de edad, tuvo don Cárlos que salir de España por uno de los azares de su vida de engaños, y marchó á París dejando á su hija al cuidado de una anciana tia.

Esta señora era ya octogenaria y se cuidó muy poco de preservar á aquella niña de los peligros del mundo.

Amalia, por otra parte, habia tenido una educacion muy descuidada; rumores de lo que era su padre habian llegado en varias ocasiones á sus oidos; un dia fué arrojada de una casa que frecuentaba, como *hija de un estafador*; y todas estas causas reunidas lo fueron de su ruina.

Al verse sola, engañó á la anciana, admitió en su casa personas sospechosas y un dia huyó de ella llevándose las alhajas que pudo encontrar.

La tia falleció á poco tiempo, porque este disgusto abrevió sus dias; D. Cárlos seguia escribiendo desde París cartas que el portero de la casa recogia y leia tambien. En ellas el estafador decia siempre á su hija que le era imposible volver á la Corte mientras supiese que se hallaba en ella cierto sujeto.

Pero viendo D. Cárlos que sus cartas quedaban sin contestacion, escribió una mandando á Amalia ponerse inmediatamente en camino para vivir en su compañía.

Esta carta fué devuelta al padre que se perdió en un

mar de suposiciones al ver que, sin saber la causa, habia perdido completamente á su hija.

Poco tardó en convencerse á sí mismo de que Amalia habia dejado de existir.

Pasados tres años volvió á la córte de las Españas y se acercaba sin saberlo al doloroso acontecimiento que tanto le preocupó despues en Toledo, y que nosotros vamos á narrar, conociendo por él cuan penosa es la obligacion que nos hemos impuesto, y conteniendo la viva y profunda conmocion de terror que su solo recuerdo nos hace sentir.

IX.

Eran las diez próximamente de una noche del mes de Abril.

El viento frio que llegaba de los aun nevados montes del Guadarrama, era causa de que las calles apareciesen solitarias y aun la misma de Alcalá, perdiendo su animacion de costumbre, solo era transitada por contado número de personas que caminaban aceleradas y silenciosas.

Una de estas, doblando la esquina de la calle del Barquillo, subia á buen paso, ocultando el rostro en los embozos de su capa, hácia la Puerta del Sol.

Su nombre, porque no hay razon para ocultarlo, pues ya lo conocen nuestros lectores, era el de D. Cárlos.

Sumido en las tristes reflexiones que no le dejaban desde que habia creido muerta á su hija, perdíase dia y noche en sospechas acerca de la suerte de aquella.

Habia procurado adquirir algunas noticias por los ve-

cinos de la casa en que habitara Amalia; el portero fué quien mas le dijo entregándole las cartas que habia dirijido á su hija desde París, y las cuales estaban detenidas en poder del mismo. Por este medio supo que su hija habia desaparecido misteriosamente, y que la anciana á quien la dejara encomendada habia muerto.

Nada mas pudo averiguar por entonces; estas noticias tan poco tranquilizadoras se prestaban á muchas conjeturas, pero no á saber con completa certeza la suerte que habia cabido á Amalia.

Triste cosa en verdad era esta para aquel padre, que aunque sumido en la vileza amaba á su hija.

Subia, como decíamos, hácia la Puerta del Sol, y al llegar al que antes fue convento de las Vallecas, se detuvo demostrando indecision por el camino que debia tomar.

El viento formaba allí un molesto remolino y azotando los mecheros del gás, hacia mas densa la oscuridad de aquel sitio.

Una pareja del Tercio de Madrid estaba apostada en el comienzo de la calle Angosta de Peligros; algunas personas en escaso número atravesaban la de Alcalá; y de vez en cuando veíanse cruzar sin temor á la noche, algunas de esas desgraciadas que tan comunes son por aquel sitio.

Don Cárlos, resolviendo al fin su indecision, muy frecuente en las calles de esta populosa villa, siguió en direccion á la Puerta del Sol; y no bien hubo andado unos pocos pasos cuando á la oscilante luz del farol mas próximo le detuvo una mujer diciéndole algunas casi imperceptibles palabras.

El movimiento qué hizo D. Cárlos al volverse dejó descubierto su rostro; vuelve rápidamente la cabeza... mira á aquella mujer... y dos gritos instantáneos, penetrantes, rasgan la atmósfera.

La mujer cayó sin sentido sobre las losas, como cae un árbol arrancado de cuajo por el huracan.

El hombre se tambaleó un momento, próximo tambien á caer, pero reponiéndose instantáneamente siguió su camino dando pasos desiguales.

Cualquiera hubiera creido que iba beodo.

Varios transeuntes y los Guardias, sorprendidos por aquellos gritos, corrieron hácia el sitio donde yacía casi sin vida la infeliz mujer. Algunas personas que se hallaban á la puerta del café Suizo acudieron tambien y formaron bien pronto un círculo compacto que se abrió á poco rato para dar paso á dos hombres que traian una camilla de la mas cercana Casa de Socorro.

Y media hora despues de aquel suceso que nadie podia esplicarse, el grupo se disolvió, una camilla seguida por dos Guardias salia de la calle de Alcalá ocultando entre sus lienzos á una mujer sin sentido; D. Cárlos llegaba á su casa de la calle Mayor, y la noche seguia triste, fria y silenciosa, su carrera llena siempre de misterios, de crímenes y de desgracias.

Hemos dicho antes que el transeunte era D. Cárlos; nuestros lectores habrán adivinado ya quién era la mujer que le habló de aquella manera...

El horror que ambos experimentaron no tiene descripcion en humana lengua; piense el lector en lo terrible de aquel encuentro, y comprenderá lo qué nosotros no podemos espresarle.

Dos dias despues, D. Cárlos partia para Toledo, como hubiera marchado á otra poblacion cualquiera.

No se atrevia á vivir donde estaba su hija; conocia que él habia sido causa de su desgracia por la mala educacion que la habia dado; evitar otro encuentro, era su único y mas creciente anhelo; y diciendo:

—Habia creido que mi hija estaba muerta; pues bien, lo está ya para mí. Ya no tengo hija, no la veré mas: murió...

Puso su tembloroso pié en el estribo de la diligencia oyendo silencioso las despedidas de los viajeros, el chasquido de los látigos y los gritos de los postillones.

X.

Con estos antecedentes, podremos entrar ya en la esplicacion de los sucesos que van á seguir.

Despues de lo dicho no estrañarán los lectores el aislamiento en que vivia en Toledo D. Cárlos, y menos aun la profunda pena de que fué víctima el dia en que recibió la carta que ya conocemos.

Recordaba todo su pasado y los remordimientos mas crueles herian su alma.

Sabemos ya que al amanecer salió de su casa, y hemos dicho que habiendo concebido un proyecto, la casualidad puso ante su vista la persona que necesitaba para realizarlo.

Mal conocedor de las calles de Toledo que tan poco frecuentaba, á las ocho de la mañana se vió perdído en una y sin saber cuál le conduciria á su morada.



Acertó á pasar por su lado un hombre del pueblo y acercándose á él le pidió las noticias que necesitaba para orientarse diciéndole el lugar donde estaba situada su casa.

Aquel hombre de mediana edad y aspecto rudo contestó á D. Cárlos diciéndole:

—Hácia allá voy yo, y si usted quiere le guiaré yo mismo.

Don Cárlos sacó de su bolsillo doce reales y dándoselos al advenedizo le dijo:

—Tome usted por el trabajo y diríjame hácia mi casa.

A la vista de aquella pequeña cantidad, los ojos de aquel hombre destellaron una mirada que daba bien á conocer cuanto le dominaba la ambicion del dinero.

Echaron á andar los dos, y queriendo el desconocido trabar relacion mayor con quien tan bien pagaba tan pequeños servicios, intentó entablar conversacion, diciendo:

—Usted, señor, sin duda es nuevo en Toledo.

—Sí—respondió secamente el antiguo estafador, que se habia hecho muy aficionado á ahorrar palabras; aunque no mucho el dinero ya por lo pcco que le habia costado tenerlo, ya porque á fuerza de engaños y vilezas tenia en los bancos de Madrid y París fuertes cantidades.

—Tampo yo soy de Toledo—dijo el guia persistiendo en su idea.—Soy vecino del *Corral de Almaguer* y vengo aquí algunas veces á mis negocios. Allá pienso volver en dia próximo. Me llamo Domingo García, para lo que usted guste mandarme.

—¡Corral de Almaguer!—exclamó D. Cárlos deteniéndose, herido por lejanos recuerdos que este nombre despertaba en su mente.

—¿Ha estado usted por allá?—preguntó Domingo que veia al fin anudada la conversacion.

—Sí; hace muchos, muchos años. Debo tener allí antiguas y buenas amistades.

—¡Amistades! yo conozco á todos los vecinos...¿quiere usted saber noticias?...

Don Cárlos continuó su camino sin contestar.

—Por aquí—le dijo Domingo señalando una calle trasversal.

Siguióle D. Cárlos embebido en hondas meditaciones de las que solo resultó por entonces un cambio en los proyectos que habia concebido,

—Necesitaba un hombre—se dijo á tiempo que marchaba—un hombre que buscase en Madrid á mi hija y la condujese hasta la frontera donde yo la encontraria para seguir con ella hasta París... No, no; iré yo solo á Francia y la dejaré en Almaguer si existen aun allí personas amigas. ¿Y cómo encontrar pronto á Amalia en Madrid? ¡Oh, haber roto su carta que necesito ahora! Pensaré bien lo que debo hacer.

—Este es el sitio porque usted preguntaba—dijo Domingo deteniéndose.

—Sí; allí veo mi casa.

—¿Aquella del frente?

—La misma.

—Pues ya sabe usted mi nombre y vecindad; si algo se le ocurre para Almaguer, yo marcharé pronto...

—Contésteme usted á lo que voy á preguntarle.

—Lo haré de muy buena gana.

Hizo D. Cárlos varias preguntas acerca de sus conocidos en Corral, y Domingo las satisfizo diciendo:

—Esa señora por quien me pregunta usted ha muerto; pero vive allí su hija Doña María del Pilar con una criada y una niña nieta de esta.

—¿Doña Pilar... García de la Cruz?

—Ese es el apellido.

—Bien... bien; si vuelve usted á Toledo ó no marcha tan pronto, venga dentro de unos dias á verme y nada perderá.

—¿Cuántos dias?

—Tres ó cuatro. Ya sabe usted mi casa.

Y se separaron ambos despues de poner sin saberlo el pié en el precipicio que habia de tragarse en muy cercanos dias cinco cadáveres.

XI.

A los tres dias volvió Domingo diciendo que aun no habia salido para su pueblo.

Don Cárlos le despidió diciéndole que cuando fuera á marcharse volviera á verle pero que no lo hiciera hasta entonces.

Aquel padre luchaba con una vacilacion invencible en decidirse por cualquiera de los proyectos que ajitaban su mente.

Habia rebuscado y unido los trozos de la carta de su hija, y despues de una hora de trabajo conoció completamente su contenido.

Este dió nuevas causas á su indecision.

En una hora pensaba en ir él mismo en busca de Amalia; en la siguiente se decidia á abandonarla; en otra queria llevarla á París, á Almaguer...

Y este contínuo trabajo de su imaginacion ya cansada por las luchas de la antigua vida, le robaba no solo el sueño sino todo asomo de tranquilidad.

Dios castigaba á aquel hombre en su conciencia.

Pasados algunos dias recibió otra carta de su hija que abrió y leyó precipitadamente.

La carta contenia las siguientes frases, de que no podemos privar á los lectores.

XII.

«Mi buen padre: tras dias de lucha entre la esperan»za y el desengaño, llegó este; usted no ha querido con»testar á mi carta y aun me cuesta trabajo creer en que »el ódio hácia mí le domine de tal manera. No sé si al»guna palabra de aquella habrá avivado ese ódio; no lo »sé... porque ciega por el dolor trasladé al papel enton»ces lo primero que vino á mi mente, y tanto debió de «ser mi ofuscamiento que no recuerdo hoy una sola frase »de las allí escritas.

»La calma, al fin, ha vuelto á renacer en mi augus»tiado corazon, y puedo con mas tranquilidad decir lo »que la prudencia, no la pasion, me aconseja que diga á »usted.

»Oigame usted, padre mio, y muévanle á compasion »las desgracias presentes de aquella hija que en otros años »era para usted su alegria.

»Sé que he cometido una grave falta y por ella pido »perdon á Dios, que me dá sin duda para salvarme, los »mayores remordimientos. Creo ver en mis ajitados sue»ños la airada sombra de mi honrada madre que me mal-



»dice.—¡Piedad, madre mia!—grito retorciéndome en »dolorosas convulsiones; y si ella me perdona, mucho ha»bré ganado para Dios.

»Estoy enferma, muy enferma; paso á paso he ido »bajando á este abismo en que me encuentro y sin que un »alma honrada me tendiese una mano para salvarme. »Hoy sola, amparada únicamente por la caridad, me en»cuentro cercana á la muerte y tendida sobre un lecho »del *Hospital general*. Una palabra de usted puede darme »aun la salud; no se olvide de que soy su hija, consuele »mi angustia y allí donde usted me diga que vaya, iré. »Si no quiere usted verme, indíqueme el retiro donde de»bo vivir hasta que mis padecimientos acaben mi vida, y »marcharé sin mas dilacion. Pero antes sepa yo que es»toy bajo el amparo de mi padre.

»No puedo escribir mas; mi mano tiembla, mi vista »se desvanece y creo tener dentro de mi cabeza una ás»cua de fuego devorador. Socórrame usted, padre mio, »por la memoria de mi madre.»

. . . .

. . . .

Nuevas penas dió la lectura de esta carta al alma de aquel estafador que pagaba ya sus delitos; pero le hizo tomar al fin una decidida resolucion.

Esperó á que el vecino de Almaguer viniese, y cuando Domingo le dijo que no podia demorar su estancia al lado de su familia, D. Cárlos escribió una carta y cerrándola como convenia, dijo á aquel hombre:

—Dará usted en Almaguer esta carta á Doña Pilar García de la Cruz.

—Descuide usted.

—Es importante lo que tiene que contestarme, y si usted quiere volver con la respuesta, el viaje y demás gastos le serán bien pagados.

Domingo, como vemos, iba consiguiendo lo que queria.

—No sé si me será posible—contestó—venir con tanta presteza, pero caso que yo no pueda lo hará por mí un amigo.

—Segun lo que me contesten, irá usted á Madrid si no tiene inconveniente, á buscar á una persona.

—¡A Madrid! ¡Ah! entonces... vendré yo con la carta de Doña Pilar.

Partió Domingo y D. Cárlos escribió á su hija diciéndola qué no la abandonaría, y que habia escrito á una familia amiga suya de antiguo para saber si querian admitir la compañía de Amalia.

Y no mentia D. Cárlos; confiando en aquel conocimiento, y en que Doña Pilar no sabria nada de la deshonra de la persona que iba á admitir y de las estafas de Don Cárlos, escribió diciendo que por estar su hija enferma y tener él que ausentarse de España, solicitaba que durante algunos meses cuidasen en Almaguer de la salud de su hija, mediante la cantidad, cualquiera que fuese exijida por este servicio.

Recibió la jóven huérfana Doña Pilar la carta y se sorprendió por tan estraña demanda. Luisa Garrijo, anciana criada que la habia visto nacer, preguntada por Doña Pilar sobre aquella carta, dijo que recordaba por el nombre de quien la firmaba, á un caballero que visitó algunas veces la casa en vida de la madre de Doña Pilar.

Tenia esta jóven un alma angelical; bastó la noticia dada por la anciana que la servia, para tranquilizarla; y conociendo que era obra de caridad lo que se le pedia, y que nada podia arriesgar en ello, contestó á D. Cárlos estrañando que no hubiese personas mas allegadas á quienes pudiese dejar su hija; pero que lo que hubiera hecho su madre de la que D. Cárlos se decia amigo, eso haria ella; aseguró que Amalia estaria bien cuidada, sin suponer lo que esta era entonces; y concluyó poniendo por única condicion para lograr todo esto, el que D. Cárlos no la volviese á hablar de retribuciones; porque teniendo ella holgada posicion, de ninguna manera podia aceptar pago alguno.

Esta inocente y caritativa jóven dió la carta á Domingo, el que habia de ser despues su asesino, y que prometió llevarla á Toledo.

La carta sin embargo, no llegó á manos de D. Cárlos: luego tendremos ocasion de decir el por qué. D. Carlos, cansado en vano de esperarle, y sin tener al mismo tiempo noticias de su hija, se dispuso á saltar todos los inconvenientes y salió precipitadamente para Madrid.

Pronto sabremos lo que allí aconteció.

XIII.

Tiempo es ya de que la Guardia Civil entre á tomar en esta historia la importante y activa parte que le corresponde, segun vemos por una comunicacion del Excelentísimo Sr. Duque de Ahumada, fecha 15 de Junio de 1857, dirijida al alférez de la Guardia Civil Jefe de la línea,

destacado en el Corral de Almaguer, y por otros documentos que hemos debido procurarnos.

Trasladaremos, pues, á aquel pueblo, á nuestros lectores, porque en él han tenido lugar los horrorosos crímenes que dan fin á esta Crónica.

Era el dia 9 de Junio de 1857.

A consecuencia de una conspiracion que en uno de los pueblos vecinos se habia fraguado en 28 de Abril del mismo año, la Guardia Civil estaba muy avisada y duplicaba su celo. Los Guardias no perdonaban ninguna ocasion de vigilancia, y los comandantes de línea recorrian sin descanso sus demarcaciones.

Ocupado en esto último, pasó la noche del mencionado dia en Puebla de Don Fadrique, el alférez de caballería D. Juan Casamayor y Buil (1).

Pasó de allí al Corral, donde tenia su familia y al llegar al puesto en la mañana del 10, apareció ante él el cabo 2.° Vicente Labueno, quien le dijo que no ocurria en la seccion del puesto que mandaba novedad alguna; y que los vecinos estaban tranquilos disponiéndose todos á celebrar en el siguiente dia la festividad solemne de *Corpus-Christi*.

Entróse el alférez en la casa-cuartel, y á hora de las doce de aquélla mañana, un pobre anciano llamado Gabriel Gil vino á saludar al Sr. Buil que le apreciaba por su reconocida honradez.

Una hora despues, y en su presencia, el alférez Casa-

(1) Hoy teniente del sétimo tercio, destacado en Calamocha (Teruel).



mayor daba principio á su comida que se vió de pronto interrumpida por la llegada de una nueva persona.

El cabo Labueno notició á su Jefe que un vecino del Corral, llamado José Constante Espinosa, leñador de oficio, deseaba hablarle.

No le hizo esperar, y haciendo que pasase á su habitacion el Espinosa entró tras él, y le preguntó el objeto de aquella conferencia que pedia con tanto misterio.

Con solo fijarse el alférez en la fisonomía del recien llegado, conoció que no debia ser buena noticia la que iba á darle.

Era hombre de unos veinticinco años, alto, delgado y de ruda fisonomía.

Habia estado en presidio varias veces por un robo en Quintanar de la Orden y por heridas ocasionadas á su padre.

Era temido en todo el país, estaba siempre dispuesto á lo malo, y todos solian mirarle con desconfianza por sus antecedentes poco tranquilizadores.

Despues de la primera inspeccion, el alférez le preguntó abiertamente.

—¿Qué ocurre?

Constante, sin inmutarse en lo mas mínimo empezó á decirle lo que motivaba su presencia en aquel sitio.

XIV.

—Yo, señor alférez, soy leñador de la familia de doña Pilar de la Cruz; en la mañana de hoy me dirigí á su casa, como de costumbre, con una carga de chaparros atada sobre mi asno, y llamé para que me abrieran; nadie

me respondió aunque daba cada vez golpes mas fuertes y despues de mucho esperar dejé el asno allí y vengo á dar á V. parte del caso, por sí ha sucedido algo en la casa durante la noche.

Estas noticias, dadas por tal hombre, escitaron vivamente la atencion del alférez Casamayor que veia en ellas algo de grave.

Aquel parte daba lugar á muchas dudas como todos los sucesos que siguieron despues. Aunque el leñador no hubiera conseguido que le abrieran la puerta, sabiendo como sabia que la casa estaba habitada por tres personas no era natural creer en seguida que las tres habian sido víctimas de algun suceso que debia conocer la GUARDIA CIVIL.

Antes de pensar eso, una persona que no tuviera sospechas de algo punible, hubiera creido ó que las tres mujeres dormian aun, ó que habian salido por la mañana de la casa ó de Corral, ó hubiera en fin, preguntado á los vecinos.

Así, pues, las alarmas que demostraba el leñador no le dejaban muy á cubierto de que otras recayesen sobre él.

El Guardia civil no solo necesita valor para luchar con enemigos y abnegacion para salvar á menesterosos, sino tambien un talento muy claro para desenredar esta clase de asuntos que todos los dias se le presentan. Necesita mucho tino y gran esperiencia y conocimientos acerca de los hombres.

El alférez Casamayor, no queriendo por entonces producir una alarma que acaso ahuyentase á los verdaderos culpables si los habia, ó que pudiera en otro caso ser infundada, dijo á Constante:

—Bien; salga V.; ya sabremos lo que hay en eso.

Marchó el leñador y entrando el alférez en la habitacion donde estaba su familia, oyó que Gabriel Gil le decia:

—Señor Casamayor, conozco á ese hombre que acaba de salir; colgó á su padre, ha sido presidiario y es malo.

Sin detenerse el alférez llama á la fuerza del puesto, diciendo:

—¡Armarse todos menos el de cuartel!—y momentos despues salian los Guardias hácia la casa de Doña Pilar de la Cruz.

Al llegar á la calle en que estaba situada, tienen que abrirse paso por una multitud ansiosa y agitada que al aviso de varios rumores llegaba allí llevada por su misma tranquilidad y por el cariño que todos profesaban á la virtuosa Doña Pilar.

Allí estaban tambien las autoridades civiles. Pero la puerta de la casa permanecia aun cerrada, y las gentes no se atrevian á acercarse á ella como atemorizadas por negros presentimientos, aunque todas las miradas estaban fijas ansiosamente en las cerradas ventanas de aquella silenciosa morada.

XV.

Bueno será que tomemos de un poco antes los sucesos para que nos sean mas claros y comprensibles los que siguen.

Domingo García habia recibido como sabemos la carta que la huérfana le dió para D. Cárlos; pero antes de continuar terciando en los negocios de este, le pareció

muy justo saber cuales eran y humedeciendo la oblea abrió fácilmente la carta y la leyó.

En uno de los párrafos decia Doña Pilar:

—«Ninguna retribucion quiero por el servicio que us»ted me pide, porque sirvo en ello á un amigo de mi »madre. Tengo algunas rentas y ahorros, mis gastos son »cortos, y aun hay en mi casa algunos miles de reales »que me harian considerar como un cargo de conciencia »el exigir de V. el pago de una buena accion en la que »me complaceré sin exigir otra retribucion que una leal »amistad.»

Mal sabia Doña Pilar de la Cruz que al escribir esas palabras, dictadas por su noble corazon, escribia su sentencia de muerte.

¿Y cómo podia sospecharlo? ¿Quién habria de pensar que así se enlazasen los sucesos? El hombre no puede conocer lo porvenir; gracias que sepa algo de lo presente y no olvide todo lo del pasado.

Recibe D. Cárlos una carta de su hija; pasa la noche en meditaciones; sale al amanecer, se pierde en las calles y pide direccion al primer hombre que encuentra al paso.

¿Quién habia de decir que de esto pendian las vidas de tres personas?

Si aquella carta se hubiera retrasado un dia, ó don Cárlos saliera un cuarto de hora despues, ó no se hubiera perdido, ó hubiera preguntado á otro hombre, ó se contentara García con señalarle con su mano el camino sin trabar conversacion, ó en fin no se hubiera pronunciado en esta el nombre de *Corral de Almaguer*, acaso no habria dias despues tres asesinatos y un patíbulo.

De estas coincidencias, de estas circunstancias que nos suelen parecer tan poco importantes dependen todos los dias las vidas de los hombres.

¿Podia pues sospechar lo que iba á suceder Doña Pilar, don Cárlos y aun el mismo asesino que entonces leia la carta?

Domingo García era hombre que, dedicado á las faenas del campo, tenía bruscos modales y palabra ruda, pero buenos antecedentes de su honradez que nadie tenía motivos para poner en duda.

Sin embargo, al leer las líneas trascritas su desmedida ambicion le cegó. *Algunos miles de reales,* decia la carta.

Es de advertir que no era esta la vez primera que el proyecto de robar á Doña Pilar llegaba á su imaginacion; un amigo suyo que ya conocemos, el leñador José Constante le habia incitado en repetidas ocasiones á efectuar el robo, si bien García se opuso siempre.

En la noche de aquel dia se vieron ambos y como leyese el leñador la carta, se aferró más y más en sus proyectos arrancando á su amigo la promesa de verificar el crímen.

García decidido ya, rompió la carta, no pensó por entonces en D. Cárlos y diez dias despues, en la misma noche en que el alférez Casamayor pernoctaba en Puebla de D. Fadrique, volvieron á verse los dos amigos en hora de las nueve y frente á la casa del presbítero D. Julian Amores, cercana á la de Doña Pilar. Allí volvieron á hablar de su proyecto y el García indicó con recelos que no podrian efectuarlo sin dar muerte á Doña Pilar, á su criada anciana y á la niña de siete años nieta de esta última, apareciendo por esta razon menos animado que an-

tes á realizar el robo. Se separaron citándose para mas tarde y á las diez y media saliendo García de la casa de su novia encontró á Constante y marcharon ambos hácia la calle de Santa Ana donde encontraron á varios quintos que recorrian el pueblo y con ellos anduvieron hasta la una de la mañana.

Vuelto á aplazar para otra noche el robo, se separaron ambos amigos y García permaneció hasta las dos en la plaza de la Villa meditando profundamente en si realizaría ó no solo, lo propuesto.

Se decidió á ello, y sin darse tiempo á pensarlo mas, anduvo la calle de las Tiendas, la de las Portadas, y al llegar á *el horno viejo*, saltó sus tapias, las del corral de Rafael Raposo y se dejó caer en el de la casa de Doña Pilar de la Cruz.

Ya en él, se arrimó silenciosamente á la puerta que le comunicaba con la casa y de aquella manera esperó hasta las siete de la mañana.

XVI.

¡Cuánto la ambicion del oro exaltaba en aquel hombre los malos instintos! Le hemos visto reconocido por honrado, le hemos visto esquivándose del robo por no matar; sigámosle ahora y veremos cuán otro es ya.

Oculto como estaba tras la puerta del corral, sintió que aquella se abria y al ver á la anciana Luisa Garrijo, se arroja á ella, le tapa la boca rápidamente y clava en su cuello un cuchillo. La toma en sus brazos y la traslada á una de las cuevas del corral.

Salta en seguida dentro de la casa, y subiendo á la

habitacion de Doña Pilar, encuentra á esta al lado de su lecho y acabada de vestir.

La amenaza con el cuchillo, la pide todo el dinero que tenga y la obliga para ello á subir á las habitaciones altas, donde la hermosa y caritativa jóven le entrega 16.678 reales en oro y plata, rogándole que no la mate y prometiéndole con lágrimas tenerle oculto en la casa hasta la noche en que pudiera salir sin peligro y con aquel dinero.

Pero García no era un hombre ya; era una hiena del desierto hambrienta de carne humana.

Nos horrorizamos al describir estas escenas que tanto abundan en libros de la especie del que escribimos; pero discúlpenos en ellas el objeto que nos guia. Hacemos aquí una narracion verdadera en todas sus partes como podremos atestiguar; y para demostrar la importancia de una captura es imprescindible que hagamos conocer la importancia criminal del hombre de quien esa captura libra á la sociedad. Esta razon nos parece muy justificada y á ella nos atenemos; no de un hombre, de una hiena salvó la Guardia Civil á la sociedad en este caso, y nos es forzoso hacer conocer lo que era Domingo García.

Luego que recogió el dinero, prometió á Doña Pilar no matarla, exigiéndola solamente que sin el menor ruido se dejase conducir á una cueva de la casa; ató las manos de la joven con un cordon arrancado de sus alpargatas, la condujo á una cueva situada en el piso bajo de la casa, y allí... blandiendo una segur que llevaba, dejo muerta á la infeliz partiéndola la cabeza y sin darla tiempo á exhalar un solo quejido.—Murió creyéndose quizás víctima de alguna trama forjada por quien habia escrito la carta dada á ella por García.

Vuelve el criminal en seguida á las habitaciones superiores, encuentra durmiendo en su lecho á la niña Luisa Mendoza, nieta de la anciana criada, y el cuchillo del infame asesino hizo eterno aquel sueño tan tranquilo...

¡Basta, basta ya! Demos por un momento reposo al ánimo, porque nos faltan palabras y fuerzas para seguir narrando tan sangrienta historia.

. . . .

. . . .

¿Qué hizo despues aquella hiena?

No queriendo salir hasta la noche de aquella casa, penetró en la cocina, hizo fuego, frió unas migas y almorzó tranquilamente en la habitacion donde yacía muerta en su lecho la niña su última víctima.

Sintió luego golpes en la puerta principal de la casa; miró discretamente y conociendo que eran dados por una mujer que traia un cántaro de leche, esperó á que se marchase. Pero viendo que los golpes se repetian y no queriendo que la vecindad se alarmase, bajó hácia la puerta y ya iba á abrirla cuando conoció que la mujer se habia ausentado.

Si un minuto mas se hubiera detenido, hubiera entrado en la casa y solo muerta hubiera salido de ella. (1)

Despues pasó al patio de la casa, se sentó en una silla de esparto, y comenzó á contar tranquila y reposadamente los diez y seis mil reales, motivo de tantos crímenes.

Dejémosle por un momento y volvamos á reanudar el relato donde le hemos detenido.

(1) Palabras del García en su declaracion.

XVII.

El alférez Casamayor y Buil, al frente de sus Guardias, habló algunos momentos con los señores alcaldes D. Juan Ladron de Guevara y D. Francisco de Paula, é infundiendo tranquilidad en la apiñada multitud llegóse á la puerta de la casa y la hizo saltar.

Penetraron en seguida los Guardias en el portal y nadie se atrevió á seguirlos. Lo primero que encuentran es el manojo de llaves en aro de hierro, que el asesino habia bajado al querer abrir á la mujer que llamaba. El contacto con el criminal habia teñido de sangre aquellas llaves.

Este primer indicio produjo la alarma que era de esperar vista su importancia.

El alférez dispuso inmediatamente que los Guardias cercasen la casa y les dijo:

—Si alguno sale de ella, deténganle ustedes; si se resiste y lucha, fuego en él.

Presentó al Alcalde las llaves y seguido por él y por varios vecinos, penetraron en la casa. Las escenas de llanto, de indignacion y de terror que siguieron al ser hallados los cadáveres, no pueden ser descritas.

Las noticias de—*¡Un cadáver!*—*¡dos!*—*¡tres!*—llegaban á la multitud detenida en la calle que se estremecia como si fuera un solo cuerpo y pedia á gritos castigo para el asesino.

¿Qué hacian entretanto este y su instigador y cómplice José Constante? Vamos á decirlo.

Constante ayudaba sereno dentro de la casa, *á traspor-*

tar los cadáveres, aconsejando á las autoridades en medio de grandes esclamaciones de dolor, que *formasen un inventario* de lo que allí existia.

Y Domingo García atravesaba tranquilamente por entre la muchedumbre de sus convecinos y en direccion á su casa.

Diremos como llegó hasta allí.

Al sentir que la fuerza armada forcejeaba en la puerta principal de la casa, cesó en su ocupacion de contar monedas, introdujo en un pequeño saco de lienzo crudo el dinero robado, con mas doce reales que tenia suyos, y saltó al corral contiguo de Julian Raposo. Allí y sin ser visto se acercó á una cuadra en la que habia una yegua y ocultó el saco entre el cieno, donde despues fué hallado.

Entonces sintió el crugido de la puerta forzada, conoció que estaba perdido si no huia pronto, y se abalanzó á las paredes.

Pero le faltaban las fuerzas. Sus piernas temblaban, sus músculos parecian cansados y sus dientes chocaban estrepitosamente.

Queria subir y caia; agarraban sus manos un objeto, y sus dedos sin fuerza para oprimirlo, se desprendian bien pronto.

Copioso sudor inundaba su rostro; rugia de ira ante aquel miedo invencible que así se poseia de él en tal momento; barbotaba sordas maldiciones y se mordia las manos que dejaba mojadas por la espuma de la rabia que asomaba á sus labios.

—¡Oh!—exclamaba—¡si las paredes tuvieran vida! ¡si se las pudiera vencer matándolas con un puñal!

Tuvo miedo; sus crímenes le rasgaban el corazon; las

negras sombras de sus víctimas rodaban ya por su alma.

Al fin logró saltar las tapias y salió á la calle por lugar seguro.

Pasó por medio de las gentes que no se fijaron en sus manchas de sangre y que ni remotamente le creian autor de aquella tragedia, porque nadie dudaba de su honradez, y llegó á su casa.

Allí le abrió un hermano de diez y siete años que tenia y á quien no ocultó el suceso, si bien le dijo:

—Las muertes las hizo mi compañero Constante; yo no quiero marchar del pueblo. Si llega aquí la GUARDIA CIVIL habrá mas muertes.

Y poniendo un trabuco al lado de su cama se acostó.

......A las doce de aquella noche se encontraban en la plaza el Alcalde y el señor Casamayor. El alferez decia:

XVIII.

—«Creo que he dado con los criminales y los cuerpos del delito que hemos recogido lo prueban. No he querido dilatar á mañana ninguna gestion porque siendo mañana dia de gran festividad, mudarán todos los vecinos sus camisas y se perderia este indicio; mientras que los que hoy encontráramos con camisa limpia, *serian sospechosos*.»

La perspicacia que revela este razonamiento honra al señor Casamayor.

—«Guiado por mis sospechas y antecedentes del José Constante, llegué á su casa en compañía del cabo Labueno y el Guardia Gomez. Cercada la casa, entré, llamé á un cuarto separado á Constante que se hallaba cenando con su madre y hermanos y al verle por varios indicios

y palabras, así como por huir y al hacerle yo una pregunta, noté su criminalidad y hallándole donde su familia quería ocultarlo, lo puse preso é incomunicado.»

«Sabia tambien que Constante y García se veian todas las noches al salir de casa de sus novias y recordando lo amigos que eran, marché seguidamento á la casa de Domingo, la cual cerqué.»

«Dada una voz, oí dentro la de García que decia á su hermano:—*Abre la puerta y separáte; que voy á hacer dos ó tres muertes.*»

«La puerta se abrió, pero fué cosa de un momento abrirla el hermano y arrojarnos sobre García que quedó inmediatamente sujeto y sin poder hacer uso del trabuco que se le ocupó con diez y siete balas y algunas postas.»

«Dije á su hermano que encendiera luz y contestando —¡No puedo!—cayó desmayado.»

«Las manchas de sangre que vimos en las ropas de García despues fueron numerosas. El dijo que era sangre de un cordero degollado anoche en casa de su compadre.. Y no un cordero, sino tres y bien inocentes degolló.»

«Evacuada acto contínuo esta cita, salió falsa y en estos momentos Domingo García ocupa tambien incomunicado un calabozo.»

En esta ocasion del relato, un sereno se apróximó al Alcalde y Alférez noticiándoles que el señor Juez, Promotor Fiscal y Escribano de Quintanar de la Orden acababan de llegar al pueblo y deseaban hablarles.

Sin pérdida alguna de tiempo se abrió la sumaria y al amanecer se presentaba si bien clara en muchos puntos confusa aun en otros.

Marcha el señor Casamayor al calabozo de Cons-

tante; habla al preso; entra despues en el de García y logra, confundiendo á ambos que este último amplie sus declaraciones.

Los criminales estaban al fin conocidos.

Al dia siguiente partieron para Quintanar.

Y en el mismo dia se abrian tres sepulturas en el cementerio de Corral de Almaguer.

XIX.

Los reos fueron convíctos y confesos, pero demostrando siempre García su odio hacia el alférez por haberle capturado.

Corriéronse las comunicaciones oficiales y en todas ellas habia algo honroso para la Guardia Civil que habia salvado á la sociedad de un monstruo implacable..

Y con fecha 3 de Octubre del mismo año Don Escolástico de Domingo T. C. comandante de la provincia, trascribia al alférez Casamayor un oficio del señor Gobernador de Toledo disponiendo la concentracion de fuerzas sobre Corral de Almaguer el dia 6 de aquel mes.

Eran las once y cuarto de la mañana de este dia, cuando salió de la cárcel de Corral Domingo García. Iba cubierto con túnica negra, montado, y en medio de un sacerdote y un verdugo. Rezaba tambien, pedia á Dios perdon... Iba al patíbulo, sentenciado á muerte de garrote vil.

El cielo aparecia nublado y triste, dejando oir por intérvalos grandes truenos que intimidaban mas al reo.

A las cuatro de la tarde de aquel dia un verdugo llevaba al cementerio el cadáver de Domingo García.

Y el alférez Don Juan Casamayor caia enfermo.

José Constante fué sentenciado por complice é instigador á doce años de cadena, interdiccion é inhabilitacion absoluta perpétua y doce años mas de sujecion á la vigilancia de las Autoridades.

XX.

Estamos ya al fin del presente relato. Quédanos por manifestar la suerte que cupo á Don Cárlos y á su hija.

El primero llegó á Madrid como hemos dicho; sin detenerse se dirigió al Hospital General, dondė preguntó por su hija.

Recorriendo varias salas le hicieron esperar en una ocupada provisionalmente por un ataud colocado sobre una mesa y en medio de dos blandones amarillos.

Llegó á poco una Hermana y preguntando á Don Cárlos qué deseaba saber, dijo este el nombre de su hija.

—Caballero—contestó la hija de la Caridad—esa jóven irá muy pronto á donde debe permanecer por algunas horas. La Religion exige...

—¿Dónde está esa jóven?

—Aquí.

Don Cárlos tendió una mirada por la estancia; solo estaban en ella la hermana, él y la caja mortuoria. Amalia habia muerto.

. . . .

Don Cárlos estuvo enfermo durante largo tiempo y casi sin esperanzas de vida.

En uno de los dias en que se hallaba mas aliviado, el

médico que le velaba le leyó un periodico para procurarle distraccion.

¿Cuál seria el asombro de Don Cárlos al oir el relato de todo lo sucedido en Corral de Almaguer, que el periódico mencionaba? ¿Cuál al conocer la activa parte que sin saberlo habia tomado en aquella tragedia? Entonces sintió necesidad de contar sus penas y refirió al médico aquella parte de su historia que no hablaba de sus estafas.

El médico al oir el fin de Amalia, dijo:—He conocido á esa jóven. Estudié por la ciencia su cadáver en el Hospital.

Un grito de inmenso terror salió del pecho de Don Cárlos que saltó del lecho huyendo horrorizado de la presencia de su médico.

La espiacion de sus delitos no podia ser mas terrible.

Su enfermedad se agravó; pero sin embargo de esto, sin embargo de haber pedido cien veces la muerte, recobró la salud, aunque no la razon.

Tenia dias de completa lucidez; otros de demencia. En uno de los primeros supo que á consecuencia de sus palabras en los delirios que habia sufrido, la justicia iba á ponerle en prision.

Recoje entonces todo cuanto dinero tiene y huye de Madrid precipitadamente.

Le oculta un amigo en Badajoz y le tiene consigo disfrazado por algunos meses.

Al fin de ellos, un nuevo acceso de locura le hizo huir de aquella casa, sin ruta, sin mas guia que su demencia.

XXI

Dias despues, el Guardia de 1.ª clase Ramon Trigo Salvador halla en su demarcacion el cadáver de un hombre arrastrado por las aguas del rio Sagar que nace en las sierras de Almaden. El cadáver fué encontrado en las inmediaciones de la casa del señor marqués de Perales, en la Serena, por el mencionado Guardia y el de su clase Andrés Valero, al pasar estos el rio.

Dieron de ello parte al juzgado correspondiente; pero visto el mal estado del cuerpo muerto, abrieron una fosa le dieron sepultura y construyendo Salvador una cruz; la clavó en el sitio donde se cruzan los dos caminos con esta inscripcion que literalmente copiamos :

—1862—*Aquí son los restos de un cadáver que arrastraron las aguas á fuertes crecidas del referido año.*

Tal ha sido el fin de Don Cárlos R.

Haya Dios, en su infinita clemencia, perdonado á todos los criminales cuyos nombres en esta triste historia hemos recordado.

Quizás las tres inocentes víctimas de Corral de Almaguer hayan rogado á Dios por la salvacion eterna de aquellas almas.

LA MADRE.

I.

Cortas páginas bastarán para mencionar un servicio, que no es por eso menos digno de consideracion segun lo han demostrado las comunicaciones oficiales que lo refieren.

Presentes están en la época en que escribimos esta Crónica las desgracias que diariamente amenazan á los que viajan por el Guadarrama.

Esa imponente cordillera que tiene cimas donde la nieve es eterna, se halla en la estacion de invierno llena de peligros por todas partes.

No hace muchas semanas que su tránsito fué imposible, interceptándose todas las comunicaciones por espacio de algunos dias, y siguieran intransitables hasta hoy si rápidos y costosos trabajos no hubieran abierto cami-

nos rasgando las grandes masas de nieve congelada que cubrian las cien cabezas de aquel gigante de piedra.

Ultimamente, en el dia en que la cristiandad toda celebra el nacimiento del Redentor del mundo una nevada fuertísima produjo grandes desastres y ya en igual dia del año de 1861, la historia de servicios humanitarios de la GUARDIA CIVIL tenia uno mas prestado sobre las nieves del Guadarrama.

Digamos cual, porque merece que le consagremos algunas páginas.

II.

No muy lejos del puesto de la GUARDIA CIVIL llamado de *San Rafael*, próxima á un pequeño rio y situada en paraje solitario, existia una casa que en aquella fecha estaba habitada por un Oficial de Telégrafos, su esposa y tres hijos de muy corta edad. (1)

La nieve habia llegado en aquella noche á gran altura las aguas del mencionado rio se engrosaban con los deshielos de las vertientes, y todo esto unido á un recio golpe de lluvia que habia descargado inesperadamente en aquellas horas, hizo que en muy breves momentos la aislada casa se viese cercada por las aguas que adquirian en cada instante que pasaba, mayor altura y fuerza.

Al conocer los habitantes de aquella morada lo peligroso de la situacion en que la desgracia los colocaba, se apoderó de ellos el mas invencible terror.

(1) Hoy la estacion telegráfica se ha trasladado al Espinar.



Terror que era agravado por otras circunstancias que no debemos pasar en silencio.

El Oficial de Telégrafos (cuyo nombre no recordamos ahora) se hallaba ausente; y su esposa se encontraba sola con sus tres hijos en aquella solitaria morada y en situacion tan peligrosa.

No era pues su sola vida la que los elementos amenazaban en aquella noche que suele ser de júbilo, de algazara y de felicidad en el seno de las familias cristianas.

Tenia que velar por la existencia mortalmente amenazada de tres niños: y de tres niños.... *que eran sus hijos!*

Véase ahora si faltaria razon en una madre para el terror que debió dominarla al comprender la situacion en que de repente se encontraba colocada con sus hijos.

Demente por la desesperacion, ciega por el amor á sus hijos amenazados de muerte, corria frenética de una á otra habitacion, llamaba á sus hijos que corrian tras ella llorando y temblando de miedo, y pronunciando ese dulce nombre que los niños pronuncian siempre cuando les amaga alguna desgracia; abria una ventana, luego otra.... las ráfagas de viento entraban silbadoras, el cielo aparecia negro, blanca la tierra, el agua cada vez mas rugiente y precipitada.

Miraba y nada veia que pudiera darla una esperanza de salvacion; y así como los hijos llamaban á la madre, esta llamaba por instinto á su esposo, pedia socorro... y sus gritos ahogados por el vendavál, no llegaban á oidos de persona alguna.

Sola, quizás hubiera enteramente desesperado al ver que la casa se llenaba de agua; quizás arrodillándose hu-

biera murmurado una oracion y esperado así el último peligro.

Pero con sus hijos, esto no cabia en lo posible. Si en asir un áscua estuviera la salvacion de aquellas inocentes criaturas, la hubiera cogido con segura y valerosa mano.

¿Quién sabe de lo que es capaz una mujer que defiende la vida de los seres pedazos queridos de sus entrañas?

¿Qué la arredrará de tentar el medio mas difícil de salvacion, de arrojarse al mayor y mas desesperado riesgo? Nada: es madre, y con esa sola palabra está dicho todo lo que pudiéramos decir.

Quien tenga una madre, como quien la haya perdido, nos comprenderá demasiado bien si la ve ó la recuerda, si la oye ó la llora muerta.

Ella es la que al nacer nosotros estampa en nuestra tierna frente un beso con el qne parece decirnos: *sé feliz en el mundo al que vienes hoy, hijo mio!*

Ella nos dá de la vida suya para nutrir la nuestra; nos aduerme con santos cantares mientras con nuestras manecitas enmarañamos su cabello; vela nuestro sueño y está despierta siempre que despertamos, sonrie si sonreimos, llora y se angustia si algun dolor nos hace sufrir; sueña con vernos hombres cuando apoyados en ella damos vacilantes el primer paso; y en buena ó mala fortuna, en niñez ó virilidad, está siempre dispuesta, siempre decidida á sacrificar su vida por la de sus hijos.

La madre, en fin, y si algunas hay desnaturalizadas son rarísimas, no sabe odiar á sus hijos, paga con cariño á cualquiera de ellos que haya podido ultrajarla.

Abnegacion tan grande, hace que por todos se considere sagrado el cariño maternal.

Quien tenga padres, puede estar seguro de que hay en el mundo personas que le quieren, que sufren si sufre, que son felices si es feliz; que verterán amargas lágrimas si muere, y orarán á Dios sobre su tumba!

III.

El peligro era apremiante y aquella desolada señora no podia permanecer allí esperando auxilios que ni remotamente aparecian cercanos.

¿Qué hacer? ¿Cómo salvar las tres existencias que estaban bajo su amparo?

No lo sabe, no lo adivina tampoco.

Desesperada, ciega, descompuestas las facciones y suelta al aire la cabellera, corre hácia la puerta de la casa, la abre, y entregándose á la Providencia empieza á caminar sin rumbo, sin direccion fija, sobre la nieve.

Los niños, que no se atreven á quedar solos salen tambien, la siguen llorando y casi muertos por el terror y el frio.

Aquella escena era desgarradora.

La madre que corre pidiendo socorro, los tres niños que intentan en vano seguirla lanzando lastimeros y entrecortados quejidos... y no era todo aún.

Pronto la pobre madre, se hunde entre agua y nieve; no habia esperanza ya, todo iba á concluir; si al verse de aquella manera recordó á sus hijos ó llegó á sus oidos su nombre pronunciado por ellos, un puñal que la traspasara el corazon no la hubiera producido mayor dolor.

Los niños perdieron de vista á su madre, y concíbase tambien cuál sería su pavor al verse solos, desamparados encima de la nieve y sufriendo la fuerte lluvia que azotaba con violencia sus ateridos miembros.

Por fin se detuvieron sin darse cuenta de por qué lo hacian; y allí, sobre la nieve, oprimiéndose mútuamente para resguardarse del frio, permanecieron amedrentados por lo temible de la noche y de su situacion, temblando todos sus músculos, y medio muertos los tres inocentes niños por el mas profundo terror.

IV.

Era comandante del Puesto de San Rafael, (Segovia) el cabo 2.° Pedro Sanz de Frutos (1) quien, habiendo oido los gritos que lanzaba la desconsolada madre, ya cerca de la casa-cuartel, salió rápidamente con los Guardias de sus órdenes hácia el sitio de donde los gritos parecian partir.

No estaba exento de dificultades para estos individuos el caminar en aquella noche sobre la nieve; pero otras de mas peligros habian resistido y quien como el cabo Sanz pasó meses enteros sobre el Guadarrama prestando *todas las noches* uno, dos y hasta tres servicios de mucho valor, no podia detenerse por consideracion alguna.

Una persona pedia socorro y no era necesario saber

(1) Hoy comandante del de Otero de Herreros, en la misma provincia; ascendido á cabo 1.° pocos dias despues de este suceso y condecorado con varias cruces pensionadas, por los excelentes hechos que tanto honran su brillante hoja de servicios, como dan prestigio á la Institucion á que pertenece.



mas; fuera como fuera, era necesario volar en su auxilio.

Los Guardias dejaron inmediatamente el Puesto y corriendo hácia el cercano camino, lo atravesaron llegando á poco al sitio donde la pobre señora se habia hundido.

El estado en que se hallaria es facil de adivinar; su vida parecia acabarse por momentos y ni fuerzas para hablar tenía.

Sácanla los Guardias de aquel lugar despues de peligrosos trabajos y la trasladan sin demora de tiempo á la casa-cuartel donde la esposa de Pedro Sanz hace todo género de esfuerzos por combatir la mortal anestésia de que estaba poseida aquella madre desgraciada, en tal momento como pocas.

A favor de tan loables y desinteresadas muestras de humanitario afecto, sus miembros recobran algun calor; y al poder hablar sus primeras palabras fueron para pedir la salvacion de sus hijos.

No bien habian acabado de oirlas, cuando los Guardias estaban ya fuera del cuartel y corriendo hácia la casa inundada.

La señora quedaba allí con la esposa del cabo y cuidada por ella como si fuese su hermana.

—Sus hijos viven, señora—la decia—no se desconsuele usted; tenga esperanza en Dios; pronto estarán á su lado buenos y salvos.

Palabras eran estas que aliviaban la pena de aquella madre haciéndola menos cruel.

En muchos casos, y de algunos tendremos ocasion de hablar mas adelante, la esposa del Guardia Civil es digna partícipe de las glorias de su marido.

No es raro que el Guardia diga á su esposa:

—Hé aqui una niña huérfana, desvalida, sin amparo en el mundo; mirémosla desde hoy como hija nuestra.

—Seré su madre desde hoy y no la diferenciaré de nuestros hijos.

La esposa del Guardia espera siempre en su casa á los desvalidos que su marido salve en contínua exposicion de su vida.

No diremos mas ahora acerca de esto; pero aplazamos para otra ocasion el ser mas extensos porque bien lo merece el asunto.

V.

En breves momentos salvaron los Guardias del Puesto de San Rafael, situado en despoblado, la distancia que les separaba de la casa inundada y no sin mucho trabajo pudieron llegar hasta cerca de ella.

Muchas veces habia demostrado la infortunada madre grandes temores por el sitio que habian venido á habitar; y en todas ellas la contestó su esposo:—Nada temas; está cerca la casa de la Guardia Civil...

No se habia equivocado al decir estas palabras que hoy se pronuncian muchas veces en España.

¿Cuánta no sería la alegría de los Guardias al divisar sobre la nieve los tres niños extraviados?

Un grito de júbilo se escapó de sus pechos y corrieron hácia aquel grupo de tres criaturas que eran aun tres vidas.

Los niños, que continuaban en la misma posicion en que los hemos dejado, contestaron con otro al grito de los

Guardias; pero queriendo correr hácia ellos, no pudieron dar un solo paso.

Los Guardias les rodearon bien pronto; estaban casi helados; sus fisonomías eran inmóviles como las de una estátua y sus descubiertas cabezas estaban mas frias que la misma nieve.

Toma Sanz á la niña, los otros Guardias hacen lo mismo con los dos hermanitos de aquella y vuelven contentos y gozosos con su preciosa y ligera carga á la casa cuartel.

¿Cómo espresar lo que sintió la madre al verlos? La esposa del cabo dijo llorando de alegría al ver la felicidad de aquella madre:

—Vea usted como yo no me engañaba! ¡Dios no abandona nunca á las criaturas!

Cuatro vidas se salvaron en aquella noche.

IV.

Los Guardias de San Rafael no habian concluido aun su trabajo.

Vuelven á salir, llegan por vez tercera á la casa inundada, penetran en ella *cuando las aguas llegaban á mas de una vara de altura sobre el primer piso* y con ella hasta la cintura sacan todos los efectos que allí habia y los trasportan á un lugar mas seguro fuera de la casa. Sentimos ignorar los nombres de estos Guardias, pero los haremos públicos tan pronto como lleguen á nuestro conocimiento.

Bien merecen, tanto por este importante servicio como por otros que han prestado en el mismo Guadarrama, que propios y estraños los conozcan.

LA FUGA.

I.

Vamos á relatar en breves páginas un hecho digno por todos conceptos de figurar en nuestras Crónicas de la Guardia Civil.

Quisiéramos que todos los servicios de importancia tuviesen cabida en ellas y haremos lo posible para que así sea, porque escribimos un libro que entre varios de sus objetos encierra uno muy principal en el siguiente:

—Hacer conocer á todos lo que es la Guardia Civil, dando publicidad y debida alabanza á los hechos que componen su historia.

Y confesamos que no nos engañó nuestro buen deseo al concebir el proyecto de este libro.

Si numerosa es la suscricion que en el cuerpo tiene, no lo es menos entre personas que á él no pertenecen y

que reconocerán y admirarán por esta obra lo que vale una institucion que llevando delante de todas sus acciones *el honor*, pone en su bandera las siguientes palabras:

—*Castigo al criminal; socorro al desvalido.*

¿Se ha visto en alguna divisa de los antiguos tiempos una frase que mas diga, que sea mas humanitaria y que teniendo tan difícil realizacion haya alcanzado un cumplimiento mas estricto?

Si por Dios peleaban las antiguas órdenes militares, ¿qué es «Castigo al criminal, socorro al desvalido» sino el compendio de todos los preceptos de nuestra divina religion?

El Guardia civil, pues, no hace otra cosa que cumplir con las leyes de Jesucristo, en unos tiempos en que suelen andar muy olvidadas por desgracia.

El Guardia civil ha demostrado en un sinnúmero de casos, de los que mas adelante citaremos algunos, que no cumple el deber por fuerza; sino que lo ha comprendido y lo cumple por decidida conviccion.

Para él no existen mas que dos clases sociales.—Los *desvalidos* y los *delincuentes*.—Los primeros, sean pobres ó ricos, encuentran en él un auxilio. Los segundos, sean mendigos ó millonarios, encuentran en él el inflexible brazo de las leyes.

El Guardia no deslinda entre ambos estados; no establece fueros ni privilegios.

Para él no existen los ricos, porque el dinero de ellos le deshonraría, lo rechaza y es como si no lo tuvieran.

No admite una dádiva que con súplicas le ofrece una ilustre señora, la condesa de Montijo, madre de la Emperatriz de los franceses, por un servicio prestado á ella

en un camino. Un comandante de puesto contesta á un Alcalde:

—Mis Guardias no pueden admitir esa recompensa que usted quiere darles; solo han cumplido con su deber; de otro modo, los castigaría. (1)

Y al mismo tiempo ha capturado en los nueve primeros años de su fundacion, delincuentes por número de

ciento setenta y tres mil ochocientos noventa y nueve;

y capturó despues y seguirá capturando la Guardia Civil á todos aquellos que la ley le señale, sean quienes fueren; sean hasta sus hermanos ó sus padres.

Para ella, ya lo hemos dicho, solo hay criminales ó desvalidos. No reconoce mas clasificaciones.

Si alguna vez el criminal le necesita, lo socorre como desvalido y lo retiene como criminal. (2)

II.

Enunciadas las anteriores consideraciones entre las muchas á que el asunto se presta y que iremos anotando en el curso de la obra, entremos ya en el asunto que da motivo á la presente Crónica.

---

(1) Palabras del cabo Salvador Valera al alcalde de Pego (Alicante.)

(2) La Crónica titulada *Caridad* prueba que nada exageramos al decir esto y otros mil hechos ló probarian, entre ellos el siguiente:

—Los guardias del puesto de Cabezon conducian á la cárcel de Valladolid á una mujer, que siente durante el camino dolores de parto y da á luz una niña.

El cabo Ramos *sufraga todos los gastos* y la esposa de este Guardia *regala* á la infeliz todo lo que la reciennacida ha menester. Otro Guardia llamado Rufino Monton es padrino del nuevo ser y «la delincuen»te pide á Dios bendiciones para los guardias que la habian capturado.»

Ya tendremos ocasion de citar otros hechos de igual índole.

—Uno de los pueblos mas célebres por su historia de los tiempos de la dominacion árabe en España, es, sin disputa alguna, Cervera de Rio Alhama.

Hoy su pasado poderío ha desaparecido, si bien conserva vestigios de él en las historias y en sus monumentos.

En esta villa y á las cuatro de la tarde del día 9 de Noviembre del año de 1850, se oyó un rumor fuerte y estraño producido por los gritos que una gran parte de la poblacion exhalaba corriendo sobresaltada por las calles.

—*¡Se ha fugado! ¡Se ha fugado!*—eran los gritos que aquellas oleadas de niños, mujeres y hombres exhalaban.

Las ventanas se abrian precipitadamente y aparecian en ellas las asustadas fisonomías de personas que llamando á los desalados transeuntes les preguntaban con viva curiosidad el motivo de aquella repentina alarma y confusion.

—*¡Se ha fugado! ¡se ha fugado!*—era la exclamacion de todos; exclamacion que llegó bien pronto á oidos de un individuo de la GUARDIA CIVIL destacado en Cervera y que á la sazon paseaba por una de las calles de aquella villa.

Este Guardia se llamaba Pedro Tamayo Gomez y es hoy Cabo 1.° comandante del puesto de Grávalos. (1)

(1) Este mismo Guardia, hallándose el 29 de Abril de 1857 en la fiesta del pueblo de Rincon de Ulibedo, subió á una posada para conocer de las personas hospedadas; y como viese á una desconocida, la pidió la cédula de vecindad. El sospechoso, huyendo del Guardia saltó precipitadamente las escaleras y salió seguido por Tamayo que corria tras el. De pronto el desconocido se vuelve y descarga sobre el Guardia un pistoletazo á quema ropa que no le hiere por fortuna.

Tamayo le dá alcance, luchan y consigue su captura, encontrándole diez cartuchos, dos cédulas falsas y una larga navaja.

Despues se supo que el capturado era el famoso bandido Casto Ciordia, natural de Ausejo y sentenciado á pena capital por varios asesinatos y robos en cuadrilla,

Al apercibirse de aquel desusado rumor, se acercó rápidamente á una de las personas que corria y exigió de ella la explicacion del suceso.

Sin duda el preguntado temia que se creyese una delacion lo que iba á decir porque solo despues de mucha vacilacion y con gran timidez y sigilo dijo á Tamayo que el célebre criminal Isidro Ochoa, natural de Cervera, se habia fugado en aquel instante de la cárcel del Juzgado en direccion al barrio de las Nistrillas y blandiendo en la mano una navaja de extraordinarias dimensiones.

No espera el Guardia á mas, despues de oir esto; su ánimo se dispuso á la lucha y bien pronto Tamayo corre apresuradamente en la direccion indicada.

¿A quién perseguia? á un criminal.

Pero éste, ¿era temible? ¿Tenia apoyos y auxilios en algunos de los mismos moradores de aquella villa? Poco importaba esto al individuo de la GUARDIA CIVIL.

El perseguido, fuese quien fuese para los demás, para él era solo un criminal cuya captura debia verificar á toda costa. (1)

---

(1) *A toda costa* hemos dicho y vamos á probar la verdad de esta frase, con tres hechos.

—Joaquin Lastra, cabo 1.° del quinto tercio, hallándose *bastante enfermo y en cama*, recibe un parte, se levanta, sale y captura un ladron.

Cómpárese ahora ese hecho con los dos que siguen. En aquel solo veia él al criminal; en los siguientes el desvalido.

—En 27 de mayo de 1851 una rápida inundacion hace considerables estragos en Alcaráz; y no hubo humana fuerza que al Guardia José Molina *enfermo y sangrado* á la sazon, pudiese apartar del penosísimo trabajo á que con sus compañeros se dedicó.

—Francisco Ayala, del puesto de Canjayar, se dirigia *al Hospital de Almería para poner en cura una aguda enfermedad* de que era víctima. En su camino vé á un mendigo que habiendo caido en un estanque luchaba con la agonía. Apesar de su situacion se arroja al agua, pone en tierra al infeliz *y le dá de sus ropas*. Sigue andando... y á poco tiene que detenerse porque su enfermedad se habia agravado.

En breves momentos se encontró fuera de la poblacion, seguido por numerosas turbas de mujeres, niños y algunos hombres que corrian impulsadas ya por la curiosidad, ya por el parentesco que algunas tenian con Ochoa, ya en fin, por hallarse no pocas complicadas en varios procesos de aquel, y, deseando acaso estas, favorecer la huida del criminal.

Próximo aun el Guardia á las últimas casas del pueblo, tiende una rápida mirada á los contornos y ve á Isidro Ochoa que, trepando animosamente por breñas y matorrales se dirigia en línea recta á ganar una altura cercana al barrio de Nisuelas, que dista un tiro de bala de Cervera.

Cobra mayores brios Tamayo al ver al famoso criminal y se arroja con decidida carrera en su persecucion.

Los grupos que le seguian se detuvieron pronto; y gritando:

—*Se ha fugado! se ha fugado!* esperaron el resultado de aquella escena como si á ellos no interesase mas que á nadie aquel resultado.

III.

Isidro Ochoa era como hemos dicho, natural de Cervera. Estaba en la flor de su edad; tenia regular estatura una organizacion robusta y fuertemente muscular, y fisonomía bien parecida, de color cetrino un tanto empalidecido por la vida de calabozo.

Los crímenes que se le imputaban eran varios y muy graves. Habia asesinado á D. Plácido Alfaro, habiéndose despues fugado del presidio de Zaragoza con otro forzado.

Este le descubrió indiscretamente en algunas conversaciones; y queriendo vengarse Ochoa lo llevó engañado á un monte y lo asesinó allí.

Por otros delitos no menos graves tenia tambien sobre sí varias condenas.

Y sin duda, esperando de todas ellas reunidas la de pena capital, intentó evadirse de la cárcel de Cervera, de la manera que con noticias fidedignas vamos á detallar.

Contaba el célebre asesino con que alguna mala gente de la poblacion le apoyaría en su intento de fuga, por las relaciones, que segun antes dijimos, le unian allí con algunos de esos hombres que existen en todos los pueblos.

La cárcel de Cervera es segura y mucho mas el calabozo ocupado por Ochoa.

No sabemos como pudo limar los grilletes que le sujetaban ni de que instrumento se valió para ello; pero cuando vió realizado este su primer deseo qne era imprescindible para lograr la huida, se fingió enfermo.

En los criminales se ven cosas que espantan cuando encerrados en su celda quieren huir de la tremenda justicia social.

Criminal ha habido que ocultaba *una lima* casi invisible *dentro de una moneda de dos cuartos.*

Otros, como verán los lectores en una de las próximas CRÓNICAS, *se cortaron los talones para quitarse los grilletes* y así anduvieron huidos por espacio de algunos dias.

¿Y qué diremos de una mujer que viendo amortajada en la cárcel á una amiga suya compañera de calabozo, oculta el cadáver, se pone su mortaja, se coloca en el ataud y echa encima la tapa, con el deseo de salir así

de la prision? Y cuando la caja volvia vacía á la cárcel, fué hallado el verdadero cadáver. Se inquiere entonces, se vuelve al cementerio, se desocupa la fosa recien cubierta...y aparece muerta en el fondo la mujer que sin mas reflexion que su anhelo de huir, habia llevado á cabo sin considerar los inconvenientes tan espantoso proyecto.

El criminal nunca es mas terrible que cuando se pone á pensar dia tras dia en una venganza ó evasion, sentado en una piedra, aterido por el frio y sumido en las solitarias tinieblas de su callado calabozo.

Ochoa, deciamos, sn fingió enfermo.

Pidió con insistencia y figurando grandes padecimientos una taza de caldo que le fué servida en su calabozo por una jóven hija del Alcaide de la cárcel.

Momentos despues pidió con mayor insistencia y mayores extremos de figurado dolor, una segunda taza.

La joven, engañada por las apariencias, se separó de Ochoa dejando solamente entornada la puerta de la prision, y sin figurarse que pudiese tener limados los grilletes el criminal.

Este dejó entonces pasar breves momentos, se desprendió instantaneameute de los hierros y rápido como una exhalacion saltó fuera de la prision dirigiéndose con pasos descomunales hácia la cercana escalera, y agitando en sus manos una enorme navaja de que se habia provisto por medios mas complicados.

En mitad de la escalera tropieza con la hija del Alcaide que volvia con la segunda taza de caldo; se arroja sobre la jóven, clava al azar su navaja en ella, la derriva, y sigue corriendo hasta la calle, donde vuelve á to-

mar nueva carrera amenazando con el arma blanca á quien intentara detenerle.

Los gritos de la jóven herida, y los de algunos que vieron correr al criminal, alarmaron bien pronto á los demas moradores de la cárcel; la alarma á semejanza de las ondas que hace en un lago una piedrecilla, fué estendiéndose, estendiéndose, y bien pronto ocupó el interés de la poblacion entera que demostró su ansiedad de la manera que hemos visto.

IV.

Es ya el momento oportuno de volver al guardia Tamayo que sigue persiguiendo á Ochoa y logra alcanzarle al llegar á las primeras casas del barrio de Nisuelas ya mencionado.

—¡Ríndete!—fué la voz del intrépido guardia al detenerle y amenazarle con su sable.

Ochoa al oirle, empuñó fuertemente su enorme navaja de muelle y gritando con voz rabiosa:

—*¡No me rindo, toma!*—acomete á Tamayo.

Empieza la lucha.

Tamayo quita aquel golpe y dirige á la cabeza de Ochoa un sablazo que efecto de la precipitacion y de los rápidos movimientos del fugado, no le hace lesion de importancia.

Siguen luchando y sin decir una sola palabra.... Unicamente el Guardia Tamayo esclamaba de vez en cuando:

—Ríndete!... ¡Ríndete!...

Ochoa, como muchos criminales que por su vida conocen ya á la Guardia Civil, no piensan en estos trances

en ofrecer sobornos; saben que es inútil toda oferta, por grande que sea la cantidad ofrecida. (1)

Ochoa pues, callaba y combatia.

En este momento de la lucha, se acercaron á los dos combatientes varias personas de los grupos que los hahabian seguido, y entonces sucedió una cosa que no nos atrevemos á comentar porque nos causa profunda pena la sospecha que salta en nuestra mente.

Aunque algo distantes del lugar del combate, aquel grupo provisto abundantemente de gruesas piedras, las descarga de un golpe y repetidas veces sobre los dos luchadores.

Estos; sorprendidos por aquel inesperado incidente, vuelven rápidamente la vista hácia el grupo y sin darse gran cuenta del suceso siguen peleando en medio de aquella lluvia de piedras.

¿Qué significaba esto?

V.

No lo sabemos con mucha certeza y no quisiéramos equivocarnos en sospechas.

Los muchos papeles que hemos tenido que rebuscar para escribir la presente obra nos han puesto en conocimiento de hechos un tanto análogos.

---

(1) Era comandante del puesto de Alhavía el cabo 1.° Gregorio Gonzalez cuando arrestando y conduciendo á las cárceles á varios delincuentes, resis e al soborno de 3.500 *duros* que le ofrecian. Dá despues parte de la captura y no hace mencion de esta circunstancia.

Jose Martinez era cabo 2.° del noveno tercio cuando rechazó irritado la oferta de *veinte mil duros* que le ofreció una gavilla capturada por él. Poco despues era cabo 1.°

No en pocas ocasiones los vecinos de los pueblos han contestado negativamente al auxilio pedido por los Guardias para salvar á caminantes moribundos. (1)

En otras, nadie mas que los Guardias, entre doscientas personas, se atreven á bajar á una mina hundida, donde fallecian sesenta y cuatro operarios, enlazados algunos con aquellas por los vínculos de la familia. (2)

En otras, un guardia recurre á las autoridades civiles, á las religiosas, á los propietarios, para que socorran á una recien parida que muere de hambre y de desamparo y nadie la auxilia; solo el Guardia la procura una cama, la dá dos napoleones y costea con su esposa y los demas Guardias el cristianamiento de la recien nacida. (3)

En otras, los vecinos de un pueblo cruzan los brazos ante un incendio que amenazaba propagarse y los Guardias entran, salvan y abren una suscricion que alivie algo la miseria en que quedan las víctimas de la catástrofe.

Y en muchísimos casos parecidos al de Cervera, la poblacion se alarma, pero permanece quieta dejando obrar á la Guardia Civil como si el peligro no fuera de todos.

Las piedras que aquel grupo arrojaba sobre los combatientes ¿eran para favorecer al Guardia ó á Ochoa?

Lo que parece mas probable es que el grupo estaba formado por parientes, amigos y cómplices de Ochoa, que luego conoceremos, y que pretendian facilitar á Ochoa, la fuga por aquel medio tan poco ingenioso, que hiriendo al Guardia, heria al mismo tiempo al criminal fugado.

---

(1) En una noche de nieves, entre Baza y la venta del Baul.
(2) Linares.
(3) En Cazorla.

VI.

Este recurso solo sirvió para que Tamayo, adivinando lo que pretendian los que formaban aquel grupo, aguijase su ardor continuando con mayor furia el combate.

Bien pronto un nuevo sablazo dá en uno de los parietales de la cabeza de Ochoa, quien cayó en tierra sin hacer despues el menor movimiento.

Apresuradamente se provée Tamayo de una sólida faja y maniata al fugado.

A las cuatro habia huido de la cárcel y á las cinco de la misma tarde, despues de una fuerte lucha de media hora volvia al calabozo maniatado, con una profunda herida en la cabeza y seguido hasta la cárcel por la mitad de los vecinos de Cervera.

Esta captura, cuyo mérito é importancia resaltan á primera vista, valió á Tamayo el ascenso á Guardia de primera clase.

La rapidez con que se verificó y el ardimiento revelado en la lucha no son raros ni se ven con poca frecuencia en los fastos del Cuerpo (1).

A las nueve de aquella noche, el estado de Ochoa apareció tan alarmante que se dispuso dar al fugado la Extrema-Uncion, que recibió sin hacer la menor queja de su mala suerte.

---

(1) Organizada una gavilla en Bretoña (Lugo), y sabido esto por José Lopez Enriquez, cabo, destacado en Luancos, marcha con José García y José Gude en activa persecucion de los bandidos. Los sorprende... y huyen; el cabo sigue al capitan de los bandidos, le acosa en un bosque, el bandido se arroja á un rio cercano; se arroja tambien el cabo, luchan allí... y le hace prisionero en medio de las aguas.
Continuando despues, capturan hasta seis criminales.

Delató despues como co-reos de varios robos á Isidro y Julian Madurga, vecinos de Cervera, que capturados á los pocos dias por Tamayo y los Guardias de aquel puesto, fueron condenados á doce años de cadena.

Un mes despues las heridas de Ochoa estuvieron completamente cicatrizadas, y á los dos meses, próximamente, del suceso que hemos referido, salia de la cárcel de Cervera para el patíbulo.

VII.

Al notificársele la sentencia, demostró resignacion, y en los tres dias de Capilla no decayó su ánimo, burlándose á veces de la muerte.

A las once de la mañana del 4 de Enero de 1851 llegó al infamante patíbulo levantado en el sitio llamado *Barranco de Canejada*.

Ya en el tablado, se despidió del pueblo que le rodeaba con voz muy entera, y encargó que le rezáran por su alma una salve á la Vírgen del Monte.

Al tiempo de acercarse al fatal banquillo dirijió tristes miradas á un hermanastro suyo y á otro sujeto llamado Pucherero, que presenciaban la ejecucion sentenciados á cadena perpétua por cómplices en el asesinato de D. Plácido Alfaro.

Se sentó en el banquillo, el verdugo preparó su obra, rezó fervorosamente...

Y momentos despues la justicia humana se habia cumplido en el célebre criminal Isidro Ochoa.

Y la Guardia Civil habia dado á las leyes un delincuente mas.

EL NAUFRAGIO.

I.

Serian próximamente las cinco de la tarde del 24 de Marzo de 1854, cuando un buque entraba á toda vela en el pequeño puerto de Roquetas (Almería).

Un huracan desatado que llevaba ya ocho dias de duracion batia contra la superficie de las aguas y levantaba grandes y espumosas olas que se estrellaban estrepitosamente contra el puerto amenazando destruirle.

El puerto, que se encontraba sin buques porque el temporal les habia obligado á abandonarlo, no es de gran importancia. Está situado en un llano al Sur de la poblacion, dista cuatro millas de Almería, dos leguas de la Sierra de Gador, célebre por sus minerales, y está for-

mado por unas cien casas de pescadores, tres fábricas de fundicion mineralógica, dos alfolíes, varios almacenes, el cuartel de Carabineros y el antiguo y casi arruinado castillo de Santa Ana.

El buque mercante que hácia él venia y enarbolaba pabellon inglés, era el brick-barca *Elisa*, capitan Elis que con veintitres hombres de tripulacion y cargamento de carbon-piedra, trigo, licores, etc., se habia dado á la vela para Marsella.

El *Elisa* sorprendido por los embravecidos huracanes, corria á merced de ellos y entraba en el puerto arrastrado de Mediodia á Norte, marchando inevitablemente á estrellarse contra las cercanas rocas.

Cada vez el peligro se hacia mayor y la noche se venia encima rápidamente.

El viento silbaba en las vergas y hacia crugir el palo mayor y el de mesana. El brick-barca iba á chocar con las rocas y el resultado sería terrible, porque la rapidez de su carrera permitia creer que el choque produciria instantáneamente la pérdida del buque, abriéndolo.

Y sin embargo, ningun movimiento se observaba sobre cubierta; la tripulacion parecia no habitar el buque, puesto que no se tomaba ninguna de las rápidas maniobras que caso de tan inminente peligro exijia sin dilacion.

Esta especial circunstancia habia llamado ya la atencion de una persona destinada por la suerte á salvar el *Elisa*.

Era aquella el cabo 2.° Alonso Trejo Jimenez, comandante del puesto de Roquetas (1).

(1) Hoy es sargento 2.° comandante del de Huescar de Baza.

32

II.

Este inteligente Guardia divisó el brick-barca y conoció el peligroso riesgo que le llevaba hácia el puerto.

Y entonces, sobre la azotea de la casa-cuartel y valiéndose de un anteojo de larga vista, pudo advertir, en el momento en que el brick en su loca carrera se le aproximaba mas, la falta absoluta de tripulacion sobre cubierta.

Esta particularidad tan extraña cuando las circunstancias demandaban continuadas maniobras de velámen y quizás de hacha, puso muy en cuidado al previsor observante, quien comprendiendo lo urjente del caso, dispuso que se armaran sin demora los Guardias á sus órnes, Baltasar Gloria Perez, Manuel Martinez Morales, José Hornillo, Ramon Pin y Pin (1) y Santiago Gonzalez.

Con ellos marchó hácia el puerto, cuidándose á su paso de dar noticia de sus sospechas á la autoridad local D. Francisco de los Rios, quien aplaudió mucho su prevision, y cuyo valor é importantes resultados conoceremos muy pronto.

Los Guardias corrieron hácia el puerto, noticiando durante su marcha la extraña aparicion del brick-barca y llevando de este modo tras sí á numerosos habitantes de aquel punto de la costa.

Llegan por fin á la orilla, ven la direccion que el bu-

---

(1) Hoy cabo 1.º comandante del puesto de Marmolejo en la provincia de Jaen.



que trae, corren hácia las ruinas del castillo de Santa Ana y ocupando las cúspides de las azotadas rocas, llegando entonces hasta ellos las hirvientes espumas de las olas.

El buque arrastrado por el enfurecido vendaval, adelanta silencioso y amenazador hácia aquel punto, y en medio de las magestuosas sombras que la noche dejaba caer triste y lentamente sobre la tierra y el Occéano.

Parecia una colosal loba marina, corriendo sobre el agua á devorar aquellos séres.

La posicion de estos tenia innegables peligros. La proa del brick, chocando podia arrojarlos despedazados á gran distancia, y las silbadoras astillas en que el buque partiera sus acostillados de proa, podian tambien hacer innumerables víctimas entre aquellas personas.

La mar era cada vez mas gruesa, el oleaje mas ruidoso y elevado; y el brick-barca adelantaba .. adelantaba sin que los moradores del puesto oyesen el ruido de una cadena, el abrir de una escotilla, el grito de la bocina; ni viesen correr en sus gábias un solo tripulante. El gobernalle estaba, segun todo lo indicaba, sin timonero.

Pocos *nudos* dista ya el *Elisa* de las rocas; se acerca, llega, un grito inmenso de terror y ansiedad apaga por un instante los de las olas y el brick choca iracundo contra las rocas.

III.

Digamos algo acerca de la tripulacion.

Esta no habia salido del buque.

Conocido es de todos, y la historia de la marina lo comprueba, el afan que el marinero inglés tiene por las bebidas fuertes y espirituosas.

No es pues muy de estrañar que la tripulacion del brick-barca *Elisa*, por no recordamos qué suceso, se hubiese totalmente embriagado.

Los camarotes solo tenian hombres dormidos ó alegres beodos que en todo pensaban menos en los peligros que que sus vidas corrian.

El choque del brick-barca contra las rocas del castillo de Santa Ana fué tremendo: pero, ¿á qué debieron su salvacion los que dentro del buque venian?

Al arriesgado y heróico esfuerzo de los Guardias mencionados, secundado por el de varios vecinos; pues agolpados todos en el punto de encalle amortiguaron mucho el golpe.

Al chocar el brick-barca crujió de proa á popa; la arboladura vibró lanzando agudos sonidos, y el taja-mar quedó tronzado por las rocas, desquiciándose parte aunque pequeña de las obras vivas.

Es indudable, que sin la prevision del cabo Trejo, el *Elisa* se hubiera partido llevando entre sus escombros la descuidada tripulacion que dormia sin cuidarse del peligro.

El buque quedó de aquel modo encallado entre dos aguas; ¡veintitres vidas se habian salvado!

Pero los que de aquel modo habian expuesto las suyas por salvar aquellas no se hallaban fuera de peligro.

La ansiedad les habia hecho avanzar sin pensar en la retirada; retirada que entonces encontraron cortada por las olas.

El agua llegaba casi hasta el pecho de aquellos bravos y el terror de los moradores del puerto fué indecible entonces.

Se arrojaron cuerdas, algunos botes de pescadores, aparejados precipitadamente, se aproximaron con timidez, y ya valiéndose de estos medios, ya nadando, se logró la salvacion de aquellos intrépidos que á su vez eran salvadores del *Elisa*. La noche habia cerrado ya completamente.

Escusado es decir que en este caso la Guardia Civil, que corria igual peligro que las demás gentes, contribuyó con celo heróico é infatigable siempre, á poner en seguro todas las existencias allí amenazadas é hizo todo lo posible por aliviar las lesiones de muchos.

Todos los Guardias destacados entonces en aquel puesto, pueden estar orgullosos de este importantísimo servicio.

Pero, salvada la tripulacion, les quedaba aun mas que hacer.

IV.

Los primeros albores de la mañana que siguió á estos sucesos, destellaban su pálida luz sobre las cumbres de la sierra de Gador; sierra que ha dado ocasion á tantos naufragios, porque los pilotos que no la conocen, ven durante la noche sus fogatas, y creyendo que es aquello la ribera y que el mar llega hasta ellas, se lanzan en tal direccion... y encallan.

Grande era la animacion que la playa presentaba en aquella mañana. .

Todos se ocupaban allí en sacar á tierra el cargamento del *Elisa* que fué custodiado por la Guardia Civil durante diez y nueve dias, los mismos que duró la penosa extrac-

cion interrumpida muchas veces por los accidentes de la mar.

La tripulacion fué conducida á Almería; y los Guardias de Roquetas recibieron al propio tiempo que las gracias de las autoridades respectivas, pruebas inequívocas de la satisfaccion con que el Excmo. Sr. Director general del Cuerpo habia sabido los pormenores del buen servicio que con tanta intrepidez y actividad habian prestado á los tripulantes del brick-barca y á algunos moradores del puerto.

Por nuestra parte creemos muy digno de figurar en estas CRÓNICAS el nombre del entonces cabo 2.° Alonso Trejo Gimenez (1).

---

(1) Este individuo, siendo cabo 1.° y en compañía de los Guardias, Francisco Ruiz, Pedro Bañuelos, Grogorio Lopez, Juan Martos y Antonio Martin Hernandez, destacados en Canjayar, prestó en 7 de Julio de 1857 un importantísimo servicio, capturando en la casa del señor Juez D. Ambrosio Campos Molina, á varios foragidos que querian matar á aquel y su criada—robarles—quemar el archivo y escribanias—dar libertad á los presos—robar y matar á toda la curia y al cura párroco del pueblo. La actividad, las penalidades y el mucho tino empleado en estas capturas, llegaron á ser conocidos por S. M. la que dispuso que de su Real órden se diesen las gracias al citado cabo y demás Guardias que en ellas habian tomado parte.

EL CONVENTO.

I.

Las campanas de *Fuentes de Andalucía* daban alegremente al aire sus sonidos en la tarde del 14 de Junio de 1858.

Todos los vecinos, sacando al sol sus mas selectas ropas, acudian alegres hácia la Iglesia de Religiosas Descalzas de la villa, y alegres niños jugaban bajo los muros del convento que miran al mediodia.

No es de estrañar esta alegría en los pueblos católicos, cuando la festividad que celebran es una de las mas grandes de nuestra Religion: el *Corpus-Christi*.

En ese dia los católicos consagran el incienso de sus oraciones al sagrado Cuerpo en que el Hijo de Dios tomó

humana forma para redimirnos, muriendo por nosotros crucificado sobre las cumbres del Gólgotha.

La procesion habia recorrido ya las calles; los vecinos se habian retirado despues de ella á sus moradas, y volvian á salir acudiendo á la Iglesia donde estaba de manifiesto el Santísimo Sacramento y donde comenzaban las oraciones vespertinas propias de aquel señalado dia.

Los rezos de las veintidos monjas del órden descalzo que habitaban el convento, se percibian claramente y por intérvalos sus tocas de blanca pureza aparecian tras las espesas celosías.

Pero de pronto, todo aquel conjunto de oraciones, de alegría, de espansion, de confianza cambió por completo tomando la mas opuesta faz.

Los alegres gritos de las campanas se trocaron en lúgubres tañidos; los rezos en gritos de espanto y atonía y la calma en grupos de personas asustadas que separándose precipitadamente de la Iglesia corrian víctimas de un invencible pánico á buscar en otros lugares la seguridad que sin duda faltaba allí en aquellos momentos.

La causa de esta rápida trasformacion, que sin duda adivinarán ya los lectores, vamos á esplicarla en breves líneas.

II.

Eran las dos y media de aquella tarde, cuando ya por casualidad ya por descuido, una de las luces que alumbraban el santuario comunicó su llama á varios objetos cercanos. El fuego se propagó con increible velocidad y los primeros improvisados esfuerzos no consiguieron la menor ventaja sobre él.

El incendio tomó un lado de la Iglesia y lanzaba sus llamas hácia el coro.

Pronto apareció en el lugar del siniestro la fuerza de la Guardia Civil destacada en aquel pueblo, y compuesta del cabo 1.° José Marqués Cáceres, (1) comandante; y los Guardias 2.os Juan Mateo Rodriguez, Gabriel Dominguez, Antonio Alonso Fernandez, Juan Rodriguez García, Manuel Moreno Paz y Silvestre Martin.

El trabajo dió principio con la urgencia que el incremento tomado en breves momentos por las llamas, recomendaba.

La viejas maderas de la Iglesia, los paños y otras materias daban tan fácil alimento al fuego que los moradores de las casas unidas al convento temieron por la seguridad de sus moradas muy comprometidas entonces.

Allí era el multiplicarse los Guardias mencionados, bajo las acertadas disposiciones del cabo José Marqués. Una hora de aquel trabajo escesivamente penoso hubiese dejado fatigado á cualquier hombre.

Era necesario salvar á las atribuladas religiosas que veian en gravísimo riesgo sus existencias consagradas á Dios en aquel templo de la oracion cristiana.

Se lanzan al coro algunos de los Guardias y allí las encuentran inmóviles, acobardadas sin poder moverse esperando con santa resignacion en las almas y lividez de temor en las fisonomías, el fin que la Providencia las tuviese deparado en sus misteriosos decretos.

---

(1) Este benemérito Guardia que cuenta con una brillante hoja de servicios es hoy sargento 2.°, comandante del puesto de Aguilar de la Frontera.

Las infunden valor con algunas frases que prometian seguridades, y despues de bastantes esfuerzos para afianzar estas logran sacar de aquel sitio á tan débiles mujeres, trasladándolas con ejemplar respeto á la vecina casa de D. Fernando Armero.

Una de ellas, conducida por el cabo Cáceres iba moribunda: la asfixia se habia apoderado totalmente de sus sentidos causándola la muerte al siguiente dia.

La Iglesia toda fué devorada por el fuego que á las once de la noche habia abatido al fin sus llamas vencido á su pesar por los inauditos esfuerzos de los Guardias y de algunos, aunque pocos vecinos.

La Iglesia quedó casi en su totalidad reducida á pavesas. Los Guardias á pesar de algunas leves contusiones y quemaduras, no se habian dado momento de reposo durante ocho horas; y no descansaron aun.

A las ocho de la mañana del dia siguiente, continuaban aun allí salvando las imágenes é innumerables efectos que hasta el amanecer habian disputado al fuego. (1)

La página que en este dia conquistó la historia de la Guardia Civil encierra un mérito incuestionable y no poca parte de honra para el cabo José Marqués y los Guardias de su mando.

Prueba de ello son las gracias que de Real órden les fueron dadas por este humanitario servicio acompañadas de una cruz de *Maria Isabel Luisa*.

---

(1) La Iglesia fué reconstruida posteriormente.

EL CORTE CINCO.

I.

Era el dia 30 de Mayo de 1855. Las facciones carlistas, últimos restos del ejército que habia peleado contra la legitimidad de nuesta augusta Reina Doña Isabel II de Borbon, mantenian aun la alarma en algunos pueblos de España.

Su causa estaba perdida desde que en los campos de Vergara se habian abrazado los Generales Espartero y Maroto y desde que allí sentados estos en unas rotas sillas de paja, firmaron sobre una mesa de pino sin pintar, (1) el célebre *Convenio* que dió la paz á España.

Sin embargo, de vez en cuando el Gobierno de S. M.

(1) Estos tres objetos de glorioso recuerdo se enseñan hoy en nuestro Museo de Artillería sito en el Buen Retiro.

tenia noticias ya de que varias partidas amagaban á un pueblo, ya de que otras improvisadas se levantaban.

En Mayo y Junio del mencionado año aparecieron algunas por Aragon y bien pronto corrieron las órdenes necesarias para que todas las tropas disponibles marchasen en persecucion de los insurrectos.

El encuentro tuvo lugar en el pueblo de Godos (1) y en el dia á que hemos hecho referencia.

El señor Comandante general de la provincia dispuso que cargase primeramente contra los facciosos una columna de caballería de la Guardia Civil y así se verificó, marchando esta con su bizarro teniente á la cabeza, sobre los sublevados.

El combate empezó y la lucha se presentó desde su principio, poco favorable á los carlistas.

Uno de los Guardias de la columna, llamado Mariano Beltran Aguiran (2), hubo de separarse algo del grueso de aquella, merced á uno de los incidentes del combate.

Vió entonces á tres facciosos que tomaban apresuradamente por un cerro, y sin temer á lo que pudiera sobrevenirle aislándose, corrió tras ellos intimándoles la voz de rendicion.

Al oirle, dan los facciosos rienda suelta á sus caballos y Beltran la da tambien al suyo que avivado por el ardor de su ginete y ligero como el viento alcanza despues de una carrera desesperada á los tres que huyen.

(1) Provincia de Teruel.
(2) Hoy Guardia de primera clase, 7.° tercio, destacado en Burbáguena.

Conocida es ya la fama que el caballo se ha conquistado por su nobleza y clarísimo instinto.

Se le ha visto tomar parte activa en el combate de su ginete, luchando á muerte con el caballo montado por el contrario y siendo dos á un tiempo las luchas, los ginetes y los caballos.

¿Qué inteligencia no revela este solo hecho?

Se le ha visto *llorar* sobre el cadáver de su dueño tendido en el campo de pelea, y luchar desesperadamente contra los que querian llevarse el cuerpo muerto.

Se le ha visto en medio de la noche anunciar con sordos relinchos la aproximacion de los enemigos, así como conocer los de Africa y América la de las panteras y serpientes.

Se le ha visto despues de una larga guerra adquirir un ódio profundo al trage de los enemigos; y si una sola prenda de él se le presentaba, arrojarse á ella lleno de ira y enfurecimiento.

Se le ha visto, en la retirada de Rusia hecha por Napoleon despues de la batalla de Moskowa, arrojar su aliento sobre el rostro de su ginete que habia caido en la nieve aterido por el frio; frio tan fuerte que como es sabido, hacia caer las narices de muchos soldados del Imperio.

Se le ha visto, en innumerables ocasiones, perder la vida para salvar á su amo, corriendo hasta caer muerto de fatiga.

Cuentan de un caballo del Duque de Alba, en las guerras de Flandes, que al ver rodar hasta él una bomba próxima á estallar, bajó su vientre hasta tocarla, salvando así la importantísima vida de su dueño, pues los

cascos de la bomba se hundieron en los intestinos del noble animal.

Y en fin, proverbiales son ya como hemos dicho la nobleza, lealtad é inteligencia de esa raza.

Un Emperador romano de los tiempos antiguos, llegó á tener en tanta estima su caballo, que lo nombró Cónsul de la Repúblíca haciendo que todos le reconociesen como tal.

II.

Viéndose el Guardia Beltran tan separado ya de la columna, se decidió á concluir de una vez con los que perseguia.

Les presenta combate con decidido arrojo; y al travarse la escaramuza, huyen dos, mientras Beltran combate con el tercero, obligándole á abandonar su caballo y espada.

Toma solamente su trabuco y huye con extraordinaria precipitacion por un barranco de difícil paso para el caballo del Guardia.

Síguele este sin embargo, y vuelve á alcanzarle al fin de aquel camino. Pónesele entonces en frente el faccioso, admirado de aquella tenacidad y le dice:

—*Si pasas de este sitio mueres* (1).

Beltran le contesta:

—Haga usted, si quiere, uso del arma que lleva, ó ríndala; pero yo no vuelvo á incorporarme á la columna, sin llevarme la persona de usted por delante.

(1) Histórico.

Al oir esto, dispara el faccioso su trabuco sobre el Guardia; este cierra con el carlista á cuchilladas y esgrimiendo su espada á tiempo que con la otra mano dirijia el caballo, prepara *el corte cinco* y abre con él la cabeza de aquel enemigo de la Reina y de la tranquilidad pública (1).

Busca entonces Beltran con su mirada á los otros dos, y no viéndolos, vuélvese hácia Godos.

Los facciosos habian sido dispersados.

Y á tiempo que esto sabia, Mariano Beltran, daba cuenta á sus Jefes D. Pedro Marta (de Seccion) y D. Escolástico de Domingo (de la provincia), del servicio que acababa de prestar y nosotros de reseñar, como importante, en nuestro libro.

---

(1) Era este comandante de la faccion y vecino de Allosa en la misma provincia.

BOCA-ROIDA.

I.

En la mañana del 4 de Agosto de 1861, un hombre de torcida mirada y fisonomía semisalvaje, se aproximaba con paso acelerado á las tapias de un cortijo llamado del Cerezal, término de Estepa (Sevilla).

Sus rápidos movimientos y las miradas temerosas que á cada paso dirijia sobre los costados del camino revelaban la agitaciou en que su ánimo debia encontrarse.

Vestia un pantalon muy alto, unas alpargatas, un chaleco de lana, y sobre los hombros una gruesa manta arrollada que hacia brotar copiosamente el sudor del caminante.

Todo indicaba en él venir huido y era grande el empeño que ponia en prevenir la presencia en el camino de algunas personas.

Llegó por fin al cortijo, abrió la puerta con mano hábil y penetró en el primer corral, que no daba indicios de la presencia de otros seres.

Sin duda el recien llegado sabia que aquellas habitaciones estaban solitarias, porque sin llamar á nadie ni averiguar cosa alguna, pasó á otro de los corrales, tendió en el suelo su manta, cayó mas bien que se sentó sobre ella y reclinando su cabeza en la parduzca y polvorienta pared del corral, procuró dormirse.

No lo consiguió sin embargo. Sus músculos saltaban y la sobreescitacion nerviosa de su ánimo ahuyentaba la languidez del sueño.

Queriendo dominar el temor que le poseia se dirigió á un ángulo de la estancia donde estaban hacinados varios aperos de labranza, y sacó de un ocúlto lugar un retaco de dos cañones.

Examinó minuciosamente los muelles del arma, midió y aumentó la carga, y volviendo á sentarse colocó el arma sobre las dos piernas y durmió entonces aunque no con completo reposo.

Digamos ahora que aquel hombre se llamaba Manuel Machuca (a) *Boca-roida*, forajido célebre por sus muchos delitos y por haber sorprendido poco tiempo antes á don Antonio Faidargo, vecino de Estepa, obligándole á una contribucion de tres mil duros.

Pocos momentos debia durar su intranquilo sueño; breves minutos pasaron cuando un golpe dado con fuerza en la puerta del cortijo le hizo saltar como un tigre herido. Aplicó atentamente el oido al rumor esterior que se percibia, y conociendo que la puerta del primer corral habia sido abierta, cerró la del en que se hallaba, apoyó el

cañon de su retaco en su brazo izquierdo, y en este ademan de amenazante calma, esperó todo lo que pudiese sobrevenir.

II.

Los que aquel efecto habian producido en el bandido abriendo la puerta del cortijo, eran individuos de la Guardia Civil. Pedro Milan y Ramirez, Guardia de 1.ª clase, José Sanchez Esteve, de 2.ª, destacados en el puesto de Estepa y bajo las órdenes del alférez D. Leandro Lago y Rodriguez, Jefe de la línea.

Suponiendo este oficial que venia ocupándose en la persecucion de Machuca, que el bandido se habia refugiado en aquellas paredes, quiso conocer pronto si allí estaba y para lograrlo entró decididamente en el cortijo seguido por los Guardias Milan (1) y Esteve.

Pasaron un corral; monta el alférez su rewolver y se dispone á franquear la puerta del segundo. Suena entonces una detonacion.

El bandido habia disparado uno de los cañones de su retaco por la hendidura de aquella puerta.

La bala traspasó desgraciadamente la mano derecha del alférez y le rompe en mil pedazos el rewolver.

Se arrojan á la puerta los dos Guardias y la abren llenos de ira al ver la sangre de su jefe.

Un segundo disparo del bandido pone en gravísimo riesgo la vida del Guardia Esteve que se salva milagrosamente.

---

(1) Hoy cabo 1.º, comandante del Puesto de Alanís, (Sevilla).

Lánzase solo al medio del corral su compañero Milan ve que el bandido va á disparar otro tiro, se echa á la cara el fusil, sale el tiro y con tan buen tino que levanta al bandido la tapa de los sesos.

Como aquel no pudo por la rapidez del hecho, conocer la importancia de la herida ocasionada, ni aun si le habia herido, soltar el tiro y arrojarse seguidamente al bandido fué tan instantáneo que no cayó al suelo el foragido porque la bayoneta de Milan y Ramirez penetrando en su pecho le detuvo.

Esta captura, conseguida en el solo trascurso de tres minutos, era de mucha importancia por los funestos antecedentes del Machuca.

El alférez D. Leandro Lago mereció por ella el grado de teniente que hoy conserva, y los Guardias un brillante hecho que añadir á los muchos prestados á la sociedad.

UN HERMANO.

En 29 de Mayo de 1853, un vecino de Lérida recibió una herida grave.

Dispuesta seguidamente la persecucion del agresor, este fué capturado por el Guardia Domingo Fernandez que le puso sin dilacion alguna bajo el fallo severo de las leyes.

El delincuente... era *hermano* del Guardia.

A muchas consideraciones se presta este hecho que tiene en la Historia del Cuerpo muchos semejantes.

Romper así los lazos que ligan al hombre á la familia, hacerse independiente á todo lo que no sea el deber, dominar la tendencia de un cariño fraternal, son sacrificios que no podrán hacer nunca las almas cobardes.

Son necesarias para ellos una voluntad y entereza á toda prueba, una honradez severa, estricta, inaccesible á todo contagio, á toda pasion.

Eí Guardia no tiene otra ley que su deber; otra familia que los hombres honrados y los desvalidos. Al obrar así Fernandez, no era hermano de nadie, era Guardia Civil; porque un hermano que ha delinquido no es ya un hermano para el Guardia.

Es un hombre que ha infringido las leyes, que debe capturar á toca costa, que la sociedad le pide para castigarlo; y el Guardia se lo dá porque tal es su deber.

No podremos negar que el deber del Guardia Civil es penoso; pero si fuera fácil de cumplir, ¿qué merito ni premio deberian alcanzar los que facilmente lo cumplieran?

La Institucion, pues, que ha sabido reunir hombres que no se arredran de cumplir su juramento ni por miedo, ni por el estado de su salud, ni por el soborno, ni por los lazos de la familia, es—y digámoslo muy alto para que la de otras naciones nos oigan—es una gran Institucion.

Y cuando el deber que se cumple es como el del Guardia Civil, la suma de todos los deberes reunidos y de todas las dificultades respectivas á cada uno de ellos, mérito grande contraen y justo premio merecen los que lo cumplen á costa de todo sacrificio, desde el soldado de última clase, hasta el Jefe que le infunde la conciencia de sus deberes, que le dirige, y que combate con él.

EL RIO NEGRO.

I.

(15 de Octubre de 1864.)

La nieve y las lluvias habian caido con poco vista abundancia sobre los valles que rodean á la villla de Viella. (1)

El rio *Negro*, recogió por espacio de algunos dias cuantas aguas la nieve y las lluvias llevaron hasta él; y en tal proporcion fué esto que una noche, hinchado ya el rio, rebosó de su cauce é inundó las casas contíguas del mencionado pueblo por el que pasa.

El desbordamiento se presentó con tanta fuerza que hacia temer los mayores desastres, así por su ímpetu como por lo avanzado de la hora en que sorprendia á los moradores de la villa.

(1) Provincia de Lérida.

Conocido el suceso, se oyeron algunos gritos; á estos se unieron otros, otros despues y en breve el clamoreo llegó á ser casi general.

No podia este desde sus primeros momentos pasar desapercibido para los Guardias de aquel puesto y tan pronto como la noticia de la inesperada catástrofe llegó á sus oidos, el cabo primero Juan Sanderán, comandante y los Guardias Miguel Albonlaes de 1.ª, Domingo Llinás; Bartolomé Deó, José Sanchez, Jaime Pinadella y Juan Casagrán, de 2.ª, se dispusieron á prestar el peligroso é importante servicio que es motivo de estas líneas.

II.

Eran las tres de la mañana cuando los mencionados individuos dejaban la casa-cuartel, por disposicion del cabo Sanderán.

El tránsito se hallaba allí mismo interceptado y á los pocos pasos los Guardias se vieron con agua hasta el pecho.

Arriesgado era el pretender atravesar de aquella manera la villa, pero uno de los veteranos, experimentado ya en idénticas catástrofes, propuso en breves palabras y uniendo á ellas los ademanes, que todos sus compañeros enlazasen sus brazos unos con otros para de esta manera afrontar la despeñada corriente de las aguas.

Por este medio tan ingenioso como oportuno, aquella cadena en que cada esladon era un valiente, llegó, no sin mucho trabajo y riesgo á la parte mas amenazada de la villa.

La noche era fria; los Guardias tenian sus ropas

completamente empapadas por las turbias y cenagosas aguas del desborde; pero ¿cuándo estas y mas azarosas circunstancias han arredrado á los valientes del Cuerpo de dedicarse con decidido ahinco al cumplimiento de su deber?

Nunca; las Crónicas anteriores lo prueban y no remota duda dejaron las venideras.

Allí, realizando acertadísimas disposiciones de salvacion, *construyen unos diques*, *rompen los muros de contra el rio*, y logran así en breve tiempo desviar las aguas que amenazaban llevarse la poblacion entera.

Creemos que nadie podrá poner en duda la importancia de este servicio que puede dignamente figurar como socorro al lado de los que la tengan mayor.

Y despues de aquel peligroso trabajo, y sin que tan fatigosas faenas doblegaran el ánimo de aquellos Guardias, se dedicaron á poner en salvamento las vidas y objetos que peligraban en ocho edificios arruinados y en algunos otros que estaban muy próximos á serlo, á causa de la inundacion.

El servicio que los vecinos de Viella deben á sus Guardias por los de esta noche, para ellos memorable, no puede valuarse.

El número de vidas allí salvadas con tanta velocidad, el de los edificios librados tan oportunamente de la ruina, no pueden enumerarse.

Baste saber que por una vez mas, nn pueblo entero ha debido su salvacion á los individuos de la Guardia Civil.

La cruz de segunda clase del órden civil de Beneficencia fué la que el Gobierno de S. M. dedicó á aquellos esforzados veteranos.

LAS MINAS.

I.

Vamos á relatar un servicio de los que mas han contribuido por sus circunstancias á aumentar la fuerza moral que es la base mas sólida de la Institucion.

El nos probará una cosa que hemos dicho ya; nos probará que el Guardia civil rara vez tiene mas apoyo que su misma fuerza al prestar en los pueblos sus servicios. Rara vez es secundado por otras fuerzas en las circunstancias mas arriesgadas; porque ese mismo riesgo que en ocasiones dadas hace mas necesario ese auxilio, contribuye al mismo tiempo para que nadie se atreva á prestarlo.

No digamos mas; y sustituyamos á las palabras, los sucesos de esta Crónica que llevarán mejor á nuestro ánimo la prueba de que aquellas son una gran verdad.

—Las nueve eran de la noche del 27 de Noviembre de 1858, cuando el sargento 2.° Ildefonso Lozano Ginés, (1) comandante del puesto de Linares (Jaen) recibió en la casa-cuartel un aviso del alcalde D. Blas José de Mesa, por el que se ponia en su noticia la espantosa catástrofe que acababa de ocurrir en la cercana mina del *Romero*. (2)

El suceso era este: al caer la tarde de aquel dia, una espantosa nube habia descargado con tanta fuerza sobre el término de Linares que la tierra parecia amenazada por un segundo diluvio.

El agua, encauzando en diversos declives, habia penetrado á torrentes por la boca de la citada mina y socavando rápidamente las arcillosas paredes de su interior, habia producido en breves horas un estrepitoso hundimiento á tiempo en que trabajaban en las galerías subterráneas *sesenta y cuatro* operarios.

Muchos de los caños de la mina estaban completamente cegados por las aguas; y otros ya conmovidos daban indicios de una cercana y total destruccion.

De los sesenta y cuatro operarios, habian podido salir cuarenta y tres sin grave lesion. Quedaban pues, veintiuno enterrados en vida entre escombros y agua, en la mina del *Romero*.

(1) Hoy Sargento 1.° comandante del puesto de Martos en la misma provincia.
(2) Propiedad del Estado.

Al recibir el sargento Lozano tan funesto parte, dió inmediatamente órden de que le siguieran los Guardias segundos de su puesto Agustin Sanchez Sedano y Sebastian Fuche Morales, y marchó con ellos aceleradamente al lugar de la catástrofe.

Su presencia en él era de una urgente necesidad.

II.

Llegó en breve á las minas y allí entre un numeroso grupo de gentes encontró al Sr. Ingeniero director, algunas de las personas destinadas por el Gobierno para inspeccionar y dirigir los trabajos y á varios de los operarios que habian tenido la suerte de hallar una fácil salvacion.

Todas estas personas fueron de una misma opinion al preguntarles el sargento Lozano su parecer acerca de cómo deberia bajar á la mina.

Le manifestaron que todos los pozos y caños estaban obstruidos por el agua y los escombros que caian de los trabajeros; que el hundimiento podria hacerse mayor muy pronto; y que no siendo posible bajar al fondo de la mina sin llegar á él cadáver, irian los Guardias *á una muerte segura.*

Pero estas razones mas ó menos fundadas que la ciencia de los unos y la práctica de los otros manifestaban, no podian hacer que los tres mencionados Guardias dilatasen hasta la luz del próximo dia la operacion de salvar á los veintiun infelices sorprendidos por el hundimiento en las galerías mas angostas y profundas.

Lozano manifestó su firme decision de bajar.

—¡Es su muerte segura!—exclamaron algunos.

Y nadie, ni una de las numerosas personas que allí estaban quiso correr con ellos los riesgos de aquel peligroso descenso.

Allí habia hombres que conocian palmo á palmo la mina; personas ligadas por los vínculos de la familia con los mismos que acaso morian en los subterráneos... y sin embargo, no se alzó una voz para decir á los Guardias:

—Yo os guiaré; yo bajaré tambien.

Aquel grupo de personas aterrorizadas y ropas movidas por el frio viento de la noche, hablaba mucho. Señalaban la mina, explicaban el hundimiento, escuchaban creyendo percibir quejidos de suprema angustia que salian del fondo de la tierra; hacian cálculos acerca del número de los muertos; uno lloraba, rezaba el otro...

Los Guardias no desisten por eso de llevar á cabo el cumplimiento de su deber, bien difícil en aquellas peligrosas circunstancias. No se contagian con el estupor que domina á los que los rodean y caminando á una muerte cierta, se provée Lozano de una luz y seguido por sus dos valientes Guardias Sanchez y Fuche, dá comienzo con segura planta y ánimo sereno á la peligrosa bajada.

La ansiedad que dominó á todos al ver desaparecer de su vista y silenciosamente á los tres veteranos, fué extraordinaria. Todos los corazones saltaron violentamente dentro de aquellos pechos; todas las miradas fijas avidamente en la negra entraña de la mina, pedian en vano á la oscuridad alguna prueba de que un obrero era salvo, de que los Guardias no habian muerto destrozados por un nuevo derrumbamiento.

La mina permaneció callada durante largo tiempo.

Algunas voces llamaron á los Guardias y no fueron contestadas. La luz que llevaban se habia perdido ya completamente.

Lozano y sus Guardias, á poco de empezar el descenso, pisaron la primera planta.

Estaban entonces á las sesenta y cinco varas de profundidad.

Los trabajos iban á empezar y con ellos los grandes peligros.

III.

Allí el agua no les permitió poner con seguridad el pié sobre el desigual pavimento que cubria. Los Guardias nadaron.

Si el lector piensa breve rato en la situacion de aquellos tres individuos, creemos que no podrá menos de concluir admirando su arrojo y humanitaria decision.

Estaban en un lugar que desconocian completamente; nadaban en aguas mas peligrosas que las del mar; y la frialdad de ellas que como es sabido entibia tanto el ardimiento de un ejército cuando por azar de una guerra vadea un rio, no doblegó los brios de aquellos intrépidos Guardias.

Recorrer los caños y pozos era su pensamiento; pero, ¿cuántas circunstancias de peligro y riesgo de vida no encerraba ese proyecto?

La oscuridad; un nuevo derrumbamiento que les matase ó cortara el paso dejándolos encerrados en aquel sitio; un pié puesto en falso, una vúelta mal dada, un apo-

yo que cede; una piedra saliente, todo esto y mas podia decidir de sus vidas.

No exageramos pues al decir que lucharon con infinitos peligros que á la cualidad de innumerables unian la de desconocidos. Eran peligros de esos que no pueden preveerse ni admiten que el hombre se prepare para evitarlos: hay que luchar con ellos á ojos cerrados y á merced solamente de la buena ó mala fortuna.

—Bajar es perecer—se habia dicho á los Guardias.

Y ellos decian ahora:

—Subir es honra.

Este subir significaba salvar algunas vidas.

Si se medita en lo que es una vida se la encontrará tan grande que no habrá premio que pague el hombre que pueda decir:

—Ese hombre que veis ahí, *vive* porque yo le salvé la vida; porque sin mí, estaría á esta hora convertido en súcia tierra ese robusto cuerpo que admirais.

¿Cuántos de nuestros lectores podrán decirlo y no de una vida, sino de diez? La historia del Cuerpo demuestra que son innumerables.

Volviendo á los Guardias de Linares y siguiéndoles en la conquista de una gran página para la Institucion, diremos que conociendo cuanto convendria la prontitud del socorro á los que allí se encontrasen moribundos, duplicaron sus esfuerzos y empezaron á recorrer ya nadando, ya encorvados, ya asidos á las paredes, los caños y pozos en que tanto abundaba aquella mina de sulfuro de plomo.

Y empiezan entonces á tropezar con lo que buscaban. Encuentran varios cadáveres ahogados unos, heridos otros

por el hundimiento; y encuentran tambien séres vivos pero moribundos todos.

De oir eran los gritos que media hora despues lanzaban los grupos formados en la boca de la mina al ver aparecer á la luz vacilante y roja de un hachon, sobre los bordes de la cava, las figuras de los Guardias que dejando allí un cuerpo humano, desaparecian por intérvalos y tornaban á aparecer con otros cuerpos.

La gente se arrojaba anhelante sobre ellos, los examinaba con ansiosa mirada y exclama:

—¡Muerto!—al ver uno.

—¡Vivo!—al reconocer otro.

Cuando los tres heróicos Guardias aparecieron en la entrada de la mina con visibles señales de haber dado fin á su glorioso trabajo, eran doce los cadáveres que el hachon iluminaba de un modo fatídico; y NUEVE LAS VIDAS QUE SE HABIAN SALVADO.

Cinco de estas eran de niño; de niño tambien habia algunos cadáveres.

Al amanecer fueron estos conducidos en carros al hospital, y los séres salvados entregados á sus familias por el sargento Lozano (1).

---

(1) Este mismo sargento, individuo muy distinguido por sus ejemplares servicios, descubrió años despues dos asesinatos cometidos en Despeñaperros en las personas de dos arrieros, por varios ladrones; uno de los cuales fué por esto sentenciado á muerte en garrote.

Despues de constantes averiguaciones encontró los cadáveres completamente despedazados en la misma mina del Romero, de donde con otros individuos del Cuerpo los extrajo, capturando tambien á los ladrones asesinos.—Otros muchos servicios humanitarios hacen muy notable la hoja de este sargento.



Desde entonces, los vecinos de Linares, entusiasmados por tan heróico hecho, siempre que los encontraban á su paso los saludaban y conocian con el nombre de *los salvadores de Linares.*

IV.

¿Qué mas diremos acerca del importante servicio cuya ligera reseña acabamos de hacer? (1)

Una sola cosa. Llamaremos la atencion de nuestros lectores hácia él, para que vean si aprueba la verdad de lo que al empezar el relato dijimos.

El Guardia Civil está casi siempre solo.

Pero bien es verdad—y Las Minas lo prueban que puede decir:

—Me basto yo.

(1) Por él ha merecido el sargento Ildefonso Lozano Ginés la cruz de M. I. L. pensionada, y la sencilla los demás Guardias.



HUETE Y ALCANTUD.

I.

En el dia 14 del mes de Febrero de 1849, entraban en Huete (1) por el camino de Tarancon varias personas que vestian el traje de la Guardia Civil. Algunas cabalgaban sobre buenos caballos, otras marchaban á pié y llevando entre filas á un hombre atado codo con codo.

De esta manera, y delante de otras que con trajes extraños las seguian, llegaron á Huete á las seis y cuarenta minutos de la mañana.

Al penetrar por una de las calles, vieron á un hombre que se ocupaba en abrir la puerta de una tienda de cerrajería de la que era dueño.

Uno de los recien llegados, á quien habia llamado la

(1) Provincia de Cuenca.

atencion la chaqueta amarilla y gorro de cuartel que el herrero tenia puesto, se le acercó preguntándole por el puesto de la GUARDIA.

—¿De dónde vienen ustedes?—les preguntó el artesano.

—Venimos de Madrid—contestó uno—y debemos hacer entrega del preso que traemos al señor sargento de Huete.

—Yo les guiaré á ustedes hasta hablar con él, que debe hallarse en la casa-cuartel situada en el que fué convento de la Merced (2).

Echaron con esto á andar, y durante su camino fué refiriendo el herrero al que primero le hubo dirijido la palabra, que él tambien habia servido en la GUARDIA CIVIL, en la cual ascendió á Guardia 1.°; pero que habiéndose casado en Huete, hacia solo mes y medio que habia tomado su licencia á pesar de los consejos que en contrario sentido le daba el sargento Sr. Delatre, á cuyas inmediatas órdenes habia servido.

En esta plática llegaron al convento mencionado, entraron por una de las puertas que miran al Poniente y llegando á una larga sala hallaron en ella al Guardia Antonio Martinez que aprovechando la luz del amanecer se ocupaba en colocar una hombrera á su levita.

Entonces el herrero Juan Diez, acercándose á su antiguo compañero le dijo:

—Estos señores preguntan por el primero.

Y aun no habia concluido el Guardia Martinez de con-

(2) Tenemos documentos que prueban que esta CRÓNICA es verdadera hasta en sus menores partes.

testarles cuando los hombres que seguian á los recien llegados aparecieron en el claustro, y el preso mirando al licenciado Diez, sacaba un enorme trabuco.

Los que vestian el uniforme de la Guardia Civil y los últimamente llegados, gritaron entonces á una voz:

—¡*Viva Cárlos sexto!*

Pero antes de seguir, narraremos algunos sucesos que nos esplicarán la presencia en aquel sitio de los finjidos Guardias.

II.

Era la faccion mandada por los cabecillas San Juan y el célebre Pimentero.

El dia antes se habia organizado aquella gente en Tarancon; y sorprendiendo en la noche al capitan del Cuerpo, D. José Mendez, que salia del palacio del Excelentísimo Sr. Duque de Riánsares, y poco despues á los Guardias allí destacados, les quitaron traidoramente toda resistencia y se vistieron diez ó doce con los uniformes del Cuerpo.

Marcharon seguidamente á la cárcel y dieron libertad á los presos á condicion de que se unirian á la faccion, cosa que aquellos prometieron de muy buena gana.

Dispusieron entonces los cabecillas que todos los de su gente que estaban por completo vestidos y armados de Guardias formasen la vanguardia del peloton, y al efecto haciendo que uno de los facciosos se fingiese preso, le colocaron en medio, y de este modo los insurrectos salieron precipitadamente para Huete, llevando por retaguardia á los presos y demas hombres que no vestian el uniforme,

aunque para resguardarse del mucho frio de la noche, llevaban ropas fuertes y de abrigo.

En el camino robaron algunos caballos, porque á todo iban decididos y al amanecer llegaron á Huete.

Ya hemos visto cómo hallaron al licenciado Diez; cómo este les guió á la casa-cuartel; cómo en aquel momento aparecieron las gentes de la retaguardia; cómo en fin, se dió el grito de *¡viva Cárlos sexto!*

La casa-cuartel de Huete tenia entonces cuatro individuos; el sargento 1.°, D. Constantino Delatre y tres Guardias de segunda clase. Dos de estos habian salido el dia anterior á prestar el servicio de Instituto, y en aquella mañana solo el Sr. Delatre y el Guardia Martinez se hallaban en el convento.

Los facciosos que así les sorprendian eran en número mayor de cuarenta.

El antiguo convento de la Merced es grande y se conserva en buen estado. Está situado al Este de la villa, tiene tres grandes entradas al Oeste y su fachada principal mira al Sur.

Una de aquellas da paso al teatro y cuartel, y otra á la iglesia parroquial de San Estéban proto-martir.

Entraron por la primera los facciosos y en un momento los cabecillas dieron colocacion á todas sus fuerzas.

Tres hombres de caballería estaban situados bajo á las ventanas del convento; varios otros en la esquina de la casa donde trabajaba el Diez; algunos tambien delante de la habitada por D. Diego de Parada; y nueve mas de caballería en la puerta principal.

La intencion de todos era apoderarse de las armas de la Guardia Civil, sacar el dinero existente en la Adminis-

tracion de Rentas, y engrosar sus filas con los presos de aquella cárcel. Todo esto hacia de aquellos hombres, no una faccion de bando político, sino una gavilla de salteadores; para la que todos los medios y todos los hombres eran buenos.

El claustro en que los finjidos Guardias encontraron á Martinez tiene ciento diez y seis pasos de longitud y seis de ancho; su entrada es por la parte de Oeste y por otro cláustro que conduce á la escalera principal; tiene ademas comunicacion con otras habitaciones, y de una de estas salió el sargento Delatre advertido por el rumor que escuchaba.

Al aparecer ante los facciosos, estos prorrumpieron en confusos gritos; el sargento, creyendo que los supuestos Guardias eran varios de nueva entrada que de un dia á otro debian pasar de Madrid para Cuenca, les reprendió enérgicamente por aquellas voces.

En este momento, el finjido preso que como hemos dicho habia mirado con mucha atencion al licenciado Diez, descargó sobre él su trabuco á quema-ropa.

Aquel hombre era un criminal que habia sido años antes conducido por Diez á presidio; en aquella circunstancia y durante el camino prometió al Guardia vengarse de él si se le presentaba ocasion; pasaron algunos años, el preso encontró á Diez en Huete y de aquel modo tomaba al conocerle su vil venganza.

Quizás si el foragido contiene por algun tiempo mas sus vengativos instintos, no hubiera quedado á los dos Guardias ningun género de salvacion, hallándose solos entre tantos hombres y que tan traidoramente les sorprendian.

Disparado un tiro, otros varios le siguieron instantáneamente.

El licenciado, herido ya, y conociendo al fin lo que aquella gente era, se arroja en medio para amparar á sus antiguos compañeros, recibe tres balazos y cae revolcándose en su propia sangre y con sus ropas ardiendo. El valiente Diez no podia olvidarse de que habia pertenecido á la GUARDIA CIVIL.

Martinez, rueda tambien por el suelo, se levanta, vuelve á caer y lucha á brazo partido.

Todos los disparos se hicieron á la distancia de ocho pasos.

Afortunadamente, de los dirigidos al señor Delatre, ninguno le hirió; el sargento envuelto repentinamente en una espesa nube de humo y polvo nada divisaba, hasta que aclarada algo la atmósfera pudo ver á los que componian la retaguardia de la faccion, vestidos como hemos dicho, de estraño modo; pues unos llevaban sombrero y levita de Guardias con calzon corto y albarcas y otros levita de uniforme con montera de pieles, etc.

Todo esto pasó en cortísimos instantes. El inteligente y previsor sargento conoció entonces lo que aquello significaba; dió por muerto al Guardia Martinez; conoció que le era imposible vencer á aquella muchedumbre solo y sin arma alguna porque todas ellas estaban en el armero ocupado ya por la faccion, y prefiriendo morir á entregarse, se precipitó á su habitacion en donde no vió ya á su señora, y se arrojó á la huerta desde una altura de 35 piés.

Allí, contuso de gravedad, quedó por algun tiempo completamente privado de sentido; lo que dió despues

motivo á una comunicacion que mas adelante conoceremos.

Por salvar á un hombre hubiera expuesto gustoso el señor Delatre una vez mas su vida; exponerla entonces, hubiera sido morir inútilmente á manos del enemigo, y sin ninguna ventaja para el Cuerpo.

Además, salvándose el señor Delatre, salvaba con él á los individuos de los puestos cercanos, como tendremos tiempo de ver en los siguientes capítulos.

III.

Don Constantino Delatre (1) es uno de los individuos mas distinguídos de la Guardia Civil.

El número de sus servicios importantes es muy grande.

Nos complacemos en reconocer el mérito donde quiera que se halle y ensalzarlo es el objeto de este libro; pero hablen por nosotros las comunicaciones oficiales referentes á los hechos que engrandecen la larga hoja de servicios de quien ha sabido conquistar paso á paso y á fuerza de valor, de actividad y de trabajo un distinguido grado y un general reconocimiento en las poblaciones recorridas durante su honrosa carrera militar.

En comunicacion de 18 de Febrero de 1854, se dice en referencia al señor Delatre: *esta recompensa es por los constantes y buenos servicios que ha desempeñado en todas las provincias y destinos.*

---

(1) Hoy don Juan Delatre y Lecarnell capitan del 2.° tercio y destacado en Tembleque.



En otra de 30 de Diciembre de 1844: *me prometo que su buen celo concluirá con* TODOS *los malhechores de esa comarca.*

En otra de 20 de Agosto de 1854 el gobernador de Gualadajara alaba la excelente conducta, actividad, celo y acierto del señor Delatre, sus conocimientos del terreno, sus importantes trabajos sobre estadística de criminales y *el haber logrado hacerse respetar y obedecer por todos indistintamente é inspirar la confianza necesaria al mejor servicio del Cuerpo. Dudo*—sigue—*que haya persona que comprenda mejor su deber y estoy seguro de que nadie podrá reemplazarle con ventaja en el servicio. Por esta razon, cumplo un deber al recomendarle eficacísimamente se sirva darle ingreso en la 6.ª compañía para que continúe como hasta aquí, prestando sus importantes servicios en esta provincia.*

En otra del Excmo. Sr. Duque de Ahumada, se dice que: *debido á su celo y actividad, son muchos los criminales que diariamente se entregan á los tribunales.*

En otras se aplauden sus mejoras introducidas en el servicio, su disposicion, celo incansable y serenidad; y por último, en la referente al hecho que es motivo de esta CRÓNICA, se dice:

He visto con tanta mas satisfaccion la bizarría de este sargento, cuanto desde luego predije no caeria en poder de la faccion porque conozco su buena disposicion militar. Le dará usted las gracias por su serenidad en libertarse en medio de los enemigos. Cuidará usted de que nada le falte en su curacion del golpe que recibió etc. AHUMADA.

Ha limpiado de criminales á grandes comarcas; en el tiempo de su estancia en Huete, los gitanos, lañadores y malhechores desaparecieron en algunas leguas á la re-

donda. Salia solo, especialmente en noches de lluvia y tormenta, y en una de estas capturó á dos facinerosos.

El señor Diaz Valderrama ha reconocido tambien la importancia y renombre del señor Delatre al hacer ligera mencion de uno de sus actos de bizarría en la página 57 de su obra.

Y nosotros, cumpliendo estrictamente nuestro deber marcado en la *Dedicatoria* de cste libro, y en vista de las cien comunicaciones que hemos revisado, reconocemos que el señor Delatre es, como hemos dicho, uno de los muchos individuos distinguidos y dignos de ejemplo de la Guardia Civil.

Continuemos ahora nuestro relato, porque lo reclama el interés de lo que de él falta por narrar.

IV.

El sargento, vuelto en fin al sentido y dominando sus dolores, se dirigió á las ruinas del cercano convento de San Francisco, burlando felizmente á los numerosos carlistas que rodeaban el de la Merced, y con objeto de espedir propios montados á los puestos de Buendia, Riego, Carrascosa y Cabrejas; como así lo hizo, evitando que fueran despues sorprendidos los dos primeros.

El valiente Guardia Martinez, viendo que por todas partes tenia cortado el paso, luchó brazo á brazo con los facciosos y logró abrirse camino por medio de ellos saliendo milagrosamente ileso. Ningun hombre ha tenido la muerte mas segura que él y una reunion de circunstancias le salvó.

Atravesando impávido el compacto grupo de facciosos

pudo llegar á las gradas de la puerta principal. Allí debia haber encontrado varios centinelas de caballería, pero como los que habian penetrado en el interior del convento descargaron sus armas sobre el Martincz, creyeron que aquellos disparos eran de los Guardias del puesto, y se replegaron hácia la derecha. Así, despues de una lucha desesperada consiguió Martinez salvar. su vida, saliendo del convento y dirigiéndose á la fragua que oportunamente habia dejado abierta su antiguo y valiente compañero Diez, moribundo entonces.

Los facciosos entretanto se desparramaron por los ámbitos del convento registrándolo todo. Solo quedaba allí la esposa del sargento; señora de esforzado ánimo y valor poco comun en su sexo, pues en su ódio profundo hácia todo delincuente, algunas honrosas capturas han sido debidas á tan animosa dama.

Esta señora se salvó ocultándose en una habitacion y teniendo la oportunísima prevision de cerrar herméticamente todas las ventanas de aquella. Los facciosos golpearon fuertemente la puerta, pero viendo oscura la estancia desistieron de penetrar en ella creyendo que sería una de las muchas deshabitadas del antiguo convento. (1)

Atendidas las especiales circunstancias del suceso, podrá decirse que habiase ganado una victoria; no era victoria morir inútilmente á manos del número y de tan traidora sorpresa; lo era sí burlar solo dos hombres, á

---

(1) Podrá creerse que este y otros varios detalles nos han sido suministrados por persona interesada. Nada menos cierto. Comunicaciones oficiales secundadas por otras que nos hemos proporcionado por medios indirectos pero de cuya exactitud respondemos, son la base de esta CRÓNICA.

mas de cuarenta, dirigidos por célebres y esperimentados cabecillas.

El valiente ex-Guardia Diez, espiró á la una de la tarde de aquel dia. Los facciosos ocuparon despues su fragua y delante de ellos se le dió el santo óleo.

Habia tomado la licencia para dedicarse á sus quehaceres domésticos en tranquila vida; pero su alma continuaba siendo la de un Guardia Civil. Murió por haberse interpuesto generosamente por salvar á sus antiguos compañeros de armas y el Cuerpo y S. M. la Reina concedieron á la viuda un socorro de 4,200 reales y una pension vitalicia.

Bueno será hacer constar que cuando los facciosos ocupaban las pequeñas habitaciones de la casa-fragua, el Guardia Martinez estaba oculto en una de ellas.

Finalmente, la faccion salió de Huete en la tarde de aquel dia, llevándose los caudales, robando algunos caballos y dando libertad á los presos.

—En dos pudiera dividirse ahora el presente relato dando motivo á una nueva Crónica; pero como los acontecimientos fueron continuados y la faccion la misma creemos mas oportuno dar á las siguientes páginas el nombre de:

EPILOGO.

V.

Han pasado solos cinco dias; estamos en 19 de Febrero de 1849 y en los campos de Alcantud.

La aparicion de los facciosos capitaneados por los cabecillas San Juan y el Pimentero por aquellos valles, habia sido comunicada á todas las autoridades. Tambien la Guardia Civil habia desplegado sus aguerridas fuerzas volando en persecucion de los perturbadores del órden público.

Hallábase pues en la sierra y ermita de *Bienvenida* un destacamento del Cuerpo al mando del 2.° capitan D. Felix Fernandez Soto, hoy coronel; y con él estaban el teniente D. Joaquin Bober, hoy 2.° jefe; y el alférez D. Pedro Carabaza, difunto capitan.

Estos distinguidos oficiales, con veinticuatro Guardias de infantería y ocho de caballería, marchaban tras los pasos de la faccion, cuando se les incorporó el sargento 2.° D. Vicente Velilla y Medina, (1) con dos ginetes mas. Habia salido de Algora para encontrarse en Guadalajara con el mencionado jefe; y habiendo sabido allí que la fuerza habia partido ya en persecucion de los facciosos, tomó inmediatamente direccion y haciendo el tercer dia de viaje llegó á la ermita de *Bienvenida*.

Breves momentos despues la Guardia Civil divisaba á la faccion en las eras de Alcantud y á la conclusion de la sierra por la cual bajaba precipitadamente.

El capitan Sr. Soto dispuso inmediatamente que la caballería partiese y cargara á los facciosos marchando él mismo al frente, acompañado del alférez Carabaza y el sargento Velilla.

Los Guardias empezaron su carrera acortando á cada

(1) Hoy teniente del 9.° tercio, destacado en Rioseco.

instante la media legua escasa que les separaba del vecino pueblo.

La faccion, que siente ya los relinchos de los caballos enemigos, pretende desordenarse; pero contenida por sus cabecillas desfila por la parte opuesta del pueblo.

Sigue la Guardia su carga; atraviesa el pueblo; pasa bajo un molino, llega á una altura y allí forma en ala.

Entónces el jefe, recordando la clase de gente que componía la faccion, grita con voz enérgica:

—*¡Guardias! ¡Viva la Reina! ¡á esa canalla!*

VI.

Una entusiasta aclamacion contesta á sus palabras y los Guardias caen como iracundos rayos sobre los facciosos que esperaban parapetados en un pinar.

Casi á quema-ropa hicieron estos una formidable descarga.

Dos balas hieren gravemente al Sr. Soto y otras penetran en el cuerpo de algunos caballos.

El sargento Velilla, arrebatado por su ardimiento guerrero, adelanta solo tras los facciosos que huian en retirada.

Alcanza á uno, le vence; y con él, su caballo y tres facciosos mas de infantería volvia á la columna, al tiempo que los Guardias Timoteo Pablo y Feliciano Velilla al verle solo con sus cuatro prisioneros salen á escape á su encuentro.

El bizarro sargento se bastaba para sujetar á aquellos hombres.

Las dimensiones de este epílogo no nos permiten es-

tendernos mas. Solo diremos que la faccion capitaneada por los célebres cabecillas San Juan y el Pimentero fué completamente arrollada y vencida.

Desde entonces hay un sitio mas que recuerda las glorias de la Guardia Civil.

Los hermanos habian vengado á los hermanos.

No poca parte de aquella gloria corresponde en esta accion al denodado sargento D. Vicente Velilla y Medina, como su dignísimo jefe el Sr. Soto reconoció en una comunicacion en la que afirma *deberse en gran parte el buen éxito de aquella brillante jornada al sargento Velilla y los dos Guardias que le acompañaban.*

Desde entonces, como acabamos de decir, hay un sitio mas que recuerda las inmortales glorias de la Guardia Civil:

Los campos de Alcantud.

EL DEDO DE DIOS.

Junio de 1852.

I.

La noche era negra y calurosa, aunque su negro manto habia enfriado un tanto la atmósfera, quemada durante el dia por un sol abrasador.

Muchos, la mayor parte de los habitantes de Bentelló (1) se habian entregado al reposo reparador de las fatigas del dia y tan necesario para continuar las del siguiente.

Hemos dicho que esto hacian la mayor parte de los vecinos, porque no todos daban al sueño el cuotidiano tributo.

Ved sinó aquel alegre grupo de personas, casi todas jó-

(1) Provincia de Gerona.

venes, que recorren las calles cantando alegremente y con el decidido proyecto de no dejarlas hasta que la luz del nnevo dia, dé fin á la apacible noche y á *la ronda*, como ellos llaman á aquel nocturno paseo.

Cruzando unas y otras calles, ya lanzaban alegres gritos ó ya se detenian ante una casa y cantaban alguna copla cuya intencion en aquel caso era por todos bien conocida.

Sin embargo, no eran siempre tan pacíficas como pudiera desearse aquellas manifestaciones de alegría.

El abuso en la bebida, esa causa de tan espantosos é innumerables desastres. ahogando con sus vapores la luz de la razon que debe siempre y naturalmente iluminar todos los actos del hombre, hacia que algunos de los rondadores olvidasen muchas veces todo asomo de prudencia.

Así no era extraño ver que uno sacaba un arma y amenazaba con ella á los demás; ver que otro sin motivo de ningun género trababa lucha de sendos garrotazos con un compañero.

El porron pasaba velozmente de manos á manos y de estas á la boca, y uno mascullaba una cancion ininteligible acompañándola con peligrosas oscilaciones y traspiés, al par que otro contestaba que estaba lloviendo si le preguntaba que años tenia.

—Paremos aquí—decia uno pasando los dedos por las cuerdas de una vieja guitarra—es necesario que yo cante una copla á mi novia.

—Entendido; es justo—dijeron algunos.

—¡Tu novia!—esclamaron otros en tono de mofa—si la cantas tantas como años tiene, mañana á la noche vendremos á buscarte y aun no habrás concluido la serenata.

—¿Y qué os importa?—dijo el rondador pronunciando con bastante dificultad las palabras.

—¡Como ha enviudado dos veces!

—Pues á la tercera vá la vencida; ahora le toca á él—replicó otro de los compañeros.

—No me hableis mal de mi novia... ya sé que se murmura... y al que se atreva!..

Hizo el mozo un ademan de hóstil provocacion, y como en tales casos andan los ánimos de sobra alterados, no faltó quien se le pusiera delante contestando á ademan con ademan.

Y ciertamente no hubiera acabado en bien la lucha si uno de los rondadores llamado José Ferrer no se interpusiese entre sus dos compañeros.

—José—le dijo otro que tenia por nombre Miguel Vinardell—mal haces en meterte en lo que no te importa: sigue el ejemplo de tu hermano que no quiere mezclarse en asuntos que son de los demás y no estires el pié mas allá de donde llega la manta por presumir de mucho.

—Ya sabia yo, Miguel, que habia de parecerte malo todo lo que yo hago con satisfaccion de todos. Hace tiempo que me guardas rencores, y como conmigo no te atreves, buscas el medio que otros lo hagan por tí... ya sabes que te espero siempre. ¿Quieres que ahora mismo te lo pruebe?

—Yo no te guardo ódio alguno, José; pero si me amenazas... ahora...

—¡Basta! ¡Basta!—gritaron varios y entre ellos el hermano de José Ferrer que era tocayo de Vinardell.

—Canto ó no canto?—gritó con voz vinosa el que queria dar serenata á su prometida—¡Calláos ya!

—Yo no tengo mas que hablar—dijo José con calma.—Por mas que digas, Miguel, todos te conocemos. Sabemos que has sido ladron en cuadrilla, sabemos que has estado en presidio, sabemos que has querido fugarte de la cárcel de La Bisbal, tirándote por una ventana de cuyas resultas no andas muy derecho: y en fin, sabemos...

—Tanto sabes y no sabes lo mejor.

—¿Qué?

—Ya lo sabrás por otro.

Aquí concluyó tan agresiva reyerta, y entonces el mozo que empuñaba la guitarra, gritó:

—¡Silencio! voy á cantar.—Rasgueó la guitarra, y estirando el cuello, empezó así:

«He tenido seis novias,
«diez novias, ciento,
«y es la mejor de todas
«la que no tengo.
«Por esta causa...»

Aquí se detuvo el mozo viéndose en grande aprieto para continuar la cancion por haberla olvidado en aquel punto. Tornó á repetirla, dióle cien vueltas á lo de *por esta causa...* y no encontrando lo que debia seguir, salió de la dificultad diciendo:

—*Por esta causa...* me callo y me voy.

La causa en verdad, era el vino y los licores.

Tal suceso aumentó la general alegría de los rondadores y como algunos exclamasen:

—A las eras! á las eras!—el grupo se separó gradualmente de las casas de Bentelló y se encaminó á las cercanías.

II.

Las exclamaciones, los gritos imitando los de algunas aves, las frases disparatadas, las amenazas y la estrepitosa algarabía de tantas voces broncas que cantaban tan distintas cosas, no cesaron allí y formaron un monstruoso y atronador desconcierto.

Los perros de las eras, asustados por gritería tan tumultuosa, comenzaron á lanzar agudos é incesantes ladridos y unido todo era imposible que hubiese un sueño capaz de resistirlo sin interrumpirse.

Así que, algunas personas que dormian en las eras se despertaron revelando en sus primeros movimientos la estrañeza que el suceso les causaba, si bien no tardaban en figurarse la exacta razon de aquella gritería.

Una de ellas era un niño y ya le veremos despues tomar mucha parte con la Guardia Civil en esta historia.

Hicieron alto los alegres rondadores y se diseminaron un tanto sin que cesasen por esto las conversaciones, burlas, gritos, canciones y sonidos de cascadas guitarras.

Pero un segundo bastó para que todo cambiara enteramente de aspecto.

Sonó un tiro, vieron algunos la rápida llamarada de la pólvora, oyeron bien cercano un ¡ay! de agonía... y en un instante de todos aquellos hombres solo tres quedaban allí.

Huyeron despavoridos y desbandados como pájaros que en mitad de la noche sienten un tiro en medio de las ramas en que duermen agrupados.

De los tres que quedaban, uno era ya cadáver: José Ferrer habia muerto.

Otro, llamado Miguel, dejaba caer de sus manos el arma homicida y esclamaba:

—*¡Oh! vil de mí, que he muerto á mi hermano!*

El tercero era Miguel Vinardell.

Se acercó con mucha prudencia á su tocayo, entonces fratricida, y le dijo en voz baja:

El tiro no ha debido alarmar á nadie esta noche, porque todos saben que andamos de ronda; yo alcanzaré á los amigos y les prevendré de todo para como deban obrar y decir. Ahora llevemos el cadáver á aquel huerto y podrá hacerse creer que le mataron allí por haberle cogido robando.

—¿Ves á alguna persona..? preguntó temblando el fratricida.

—A nadie, á nadie veo. Arrastremos el cadáver cuidando de evitar el rastro de sangre y vamos hácia el huerto. No tienes mala puntería.

—¡Calla!

—Cójele tú por los pies... y al huerto.

—Vamos allá. Cuida de que no nos perdamos...

—No temas; nadie podrá decir nada.

Y asiendo el cadáver, le llevaron al lugar que habian determinado como mas conveniente para sus deseos.

III.

Al dia siguiente de este suceso dos Guardias de segunda clase, Jacinto Gonzalez Sanz (1) y Benito Fernan-

(1) Hoy cabo 1.° comandante del puesto de Masnou (Barcelona.)

dez, del puesto de Torruella de Montgrí, hacian su acostumbrada correría por los caseríos de Olivas y Vilaur, cuando llegó á su conocimiento la noticia del asesinato referido que ya habia traspasado los límites de Bentelló.

Ignoramos por qué medio la supieron los Guardias y preferimos y preferiremos siempre decirlo así, á escribir lo que no esté bien probado ó sea contrario á la verdad pues esta es la que antes que todo debemos tener en cuenta continuamente.

Sabida la noticia, los Guardias toman sin dilacion el camino de Bentelló, y llegan á este punto.

En él les informan de que allí se hallaba tambien el cabo 1.° Andrés Fernandez, su comandante, con la fuerza restante del puesto y corrieron á su encuentro para ponerse á sus inmediatas órdenes.

La congetura mas válida de todas las que circulaban por el pueblo acerca de la muerte de José Ferrer, consistia en creer que habiendo el difunto salido de ronda con otros compañeros, estos no debian ignorar el motivo de aquella muerte violenta.

Nadie sin embargo hacia mas que darse á sospechas y los que conocian bien todo lo sucedido callaban como mudos ó fingian entregarse como los demás á congeturas mas ó menos vagas, lejanas é inverosímiles.

Es lo cierto que la autoridad civil local no pudo descubrir ningun indicio exacto en las primeras diligencias.

El Cabo sin embargo, apercibiéndose de la consistencia del rumor mas probable, propuso al Alcalde que se procediese á la detencion de todos los mozos que en la noche anterior habian rondado por el pueblo para ver si alguno daba los apetecidos indicios.



Verificó estas detenciones la Guardia Civil, y llamados á declarar privadamente los rondadores, no se consiguió á pesar de los esfuerzos del alcalde y secretario, encontrar una sola contradiccion ó abrir un camino que llevase con mas ó menos rodeos al conocimiento de quien fuera el asesino.

Todo vino á estrellarse en este misterio.

¿Cómo aclararlo? Vista la uniformidad de las declaraciones dadas, parecia imposible, y ya se empezaba á atribuir á inciertas causas la muerte de José Ferrer.

Todos los recursos ordinarios en este género de asuntos se habia agotado sin dar resultado alguno.

Las pesquisas, si se hacian, debian ser particularizadas y esto no se logra sin que haya un indicio que guie en ellas, que marque un punto, así como el marino surca el Occéano valiéndose de la estrella ó de la brújula que le marca un polo.

Llevando algo conocido, se puede buscar con fundamento; cuando nada se conoce es entregarse por completo á la casualidad.

Este extremo era el que arrojaba el proceso empezado en Bentelló.

El libro de sospechosos de la Guardia Civil, no podia tampoco dar alguna luz al misterio.

De gran importancia son esos libros, segun el conocimiento y minuciosa experiencia de quien los escribe, comprendiendo lo mucho que valen y su poderosa trascendencia; en los pueblos pequeños donde todas las vidas son conocidas, esos libros suelen y deben tener una exactitud y precision admirables.

Pero ¿de qué servirian en el acontecimiento que preocupaba los ánimos de los vecinos de Bentelló?

Serian inútiles segun toda probabilidad, y cuanto sobre sus datos se hiciese saldria frustrado.

Eran ocasiones perdidas, semejantes á muchas ótras de que hablaremos en ótra ocasion al hablar de las cédulas de vecindad, asunto que juzgamos de mucha importancia.

Pero contrayéndonos ahora á nuestro principal asunto, será forzoso conocer que el descubrimiento del asesino, no dependia directamente del valor, ni de la abnegacion, ni de una actividad que no sabria en qué ejercerse; dependia solamente del talento.

Que el Guardia Civil necesita educar su inteligencia y poseerlo, es de todo punto indudable.

Que en general lo tiene, podrian ponerlo en juicio algunos; pero tanto esta Crónica como otros infinitos hechos les harian palpable su error; si á pesar de esto persistiesen en negarlo, sería juzgar una cosa sin conocerla; y ninguna importancia concedemos ni concede nadie á las personas que así tan de ligero ó con tan mala fé juzguen las cuestiones.

Véamos ahora como obró en tan misterioso caso la Guardia Civil.

El cadáver habia sido encontrado en el huerto de que hemos oido hablar á Vinardell; todo en aquel cuerpo inerte indicaba un asesinato; y era urgente descubrir al asesino.

Hoy parece que la ciencia médica ha hecho un importantísimo descubrimiento, segun varios periódicos científicos han asegurado últimamente.

Se ha conocido, á favor de un microscopio que en los ojos del cadáver muerto repentinamente queda como retratada la imágen del último objeto que vé.

Y se dice que en Francia, al examinar así los ojos de una jóven asesinada, se vió en ellos parte de la figura de un hombre, cuya mano derecha blandia un puñal.

Gracias á este descubrimiento, se dan por descubiertos últimamente muchos criminales.

Decíamos que, existiendo vehementes sospechas de asesinato, y no arrojando luz alguna las declaraciones tomadadas á los rondadores, solo una especial idea podria guiar á la captura del misterioso asesino.

No faltó por fortuna. Cuando ya iban á ser puestos en libertad los detenidos, el Guardia Jacinto Gonzalez Sanz solicitó de su jefe de puesto y del Alcalde permiso y facultades para obrar segun necesitase con el objeto de descubrir los criminales. Aconsejó que continuase la detencion de los rondadores y era tal su confianza que se comprometió á poner muy en breve ante las leyes el oculto ú ocultos delincuentes.

Fuéle concedido cuanto pedia y comenzó á poner en práctica su ingenioso proyecto, saliendo á las calles.

IV.

Paseó con fingidas muestras de no hallarse de servicio y arreglando bajo esta apariencia todos sus ademanes y palabras, llamaba á los niños de 6 á 10 años, los alhagaba y concluia por pedirles con gran disimulo noticias acerca de lo sucedido.

Nada pudo conseguir en aquellas primeras indagaciones, pero no desanimó por ello. Continuando en su propósito, llamó á sí á una niña muy pequeña, hija de un amigo suyo á la cual compró algunos dulces.

—¿Sabes tú—la dice despues acariciándola—quién mató á José Ferrer en las eras? No has oido nada de esto?

—Sí;—contestó la inocente niña con gran ingenuidad—el hijo del sereno sabe quien le ha pegado el tiro á José; pero no quiere decírnoslo porque su padre le ha pegado por haberlo dicho ya, y le amenazó con matarlo si lo decia.

Al oir esto, no pudo el Guardia contenerse y dando un cariñoso abrazo á la niña despidióse de ella con estas palabras:

—Sin duda Dios se vale de un ángel para descubrir un crímen.

Dejó aquel sitio, conoció que faltaba mucho que hacer y que todo recomendaba especial prudencia, y corriendo en busca de otro compañero, se armaron precipitadamente.

Sin perder tiempo y evitando todo ademán que demostrase hostilidad ó prevencion, dirigiéronse los dos Guardias hácia la casa del sereno, pero siempre aparentando estar de marcha y ser aquel el camino.

Por fortuna encontraron al niño clave de aquel misterio y le propuso Gonzalez Sanz que si queria acompañarlos al vecino pueblo de Barbará, porque ellos desconocian el mejor camino. No amedrentó esto al infante, pues le pareció muy natural y como Barbará estaba cerca, podia muy pronto volver á su casa.

Sin sospechar ni remotamente lo que iba á sucederle, aceptó con alegría el ofrecimiento y se pusieron los tres

en marcha no deteniéndose hasta llegar á un olivar situado en paraje solitario.

V.

Allí, detuvo al niño el Guardia Gonzalez y poniéndose ante él con ademan imponente le dijo, firme en su proyecto:

—Niño, nosotros venimos enviados por Dios y la justicia; las dos nos han dicho que tú sabes quien mató á José en la noche del sábado; sabemos tambien que tu padre te ha amenazado, pero si ocultas ese horrible crímen, te condenas desde ahora mismo. Tu padre nada sabrá de lo que nos digas, porque para que nada sospeche seguirás con nosotros hasta Barbará ya que él te permitió que nos acompañases. Si no confiesas lo que sabes, estás condenado y te dejaremos en el hueco de aquel olivo hasta que el diablo venga á cogerte y te hunda de repente en los infiernos.

Estas palabras, dichas con la entonacion que requerian, hicieron en el niño mas efecto que el que cualesquiera otras hubieran producido.

Una rápida conmocion se apoderó de él y una intensa palidez cubrió su espresivo semblante.

Pero el miedo que á su padre tenia le hizo reponerse bien pronto y con una calma y sangre fria muy de estrañar en su corta edad dijo y repitió que nada sabia de lo que le preguntaban.

Vuelve el Guardia Gonzalez Sanz á repetirle las amenazas y lo fatídico de las palabras, el continente de los Guardias, la soledad del olivar y el asomo de un cruel

remordimiento, vencen al fin al niño por cuyas pálidas megillas rodaron instantáneamente dos lágrimas.

Temblando entonces suplicó á los Guardias que nada dijesen á su padre de cuanto iba él á manifestarles, y recogida la promesa, trocó su angustia y temor en confianza y cariño.

—Sí—dijo—yo lo sé todo porque lo ví estando acostado en la era. Oí un tiro y al hermano de José que gritó:

—*¡Oh vil de mí, que he muerto á mi hermano!*

Y siguió narrando lo que nuestros lectores saben ya.

Si alguna duda habia podido tener hasta entonces Gonzalez Sanz, esta última revelacion las ahuyentaba todas.

Habia pues, cumplido su promesa en el mismo dia de haberla hecho.

Escusado nos parece decir que los Guardias no siguieron el camino de Barbará. Antes bien, despues de dar todas las seguridades al niño confidente, tomaron de nuevo con paso presuroso la ruta de Bentelló.

Llegaron y entraron sin mas demoras en la cárcel; allí Gonzalez dispuso que Ferrer y Vinardell fuesen puestos en prision separada de los demas detenidos y dirigiéndose á estos les dijo:

—Pongan ustedes las manos sobre el corazon y conocerán que no le tienen tranquilo... porque no han dicho la verdad. Ya sé yo quienes son los que han hecho la muerte... ustedes acaban de verlos separar. No quieran ustedes hacerse cómplices del crímen por miedo de comprometerse; digan cuanto han oido y visto y yo les prometo que el que amplie la declaracion diciendo la verdad marchará en seguida á su casa y sin peligro alguno.

Oido esto, todos los rondadores permanecieron mudos;

ninguno se atrevia á ser el primero en demandar amplacion á lo declarado.

El mozo de la copla se mordia las uñas, dándose tiempo á recapacitar sobre lo que convenia hacer. Al fin, uno de sus amigos, que era soldado y estaba disfrutando de licencia temporal, pidió declarar de nuevo, y entonces nada contuvo á aquellos hombres que pidieron inmediatamente lo mismo.

Declararon todos y los reos fueron completamente conocidos.

Ferrer, Vinardell y otros dos fueron puestos inmediatamente bajo el severo fallo del Juzgado de primera instancia del partido.

Treinta horas habian bastado para conseguir un fin que aparecia tan confuso y lejano, y en el cual se muestra visiblemente *el dedo de Dios*.

No es—ya lo hemos dicho—el valor, la caridad, la abnegacion, lo que podremos apreciar en este pequeño relato, lo es sí, la prevision y el talento del Guardia Civil.

Y nadie dudará de que esta es una cualidad tan necesaria é imprescindible como las otras para el mas exacto cumplimiento de los deberes que el Guardia se impone al jurar bajo sus sagradas banderas.

BALSARENY.

25 de Diciembre de 1859.

I.

Teniendo esta obra como principal base y objeto, la enumeracion de servicios, no creemos fuera de toda oportunidad el esclarecer una idea referente á ellos; idea que ejerce sin duda alguna en los hechos de esta Institucion una poderosa influencia.

Hay servicios que son de muy escaso lucimiento y valen sin embargo tanto como otros que lo alcanzan mayor.

Hay Guardias que pasan seis, diez ó mas dias de continuas y dolorosas penalidades y el resultado de ellas es la captura de un malhechor de poca importancia; otros hay á cuyas manos viene el mismo criminal, un criminal famoso; una hora emplean en capturarle y este servicio adquiere mas nombre que el primero.

Por estas circunstancias hay en el cuerpo individuos que han espuesto cien veces su vida, y no cuentan sin

embargo en su hoja de servicios uno de esos que adquieren importancia y celebridad.

Muy injustos seríamos si por eso tratásemos de negarles su valor; asi como seríamos injustos tambien si no reconociésemos ser todos ellos muy dignos de ser apreciados.

Para probar lo que decimos pudiéramos muy bien estendernos á otras muchas consideraciones pero como nosotros por nuestro juicio, no damos importancia á un servicio por su solo éxito, sino tambien y muy principalmente por los trabajos que á los individuos de la Institucion cuesta, no necesitamos decir mas sobre este punto.

Y fuera escusado; porque aquellos de nuestros lectores que pertenezcan al Cuerpo conocerán de sobra que en los mismos servicios de cada uno, los hay que les han dado mayor lucimiento, habiéndoles costado el realizarlos mucho menos trabajo que otros que sin embargo han pasado desapercibidos ó estan casi del todo ignorados.

Hemos creido conveniente estampar aquí estas reflexiones cuya exactitud será reconocida de todos, porque ayudarán mucho á hacer mas imparciales los juicios que sobre algunos hechos deben emitirse.

Esto sin embargo, no prejuzga nada acerca de la importancia del siguiente servicio.

II.

Era la una de la madrugada del dia 25 de Diciembre de 1859.

Los vecinos de Balsareny se entregaban ya al reposo

despues de celebrar como es costumbre en el seno de las familias, la fiesta de Noche-buena.

Los dias de las grandes festividades se distinguen ademas de serlo por el rastro de grandes desastres que dejan en pos de sí.

Es incalculable el número de incendios, robos y asesinatos que se cometen en el mundo católico en la noche del 24 de Diciembre.

Pasen los primeros que bien pueden ser efecto de descuidos; pero robos, asesinatos y borracheras en festejos de tal dia, no dan muy alta idea del estado de civilizacion de las costumbres en general. Confiamos y confiamos mucho en que la instruccion y el tiempo darán á todos mayor sensatez evitando así de raíz tan aciagos y deporables excesos.

De incendio era el suceso que á la sazon llevaba la alarma á los habitantes de Balsareny.

Los gritos de *¡socorro! ¡socorro!* pronunciados con angustioso acento dieron la primera noticia del desastre, ya cuando el fuego se habia posesionado ámpliamente de una casa (tienda de comestibles) habitada por un vecino llamado Marcos N., su mujer y tres hijos.

Aquellos gritos sobrecogieron á los vecinos de las casas mas próximas y despertaron en una de estas á los Guardias de aquel puesto que dormian en su casa-cuartel.

Eran estos el cabo 2.° Ramon Gonzalez Rodriguez (1) comandante; Fernando Villanueva, Guardia de primera clase y los de segunda Mauricio Font y José Gil.

Vístense apresuradamente los citados Guardias, y

(1) Hoy Cabo 1.° comandante del puesto de Villanueva y Geltrú.

salen de su morada llegando en breves momentos ante la que era presa de las llamas, con una rapidez que pareció inconcebible.

Salvar las vidas era lo primero á que debian dedicarse; pero tanto ellos como los vecinos que acudieron al lugar del suceso, conocieron que las llamas no daban tregua alguna, pues dominando la mayor parte de la casa y amenazando á las contíguas, impedian con su roja muralla todas las salidas ordinarias.

El Guardia no huye los acontecimientos por complicados ó desesperantes que sean; los acepta tal como vienen; lucha con ellos; un recurso fallido es reemplazado instantáneamente por otro y el hombre queda al fin dominando como rey que es, todos los elementos de la naturaleza.

El Guardia no debe nunca entrar en un servicio, sea el que fuere, sin llevar mas de un plan de realizacion.

Si uno solo lleva, y este fracasa, el buen éxito del servicio puede peligrar mucho, si pronto no se reforman los medios empleados.

Napoleon nunca abria combate sin tener lo menos tres diferentes y opuestos planes de batalla.

Muchas veces, los tres fracasaban.

III.

Lo avanzado de la hora, la pequeñez ó carencia absoluta de medios que hay para estos casos en los pueblos pequeños, el depósito de agua que se hallaba distante un cuarto de hora de Balsareny, y en fin, el aturdimiento y

confusion del vecindario, auguraban fatalísimas consecuencias de aquel siniestro.

El fuego, apoderado de los dormitorios, prendia ya en las camas de la casa, y fácil es adivinar el funesto incremento que estas iban á darle.

Los instantes valian entonces mas que dinero como dicen los ingleses; valian vidas humanas.

Piden los Guardias escalas de mano, las buscan, se las dan y las arriman á las ventanas de la casa.

El interior de esta aparecia ante los que estaban fuera teñido de un color rojo tan brillante é intenso que causaba pavura el mirarle.

El olor de las materias incendiadas era repugnante y muy fuerte.

Y mas se aumentaba aquel temor con los angustiosos gritos que de dentro salian.

Lánzanse los Guardias á las escalas sin temor alguno al peligro y les secundan conmovidos por su bello ejemplo algunos paisanos. . . . .

. . . .

Pocos minutos habian trascurrido cuando Martin, su esposa y sus tres hijos se vieron salvados casi milagrosamente.

Despues de las vidas, la hacienda.

El fuego fué combatido, arrollado por todas partes, dividido en lenguas y vencido al fin despues de cuatro horas de incesantes y peligrosos trabajos, en los que el cabo Ramon Gonzalez Rodriguez y sus Guardias demostraron ser dignos de llevar el noble y distinguido uniforme de la Guardia Civil.

Hallaron tambien palabras de consuelo para la fami-



lia que acababa de ver la pérdida de tantos intereses. (1)

S. E. el Sr. Director general del Cuerpo supo con mucha satisfaccion el detalle de este servicio y en prueba de ello dió las gracias á los mencionados Guardias Civiles.

IV.

Tantos y tantos servicios de todos géneros no han podido menos de conquistar al Cuerpo un renombre, una gloria, una *fuerza moral* que no perecerá.

Por ellos es la Guardia Civil un Cuerpo especialísimo, respetado, temido por los delincuentes, ensalzado por los desvalidos y querido por todos los hombres honrados que ven que la idea sobre que descansa el Cuerpo es de Jesucristo.

—*Sed hermanos.*

Será su renombre tan eterno como ella; mientras esta sublime ley exista, existirá aquel como derivado de ella.

Solo son pasageras las instituciones que se afianzan en leyes pasageras tambien.

Quien quiera asegurarse de la sólida existencia de aquella fuerza moral, recorra á España, como hemos dicho, y verá que esa influencia es la credencial, el diplo-

---

(1) Esto nos recuerda un servicio que vamos á apuntar ligeramente. Incendiadas dos casas en Piedra-buena (Ciudad Real) el sargento Tarazaga con los Guardias Martinez, Rodriguez, Herrera, García y Arroyo prestaron el necesario auxilio. Pero conmovidos despues al ver la miseria en que quedaban las infelices víctimas de la catástrofe, abren una susericion dando sesenta reales. Todo el pueblo se apresura á secundar tan generosa idea entre los frenéticos vivas á la salvadora y benéfica Institucion. Ya analizaremos á su tiempo hechos semeantes.

ma de gloria de una de las grandes instituciones creadas por el siglo diez y nueve en esta heróica nacion.

Verá al Guardia civil apartado de todos los lazos que no sean los del deber, emancipado de todas las pasiones, esponiendo su vida á cada momento por salvar á un náufrago, á un asfixiado, á un hombre enterrado en la nieve ó en los escombros de un hundimiento, á otro cuya casa se incendia, á un coche despeñado... y al mismo tiempo castigando al asesino, al ladron, al hombre inmoral, al perturbador del órden público; cobrando en fin, en nombre de la sociedad las deudas que con ella contraen todos los criminales al serlo.

Para representar así á la sociedad, no dudamos de que son necesarias muchas circunstancias.

¿Las tiene la Guardia Civil?

Esto no puede ponerse en duda.

Pero quien dude, si alguno hay que tan obcecado esté, lea estas páginas escritas con inmejorable deseo y buena fé.

Lo publicado hasta aquí y lo no menos importante que seguirá á esto le harán variar de pensamiento y exclamará como todos hoy:

—La Guardia Civil es de las instituciones del siglo actual, la que ha sabido permanecer mas pura en España y conquistar un gran porvenir de gloria.

Los que á levantar este edificio contribuyen con sus servicios, merecen bien de la pátria y de la humanidad.

EL PESCADOR DE LAS ROQUETAS.

4 de Marzo de 1852.

I.

Pasan á veces y sin que nadie lo advierta, en el seno de las familias escenas de profunda desolacion.

Esas tragedias, esos infortunios que nacen, viven y mueren casi de todos ignorados llevan en esto su mayor mal.

Siendo sabidos, quizás en muchos casos serian remediados; pero verificándose en el secreto teatro de la vida privada, les sucede lo que al hambre, que se mata á sí misma matando á la persona que la siente.

De uno de estos grandes infortunios era víctima la familia de un pobre pescador de las Roquetas.

Y ved sinó.

Allí, tendida en el suelo hay una mujer que dando horribles gritos forcejea con un hombre que pretende sujetarla. Son esposos.

A su lado tiemblan y lloran de miedo cuatro niños, hijos suyos, víctimas del profundo terror que aquella escena producia en sus inocentes y tímidas almas.

¡Infelices! su madre estaba loca y el marido, asustado por lo vehemente de aquel acceso de furor, luchaba á brazo partido *por atar á su mujer.*

Esto parte el corazon.

Un artista muy célebre, no atreviéndose á pintar el rostro de una madre que vé el cadáver de su hijo, lo cubrió con un velo; y nosotros tenemos que pasar en silencio algun detalle porque no podemos pintar ni describir la fisonomía de aquel pescador al ver el desesperante estado de la que habia jurado ser su compañera en la tierra.

Aquella mujer lanzaba frenéticos rugidos; forcejeaba entre los brazos de su marido; queria morderle; copiosas gotas de un sudor frio semejante al de la agonía, brotaban del tostado cútis de su rostro; sus ojos girando incesantemente bajo los enrojecidos párpados irradiaban la luz con siniestro fulgor, lanzando ávidas é intensas miradas cuyo brillo amenazante era imposible resistir.

—¡Déjame! ¡déjame!—gritaba enfurecida y salvaje—me está ahogando y yo quiero buscar á mi marido, decirle que quieres matarme, decirle...

Y se interrumpia porque una compacta espuma rebosaba en sus cárdenos labios que temblaban, se abrian ó cerraban haciendo horribles muecas. Los tendones de su cuello saltaban bajo la epidermis; su suelta y desgreñada cabellera se enmarañaba sobre el rostro y algunas veces la pobre loca llevaba á ella sus manos y con movimiento nervioso se le arrancaba á mechones.

El pobre pescador llevaba ya horas en aquel trabajo

que era ciertamente una bien dolorosa prueba; nadie le auxiliaba y la presencia de sus asustados é inmóviles hijos aumentaba aquel dolor.

Nadie le socorria en tal infortunio: estaba solo con la desgracia, con esa hija de la humanidad que tantas veces clava un puñal envenenado en el pecho de su madre.

El pescador, hombre de callosas carnes y ruda musculatura, sintiendo que las fuerzas iban á abandonarle pronto, quiso acelerar en lo posible aquella desesperada lucha con la enfurecida loca.

¡Cuántas de sus amargas lágrimas caian sobre el palpitante rostro de aquella mujer que le era tan querida! ¡Cómo la sangre de sus agitadas venas saltaba en el corazon y martillaba las hondas sienes de aquel infeliz hijo de las olas!

Pone al fin una de sus rodillas sobre el pecho de la loca; y con una de las cuerdas de su barco, la ata fuertemente las manos.

Esto dió mayor coraje al enfurecimiento de aquella mujer á la que ninguna palabra del marido conseguia tranquilizar.

Los pies fueron bien pronto atados tambien sólidamente y la loca al sentirse privada de los principales movimientos, volvió á sí su impotente rabia, mordiéndose los lábios con sus mandíbulas rechinantes, dando con la cabeza fuertes golpes sobre el pavimiento, abriendo desmesuradamente sus ojos, revolcándose y forcejeando entre estertóreos gritos hasta hacer saltar sangre en el lugar de las ligaduras.

Uno de los hijos, de dos años de edad no pudiendo resistir por mas tiempo la vista de tan tristísimo espec-

táculo, se desmayó y con esto el llanto de sus hermanos se hizo mayor y mas doloridos sus sollozos.

El padre, sin fuerzas ya, se tendió tambien en el suelo.

Aquel dia era el décimoquinto de un furioso temporal que habia impedido salir de la playa un solo barco. El pescador no habia podido ir al mar en todo ese tiempo; sus mezquinos recursos se habian agotado bien pronto, ningun alimento habia en su casa... y la fatiga, el infortunio y *el hambre* le vencian haciéndole caer exánime sobre las losas.

¡El hambre! Esto solo bastaba, porque es la concentracion de todos los dolores cuando amaga tambien á una mujer y á unos hijos, porque esa palabra *hambre*, es quizás la mas terrible que pronuncia la lengua humana despues de esta otra: *crímen.*

En aquel momento, una persona atraida por los gritos de la loca, llegó hasta aquella morada de dolores, entró en la estancia y quedó sobrecogida al contemplar con compasiva mirada aquel cuadro de terrible desolacion.

Era su nombre Rafael de Torres, y vestia el uniforme de la Guardia Civil con los distintivos de cabo.

II.

A los pocos momentos, este benemérito individuo del Cuerpo, entraba presuroso en la casa-cuartel, llamaba á los Guardias que en ella estaban, les referia lo que acababa de ver y reuniendo treinta y seis reales, corre á la morada del pobre pescador, se acerca á él, y le dice:

—Tome usted esto por ahora, buen amigo, y dé pan á su familia.

¡Oh! Dios debió sonreir en aquel momento, porque la humanidad que ha formado aparecia tal como él la habia querido.

Patética era la escena que allí tuvo lugar y una gran verdad dice el Alcalde de Roquetas cuando al dar noticia del suceso escribe:

«Hechos como este *moralizan* y civilizan un pueblo y «*honran* al Cuerpo.» (1)

Hay mas aun. Al dia siguiente, la esposa del cabo Torres, á semejanza de otras muchas unidas por vínculos sagrados á individuos de la Guardia Civil, prohijaba al niño de dos años, hijo del pobre pescador de las Roquetas, que recibió además nuevos socorros pecuniarios.

Creemos innecesario comentar estos hechos.

---

(1) Imposible es negarlo. ¿Y cuánto estos y parecidos hechos no abundan en la historia de la Guardia Civil? Véanse los siguientes.—En Navares de las Cuevas el sargento 2.° José Compañ captura á un ladron y al presentarlo al Alcalde le dice: —No ha comido nada, se desfallece y ruego á usted que le facilite alimentos. La ley cumple su deber, pero esto no impide la caridad y si pide algo mas, que se le dé, *pues yo lo abonaré.*

—En Ayamonte es robada una caballería; el sargento Antonio García la encuentra y entrega á su dueño. Este tenia que satisfacer 28 reales de derechos al secretario del Ayuntamiento y siendo pobre, el sargento que lo conoce, le dice:—Tómelos usted y cuatro reales mas para almorzar.

—En Garrovillas, una infeliz mujer da á luz un niño, en avanzada hora de la noche y parage aislado. Llegan los cabos Hernandez y Magro, la asisten, cuidan el niño, lo cristianan, hacen lumbre, pagan una sirvienta y otros gastos y salvan la vida de aquella madre.

Estos hechos son tantos en el Cuerpo, que no pueden contarse.

Y compárese ahora con el siguiente párrafo de una carta de Marzo de 1852.—«Ayer el sargento Joaquin Lastra (individuo infatigable y de mucho nombre en el Cuerpo) hallándose enfermo prestó un servicio con agua hasta la cintura. Hoy le tenemos echando sangre por la boca.»

Quien comprenda la idea que se desprende de esa comparacion de hechos habrá comprendido á la Guardia Civil.

LA SIMA.

(1852.)

I.

Hay crímenes que vistos muchas veces en los libros de pura invencion se creen inventos absurdos, porque se resiste al sentimiento de todos el juzgarlos verdades.

Crímenes de esos que rompen los mas santos y fuertes lazos que unen á los hombres, son poco frecuentes en verdad; pero no por eso faltan en las estadísticas criminales, sin duda para probar que la humanidad tiene al lado de las virtudes mas heróicas los crímenes mas grandes y horrorizadores.

Decimos esto apropósito del suceso que es asunto de este relato.

Aconteció en el mencionado año y en Villamalefa, de la provincia de Castellon.

Existia allí, y aun debe existir hoy, una casa de modesta apariencia, colocada en una altura y casi al borde de una sima de gran profundidad.

Esta casa estaba habitada por un matrimonio y un niño de un mes de edad, hijo de aquel.

En el momento en que los presentamos á nuestros lectores, los esposos se hallaban en una habitacion reducida, en la que está la cuna en que duerme el tierno niño, y en sus alterados rostros y descompuestos ademanes revelan la sobreescitacion consiguiente á un fuerte altercado.

El marido, dando agigantados pasos por la estancia, se mesa los cabellos y amenaza á su convulsa y amedrentada cónyuge con cínicas palabras, en las que rebosa el rencor mas impío y sañudo.

—No, no—decia con voz bronca y gutural—no quiero nada tuyo, nada!

Por momentos se aumentaba la ira de aquel hombre, en cuyos ojos centellantes parecia destellar la locura sus rayos siniestros.

Seis veces se detuvo cruzando los brazos ante la cuna de su hijo que dormia reposadamente. Seis veces abrió los cruzados brazos y los extendió hácia el niño...

Despues continuaba paseando por la estancia, exhalando frenéticos rugidos.

La mujer le seguia azorada con la vista en los intérvalos en que las copiosas lágrimas que inundaban sus ojos, la permitian ver.

Por sétima vez el marido se detuvo ante su hijo.

Entonces, vencido por sus criminales iras que querian ensañarse en un débil é inocente ser, arranca al hijo de la cuna con su crispada diestra, prorrumpe la madre

en quejidos desgarradores... y aquel miserable, á quien no conmovian los angustiosos quejidos de su hijo, lo lanza con furia hácia una ventana abierta, le ve dar en el aire agonizantes vueltas y le ve caer como una masa inerte á la profunda sima del cercano abismo.

II.

Corazon de roca tendria quien no se sintiera conmovido por los lastimeros gritos de la madre, que saliendo rápidamente de aquella casa, corria llamando á los vecinos y pidiéndoles auxilio.

Rodéanla todos, oyen con lástima, lágrimas é indignacion el relato que la madre, ya no madre, les hacia; acuden á la autoridad, y esta á su vez al puesto de la GUARDIA CIVIL.

El Sargento 2.° Esteban Martinez, comisiona en el acto á los Guardias José Tejado y Antonio Muñoz, los que salen apresuradamente en busca del niño.

Los Guardias divisan pronto al niño desde una altura y como una masa blanca é informe en el fondo del precipicio y á nadie quedó duda de que estaria muerto.

Sin embargo, era necesario llegar hasta él, y subirle ya que no para otra cosa, para darle sepultura cristiana, y probar con él el crímen horrendo de su padre.

El descenso por el precipicio era difícil, mas aun, imposible por los medios naturales.

Los vecinos lo conocieron y los Guardias tambien, pero no por eso podian desistir estos de lograr su deseo.

Piden una cuerda sólida, se unen varias hasta lograr una de mas de treinta varas de longitud, y dispuesto todo, el Guardia Muñoz ata una punta al derredor de su cintura, sujeta la cuerda el otro Guardia con varios vecinos y comienza gradualmente el descenso.

Este, aun así, era penoso y no estaba completamente exento de peligros.

Las desigualdades de la vertiente, sus rocas peladas y sus mil arbustos apiñados y espinosos, dificultaban la bajada de Muñoz, y correspondian á las advertencias que los vecinos le habian hecho antes de bajar.

—Va usted á matarse—le decian—es imposible llegar al fondo; el niño ha muerto ya; usted va á esponer su vida por un cadáver.

Todas estas observaciones no arredraron á Muñoz y despues de cien obstáculos, contratiempos y penosísimas fatigas llegó al fin de la sima.

Allí encontró al inocente niño, y el estado en que su cuerpo y especialmente su cabeza se hallaban, puede suponerse sin que nos detengamos á expresarlo.

Al lado del cadáver, vió Muñoz y no sin alguna sorpresa á un enorme perro negro que parecia resguardarlo.

Al ver este animal que el Guardia se dirigia al niño, inyectó en sangre sus ojos, y dando furiosos ladridos se aproximó al cadáver y se colocó allí en actitud amenazadora.

Este perro, segun se supo despues, era de la casa del padre, autor del crímen. Su perro tenia mas nobles instintos que él.

Admirado el Guardia de encontrarse sin pensarlo con

un adversario tan singular, pero decidido, saca al aire su sable y adelanta resueltamente hácia el cadáver.

Retrocede entonces el perro, aunque dando siempre gruñidos tristísimos; coge Muñoz el cadáver, hace por medio de la cuerda seña á los de arriba y empieza á subir lentamente.

Los obstáculos y trabajos se renovaron siendo mas fatigosos esta vez porque el inanimado cuerpo del niño embarazaba los movimientos del Guardia.

Pero al fin cuando este llegó al borde de la sima, vió allí reunida á casi toda la poblacion y con ella la autoridad civil y la desconsolada madre del inocente niño.

El Guardia Muñoz hizo entrega del cadáver.

Otros Guardias habian puesto ya bajo el severo fallo de la ley al feroz padre que de aquel modo habia dado muerte á su tierno hijo casi recien nacido.

Y para concluir nosotros, recordaremos nuevamente á nuestros lectores lo que expusimos al comenzar el relato de la Crónica titulada Balsareny.

LA SORPRESA.

I.

Era una noche del mes de Agosto del año de mil ochocientos cincuenta y seis.

El cielo ostentaba con infinita profusion sus millares de estrellas; la atmósfera estaba cargada de electricidad y un calor bochornoso y sofocante ahogaba la ruda vegetacion de los célebres montes de Sierra-Morena.

Era en fin una de esas noches de curso imponente y magestuoso que hace que el alma del que las contempla, separándose de la tierra se eleve á Dios y se pierda en meditaciones acerca de los infinitos misterios que envuelven á todo lo creado.

No era esta sin embargo, la ocupacion mental de siete hombres de mala traza y peor catadura que guareci-

dos por un espeso bosque de olivos, estaban sentados sobre la yerba y guardaban el mas profundo silencio.

No duró mucho este, pues á poco llegó al sitio mencionado un nuevo personage que dijo en voz baja:

—Diego se acerca.

Al oir esto, los que estaban recostados se sentaron, los sentados dirigieron la vista hácia el camino de Córdoba, y unos y otros prestaron atentísimo oido al menor rumor, ocultando sus trabucos bajo las mantas.

No bien terminados estos preparativos, cuando un hombre, vestido con sucias y rotas ropas, adelantándose con la cautela del zorro llegó hasta los bandidos... porque bandidos y no otra clase de gente eran los siete que le esperaban.

El ademan que estos hicieron al verle, fué interrogatorio; y comprendiéndolo el recien llegado, dijo sin darles tiempo á que le preguntaran:

—Va á salir; esta noche será nuestro.

—¡Tiempo era!—exclamaron dos ó tres voces roncas.

—No valdrá lo que nos cuesta—dijo otra.

En un momento todos los bandidos se hallaron en pié y bien provistos de armas.

—Seguidme... por ahí—dijo el que traia la noticia.

—Echa adelante Diego Toribio.

Despues de andar un corto trecho, este se detuvo repentinamente, y viéndose imitado por los demás, les dijo:

—Ya sabeis que soy criado del que esperamos; el pan que como es suyo...

—Lo ganas por tu trabajo y tuyo es; no perdamos tiempo en dudas.

—¿Qué quieres decirnos con eso?—preguntó otro.

—Oyeme, Diego del Rosal; yo no dudo en entregaros á mi amo, porque le tengo ódio y mala voluntad y porque me gusta servir á los amigos. Pero me preguntas qué quiero, Cristóbal Hidalgo, y vas á saberlo. Quiero saber fijamente que parte me corresponderá de la ganancia; porque el amo es rico, y...

—Ya te lo hemos dicho—replicó Hidalgo—la tercera parte será para tí.

—¡Bah!—dijo Diego Toribio—yo no soy tonto; se que el negocio es bueno; se que puede ocultarse fácilmente porque las gentes andan preocupadas con el desarme de la milicia, y se tambien que sin mí no lograríais vuestro intento.

—¿Que no lograríamos? ¿Quién nos priva ahora de obligarte á que nos entregues la persona que deseamos, so pena de perder tu vida si no nos obedecias?

Un murmullo de aprobacion á estas terribles palabras salió del círculo é hizo temblar á Toribio que conociendo entonces su verdadera situacion no quiso arriesgar la vida por una exigencia, y dijo:

—Podríais matarme, pero nada sabriais, perdiendo además con mi muerte el auxilio que puedo daros. Solo exijo una cosa: quiero que Diego del Rosal me prometa en nombre de todos lo que me ofreció Hidalgo.

—Te lo prometo—dijo Diego.

—Pues ya estamos andando, y nada se ha perdido con aclarar las cosas de ese modo. Cuentas corrientes, buenos amigos. Marchemos á encontrar al amo entre Córdoba y la alquería. ¿Estais dispuestos?

Nadie contestó á esta pregunta de otro modo que

echando tras los pasos siempre cautelosos de Diego Toribio, el criado infiel.

II.

En la Sierra y á una legua de Córdoba, estaba y está situada una hermosa casa de campo á que se da el nombre de alquería del *Alto paso.*

En la época á que nos referimos, esta campestre morada estaba habitada por la rica familia á que pertenecia y que se trasladaba durante la estacion de verano, de Córdoba á la Sierra.

El caballero que allí vivia con su esposa, hacia valido de la proximidad, frecuentes viajes á la capital tanto á pié como á caballo.

En la tarde del dia en que empieza nuestra historia habia recibido una extensa carta, firmada por un amigo suyo y en la que este le comunicaba noticias referentes á los acontecimientos políticos que á la sazon agitaban todos los ánimos.

Sin duda eran aquellas de grande interés para el caballero, y le exigian algunas gestiones perentorias, porque al anochecer anunció su partida para Córdoba avisando al mismo tiempo de que no se le esperara hasta el siguiente dia.

Entonces fué cuando Diego Toribio, sabiendo esto, salió á buen paso por una de las puertas de la alquería y marchó hácia el lugar designado, sin duda de antemano, para la reunion de los bandidos.

El caballero, cuyo nombre no nos es posible publicar,

tomó su baston y alhagado por lo apacible dela noche excusó el caballo que le fatigaría mas y salió á pié de su casa de campo, en direccion á Córdoba.

Habria andado como un cuarto de legua, cuando se siente de pronto detenido por un brazo de hierro y una voz bronca que le dice entre iracunda y amenazadora:

—Calla... ó mueres!

Este suceso sobrecogió como era natural al caballero, y cuando quiso tentar la suerte de una lucha con el que por detras le detenia, se vió rodeado de bandidos que bien claramente le demostraban la poca esperanza de vida que con ellos le quedaba si sumiso y obediente no acataba sus órdenes.

Quiso gritar y se lo impidió una mano ancha y callosa; quiso moverse y unas cuerdas atadas instantáneamente á sus miembros le privaron de todo movimiento.

Dos bandidos cargan con él y seguidos por los demás con Toribio, vuelven camino y se internan en los espesos olivares.

En este momento, Toribio y Rosal que marchaban unidos, cambiaban las siguientes palabras.

—¿A dónde le llevaremos?—preguntó el criado traidor.

—A la cueva; me parece el sitio mas seguro.

—¿Crees que me ha conócido?

—No; porque quedando tu algo retirado, no pudo poner en tí sus asustados ojos.

—Oye, si me vé, si llega á conocerme, estoy perdido porque me delatará al verse libre. No me conviene esto y quiero que me digas si en tal caso podré matarle.

—Ninguna precaucion está de sobra en asuntos de este

género... si te conoce, puedes hacer lo que te parezca y te aconsejo que eches á un lado el estorbo. Pero espera unos dias, porque en ellos se hará el negocio, y despues....... despues, todo se andará, tocayo.

—¿Teneis bien estudiada la farsa por si os sorprenden en la espera del dinero?

—Descuida; en presidio—dijo Rosal que en su estúpido orgullo de bandido, tenia esta circunstancia por de mucho valimiento—en presidio—repitió recalcando el vocablo—he aprendido é inventado algunos buenos modos de engañar. Sin haber padecido algo, no se puede ser *persona de provecho*.

—Me parece que caerá dinero, si la GUARDIA CIVIL que por el motivo del desarme se ha concentrado hácia la capital nos deja en paz sin meterse en nuestros negocios.

—Descuida; si eso se verifica, ya la haremos el debido recibimiento. Cada uno en su casa, dice el refran, y si se meten en la nuestra...

—Como vosotros os meteis en las de todos...

No supo Rosal que contestar á estas palabras de Diego Toribio y callaron ambos siguiendo su camino.

Pero sin duda el licenciado de presidio dába vueltas á aquella idea, porque dijo de pronto y como continuando un pensamiento:

—Hace tres meses que salí de la *casa grande* y *tomo el sol*... esto se sabe, pero tengo unos documentos que dejarán boquiabierto al mas entendido. No temo nada.

Sacó entonces algunas viandas de su mugriento morral, partiólas con Toribio y se dió á comer con gran prisa y ruido de dientes, haciendo con la boca desmesurados mo-

vimientos, que eran característicos resabios del rancho de presidio comido casi siempre con avidez.

El camino se hizo así mas corto para los dos.

III.

El suceso que referimos ha tenido mucho eco en todos los pueblos comarcanos y en toda la prensa de España; es conocidísimo en Andalucía, y sobre todo en Córdoba donde se le recuerda siempre como uno de los de mas valer por los muchos desastres que la Guardia Civil evitó al tomar en él la importante parte que le correspondia.

Supérfluas serán en este caso las alabanzas; pues para lograrlas cumplidas nos bastará seguir la sencilla descripcion de los acontecimientos.

A los dos dias todo era confusion y ansiedad en la alquería de *Alto paso*. La familia del caballero robado, cansada de esperarle en vano todo aquel tiempo, entró en séria alarma y expidió algunos propios á Córdoba con el encargo de averiguar el paradero del ausente.

Los propios volvieron desalentados.

Los amigos del caballero no le habian visto y entre ellos el que habia escrito la carta que motivó su salida de la granja. La parte de su familia que habitaba en Córdoba, no le habia visto tampoco, y nadie, en fin, daba indicio seguro ni incierto de la buena ó mala suerte del amigo ó pariente.

Con esto, no tuvo ya límites el desconsuelo de los moradores de *Alto paso*, que empezaron á entregarse á las mas fúnebres y desesperadas congeturas.

Pasó una noche larga, tan larga como lo son todas las que se pasan en el infortunio y el dolor y con la luz del nuevo dia llegó una carta dirigida á la esposa del caballero; carta que esta abrió con convulsiva precipitacion.

Por las líneas allí escritas conoció que se habian realizado en parte sus tristes presagios.

Su esposo—segun le decian en la carta—estaba cautivo en poder de hombres que no atentarian á su vida y lo devolverian libre á su familia si se les remitia una fuerte cantidad que en aquella expresaban.

¿Qué más necesitó saber la amante esposa? Se enteró bien de todos los pormenores que ofrecia aquella carta, y no queriendo ver enteramente cumplidos sus fatídicos presagios, dió la cantidad pedida con todo el sigilo que en la misma se la recomendaba.

No acudió á nadie; no pidió consejo ni auxilio; creia que con aquello rescataria á su esposo, y dió gracias á Dios que la habia proporcionado los medios de salvar á su marido.

Pasaron sin embargo algunos dias; la nacida esperanza desaparecia lentamente; el dolor volvia á extender su negro manto sobre *Alto paso*...

Pasaron mas y el caballero no volvió

IV.

¿Dónde estaba? lo diremos en muy breves palabras.

Los bandidos, verificado el rapto, llevaron al cautivo á una cueva no hecha por la mano del hombre, sino natural de los accidentes del terreno.

Allí, dándole los mas rudos y ensañados tratos, le retuvieron por espacio de veintitantos dias; y mas acaso hubiera durado su cautividad si un incidente imprevisto para él no hubiese acelerado su fin.

Declinaba la tarde y el caballero tendido en su calabozo y víctima de una lenta desesperacion, pensaba en su familia y en su vida que corria indudablemente riesgo de muerte. Aquel era el contínuo pensamiento que le amargaba dia y noche en tanta soledad; y por mas vueltas que en la mente le daba, no lograba verle de modo que le diera algunas esperanzas de felices resultados.

Cuando padecemos, vemos en todas partes dolores que no son otros que los nuestros mismos, así como cuando somos felices creemos que todos lo son.

Sumido se hallaba el caballero en sus desconsoladoras reflexiones cuando una voz que le era bien conocida le distrajo de ellas.

Se incorpora como movido por un rápido resorte, escucha con voraz ansiedad... la voz se acerca lentamente y cada vez se persuade mas que le es muy conocida.

El pensamiento que entonces asaltó su mente, fué como el del náufrago que se agarra á la débil astilla que fluctúa en las olas.

—¡Estoy salvado! Personas conocidas mias vienen á rescatarme!

Y rezó con religioso fervor dando gracias á Dios. Aquel rezo era el que precedia á su muerte.

La voz se aproximó ya tanto, que el caballero, sorprendido en medio de su plegaria por el conocimiento de la persona que creia su amiga, gritó con voz anhelante:

—¡Diego Toribio!

Pronunciado este nombre, la voz que casi estaba ya en la boca de la cueva, cesó de pronto y oyóse solo la rápida carrera de un hombre que se alejaba y los pasos tranquilos de otro que penetraba en la cueva.

Este era Cristóbal Hidalgo.

El que huia, Diego Toribio.

Este, al adelantar con Hidalgo hasta cerca de la cueva, habia llevado la intencion de no pasar de ella; pero acalorado por algunas frases de Hidalgo que pretendia escatimarle parte del dinero recogido cuidó poco de contener su voz que fué reconocida por su cautivo amo.

Al oir en boca de este su nombre, el miedo mas cobarde se apoderó de su negra alma; pero aunque á veces aquel quita fuerzas, en esta ocasion se las dió y muy medradas á Toribio que corrió desalado por los olivares en busca de Diego del Rosal.

Le encontró y casi sin darse á respirar, le dijo:

—El amo acaba de conocerme y llamarme por mi nombre; si le dejais libre por la cantidad del rescate, conocerá lo que he hecho y me delatará. Tengo mucho miedo á la justicia...



—¿Y qué quieres?—preguntó Rosal con imperturbable sangre fria.

—Lo que me has prometido: su muerte.

—Bueno; pues mátale y hago en esto un gran sacrificio; pero no quiero ser ingrato con los amigos como tú que pueden servir en otras ocasiones.

—¿Yo? ¿matarle yo? ¿sabes bien lo que dices? No tendria valor.

—Entonces, déjale vivir ó que se muera á fuerza de darle malos tratos.

—¿Y si le soltais?

—Todo pudiera suceder.

—Entonces estoy perdido.

—Segun y conforme—dijo el bandido que gustaba mucho de usar esas frases que se acomodan á todo y nada quieren decir.

—Pero muerto ahora...

—Muerto ahora, ya comprendes tocayo, que aunque se pensara despues en soltarle, lo hecho no tenia remedio.

—Diego, te suplico que me salves! Si me pierdes, os perdeis vosotros...

Dijo el criado estas palabras con acento tal que el bandido le miró el rostro con estrañeza y vió en él algunas lágrimas mas bien de miedo que de remordimiento.

—Eres un cobarde, Toribio—dijo Rosal y separándose de él marchó hácia la cueva.

Toribio le siguió á corta distancia temblando de una manera espantosa.

Le ve entrar en el subterráneo y salir de él á los pocos momentos con semblante tranquilo y paso calmoso.

Toribio se le acerca y con voz convulsa le pregunta:

—¿Qué le has dicho?

—¿Yo? nada mas que las buenas tardes.

—¿Te ha hablado de mí?

—No ha tenido tiempo para ello.

—¿Qué dices?—exclamó el miserable criado que empezaba á comprender lo que significaban aquellas reticencias de Rosal.

—Nada, que ya no te descubrirá. Ahora ve á la cueva, quítale las cuerdas y llévalo á enterrar junto al arroyo de *Guarroman.* (1)

Toribio corrió desalado hácia la cueva y Rosal encendió con mucha calma un negro cigarro.

V.

Esta escena pasó en los olivares, pero de nadie fué entonces sabida fuera de aquel lugar.

La señora, ó mas bien, la que ya podemos llamar viuda, recibió una segunda carta que era nueva demanda de dinero. Lo remitió.

Luego una tercera de lenguaje cada vez mas despótico y amenazante. La satisfizo tambien conservando el silencio como en la primera y sin suponer que aquella vida por la que la exigian tantos sacrificios, no existia ya.

Pero mes y medio habia ya trascurrido desde la desaparicion de su esposo; cuarenta y cinco fatales dias

(1) Allí fué despues encontrado el cadáver.

que fueron una eternidad de dolores para aquella esposa que no podia poner por un solo momento en reposo su agitado ánimo.

Su salud decayó visiblemente y juzguen los lectores sino habia sobrado motivo para esta última desgracia en una esposa que se halla por tanto tiempo en situacion tan terrible y sin poder contar á nadie sus penas, porque queria á toda costa obedecer las órdenes de sigilo que la daban los foragidos.

Sus recursos además se habian casi agotado porque las sumas pedidas habían sido de muchísima consideracion.

En este estado, recibe nueva carta y reconoce en el sobre la odiada letra de quien habia escrito las anteriores.

Lée ávidamente .... y vé que se le piden aun, como última condicion para salvar á su esposo, ya muerto, treinta mil reales.

Este nuevo golpe agotó las pocas fuerzas que en aquella angustiada señora quedaban.

¡Treinta mil reales!... no los tenía.

Entonces, se decidió á jugar el todo por el todo abandonándose á la suerte; y pidiendo treguas á la desgracia, escribió con mano calenturienta una carta al Sr. Comandante de la Guardia Civil de la provincia, en la que le relataba la parte que sabia de la historia, comunicándole además las instruciones que los bandidos daban para recojer la cantidad pedida.

Despues de escrita esta carta cayó mortalmente enferma. Su única esperanza era la Guardia Civil.

¡Por ella debió haber empezado! Y sirva esta triste

historia de severa leccion á los que como ella quieran obrar, si bien él cariño la cegaba.

Veamos ahora como los Guardias supieron hacer á la sociedad un importante y trascendental servicio.

VI.

Los bandidos, al pedir como última cantidad la de treinta mil reales para dar supuesta libertad al caballero esplicaban el cómo esta suma les habia de ser entregada. El silencio é impunidad que habia seguido á las anteriores peticiones les alentaba mas en esta y tiraban de la cuerda sin pensar en que podria romperse

Disponian en aquella carta que la mencionada cantidad fuese conducida por un hombre montado en un pollino blanco llevando ademas estendido sobre la cabeza y sujeto por el sombrero un pañuelo del mismo color, para ser mas facilmente conocido. Este hombre habria de salir de Córdoba por la carretera de Lucena.

Si al llegar al sitio titulado *el Portichuelo* (término de *la Rambla*) no salia nadie á recibirle, dejaria la carretera y haria noche en la mencionada poblacion.

Al siguiente dia, continuaria su marcha hácia *Puente-Genil* y si á nadie encontraba aun, tomaria por el mismo camino hasta *Ronda*.

Con estas noticias, el señor Comandante de la provincia D. Antonio Marquina dispuso que un hombre saliese de Córdoba conforme en un todo á las circunstancias que en la carta de los bandidos se recomendaban.

A corta distancia de aquel, salió tambien un coche en

el que iban perfectamente ocultos un cabo y dos Guardias. Detrás aun, salieron otros dos de caballería y tomaron todos la direccion indicada en la carta con las precauciones y sigilo que se adivinarán facilmente.

El señor Comandante puso por último esta salida en noticia del alférez Jefe de la línea de Montilla D. José Infante, (1) para que tomase las disposiciones que creyera mas convenientes.

Hecho esto, las nuevas escenas á que iba á dar márgen la declaracion, aunque tardía, de la esposa del finado, comenzaron á desarrollarse de un modo severo é imponente.

No se contentó el alférez señor Infante con permanecer en espectativa ante la obra de reparacion social comenzada en Córdoba; sino que, tan pronto tuvo conocimiento de ella por su Jefe de provincia, pasó un parte al comandante del puesto de Aguilar ordenando que el Guardia 2.° Juan Aragoneses Sancho (2) dejara el puesto y se le presentase á la mayor brevedad para asuntos del servicio.

El mencionado Guardia se presentó aquella misma noche en Montilla, donde el alférez señor Infante le dijo:

—Segun comunicaciones del señor Comandante, se nos presenta ocasion de hacer un buen servicio; pero se requiere sobre todo mucha prudencia y tino.

Tengo gran confianza en usted, y por eso lo he elegido para el asunto entre todos los Guardias de mi línea.

Prometió Aragoneses á su jefe corresponder á aquella

---

(1) Retirado del servicio posteriormente.
(2) Hoy cabo 1.° comandante del puesto de Martin-Muñoz de las Posadas, provincia de Segovia.

lisonjera confianza que tanto deben procurar los Guardias, y el Sr. Infante le explicó el suceso de *Alto-paso*, concluyendo así:

—Tengo noticia que los bandidos salen á tomar el dinero disfrazados con diferentes trajes, en la misma carretera, siempre uno solo y al parecer sin armas. Sé que no se retiran ú ocultan aunque pase gente, porque quien huye infunde sospechas. Por todas estas razones soy de parecer de que usted se disfrace con traje de paisano, llevando solamente una pistola en el bolsillo y un baston. De Córdoba han salido ya varios compañeros y es justo que les ayudemos saliéndoles al encuentro en *Fernan-Nuñez*. Desde allí, fingiéndose un indiferente pasagero, seguirá usted á la persona que conduce las cantidades para los bandidos. Pero antes decídase usted bien á ello, porque no conviene perder tiempo. Llevará usted un arma nada mas y de poco alcance; acaso tenga usted que luchar solo y cuerpo á cuerpo con algunos bandidos bien armados, mientras llegan los refuerzos que irán de trás.

—Mi Alférez—contestó el decidido Guardia—ya sabe usted, porque usted mismo nos lo ha dicho repetidas veces, que el Guardia Civil no cuenta los enemigos sino cuando los tiene atados ó muertos.

—¡Bien! ¡Bravo Aragoneses!—replicó el Alférez—no en valde tengo yo confianza en usted, y su buen instinto hará lo demás.

El asunto no permitia vacilaciones; vístese de paisano el Guardia Juan Aragoneses, sale de Montilla y llega á Fernan-Nuñez, donde encuentra el convoy salido de Córdoba. Consecuente entonces con lo prometido, se co-

loca á cuarenta pasos de la persona que llevaba el dinero, y marcha tras ella.

Esto tenia lugar á las once de la mañana del dia 10 de Setiembre del año mencionado.

VII.

Siguen por la carretera, llegan á *Portichuelo*, y nadie se presentó á detener al conductor del dinero. Sin duda los bandidos esperaban mas arriba.

Fueron entonces hácia la Rambla, y todos hacen noche allí con el Alférez Infante, que les salió al encuentro en aquel punto.

En todos estos movimientos reinó la mas prudente cautela, y nada dió á entender que tras el hombre que montaba el pollino blanco marchaba la GUARDIA CIVIL.

En aquella misma noche el Alférez dispuso que al dia siguiente el Cabo y los dos Guardias de infantería se volvieran á Córdoba con el coche, por no ser apropósito para este el camino que iban á tomar, y dispuso tambien que el Guardia Aragoneses Sancho sustituyese sus ropas de paisano con las ropas y armas de uno de los Guardias de aquel puesto.

Así se efectuó, y al amanecer del dia siguiente se puso en camino el conductor del dinero; seguian á este, y á la distancia mas oportuna, Aragoneses y dos Guardias de infantería; y estos á su vez eran seguidos por el Alférez Sr. Infante, con los otros dos de caballería, que como hemos dicho habian salido de Córdoba.

Atravesaron en esta disposicioo el pueblo de Montal-

van, y se internaron despues por unos olivares próximos á la *Venta del Buey-Prieto*, célebre madriguera de foragidos en los tiempos pasados.

Llegados á este sitio, al salir los Guardias de infantería á una esplanada donde los olivos no espesaban mucho, observaron que el conductor del dinero que marchaba delante, desapareció de pronto de su vista.

Dirigen entonces miradas á todas partes, y le divisan al fin enmedio de los olivos mas apiñados.

Y vieron además:

Que habia desmontado.

Que otro hombre embozado en una capa (sin embargo del mucho calor que hacia) sujetaba al pollino por la brida y sacaba al mismo tiempo de las alforjas el dinero pedido.

Y en fin, que el conductor del dinero, sorteando las miradas de su acompañante, les hacia significativas señas.

No habia pues lugar á dudas. Allí estaban los bandidos.

No se trataba de saber cuantos saldrian de los olivares para defender al que tan atareado se hallaba en recoger el dinero; podria ser uno y podrian ser veinte.

Pero dos, veinte, ó los que fueran ¿estaban en aquel sitio? sí.

Pues entonces ¿necesitaba saber mas el Guardia Civil? No; porque sabia ya las dos cosas que necesitaba saber.

Una, la guarida de los bandidos.

Otra, que vivos ó muertos ¡debian caer vencidos ante la Guardia Civil!

VIII.

Deslizándose por entre los seculares olivos, se aproximan sigilosamente hácia el bandido; y ya Aragoneses distaba de él muy cortos pasos, cuando una voz temblorosa, saliendo de lo mas espeso del olivar, gritó:

—¡La Guardia Civil!

Esta voz fué allí lo que será la terrible trompeta que llame al *Juicio Final*. Diego Toribio habia lanzado aquel grito.

El bandido embozado la oye cuando despues de haber recogido todo el dinero solo esperaba una carta que el mozo debia darle; y al oirla tira el dinero, su capa, sus armas, y arranca á correr con la velocidad del gamo perseguido por el cazador.

Síguele Aragoneses... y lo que á esto siguió pasó en menos de dos minutos.

Aragoneses le da el alto; pero el bandido que sospecha que este *alto* puede llevarle á *alturas* en que no quiere verse, no le obedece y sigue su desenfrenada carrera.

Sin cesar el Guardia en la suya, le hace fuego, aunque sin poder precisar la puntería por impedirlo aquella y los olivos.

Aragoneses no se detiene á cargar, ni espera á sus dos compañeros; sigue al bandido desafiando solo y arrojadamente las emboscadas; alcanza al fugitivo, y con un impetuoso golpe de carabina, le hace caer gritándole:

—¡Date preso!

Levántase el bandido como una hoja de acero doblada rápidamente, pretende correr aun, y entonces...

Entonces los Guardias de caballería, atraidos por el tiro y las voces de *¡date preso!* llegan en apoyo de Aragoneses.

Uno de ellos, llamado Lorenzo Rodriguez, atropella al bandido con su caballo, y le hiere, aunque levemente, con la espada; el bandido cae y vuelve á levantarse arrojando por su impura boca las mas sacrílegas y cínicas blasfemias.

Aquello era parecido á las antiguas cazas del jabalí; y tanto mas cuanto que una fiera era tambien lo que allí se cazaba.

Aragoneses se arroja como un leon sobre el miserable que intenta defenderse; lo sujeta con fuerzas hercúleas y lo presenta así al Sr. Infante, diciéndole:

—Mi Alférez, he cumplido la palabra que dí á usted.

¿Qué cosa habria que pagara mejor que esta frase los peligros á que Aragoneses con tanto denuedo se habia expuesto? Creemos que ninguna trocaria él por la felicidad que en tal momento sentia.

El Alférez, dirigiéndose con airado ceño al bandido, exclama:

—Vas á decir ¡y pronto! cuántos son tus compañeros y en dónde están.

El bandido que nada bueno espera de evasivas inútiles, se repone un tanto, y al ver un ademan impaciente de Aragoneses, dice precipitadamente:

—Son seis y deben estar cerca... uno tiene un caballo blanco...

El Alférez oprime los hijares del suyo, y parte con sus Guardias, á tiempo que llegaba por otro lado el mozo que habia conducido el dinero.

Fuertemente asegurado el criminal que no era otro que Cristóbal Hidalgo, vecino de Herrera, los Guardias de infantería que le custodiaban, distinguen á corta distancia á un hombre que parecia dormir tendido sobre la tierra.

—¡Quién vive?—grita un Guardia dirigiéndose todos inmediatamente á él.

Cubierto el rostro de intensa palidez se incorpora el fingido durmiente y contesta á la pregunta de los Guardias con voz que era sin embargo bastante serena.

Pregúntasele entonces de donde es y se le piden los documentos que lo acrediten.

—Soy de Fernan Nuñez—dice—y me llamo Diego del Rosal, para servir á ustedes.

—Pues vaya usted sirviéndonos diciendo lo que falta—repuso prontamente el Alférez.

—Si lo haré—contestó el bandido—porque los hombres honrados nada tienen que ocultar ni temer. Vengo de Puente-Genil y de conducir á dos plateros, porqué me pagan... y ese es mi oficio. Vean ustedes las mulas que até al tronco de aquel olivo, porque hallándome bastante cansado, quise dormir. (1)

—Ya sabremos si hay tales dos plateros—replicó el Guardia Aragoneses.—De todos modos, parece que el señor Diego tiene muy pesado el sueño. ¿Cómo no ha oido usted un tiro y los gritos que casi á su lado se daban?

—¿Un tiro? pues qué, ¿persiguen ustedes á alguno? ¿Me habrán robado algo? ¿Hay ladrones aquí?

—Si hay—contestó Aragoneses con mucha calma—

(1) Es completamente histórico todo lo que referimos.

hay uno que ha salido hace tres meses del presidio en que estuvo por ladron. Lo conozco bien y no se me escapará.

Al oir estas palabras, perdió Rosal toda su fingida calma y se juzgó descubierto y perdido.

Sugétale Aragoneses y lo conduce al sitio en que permanecia el bandido Cristóbal Hidalgo, que era tambien licenciado de presidio.

En este momento llega el señor Infante, se le refiere el encuentro de Rosal, ve las mulas que llevaban todos los arreos de camino, examina las cartas de vecindad de los capturados y pasando despues á hacer exámen de Rosal, reconoce su fisonomía y exclama:

—Recuerdo que siendo yo sargento, puse preso á ese hombre por el robo que le hizo ir á presidio.

IX.

A los pocos dias, estaban ya á buen recaudo en la cárcel de Córdoba, Rosal, Hidalgo, los cuatro de reserva que profusamente armados seguian á los primeros cuando el anterior suceso, y el traidor Diego Toribio.

Este declaró que hacia ya un mes que el dueño de la alquería de *Alto paso* habia muerto á manos de Rosal, é indicó el sitio en que estaba enterrado; sitio que era el indicado por el asesino como recordarán nuestros lectores.

Las malezas de Guarroman, fueron entonces registradas en presencia del Sr. Gobernador de la provincia y del Juez de primera instancia de Córdoba, y el cadáver fué encontrado.



EPILOGO.

X.

Al poco tiempo cuatro de los bandidos fueron sentenciados á la pena capital, y á cadena perpétua los restantes.

Conmutóseles despues la primera pena y todos marcharon á Cartagena y de allí á Africa.

La desgraciada señora, víctima de los bandidos, salió durante las actuaciones de la causa para Valencia, su pais natal; y segun nos afirman personas que deben saberlo, podemos asegurar que falleció despues de una lenta agonía, no pudiendo sobrevivir á la irreparable pérdida de su cariñoso esposo asesinado tan vilmente.

Si viviera, podria decir que habia sufrido en este mundo uno de los infortunios mayores que se conocen.

Tanto un hermano como la demás familia del desgraciado esposo, al enterarse de los detalles del suceso, quisieron gratificar expléndidamente á los Guardias Rodriguez y Aragoneses; pero como estos rehusaron aceptar, aquella familia les ofreció con instancias su casa y cuanto en ella habia.

Los nombres de estos Guardias se repitieron por muchas veces en las fojas de la causa y en el juicio público que por espacio de tres dias se celebró en el gobierno de Córdoba, al que asistieron en medio de cien personas que pronunciaban sus nombres entre exclamaciones cuya significacion era tan clara como honrosa.

Y al repetirlos nosotros aquí, en una Crónica que

creemos digna de su objeto, nos complacemos vivamente en dar por este medio á esos hombres un motivo de mas firme y duradero recuerdo tanto por este como por otros hechos en que los hemos visto figurar al lado de sus valientes compañeros.

Castíguese á los criminales; hónrese á los buenos. La sociedad humana no necesita mas que estas dos circunstancias para ser feliz.

LOS TRES ASESINOS.

I.

Los tres servicios que componen esta Cronica serán una nueva prueba de la entera fé é infatigable celo con que el Guardia Civil cumple el juramento que presta al ingresar en este benemérito Cuerpo.

No ha habido en ellos grandes combates, pero sí una voluntad decidida, grandes sacrificios, abnegacion y riesgos.

En 1862, fué destinado á mandar el puesto de Pobla de Segur (1) el sargento 2.° Melchor Rodriguez Sanchez... quien conocio bien pronto que su demarcacion era tranquila y que no ofrecia trabajos de gran consideracion.

Relacionado despues mas íntimamente en el país, llegó á su noticia que en el año de 1850, Francisco Codina,

(1) Provincia de Lérida.

natural de Ortoneda, habia asesinado á un tio suyo; posteriormente supo que Antonio Javierre (a) Bravo Aragonés, natural de Barbuñales, habia igualmente asesinado á Buenaventura y José Bolas, en 1852; y que Fernando Coyo habia cometido otro asesinato en 1844.

Estos tres criminales andaban fugitivos y errantes desde que perpetraron sus crímenes, evitando el caer bajo los fallos de las leyes, y tal vez abrigando la confianza de que lo remoto de aquellas pudiera quitar toda esperanza de una captura, como no fuera casual.

Sin embargo; para el sargento Rodriguez no pasaron desapercibas estas noticias; saberlas y concebir el proyecto de las tres importantes capturas fué simultáneo.

Pero se necesitaban para conseguir el objeto deseado indicios, seguridades y certeza de los lugares en que los asesinos tenian su guarida; sin estas noticias era verdaderamente imposible perseguirlos.

Constante en su propósito hace varias gestiones el infatigable Sargento; unas salen frustradas, otras le encaminan algo a su deseo, y trabaja en su noble proyecto con ánimo incansable por espacio de dos años.

Al cabo de ellos, tenia averiguado cuanto deseaba, y lo que es mas, la firme conviccion de que sus noticias eran de todo punto exactas.

Los criminales se hallaban ocultos en puntos muy lejanos de la demarcacion del sargento Rodriguez y en provincias distintas.

Uno habia divagado catorce años y otro doce en Aragon; y veinte el tercero en los Pirineos de Cataluña. Inutil nos parece encomiar el celo y buen tino de que debió valerse el mencionado sargento para conseguir estas y

otras importantes noticias encaminadas todas á conseguir su objeto.

Tan luego como hubo adquirido la completa seguridad de cuanto sabia, no quiso dilatar mas la última parte del proyecto que habia concebido con tan buena fortuna; reunió pues á sus Guardias y les habló del siguiente modo:

—He sabido que se han cometido cuatro asesinatos hace algunos años; he sabido tambien que hasta ahora los asesinos andan impunes; hoy conozco sus paraderos; las leyes y la vindicta pública no estan satisfechas y hay que satisfacerlas; es preciso pues encontrar á esos criminales aunque sea debajo de la tierra.

Al oir esto, varias voces respondieron con esclamacion unánime que revelaba una gran fuerza de corazon:

—Mande usted, mi sargento; y todos nosotros iremos á buscar á esos hombres aunque sea al interior de Francia.

Los que así prometian y prometian tanto, cumplieron en efecto su promesa, como veremos mas adelante, haciendo gastos de consideracion, inutilizando sus uniformes y armas, recibiendo fuertes contusiones y siguiendo paso á paso á los asesinos por espacio de cuarenta y tres dias, sin descanso alguno.

—Yo—dijo el Guardia José Monsó y Rey conozco personalmente á Codina y Javierre; y pido á usted mi sargento, ser de los que vayan en su busca.

—Lo será usted, bravo Monsó, si las cosas se arreglan como pienso. Tambien Pablo Deig Garrata saldrá con usted para prestar este servicio, si obtengo el competente permiso del señor Comandante de la provincia.

La *alegria* que brilló en los rostros de estos Guardias al saber que eran los designados, fué grande y elocuente.

II.

El permiso fué concedido; la pareja partió el 3 de Abril de 1864, para las montañas de Huesca.

Servicios de estas circunstancias, como otros muchos, demuestran una verdad que ya hemos enunciado en otras ocasiones y es la siguiente:

—El Guardia Civil, no cumple su deber como una máquina; lo estudia, lo comprende y nada le arredra de él. Odia al criminal por noble instinto; le acosa, le sigue, le busca y le vence, allí donde esté.

¿Qué crímen se cometia en la demarcacion del sargento Rodriguez? ninguno. ¿Qué criminal se albergaba en ella? ninguno. Los que se iban á buscar estaban en otras demarcaciones muy lejanas y mas al contacto de otros puestos.

Nadie que bien piense dudará de que esto comprueba irrebatiblemente la gran verdad que hemos enunciado.

El Guardia Civil, lo es de corazon.

Acontece muchas veces á los licenciados del ejército cuando ingresan en el cuerqo, asustarse del compromiso que contraen y parecerles imposible cumplir todos los deberes á que desde aquel momento se constituyen.

Pero, bien pronto la reflexion, el estudio del reglamento, las academias en que sus dignos Jefes les inculcan las nobles y elevadas máximas del Instituto, les hacen perder todo temor, crecer en brios, hacerse firmísima promesa á sí mismos de dar cumplimiento á lo jurado

y trocar lo que parecia una gran desgracia por la felicidad del alma; que da siempre una conciencia honrada al cumplir grandes deberes y dedicarse al bien de sus semejantes aun á costa de todo sacrificio.

Recorriendo esos hombres los caminos ó apoyándose en su fusil, tienen sobre sí todo el peso de la sociedad por la que velan.

III.

Como deciamos, los Guardias Monsó y Deig, llegaron á las montañas de Huesca; las registraron; pasaron luego á parte de Navarra, y el dia 15 del mismo mes el Sargento Melchor Rodriguez Sanchez recibia del cabo 1.° Francisco Iglesias comandante del puesto de Brenui una comunicacion en que se le decia lo siguiente:

«En la noche del 13, acompañado del Guardia de es»te puesto Miguel Gonzalez, auxiliamos á los Guardias »Monsó y Deig en la captura de Codina, en la monta»ña de Santo Domingo de Bergozal. El Guardia Roig ha»bia roto su carabina y quedado contuso de una fuerte »caida que dió á consecuencia de la oscuridad de la no»che y la escabrosidad del terreno. Faltaria á mi deber »si no recomendase á usted el buen comportamiento, etc.»

Despues de esto, vuelven los beneméritos Guardias á su demarcacion y en 12 de Mayo salen otra vez hácia las montañas de Huesca, Monsó y los llamados Antonio Berges y Francisco Bardají.

Esta vez iban en busca de Javierre que se ocultaba en los alderedores de Barbastro.

Llegan á este pueblo; saben que el asesino habia marchado para Navarra poco antes, hacen algunas preven-

ciones relativas á esta salida, cruzan las montañas, y el puerto de Viella, y al cabo penetran en los Pirineos de Alos donde tuvieron noticia que se guarecia Fernando Coyo.

Dieron allí incesantes batidas en los dias 24, 25 y 26 y por fin supieron por medio de acertadas investigaciones que Coyo habia bajado al pueblo de Isil, y bien lejos de creer que desde Pobla de Segur se le tendia el lazo en que iba á caer.

Pasan los Guardias á aquel pueblo, entran en su alojamiento y Monsó sale luego sin carabina y con solo la bayoneta, á indagar la guarida de Coyo, pareciendo de aquel modo que salia á paseo y sin otro objeto mas alarmante y grave.

Bien enterado Monsó de las señas del criminal, no tardó en encontrarle.

Entonces, el asesino empezó á retirarse asustado delante del Guardia, hasta que este se decidió á llamarle por su nombre.

Pronunciarlo Monsó y darse Coyo á una precipitada fuga, fué instantáneo.

No quedaba ya duda alguna; aquel era el criminal que se buscaba.

Monsó pasa por medio de un paisano un aviso al puesto inmediato y corre en seguimiento del asesino.

Salta peligrosas zanjas, trepa por terrenos escabrosos y le alcanza al fin en medio de una pradera embalsada de agua.

Allí le hace frente con la bayoneta, le intima la rendicion, lucha denodadamente con el asesino y le arroja al fin boca abajo sobre el cenagoso charco.

Saca su pañuelo; ata por detrás las manos homicidas y suspendiendo con un brazo al asesino le conduce hácia el pueblo, encontrando en el camino á los otros Guardias que venian en su auxilio.

Poco dias despues se supo que Javierre habia sido capturado en Barbastro, merced á la instrucciones que el Guardia Monsó cumpliendo con los deseos del sargento Rodriguez habia dejado en aquel puesto.

Y merced tambien á tanta inteligencia, arrojo y denodada vigilancia, aquellos hombres de que ya nadie se acordaba, estaban en 2 de Junio:

Javierre, en la cárcel de Sort.

Codina, en la de Tremp.

Coyo, en la de Benavarre.

La vindicta pública estaba satisfecha; los pueblos de aquella zona admiraron y se regocijaron del suceso; y la Guardia Civil seguia siendo lo que hasta entonces fué y es hasta hoy:

La providencia de los buenos; el castigo de los malos.



Á MUERTE Ó Á VIDA.

I.

Las primeras y pálidas tintas de la risueña alborada, del 22 de Mayo de 1861, comenzaban á teñir levemente de color rosáceo los lejanos horizontes.

Frescas ráfagas precursoras de la brisa matinal empezaban á estender la fragancia de los bosques con suaves oscilaciones; las aves sacudian sus pintadas plumas y algunas saltaban ya de árbol en árbol entre los que rodean la pequeña villa de Salvatierra de los Barros. (1)

Sin embargo, ninguna puerta se abre aun; las chimeneas no arrojan aun sus blancas espirales de humo; ningun rumor de vida humana se percibe; nadie cruza por aquellas solitarias calles......

¡Ah!.... esperad: ahora sí.

(1) Provincia de Badajoz.

Ved allí que adelanta al paso de su caballo y dirigiendo á todas partes investigadoras miradas, una persona que viste el uniforme de la GUARDIA CIVIL, con los distintivos de oficial.

Mira, sigue y se pierde con su caballo en la revuelta de una calle.

A los cinco minutos, se destaca sobre las tapias de las silenciosas moradas, otra persona, que anda y mira como la primera, y lleva tambien la misma direccion.

Tras nuevo y corto intérvalo de tiempo, aparece otra que hace lo mismo que las anteriores é igualmente otra y otra que cruzan despues.

Digamos quienes son. Es la primera el capitan graduado, teniente D. Guillermo de Bazicher y Picazo, comandante de la linea de Jerez de los Caballeros. (1)

Los cuatro que á intérvalos le habian seguido eran los Guardias á sus órdenes: José Hidalgo Calero, Juan Pallares Heredia, Francisco Galban Perera, (de 1.ª) y Vicente Masero Jáuregui, (de 2.ª).

Dos de estos eran del puesto de Fregenal y dos del de Jerez de los Caballeros. Los últimos habian salido del suyo en aquella misma noche con el jefe de la línea.

Aunque al parecer diseminados, no tardaron en concentrarse ante una casa grande y de regular apariencia, á cuya puerta llamaron con mucho sigilo.

No tardó en contestarles una voz un tanto soñolienta, y abierta que fué la puerta penetraron silenciosamente y con mucha prudencia en aque.la morada.

---

(1) Hoy Capitan de la 1.ª compañía del 11º tercio residente en el mismo punto.

Dentro de esta empezó entonces la natural confusion ante el arribo inesperado de aquellas personas y el teniente queriendo abreviar la alarma producida, preguntó á una de las personas que bajaron á abrirle, por el presbítero D. Eugenio Gonzalez Forte.

Encendida que fué una luz, vióse delante de aquel; y despues de dar algunas disposiciones del momento, llamó á sus Guardias que ignoraban el motivo de aquella venida y con voz baja pero inteligible, les dirigió la palabra del modo siguiente:

—En esta misma madrugada deben llegar á este pue- y ocultarse en casa de un vecino, doce foragidos que hace cuatro meses forman en gavilla segun mis noticias. Pertenecen á esta villa y á la vecina de Salvaleon; son hombres que estan bien acomodados, pero todo lo deben á sus crímenes; son temibles en el país; han estado varias veces en presidio y en las cárceles por distintos delitos y al formar su partida quieren asaltar las casas de todos los vecinos mas acaudalados, habiéndose decidido firmemente á asesinar á todos los moradores de las que asalten. Desde que esto llegó por reservas è indicios á mi noticia, oculté á todos lo que sabia; vengo siguiendo hace cuatro meses las huellas de los facinerosos y estoy dispuesto á detenerles en el primer golpe que intenten dar, porque dado este se haria mas difícil la captura

Hoy lo sé todo ya. Tengo noticia fidedigna que es esta la casa que van á asaltar en la próxima noche y sé que su plan es el siguente:

Llegar aquí antes de la media noche; saltar las tapias del corral; subir al tejado de la bodega; bajar por él; entrar en la cocina donde creen que estarán como de costum-

bre el señor presbítero y su hermana; hacerles entregar todas las llaves; estrangularlos despues con cordeles que traerán preparados; hacer lo mismo con los sirvientes y demás personas de la familia; y efectuar finalmente el robo.... eso es lo que desean esos bandidos y no es poco. Debe haber en esta casa una puerta falsa que dá al campo y por ella proyectan salir con todos los efectos robados, contándose entre estos los granos que deben existir en el *doblado*. Creen que todo se hará impunemente porque cuentan tener la noche por suya.... Ya saben ustedes todo lo necesario; espero por lo tanto, que la noche no será suya, sino nuestra.

El teniente calló.

Las diversas impresiones que agitaron los ánimos de todos los que habian escuchado tan lacónica como exacta relacion, fácilmente las supondrán nuestros lectores.

El espirítu militar de los Guardias se enardeció ante la perspectiva de una próxima lucha; y todas las voluntades de las personas de la casa pendian de los labios del Sr. Bazicher que meditaba en las disposiciones que creia necesarias para el mas cumplido éxito de la tan importante como honrosa empresa.

—Es necesario—continúo diciendo el teniente—que las cosas sigan en esta casa como de costumbre. Alguno de los malhechores andará alrededor de ella durante el dia y es imprescindible que no vea variados los quehaceres ordinarios. Recomiendo muchísimo esta circunstancia por ser esencialmente la primera y mas importante para el objeto que todos deseamos.

El venerable Sr. Gonzalez Forte prometió complacer-

le en cuanto de su parte estuviera é igual manifestacion hicieron las demás personas de la casa.

—Ahora, vean ustedes de aposentar en una alcoba á mis Guardiás, y á mí en otra. En ellas seguiremos ocultos durante el dia. De estas disposiciones penden los buenos resultados de la captura. Consideren ustedes que son sus vidas y haciendas las que arriesgan en ello.

Dicho esto, inspeccionó minuciosamente el Sr. Bazicher todos los aposentos de la casa y se retiró despues á la alcoba que habia juzgado mejor dispuesta para el plan estratégico que el denuedo y bizarría que tanto le han distinguido, le sugerian.

El nuevo dia abria entonces las risueñas lontananzas, y sus tibios rayos difundian por do quier la actividad, la animacion en los hombres, y la savia primaveral en los vegetales, que se erguian reanimados por los primeros y alegres rayos del naciente sol.

II.

Los moradores de aquella casa se entregaron todos como habian prometido á los trabajos cuotidianos y nadie durante el trascurso del dia pudo enterarse de que en la casa del Sr. Forte habia cinco individuos de la Guardia Civil que esperaban á doce bandidos.

Esta última circunstancia llegó á noticia de un hermano del presbítero el cual dijo dirigiéndose al Sr. Bazicher:

—Puesto que sabemos cuantos son los malhechores creo conveniente llamar á algunos amigos para que las fuerzas se igualen....

El teniente no le dejó concluir.

—Rehuso decididamente—dice—auxilio alguno.—*Añadiendo con arrogancia y como avergonzado de que se creyese necesario aquel* (1).

—Yo no necesito á nadie mas y mis Guardias tampoco. Bastamos para entregar vivos ó muertos á doble número de los que vendrán!

Los Guardias, con palabras apagadas aunque con ademanes muy significativos aplaudieron decidida y lealmente las frases de su Jefe que escuchaban desde la alcoba contigua.

—No creo—continuó el bravo teniente—que sea necesaria mas fuerza; pues á haberlo creido así, la hubiera hecho venir sin necesiad de recurrir á extraños auxilios. Siempre he estado firmemente persuadido de que siendo como es, mucha la diferencia entre el Guardia y el criminal, debe en estas ocasiones quedar muy de manifiesto, porque así conviene á la honra y prestigio de la Institucion de que somos hijos. Quiero que vean siempre los criminales que su número no hace nunca al caso y que los tenemos en muy poco. Nadie mas que nosotros cinco entrarán en la lucha. *Traer mas fuerzas sería dar á entender á los foragidos que valen tanto como nosotros*...: y eso, nunca, señor Gonzalez Forte!

No se insistió mas sobre este punto, despues de las dignas, caballerosas y ejemplares palabras del señor Bazicher; y este con sus Guardias eran las únicas personas

(1) Palabras del mencionado hermano del presbítero Sr. Gonzalez Forte en carta dirigida al periódico *La Esperanza* en 28 del mismo mes.

que en la casa aparecian tranquilas; pues las demas al dedicarse violentamente á los quehaceres domésticos creian á cada paso que daban ver saltar delante las fatídicas figuras de los facinerosos. De tal modo que si bien algunas se quedaron, otras abandonaron la casa desde los primeros momentos.

Conveniente será hacer una descripcion exacta de esta si han de ser bien comprendidas las escenas que van á seguir.

La casa es grande y con las condiciones que se recomiendan en aquellas cuyos dueños hacen grandes labranzas. Éntrase en ella por una de las calles mas llanas del pueblo y la puerta abre á un espacioso portal que rompe á su vez en tres diversas y opuestas direcciones.

A la izquierda, hay una sala grande con tres alcobas y otra mas pequeña con alcoba tambien á la derecha.

En el frente una puerta da paso á la cocina; queda esta á la izquierda y sigue un estrecho pasadizo que concluye en el corral.

Antes de llegar á este y próximas á su fin, tiene el pasadizo dos puertas laterales. Al pié de una nace una escalera que conduce á *los doblados*. La otra en opuesto lado cierra la bodega.

Una de las paredes de esta, de tres varas de altura, cimenta en el corral que es muy desahogado que tiene varias dependencias y mira al campo por una tapia muy baja en la que está colocado el cancel ó puerta falsa.

La disposicion de los *doblados* es bien conocida de todos y el destino de acaparamiento que se les dá.

III.

Pasó el dia sin que nada insólito inquietase á los moradores de Salvatierra de los Barros.

Despues de anochecido, dejó el teniente la habitacion que ocupaba y dictó las últimas disposiciones.

—Hernan-Cortés—pensó—al llegar á América, quemó sus naves para quitarse toda retirada y no salir de allí sino vencedor ó vencido. Hagamos aquí lo mismo.

Así les participó á los Guardias su resolucion. Sus veteranos confiaban en él; él en ellos... y con esta confianza son invencibles cinco valientes que han oido muchas veces los silbidos de las balas y el crujido del cañon en el campo de batalla.

Así fué que tomaron los Guardias las disposiciones oportunas apostándose seremos en los sitios designados, sin que el menor asomo de temor entibiara el valor y mútua confianza.

El teniente dispuso que las mujeres que no habian querido salir de la casa, fuesen cerradas en los *doblados* y dando tambien prudente colocacion al hermano del presbítero D. Francisco Gonzalez Forte con sus hijos, poniéndolos en lugar seguro donde sin el menor peligro presenciasen los sucesos, opúsose con inquebrantable decision á que ninguno tomase parte en los acontecimientos que pudiesen sobrevenir.

Ya dos Guardias estan colocados tras una puerta. Si los bandidos entran, la cerrarán; cerrarán tambien la de la bodega... y entonces no habrá retirada posible; la lucha será furiosa, desesperada.

—¡A muerte ó á vida!—era la frase de aquellos veteranos.

Las horas pasaron.

Al ser la de diez la puerta principal de la casa fué cerrada segun costumbre; el señor Bazicher mandó que un farol de buena luz fuese escondido con mucha reserva en un lugar de fácil acceso por si la lucha comenzaba á oscuras (como así sucedió) y despues de esto, con ansiedad mortal por un lado y con serena decision por otro, se esperó.

La noche seguia adelantando; pronto la casa quedó sumergida en el mas sepulcral silencio.

IV.

Salgamos nosotros de ella, porque otros acontecimientos reclaman ahora nuestra mayor atencion.

Y veamos como un hombre tendido en la parte esterior de la tapia que daba al campo, se levanta al ser las once, adelanta alejándose de la casa y tropieza con otros nueve que venian hácia él.

—Qué hay de nuevo?—preguntó uno de los segundos, que parecia ser el capitan de la gavilla y tenia por nombre Martin Sanjuan.

—De nuevo, nada. La casa ha estado esta noche como siempre; hace una hora que todos se han recogido y te aseguro que ni nos esperan ni tienen la menor sospecha de la visita de cumplido que vamos á hacerles.

—Me alegro—dijo Sanjuan.

—Y yo, porque esto es de buen augurio al empezar



nuestro primer trabajo—añadió otro de los bandidos llamado Francisco Guillen.

—Silencio—replicó con fuerte acento Sanjuan—ya estais enterados de mi plan. Para evitar inconvenientes quiero advertiros que todo el que tenga la mala suerte de vernos, morirá.

—Ya lo sabemos.

—Primero á librarnos de las personas; despues á tomar el dinero y alhajas; y por último si hay tiempo, tomaremos algo de los doblados... pero todo con mucha precaucion!

—Bien; cenaremos en ellos—contestó otro nombrado Fernando Rojas.

—Pero— interrumpio Guillen—veo que solo somos diez y debiamos ser doce. ¿Qué ha sido de los otros?

—Se han arrepentido á última hora y no han querido venir.

—Mejor que mejor; el negocio es fácil, nosotros nos bastamos y así tocará mayor parte á cada cual.

—Temo que nos vendan los dos que no se atrevieron á venir—dijo sentenciosamente José Diaz.

—Y yo no—afirmó Sanjuan. Si lo temiera ya no estarian vivos.

—¡A la obra! ¡á la obra!—esclamaron en bajo tono algunas voces.

—Pues manos á la obra—dijo Sanjuan.—Estamos armados y dispuestos; todo nos convida á pasar una buena noche... pero antes, enteraos bien de lo que voy á decir. Es preciso escalar á brazo las paredes del corral y bodega; romper el techo de esta y entrar sin dejar tiempo á un solo grito. Tú, Juan Mendez, y tu hijo José os que-

dareis de espera en el corral, como os he prometido esta mañana al llegar.

Gestos y ademanes de aprobacion y alegría dieron fin á tales instrucciones, y previniendo las armas, tomaron con paso resuelto hácia la silenciosa morada que iba á ser teatro de sangrientas pero gloriosas escenas.

Saltan las tapias con la agilidad del gato; suben al techo de la bodega; lo horadan en breves momentos y caen en la primera estancia con ligereza y particular sigilo.

Salen de la bodega, ayudados por una luz que llevaban.... y la puerta por la cual habian pasado se cerró silenciosamente tras ellos.

No era posible ya la retirada; *á muerte ó á vida.*

Iba á suceder á aquellos diez hombres lo que á muchos otros, que yendo, como suele decirse, *por lana....* salen perfectamente trasquilados.

V.

Nunca como ahora echamos de menos en nosotros el genio que cantó las glorias de las antiguas guerras. Quizás con mayor razon que los antiguos le necesitemos.

¿Qué héroes nos han descrito Homero, Virgilio, Fenelon, Ariosto y otros? Hombres que nunca eran heridos porque eran *invulnerables*; hombres que nunca podian ser vencidos, porque eran *invencibles*; hombres á quienes los dioses decian protejer y cubrian con nubes y escudos para salvarlos.

¿Qué mérito concederemos á esos supuestos heroes de la religion mitológica? Ninguno.

Pero ved aquí cinco hombres que no son invulnerables, que van á luchar contra doble número, que presentan descubierto el noble pecho sin que una coraza ó cota de mallas lo escude; que mueven libremente la altiva cabeza sin que un pesado casco ó yelmo de cimera para los golpes; que son hombres, en fin, no convencionales semi-dioses.

Y vedles que luchan; vedles que arriesgan su vida porque no son como aquellos inmortales; vedles heridos y luchando; vedles vencedores, en fin!

Si; vedles luchando; ved que los bandidos al llegar á la sala encuentran delante de sí á solos tres hombres; ved que apagan instantáneamente la luz y se arrojan sobre ellos lanzando roncos bramidos y maldiciones.

Ved que el teniente y dos Guardias reciben solos el primero y mas impetuoso choque de los bandidos que no eran ciertamente de los mas cobardes.

Suenan tremendos golpes; los foragidos quieren salir; dos Guardias que les habian encerrado en la casa, llegan, caen sobre ellos á su vez, el farol tan previsoramente oculto lanza su luz dudosa sobre los combatientes. . . . .

. . . .

La lucha es general, fuerte, sostenida, *¡á muerte ó á vida!*

VI.

No acobardó la sorpresa á los bandidos; fiaban en dos cosas que eran exactas sin duda alguna; su número mayor que el de los Guardias y la dificultad evidente que te-



Una roja llamarada ilumina la aviesa fisonomía del bandido.

nian estos de jugar con toda libertad la bayoneta en tan estrecho recinto.

¡Pobres inconvenientes! A pesar de todos ellos, el éxito no podia, no debia ser ni por un momento dudoso.

El cabecilla Sanjuan fué el primero que se colocó ante el señor Bazicher.

Le ordena este con voz firme la rendicion y el bandido contesta con una puñalada dirigida impetuosamente al pecho del bravo oficial.

La detiene este; pero el puñal se clava en la muñeca del brazo derecho dejándolo sin movimientos. (1)

Con la otra mano empuña el bravo teniente su rewolver; suena la detonacion y una roja llamarada ilumina la aviesa fisonomía del bandido que cae muerto instantáneamente.

Desde este punto, la lucha recrudeció; no parecian ya hombres los que allí se batian. Los ladrones, con broncas esclamaciones de coraje se animaban y dirigian mútuamente.

Se llegó entonces á aquel terrible momento de los combates cuerpo á cuerpo, en que huye del corazon toda piedad, en que el coraje ofusca; en que el hombre se bate con el impulso ciego del volante que gira, de la roca que se despeña.

El teniente lo conoció y á tiempo que se las habia con otro de los bandidos, gritó á sus Guardias:

—¡No mateis á los que se rindan!

Esta órden, de gran importancia en aquel momento,

---

(1) Esta puñalada ha dejado inútil el pulgar de la mano al señor Bazicher, pues cortó completamente el tendon.



contuvo algun tanto la ira de los defensores de la casa.

Los ladrones hacian esfuerzos desesperados por abrirse paso y cada vez embestian con mayor furia.

Los Guardias hicieron algunos disparos y sus carabinas se convertian despues en terribles mazas.

Un Guardia levanta á un bandido por la cintura, le imprime movimiento y lo lanza como una masa contra la pared.

Otro de sus compañeros hace rodar á un ladron hasta el pasadizo, con un fuerte golpe de culata.

Todas las frentes vierten copiosas gotas de sudor; todas las respiraciones son difíciles y silbadoras; en todos los labios asoman los espumarajos de la ira.

Es imposible describir aquella terrible escena dividida á cada momento en tantas otras.

Hombres que caen, se levantan, luchan, gritan, mueren......

Bastará un solo detalle para darnos idea de aquella furiosa lucha: *el cañon del fusil del Guardia Francisco Galban*, (1) *resultó cortado completamente de una puñalada*. . . .

A la media hora todo habia cesado.

Los bandidos estaban:

Martin Sanjuan (capitan) *muerto*.

Francisco Guillen, *idem*.

Francisco Garrido, *idem*.

Fernando Rojas, *herido*.

Timoteo Carretero, *idem*.

Alonso Gusiado, *idem*.

José Diaz, *idem*.

---

(1) Hoy cabo 1.° destacado en Castilblanco de los Montes, de la misma provincia.

José Mendez, Juan Mendez y José Mendez, rendidos sin lesion y aprehendidos.

Los individuos del Cuerpo sufrieron, además de la honrosa herida del señor Bazicher y Picazo, algunas contusiones de escasa gravedad.

Increible pareceria esto en una lucha de media hora, en sitio tal y con las circunstancias de que hemos hecho ligera mencion, si otros cien ejemplos no viniesen á corroborar las palabras que el bizarro teniente dirigió al señor Gonzalez Forte, cuando este le aconsejaba aumento de fuerzas.

Si quedó ó no desengañado dicho señor, lo dirán sus mismas frases escritas:

—Asi cumplió el teniente su palabra de entregar vivos ó muertos á todos los que entraran en la casa.

VII.

Las manifestaciones espontáneas y oficiales que mereció este notable hecho de armas despues de hacerse público, son numerosísimas y honran indistintamente á los cinco valientes hijos de esta Institucion.

Los Jefes, las autoridades locales, la prensa, los vecinos, todos han aplaudido esa victoria.

Ya por la bizarría imponderable que condujo á tan brillante resultado; ya por la abnegacion y celo que no les hizo titubear en afrontar fuerzas mayores; ya por lo digno de imitacion y honroso que era para el Cuerpo tal ejemplo; ya por la serenidad y denuedo de los defensores de las leyes que rechazaron todo auxilio; ya por el acierto, precision y reserva del señor Bazicher al adquirir las

noticias que le guiaron á prestar el servicio; ya por la gloria de este; ya, en fin, porque evitó dos cosas:

La consumacion de varios crímenes que hubieran consternado á la sociedad.

Y la repeticion de estos por aquella banda de miserables centro y núcleo de otras muchas.

Todos encarecian á porfia este brillante resultado y todas asímismo pedian á S. M. las recompensas que la sociedad debia á aquellos cinco corazones de héroes, que aceptando la lucha en el punto mas estremado habian salido vivos, esto es; vencedores.

Solo muertos hubieran sido vencidos.

La lucha era Á MUERTE Ó Á VIDA.

ABNEGACION.

I.

La lucha que en cortas páginas vamos á describir es acaso la mas rara y escepcional de cuantas los variados incidentes del servicio pueden ocasionar al Guardia.

¿Creereis que luchan aquí con malhechores? no. Luchan para que no mueran sus mismos adversarios; luchan para salvar la vida de los mismos que combaten con ellos.

Por eso, hemos llamado rara y escepcional á esta lucha; y por serlo tanto, la damos cabida en nuestras Crónicas.

Tuvo lugar en el dia 18 de Julio de 1851 y en el pueblo de Bañolas. (1)

En la tarde de aquel dia, todos los vecinos de la calle

(1) Provincia de Gerona.

de Santa María dejaron precipitadamente sus casas y prorumpiendo en exclamaciones ya de miedo, ya de indignacion, ya de lástima, llenaron la calle agrupándose ante la casa que en ella tiene el número seis.

—¡Fuego! ¡fuego!—gritaban unos.

—¡No se puede vivir cerca de esa familia!—exclamaban otros.

Y no faltaba quien, con tristeza en el semblante, decia:

—¡Infelices! van á morir!

Los gritos de *¡fuego!* estaban justificados por las columnas de humo que del tejado y de todas las ventanas salian.

Pronto estas espesas nubes de humo adquirieron un color mas negro y con él un olor acre y hediondo que no siendo respirable hizo que los vecinos reunidos delante de la casa fuesen separándose poco á poco de ella hasta tomar una prudente distancia.

No dieron por eso tregua á sus gritos que fueron cada vez mayores.

El pueblo siempre ávido de emociones, gusta mucho de todo aquello que las aumenta; y sabido es que los gritos, especialmente los de mujer, dan al suceso mas sencillo el carácter mas alarmante.

No es esto, sin embargo, decir que fuera sencillo el suceso que en aquel momento preocupaba á los habitantes de Bañolas; y más y más se hizo grave é imponente con la llegada de la noche.

Algo mas que un incendio habia allí; las circunstancias de él eran las verdaderamente terribles y vamos á explicarlas.

Un padre, una madre y un jóven hijo de estos vivian en aquella casa.

—Y sin duda—pensará alguno al saber esto—sin duda un incidente casual incendió la casa; sin duda aquella familia, amagada de muerte quiere salvarse y no puede!

Nada menos cierto. Padre, madre é hijo habian puesto fuego á la casa en aquella tarde; padre, madre é hijo, en vez de salvarse como podian, en vez de pedir auxilio si era posible, alimentaban el fuego con ropas, maderas y cuanto encontraban á mano, arrojando espantosas carcajadas cuando las llamas subian á la mayor altura.

Los tres estaban *dementes*; (1) y de tal modo se complacian con la vista de las llamas, que muy pronto, cuando no tuvieran nada con que sostenerlas, se hubiesen arrojado ellos mismos al fuego: la madre al hijo, ó el hijo á la madre.

Al concebir sus desvariadas imaginaciones tan descabellado proyecto, habian tomado sus precauciones para evitar que las interrumpiesen en tan terrible ocupacion, encerrándose sólidamente en la casa que querian reducir á cenizas.

Ninguno, pues, de los espectadores se atrevia á penetrar en la casa incendiada, tanto porque el fuego se propagaba más y más, como porque siendo siempre temible un loco, tres debian serlo mucho mas.

No tardó mucho, sin embargo, en presentarse ante el Alcalde el cabo 2.° Juan Aguilar con los Guardias de

(1) Se han visto algunos casos de volverse locos hasta *nueve* individuos de una misma familia.



su puesto Juan Bujalance, Enrique Vidal, Miguel Isla y Antonio García.

Acordadas las primeras disposiciones se empezó á ponerlas en ejecucion, llamando por sus nombres á los tres dementes para ver si les hacian desistir de su proyecto y abrian la puerta que tenian fuertemente cerrada por dentro con llaves, cerrojos y trancas.

A los pocos momentos, tres rostros totalmente descompuestos aparecieron agrupados en una de las ventanas.

Al verlos, un grito de profundo dolor se escapó de todos los pechos; y ciertamente aquellas ennegrecidas y salvajes fisonomías inspiraban al par que terror la mas dolorosa compasion.

—¿Qué quereis? ¿qué quereis?—gritaron los dementes.

—¡Abridnos la puerta!—contestó el cabo Aguilar.

¿Quién hubiera presumido que estas palabras iban á producir resultado tan opuesto?

—¡Ah, ah! ¡quereis robarnos!—exclamó la mujer—¡quereis que os abramos la puerta para robarnos! Esperad... que os ha costar caro el deseo!

Aquella era una idea de loco; pero como entre locos pasaba, el padre y el hijo se contagiaron con ella, y con voces de energúmenos empezaron á gritar:

—¡No nos robareis! ¡no nos robareis!

—¡Sabremos defendernos!

Y en breves instantes, la madre apareció en la ventana, armada con un palo que acababa en punta de hierro, el hijo blandia una disforme hacha de leñador, y padre, hijo y madre, cada vez mas exaltados diéronse á arrojar con espantosa furia, enseres y piedras sobre los vecinos

que les asustaban con los gritos y palabras que cada cual queria dirigirles.

—Señor Alcalde—esclamó entonces el cabo Aguilar—la celeridad es lo que mas se recomienda en este caso. Creo que debemos romper la puerta, entrar y apoderarnos de los dementes sorprendiéndolos.

—Creo lo mismo, cabo Aguilar, y confio en que sabrán ustedes librar á Bañolas de mayores desgracias, pues el fuego aumenta sus proporciones.

—¡Adelante, compañeros, á abrir la puerta!—gritó el cabo á sus Guardias.

Corren hácia la casa como piedras disparadas por la honda, y golpeando desesperadamente en la puerta, logran por fin hacerla saltar hecha astillas.

El paso estaba franco ya; la sorpresa debia ser instantánea.

Entraron, pues.

II.

Algo se habia logrado pero no fué bastante, como se verá.

La mujer demente se apercibió la primera de que la puerta habia saltado de sus goznes.

—¡Nos roban! ¡ya están dentro!—gritó haciendo las mas descompuestas contorsiones.

Abandona el hijo la ventana y de un salto se coloca en el último peldaño superior de la escalera, agitando el hacha y firme en su manía de creer que pretendian robarles.

Y esta manía tiene una esplicacion en aquella misma dolencia moral.

La vista de la GUARDIA CIVIL trajo á sus mentes calenturientas la idea de robo que en muchas ocasiones habian relacionado con la de los Guardias, al saber las luchas y capturas que estos verificaban diariamente.

Quizás la madre al verlos creyó que venian á luchar con los que pretendian robar la casa.

La idea de robo asaltó su imaginacion; la órden de abrir la puerta dió á aquella mas consistencia y verosimilitud y todas las ideas de aquella mujer se concentraron entonces en una sola ¡nos roban! pues tal es la locura.

Y despues de todo, quién se atreve á buscar razon y lógica en la idea que salta al débil cerebro de un demente?

Fijos aquellos tres infelices en su pensamiento, se disponen á luchar con los mismos que vienen á salvarles.

El cabo ve al hijo que blande el hacha; si el loco hubiera sido un delincuente, el cabo hubiera luchado y le hubiera vencido.

Pero ¿qué hacer con el desgraciado demente? ¿Cómo luchar con él sin producirle daño alguno?

Los Guardias, pues, estaban espuestos á riesgos sino mayores iguales á los de otra lucha, con la circunstancia de no poder hacer la defensa que en este caso hubiera sido natural.

De hacerla, hubieran acaso muerto los desgraciados dementes; y no se puede matar á un loco que no es responsable de sus acciones, porque no tiene razon.

El cabo cree oportuno para asustar al jóven, disparar

su fusil al aire y lo dispara; solo al azar podia obrarse con los dementes.

Pero al oir el jóven aquel tiro, salta de cinco en cinco los escalones, encuentra al cabo y cae sobre él hacha en mano.

¿Qué debia hacer entonces el cabo? atravesaria con su bayòneta á aquel infeliz? Fácil le hubiera sido conseguirlo, pero no valor sino abnegacion se necesitaba en aquel apurado caso.

Llegan á este tiempo los Guardias, salvan la muy amenazada vida del cabo Aguilar, desarman al demente y logran sujetarlo á pesar de los desesperados esfuerzos del jóven que se oponia á ello con delirante frenesí.

Suben seguidamente la escalera, encuéntranse con el padre y la madre; el humo les ahoga; reciben los Guardias tremendos golpes sin exhalar una sola queja, sin que el instinto de la propia conservacion y defensa les ciegue hasta hacerles olvidar el estado de aquellos singulares enemigos.

Esto tiene un nombre que hemos pronunciado ya muchas veces en el curso de la obra.

Se llama Abnegacion.

La madre se lanza con terrible desenfreno sobre el Guardia Antonio García; dirige á la cabeza de este el arma que empuña su diestra y le atraviesa el sombrero con la punta férrea del astil.

García sufre pero calla, no combate, no se dcfiende; persigue á la madre entre aquella espesa, acre y deletérea atmósfera, logra cogerla un brazo y la sujeta por fin abrazándose á ella fuertemente.

El furioso marido, despues de una tenaz resistencia

que costó no pocas contusiones á los Guardias, fué sujetado tambien sólidamente.

Entonces los sufridos Guardias, no pudiendo resistir por mas tiempo los miasmas de aquella sofocante atmósfera, bajan y llegan no sin graves obstacúlos á la calle con los tres dementes que son conducidos á oportuno lugar.

Sin embargo, los Guardias no habian dado aun fin á su empresa; la noche hacia tomar al fuego mayores proporciones.

Vuelven prontamente al sitio del siniestro y trabajan sin descanso; el incendio es por fin dominado y extinguido, gracias á las acertadas disposiciones tomadas para lograrlo.

—La importancia que tiene este humanitario servicio no necesita que la hagamos ver, porque su lectura dice lo bastante.

Hemos llamado rara y escepcional á esta lucha; bastará para probarlo una sola consideracion.

El gran mérito de los Guardias mencionados en esta Crónica estuvo en no luchar; en verse heridos y no dejarse llevar ni por solo un instante del natural impulso de la defensa.

Hemos dicho y probado con hechos que esto tiene un hermoso nombre: Abnegacion.

LA CARCEL DE GERONA.

I.

Todo es alarma, gritos y confusion.

La horrenda discordia agita su vengativa tea y hombres, mujeres y niños están dominados por su inmenso poder.

Así como una enfermedad es la muerte de un individuo, la discordia es la muerte de las sociedades, del órden y de las instituciones.

Y así como no nacia la yerba donde el caballo de Atila ponia su casco, así de donde la discordia pone su mano, no sale el bien.

Donde esta reina, reinan todos los males; donde hay union hay vida, hay fuerza, hay poder.

Su vida, su fuerza, su poder, debe la GUARDIA CIVIL á lo muy unidos que en gran familia están todos sus individuos.

Pero cuando falta aquella, la anarquía, la confusion; la suspension de los efectos legales se enseñorean de las sociedades.

Tal, aunque momentáneo desórden, tenia lugar en Gerona, cuando los acontecimientos políticos provocaron allí el célebre pronunciamiento de 1854.

Las gentes inundaban las calles, semejantes á las olas de un mar embravecido.

Los ancianos, los adolescentes, los niños, las mujeres, tomaban parte en la general escitacion de los ánimos, llevados todos por la relacion de sus intereses particulares que venian á agruparse en solas dos diferencias, causas de la discordia entre paisanos y militares.

En los mas críticos momentos de aquel imponente drama, cuando los gritos, denuestos y amenazas habian llegado al mayor período de exaltacion, el Comandante D. Cárlos Mondelly Bernardini (1) mandó formar la primera compañía del entonces 2.° Tercio, que habia venido en su mayor parte concentrándose á Gerona.

Una vez formada, el mencionado Jefe llamó á uno de los Guardias, cabo 2.° ya conocido de nuestros lectores por el nombre de Jacinto Gonzalez Sanz, y le dijo:

—Cabo Gonzalez, los presos de la cárcel están en completa insurreccion y solo les falta poder franquear la puerta principal para fugarse. Hay sin duda personas de la poblacion que les ayudan á conseguir su objeto; pero además de esto, es tanto lo que gritan contra las autoridades civiles y judiciales que pasan bajo el arco de la

(1) Hoy Teniente Coronel 2.° Jefe del tercer Tercio.



cárcel, que he recibido órden perentoria de destacar allí alguna fuerza de las do mi mando no solo para evitar la evasion, sino para restablecer la calma. Elijo á usted para que mande la fuerza confiando en su valor y talento, pues ambas cosas son necesarias. Debo advertirle que entre los presos hay tres ó cuatro que son sin duda cabeza de motin; y entre estos uno muy desalmado que usted conocerá en seguida por ser el mas grueso de todos. Este criminal tratará de burlar á usted, pero como hay entre ellos algunos que las leyes condenan á muerte, deben morir antes que fugarse, pues tengo órden de que se los fusile á la menor resistencia.

—Mi comandante—replicó el cabo Gonzalez—prometo que no se burlarán de la Guardia Civil.

Entonces varios Guardias pidieron en la misma formacion acompañar al cabo para destacarse en la cárcel y Gonzalez salió para esta con doce decididos Guardias cuyos nombres no hemos podido averiguar, y lo sentimos.

Calan la bayoneta y entran en la cárcel.

El sargento comandante de aquella guardia, al ver á la Guardia Civil, se acerca al cabo Gonzalez con paso rápido y demudado semblante, dirigiéndole las siguientes palabras:

—¡Gracias á Dios que llegan ustedes! Si tardan quince minutos los presos estarian tal vez en la calle y mi guardia desarmada; porque de los diez y seis soldados que tengo solo dos son viejos, y creia imposible poder hacer mas resistencia con los quintos. (1)

(1) Tenemos en nuestro poder los documentos que acreditan la exactitud de nuestro relato.



—Pues bien—contestó Gonzalez—nosotros que conocemos á los pájaros que hay en esa jaula, piando por salir, *entraremos dentro*, y pelearemos con ellos si es necesario. En tanto, cuiden ustedes de la puerta y de los enemigos exteriores, que para los *ciento ochenta* presos que hay dentro, bastan *mis doce Guardias*.

—Mucho me alegro—replicó el sargento—que hayan confiado á ustedes este peligroso servicio.

La puerta interior fué abierta y los Guardias penetraron en el primer patio de la cárcel.

II.

Si gran confusion reinaba en algunas calles, no era ni con mucho menor la de aquel triste recinto donde ciento ochenta delincuentes pedian su libertad.

Gritos soeces, cínicas amenazas, cantares estúpidos, todo reunido formaba una algarabía de que no es posible dar idea.

Al presentarse la Guardia Civil todos callaron como por ensalmo y en los rostros atezados y aviesos de aquellos hombres se retrató la admiracion.

Admiracion que justificaremos diciendo á nuestros lectores que se habia procurado engañar á los presos haciéndoles creer que los Guardias no existian ya por no haberse querido pronunciar.

El cabo Gonzalez, segun relacion de un desinteresado testigo presencial, puso su corta pero decidida fuerza descansando sobre las armas.

Entonces aquella imponente masa de hombres sin Dios y sin ley, se desató en denuestos é injurias contra

los Guardias que tranquilos y serenos estaban ante ellos apoyándose en sus fusiles.

—¡Muera la Guardia Civil!—fué lo menos que pidieron con descompuestas voces y horribles gestos aquellos miserables, haciendo ademan de lanzarse sobre los Guardias.

Estos, formaron entonces en dos pelotones por órden de Gonzalez, que encargó el mando del segundo á un Guardia 1.° que creemos haya sido el hoy cabo 1.° José Gallegos.

Este con sus cinco Guardias quedó para defender la puerta y el cabo Gonzalez con los restantes se internó por las estrechas crugías de la cárcel, en busca de los principales instigadores del motin, qne estaban ocultos.

Tanta intrepidez admiró aun á aquellos mismos hombres huérfanos del bien: *trece* Guardias penetrando impávidos en medio de *ciento ochenta* delincuentes que conocian á palmos la cárcel, era un espectáculo demasiado grande. Los presos no hicieron el menor movimiento de hostilidad.

He ahí como se conquista la fuerza moral, y he ahí tambien beneficiosos resultados que produce una vez conquistada.

Digamos ahora, siguiendo el órden de nuestros apuntes, lo que pasaba en el calabozo mas interior y elevado de la cárcel.

III.

En él se hallaban como una media docena de hombres de feroz é imponente aspecto, á causa de esa fatídica

marca que el crímen imprime en las fisonomías de sus hijos, los cuales siempre se parecen algo á su padre.

—Dejadlos—decia uno de los criminales de miembros de hierro y colosal figura—dejadlos que lleguen... les arrojaremos por la azotea á la calle y ya nos contarán que tal les ha ido en el viaje. Si vienen hasta aquí, están completamente perdidos; nosotros no tenemos hoy que perder mas que la vida, y ya que de las dos maneras está perdida, veremos si por la tercera la salvamos hoy; á la ocasion la pintan calva... y hay que cogerla por el único cabello que tiene.

—Es verdad—replicó otro—pero ese cabello es la Guardia Civil.

El preso que habia hablado primeramente se encogió de hombros, movimiento que le era muy habitual, y al ver que un compañero entraba apresuradamente en el abierto calabozo, le preguntó:

—¿Qué hacen los Guardias, Matías?

—Siete vienen hácia aquí.

—¡Siete nada mas!—esclamó el primero soltando una estrepitosa carcajada—¡siete nada mas! si creerán que somos unos niños que vamos á llorar si nos azotan con la mano?

—No lo sé—contestó el primero—pero no las tengo todas conmigo.

—¿Estás loco, Matías?

—No, sino muy cuerdo. Esperad.... ois algo?

—Sí.... mira: allá van.... por aquel pasillo; y los demás le siguen sin atrevérseles!

—Está visto que si yo no barajo—dijo el hércules—vamos á perder el juego.

Matías, que temblaba á mas y mejor no oia sin alguna desconfianza aquellas fanfarronadas y no pudo menos de decir:

—Te aconsejo que no confies mucho, porque conozco demasiado al cabo que los manda. En Diciembre del año pasado y cerca de la villa de Rivas, logró él con solos dos Guardias hacer lo que no habian hecho los mozos de Escuadra y un piquete de 16 á 20 hombres, descubriendo en un dia y por medios que nadie podia figurarse al autor de un anónimo en el cual amenazaban con la muerte al dueño de una quinta si no entregaba doce onzas de oro. (1)

Yo era entonces amigo del molinero y te repito que no confies mucho en tu idea.

—Solo abres la boca para decir necedades, Matías. A ver, contestadme vosotros: trece Guardias entre ciento ochenta presos, á cuanto toca?

Esta salida escitó la alegría de los demás presos y uno de ellos que debia ser versado en cuentas, sin duda por las particiones de los robos que habia hecho, contestó inmediatamente:

—Divide á cada uno de los Guardias en catorce trozos y tendrás poco mas ó menos tantos trozos como presos somos nosotros.

—Quiere decir que....

—Catorce contra uno.

Matías, si bien daba oido á las cuentas de sus compañeros, no perdia de vista la marcha de los siete Guardias que recorrian la cárcel.

---

(1) Estamos ocupándonos en buscar los antecedentes y detalles de este interesante servicio.

Y como en aquel momento los viese cercanos, esclamó:

—¡Ahí vienen! ¡Ahí vienen!

—Me alegro—dijo el forzudo preso—ya podeis rezar por ellos.

Este miserable debia ser un tanto fanfarron, porque segun los Guardias con Gonzalez á la cabeza, se aproximaban al calabozo, su ánimo iba amainando y tantos brios solo sirvieron para hacerle concebir una necia estratagema.

Aparecieron prontamente en la puerta los decididos Guardias, penetraron en el calabozo, y el preso no preguntaba ya á qué número de presos tocaba el de Guardias Civiles; sin embargo de que estos estaban por todas partes rodeados de una masa de hombres que con solo estrecharse hubieran podido ahogarles á causa de que la desproporcion del número era enorme como hemos visto.

El prisionero que aparecia capitaneando á los demás, se acercó entonces á Gonzalez y con irritante cinismo, le dijo:

—Los que ustedes buscan no están aquí; así pues, trate de no molestarnos mucho.

IV.

¿Describiremos lo que pasó por el alma del cabo Gonzalez y sus Guardias al verse reconvenidos por un criminal de treinta años de presidio y que era el mismo que tenian anotado para fusilarle en el acto si era preciso?

Todos nuestros lectores lo comprenderán: los del

Cuerpo, por serlo; y los que á él no pertenezcan, porque conocen ya por los anteriores relatos cuán pundonorosos militares son los Guardias Civiles.

Una nube de ira que pasó por la vista de Gonzalez, le hizo poner maquinalmente su dedo en el gatillo del fusil...

Pronto, sin embargo, el raciocinio que no debe abandonar nunca á los hombres vino á ocupar el lugar de la pasion evitando así mayores conflictos que especificaremos luego.

Las leyes pesaban ya de antemano sobre aquellos hombres; lo que se queria era que no burlasen el poder de aquellas aprovechando las circunstancias; si esto no podia conseguirse por medios fáciles, los Guardias estaban allí y tiempo habia de recurrir á los extremos. Gonzalez, comprendiéndolo así, arengó á los presos, diciéndoles entre otras cosas:

—Vengo decidido y con órden expresa de hacer que se respeten las leyes, valiéndome para ello de todos los medios. Ustedes son delincuentes que están presos y nada tienen que ver con lo que fuera sucede. ¿Quieren ustedes la libertad? bien; la obtendrán si viene autorizada; pero si intentan tomarla por sí mismos, aquí está la Guardia Civil que no lo consiente... y ya saben ustedes lo que vale cuando ella lo dice. Tendrán ustedes todos mordaza, si gritan; se verán atados si quieren correr y morirán en el acto si se atreven á hacer resistencia. Así pues, escojan ustedes: ó retirarse á sus calabozos ó morir en nuestras bayonetas.

Mientras el cabo 2.° les arengaba no estaban ociosos los presos.

Rodeaban á los Guardias y buscaban cautelosamente el medio de apoderarse de sus fusiles.

Pero, por muchas que fueron sus vueltas, siempre los Guardias les presentaban la punta de la bayoneta y los presos se veian burlados.

¿A qué, pues, atribuir lo que despues sucedió allí? pronto lo diremos.

El cabecilla del motin, despues de oir al cabo, hizo un segundo encogimiento de hombros y se internó en el calabozo.

Entonces se vió una cosa que acaso no tiene ejemplar en muchas historias.

Se vió que ciento ochenta presos desfilaron pacíficamente á sus respectivos calabozos y se vió á solos siete hombres cerrando las puertas y corriendo los rastrillos.

Y téngase muy en cuenta que entre aquellos desgraciados habia algunos sentenciados á muerte; y de esperar era que, muerte por muerte, eligieran el riesgo mas ó menos probable de la ocasion que se les presentaba.

Y sin embargo, bajaron las cabezas y penetraron sumisos en sus celdas.

¿Es esta ó no una gran victoria de la fuerza moral?

¿Son necesarios otros hechos para hacer mas visible la gran importancia que en corto tiempo se ha conquistado la gran creacion del Excmo. Sr. Duque de Ahumada?

Orgulloso debe estar este de su obra y de lo bien que ha sido comprendido en un tiempo en que corren con sobrado realce en la sociedad, todos los principios opuestos á los de rígida moral que campean en esta Institucion,

V.

Ciento ochenta delincuentes que conceptúan á la Guardia Civil como su enemigo á muerte, ciento ochenta presos, llegados de diversos parajes, castigados por crímenes de todos géneros, ciento ochenta presos, en fin, unidos y en tales circunstancias por el ánsia de libertad, bajando la cabeza ante el severo continente de siete Guardias Civiles, es un hecho demasiado elocuente para que nosotros pequemos de difusos desmenuzando los comentarios á que se presta.

Cuando el oficial de la compañía recibió parte de que se habia ya restablecido el órden, no lo creyó, por parecerle imposible atendidas todas las circunstancias del suceso.

—¡Esa gran masa de criminales—exclamó admirado—no les ha opuesto á ustedes resistencia alguna!

No, y no era esto solo lo que se habia conseguido.

Era dia de pronunciamiento y en las horas de mayor conmocion y gravedad; ¿quién adivina el conflicto que cuando nadie se entendia hubieran ocasionado algunos disparos hechos en la cárcel, ó la salida de los presos?

¡Quizás, quizás la histórica Gerona deba á la Guardia Civil, al valor serenidad y prudencia de un cabo 2.°, el no haber vestido muchos lutos, el no llorar hoy grandes, dolorosísimos é irreparables desastres!

No sin fundamento ha recibido la Guardia Civil el alto é inmarcesible renombre de que goza hoy.

Decia un sábio en antiguos tiempos:

—*Dadme un punto de apoyo y muevo el mundo.*

Nosotros parodiando esa célebre frase, diremos á nuestro objeto:

—*Dadnos hombres como esos y regeneraremos á la sociedad.*

Respecto al individuo que tanto bien ha prestado á la misma con este servicio, cuya importancia no puede valuarse, creemos que el hecho es tal, que su solo recuerdo debe ahuyentar toda tribulacion de su vida, que su solo y gratísimo recuerdo debe hacer la felicidad de su existencia.

Si nosotros hubiéramos hecho tanto, siempre que quisiéramos sentirnos tranquilos y felices, no tendriamos que hacer otra cosa para lograrlo, sino traer á nuestra memoria aquel recuerdo de un lisongero pasado.

BLANCA Y CONCHILLO.

I.

He ahí dos nombres que en no pocas ocasiones han llevado consigo el espanto, el terror, las desgracias, el crímen.

Dos nombres cuya sola pronunciacion ha sembrado el miedo en el tranquilo seno de las familias.

Lo hemos dicho ya: hay criminales que no son hombres, que son organizaciones formadas solo para el mal, y en las que no puede caber la menor idea de virtud; criminales que matan para satisfacer una necesidad, como beben cuando tienen sed; criminales, á los que no doblegan los padecimientos y castigos; criminales que solo en el último momento de su vida sienten el remordimiento; hombres, por último, á los que hay que tratar como á los canívales antropófagos de los bosques vírgenes.

Pablo Blanca y *Juan Conchillo*, eran de estos. Hermanados por el crímen y con igual ceguedad de conciencias, habian vivido unidos gran parte de su vida, ya en los desfiladeros de los caminos, ya en los patios de los presidios.

Suele suceder que los criminales guardan ciertas consideraciones á los hijos de su mismo pueblo, favoreciéndolos si pueden, ó no intentando nada en contra de su tranquilidad.

No así esos dos desalmados, y especialmente el primero, que en las diversas épocas de sus correrías por los contornos de Cazorla, cebó en sus paisanos con ánsia impía su sañudo afan de hacer mal, con mas voracidad que en otras provincias.

Vamos á dar noticia de un detalle de sus vidas, para que por él y sin necesidad de mayores esplicaciones comprenda el lector los caractéres de aquellos dos hermanos del crímen.

Hallábanse ambos en presidio y preocupados por el pensamiento de fugarse que tantas veces asalta las mentes de los presidiarios, hallaban muchos obstáculos para realizar su proyecto.

Al fin, fueron venciéndolos todos y concertando el plan; pero quedaban unos muy principales: *los grillos*.

Estos eran sólidos y les impedian lanzarse á una rápida carrera, cosa necesaria para completar la evasion.

¿Cómo dominar aquel grave inconveniente?

Limar el hierro, fué lo que primero se les ocurrió; pero no tenian lima ni á la sazon mas armas que unas cucharas de boj cuyos mangos habian aguzado en forma de puñales restregándolos contra las piedras.

En estas dudas y proyectos pasaron algunos dias, y al fin de ellos, en ocasion de comer el rancho en el patio grande, el feroz Blanca dijo á su compañero.

—Tengo en mi poder una hoja de navaja puesta como cuchillo.

—Algo es algo; ya podemos matar sin ruido si hay necesidad—contestó Conchillo—pero con esa navaja no podemos limar estos hierros.

—No; pero es lo mismo.

—No te entiendo.

—Esta noche en el calabozo sabrás lo demas. ¿Está todo preparado?

—Sí... todo.

—Pues bien; nada te importen los grillos; quedaremos sin ellos.

—¿Cómo?

—Sacándolos del pié.

Conchillo no pestañeó: habia comprendido el proyecto de su amigo y se admiraba de la serenidad de Pablo Blanca.

Al dia siguiente Blanca y Conchillo se habian fugado; los grillos estaban en el calabozo.

Al lado de ellos habia unos pedazos encallecidos de carne humana: eran los talones de los criminales cortados por la navaja. (1)

Este solo hecho, basta sin necesidad de otros para que se conozca la fuerza de maldad que aquellos hombres debian abrigar en su alma y utilizar en sus crímenes.

Dicho esto, pasemos al fondo de nuestra histórica narracion.

(1) Todos estos detalles son exactos.

II.

Amanecia el dia 2 de Junio de 1853.

La nueva luz, penetrando por las ventanas, rejas y puertas de la cárcel de Cazorla anunciaba á los presos la llegada de un dia mas que habia de pasar dejando rastro en las vidas y procesos de algunos.

Un dia mas, en las cárceles, suele ser un paso para los presidios. Un dia mas, en los presidios suele ser un paso para la capilla. Un dia mas, en la capilla, es el cadalso.

El alcaide de la cárcel de Cazorla (Juan Bello Moreno) avisado tambien por la nueva luz de que era el momento de entregarse á los primeros trabajos del dia, se vistió, como tambien un hijo suyo, y cogiendo un pesado manojo de llaves, salió de sus habitaciones hácia el patio.

En su arrugado rostro, en su cabello cano, en su paso incierto, vacilante y lento, demostraba bien haber llegado á una avanzada edad.

Una vez en el patio, despertó á varios presos diciéndoles que se levantaran, pues debian ocuparse en la limpieza de la cárcel.

Empezó tras esto el ordinario rumor en aquel edificio y varios presos se levantaron.

Entre estos, habia dos que mientras se arreglaban sus vestiduras se dijeron en voz muy baja:

—Hoy nos toca limpiar.... qué hacemos?

—Limpiarnos nosotros de la cárcel.

—¿Te atreves?

—Me estraña la pregunta. Creo que nos conocemos.

bien y ya sabes que para quien se ha visto en mayores peligros, esto es «tortas y pan pintado.» ¿Tienes la navaja?

—Sí, que es grande como esperanza de ajusticiado.

Conchillo la habia cosido á la costura interior del pantalon y con mano sutil la sacó de allí y ocultó bajo su blusa.

—Ya está mas á mano.

—Pues con ella y nuestra buena suerte, estaremos fuera de la cárcel en menos que dá un salto una pulga loca.

—Salgamos ya.

Salen en efecto y encuentran al alcaide en el patio con otros presos.

Conchillo se arroja sobre el anciano alcaide y le clava en el pecho su navaja; el feroz Blanca, no satisfecho con esto, coje un ladrillo y lo arroja haciéndolo mil pedazos en la cabeza del confiado viejo.

Quítanle al momento las llaves, y ambos fugados de presidio dán la voz de que salgan en libertad todos los que quieran, pues ellos tienen las llaves.

Reina por un momento la mayor confusion, pero solo otros dos se atreven á seguir á Conchillo y Blanca.

Encausados los demás, si algunos mas habia, por delitos leves y esperando pronta libertad, no les convenia buscarla así, porque se esponian á agravar mucho sus procesos.

Conchillo se habia dado él mismo un profundo corte en su mano izquierda al herir con su navaja al alcaide; pero aunque esta circuntancia le disgustó, puso la otra mano sobre la herida para detener algo la sangre y se lanzó con los demás á la fuga hácia la escabrosísima sierra de Cazorla.

III.

En aquel momento, un jóven salia de la carcel corriendo desesperadamente hácia la casa-cuartel de la GUARDIA CIVIL.

La rápidez de su carrera, lo demudado de sus facciones y los sollozos que exalaba, nada bueno podian anunciar á los Guardias de aquella.

—*¡Han asesinado á mi padre, señor cabo! ¡Lospresos se han fugado!*

Tales fueron las primeras palabras que dijo al que lo era entonces 2.° Ildefonso Lozano Ginés, comandante del citado puesto de Cazorla.

Ciertamente que la noticia no era de esas que permitian dilaciones; ármanse los Guardias en menos de un minuto y salen á paso acelerado de la casa-cuartel el cabo Lozano y sus subordinados José Salcedo Vela, Pedro Baquerino, José Murquí y Ramon Sampedro.

Llegan á la cárcel, reconocen el punto de la fuga y Lozano nota en aquel sitio manchas de sangre.

—Un hombre vá herido—exclama—sigamos el rastro; la Providencia nos lo indica en esta sangre.

Síguenlo en efecto y guiados por las gotas de sangre que descubrian de tiempo en tiempo sobre las piedras y las yerbas llegan á la boca de un caño ó via subterránea que estaba oculta por las malezas de un espeso zarzal.

—Aquí tenemos alguno—dice el cabo.

Solo aquella providencial circunstancia pudo guiarles hasta allí.

La sierra de Cazorla es bastante triste y no tiene mas

que cerros y pinos. La escasa gente que en ella habita no habia podido ni pudo despues dar á los Guardias indicio alguno de las guaridas á que se habian refugiado los criminales.

Al encontrarse con la boca de aquella oculta via, dió uno de los Guardias una fuerte voz intimando la rendicion á los que se suponian estaban dentro.

Solo el silencio mas profundo contestó.

Entonces, como uno de los individuos se dispusiese á entrar, oyóse dentro una voz que dijo:

—Esperen ustedes... saldré, porque sé que estoy perdido; aunque no podia figurarme que se atreviese nadie á penetrar aquí.

Y al decir estas últimas palabras apareció el rostro demudado de Conchillo, luego el cuerpo, y ya fuera de su madriguera, empezó á lanzar fuertes y bestiales imprecaciones contra lo mas sagrado.

Los Guardias lo sujetan y atan.

Salen de allí y ven á dos hombres que van en precipitada carrera.

Les dan el alto; ellos se detienen, confiesan ser los fugados que iban en busca de sitio donde ocultarse, y se dejan atar sin la menor resistencia.

A las pocas horas de tan fatigosa persecucion vuelven los Guardias á Cazorla, y entregan los tres presos á los tribunales. Sin mas detencion, tornan á salir en busca del cuarto y mas temible.

El alcalde, dispuso que algunos paisanos acompañasen á los Guardias, y empezó la obra.

Faltaba Pablo Blanca.

IV.

Dos dias duraban ya las batidas por la sierra y nada se habia conseguido aun.

—El criminal está cerca pero oculto; dejará pasar algunos dias para que se pierdan sus huellas y al cabo saldrá.—Esto pensaban los Guardias y como la captura se hacia ya muy lenta, Lozano dijo á los paisanos:

—Ustedes tienen que dar de comer á sus familias que viven del trabajo de ustedes. Vuélvanse á Cazorla que nosotros sobramos para capturar al Blanca.

Hiciéronlo así los vecinos, escepto uno cuyo nombre creemos digno de publicar.

—Yo—dijo el llamado Domingo del Barco—no me separo de ustedes; tengo alma de Guardia Civil y aunque durara años la captura de Blanca, no volveria á Cazorla sin acompañarle preso. Cuando ustedes se esponen por bien de todos, nosotros que estamos directamente interesados en él y podemos manejar un fusil, habiamos de permanecer quietos? He dicho que tengo alma de Guardia Civil y acompaño á ustedes.

Nada de cuanto Lozano dijo á Barco para hacerle desistir de su proyecto, pudo vencer la porfia del paisano que al fin acompañó á los Guardias como deseaba. (1)

Al dia siguiente, el cielo amaneció triste y sombrio y á las pocas horas descargó sobre la sierra una copiosísima lluvia y granizo que los Guardias sufrieron durante horas

(1) Este honrado paisano fué despues recomendado al Alcalde que le concedió una gratificacion.

consecutivas hasta el punto de marchar completamente empapados en agua.

Esto, como es natural, no detuvo el minucioso registro que estaban practicando por las malezas de la montuosa sierra.

Al caer la tarde, bajaban por un inmenso cerro cuando distinguieron á regular distancia la figura de un hombre.

Este los vé tambien y rompe á la carrera.

Los Guardias, avisados por este indicio, corren tambien; le dan el alto y el sospechoso no obedece; quieren disparar, y los fusiles de chispa, mojados por la lluvia no dan fuego.

Adelántase el cabo Lozano á la carrera... lo que á continuacion vamos á decir pasó en el solo trascurso de un segundo.

Alcanza á Blanca (que el era el que huia), se ase á aquel terrible criminal sobre el borde del *Barranco del valle;* le desarma y le aprisiona con sus brazos privándole de los movimientos ofensivos.

Blanca entonces, que no podia olvidar lo que era, vé á sus piés el barranco, distingue en su fin una grande aglomeracion de malezas, conoce que estas podrán salvarle si llega á ellas, porque harian muy dificultosa la captura; y dando con sus pies un tremendo bote en la tierra, se lanza al barranco que tenia algunas varas de profundidad.

Posible era que el Lozano le soltase entonces y mas posible todavía que si no le soltaba uno y otro fuesen á parar á distintos puntos del abismo, en cuyo caso Blanca podia ocultarse nuevamente.



Pero no sucedió así.

Se arrojó Blanca y llevó tras sí á Lozano; pero en el aire este no habia abierto sus brazos con que rodeaba el pecho del bandido; *unidos rodaron y unidos cayeron con rudo golpe en el fondo del barranco.*

Allí se rompió en pedazos el fusil de Lozano; allí recibió este bravo Guardia contusiones graves y heridas; pero el bandido seguia oprimido por aquellos brazos y mordia la tierra rebosando coraje.

—Estás vencido—le decia el Guardia—y no quiero matarte.

Si nuestros lectores consideraran todo lo que hay encerrado en las cortas líneas que acabamos de escribir; si se hacen detallada reflexion de todas las circunstancias; de aquel salto, que llamaba Blanca *de pulga loca*, verán si bien lo examinan que hay en él una gran honra para el cabo Lozano que la merecia con muchísima justicia.

No soltar á Blanca en el aire, conservarle sujeto en la caida y tener fuerzas para no dejarle huir despues de caer en el fondo, son circunstancias que hablan muy alto en pró del citado cabo y por consiguiente de la Guardia Civil que le tiene por uno de sus hijos.

Momentos despues de la caida llegaron los Guardias.

Y al dia siguiente el criminal Blanca estaba en la cárcel con los tres fugados.

Pocos mas habian pasado cuando Ildefonso Lozano Ginés fué nombrado cabo 1.° en recompensa de tan importante servicio.

EL CORTIJO DE LAS CUMBRES.

I.

(1.° de Febrero de 1852)

Imposible es que todos los hechos que mencionen estas Crónicas sean esencialmente diversos; aunque hemos procurado escojer aquellos mas interesantes y variados.

Ambas circunstancias reune el presente y es igual sin embargo á otros muchos porque de un incendio se trata.

Pero, aunque sean necesarios muchos esfuerzos de imaginacion para hallar siempre palabras nuevas con que describir iguales hechos, creemos que hay en este, especiales é interesantes circunstancias que moverán en favor de su lectura la curiosidad de nuestros suscritores, sirviéndoles como todos de instructivo solaz, que es cuanto debemos apetecer.

Existe á tres leguas de Carmona (1) un sitio en despo-

(1) Provincia de Sevilla.

blado, conocido con el nombre de *las Cumbres;* y cerca de este un cortijo que tomaba el nombre de aquel en la época á que nos referimos.

En esta misma, era el cortijo propiedad de D. Nícolás Fernandez, abogado y vecino de Carmona.

El dia 30 de Enero del año antes citado, este caballero salia de Carmona y llegaba á su cortijo en compañía de una hija, bella y virtuosa jóven de veinte años, llamada Elisa.

Se instaló en su quinta ó cármen y á los dos dias, ó sea en la mañana del 1.° de Febrero, asuntos particulares reclamaron su presencia en la vecina ciudad y partió para ella dejando en la alquería á su hija de la que se despidió por muy breves horas.

Desde una ventana siguióle aquella con las miradas hasta perderle tras los accidentes en que abundaba el camino; otros ojos sin embargo le seguian tambien aunque con expresion bien distinta.

Oculto tras una de las tapias del cortijo, un hombre que vestia zamarra y sombrero jerezano habia acompañado con su vista hasta donde fué posible la marcha del Sr. Fernandez.

Se separó luego del cortijo, volvió á distinguir mas lejana la figura del abogado y cuando se hubo bien convencido á sí mismo de que el dueño del cortijo estaba suficientemente lejos, volvió á las tapias de la casa con paso lento y fisonomía meditativa.

Ha marchado—se decia á tiempo que sus ojos destellaban una mirada lúgubre—su hija queda sola en el cortijo.... es cuanto podia desear!

Llega al cortijo, entra sin ninguna dificultad, pues es

criado de la casa, y empieza á ocuparse con los demás de trabajos que le corresponden.

—Fulgencio—le dice un compañero que se ocupa en aserrar unas tablas—andas muy callado hace dias; ¿no podemos saber lo que te pasa?

Fulgencio Perez (que así se llamaba) se sentó sobre una colmena rota y dijo á su compañero con voz algo agitada:

—¿A mí? nada.

—¿Estás enfermo?

—No.

—Confiesa que tienes algo....

—¡Bah! pesadumbres de la vida que nada te importa.

—¡Y tanto! como que sé de donde vienen las tuyas.

—Calla, calla—dijo Fulgencio esquivando la conversacion en aquel punto—debes haber bebido algo mas de lo regular.

—Bien.... si te empeñas—dijo el compañero que acaso no se hallaba en completo estado de buena razon—pero conservo la vista muy clara, camarada, y alcanzo á mucho.

—¡Ea! como te pongas á disparatar, hay que dejarte y tener paciencia.

—Paciencia es lo que yo te recomiendo, hijo, y hasta un poco de buen corazon.... que te hace mucha falta.

—¿Quieres callar?

—Ya sabes que soy testarudo como aragonés legítimo.

—Pues á los testarudos, se les quita el vicio rompiéndoles la cabeza.

—Ya.... ya se que no vacilarias en romper la de este honrado viejo, porque tienes el alma atravesada, Fulgencio. Pero ven acá y óyeme.

Perez obedeció dominándose.

—Dime? qué tienes tú con los amos?

—¡Vuelta á lo de siempre! nada.

—Por qué odias á D. Nicolás?

—No le odio.

—Qué te hizo su hija la señorita Elisa para que la mires siempre con ojos de sangre?

—¡Cuando digo que has bebido demasiado!—esclamó Fulgencio que al oir las últimas palabras del viejo no pudo ocultar el estremecimiento nervioso qne recorrió todo su cuerpo.

—Haya bebido ó no, hablo en razon y lo demás no te importe. Respóndeme á esto por la salvacion de tu alma, Fulgencio. ¿Te ha tratado la señorita con injusticia, ha querido echarte de la casa, ó te has atrevido tú á faltarla á todo respeto y te ha rechazado irritada? Habla, Fulgencio, habla; yo tengo experiencia, no me hierve ya la sangre y un buen consejo siempre te lo dará este anciano que ha vivido siempre contento con su buena ó mala suerte y con su honradez.

—Mira, á pesar de que eres un viejo, me parece que vamos á acabar mal si vuelves á hablarme de esos cuentos. Chocheas ya, y como puede creértelos alguno que los oiga, no quiero perjudicarme con tus necedades.

—Bien, camarada, bien; yo no diré nada de lo que pienso, porque nunca he querido hacer daño á nadie y ¡fáltame Dios si quiero perjudicarte! A tí te digo todo esto porque veo muchas cosas; sentiria que te perdieras y solo deseo darte algun buen consejo. Pero me dices que no lo necesitas... nada se ha perdido; quiéralo Dios y tan amigos como antes.

El honrado viejo al decir esto, pasaba el envés de su mano izquierda por sus ojos que dejaban deslizar algunas furtivas lágrimas.

—Ahora te se antoja llorar—dijo Fulgencio con voz desapacible—llévese el diablo á los viejos que lloran por cualquier cosa como mujercillas!

—Fulgencio, tú has de acabar mal; yo te lo aseguro.

—Basta; no hables mas, ó...

Y Fulgencio hizo ademan de arrojar sobre el anciano una cinta de hierro que en el pavimento estaba.

El viejo vió el ademan de su compañero; se encogió de hombros con profunda tristeza y lástima, y continuó reposadamente su trabajo.

Perez bajó el brazo que tenia en alto, y dijo con sorna y mofa:

—Al fin callas; ya se cual es el remedio que te cura esa enfermedad de lengua. No lo olvidaré y otra vez empezaré por donde he concluido. No olvides tú esto tampoco.

Y se alejó de aquel lugar cuando el sol acababa de pasar por el meridiano.

II.

Pasó á otras habitaciones, se acercó á una puerta que estaba entornada y despues de escuchar y cerciorarse de que nadie se aproximaba lanzó una mirada ávida al interior de la estancia por el ojo de la cerradura.

Desde allí observa á la jóven hija del abogado, que se entretenia en leer próxima á una ventana.

Al verla así, hizo Fulgencio un pronunciado ademan

de disgusto, y se apartó de aquel sitio dirigiéndose á una habitacion de la planta baja en la que se encerró.

Allí pasó hora y media, meditando á veces, trabajando otras en formar con todo sigilo unos haces de leña vieja, yerbas secas y esparto resinoso.

Al cabo de aquel tiempo salió; sus menores movimientos delataban un estado de ánimo intranquilo, temeroso y sobresaltado.

Si el anciano le hubiera visto entonces, no hubiera podido menos de preguntarle:

—¿A quién vas á asesinar?

Tornó Fulgencio á la puerta que ya conocemos, volvió á mirar con iguales recelos y al ver que la puerta habia sido cerrada, y que las cortinas de un lecho que habia en el interior estaban corridas, una alegría siniestra brilló en su semblante y exclamó·

—¡Duerme! ¡ya era tiempo! (1)

Volvió entonces con presuroso paso á las habitaciones bajas, tomó cuidadosamente algunos haces de materias de fácil combustion desapareció por un corredor, y solo se oyeron en el cortijo los golpes acompasados que descargaba en su trabajo el anciano aragonés.

III.

Eran las dos de la tarde.

Por el sitio de *las Cumbres* subian á buen paso cuatro individuos de la GUARDIA CIVIL. El que marchaba delante

---

(1) Histórico.

era entonces Guardia de 1.ª clase y se llamaba Tomás Bañon Hernandez (1); los nombres de los otros Guardias de 2.ª eran: José Fernandez, Antonio Rubio y Cristóbal Menendez.

En aquel punto se hallaban de su camino cuando vieron que algunos labradores de las cercanías corrian desalados hácia su izquierda.

Encuéntrase Bañon con uno de ellos y le pregunta los motivos de aquella carrera.

—¡Ah, señor Guardia—le contesta—venga usted, venga usted! un anciano criado nos ha dado aviso de que está ardiendo el cortijo del abogado D. Nicolás Fernandez.

Lanzan inmediatamente al galope sus caballos los cuatro Guardias y llegan en breve tiempo á la vista del cortijo.

Este ardia *por sus cuatro costados* y con tal rapidez que no habia ya medio de localizar el fuego ni de salvar una sola viga.

Sin embargo, no por eso podian los Guardias cruzarse de brazos ante el siniestro.

Pregunta Bañon si hay gente en la casa; le contestan

(1) Hoy sargento 2.º y comandante del puesto de Montealegre, provincia de Albacete. Ha prestado servicios de mucha importancia entre los que hallamos los siguientes: 1854—Salvó en San Anton de Cartagena, á los Sres. C.·S. Comandante general de marina, Diputado, Alcalde y Sr. Gobernador, deteniendo los caballos desbocados del coche en que aquellos iban. 1856—Salvó la vida á un niño de nueve meses en Albufon. 1857—Idem la de varias personas en una inundacion de la Roda. 1859—Idem la de un niño de tres años que estaba bajo las ruedas de un coche, en Alicante. 1864—Idem la de un pastor en Almansa. etc. etc. etc. En otros servicios de igual género, en capturas y socorros, se ha presentado siempre rechazando toda recompensa y á su denuedo y fervor militar debe hoy el grado que ha sabido alcanzar.

todos que no lo saben, pero que no debe haberla porque ninguna voz pide socorro.

Dispone entonces que se empieze á luchar con el fuego por la puerta principal, para que, abierta que fuese, se pudiesen sacar por ella todo el número posible de efectos.

Desmontaron presurosos los Guardias y ya ponian manos á la obra, cuando, abierta instantáneamente una ventana, asomó en ella la infortunada doña Elisa y con acento de la mayor afliccion, exclamó:

—*¡Por Dios! ¡sálvenme ustedes la vida!*

La admiracion de todos ante aquel terrible espectáculo, fué grande.

La jóven gritaba, lloraba y exhalaba quejidos que partian el corazon.

El Guardia Bañon, no espera á mas; dá su caballo á un paisano y se pone de un salto en la puerta principal del cortijo.

Esta salta y las llamas se arremolinan allí.

Los gritos de la jóven eran cada vez mas agudos y desgarradores; queria arrojarse por la ventana, pero el humo la hacia retroceder y la elevacion la causaba terrible espanto.

Salta Bañon *por medio de las llamas*, entra, sube, llega á la estancia donde sola y medio muerta yacía ya la jóven, vuelve á cruzar el fuego, la coge entre sus brazos, la escuda, baja, siente que la casa se le viene encima, ve que las llamas le impiden el paso y desconoce su espesor.

Pero no hay tiempo para meditar; sujeta bien el cuerpo de la desmayada jóven, pronuncia el nombre de

Dios, atraviesa por las columnas de humo y fuego y sale al fin milagrosamente al exterior de la casa.

Apénas se hubo separado con su preciosa carga de la incendiada casa, cuando esta se desplomó con estrépito.

La jóven al respirar el aire libre del campo volvia poco á poco de su desmayo y tuvo la suerte de no sufrir lesion alguna; pero al oir aquel estruendo y ver el triste estado de su casa, quedó otra vez sin sentido en los brazos del esforzado Guardia.

Algunos minutos trascurrieron antes que la jóven volviera en sí merced á los cuidados de su libertador.

Al poco tiempo llegaron algunos labradores mas y con ellos tambien el Sr. Fernandez, padre de la acongojada jóven doña Elisa.

¿Cómo pintar lo que este sintió al tomar de los brazos de Bañon el cuerpo de su hija? no sabia qué decir al Guardia; lloraba y reia al mismo tiempo.

Ofreció á los Guardias un bolsillo lleno de oro que ellos rehusaron con dignidad, y los vivas mas frenéticos y entusiastas á la Guardia Civil rasgaron los aires.

El Sr. Fernandez puso el suceso en conocimiento del Excmo. Sr. Duque de Ahumada quien concedió al Guardia Bañon, por propuesta á S. M. la cruz de *María Isabel Luisa*

Los tribunales ordinarios entendieron en la conducta del criado Fulgencio Perez; y al conocer el fallo, el viejo y honrado aragonés exclamó derramando lágrimas:

—Se lo he dicho muchas veces. ¡Habia de tener mal fin!



LOS CONTRABANDISTAS.

I.

El hecho que vamos á relatar brevemente, merece por un concepto toda la atencion de nuestros lectores.

Son muy contados los casos semejantes; los casos en que la Guardia Civil por cumplir con su deber tiene que hacer frente á las iras de todo un pueblo.

Este es uno de esos; quizás el mas culminante y por esta razon el que hemos preferido para ponerlo bajo la sensata reflexion de todos nuestros lectores.

Mucho se ha hablado por personas científicas acerca del contrabando; y hay muchas que proponiendo el libre comercio quieren hacerlo desaparecer.

Esta cuestion es ajena al objeto de nuestro libro y si la tratarámos nos separariamos del plan que tenemos marcado.

Nos basta saber que en España hay una ley que prohibe el contrabando y nadie ignora que la Guardia Civil se ha instituido para hacer que las leyes se respeten y capturar á los que falten á ellas.

Con conocer esto, que es bien sabido de todos, no necesitamos mas.

Si por un lado los contrabandistas faltan á las leyes, por otro son perenne motivo de grandes perturbaciones en los pueblos; hacen que los habitantes de estos se acostumbren á aquel tráfico; hacen que muchas personas se acostumbren tambien á una vida de sobresalto, luchas y ocultaciones; y como, en fin, los contrabandistas emplean para ocultar su tráfico iguales medios que cualquier otro criminal para ocultar sus delitos y su cuerpo, muchos son los contrabandistas que sin notar en su vida diferencia alguna pasan de tales á verdaderos malhechores.

La vida de pandilla, el vino, cien repugnantes ideas que son su alimento moral, y sobre todo la lucha con las leyes, hacen que aquel cambio sea muy fácil; y así se vé por la estadística criminal que donde hay contrabando hay muchos crímenes y que habiendo pueblos enteros que á él se dedican, salen de ellos para diseminarse en los contornos, hombres que habiendo combatido ya con *una* ley, van á decididos á combatir con *todas* las leyes.

Estas dos principales razones bastan para que se reconozca verdadera y legítima importancia en los servicios que la Guardia Civil presta impidiendo en cuanto está de su parte el contrabando, aun que este tiene además un cuerpo de tropas especiales destinadas á luchar con él y domarle.

Reconocida pues esa importancia que nadie pondrá

en duda, podemos pasar á reconocer la que tiene el servicio que nos ocupará en este ligero relato.

II.

En la mañana del 9 de Diciembre de 1856, salian de la casa-cuartel que la Guardia Civil ocupa en Canjayar, y de la cárcel de este pueblo, siete personas, las cuales tomaban la direccion de Almería, capital de la provincia.

De las siete personas dos eran Guardias Civiles y se llamaban Juan Martos Recha, el uno Guardia 1.° y Ramon Pin y Pin su compañero, de 2.ª

Las cinco restantes eran presos que por diversos delitos los mencionados Guardias debian conducir á la capital.

Andada una corta jornada llegaron todos á las inmediaciones de la villa de X.—(1)

Allí vieron los Guardias que adelantaban por el camino algunos mulos con cargas y llevados del diestro por sus conductores.

Ver estos á los Guardias y darse sin mas á precipitada fuga, fueron cosas de un instante.

Los Guardias corren sin abandonar sus presos y en el primer momento capturan tres cargas de contrabando (pólvora) con sus conductores.

Conociendo entonces que la conduccion de los presos no les permitiera lograr mas, marchan aceleradamente

(1) No creyendo de necesidad este nombre, nos ha parecido prudente y oportuno callarlo por razones que para todos serán claras.



hacia X.— con el objeto de dejar allí los delicuentes y continuar en la persecucion de las diez cargas restantes de contrabando.

Al poner los Guardias con sus prisioneros los piés cerca de las primeras casas del pueblo, una persona que era en él mismo funcionario civil, se acercó á los Guardias y separándose con ellos de los demás, les ofreció considerables sumas de dinero por la libertad de los tres contrabandistas, que segun habia yá llegado á su noticia habian aquellos aprehendido. (1)

Bien se adivinará que los Guardias, aunque con mesuradas palabras, rechazaron indignados la proposicion, sin que la poco prudente persona que les proponia aquella falta, pudiera lograr de ellos la menor cosa que fuese contraria al deber de buenos Guardias Civiles.

Pero estos, que sin embargo preveian algo de lo que en efecto debia suceder, acudieron incontinenti á buscar la primera autoridad del pueblo.

No hallaron á ninguna.

Raro es el caso porque no obran así las autoridades españolas; pero si una vez ha sucedido, nada prueba eso en contra de las demás que como hemos visto en otras CRÓNICAS son dignisimas intérpretes del poder gubernativo en sus ramificaciones.

Unióse á la ausencia de las autoridades locales, un sério motin levantado por todos los vecinos.

Los tres contrabandistas eran tambien de aquel pue-

(1) Escribimos historias y no podemos prescindir de decirlo todo, mucho mas cuando en ello está el realce de la Institucion. Lo único que debe permitírsenos es ocultar como en este caso nombre propio, aunque constan estos en los partes oficiales.



blo y sus amigos parecian decididos á libertarlos á toda costa.

El pueblo en masa rodea á los pundonorosos Guardias Martos y Pin; los acosa y arroja sobre ellos tantas injurias, denuestos y escarnios, que los valientes Guardias se ven en la necesidad de hacer inmediato uso de sus armas.

Dos Guardias, custodiando á ocho presos y haciendo frente á los desatinados rencores de todo un pueblo, es un cuadro al que nadie podrá negarle incuestionable valía.

El pueblo, dominado por la bizarra resistencia de los Guardias, no logra como queria dar libertad á los contrabandistas presos; Martos y Pin, obrando con la esquisita prudencia que el caso requeria, se deciden á seguir su camino contestando con un silencio despreciativo y digno á los que los insultaban y moviendo sus armas contra aquellos que querian pasar de palabras á hechos, salen de X y siguen la ruta de Almería.

III.

Media legua anduvieron sin que nadie les inquietara en el rígido cumplimiento de su deber.

Los contrabandistas presos no decian una palabra porque tenian sin duda esperanza de salvarse; y en los otros cinco delicuentes se notaba ciertos sintomas de una rebelion que estallaria en el primer momento en que los Guardias fuesen por segunda vez ofendidos.

Se les ofrecia aquella ocasion para salvarse y querian

aprovecharla puesto que dificilmente se les presentaria otra mejor.

Los Guardias, con el ánimo sereno y la conciencia bien tranquila, continuaban su camino dispuestos á hacer frente á todo lo que pudiese sobrevenir.

Esto no se hizo esperar mucho.

De repente saltan de un barranco al camino hasta *cincuenta paisanos, armados todos*, y se dirigen hácia los Guardias á quienes estaban esperando.

Estos comprenden al punto lo que aquello significaba; y Ramon Pin y Juan Martos, forman el cuadro con los presos y caballerías disponiéndose á hacer una desesperada resistencia.

¡Resistencia! ¿Cuál cabia allí?.

Aquellos *dos* Guardias, colocados entre cinco presos que querian fugarse, tres contrabandistas que querian lo mismo y haciendo frente á la enorme masa armada que se les presentaba, tenian que sostener á la vez tres distintas luchas y una de ellas con cincuenta hombres entre los que se hallaban los contrabandistas huidos.

Y ellos ¡eran *dos!*

Dificilmente se hallará una situacion mas verdaderamente apurada. Podrá decirse ya lo que allí iba á suceder.

Los contrabandistas aprehendidos quedarian libres; los otros delicuentes lo quedarian tambien; y los DOS, Guardias, luchando con CINCUENTA Y OCHO hombres en campo abierto, no podrian prolongar un minuto su heróica resiscia y moririan.

Pero esto último lo sabian ya ellos, que habian arriesgado la vida en otras ocasiones y que en aquella, anhe-

lando solo morir como mueren los Guardias Civiles, miraban á la muerte cara á cara, despreciando todo temor, con valor sereno y como si fuera una antigua conocida que en lugar de traerles dolores y males les traia renombre, honra, y eterno lauro militar.

Morir allí era vivir para siempre en una gloriosa página de la historia de tan grande Institucion!

Apenas los Guardias formaron el cuadro decididos á vender bien caras sus vidas, cuando una nutrida descarga cayó sobre ellos.

Toda la cara de Ramon Pin apareció bañada en sangre.

Los tres contrabandistas quieren huir: los Guardias los sujetan.

Los cinco de la primera conducta valiéndose de la ocasion, intentan lo mismo: los Guardias logran tambien detenerlos.

Los cincuenta hombres caen sobre los Guardias: estos les hacen frente, hieren á varios y al mismo tiempo mantienen á su lado á los contrabandistas y á los presos.

Aquellos Guardias no parecian dos: eran diez, veinte, ciento, porque se multiplicaban parando los golpes é hiriendo, haciendo resistencia á los cincuenta y conservando bajo su mano á los presos.

Si como hemos dicho es difícil hallar situacion mas apurada, lo es tambien hallar otra en que, no con tanta, sino con mas brillantez aparezca el brio y sangre militar que atesora el honrado corazon de los Guardias Civiles.

Hacen los enemigos nueva, mas cercana y mas nutrida descarga...... *los Guardias quedan ilesos*, y sin duda la Providencia de los buenos en aquel momento ponia an-

te Martos y Pin su invisible mano; porque la puntería del contrabandista suele ser muy certera.

La nube de humo que rodeó á los Guardias, fué en tanto grado espesa, que no distinguian ni los colores de su uniforme.

La confusion entonces llegó á su colmo; el estrépito ensordecia.

La lucha se renueva con mayor ensañamiento por ambas partes.

Los tres contrabandistas presos fueron separados del lado de los Guardias mientras luchaban estos con los demas y metidos entre la masa de enemigos.

Era ya imposible recobrarlos y los Guardias tampoco conocieron hasta que vieron huir á los cincuenta hombres, que el azar les robaba aquellos tres prisioneros.

Pero antes sostuvieron nueva lucha con los enemigos que querian sus vidas; y con los presos que se les escapaban de las manos.

La resistencia de aquellos dos valientes Guardias fué tan grande, tan inmensa, tan heróica que al ver los paisanos que ya iban siendo muchos los heridos que contaban, abandonaron el campo *huyendo*.

Si esto se nos hubiera dicho á nosotros antes de pensar en formar este libro, acaso no lo hubieramos creido.

Pero hoy que conocemos por sus hechos al benemérito Cuerpo de la Guardia Civil, no dudariamos de ello aunque todo lo que hemos dicho no lo estuviéramos viendo apoyado en los naturales relatos y comprobaciones oficiales que nos sirven de guia.

IV.

Los Guardias entonces, sin darse un momento de reposo, vuelven á la alborotada poblacion de X; depositan á los presos en la cárcel; y ardiendo en deseos de dar á aquellas gentes una severa leccion corren en busca de los amotinados, luchan de nuevo y capturan *diez*.

Llega despues el Jefe que debia instruir las oportunas diligencias y aquellos diez como otros mas que fueron nuevamente capturados sufrieron el condigno castigo de su contravencion y alevosía.

Lss Guardias Martos y Pin obtuvieron el ascenso al inmediato grado.

Sus nombres, vivirán de hoy mas, cuanto este libro viva.

LA DESGRACIA.

I.

Estamos en Piedra-Buena. (1)

Subid á aquella miserable casa; abrid una puerta..... y os hallareis delante del cuadro mas desgarrador.

Nada pregunteis á los seres que allí yacen; con solo verles conocereis cuánto sufren y por qué sufren.

Valencianos son por su dialecto y segadores por su traje; pero ni segadores ni valencianos son en aquel momento; pertenecen, sí, á otra clasificacion mas grande en la humanidad: son *desgraciados*.

La desgracia que les aqueja no puede ser mas cruel, mas conmovedora, mas mortal.

Grandes infortunios, conocidos ú ocultos atenazan á la humanidad; porque el hombre ha venido á este mun-

(1) Provincia de Ciudad-Real.

do á ser feliz y desgraciado; si no sufriera dolores no gozaria placeres.

Al crearle Dios, le dijo: *vive, trabaja y muere,* y en estas tres palabras está toda la historia humana.

Trabaja, he ahí la gran ley, he ahí por donde Dios pone á prueba á la humanidad, su hija querida.

La dió un alma, la dió placeres y dolores, la dió la muerte y la dió un grande y sublime consuelo para los segundos: *la Religion*.

¿Qué fuera el hombre solo, ante los grandes padeceres que le acosan? Si no pudiese defenderse de ellos mas que con su débil ser, bien pronto caeria vencido..

Pero tiene en su alma *la religion,* tiene *la fé* y con ellas afronta todos los vaivenes de la suerte y sabe resignarse á ella sin llegar al tremendo límite de la total desesperacion.

Por eso algunos de los seres que tendidos yacen en aquella estancia, elevan al cielo su alma y mitigan su honda pena dejando resbalar por los cárdenos labios las santas frases de una oracion á Dios.

¿Quién sino él, inagotable fuente de consuelo y misericordia, podria dar lenitivos á tanto dolor?

Ved allí, cubierta por débiles harapos y recostada sobre la mugrienta pared á una infeliz mujer que siente en su pecho la boca de su tierno hijo hambriento y no puede darle una gota de leche!

Preguntad, preguntad á una madre cuanta seria su pena si se hallase en situacion tal; si viese que su hijo se retorcia en sus brazos con la agonía terrible de una muerte por hambre; que estendia hácia ella sus manos, que la miraba con mirada tristísima, suplicante, apagada y

moribunda; y verle agonizar asi, minuto por minuto, verle mordiendo con las angustias de la muerte el materno pecho y no brotar este un solo y benéfico átomo de lo que aquel pobre y desfalleciente ser necesita!

Preguntad, preguntad á todas las madres, y quizás adivinando las penas de esta, no podran articular una palabra y solo os contestarán con lágrimas!

Aquella madre no llora ya, porque ni lágrimas tiene; no grita porque la faltan fuerzas; yace lívida estenuada, como insensible á todo lo que la rodea; por su color y por su inmovilidad, si aquella habitacion fuese el estudio de un escultor, se la hubiera creido una antigua estátua de mármol.

Ved mas allá tambien á un hombre tendido, que exala cóncavos y angustiosos gemidos.

Es de alta estatura, grueso y fornido; pero está enfermo y ademas... tiene hambre.

Sus miembros sufren violentísimas contracciones, su respiracion es cavernosa, una tos seca y aguda rasga su pecho; y su estómago, como el de aquel á quien falta aire para respirar, se contrae y dilata con fuerza y rapidez inconcebibles.

¿Qué dolores físicos no sufriria aquel desgraciado?

No eran menores los morales; á su lado tenia *cuatro hijos* que inertes tambien yacian en el suelo.

Uno de ellos, niña de siete años, estaba tendida de modo que uno de sus brazos venia á descansar sobre el robusto cuello de su padre.

Este en uno de sus movimientos convulsivos encontró aquella mano y la llevó rápidamente á la boca; movimiento muy natural en quien tiene hambre.

La mano de la niña estaba abrasada á veces por la calentura y helada otras como la de un cadáver.

El padre, que nada conocia ya, no vió en la mano de su hija mas que un objeto frio y la llevó á la boca comenzando á saborearla con deleite, porque sus fauces estaban secas y quemadas por su cavernoso hálito.

Pero pronto la mano entró en calor y entonces el padre apretando sus mandíbulas, la mordió con rabiosa desesperacion.

La niña dió un grito penetrante que helaria de espanto al mas fuerte.

La madre, al oirlo, sufrió un estremecimiento en todo su cuerpo...., despues continuó en su fatídica inmovilidad. Las entrañas de la madre habian respondido estremeciéndose, al grito dado por el ser que habia nacido en ellas.

Pero la razon y las fuerzas faltaban ya allí y la madre no separó sus miradas de donde las tenia clavadas ni llamó á su hija.

Esta, escitada por el dolor de la mano, se incorporó un tanto.

El padre, aguijado tambien por un secreto horror tuvo un momento de lucidez y aunque con grandes dificultades y acento bronco acertó á decir:

—¡Eusebia!...

La niña miró á su padre sin contestarle porque el estupor y la atonía la dominaban aun.

—Eusebia—continuó el padre—¿y tu madre?

—Allí está sentada...

—¿Han muerto tus hermanos? yo no puedo ver.....

—No se, padre; pero Juanito no quita su vista de mí, véalo usted! parece como que me habla porque mueve los

labios, pero no me dice nada.... ¡padre! ¡yo me muero!

El acento con que la niña pronunció esta terrible palabra no puede expresarse con las frias frases de una narracion.

Sí, hija, sí; todos estamos enfermos de un mismo mal y todos tenemos hambre.

—¿No teniamos pan *anteayer?*

—Sí.... pero hasta un perro nos ha robado el poco que nos quedaba!

—¡María!—exclamo llamando á su mujer.

Esta no contestó.

—¡María! ¡María! ¡Dios mio, no contesta! ¡ha muerto!

—No, padre; no ha muerto, está sentada—dijo la niña que como siempre habia visto tendidos á los cadáveres, no se la alcanzaba mas acerca del tremendo fin de los humanos.

—Oye, Eusebia mia, puedes andar?

—No, padre, no.... se me abre la cabeza, siento dolores en todo mi cuerpo y me parece que tengo fuego y llamas dentro de él....... me muero.

—*No, no*, pobre hija mia, tú no mueres, *ten valor para salvar á tus padres*.... haz un esfuerzo, sal, y.....

El padre se interrumpió: la pena le aniquilaba el corazon. Pero dominando pronto sus vacilaciones concluyó su interrumpido pensamiento con esta frase:

—Sal.... y pide limosna.

—No me daran nada!

—Sí, hija, sí.

—Yo no sabré pedir, padre....

—Oye—dijo este con voz que encerraba en su acento una amenaza al destino—procura recorrer las calles, di

que dejas aquí cinco enfermos, que no tienen medio alguno de aliviar su mal, que se mueren de hambre tus padres y tus tres hermanos... si vuelves aquí como ahora vas, sin traernos alguna limosna, cerraremos la puerta y quien venga despues nos encontrará á todos muertos. (1)

¡Cuanto no pueden estas palabras de un padre en el corazon de una niña!

Eusebia se levantó penosamente y al ponerse en pié estuvo á punto de caer.

Se aseguró, sin embargo, y pudo dar algunos pasos muy vacilantes. Diriase que sus músculos habian perdido la elasticidad característica de la vida.

—*¡Adios, madre mia!* dijo la niña dirigiéndose á la puerta.

La madre no contestó á la cariñosa despedida de su hija; ni se apercibia tampoco de las convulsiones agonizantes del tierno niño que espiraba sobre su amante regazo.

Eusebia abrió lentamente la puerta y apoyándose en las paredes avanzó algunos pasos mas, hasta llegar al portal.

El padre la siguió con sus ojos hasta que la vió desaparecer; despues volvió á tenderse, subyugado por sus penas y dolores, aunque un tanto aliviado por la esperanza.

II.

Hay agonías terribles, pero ninguna lo es tanto como la de la muerte por hambre.

En ella el hombre cuenta por instantes su vida; y

(1) Palabras históricas.

sobre todo le causa desesperacion el conocer con cuan poco remediaria su mal; el pensar que en los momentos en que él se muere de hambre, rueda el pan en la vecina morada.

Recuerda entonces con profunda pena las veces en que él lo ha desperdiciado y por un pedazo de aquellos que en otros tiempos despreció, ofrece él en aquel supremo momento del hambre la libertad de toda su existencia futura, y por un dia mas de vida la vida de los demas dias que aun pudiese vivir.

Probad á un hombre con todos los tormentos imaginables y podrá resistir ó morirá; probadle con el hambre, y si resiste como los españoles la resistieron por su independencia, será un héroe como lo son los españoles!

Eusebia llegó á la calle y arrimándose á las tapias anduvo algunos pasos.

Vió á un hombre que por su trage parecia ser rico y pensó en acercarse á él cuando llegase hasta ella, para pedirle una limosna.

El hombre adelantó hasta estar próximo á la niña y esta entonces, estendiendo hácia él su mano tímida se separó de la tapia.

Se separó.... y al articular la primera palabra de su peticion, sus piernas se doblaron y cayó sobre la arcillosa arena, hiriéndose en la cara y sin exhalar un solo quejido de dolor ó súplica.

Al llegar al suelo, habia ya perdido completamente el sentido.

El hombre que llegaba, corrió á ella llevado por un natural impulso hácia hacer el bien, y el horror se pintó en sus facciones al ver el rostro de la niña.



Aquel rostro era todo un drama de infortunios y decia acerca de las penas que los seres humanos sufren mas que pudieran decir todos los libros de los sabios.

Aquel suceso llamó la atencion de otros transeuntes y pronto algunos hombres y mujeres rodearon á la niña adivinando algo de lo que esta sentia y no podia decirles en su profundo desmayo.

A la sazon se hallaba en la puerta de la cercana casa-cuartel de la Guardia Civil el sargento 2.°comandante de aquel puesto Manuel Tarazaga.

Vió el grupo tan repentinamente formado y se dirigió á conocer la causa que á él habia dado motivo.

Llega, le abren paso todos y vé á la niña moribunda.

La toma seguidamente en sus manos y corre hácia la casa-cuartel donde llamando á sus Guardias deposita á la infeliz Eusebia y dispone los mas urgentes auxilios secundado por las esposas de los Guardias.

Pronto la niña volvió á la vida.

Pregúntala entonces el caritativo sargento el motivo de su caida y abatimiento; Eusebia, con acento que conmovió el honrado corazon de aquellos bravos, les contó cual era la desgracia que amenazaba de muerte á sus padres y hermanos.

Deja el sargento á la niña al cuidado de los demás y corre apresuradamente á la casa señalada por aquella.

Hay hombres que quisieran tener el mundo para darlo á los necesitados; hombres que no pueden dormir tranquilamente si piensan en que quizás á su lado hay otros que demandan socorro, que les necesitan.

En un corazon así ¿qué fuerte impresion no producirá la vista de aquella escena de desolacion y agonía,

mas terrible si cabe que la del *Pescador de las Roquetas*?

Abierta por el sargento Tarazaga la desvencijada puerta y visto al primer golpe aquel cuadro, no pudo contener un estremecimiento de profundo dolor y sintió que su sangre se le agolpaba toda al corazon.

Corrió á la madre y vió que el niño tendido sobre su regazo, boqueaba como el pájaro al que se aprieta el pecho progresivamente.

Levanta al niño, y le encuentra frio y con las piernas rígidas ya como un cadáver.

Pone sus manos en la cabeza de la madre y al tocarla cae como insensible hácia el opuesto lado.

Se arrodilla el sargento, acerca su rostro al de la exánime mujer y exclama:

—¡Respira aun! la salvaremos.

Corre hácia el padre, á los tres hijos que allí yacen hacinados sobre unos harapos y en todos halla igual inmovilidad y síntomas de una próxima muerte.

Tiende una mirada por la estancia y el corazon se le oprime al ver tanta miseria y desgracia.

Y en medio de ellas el uniforme de la Guardia Civil que tiene el privilegio de aparecer en todos los desastres, era lo que un rayo de sol benéfico que rasga en un punto la espesa sombra de un subterráneo.

Llama el sargento á sus Guardias Gonzalez, Iglesias, Ocaña y Arroyo, y entonces....

¿Qué mas necesitaremos decir?

Desde el momento en que la Guardia Civil toma parte en este suceso ya está sabido todo porque se adivina lo demás.

A costa de los Guardias se dieron alimentos y medi-

cinas á los moribundos; los Guardias los cuidaron y lograron que muchos vecinos del pueblo les apoyasen con algunas cantidades, en relacion á los recursos de cada uno.

¿Describiremos ahora las exclamaciones de reconocimiento, las lágrimas de inmensa gratitud de los moribundos (que felizmente se salvaron todos) al saber y admirar la caritativa conducta de la GUARDIA CIVIL que lleva allí donde está cualquiera de sus buenos individuos el valor y la caridad?

Bien se dejan adivinar esas demostraciones y algunos de nuestros lectores las habrán oido muchas veces.

Ellos como sus compañeros entonces en Piedra-buena, sabrán cuanto valen y sabrán tambien que decimos bien al asegurar que esos hechos aunque sencillos parecen, hacen que se vea á la GUARDIA CIVIL bajo una nueva faz de su instituto:

Sembrando en los pueblos las mas selectas y fructíferas semillas de la *civilizacion cristiana*.

EL CÓLERA.

I.

Año terrible fué para muchas provincias de España el de 1855.

Destinado sin duda por Dios para recordar á la humanidad los deberes que con frecuencia olvida, ha sumido en la desolacion á millares de familias y doquiera se veian mujeres enlutadas y rostros macilentos donde la desgracia habia marcado su triste sello.

Azote de Dios, se ha llamado á la peste, porque la cólera del Señor de las criaturas es tan grande como su misericordia.

De tiempos en tiempos el espectro de la muerte pasa iracundo sobre la tierra; envenena las aguas y la atmósfera; sorprende á la niña que juega, al adulto que duerme reposado, al poderoso que derrocha sus caudales, y los arrastra á todos tras sí.

Parece decirles:

—Encenagados en vuestros placeres—habiais olvidado que hay un Dios que vigila vuestros hechos y espera siempre vuestras oraciones. Todos, por tal olvido, marchábais á la perdicion..... hoy os salva Dios recordándoos vuestros deberes para con él y su justicia que tan olvidada teniais.

Entonces, los vecinos de los pueblos paralizan sus faenas diarias; sienten que el miedo hiela su corazon; acuden en masa á los templos para aplacar la iras del Altísimo y la vida siempre activa de las poblaciones se detiene ante el pánico que produce el temor de la total destruccion y cae en un marasmo semejante al de la muerte.

Nadie canta, todo es silencio; nadie presenta alegria en su semblante; el pavor se apodera de los ánimos; tristes lutos cubren los cuerpos y las continuas pérdidas de objetos queridos, hacen que en los ojos asomen sin descanso amargas lágrimas y lleven al alma el insomnio, los dolores y el terror, al par que las oraciones.

Tal era en Junio, y Julio del citado año el estado de los habitantes de la villa de Palma, en la provincia de Huelva; estado semejante al de los de otras muchas provincias de España.

El dia 24 de Junio se sintieron allí los primeros síntomas del cólera morbo-asiático, y al ver que los funestos amagos de este terrible mal estaban ya tan próximos, la consternacion mas invencible se apoderó de todos los vecinos de aquella poblacion.

Algunos sin embargo, sostuvieron aun su valor; pero la presentacion de varios casos fulminantes echó por tierra el de los mas animosos y nada entonces pudo hacer que

siquiera un asomo de tranquilidad apareciese en los corazones.

Se veia á la muerte, se tropezaba con ella, se la sentia en el aire, en los alimentos, en el roce con otras personas aprisionando al hombre con un inquebrantable círculo de hierro que cada vez se estrechaba mas y mas.... aquello no era ya vivir, era agonizar con la tremenda agonía del que conservando su cabal razon sabe la hora fija de su muerte, cuenta los minutos que faltan para ella y dice:

—Mañana al amanecer iré entre cadáveres hacinados y conducido por ese carro que pasa.

La dispersion fué consiguiente al miedo en los vecinos mas principales de la Palma; abandonaron sus hogares y corrieron á los campos evitando así el contacto de sus semejantes. ¡En estas ocasiones no suele haber hermanos ni amigos!

Pero á muchos sucedió lo que á aquella señora de la catástrofe de *Bellver*, que habiendo tomado la diligencia por miedo al mar, vino á morir ahogada en el barranco donde se levanta el modesto monumento á la memoria de los heróicos Guardias, Ortega y Jimeno.

Muchos de los que huian á los campos morian allí careciendo de los auxilios corporales y hasta de los sublimes é inefables consuelos de la religion de Jesucristo.

Hemos dicho que no suele haber hermanos ni amigos en estas tremendas circunstancias; nadie pone la mano sobre el pecho del hermano, porque teme que aquel sudor frio de la muerte le inficione.

Así, no es mucho de estrañar (y nosotros lo hacemos constar aquí porque escribimos una historia) que el general conflicto se agravase con la dispersion de las personas

que aun se hallaban sanas; dispersion que dejaba á los enfermos en casi un completo abandono.

Las autoridades judiciales, las del órden administrativo, hasta las eclesiásticas huyeron de la villa!

Y en la villa quedaban centenares de invadidos «entregados á la mas cruel de las desesperaciones.»

Nada bastó á contener aquella dispersion. Para conocer á que punto habia llegado el terror, bastará decir que desoyendo todas las exhortaciones de los Guardias Civiles de aquel puesto, hubo personas que en la precipitacion de su fuga, dejaron abandonados á parientes enfermos ó impedidos por males crónicos, y hasta *padres que dejaron abandonados á sus hijos de la mas tierna edad.*

Este solo detalle bastará para dar á nuestros lectores una idea aproximada de la alarma y desconcierto que reinaban en la villa de la Palma.

La Guardia Civil tomó como era de esperar en los sucesos de aquellos dias, la activa parte que la gloria de su instituto reclamaba y agena á la influencia del miedo general, cumplió en tan apremiantes circuntancias sus altos deberes para bien de la humanidad y honra del Cuerpo y de los individuos de que luego haremos mencion.

II.

En la mañana del 24 de Junio y á hora de las nueve, llegó á la Palma D. Francisco Aguado Aldama, jefe de la línea.

Impresionado vivamente por el estado lastimoso de la poblacion, se esforzó en devolver á los ánimos alguna tran-

quilidad y dispuso tambien que se redoblase la vigilancia sobre los cuantiosos intereses que los vecinos en su dispersion habian dejado en total abandono.

Buscó á las autoridades locales y solo halló á un regidor del Ayuntamiento; conocidas las circunstancias porque el pueblo atravesaba se puso de acuerdo con aquella persona y dispusieron la inmediata formacion de un Ayuntamiento provisional entre los vecinos que no habian dejado la villa.

Así se realizó; al dia siguiente recayó en los nombrados la aprobacion de la superioridad, el Sr. Aguado formó parte de la junta de sanidad y sin pérdida de tiempo se tomaron las mas prontas medidas que la catástrofe exigia con tanta urgencia.

No necesitamos ahora encomiar la importancia de la iniciativa que el Sr. Aguado tomó en aquella circunstancia al disponer la creacion de un Ayuntamiento que remediase en mucho, como remedió, los males de que era víctima aquel vecindario.

Su conducta es tal que bien claramente se comprende el mérito contraido por ella y el realce que da al poder y beneficio de la Guardia Civil.

Pronto haremos descripcion mas minuciosa del humanitario trabajo á que se dedicaron los individuos de aquel puesto.

Ahora reclama por breves momentos nuestra atencion un patético episodio que ha conmovido á aquellos vecinos que lo recuerdan aun hoy sin poder dominar la profunda tristeza que tal recuerdo les causa.

III.

Solitarias como las calles de esas poblacienes arruinadas desde la antigüedad, estan las de la Palma.

El dia declina pausadamente y su luz indecisa y triste viene á aumentar la tristeza de aquellos sitios.

Donde antes habia animacion, contento y bullicio, solo hay ahora soledad y silencio sepulcral.

Parece que aquella poblacion está deshabitada y tal se la creeria si de vez en cuando alguna persona de rostro macilento no atravesara las desiertas calles y si los dolientes gritos de los que en las casas fallecen y los llantos de algunos deudos no dieran indicio de que varias de aquellas moradas estaban habitadas por moribundos.

Las tiendas todas estan completamente cerradas á escepcion de una de carpintero en la que un mozo jóven y robusto trabaja en dicho arte haciendo ataudes.

Ocupado se hallaba en su trabajo cuando una mujer, apareciendo en la puerta de su tienda, le hizo apartar la vista de su obra y dirigirla á la recien llegada.

Esta era una jóven que aunque de clase proletaria, vestia con singular decencia y cuya fisonomía era expresiva y agraciada.

—¿Eres tú, Agapita?—dijo el carpintero al verla con acento triste.

La jóven se apoyó en el quicio de la puerta y miró al carpintero con dolorosa expresion.

—¿Qué te sucede?—preguntó el mozo corriendo alarmado hácia ella.

—Sebastian—dijo la jóven—mi señora se muere, tiene

el cólera fulminante y hay que sacarla inmediatamente de casa, asi que sea cadáver. Vengo á que hagas pronto una caja porque el amo no quiere que vaya la señora en el carro....

—¡Pobre Doña Clara! ¡Quién habia de decir....

—¡Si esta mañana estaba tan buena!

—Y tú ¿te has acercado á ella?

—¿Quién habia de cuidarla sino yo? mi amo parece loco y el otro criado aunque tiene valor no sirve para cuidar enfermos, porque es muy sordo. El ama no quiere que me separe de ella ni un momento....

—¿Sientes tú algun mal?

—No, nada mas que un poco dolor de cabeza, pero esto se pasará.

—Quiera Dios que no tenga alguno de nosotros que llorar al otro. En pasándose la peste nos casaremos como tenemos pensado, no es verdad?

—Hágalo la Vírgen!

—Tú me quieres bien, segun dices; yo te quiero, eso sí; te quiero mas que á mi vida, tanto como á mi madre! Dejemos que pase el cólera y ya verás qué feliz va á ser tu Sebastian!

Hubo despues de estas afectuosas palabras algunos momentos de silencio que por fin interrumpió el carpintero diciendo:

—Vuelve á cuidar los últimos momentos de tu ama, porque hasta hoy has comido de su pan y es bueno que las personas sepan ser agradecidas. Pero procura que no por socorrer á quien se muere de fijo, vayas á morir tú que estás hasta ahora en cabal salud, porque entonces...

El jóven carpintero se detuvo y asomaron dos grue-

sas lágrimas á sus ojos; lágrimas que eran visible testimonio de cuanto sentiria la pérdida de su prometida esposa.

Esta se sintió tambien conmovida por el mudo dolor del hombre á quien queria casi desde niña.

—Si muere tu ama—le dijo este—ven en seguida á mi casa; aquí tendras un sitio al lado de mi madre y ya no nos separaremos, si Dios quiere oir nuestras oraciones. ¿Me prometes hacerlo así?

—Te lo prometo—dijo la jóven—pero déjame ahora que vuelva al lado de la moribunda.

—Yo voy á hacer en pocos momentos la caja, y Dios quiera que no sirva para Doña Clara! Esto es lo mas triste que tiene mi oficio.

Se separó la jóven del quicio de la puerta en que se hallaba apoyada y el pobre jóven salió á la calle, no entrándose en la tienda hasta que vió desaparecer tras una esquina á su prometida.

Asi que la hubo dirigido la postrer mirada que revelaba el mucho y puro cariño que por la jóven sentia, volvió á su trabajo, hizo una medida en las tablas que estaba cortando y con un lápiz puso en una de ellas la inicial C, pues esto era necesario para que no se confundiesen los ataudes que allí habia construidos y en construccion.

IV.

Enumerar en detalle los servicios que aquellas semanas prestó la Guardia Civil en la Palma, fuera muy prolijo trabajo. Diremos sin embargo cuanto á nuestro objeto es necesario, porque servicios de tanta valia bien merecen que les consagremos algunas páginas.

No habia en la Palma mas que una persona que ejerciera la medicina, y ya á la sazon no podia auxiliar á los atacados porque él mismo se habia visto precisado á guardar cama.

Los enfermos, pues, estaban totalmente abandonados por la ciencia.

Todas las tiendas de comestibles estaban cerradas; no se hacia pan; y en fin, hasta habia llegado el caso de faltar enterrador.

Adivínese, conocido esto, cual seria el grado de desolacion á que habian llegado los infelices atacados por la peste y las pocas familias ilesas que no habian dejado á la Palma.

Las nuevas autoridades, despues de contener un tanto el general desaliento, dispusieron el embargo de granos y algunas reses, procuraron facultativos é hicieron que las tiendas fuesen seguidamente abiertas logrando por estos medios que un estado de cosas mas activo y normal sustituyese al de anarquía y terror que venia aumentando con sus efectos los ya bastante dolorosos de la peste.

—¿Podian los Guardias de aquel puesto, al mando del comandante de este el sargento 1.° D. Antonio Rodriguez Vega (1) permanecer inactivos, cuando tan demandados eran sus auxilios? ¿Podian concretarse estrictamente á su deber, como máquinas movidas ciegamente por un reglamento?

No; habia en los corazones de todos aquellos individuos mucha fé, mucho fervor humanitario, mucha cari-

---

(1) Distinguido individuo del Cuerpo que es hoy Teniente jefe de la linea de Arahal provincia de Sevilla.



dad y mucha conciencia del deber, para que no obrasen entonces cual á Guardias Civiles correspondian en tan terrible catástrofe.

¿Cuáles, sino los suyos eran allí los ánimos que no se habian doblegado al miedo?

Acostumbrados á luchar con la muerte, á verla muchas veces el rostro, no la temian; confiando á los designios de Dios sus vidas, socorrian á los coléricos como un hermano lo hiciera con un hermano, un padre con un hijo.

Ellos se multiplicaban en todas partes donde era necesaria su presencia; y en los dos meses que duró tan aflictiva situacion su valor permaneció siempre inalterable, su caridad fué siempre la misma y el mismo siempre el cumplimiento de sus deberes: que así saben obrar los que con verdadera fé se comprometen á ser buenos Guardias Civiles.

Ellos hacian su servicio de parejas por la demarcacion; volvian despues á la Palma y sin darse reposo vigilaban los intereses abandonados, visitaban á las personas enfermas, las consolaban, las procuraban y hacian medicinas.....

¿Qué mas? como el estado de penuria y escasez era grande y desolador en muchas familias, los Guardias partieron sus mismos alimentos con los infelices de la Palma.

El alma se siente gozosa al contemplar estos rasgos del corazon humano. ¿Habrá aun despues de esto quien se atreva á decir que el hombre no conoce la virtud?

Los Guardias alimentaron con sus propios alimentos á las familias que yacian en la miseria, pagaron medicamentos que algunos inficionados habian menester, amorta-

jaron y enterraron cadáveres!. . . . .
. . . .

¡Grande y humanitaria institucion, que has venido á derramar un rayo de luz en las tinieblas de este siglo de corrupcion y falsías!

Al contemplar tu historia, hierve en el pecho el sentimiento que guia á las grandes acciones que inmortalizan la memoria de los hombres heróicos; al comtenplar tu historia, el hombre se siente orgulloso de serlo; al contemplar tu historia, en fin, se exclama con el corazon:

—¡Tú vivirás tanto como el mundo!

V.

Al anochecer del dia á que concretamos el suceso de esta Crónica, el carpintero Sebastian tenia concluida la caja mortuoria encargada por su prometida.

No tardó mucho en entrar en la tienda un anciano, que despues de darle tristemente las buenas noches, le dijo:

—Sebastian, quiero una caja para la casa de Doña Clara.

—¡Pobre señora!—dijo Sebastian—su muerte ha sido bien pronta. Ahí tienes la que me ha encargado.

Sebastian señaló la marcada con la inicial C—y el anciano cargó con ella á tiempo que decia:

—¿Puedes ir á clavarla tu mismo?

Sebastian, queriendo traer consigo á Agapita aprovechó la ocasion de verla que se le proporcionaba y contestó al viejo con un movimiento afirmativo.

El viejo salió llevándose la caja y sin decir una palabra mas.

Los sordos suelen ser económicos de palabras y el anciano criado era sordo si recordamos lo que Agapita habia dicho á Sebastian.

Concluyó este de aserrar una tabla y subió á ver á su madre y á noticiarla que se ausentaba momentáneamente de la casa para traer á ella á la que muy luego deberiá habitarla como esposa.

Bajó nuevamente al taller, recogió algunos clavos y un martillo, entornó la puerta y se dirigió á casa de Doña Clara.

Penetrando en ella vió ya en el portal de la casa el ataud y á su lado el sordo que le dijo:

—La he bajado aqui porque corre mas aire. El cuerpo está dentro, voy á bajar una luz y podrás clavar mas pronto.

Sebastian subió con él y mientras la vela se encendia le preguntó por Agapita.

—Ha salido—dijo el viejo.

—Cumplió su palabra—pensó Sebastian ya sin temor alguno—estará tal vez en mi casa como me ha prometido.

Bajaron, dicho esto, al portal y Sebastian clavó en dos minutos la tapa del ataud.

—Despues ajustarás cuentas con el amo—dijo el sordo.

—Ya lo sé; no digo nada ahora porque demasiado conozco cuanto será en este momento su dolor.

Salió á la calle el carpintero y se encaminó rápidamente á su casa. Ya en ella le informó su madre de que

nadie en tan corta ausencia habia venido á preguutar por él.

No se inquietó por esto el honrado mozo y haciendo luz tornó á continuar su incesante trabajo.

No se ocupaba en otra cosa desde la terrible invasion que en hacer cajas para difuntos. ¡Triste tarea!

Al cabo de media hora, sintió que le llamaban desde la calle; abre la entornada puerta y vé á un Guardia Civil que conducia sobre sus hombros un ataud, el mismo que el jóven acababa de clavar.

—¿Qué sucede, señor Guardia?—le preguntó con tono afectuoso que demostraba lo dispuesto que se hallaba á servirle.

—Al pasar, he visto luz y por eso he llamado—contestó el Guardia—llevo aqui un cadáver al que nadie quiere dar sepultura y voy á dársela, pero para que no se caiga de la caja tengo que sujetar con una mano la tapa.

—¿Se ha desclavado? espere usted un momento, traeré el martillo....

Y un momento tardó el carpintero en unirse al Guardia y bajar ayudado por él el ataud en la calle.

—¡Pues si es el de Doña Clara y acabo de clavarlo! no sé cómo no se le ha caido á usted el cuerpo de la buena señora, que Dios haya perdonado, porque pesa bastante.

El Guardia entró en la tienda, trajo la luz y arrodillándose en los guijarros rogó á Sebastian que concluyese cuanto antes porque otros seres vivientes aun, necesitaban de los auxilios de la Guardia Civil.

Así lo conocia tambien Sebastian y para asegurar mas el trabajo quiso volver á elavar por entero la tapa.

El Guardia le aconsejó que no aspirase los miasmas que del féretro salian y el carpintero, alejando su cabeza convenientemente, puso manos á la obra ayudado por el Guardia que le alumbraba y levantó dos clavos que aun estaban algo asegurados.

—¡Qué buena y honrada era esta Doña Clara! voy á verla por última vez.

Levanta Sebastian la tapa, mira al cadáver......

No sabemos con que palabras expresar lo que Sebastian sintió en aquel supremo instante.... porque no Doña Clara, sino su querida Agapita era la que yacia tendida en el ataud.

El jóven artesano cayó como una masa inerte sobre el cadáver y allí hubiera permanecido sin dar la menor señal de vida si el Guardia no se hubiese apresurado á separarle del infestado cuerpo de su prometida esposa.

No exhaló Sebastian un solo grito al encontrarse de pronto con tan inesperado y terrible espectáculo, porque hasta fuerzas le faltaron para gritar.

Sufrió uno de esos sacudimientos nerviosos que tantas veces han producido la muerte repentina. Se quebrantaron todas las articulaciones de su cuerpo, se agolpó la sangre á su cabeza y si el desmayo no le hubiese privado de sentir, hubiera seguramente muerto de dolor.

—Quiera Dios que esta caja no sirva para Doña Clara! —habia dicho él jóven,—sin poder adivinar que este deseo habia de verse cumplido..., pero á costa de una existencia querida.

¡Pobre Sebastian! él habia construido la caja, él la habia clavado cerrando en ella á la mujer que era su cariño, su alma! ¡Pobre Sebastian! aunque hoy vive,

aunque ha mudado de pueblo para evitar los recuerdos, nunca desde entonces ha visto nadie la sonrisa en sus labios; es jóven y tiene arrugas en el rostro y presenta su cabello casi del todo encanecido!

Brevemente puede esplicarse el trágico suceso que presenciaba en tal ocasion el Guardia.

El dolor de cabeza que sentia la jóven al presentarse en casa del carpintero era un sintoma del cólera; llegó á la casa de sus amos y cayó en las escaleras como una paloma herida por un certero disparo.

Se la socorrió; el Guardia que á la sazon pasaba por la calle la prestó algunos auxilios; en vano todo, todo ineficaz: Agapita era cadáver á las dos horas.

El criado sordo salió á buscar el ataud y Sebastian se lo dió creyendo que era para Doña Clara. Esta se habia mejorado algo y su esposo conservaba alguna esperanza de verla salva.

Cuando Sebastian preguntó en la casa de esta por Agapita, el sordo le contestó con un ademan, significándole que se hallaba fuera; y lo hizo así porque creyó que el carpintero preguntaba por otra mujer, sirvienta tambien de la casa.

El Guardia que presenciaba la escena de la calle y adivinaba proximamente sus causas se dió prisa á separar al jóven del entreabierto ataud y conducirle á su taller.

Allí llamó á las personas de la casa y bajó la madre del carpintero.

—¡Mi hijo ha muerto!—exclamó al ver la apariencia cadavérica de su Sebastian.

—Sospecho que no, buena mujer; pronto traeré un médico y él nos lo dirá.



Volvió el Guardia al lado de la caja mortuoria, recogió el martillo y clavos que el carpintero habia dejado allí y clavó en un minuto el ataud.

Media hora despues Sebastian volvia á la vida en manos de un médico y de su madre; pero parecia un idiota; no daba la menor señal de tener inteligencia ni sentidos. No podia hablar, ni hoy puede, porque aquella tragedia le dejó mudo.

A los pocos momentos dirigiase el Guardia al cementerio, abria una fosa, colocaba en ella un cadáver, y echaba tierra á tiempo que por sus labios resbalaban las consoladoras palabras de una oracion que, partiendo de un pecho virtuoso, recomendaba á Dios el alma que habia habitado en aquel cuerpo de mujer que iba á convertirse en sucio polvo.

Haya Dios perdonado á Agapita.

Breves momentos despues cuando el Guardia se alejaba de aquel triste sitio para acudir á otras partes donde eran necesarios nuevos cuidados, un carro cargado con siete cadáveres desnudos entraba en el cementerio, cuyas cruces y losas iluminaba la luna.

La blanca luz de este satélite, reflejando sobre los cadáveres hacinados en el carro, producia un espectáculo que helaba el corazon.

¡Terrible azote de Dios es la peste!

VI.

La abnegacion de los Guardias de aquel puesto con su sargento Rodriguez de Vega y el jefe de la línea, no

tuvo límites y ha dado á la historia de este cuerpo una envidiable página.

Nada puede probar mejor cuantos servicios hizo allí la Institucion que decir:—*En los dos meses que duró aquel desastre, todos los Guardias fueron atacados del cólera y sucumbieron dos.*

Sigan, sigan los hijos de esta heróica y humanitaria Institucion, siendo la mano de la Providencia que salva y castiga; ellos darán á la España del siglo diez y nueve una historia de virtud que será leida con admiracion en los tiempos futuros.

La nobleza de los padres obliga á los hijos á ser nobles; inmarcesibles glorias de la GUARDIA CIVIL obligan á todos sus individuos á imitarlas, á ser dignos de poseerlas y de poder decir ante la faz de todos, con la frente erguida:

—Yo soy ó he sido Guardia Civil! (1)

---

(1) Las mas honrosas y elocuentes comunicaciones de las autoridades y jefes se cruzaron así que fué conocido el comportamiento de los Guardias de la Palma. Mas adelante haremos mencion de los nombres de todos estos heróicos individuos y de las recompensas que merecieron, pues no hemos podido procurarnos aun estos detalles.

EL BARRANCO DE CASTREJANA.

(24 de Noviembre de 1859.)

I.

Nada nos entristece mas, conociendo cuanto trabaja el Guardia Civil por dar feliz cima á sus deberes, que ver como á veces, por unas ú otras circunstancias, se hacen inútiles é infructuosos sus trabajos.

Capturado un criminal y puesto bajo el fallo de las leyes, si por imprevision ó descuido se fuga, los nuevos peligros y fatigas de la segunda captura, debian merecer mayor consideracion y por ella gran vigilancia en los empleados de las cárceles.

No así por el descuido de una persona inhábil han de esponerse á peligros imprevistos las vidas de los valientes y hònrados; vidas que deben considerarse como muy útiles y evitar por consiguiente los azares á que la

poca prevision de un alcaide puede esponerlas injustificadamente y por un descuido muy posible.

Mucho trabaja ya la GUARDIA CIVIL por domar á los criminales y conducirlos á las cárceles; y si no se tiene mas vigilancia en evitar las nuevas evasiones de los delincuentes oiremos siempre con igual sentimiento de dolor las árduas fatigas y riesgos de muerte de las segundas capturas que se hubieran podído evitar redoblando la vigilancia.

Decimos esto, con la sinceridad con que se dicen las verdades, y porque conviene por entero al relato que va á ocuparnos.

Mas pudiera decirse, pero lo dicho cumple lo bastante á nuestro objeto.

Cortas han sido las frases; sin embargo, mucha confianza tenemos en que no serán enteramente infructuosas.

II.

La cárcel de Amurrio (1) es ó era en 1859, la primera casa del pueblo, entrando por la carretera de Vitoria, al Sur.

Estaba situada en terreno un tanto levantado; pero aunque su exterior indicaba condiciones de solidez, no tenia el edificio ninguna de las recomendadas en los que se destinan á tan importante objeto.

De casa particular que habia sido se la habilitó para cárcel, pero á pesar de algunos reparos y reformas, no alcanzó ni con mucho á las circunstancias de seguridad que son de imprescindible necesidad en las cárceles.

(1) Provincia de Alava.

Conocido esto no debia dudarse de que una evasion era fácil y no debemos sorprendernos nosotros de que se hubiese verificado.

Mas de ocho presos por diversos delitos se evadieron de la citada cárcel en el dia con cuya fecha encabezamos esta Crónica.

Eran estos: Pedro Lopez, de 35 años de edad; Cornelio Zornoza, de 41; Francisco Baranda, de 39; José Legarza, de 37; Martin Azcarraga, de 30; Francisco Zabala, de 39; Francisco Sañudo, de 37; y algun otro cuyo nombre no conocemos de un modo seguro.

Todos ellos estaban en la edad viril; en la edad de la reflexion y la fuerza.

Cuando se guardan hombres así, nunca estan demas las precauciones, y mayor motivo habia para tenerlas en un edificio que no podia dudarse ofrecia por sí muy malas condiciones.

Como era de esperar, los ladrones se fugaron; y para ello proveyéronse de herramientas, que solo se comprende debieron haber entrado en la cárcel por falta de la debida vigilancia.

Escalaron la cárcel; rompieron los tabiques y paredes maestras y salieron al campo sin darse mucha priesa por ocultar sus huellas.

Pronto se supo el suceso y el Sr. Gobernador Civil de la provincia de Alava pasó requisitoria á todos los puestos de la Guardia Civil, tanto de la provincia como de las inmediatas; requisitoria que llegó muy pronto á manos de algunos individuos del 12.° tercio (hoy 13.°) destacados en la provincia de Vizcaya y puesto de la capital.

Estos individuos eran el cabo 1.° Jacobo Rabuñal Sil-

veira, comandante del puesto (1) y los Guardias segundos Manuel Figuera García, Francisco Martinez Sarria, Domingo Dominguez Gonzalez, Antonio Sanchez Calvela, Manuel Torres Lopez y Pedro Diaz Fernandez.

Leida la requisitoria, el cabo Rabuñal reune á sus Guardias y se pone imediatamente en camino.

III.

El barranco llamado de Castrejana es muy escabroso, está en las inmediaciones de Bilbao y aparece formado por la union de las bases de dos altos montes.

Grandes rocas son allí abundantes, y ellas unidas á las malezas contribuyen á dar á aquel sitio un aspecto imponente durante la noche, sirviendo al propio tiempo como de guarida la mas segura para aquellos que por los azares de su vida tienen algo que ocultar.

En aquel solitario parage fué donde la GUARDIA CIVIL se encontró con los presos fugados de la cárcel de Amurrio.

Estos se hallaban en un pequeño altillo cuando les sorprendieron los Guardias.

Al verles, se arrojaron rápidamente al barranco y parapetándose en las enormes rocas se dispusieron á defenderse.

El cabo Rabuñal, sin perder la calma y teniendo la conviccion de que aquellos ocho hombres caerian en su poder, dispone que dos Guardias acometan por el costado

(1) Hoy Sargento 2.° destacado en Escorial.

izquierdo, otros dos por el centro y él con la pareja restante por el flanco derecho.

Los fugados no quisieron ver mas para huir á toda carrera; sin embargo, disparan sobre los Guardias algunos pistoletazos y tiene lugar una pequeña escaramuza; pero viéndose completamente arrollados se lanzan definitivamente en precipitada huida.

Ván tras ellos los Guardias; hácense algunos disparos y el cabo Rabuñal hiere gravemente en el muslo derecho al que se llamaba Martin Azcarraga.

Capturan á este, *vendan prontamente con un pañuelo su herida y es trasportado en brazos de un Guardia á una casa algo lejana donde se le suministraron los primeros y mas urgentes auxilios.*

El comenterio que hiciéramos á este incidente de la lucha es bien fácil de adivinar.

Herir á un hombre como criminal; vendarle despues la herida como desvalido que necesita auxilio; y esto en un mismo tiempo y por una misma mano, son hechos que dicen bastante claro si el Guardia ha comprendido ó no su elevada mision.

Siguen infatigables las huellas de los fugitivos y á los pocos momentos quedan todos en poder de la GUARDIA CIVIL.

Son llevados á la casa donde estaba el herido y este al ver llegar á sus compañeros de prision les dirige la palabra del modo siguiente:

—«Compañeros: estoy herido gravemente y acaso hubiera muerto ya si los mismos que me han herido no me hubiesen salvado despues....

»El comportamiento de estos señores, me ha conmovido profundamente....

»Si la honra una vez perdida pudiera recobrarse, yo viviria desde hoy honradamente, porque hoy he conocido y admirado lo que vale la GUARDIA CIVIL.

»Nos persiguen porque son honrados y valientes... y nosotros debiamos haber sufrido con paciencia nuestro merecido castigo.»

Los otros fugados oyeron estas palabras con visible emocion, y despues de colocado cuidadosamente el herido en un carro fueron todos conducidos á Bilbao, cuya cárcel ofrecia mayores seguridades, calmándose prontamente la alarma causada en todo el país por la fuga de los presos de la cárcel de Amurrio con la captura de todos ellos, llevada á cabo con tanto acierto por el cabo Rabuñal y sus decididos Guardias en el BARRANCO DE CASTREJANA.

LA PRESA DEL MOLINO.

I.

¿Quién podria contar el número de desastres que en un solo dia tienen lugar en el mundo?

Cada hora, cada minuto que pasa lleva consigo mas desgracias que las que la inteligencia humana puede contar. Solo Dios, que es infinito, mide lo que no tiene fin.

Las desgracias, los desastres, los crímenes, sucédense unos á otros sin interrupcion y forman una eslabonada cadena de dolores que empieza en los hombres y concluye en Dios.

Al par de ella marchan las virtudes y las dichas, porque en muchos casos estas se realzan al lado de las desgracias.

El hecho que vamos á narrar es un desastre y á su lado figura dignamente el hecho humanitario á que dió

motivo; porque si no hubiera desgracias no habria dichas, si no hubiera desvalidos no habria caridad.

Aconteció en Vergara; pueblo célebre en la historia de España desde que en aquellos campos se dieron el abrazo de paz los dos partidos que con tanta ira y encarnizamiento habian combatido durante siete años.

Corria el mes de Abril del año 1863, y en la hora de dos de la tarde de uno de sus dias dos individuos de la Guardia Civil salian de Vergara paseando por el barrio de San Antonio.

Eran: el uno, el Sargento 2.° José Alonso que á la sazon desempeñaba las funciones de jefe accidental de la línea; y el otro el Guardia 2.° (hoy de 1.ª) Antonio Vivero Lopez.

El barrio de San Antonio está situado á la salida de Vergara para Madrid y á orillas del rio Deva cuyo rápido curso burlan en algunos puntos los molinos y las fábricas de hierro.

Seguian los Guardias Civiles su tranquilo paseo, cuando vino á llamar poderosamente su atencion un gran alboroto de gentes que llorando, pidiendo socorro y dando lastimeros gritos se agrupaba sobre la presa del molino mas próximo.

Corren los Guardias Civiles hácia este y ven que tal alarma era motivada por la desgracia de un niño de dos años que habia caido al cauce del molino y que envuelto por espumosas ondas se hundia y volvia á parecer presentándose cada vez mas inerte y cadavérico.

Muchas gentes se lamentaban de la desgracia y la veian; pero la corriente era honda y muy rápida y correria peligro de muerte quien se lanzase á la presa.

Esta consideracion que indudablemente tenia todos los asomos de probabilidad detenia á los espectadores......... pero entre estos estaban ya dos Guardias Civiles y la consideracion mudaba de aspecto.

No se crea que pretendemos rebajar á unos para ensalzar por este medio á otros; hemos dicho varias veces que escribimos las historias como pasaron y á la fé y veracidad de nuestros apuntes nos atenemos.

El Guardia Vivero, conociendo seguidamente que el buen éxito del servicio que la suerte le deparaba dependia casi de la premura con que se obrase en él, no se detuvo á despojarse de sus ropas: tal como estaba, se arrojó denodadamente á la presa, y al verle caer en el agua un grito unánime salió de todos los pechos.

Vivero nada hácia el fondo del cáuce, busca entre el cieno y encuentra al niño.

Sube con él á flor de agua, y con tanta rapidez, que hemos tardado nosotros mas en decirlo.

Pero sin embargo de esto, el peligro aumentó entonces para el infortunado niño y su arriesgado salvador.

Este no podia nadar, porque imposibilitado de hacerlo con el brazo que sostenia á la criatura, al mover el otro solo conseguia extraviarse.

El Guardia se hundió con el niño, volvió á parecer haciendo esfuerzos desesperados y ya su semblante comenzo á teñirse con el color de la muerte tan característico en los ahogados.

La ansiedad de los vecinos que presenciaban aquel desgraciado suceso, llegó entonces á tal punto que la sangre se detuvo en todos los corazones.

Si una mirada interpuesta en el hacha del verdugo y

el cuello del reo tuviera fuerza para detener aquella, las miradas de todos los presentes hubieran salvado en este caso á Vivero y el niño.

—¡Deja, deja al niño!—le decian todos—está ya muerto, sálvate tu!

Cien bocas repitieron de diverso modo este pensamiento; si Vivero lo hubiera realizado ninguno le hubiera inculpado; pero esto no era posible en él.

Su honor estaba empeñado en el suceso y arriesgar la vida por dejar aquel ileso, es cosa que hacen todos los individuos del Cuerpo.

La lucha con las olas á que Vivero se entregó fué cada vez mas desesperada y mortal.

Pero siempre el niño volvia á aparecer á flor de agua con el Guardia, nunca este pensó en separarse de aquel infeliz sér que quizás no era ya otra cosa que un cádaver.

III.

El sargento Alonso no podia permanecer inactivo ante el inminente riesgo de su compañero.

Corre presuroso en busca de un palo largo, lo encuentra y se entra con él al rio.

Ya á la conveniente distancia lo estendió hacia Vivero que tuvo la buena suerte de cojerlo.

Estaban salvados.

Con este apoyo que le prestaba su hermano de armas, Vivero pudo ganar la orilla y depositar en ella al niño...

. . . .

Llegó á poco, llamado precipitadamente, uno de los

médicos de la villa, reconoció al niño y aseguró que ya era cadaver.

—Ha estado ocho minutos bajo el agua y todo demuestra bien claramente que usted no tiene hijo ya—decia el médico á la afligida madre del ahogado

Facil será suponer el desconsuelo de esta ante tan terrible sentencia.

El facultativo entró en Vergara para estender el certificado de defuncion y los vecinos lucharon á porfia por consolar á la madre y evitar que se arrojara como queria sobre el cadáver de su hijo.

Vivero, que á pesar de hallarse totalmente mojado y tener muy quebrantada la salud no habia querido separarse del niño oyó con marcada atencion el fúnebre parecer del médico y despues de oirlo examinó con mucho detenimiento el cuerpo del niño.

—¡No, no!—dijo—no es un cadáver lo que yo he sacado de las aguas; he salvado una vida. ¡Este niño vive!

Al ver los presentes la seguridad con que el Guardia hacia estas afirmaciones, dieron por un momento cabida en sus ánimos á la sospecha de que el niño vivia, y dispuestos á secundar los proyectos de Vivero le rogaron que procurase conocer cuanto antes la verdad del caso, porque tanta vacilacion podia matar á la pobre madre, que luchaba entre ideas tan opuestas.

Muchos, sin embargo, creian que el médico como mas conocedor y práctico, habia dicho bien al asegurar la muerte del infante y era natural que asi lo creyeran.

Pero el Guardia, firme en su idea, no entraba en este parecer.

Habia salvado al niño una vez y aun debia salvarle otra, bien á pesar de la general creencia.

Dieron pues al inerte cuerpo fuertes fricciones con aguardiente y no daba sin embargo señales de vida.

Entonces ocurrióle al Guardia una idea que merece, por lo que pueda valer, ser tomada en consideracion para idénticos casos. Valiéndose de una caña muy delgada introdujo aire por el recto del niño y hacerlo esto así y empezar este á arrojar la gran cantidad de agua que tenia, fué simultáneo.

Un momento despues, empezó á respirar y abrió los ojos......

¿Podrá espresarse la alegría del Guardia Vivero al ver realizadas sus sospechas y con vida al tierno infante que todos creian cadáver?

Y tan grande fué, si es posible, á la que sintió la madre al recibir en sus brazos el cuerpo de su hijo.

Lloraba, reia, se arrojaba á Vivero, á Alonso, y los abrazaba y besaba entre entrecortados sollozos de alegría.

Y bien merecian los dos Guardias estas demostraciones y las muchas oficiales á que despues dió márgen este servicio; porque era de mucha importancia y no menos trascendencia el hecho que desde entonces hace que se recuerde mucho en todo aquel país el nombre de Antonio Vivero Lopez, individuo de la GUARDIA CIVIL. (1)

---

(1) Vivero fué agraciado con la cruz de María Isabel Luisa y muchas comunicaciones prueban el mérito que en este servicio contrajo.

VALOR DE MUJER.

I.

Existe y aun muy arraigado por desgracia entre cierta clase del pueblo, un vicio que ha sido siempre causa de un sinnúmero de crímenes y perturbaciones sociales.

—La taberna.

En esos establecimientos á donde acuden muchos para perder la razon, única cosa que eleva al hombre sobre los demas seres, casi no pasa dia en que no suceda una desgracia, ya en ellos mismos, ya resultado mas ó menos remoto de ellos.

Todas las gentes de mal vivir acuden á esas escuelas del vicio y del crímen; en ellas suelen concertarse los crímenes y bajo la aciaga influencia de los vapores del vino, el hombre pierde todo respeto á las mas sagradas leyes sociales y siente que en su alma fermentan todas las malas pasiones.

Cuando algunos amigos acuden á una taberna para festejar cualquier suceso alegre, casi puede asegurarse que no saldrán de allí sin que la sangre de alguno se haya derramado.

¡Cuántos hombres han empezado por la taberna su camino cuyo fin ha sido el patíbulo!

Y si se tiene en cuenta que existen muchos, muchísimos hombres que agenos á toda buena educacion moral, no tienen escrúpulo en ser asesinos, envidian la celebridad de los grandes criminales y dan una puñalada como se beben un vaso de agua; si se tiene en cuenta que estos son los que mas frecuentemente acuden á esas que hemos llamado escuelas del vicio, mas se conocerá la perniciosa influencia que la taberna ejerce en las costumbres de ciertas clases populares.

Nunca olvidaremos una escena que hemos presenciado no hace muchos dias pasando por una calle algo apartada.

El frio de la noche era helado y avanzada la hora; una mujer jóven daba cien vueltas delante de la puerta de una taberna, y al aire el pecho, alimentaba á un niño de cortas semanas.

De vez en cuando miraba por los cristales al interior de la taberna en la que tres hombres bebian tranquilamente sentados.

La mujer, no pudiendo contener las impresiones que agitaban su cariño de madre, iba y venia hablando consigo misma y en voz bastante inteligible; porque es deseo de los desgraciados hacer conocer á todos las desgracias que sufren.

Decia entre otras cosas con acento marcadamente asturiano:

—Si entro, me pegará.... ¡Creerá mientras bebe que su mujer y sus hijos no tienen frio! despues vendrá borracho á casa y su mujer y sus hijos sufrirán algunos golpes.... ¡que vida, Dios mio!

Y continuaba dando vueltas y meciendo en sus brazos á su hijo.

Estas escenas, que aunque cortas dicen y dan mucho en que pensar, se ven todos los dias en esta populosa villa y corte de las Españas.

Hoy sin embargo, en las grandes ciudades van desapareciendo las tabernas; no así aun en los pequeños pueblos donde dificilmente pueden ser sustituidas por otros establecimientos menos viciados y mas en armonía con los adelantos y tendencias del gran siglo en que vivimos.

El dia en que la taberna desaparezca de todas partes, la estadística tendrá un número de crímenes considerablemente menor al que hoy tiene; porque habrá desaparecido una de las causas mas poderosas y contínuas de cien desastres y desgracias, de cien crímenes y vicios, de cien escándalos y trastornos en las familias y de los justos ó inflexibles, pero dolorosos castigos de las leyes penales.

Decimos esto apropósito de la siguiente conversacion que en la tarde del 18 de Noviembre de 1856, hubiera oido todo el que entrase en una taberna del pueblo de La Cenia. (1)

Había allí algunos hombres y varios entre ellos de bastantes malos antecedentes que echándose entre pecho

(1) Provincia de Tarragona.

y espalda sendos jarros de vino hablaban en confusion de cuanto venia á sus extraviadas mentes.

Entraron á poco en aquella estancia dos personas mas de distintos sexos, despues de atar los ronzales de dos mulas á un clavo colocado en la pared esterior de la casa.

—¡Ola!—dijo el tabernero—aquí tenemos á Miguel Ginés, el de Valderrobles. ¿Qué tal; se ha hecho negocio hoy?

—Poca cosa.

—Vaya, que tienes una hermana trabajadora—continuó el dueño de la taberna señalando á la compañera de Ginés.

—Es mucha verdad lo que dices; mi hermana sabe ganar de comer mejor que yo.

—Tú querrás la *bala-rasa* de costumbre, eh?

—Sí, dame aguardiente; he vendido esta mañana las dos cargas de trigo y seis arrobas de miel que traia, con que así echa racion doble para mí y para mi hermana.

—Así llegareis mas pronto á Valderrobles—añadió el tabernero echando la bebida que le habian pedido los hermanos—y no sentireis tanto el frio.

Mientras estos vaciaban las copas, tres de los presentes les miraban con marcada atencion; en un principio, entretenidos en su juego de cartas no habian hecho mucho caso de la llegada de los hermanos á quienes conocian. Pero al oir decir á Miguel Ginés que habia vendido el trigo y la miel, escucharon con mas atencion las palabras del tabernero y las contestaciones de los hermanos de los que, suspendiendo el juego, no apartaban la vista.

Estos tres hombres se llamaban Domingo Balada, Do-

mingo Querat y Antonio Cabanes; los tres eran vecinos de La Cenia.

—¿Has oido?—dijo Querat á Balada—Ginés ha hecho buena venta esta mañana y debe llevar consigo el dinero.....

—¿Quieres que juguemos al juego de quitárselo?—preguntó Cabanes.

—Tocayo—contestó Balada á Querat—espera que veamos si lleva mucho ó poco, porque no valdrá la pena si es muy corta la cantidad.

—¡Pena! ¿qué pena es esa? yo conozco un lugar del camino en el que fácilmente sorprendemos á Ginés: sin el menor trabajo le copamos el dinero y nos volvemos á continuar la partida, porque quiero revancha.

—La tendrás, pero mucha prudencia.

En este momento Miguel Ginés sacó de su faja un bolsillo y echando algunas monedas en la estensa palma de su mano rebuscó y contó las mas apropósito para pagar al tabernero el gasto hecho.

—Compadre—dijo Balada al oido de Querat—me parece que oigo sonar mucho dinero; mira tú....

—Lleva plata y oro. Pero todo ello no es mucha cantidad.

—No importa—repuso Cabanes.

—Algo es algo—añadió Balada con tono sentencioso—necesito dinero para continuar mañana la partida, porque me habeis dejado sin un cuarto.

—Lo tendrás.

—Lo tendremos, porque se harán tres partes.

—¿Estais decididos?—preguntó Querat.

—Sí que lo estamos—contestó Cabanes.

—Por mi parte, no hay mas que hablar.

—Míralos, ya salen y desatan las mulas.

—Irán hácia el camino de Valderrobles.

—Pues bien, creo que debemos correr y esperarlos en el camino de la Pobla, y en el sitio llamado Martinete.

—Hablas como un libro.

—Yo voy á mi casa á buscar un puñal.

—Tomaré yo al paso una pistola de arzon.

—Y yo una buena navaja que tengo reservada para estos casos. (1)

—Nos reuniremos en el Martinete.

—Salgamos pues; y echemos antes el último trago para tomar fuerzas.

Se levantan, beben y salen de la taberna separándose en diversas direcciones.

No hubo entre ellos uno que recomendara el secreto; porque demasiado sabian que era innecesaria entre ellos esta recomendacion.

II.

Serian proximamente las dos de la tarde, cuando Miguel Ginés y su hermana, saliendo de La Cenia, tomaban el camino de su pueblo.

Montados en las mulas y preservados algo por gruesas ropas del frio del dia, caminaban tranquilos sin sospechar la traidora emboscada que se les tendia.

Quizás de noche no hubieran andado aquellos cami-

(1) Consta en los autos que estas armas han sido las empleadas por los tres ladrones.

nos con tanta seguridad; pero la luz del dia infunde siempre valor, y nadie, mientras ella alumbra, suele temer que le roben en los caminos.

Sin embargo, criminales hay audaces que no la creen un estorbo para sus planes y otros hay que profesan la opinion de que durante el dia se efectuan ciertas sorpresas mejor que de noche.

En aquel caso, los criminales no tenian tiempo que elegir; sabian que Ginés se dirigia á su pueblo sin detenerse en el camino y era forzoso realizar á la luz del dia la sorpresa que habian proyectado.

Seguros estamos de que esto no admirará á nadie. ¿Cuántas veces á las doce de la mañana y en las calles mas transitadas de las ciudades, se han cometido delitos y perpetrado crímenes?

El desgraciado Miguel Ginés dijo á su hermana:

—Buena venta hemos hecho hoy; si la suerte sigue favoreciéndonos así, pronto podré darte un buen dote para tu boda.

—No quiero yo—contestó la hermosa jóven de veintidos años—que venga nadie á enamorarme por mi dinero; tengamos poco ó mucho, cállalo hasta el momento de las bendiciones.

—Ya sabes, mujer, que hago siempre todo lo que me aconsejas. Eres buena para tu hermano, honrada y trabajadora, y nadie te tendrá mas cariño que yo.

—Porque sé que me quieres, me separaria con disgusto de tí el dia en que me casara, y á veces casi hago juramento de no casarme.

—¡Bah! ¿Ha de ser tan mal-alma el mozo que llegue á ser tu marido que no me quiera en vuestra compañia?

—No me casaré yo con quien pretenda eso, Miguel; ya lo sabes antes de ahora.

Tan fraternal conversacion que hemos relatado para dar á conocer los caractéres de los dos hermanos, fué de pronto interrumpida por la aparicion de tres hombres que se acercaron á Miguel con ademanes hostiles.

Eran Balada, Querat y Cabanes; y el sitio en que se hallaban el de Martinete. Los tres ladrones no se habian cuidado de disfrazar ú ocultar sus rostros; hasta tal punto llegaba su cinismo criminal.

—¿Qué quereis?—preguntó Ginés alarmado.

—Poca cosa: todo el dinero que llevas—respondió brutalmente Balada.

Inmutóse al oir esta contestacion el rostro de Ginés y la ira centelleó en los ojos de su hermana.

—¡Pero amigos—dijo aquel—solo llevamos algunos reales que nos son muy necesarios!

—Pocas palabras, Ginés, ó te cuesta la vida el tardar en obedecernos. Ya ves que los que en este sitio y á la luz del dia, piden dinero, están resueltos á todo.

Ginés miró á su hermana y esta le miró á él mordiéndose los labios.

—Pero.... tan corta cantidad....

—Pues figúrate que haces una limosna y Dios te lo pagará; porque francamente, estoy mas pobre que un mendigo.

—¿Y si gritamos?—dijo la hermana no pudiendo contener ya su indignacion.

—Cállate tú—la contestó bruscamente Balada—las mujeres no deben meterse en los negocios de los hombres.

—Si gritaras—replicó Querat sacando su pistola—causarias la muerte de tu hermano y la tuya.

—Ginés, baja tú de la mula y entrega el dinero á estos señores—dijo la asustada jóven.

—Eso iba á hacer.

Y ambos se decidieron á dejarse robar; la hermana por la vida de su hermano, este por la de aquella.

—Eso es lo que se llama hablar en razon—dijo Cabanes—asi se entienden los hombres.

Tomó Balada el dinero, lo contó con alguna precipitacion y dijo á sus compañeros:

—No ha guardado nada, debe estar todo aquí.

—Ea, seguid vuestro camino y hasta mas ver. Por hoy salis bien librados.

Guardó Balada el dinero y los hermanos no repuestos aun de la emocion, aguijaron sus mulas.

No se habrian separado unos de otros cuarenta pasos, cuando Balada dijo á sus amigos:

—¡Diablo! si les dejamos marchar con vida, nos delatarán y yo no tengo gana de andar fugado por esos cerros.

No dijo mas Balada y los otros tampoco. Corren hácia los hermanos, los alcanzan, y en menos tiempo del que tardamos en escribirlo, Querat dispara sobre el desgraciado Ginés su pistola y le hace falta la pólvora; Balada saca su puñal y acercándose á Ginés y su mula, agarra á aquel con la mano izquierda y con la derecha le clava seis veces el puñal en el vientre.

Cae Ginés al suelo y desmontando rápidamente su hermana, se arroja sobre Balada, le arranca el puñal manchado hasta el pomo con la sangre de su infelíz hermano y agitándolo con ademan terrible, grita:

—*¡Marchaos á La Cenia sino quereis que os pase cosa peor!*

Y diciendo esto acometió al asesino.

Este y sus compañeros temblaron ante el valor y resolucion que mostraba aquella mujer agitando el ensangrentado puñal.

Pero hubo mas; la esforzada jóven tiró el puñal á los pies de Balada exclamando:

—¡Dejad con vida á mi hermano! ¡marchaos, que yo no os delataré!

Recogió su arma Balada y los tres criminales se dieron á la fuga por tortuosos senderos.

La jóven se acerca entonces á su hermano y conoce que este respira aun; aunque rajada la piel, sus intestinos palpitaban sobre la arena del camino.

Habla al desgraciado Ginés y este mueve los ojos pero sin poder responderla.

Gruesas lágrimas se desprenden entonces de los ojos de aquella animosa mujer. Coje con sus manos los intestinos de su moribundo hermano, los sujeta al cuerpo con la faja que aquel llevaba en la cintura, levanta su pesado cuerpo casi inerte, le coloca sobre una de las mulas y montando ella en la misma, ata á esta el ronzal de la otra y comienza á caminar hácia la Pobla de Benifasar.

Todo esto en un camino de tránsito público, todo esto á la clara luz del dia.

¡Oh! hay mucha vileza en los hombres. Los mismos filósofos que dicen que el mundo está corrompido, no saben bien cuantos delitos se cometen en una hora en sola una nacion, y cuanta fuerza tienen los malos instintos en el corazon de los hombres, y cuantos de estos son criminales bien á pesar de la educacion religiosa tan difundida hoy.

La religion católica que por medio de sus pastores lleva á las almas las benéficas máximas de paz de Jesucristo, hará un dia que tanta vileza y tanto crímen cesen de manchar la historia de las sociedades civilizadas.

¿Quién podrá referir con bien cortada pluma el sufrimiento de la desconsolada hermana de Miguel Ginés, durante el camino?

Conocia que la vida de su hermano se acababa por momentos y ni una persona que pudiese prestar un socorro cruzaba el camino que era de amargura y horrible dolor para la buena aldeana.

—¡Miguel! ¡Miguel!—decia anegada en llanto. Pero no alcanzaba respuesta.

El cuerpo de Ginés resbalaba á veces del lomo de la cabalgadura; su animosa hermana le volvia á subir y sujetaba al mismo tiempo que animaba el paso de la mula.

La garganta de Miguel se movia como si aquellos músculos se anudaran y dejaba de vez en cuando escapar un grito ronco y agonizante que laceraba el alma de aquella mujer.

Miguel arrojaba sangre y progresivamente en mayor cantidad.

La cara, las manos y los vestidos de su hermana estaban ensangretados.

Un reguero de sangre corria por el vientre de la mula y caia gota á gota en la tierra.

Llegan por fin al molino del convento de Benifasar; y cuando habia seguridades de tener algun auxilio, Ginés arroja su último aliento en los brazos de su hermana.

De los dolores de ambos hermanos nada diremos, por

que son de aquellos que se adivinan aunque no pueden expresarse con pobres palabras.

Solo si volveremos á recordar lo dicho al comienzo de este relato y á señalar, con una nueva prueba, como causa de estrechísimas desgracias y crímenes:

—La taberna.

III.

Como debia esperarse, tuvo pronto conocimiento de este suceso el alcalde de Benifasar quien lo puso en noticia del señor comandante general de Morella y juez de primera instancia del partido.

Y con tal prontitud se corrieron estos oficios que en la mañana del dia siguiente ya estaban en persecucion de los criminales y constituidos en La Cenia los individuos del puesto de Ulldecona Guardias 2.ª Francisco Edo, Vicente Salonz, Pedro Gomez y Pascual Alcain, á las inmediatas órdenes de su comandante de puesto el celoso cabo 1.º Manuel Bujella y Recio (1)

Facilmente se comprende que el servicio que la Guardia Civil estaba llamada á prestar era de grandísima importancia, atendida la criminalidad de los perseguidos.

Y si, merced á las acertadas gestiones é inteligentes pesquisas de aquellos individuos, los delincuentes eran capturados, la administracion de justicia y los intereses de la sociedad por ella representados, deberian un grande é importantísimo servicio á la Guardia Civil.

Y asi se lo debieron, porque en este caso no habia la Institucion de faltar á sus antecedentes gloriosos.

---

(1) Hoy sargento 2.º comandante del mismo puesto de Ulldecona.

Un jefe muy distinguido nos dijo no ha muchos dias:

—Yo he prestado importantes servicios con doce hombres; con aquellos Guardias me hubiera atrevido á ir al fin del mundo.

Y así es la verdad.

Formadas las primeras actuaciones y constituidas en Benifasar las autoridades que debian entender en el asunto se depositó el éxito de la captura en los mencionados Guardias y se esperó con ansia por todos el resultado de aquella pesquisa importantísima para la justicia y para la tranquilidad entonces alarmada de aquellos pueblos.

Dos males debian evitarse aunque uno fuese el que á primera vista pareciera.

Si los trabajos de la Guardia Civil saliesen fallidos, la impunidad de los delincuentes sería el primer mal.

Y como estos huirian para evitar el castigo, era casi seguro que en su huida se verian precisados á agravar sus procesos cometiendo nuevos robos ó asesinatos.

Los individuos mencionados empezaron por conseguir de los naturales de La Cenia algunas noticias y sospechas; y tanta maña se dieron en ello que formando su lista de sospechosos, comenzaron á registrar algunas casas.

No hubo en todo ello efusion de sangre, pero ya hemos demostrado en otra Crónica que no por eso tienen menor valía algunos servicios en que solo la perspicacia y el talento consiguen enteramente el resultado apetecido.

Tanto fué esto así, que al cabo de pocas horas, el registro en las casas de Balada y Querat dió por resultado el hallazgo del puñal ensangrentado y de la pistola de arzon, y *convictos* y *confesos* los reos, fueron los tres puestos bajo el fallo de las leyes penales.

Balada murió en garrote vil en la plaza de Morella.

Querat está hoy sujeto por una cadena perpétua.

Y Cabanes concluye en un presidio de estinguir su condena de diez años y retencion en la parte que toca á aquellos.

De la hermana de Miguel Ginés nada hemos podido averiguar entre los documentos que hemos registrado.

Ellos nos dan por otra parte una prueba de que se creyó como nosotros creemos, de importancia grande este servicio de la Guardia Civil pues todas las autoridades civiles y militares de la provincia, la principal del cuerpo, y S. M. la Reina, dieron honrosas gracias por él al entonces cabo 1.° Manuel Bujella y Recio.

Sí; la Guardia Civil tiene glorias, pero muy bien ganadas.

No sin gran número de servicios de esta especie y otras se podia conseguir la fuerza moral y renombre de que hoy goza la Institucion en todas partes.

Ayer ha llegado á nuestras manos un periódico de Gerona (de 8 de Marzo de 1865) y en él leemos con gran complacencia estas líneas.

«Hemos visto á *una pareja* de la benemérita Guardia »Civil que el domingo por la tarde conducia lo menos »*una docena de presos,* suponemos que estarian indocumen»tados, cuando no otra cosa peor; lo que prueba los rele»vantes servicios que el distinguido cuerpo de que nos »ocupamos está prestando siempre, y por los cuales se »hace cada dia mas digno del general aprecio.»

DIEGO ALHAMA.

I.

No sabemos si decir que el hombre es espejo de la naturaleza en que nace, ó si la educacion le pliega é identifica á ella.

Verá quien inspeccione algo esta cuestion, que generalmente los paises montuosos y quebrados dan hombres de carácter rudo y avieso; los habitantes de paises llanos suelen ser mas pacíficos y piadosos; los de los áridos y estériles, ofrecen un carácter enérgico é inquebrantable y los de los paises floridos y risueños presentan caractéres mas sensibles y poéticos.

Pero sea esto mas ó menos fundado, porque la educacion y los sucesos desgraciados ó felices cambian mucho los corazones, es lo cierto que hay paises donde la criminalidad ofrece á la estadística cifras mayores que las de muchos otros.

Pueblecillos hay donde la vida de bandidaje es ya un

vicio que se trasmite en algunas familias de padres á hijos por muchas generaciones.

Al decirlo así, nada particularizamos, á nadie intentamos injuriar; ni lo dicho prejuzga nada acerca del relato que sigue.

Corrian los años de 1854 y 1855, cuando un bandido llamado Diego Alhama natural de la villa de Aguilar formó una partida de hombres desalmados como él y escogidos por sus antecedentes mas criminales.

Al elegir Alhama los hombres de mas delitos, obraba con mucho tino; pues no solo aquellos tenian mas probada experiencia en el robo sino que tambien recayendo sobre ellos algunas sentencias defenderian su impunidad con mayor fiereza porque temerian mas el castigo.

Esta partida no tardó en llevar á cabo algunos delitos y tuvo en continua alarma á todos los honrados y tranquilos moradores de la provincia de Córdoba.

Un rico labrador de Aguilar fué su primera víctima.

Le siguió un jóven de la villa de Espejo.

A este, un niño de Lucena y otros varios.

Y por último, D. Cayetano Negro y Alcalde, vecino y rico propietario de Osuna, en la provincia de Sevilla.

Todos estos desaparecieron, como por arte mágica de los pueblos en que moraban y los bandidos de Diego Alhama exigieron por sus rescates grandes cantidades.

De suponer es la sobrescitacion y temor que en los ánimos de las personas que tenian algo que perder produjeron estos sucesos. Cundió la alarma que era ciertamente muy motivada y la Guardia Civil empezó á inquirir el paradero de aquella gavilla formada por los mas experimentados ladrones.

Tardó, sin embargo, en saberlo porque á su mismo lado se luchaba por extraviar las incesantes pesquisas de los individuos del Cuerpo.

Los malhechores contaban con gran proteccion en el país, tanto de los muchos parientes que tenian en los varios pueblos del mismo, como de otras personas débiles y de poco espíritu, que temerosos de la venganza de los bandidos, accedian á las sugestiones de estos auxiliándolos.

Sabido esto, la Diputacion provincial de Córdoba, guiada por inmejorable deseo, formó una partida de gente armada para que combinándose con la Guardia Civil apoyase los trabajos de esta.

En tal estado se hallaban las cosas el 22 de Junio de 1855, dia en que un jitano presentándose ante el Alcalde de Montilla, le dijo:

—Señor alcalde: la gavilla de Diego Alhama acaba de robarme un caballo en la *Campiñuela*.

Gozosa aquella autoridad por tener al fin indicios seguros del camino que llevaba la partida que se perseguia, hizo varias preguntas al jitano que dijo llamarse Ramon Bacas y logró de él preciosas aclaraciones.

Fundado en ellas pasó el Alcalde aviso inmediatamente al teniente de la Guardia Civil D. Antonio Iboleon (1) que mandaba entonces la línea de Montilla y ambos decidieron que los ocho Guardias con que este contaba se dividiesen en dos partidas á las que se unieron algunos individuos de la Milicia Nacional.

Ambos grupos se separaron dando principio de nuevo á sus pesquisas por los lugares vecinos mas sospechosos.

---

(1) Hoy comandante del Cuerpo.



Acomete al bandido, y lo atraviesa instantáneamente con su espada.

Y merced á las acertadas disposiciones del citado jefe, la persecucion iba á dar los mas felices resultados.

II.

Bien pronto se adquirieron exactas noticias de que los ladrones andaban por aquellas cercanias.

Llegando uno de los grupos al cortijo llamado de *La Piedra*, en la jurisdicion de Aguilar sorprendió á los foragidos que huyeron á todo escape, pero dejando afortunadamente en el cortijo á D. Cayetano Negro que hacia siete dias llevaban en su compañía, usando con él de la mas desapiadada conducta y exigiendo gruesas sumas por su rescate.

Los ladrones iban montados en buenos caballos pero pronto sus perseguidores les dieron alcance.

Uno de los bandidos, llamado Antonio Molina viéndose perseguido muy de cerca por el valiente nacional Don Eduardo Baena y el intrépido Guardia Victor Puebla, salta del caballo y se parapeta tras un arbol.

—Me matareis—les dice—pero tendré el consuelo de morir matando.

Dispara entonces el bandido su terrible arma; la bala da en la frente del caballo del nacional y uno y otro caen rodando por un barranco.

Entonces el Guardia Puebla, acomete al bandido y lo atraviesa instantáneamente con su espada.

El cadáver del bandido Molina fué conducido á Monturque y entregado al Alcalde de dicho pueblo para darle sepultura cristiana.

D. Cayetano Negro fué restituido al seno de su fami-

lia despues de mil demostraciones de sincero agradecimiento hácia los que con tanta bizarría le habian salvado de una angustiosa cautividad ó acaso de una muerte cierta.

Al siguiente dia el Sr. Iboleon dispuso una batida por los campos cercanos, pues presentia un encuentro con lo restante de la gavilla.

Todo salió como se esperaba; hubo noticias de que se dirigia á Puente Genil un hombre sospechoso montado en un caballo tordo y tomando las mas acertadas medidas tardó poco en capturársele en una posada de aquella villa, resultando ser otro de los bandidos y llamarse Juan Narvona.

A los pocos dias subia al cadalso en Córdoba.

Igual fin cupo á otro llamado el Peluquero y capturado posteriormente por un sargento de la Guardia Civil.

El jefe de la gavilla el célebre Diego Alhama fué muerto al capturarle en las mismas calles de Aguilar.

Despues de esto se tuvo conocimiento de un detalle cuyo recuerdo puede ser de alguna utilidad en casos semejantes.

El jitano Bacas, que segun sabemos, delató á los bandidos ante el alcalde de Montilla, habia mentido al asegurar que le habia sido robado por ellos un caballo.

Nada mas inexacto. Los foragidos se lo compraron. Pero temiendo Bacas que se le creyese sospechoso de dar proteccion á la gavilla, la delató como hemos visto, despues de cobrar el dinero que los bandidos le entregaron por su venta.

La importancia de estas capturas se revela en la simple lectura del sucinto relato que las hemos dedicado.

Todos, todos los vecinos de aquella campiña se entre-

garon á repetidas demostraciones de júbilo, no sabiendo con que palabras ensalzar el buen servicio que la Guardia Civil habia prestado á la sociedad librándola de los crueles desmanes de una asociacion criminal formada por los hombres mas desalmados de aquellas comarcas.

LOS CELOS.

(Setiembre de 1863.)

I.

La familia, ese tierno tejido de cariñosos vínculos que unen á las personas con las personas es la institucion mas sagrada y mas fundamental de la sociedad.

Cuando las familias son dichosas, la sociedad lo es tambien; cuando, como sucede en los tiempos que corren, el seno de las familias empieza á sentir grandes males por lo descuidado de la educacion y el criminal alarde que hacen muchos de olvidar las máximas religiosas, la sociedad empieza á sentirse desquiciada, porque la familia no la sostiene; asi como se grietea y derrumba un edificio cuando sus cimientos no son sólidos ó pierden su consistencia y union.

Si todos los hombres comprendieran las palabras que los ministros de la religion les dicen continuamente, si compredieran que todos debemos ser *hermanos* y que la

humanidad entera no debe ser otra cosa que una *familia*, Dios sonreiria al vernos, porque habriamos cumplido su mas sublime ley.

Pero no es así por desgracia, por inmensa desgracia nuestra.

Las familias se agitan en rudos vaivenes; los que algo tienen estan temiendo continuamente perderlo; el afan del dinero, del lujo, de mal adquiridos honores dominan á millares de seres; los vicios se generalizan descaradamente; los malos libros circulan clandestinamente y son leidos con avidez; los delitos y los crímenes, en fin, son cada vez mas desastrosos.

Todo esto hiere en el corazon á la familia, envenena su reposo, y el de la sociedad entera.

Por eso los crímenes mas desastrosos son aquellos que consisten en el olvido ó relajamiento de uno de los vínculos de la familia.

Tal es aquel de que vamos á dar cuenta, cumpliendo el deber que en la presente obra nos hemos impuesto.

II.

José Ferrer y Mateo y Tomasa Pagó, vecinos de Godall (1) estaban casados desde siete años antes del en que empieza nuestro relato.

Nada turbó hasta esta época la paz del matrimonio y cada vez ambos cónyujes se mostraban mas ligados por cariñosas afecciones.

Ambos eran hijos de muy honrados padres y su fortu-

(1) Provincia de Tarragona.

na, aunque corta, les habia evitado siempre el sufrir las escaseces de la vida.

Dichosos fueron aquellos primeros años de su matrimonio; pero como no hay en el mundo felicidad completa, la suya menguó bien pronto llegando hasta trocarse en cruel infortunio y desesperacion.

El esposo cayó enfermo y tuvo que guardar cama víctima de una dolencia grave.

Los representantes de la ciencia médica estudiaron aquella enfermedad; por ellos supo la familia de Tomasa que el mal que padecia el marido de esta era contagioso en extremo y amenazaba la vida de su esposa si continuaba viviendo al lado de Ferrer.

Aquella familia dispuso entonces la separacion de ambos esposos y José quedó en su casa pasando Tomasa á habitar en compañía de sus padres.

Así corrieron los primeros meses y la enfermedad de Ferrer apareció con todos los caractéres de crónica, haciendo inútiles todos los esfuerzos (bien escasos por cierto) de que podia disponer allí la medicina.

Sin embargo, el esposo que á duras penas se habia resignado á la separacion, juzgó oportuno lograr que aquella cesase y por diferentes veces escribió á su mujer rogándola que pasase á verle.

Ella leia estas cartas vertiendo copiosas lágrimas y consultaba aquellas con su padre, el sacerdote y el médico.

Estas tres personas, asi como otras muchas del pueblo, la daban sensatos consejos y se oponian decididamente á que la entrevista se llevara á efecto.

—Tu marido está malo—la decian—y no solo con tu

inútil presencia no le curarás sino que te espones de un modo seguro á padecer el mismo mal que á él le atormenta.

Tres años se pasaron en estas luchas, sin que en todo ese tiempo lograse José Ferrer, á pesar de sus esfuerzos, la deseada entrevista con su esposa.

Entonces el marido, devorando en silencio su ira, abrió incautamente su alma á la funestísima pasion de los celos.

—¡No quiere verme!—decia pensando en Tomasa—no quiere verme porque la va mejor lejos de mí. Me engaña, me deja tal vez por otro hombre!

Esta envenenada sospecha, confirmada mas y mas cada dia por la ausencia de Tomasa que el marido solo atribuia á la voluntad de su mujer, tomó en él tanto incremento que bien pronto embargó todas sus facultades por aquel triste pensamiento que le torturaba dia y noche.

El tener Tomasa un rostro de muy agraciada expresion y hallarse el esposo en contínuo mal estado de ánimo á causa de su misma enfermedad, contribuyeron tambien no poco á hacer terrible la cólera de Ferrer.

Los celos son la funesta pasion que ha causado siempre los mas tremendos desastres.

El cariño conyugal no es otra cosa que la mútua confianza.

Cuando esta llega á faltar en una de las dos personas ligadas por ese afecto, el edificio de la dicha viene al suelo.

Cuando los corazones de ambas se confunden hasta hacerse uno en la dulce ternura que los hijos inspiran, la armonía del matrimonio aparece mas sólida y firme; pero fuerza es confesar por la esperiencia de los dramas socia-

les, que los matrimonios á quienes la Providencia no ha concedido la dicha de la paternidad mas estan espuestos que ningun otro á desunirse; siendo necesarias entonces en los esposos mucha prudencia, sensatez y confianza para evitarlo.

Los celos son como una especie de cristales de aumento que el hombre coloca ante sus ojos.

Le engañan desfigurándole las cosas; y por la funesta prevencion que se apodera del alma, la cosa mas natural nos parece alarmante, lo que siempre hemos visto con indiferencia nos inquieta ahora, y á la palabra mas sencilla y honesta damos la torcida y falsa interpretacion que responde á nuestros aciagos recelos.

Dícese por muchos y ya desde antiguos tiempos que los celos son prueba de cariño. Nosotros no lo creemos así, creemos que son pruebas de desconfianza en la persona querida.

Y quien desconfia no tiene cariño.

III.

Cuando mas sublevado se hallaba el ánimo de José Ferrer, un amigo suyo le noticia que Tomasa va á salir de su casa y que esta ocasion es la mas oportuna para hablarla.

Asi lo conoce tambien Ferrer y saliendo rápidamente de su morada, espera á su esposa, la vé y la sigue.

Esta iba en compañía de una hermana suya y de dos criados en direccion á una de las heredades inmediatas al cementerio de la poblacion con el objeto de recolectar la cosecha de algarrobas.

Cuando Ferrer, que como hemos dicho, seguia á To-

masa, la vé en esta ocupacion, vuelve rápidamente al pueblo, entra en su casa, toma un hacha y corre hácia la heredad.

Tomasa estaba aun en ella.

Adelanta el marido silenciosamente por medio de los corpulentos algarrobos, y sin ser apercibido aparece de pronto delante de su mujer y de las personas que la acompañaban.

Ardiendo en ira y no pudiendo refrenar los fieros instintos que fermentaban en su corazon, se lanza á su mujer, la agarra por un brazo y blandiendo el hacha la dice con irritado acento:

—¡Ven conmigo, ó te mato! (1)

Y bien daban á demostrar su ademanes que llevaria á efecto lo que prometia.

Tomasa al ver á su marido tembló de pies á cabeza como un niño ante un fantasma.

Su primer impulso fué el de abrazarle; pero recordando lo que tantas veces le habian aconsejado, se contuvo y solo pudo articular con abundantes lágrimas:

—¡Por Dios, José!

Esta tierna súplica nó conmovió el alma del esposo que con voz cada vez mas colérica, dijo:

—¡Por ultima vez! ¿quieres venir conmigo? ¡ó me sigues ó te mato!

La hermana y los criados se aproximaron, pero un gesto de Ferrer los contuvo intimidándolos y haciéndoles callar.

—Escúchame, José—dijo Tomasa con acento que desgarraba el corazon—no te ciegues por que veo que vas á

(1) Histórico.



perderte. Déjame en paz con mis penas que hartas tengo desde que vivo separada de tí.

—¡Mientes, Tomasa, mientes!....

—Mi mayor deseo es sufrir á tu lado toda clase de desgracias; pero, bien lo sabes tú; mi familia me lo prohibe ¿y qué quieres que yo haga?'

Los ojos de Ferrer se inyectaron en sangre y con un movimiento maquinal apretó el cabo del hacha.

—Tú quieres—dijo—que yo pierda la paciencia oyéndote. No me engañas. Tomasa; tú no tienes deseo de vivir conmigo ni de verme, porque á haberlo querido, tú hubieras podido mas que los que te lo prohiben. Confiesa que oyes lo que te dice otro hombre; confiesa que me faltas, que me engañas; confiesa....! mira que allí está el cementerio; estoy decidido á todo! y no quieras ir á él antes de tiempo! vente conmigo ó vas á tener mal fin.

Al oir estas palabras casi dudaba Tomasa de si era su marido el que las pronunciaba.

José debia saber cuanto le queria su esposa; no era posible que dudase de su fidelidad; debia saber tambien la prohibicion impuesta á Tomasa; y por último, nunca esta se habia visto tratada por él de aquella manera ni aun de otra parecida en lo brutal y amenazadora.

Por eso la infeliz mujer no acertaba á creer en el testimonio de sus sentidos y queria dudar de que era su marido quien la hablaba.

Pero la realidad era demasiado peligrosa para dejar mucho lugar á estas dudas que se desvanecian bien pronto.

—José, José—esclamaba la esposa—no me hagas daño! te he querido siempre, y......

No pudo continuar.

Cayó al suelo bañada en sangre—y muerta por cuatro hachazos en la cabeza.

Corren hácia el cadáver los que allí estaban y el criminal marcha hácia el pueblo.

Pero no bien se habia separado cien pasos del lugar del crímen, cuando retrocedió hasta ponerse otra vez al lado de la que habia sido su mujer.

La coje por los cabellos, la arastra, la pisotea el rostro y se enfurece con ensañamiento de tigre.

La hermana huye gritando; los criados, llenos de miedo, nò se atreven á acercarse......

José Ferrer arrastra al cadáver hasta una roca, coloca sobre ella el cuello de la víctima, y dando un tremendo hachazo, separa instantáneamente la cabeza del tronco.

¿Donde se ha visto mas feroz encono?

Despues tira el hacha y lleno de la sangre de su desgraciada mujer, corre desesperadamente hácia las sierras de la Piedad, en direccion de los Ventalles.

IV.

Como debia esperarse, este espantoso crímen fué bien pronto conocido por las autoridades.

José Oliver, cabo 1.° comandante de aquel puesto, recibe órdenes, se dirige al lugar de la catástrofe, adquiere las mas preciosas noticias y comisiona seguidamente á dos de sus Guardias para que marchen en persecucion del cruel asesino.

Estos eran los de segunda clase *José Mestres* y *Jaime Cort*.

El mejor espíritu les anima para encontrar al desalmado criminal y siguen activamente sus huellas.

Veamos cuantas fatigas emplearon para el logro de su objeto y conozcamos cuanta era la entereza y constancia militar de estos Guardias.

Llegan á los Ventalles.

Allí les dicen que Ferrer habia marchado hácia el pueblo de Frijinal.

Continúan la marcha y llegan á él.

Allí averiguan que el asesino habia seguido hácia la carretera de Valencia.

Siguen ellos tambien, toman noticias en la carretera y saben que el fujitivo habia marchado en direccion de San Cárlos de la Rápita.

Siguen sus huellas Mestres y Cort; llegan á esta poblacion y averiguan que Ferrer habia pasado huyendo hácia el real sitio de los Alfaques.

De muy difícil tránsito habian sido hasta allí los caminos recorridos por los Guardias entre sierras, ventisqueros y bosques; pero el que les faltaba era mas penoso aún por estar lleno de acequias y encharcamientos.

Sin embargo, no desmayan.

Habiendo tenido noticia que algunos mozos de escuadra salieron tambien de la Rápita en persecucion de Ferrer que, segun noticias, se habia provisto de un buen caballo, se presentan al comandante de este puesto (Cristobal Miralles) le enteran de lo sucedido y de las señas y direccion del fugado.

El cabo 2.° Miralles sale seguidamente con el Guardia José Mayol «*atraviesan los estanques con agua* hasta la »cintura; pasan las acequias del mismo modo, cruzan sin

»detenerse los arrozales» y á mas de tres horas de la Rápita, en la desembocadura del rio Ebro y sitio llamado de la Gola capturan por fin al asesino José Ferrer.

Asegurándolo estaban cuando aparecieron en el sitio de la captura los mozos de escuadra.

Uno de los Guardias esclamó al verlos:

—No se han descuidado ustedes, compañeros, pero han llegado tarde.

El cabo Miralles hizo entrega del reo al juzgado respectivo, por cuyo servicio recibió las gracias asi como todos los demás individuos que en él habian tomado parte.

Cinco meses despues, dos mozos del hospital civil de Tortosa sacaban de uno de los calabozos del mismo y colocaban en unas mugrientas parihuelas el cadáver de un hombre.

Era el del preso José Ferrer que acababa de fallecer atormentado por los mas crueles remordimientos.

EL PRIMO.

(26 de Mayo de 1859)

I.

Si la importancia de los servicios aquí narrados fuera á medirse por las dimensiones que damos á su narracion, el presente necesitaria muchas páginas.

Pero cortísimas serán suficientes para que se comprenda su valor y se medite en él.

El dia 24 de los citados mes y año llegaban al pueblo de la Galera (1) cuatro individuos de la Guardia Civil.

Pocos dias antes el guarda mayor de la canalizacion del rio Ebro habia participado al que mandaba aquella fuerza que le habian sido robadas veinte y ocho barras de hierro pertenecientes al puente levantado en el canal del Requedio, habiendo ocasionado esto grandes daños á los malecones.

(1) Provincia de Tarragona.

La fuerza del cuerpo empezó las averiguaciones que eran del caso y llegó, como hemos dicho á la Galera.

Allí observó al paso que un herrero trabajaba en una barra de hierro, pintada de encarnado. Se le preguntó la procedencia y dijo que un vecino de Amposta le habia vendido algunas barras como aquella y que le esperaba en aquella noche para comprarle mas.

La fuerza marchó seguidamente hácia Amposta y antes de llegar á esta villa se situó en el sitio conocido por vereda del prado.

Permaneció en él hasta el amanecer, hora en la que viendo que nadíe habia pasado por la carretera, se retiró al cercano puesto.

A la noche siguiente volvieron aquellos individuos al mencionado sitio y se apostaron en espera.

Serían las doce de la noche cuando un hombre montado en una caballería apareció en el camino.

Se le dió la voz de alto; mas el desconocido, al oirla, clavó la espuela á su caballo y se dió á la fuga.

Síguenle los Guardias; y uno de ellos llamado Pablo Ferrer Alomá que se hallaba oculto á alguna distancia, sale al camino, detiene la marcha del fugitivo y le dice con acento imperioso.

—*¡Alto, ó te va la vida!*

Salta el fugitivo de su caballo, y saca un puñal para defenderse.

Pero al levantarlo ¿cuánta seria su sorpresa al ver un rostro muy conocido en el Guardia Ferrer que le intimaba la rendicion?

Detiene su ademan; y con los brazos abiertos corre hácia el valiente Guardia, exclamando:



—¡Primo de mi alma! ¿no me conoces? ¿olvidas que tu padre es hermano de mi madre? ¡Déjame huir!

Ferrer ve que quiere fugarse y conteniendo los impulsos de su corazon, le dice:

—*Un paso mas que des te causará la muerte: yo no soy aqui tu primo; mi deber me exige no reconocerte ahora mas que como un delincuente....*

—¡Primo! yo no he cometido delito alguno.

—¿Por qué huyes entonces de este modo?

—Me asusté......

—Bien; ya lo veremos luego, Jaime.

—¡Pablo, déjame escapar, tus compañeros se acercan! Te lo pido por nuestros padres!

—*No te canses; suelta en tierra ese puñal y siéntate.*

II.

Llegan en esto los demás individuos; atan á Jaime; y su primo logra con la persuasion que confiese su delito; que diga donde tenia algunas de las barras robadas hasta las veintiocho; y que nombre á las personas que le acompañaron en el delito.

Merced á esto, á las tres de aquella mañana Jaime Alomá con sus cómplices Rafael Tortas y Valentin Bichar estaban en prision.

Por el juzgado de primera instancia de Tortosa se les condenó á presidio.

En esta ocasion como en otras dos parecidas, volvemos á decir:

—¡Honra á los héroes del DEBER!

EL GITANO.

(12 de Mayo de 1853)

I.

Al ir formando este libro hemos conocido que ademas de sus fines indicados podia tener otro de igual ó mayor importancia.

Podia tenerle y le tiene indudablemente, si bien solo para aquellos de nuestros lectores que pertenezcan al Cuerpo.

Estos, al paso que admiran en esta obra las glorias y ejemplos de la Institucion, encuentran prudentes lecciones de casos prácticos que podrán valer tanto como una segunda esperiencia en determinadas ocasiones.

El recuerdo de las circunstancias de un servicio huma-

nitario ó de captura puede ser muy útil para facilitar otros análogos y al conocer los Guardias aquellos pormenores se hacen con un caudal de provechosísima esperiencia.

Y decimos esto aqui, porque una particularidad del hecho que vamos á narrar merece, como otras muchas, estar muy en la memoria de los individuos del Cuerpo, y porque podrá serles útil en servicios semejantes á este.

II.

Comenzó este en 8 de Mayo del año de 1853; año célebre en los fastos de la Institucion por los muchos servicios prestados en él.

Promediaba el dia y en el llamado *Arrabal de los Gitanos*, en la villa de Valls, (1) se notaba la animacion de costumbre.

Los hombres de la raza que daba nombre á aquel sitio conversaban divididos en grupos y mezclados entre las caballerías que eran por lo general el motivo de sus conversaciones.

Acerquémonos á uno de los grupos formado por tres personas: dos son ya muy entradas én años; la tercera es un jóven que ningun mal instinto revela en su fisonomía.

—Pero—decia este que se llamaba Mateo Jimenez, dirigiéndose á uno de los viejos—¿cree usted, compadre, que yo voy á darle por su *bebe-vientos* la cantidad que me pide?

—Hijo—le contestaba el viejo Francisco Carbonell —el jaco vale mucho mas.

—Ni la mitad siquiera.

---

(1) Provincia de Tarragona.



—¿Si creerá este hijo de su padre que robo caballos para vendérselos á bajo precio?

—¡Ea! no seria el primero, abuelo.

—Medio año hace que lo traigo conmigo; parece un rayo del cielo cuando corre...... míralo allí.

El anciano señalaba un escuálido y hambriento rocinante que no atreviéndose sin duda á sostener mucho tiempo el equilibrio se habia tendido y descansaba tranquilamente.

—¡Míralo!—decia el gitano viejo encorvándose y poniendo sus manos sobre las rodillas—¡míralo! está durmiendo y los nervios le estan haciendo cosquillas para que salga á la carrera.

Mira, mira como salta dentro de la piel.... es su instinto. ¡Digo si es brioso este animal! ¡no lo ha montado mejor el rey de Francia!

—Abuelo, vamos claros—dijo el jóven—á mí no me diga usted lo que son las bestias. Ese arenque se muere de viejo y usted le ha cosido una cola de otro caballo, porque ya no la tenia.

—¡Mateo!—exclamó el anciano.

—Levante usted el jaco y veremos.

Carbonell levantó su *bebe-vientos* con mucho cuidado como si temiera que al menor esfuerzo cada parte del jaco cayese por su lado y despues de darle algunos cariñosos golpecitos en las huesosas ancas, lo mostró á Jimenez con el orgullo propio de un gitano chalan en estos casos.

Jimenez pasó la mano contra-pelo por el que cubria el nacimiento de la cola y á poca distancia de este distinguió las puntadas con que Carbonell habia cosido, en su

ciencia de gitano, una cola de otro caballo á la poca que le quedaba á *bebe-vientos.*

—¡Por la ventura de mi madrecita, abuelo, que ya sabia yo que usted falsificaba caballos!

—Ten la lengua, Mateo.... ¡y respeta mis canas!

—Vamos—añadió otro viejo gitano buscando una conciliacion—ya sabeis las faltas del caballo; arreglaos en el precio y....

—¡Calla y es tuerto tambien! repuso el jóven.

—No, compadre; solo es vizco—dijo el mediador.

—¿Cómo tuerto ni vizco?—exclamó Carbonell—eso es que como le desperté de repente, tiene aun dormido ese ojo. Esto es natural; espera á que se despavile un poco y ya verás si tiene dos soles de verano en vez de dos ojos.

—¿Abuelo, quiere usted que pierda la paciencia?—dijo el jóven con aire amenazador.

—Yo si que voy á perderla por tratar con niños. ¿Qué entiendes tú de caballos?

Estas frases, y con el tono en que fueron pronunciadas son un insulto entre gitanos, los cuales cifran toda su ciencia en aquel tráfico.

Las escuchó Mateo Jimenez, y sin detenerse en otras consideraciones, sacó de la bolsa sus enormes tijeras de esquilador y jugándolas con tino especial, dió con ellas hasta seis puñaladas á Carbonell. Fué un momento.

Este al caer en tierra, agonizaba ya.

Mateo huyó rápidamente.

III.

La alarma que aquel suceso promovió en el barrio fué inmediata y de grandes proporciones.

Todas las conversaciones fueron interrumpidas instantáneamente y las carreras y los gritos las reemplazaron.

Carbonell murió.

Por todas partes corrieron varios grupos en persecucion del asesino pero sin resultado alguno. Habia desaparecido como por ensalmo y el viejo que habia presenciado el crímen solo pudo decir que le habia visto entrarse por las casas del arrabal.

La Guardia Civil tuvo inmediato conocimiento de lo sucedido.

Y al tenerlo, formado decidido empeño de capturar al criminal, salió de Valls el cabo 2.° Manuel Bujella y Recio con los Guardias á sus órdenes Marcos Barroso Merino (hoy cabo 2.°) Juan Verdaguer y José Hidalgo.

Estos infatigables individuos recorrieron sin descanso durante cuatro dias los pueblos circunvecinos, los montes, las casas de campo, las cuevas, las chozas y las viviendas de los pastores. A pesar de sus activas diligencias no consiguieron los resultados apetecidos.

El celoso cabo sabia por otros ejemplos que los gitanos son gente que se mata por la menor palabra, pero que al mismo tiempo conservan entre sí tal union que difícilmente se hallará otra raza que mas se escude y proteja á costa de todos los sacrificios imaginables.

Conservan en sus costumbres restos de esa independencia salvaje tan opuesta á la civilizacion, tan imposible de ser vencida por el raciocinio y que les hace creerse atacados todos en cada uno de los individuos de esa raza errante, suspicaz, engañadora y sucia.

Conocedor el cabo de esta circunstancia, juzgó oportuno no perder mas tiempo en continuar sus pesquisas por ta-

los sitios y convencido de que el gitano asesino debia hallarse oculto por los demás volvio á Valls con sus Guardias, dando principio inmediatamente á un escrupuloso registro en las casas del arrabal.

Entre estas se hallaba la del difunto Carbonell, habitada entonces por una hija suya.

Los Guardias entraron en ella y hablaron con la huérfana, la que se mostró llorosa y respirando ódio hácia el asesino de su padre.

—Sí, señores Guardias—decia—esta es la casa de mi pobrecito padre; busquen ustedes á Mateo y no tengan compasion del asesino si le encuentran. Debe estar oculto en alguna de las casas de este barrio; tal vez en la de su primo. ¡Pobre padrecito mio! ¿qué va á ser ahora de tu hija, sin tu amparo?

Alguno de los Guardias no fué insensible á este dolor y otro exclamó:

—Nosotros la socorreremos á usted con lo que podamos....

—Pero sin embargo—repuso Bujella—hay necesidad de registrar tambien esta casa. Despues, haremos por usted todo lo posible.

—Registren ustedes todo.... todo; ¿y cómo pueden creer que yo de amparo al asesino de mi pobre padre?

Efectivamente, esto parecia imposible, porque seria rara tanta maldad.

El cabo Bujella comenzó el registro, con alguna esperanza nacida de que conocia mucho á los gitanos.

Registran toda la casa, pero infructuosamente. Solo les faltaba registrar una cama.

Levantan el colchon y dentro del jergon que estaba

debajo...... encuentran perfectamente cubierto con la paja á Mateo Jimenez, al asesino de Francisco Carbonell, padre de aquella jóven. . . . .

. . . .

Esta desventurada confesó despues su complicidad y el socorro que habia prestado al criminal.

Jimenez está hoy sufriendo la pena de cadena perpétua.

¿Quién habia de sospechar que en aquella casa estaria el asesino, encubierto por la misma hija del asesinado? Imposible hubiera parecido esta sospecha; pero la verdad que encerró, al par que honra al cabo Bujella es, como hemos dicho, una leccion práctica que no debe darse al olvido en otra ocasion mas ó menos análoga á la presente.

ADVERTENCIA INTERESANTE A LOS SEÑORES SUSCRITORES

Á LAS

CRÓNICAS ILUSTRADAS DE LA GUARDIA CIVIL.

La delicada salud del Sr. D. Elisardo Ulloa, ha motivado el retraso, involuntario por nuestra parte, en la remision de las entregas, y le impide continuar redactando tan interesante obra.

Respetando nosotros los sagrados compromisos que hemos contraido con la benemérita clase cuyos brillantes hechos se narran, rogamos á nuestro querido amigo el conocido escritor público y abogado del Ilustre Colegio de esta corte, D. Manuel Henao y Muñoz, que se encargara de terminar tan difícil como interesante trabajo.

Admirador el Sr. Henao de los inmensos beneficios que tan distinguido Cuerpo presta á la patria, ha accedido gustoso á nuestros deseos, á pesar de sus infinitas ocupaciones.

Tenemos pues la satisfaccion de poner en conocimiento de nuestros favorecedores, que *desde esta página en adelante están redactadas todas las* Crónicas *por dicho* Sr. Henao, y que la obra quedárá terminada antes de finalizar el próximo mes de Mayo.

El Editor.



EL TORRENTE.

I.

Si la Guardia Civil no tuviera en su abono mas que la historia de sus memorables hechos, esta sola bastaba para engrandecerla ante los ojos del país; esta sola bastaba para justificar que es una de las instituciones mas necesarias é importantes, y que contribuye eficazmente al bien estar y á la moralizacion de los pueblos.

Despojaos de toda pasion, de todo sentimiento que pueda entusiasmar vuestra alma y mirad con los ojos de una razon fria y hasta suspicaz ese moderno ejército de la civilizacion; esos soldados de la seguridad del honrado ciudadano, ese constante auxiliar de todo desgraciado, y decidnos, si habrá nadie que anhele su desaparicion de la escena de la sociedad española. No; seguros estamos, que haya uno solo que abrige tal deseo, si alimenta pensamientos honrados en su corazon; los únicos que pueden

querer esto, son, ó los criminales, ó los que pretenden entrar por el sendero del mal. Aun cuando no es del todo punto exacta, permidtime que haga esta comparacion. Decid á un labrador que mate, que estermine las cigüeñas y otras aves que limpian los campos de los insectos que destruyen los sembrados y os contestará con indignacion, que no: pues de la misma manera destruid la Institucion de la Guardia Civil y pronto vereis poblados, como antes, vuestros montes y vuestros valles de bandidos y de malhechores.

Pero no son estos los solos servicios que presta á la humanidad tan benéfica institucion, son todos aquellos que puede prestar el hombre, prescindiendo hasta de su misma vida, para salvar la agena. ¡Tanta es la virtud, la abnegacion, la caridad y el valor de que deben estar dotados cuantos quieran pertenecer á ese ilustre cuerpo! Ya conoceis muchos de los servicios que ha prestado, traducidos en heróicos hechos, pues es aun muy corto el catálogo y tenemos que añadir otros muchos de no menor importancia. Sigamos, pues, la marcha en el largo camino de esta historia, pero antes de entrar en la narracion del suceso que nos ocupa, permitid que digamos: «Allí donde quiera que veais un Guardia Civil, sabed que en él encontrará un apoyo cualquier ser que se halle en peligro ó en desgracia.»

II.

Estamos en *Tremp*, villa de la provincia de Lérida, cuyo orígen se remonta á los primeros tiempos de la dominacion romana, y que fué poblacion muy considerable

en otra época, aun cuando hoy no cuente nada más que unos quinientos á seiscientos vecinos.

Era el dia 12 de Junio de 1856.

La tarde serena y apacible convidaba al hombre á recorrer la agradable campiña, para respirar las frescas brisas que agitan los sembrados y las hojas de los árboles al descender el sol á su ocaso.

Un Guardia Civil, acompañado de algunos amigos, se dirigia con lento paso, conversando alegremente con ellos, hácia el barranco de San Jaime, que dista unos 300 á 400 metros de la villa.

Nada anunciaba en aquellos instantes que dentro de pocos minutos un cambio repentino en la naturaleza, dejaria mudo de consternacion y de espanto á todo el vecindario; pondria en peligro la vida de algunos seres, y destruiria en un momento las feraces cosechas, en las que fundaban sus esperanzas muchas familias laboriosas.

Símil terrible y verdadero de la vida humana.

¡Cuántas veces la desgracia ó el dolor no viene á sorprender al hombre cuando se halla sumido en el goce de un placer que le embriaga, ó cuando disfruta apaciblemente de una felicidad suprema en brazos de una familia querida!

El Guardia Civil y sus amigos contemplaban la inmensidad del espacio.

Acaso pensaban al ver el puro azul del cielo en el ideal de esa dicha, que solo existe en la gloria.

Acaso cruzaban por su mente las ideas de una felicidad, que solo vemos allá en nuestros sueños; pero una pequeña nube que apareció en el occidente, como si fuera un tristísimo y amargo recuerdo, les sacó de su éx-

tasis, porque desplegándose como un negro manto, les robó los rayos del sol; cubrió despues como un tupido velo la bóveda celeste, y convirtió en fin la serena y alegre tarde, en noche lóbrega y sombria.

Un instante despues la nube producia sus horrorosos efectos:

¡La tempestad!

III.

¿Quién de entre vosotros, decidme, no se ha estremecido ante el sublime espectáculo, que ofrece la naturaleza al espantoso brillo del relámpago y al terrible fragor del trueno, por mas que abrigueis un alma grande y valerosa, que admire en estas convulsiones la portentosa obra de Dios?

Ruge el huracan; brilla el relámpago; retumba el trueno y el agua cae á torrentes.

Melchor Rodriguez Sanchez, que asi se llamaba el Guardia Civil, y sus amigos se vuelven presurosos á la villa; pues recordando perfectamente el primero sus deberes y las leyes de la institucion á que pertenecia, pensaba y con razon, que sus servicios, y los de sus compañeros serian necesarios en aquel conflicto.

No habia trascurrido media hora, cuando un impetuoso torrente de agua se precipitaba en espantoso oleage por el barranco de San Jaime, derribando las paredes de los huertos, y arrastrando las grandes peñas que se oponian á su paso.

Un momento despues las aguas de aquel torrente, no solo vinieron aumentar las del rio Noguera-Pallaresa, donde desemboca el barranco, sino que haciendo salir de

madre la corriente del rio, inundaron la campiña, convirtiéndola en un revuelto y agitado lago.

Apresuraba el paso el Guardia Rodriguez para llegar al cuartel, cuando á muy corta distancia cae un rayo y mata un macho que arrastran las aguas.

Ve confusamente un grupo de hombres, y venciendo cuantos obstáculos se oponen á su penosa marcha, llega al sitio, donde encuentra á varios oficiales de la Milicia Nacional y algunos paisanos que desalentados y temerosos, hablaban de la tempestad y de sus efectos.

—¿Qué pasa señores? preguntó el Guardia Rodriguez á los del corro.

—Que no recordamos haber visto tormenta tan horrible desde que existimos, replicaron algunos paisanos.

—Si Dios no tiene piedad de nosotros, vamos á perecer, dijeron otros con acento que relevaba un verdadero temor.

—Mire usted, Guardia—dice á Rodriguez un oficial de la Milicia—á un anciano medio imposibilitado, que venia de su campo montado en un borrico, le ha sorprendido el torrente del barranco entre este y el rio, dejandole completamente aislado, y sin esperanza de salvacion.

Al oir esto el Guardia ordena á un paisano que vaya inmediatamente á comunicar el suceso al jefe del puesto de aquella villa, que era el sargento 2.° Don Tadeo Bravo Luengo (1), y con firme y decidido acento dice á los demas:

—Seguidme; vamos á salvarle, si es tiempo aun.

Los paisanos, al oir esto, se estremecieron. Un frio gla-

(1) Hoy Teniente de la 1.ª compañia del undécimo tercio.

cial circuló por las venas de los mas tímidos, y los mas osados no se atrevieron á pronunciar una sola palabra.

El peligro se hacia mas inminente.

La tempestad arreciaba y la oscuridad era mas intensa.

—Señores, volvió á repetir el Guardia Rodriguez; un hombre anciano; un hermano nuestro va á perecer víctima de la inundacion, si no volamos en su socorro.

—Es imposible salvarle, gritaron unos cuantos paisanos, que llenos de espanto, abandonaron el corro y se volvieron al pueblo.

—¿Y quién es el temerario que se espone á vadear el torrente, sin perecer arrastrado por sus olas? dijeron otros.

—¿Quién? repuso Rodriguez lleno de ardimiento, por lo mismo que era mayor el peligro; yo: el que quiera que me siga.

Y echó andar con toda la precipitacion que le permitia la oscuridad y las dificultades que ofrecia á su paso el terreno.

Este acto de valor y de abnegacion escitó la admiracion de los del grupo. Entonces uno de ellos llamado Don Antonio Llinas (1) teniente de la Milicia Nacional, dijo al Guardia:

—A donde quiera que usted vaya, voy tambien yo. En marcha.

—Y yo tambien, gritó el paisano Antonio Solá.

---

(2) Don Antonio Llinas trabajó mucho en defensa de Doña Isabel II durante la guerra civil, y hoy es alcaide de la cárcel del juzgado de Tremp.

—Y nosotros, dijeron los demas concurrentes, y todos emprendieron el sendero del molino.

El Guardia avanzaba seguido de Llinas y de Solá, pues los otros á medida que crecian las dificultades, iban quedando rezagados en tan escabroso camino.

¿Conseguirá el Guardia Rodriguez y sus dos émulos el generoso propósito de accion tan heróica?

IV.

Dejemos avanzar á estos tres héroes, luchando y venciendo dificultades.

Mientras que todo esto ocurria, el paisano habia comunicado al sargento D. Tadeo Bravo el aviso del Guardia Rodriguez.

Inmediatamente dió órden á los Guardias que le siguieran, y todos juntos emprendieron el camino á donde les llamaba la caridad, la abnegacion y su deber.

Provistos de cuerdas y de otros útiles de salvamento, trepaban por los matorrales, y afrontaban con ánimo resuelto el fulgor de los relámpagos, el fragor del trueno y las gruesas gotas del alubion que azotaba sus rostros, y que hacian mas penosa su marcha.

Detras de ellos iban la autoridad municipal y muchos Nacionales y vecinos con faroles y hachones.

Dejémosles caminar hácia el lugar del suceso, para ocuparnos de los que ya tocaban el fin de su jornada.

V.

Rodriguez y sus dos compañeros llegaron por fin al molino.

Desde allí y á la luz de los relámpagos divisaron al pobre y afligido anciano, trémulo de pavor, subido sobre un monton de piedras, que la furiosa avenida del torrente amenazaba arrastrar de una sola oleada. El infeliz tenia asido con su mano derecha el ronzal del paciente asno, al que logró salvar en los primeros momentos, colocándole al abrigo de una pared, que de un instante á otro iba á destruir el ímpetu de las aguas.

Ante la vista de tan imponente espectáculo, Rodriguez se vuelve á sus compañeros, y señalando á la víctima, les dice conmovido, pero con resolucion:

—Amigos; mirad al desdichado Ignacio Saurina—este era el nombre del anciano—tal vez en esta hora está encomendando su alma á Dios; corramos á salvarle exclamó Rodriguez con voz de trueno, que aun es tiempo.

—Adelante, repitieron el teniente Llinas y el paisano Solá, alentados con el ejemplo heróico del Guardia.

—Adelante; dijeron tambien Simon Castells sargento de la Milicia Nacional y varios milicianos que seguian á alguna distancia á aquellos tres valientes.

En este momento el Guardia Rodriguez y sus dos compañeros se lanzan en aquel mar de agua, sin mas luz que la claridad de los relámpagos, y sin mas norte que una hilera de árboles.

A pesar de todos los esfuerzos imaginables, se ven precisados á marchar lentamente; pero llegan á una hondonada, donde les cubre el agua hasta el pecho, y ya sin

árboles donde asirse, para no ser arrastrados por la corriente, se les hace poco menos que intransitable el paso.

Ante este nuevo peligro retroceden Castells y los Nacionales que les acompañaban.

Tambien Llinas y Solá sienten desfallecer sus fuerzas.

El mismo Guardia Rodriguez duda y vacila unos cuantos segundos; pero al fulgor del relámpago, divisa las piedras de una pared casi cubierta por el agua, y haciendo un esfuerzo supremo para ganar aquella, dice á sus ya medio acobardados compañeros:

—Démonos las manos; hagamos un esfuerzo desesperado para llegar á esa pared inmediata y estamos en salvo.

Llinas y Solá obedecen las órdenes del Guardia Rodriguez, que al fin consigue su objeto, y asiéndose de piedra en piedra de aquel débil muro, consiguen llegar, no sin haber vendido muy cara su existencia, al pié del monton de piedras, donde lleno de pavor, esperaba la muerte al débil y casi imposibilitado anciano.

VI.

Apenas habian cruzado aquellos tres héroes el paso mas difícil y peligroso del barranco, cuando las aguas que crecian por momentos, le hicieron de todo punto inaccesible.

Ya no era, pues, el anciano quien estaba espuesto á una muerte segura, sino tambien los tres que habian intentado salvarle.

En este instante llega á la parte opuesta el sargento Bravo con los Guardias civiles, el alcalde, algunos Nacionales y varios vecinos, llevando faroles y hachones encendidos.

El sargento Bravo, que no ha desmentido nunca su apellido, y menos en aquella ocasion, intenta atravesar el lago de cerca de doscientos metros, que le separaba del Guardia Rodriguez, sus dos compañeros y el anciano; pero bien pronto se vió cubierto de agua hasta los hombros, atascado en el fango, sin poder dar un paso adelante y de donde no hubiera podido salir, si los Guardias arrojándole una cuerda, á la que aquel se asió, no le hubiesen remolcado hasta la orilla donde se encontraban.

Despues de este acto de arrojo, nadie se atrevió á pronunciar una sola palabra.

Todos sentian en el fondo de su alma una congoja terrible en aquellos momentos, al considerar la suerte desgraciada que esperaba al infeliz anciano y á los tres héroes que habian intentado salvarle.

Todos con las miradas fijas en el sitio donde se revolvian los cuatro hombres á quienes juzgaban en los últimos instantes de su existencia, pretendian ver sus movimientos é indagar de segundo en segundo su agustioso y agonizante estado.

La ansiedad no podia ser mas grande, ni la situacion mas terrible.

VII.

Entretanto Rodriguez y sus compañeros maniobraban valerosamente.

Asi que llegaron al monton de piedras, refugio del anciano, cogieron á este y lo sentaron sobre la pared próxima, que parecia bastante fuerte para resistir un cuarto de hora.

Cuidaron tambien de poner al abrigo de la misma al pobre animal, y hecho esto, adoptaron otras disposiciones para el caso previsto de que cediera la pared al fuerte impulso de las aguas y de las peñas que con estrépito arrastraban.

Pero nada mas fué necesario.

Cesó la lluvia y empezó á correrse la negra nube.

La fuerza del torrente no era ya tan grande y las aguas de aquel inmenso lago comenzaron á bajar.

El infeliz anciano y sus salvadores habian escapado de una muerte casi segura.

Rodriguez y sus dos compañeros cogen en hombros al anciano y al asno del ronzal; atraviesan de nuevo el lago y lo conducen á su casa entre los gritos de entusiasmo y las bendiciones de todos los que habian sido testigos de una accion tan heróica.

Los autores de tan buena obra, Rodriguez y Llinas, fueron condecorados con la cruz de 3.ª clase de la nueva órden civil de Beneficencia, y los demas recibieron las gracias de la reina.

Pero ademas alcanzaron otro mayor premio; el placer que proporciona siempre una buena accion, que es mas duradero que todos los placeres y conmemoraciones que puedan conceder al hombre los aplausos de la sociedad y los premios materiales.

QUIEN MAL ANDA MAL ACABA.

I.

Aun cuando es demasiado genérico el título con el que encabezamos esta crónica, sin embargo, el asunto requiere uno tan espresivo que comprenda las mas culminantes situaciones de la vida de unos hombres, que puestos una vez en el resbaladero del crímen, no hay ya posible salvacion para ellos.

Antes de narrar el servicio prestado por los valientes Guardias primeros Leon Herranz y Perez y Agustin Martinez Calvo, y por los Guardias segundos Gregorio Pizarro Lopez y Blas del Rio Lobato, tenemos que dar una idea á nuestros lectores del carácter y de las condiciones que adornaban al criminal, que pereció víctima de su temerario arrojo, á manos de aquellos.

Parece mentira que haya pueblos que anhelen la

muerte de un individuo; pero nada es mas cierto, si la existencia de aquel sobre la tierra, es causa de la agitacion y del contínuo malestar de todo un vecindario. Semejantes hombres, no nacieron para alternar con los de su especie, sino con las bestias del desierto, á las que esceden en ferocidad y barbarie.

He aquí el orígen de esta historia.

II.

¿Para qué codicia el hombre los bienes de este mundo?

¿No es, por ventura, para vivir tranquilo y gozar en dulce calma una dicha verdadera?

¿Será, pues, el oro la causa eficiente de la felicidad?

¡Vana, y mas que todo, cruel ilusion!

Lástima que la instruccion y la esperiencia de la humanidad, no abran los ojos al hombre y le enseñen á saber apreciar el valor de este metal que tanto le fascina, y que hasta le precipita en la comision de los crímenes mas atroces.

¿Y de qué puede servir al criminal, que asesina á su hermano, por robarle el oro que habia adquirido á fuerza de sudores y trabajos, que guardaba en el arca santa del patrimonio de sus hijos, si inmediatamente ha de caer en manos de la justicia, que encerrándole en un oscuro calabozo, no le deja disfrutar de los bienes robados?

¿No disuadirán al hombre de su codicia, los innumerables ejemplos de esta especie, que todos los dias se ofrecen á su vista?

Veamos si Pedro Ortega Sorando (a) Franchuelo y sus cómplices lograron su deseo, y si pudieron disfrutar un solo instante del fruto de su crímen.

III.

Vivia allá en el año de 1855 en el pueblo de Torrubia, provincia de Guadalajara, el menestral Miguel Mesigote.

Su laboriosidad y la buena administracion de su esposa aumentaron indudablemente sus bienes, por lo que pasaba en la villa por una de las personas mejor acomodadas.

Tambien vivian por aquella misma época en dicho pueblo Pedro Alonso (a) Camareta, y su mujer Rafaela Serrano.

El Camareta habia estado antes en presidio, al que fué condenado como autor de un delito, y allí conoció al Pedro Ortega Sorando (a) Franchuelo natural de Chequilla, del partido judicial de Molina de Aragon, donde sin duda intimaron sus relaciones, y concertaron sus planes para el porvenir, cuando se vieran en libertad.

Asi debió suceder, pues ya en el año de 1855, libres los dos siguieron en la amistad mas estrecha, hasta que un nuevo crímen vino á separarlos otra vez, para no volverse á juntar en la vida.

Deseando Franchuelo proveerse de dinero, comunicó esta idea á su amigote Camareta y desde este momento, no pensaron mas que en llevar adelante su propósito.

Un dia se avistó Camareta con Franchuelo y le dijo:

—¿Sabes amigo, que he descubierto un tesoro?

—¿Si?—dijo Franchuelo, cuyo semblante adquirió una animacion de feroz alegría, que hacia mas terrible el brillo de sus ojos.

—He averiguado que mi convecino Miguel Mesigote

tiene algunos ahorros en sus areas, que deben pasar á nuestros bolsillos.

—Corriente. Me parece muy bien y manos á la obra.

—Cuando quieras.

—Tú puedes mejor que yo señalar el dia, y decir cual será el momento mas oportuno de dar el golpe.

—Está bien ¿Y esta obra será por cuenta de los dos?

—No: vendrá con nosotros Hilario Parrilla.

—¿Tienes confianza en él?

—¡Oh! sin duda; es listo, reservado y valiente.

—Pues adelante.

—Adelante con los faroles; dijo, Franchuelo, con una sonrisa de brutal satisfaccion.

—¿Y qué dia fijaremos?

—El que quieras; mas es preciso que aseguremos la salida.

—Eso queda de mi cuenta. Conozco perfectamente las costumbres del individuo y todos los rincones de su casa, y ademas procuraré que demos el golpe sin que lo sienta la tierra.

—Eres todo un hombre.

—Ya me lo dirás despues.

—Conque, lo dicho.

—Puedes prepararte para mañana en la noche; á las diez en mi casa.

—No faltaré. Hasta mañana.

—Adios.

Y cada uno de estos dos criminales partió en direccion opuesta.

Camareta fué á comunicar á su mujer el plan, y Franchuelo á su camarada Parrilla.

Unos y otros empezaron á ocuparse de los preparativos, porque tanto la mujer, como Parrilla, aceptaron la participacion en el negocio.

Ya veremos como lo llevaron á cabo.

IV.

Serian como las once de la noche de dia 9 de Octubre de 1855.

Los vecinos de Torrubia descansaban tranquilos de las faenas del dia, y nadie cruzaba por las calles del silencioso lugar.

De pronto se vieron aproximarse á las tapias del corral de la casa de Miguel Mesigote cuatro bultos, que llegaron uno en pos de otro y de tiempo en tiempo, cual si fueran cuatro fantasmas que concurrian á una cita infernal.

Las sombras de la noche favorecian indudablemente sus propósitos.

Nuestros lectores habrán reconocido ya en ellos á Franchuelo, Parrilla, Camareta y su mujer, á pesar del disfraz con que se desfiguraban.

—Ya estamos aquí—dijo Franchuelo á sus compañeros en voz baja.

—Pues la escala y al tejado; ya sabes por donde—replicó Camareta.

—Lo sé.

—Y volviéndose aquel á su mujer la dijo; nosotros á tomar las avenidas.

Y todos guardaron desde este instante el mas profundo silencio.

Subió Franchuelo al tejado y siguióle Parrilla; á los

pocos minutos, se encontraban en el sitio designado por el Camareta.

Levantaron unas cuantas tejas y penetraron en la casa.

Acercáronse á la puerta del cuarto donde dormian tranquilamente Mesigote y su mujer y la hallaron cerrada.

Este contratiempo irritó á Franchuelo, que murmuró una asquerosa maldicion.

Tomó en seguida una reja del arado y desquiciando la puerta de la habitacion, dejaron practicable la entrada.

El matrimonio no se apercibió del suceso, y seguian durmiendo tranquilamente.

Los dos criminales se aproximan á su lecho con cautela, armado el brazo del puñal asesino que iba á herir muy en breve el seno del infeliz Mesigote.

Ya al pié de la cama, se precipita Franchuelo sobre su víctima y la dá hasta siete puñaladas, dejándolo muerto en un lecho inundado de sangre.

Se despierta su infeliz mujer y ante tan horrible escena, exhala un grito de dolor y de desesperacion, mas Parrilla la impone silencio, dándola una patada y haciéndola rodar por la escalera.

Tardan un instante en buscar á esta nueva víctima, pero no la encuentran, porque ella haciendo un esfuerzo de inaudito valor, y recogiendo todas sus fuerzas, llega á rastra á uno de los sitios mas recónditos y se oculta ahogando trémula de espanto los ayes que le arrancan los dolores de los golpes que habia sufrido.

Franchuelo y Parrilla rebuscan por todas partes, y recogen cuanto dinero guardaba aquel desdichado matrimonio.

Un momento despues de tan horrible escena, dos hombres se veian descender por el tejado de la casa de Mesigote, y bajar á tierra por una escala.

A una señal casi imperceptible de los autores del crímen, acudieron Camareta y su mujer y todos cuatro marcharon á un pajar, donde se repartieron el botin.

Hecho esto y para no infundir sospechas los dos últimos se retiraron á su casa, quedando los dos primeros ocultos en aquel sitio, donde permanecieron algunos dias cuidados por Camareta y su mujer.

Allí los sorprendió la justicia.

Algun tiempo despues moria en la prision Hilario Parrilla; Franchuelo se escapaba de la cárcel de Torija, para librarse del patíbulo, al que habia sido condenado por el tribunal, y Camareta era conducido á uno de los presidios de África á sufrir 20 años de cadena.

¿Quedará impune el crímen horrendo del bárbaro Franchuelo?

¿Podra burlar la justicia humana?

En otra época hubiera sido fácil; hoy, con la Institucion de la Guardia Civil, es poco menos que imposible.

V.

Llegamos al desenlace del drama.

Un temible bandido recorria los valles y los montes de la provincia de Guadalajara.

Este, no era otro, que Pedro Ortega (a) Franchuelo.

Tuvo conocimiento del suceso Leon Herran y Perez Guardia primero, y poniéndose de acuerdo con el de su misma clase Agustin Martinez Calvo, y con los Guardias

segundos Gregorio Pizarro Lopez y Blas del Rio Lobato, combinaron la batida del foragido, que traia consternados á los vecinos de varias aldeas.

Despues de una persecucion incansable de algunos dias por todo el distrito judicial de Molina, pudieron los Guardias darle caza en el término municipal de Megina y á las once de la noche del 26 de Febrero de 1861, llegaron al sitio llamado de Valde-Collarvos, terreno muy quebrado y escabroso, con mucho monte de pino y boj y atravesado por el rio Cabrilla, que desemboca en el Tajo á corta distancia.

En tan montuoso terreno, defendido por la naturaleza, se creia Franchuelo seguro; pero el rumor de las pisadas de los Guardias, que caminaban en su persecucion desvaneció sus ilusiones.

Huye á esconderse en lo mas cerrado y escabroso del monte y los Guardias no por eso desmayan, ni pierden la huella del criminal.

Llegan donde se encontraba Franchuelo, y este les recibe con una descarga; pero aquellos continúan con mas vigor la batida.

Vuelve el criminal á dispararles su escopeta y despues de una lucha desesperada, se hace fuerte en un matorral defendido por el ramaje y las peñas, y allí con la escopeta en una mano y el puñal en la otra, trata de vender cara su vida.

A pesar de la oscuridad y del cansancio, los Guardias no ceden de su empeño; emprenden la toma del matorral y se ven precisados á sostener una lucha terrible que dió por resultado la muerte de Franchuelo.

Asi concluyó sus dias, quien los habia empleado en

daño de sus semejantes. El bandido Franchuelo murió acorralado y furioso como una bestia feroz y salvaje.

Por tan importante servicio recibieron un justo y merecido premio los tres Guardias y el Guardia primero Leon Herran y Perez (1) la cruz sencilla de M. I. L.

Ved el raro contraste que ofrecen la mala y la buena conducta y el fin que alcanzan los hombres por sus acciones.

---

(1) Hoy cabo 1.° comandante del puesto de El Pobo en la misma provincia.

EL SACRILEGIO.

I.

La mano del criminal todo lo tala, todo lo destruye, todo lo invade, todo lo atropella.

Nada se libra de sus infames escesos.

Desgraciado el corazon donde él ha pensado hundir su puñal.

Desgraciado el que és objeto de sus abominables cálculos.

Tarde ó temprano la lealtad del pecho mas generoso; el valor del ánimo mas intrépido, sucumben bajo las emboscadas de un miserable bandido. Para tan depravados seres, nada hay respetable; nada hay santo.

El hogar doméstico y las vias públicas son con frecuencia teatro de sus bárbaros escesos; y ofrecen á menudo abundante pasto á sus instintos de rapiña.

cautelosamente como el tigre que acecha y camina para sorprender su presa; del mismo modo se aproximaba aquel hombre al convento de la Concepcion de Pedroche.

Con paso dificilmente perceptible avanzaba hácia la muralla que da á la parte de Norte-Oeste.

Una vez al pié de ella intentó colocar su escala. La oscuridad era mas intensa cada vez; el viento soplaba con violencia y la veleta del campanario del convento producia al dar vuelta sobre su eje un estridente chirrido.

La escala se fijó por fin; el bandido puso el pié en el primer peldaño y principió á subir; pero al llegar á la mitad de aquella la falta de apoyo la hizo resentirse y dar en tierra.

El criminal vaciló tambien por un momento, pero ágil como una ardilla se agarró con las manos á los cortantes pedernales y buscó con las uñas los albeolos de aquella piedra, para sostenerse en la punta de sus dedos.

Línea á línea, pulgada á pulgada fué penosamente subiendo hasta tocar el lomo de la muralla. Una vez allí, el criminal se colocó á caballo sobre ella y respiró con satisfaccion. Pero todavia le faltaba bajar por el lado opuesto y cuyo descenso era tan penoso como la subida.

Mas la perseverancia del bandido no desmaya ante éste obstáculo, antes por el contrario, crce su energía en vista de los nuevos que se le presentan que vencer, ante la idea de un triunfo seguro.

Aquel hombre despues de mil fatigas, de mil angustias, holló con sus plantas el suelo del monasterio.

Un momento mas tarde aquella comunidad que dormia tranquila, despues de haber elevado sus preces á Dios, se levanta consternada y llena de pavor y se ve en la pre-

cision de entregar todas sus pobres alhajas y sus modestas prendas á aquel hombre que como el genio del mal, terrible, amenazador y sombrío amontonaba á su lado el único y reducido patrimonio de aquellas indefensas mujeres, que todo lo sacrificaban á la conservacion de sus vidas.

Nada escapó á la rapacidad del bandido; ropas, libros, ornamentos del culto, alhajas de sus imagenes, todo desápareció.

El criminal huyó, y aquellas religiosas infelices quedaron mudas de asombro y de espanto.

Arrodilladas y con las lágrimas en los ojos, transidas de dolor y de pena, apenas podian sus labios murmurar una oracion, y sin embargo, su corazon oraba ardientemente, y en el silencio de su alma pedian á Dios un consuelo para tan terrible infortunio.

¡Espectáculo magnífico que solo la sublimidad del cristianismo puede ofrecer al mundo!

III.

Al siguiente dia de este inícuo atentado, 9 de Octubre, el alférez de la GUARDIA CIVIL Don Antonio Rodriguez Vega, jefe de la línea del partido judicial de Pozo-Blanco, al cual pertenece la reducida villa de Pedroche, tuvo conocimiento del hecho.

Este digno militar concibió desde aquel momento la idea de devolver la perdida calma á las pobres religiosas villanamente saqueadas en la noche anterior.

Se trasladó al momento con varios individuos de la fuerza que mandaba al sitio de la ocurrencia, acompañado del juzgado de primera instancia del partido.

Las indagaciones y diligencias practicadas no dieron ninguna luz; el resultado de estas primeras pesquisas fué nulo, por falta de indicios y no se encontraba mas huella del delito que las amargas lágrimas de aquellas religiosas que tal vez vislumbraban ya una espantosa miseria. Sin embargo, el alférez Señor Rodriguez Vega, tan conmovido por el espectáculo de la desdicha, como indignado por aquel acto de vandalismo feroz no desesperanzaba de llegar á apoderarse del criminal.

Dominado por este noble pensamiento, redoblaba sin cesar sus esfuerzos, y durante algunos dias su celo infatigable se hacia mas esquisito, mas vigilante y perpétuo.

Por fin fué detenido un sujeto llamado Y. N.

Las sospechas recaian sobre él y el Sr. Rodriguez Vega se encargó de interrogarle personalmente para salir de la duda.

El discreto oficial, lejos de amenazarlé, ni ejercer sobre él la menor coaccion física ni moral, obró con una prudencia y una maestria admirable. Preciso es tener mucho conocimiento del corazon humano, para arrancar á un ser un secreto que solo vergüenza, criminalidad y baldon puede proporcionarle la confesion de tan funestos estravíos.

El señor Rodriguez Vega dió una prueba de pericia poco comun.

Frente á frente del delincuente, sus oportunas reflexiones, iban poco á poco infiltrándose en el ánimo de este.

Presentó á sus ojos con elocuentes palabras el estado de miseria á que quedaban reducidas aquellas infelices mujeres, sin recursos, sin bienes y sin amparo.

Le advirtió que aquel era horrendo crímen, porque

se habia cometido en la misma casa de Dios, y que ese Dios castigaria tarde ó temprano al delincuente, si es que se escapaba de la justicia de los hombres; por último, le hizo observar que el crímen era doblemente repugnante cuanto mas débil é indefensa era la persona contra la cual se fraguaba y por consiguiente asaltar un convento de mujeres era no tan solo culpable, sino cobarde y mezquino.

Estas consideraciones hicieron profunda huella en aquel hombre.

El Sr. Rodriguez comprendió la lucha de su espíritu, y redobló sus persuasivos consejos.

El delincuente se sintió vencido por esa fuerza moral, irresistible é inesplicable pero poderosa y sublime, que llega á la conciencia para purificarla.

Confesó su delito y aun designó el lugar de su casa en que tenia enterradas todas las cosas robadas.

Solo el tacto y el buen criterio del alferez pudieron arrancar á aquel hombre una confesion del delito y de sus detalles.

IV.

Al dia siguiente se verificó la devolucion de los objetos robados á la comunidad que los recibia con lágrimas de agradecimiento. El señor vicario y autoridad local presenciaron este acto que enterneció á todos los concurrentes.

La gratitud se pintaba en aquellos rostros, en que el pavor, y la desgracia habia en pocos dias grabado su funesta huella.

El Sr. Rodriguez Vega, fué objeto de las espresiones mas tiernas, de las felicitaciones mas sinceras y de las gracias mas puras.

Aquella comunidad agobiada todavía por el recuerdo del próximo atropello de que habia sido objeto pocas noches antes, apenas daba crédito á lo que sus ojos veian, y temerosa de verse nuevamente juguete de otro criminal mas feroz, querian abandonar su tranquilo refugio, para ir á buscar en otra parte la paz que en aquel creian perdida para siempre. Sin embargo, el señor arcipreste, unido al Señor Rodriguez Vega pudieron disuadirlas de su proyecto á las religiosas.

Este las aseguro, mas de una vez, que mientras la Guardia Civil subsistiese ni se repetirian tan vandálicos actos, ni quedarian impunes. Ante semejantes promesas de seguridad las religiosas consintieron seguir en su convento.

El Sr. Rodriguez Vega se retiró llevando en su conciencia la dulce satisfacion de haber hecho una buena obra.

La comunidad le colmó de bendiciones y todos, todos ponderaron su talento, su esperiencia, su actividad y su celo.

¡Envidiable satisfaccion! Hija de un sentimiento de humanidad, y consecuencia del cumplimiento honroso de un deber imprescindible·

El Sr. Rodriguez Vega, debió sentir un placer inefable en su corazon, y nosotros meros narradores de un hecho que tanto le honra, no podemos menor de alabar su conducta.

LA CAPTURA.

I.

La apacible tranquilidad de un pueblo.

La paz querida de la familia y del hogar doméstico.

La serenidad de los ánimos y la evidencia consoladora de la seguridad individual, suelen turbarse no pocas veces á la sola sospecha de la proximidad de un bandido.

Cuando su nombre, funestamente célebre como hijo del crímen, se principia á murmurar por los honrados vecinos de un pueblo reducido, el temor sustituye á la grata conviccion de no ser inquietado en su morada, el sobresalto cunde, la alarma crece y el reposo disminuye.

Ya nadie cree segura su existencia ni su fortuna.

No hay individuo á quien no sobrecoja el mismo sentimiento, y á cada paso creen ver al vigilante criminal que parece deslizarse por entre las sombras de sus mis-

mos delitos y envolverse en ellas, para ocultarse á las miradas de la justicia humana.

Muchos no le han visto y sin embargo todos se lo pintan ó retratan, y le temen.

Este es un estado insostenible, violento y alarmante.

Esta es una inquietud contínua, una zozobra perpétua, un desvelo perenne.

Los pueblos en este caso encuentran un recurso fraternal, fuerte y poderoso en la benemérita Guardia Civil.

Tendiéndoles su poderosa mano, prestando su apoyo, les comunica valor y tranquilidad y les hace rescatar el sueño que les arrebatara la presencia de un malvado que vaga por en medio de sus campos, ó entre los matorrales de sus montes.

II.

El año de 1859 se cometió un horroroso crímen en el pueblo de San Pedro de Soandres, ayuntamiento de Larache, partido de Carballo, y que dista tres leguas de la Coruña, capital de la provincia del mismo nombre.

El autor era un jóven llamado Meigide, vecino del mismo pueblo.

Arrastrado por la funesta pasion de los celos, un vértigo se apoderó de aquel corazon, que se dejó dominar de sus furiosos y vengativos impulsos, y asesinó traidoramente á su convecino Tomé Iglesias.

El asesino huyó buscando en la evasion la impunidad de su delito.

Tres años acosado y perseguido por las fuerzas de la Guardia Civil, pudo evadir hábilmente sus contínuas pesquisas, sin que la vindicta pública quedara satisfecha.

Sin embargo, la justicia ultrajada reclamaba el justo desagravio y el fallo inexorable de esta, condenaron al Meigide en rebeldía, á la pena de muerte en garrote.

Está sentencia debió exacerbar mas y mas los crueles instintos de aquel hombre.

Desde entonces se lanzó en el espantoso camino de todos los crímenes, y ya no tuvo freno aquel corazon depravado.

Sus robos eran contínuos y sus excesos y delitos contra los inermes vecinos de las aldeas ó concejos se multiplicaban dolorosamente.

Infeliz del aldeano que se atreviera á dar la menor noticia de sus frecuentes visitas domiciliarias á las autoridades ó GUARDIA CIVIL.

Infeliz del que sabiendo que la *Guardia* le buscaba no le diese el oportuno aviso para salvarse.

A la amenaza seguia el hecho, y la casa del honrado y laborioso labrador ardia en union con los pajares y cámaras donde tal vez encerraba el fruto de sus sudores, la subsistencia de sus hijos y el producto del trabajo, ó las economías de muchos años de privaciones ó fatigas.

El mismo camino á la capital habia servido tambien de teatro á sus latrocinios y atropellos. Los habitantes de las cercanías, no se atrevian á pasarlo, temiendo encontrarse con el vandálico huesped que las tenia asoladas.

Preciso era acabar de una vez con este ángel esterminador, que unas veces con el puñal, y otras con el fuego dejaba en pos de sí un rastro de desolacion, de lágrimas y de luto.

Era preciso esterminar de una vez aquella fiera.



Era un deber, hasta de humanidad, libertar á los pueblos de aquel azote terrible.

¿A quién estará reservado el llevar á cabo tan feliz proyecto? Para honra de la institucion y para la satisfaccion de algunos de sus individuos, estaba reservado á la GUARDIA CIVIL.

III.

El primero de agosto de 1851 fué destinado por sus dignos gefes, al puesto de Carballo, el cabo segundo Joaquin Carril, (1) del cual se hizo cargo el mismo dia.

Sabedor por ciertos documentos de los malhechores y criminales que vagaban en su distrito, no pudo menos de llamarle la atencion el José Meigide, que habia burlado durante tanto tiempo las incesantes pesquisas de sus compañeros de armas.

Resuelto á llevar á cabo una empresa tan hábil como difícil, pensó en los medios de realizar su pensamiento de manera que tuviese un éxito mas inmediato y feliz.

El cabo Carril comprendió que no es siempre la fuerza la que vence.

Sabia que la prudencia, la discrecion, la sagacidad y el tacto son muchas veces armas mas poderosas: así es que no se dejó llevar de un deseo inmoderado, porque esto precisamente destruia sus planes fundados en una oportuna y sagaz indiferencia que disfrazaba sus proyectos.

---

(1) Hoy sargento 2.°, comandante del puesto de Ortigeira en la misma provincia.

Con este fin, y para no dar lugar á inspirar nuevas sospechas al siempre vigilante y vigilado criminal, prohibió á sus compañeros hacer ninguna clase de preguntas ó indagaciones acerca del paradero de Meigide.

Carril, lejos de desperdiciar el tiempo en esta aparente actitud pasiva, no descansaba un momento por dar cima á su propósito.

Pasaron los meses de Agosto y Setiembre que á Carril parecieron siglos; pero siempre prudente, siempre cauto, no creia todavía llegada la hora de realizar sus esperanzas.

Llevó su precaucion hasta el punto de prohibir á sus compañeros que fuesen al pueblo de Soandres.

Mientras tanto se granjeaba las simpatías de uno de los vecinos, que algun dia lo habia sido tambien de Meigide.

Aun á costa de sus ahorros Carril procuraba estrechar mas y mas los lazos de aquella amistad, de la que él esperaba con fundamento resultados satisfactorios. Su paciencia y habilidad le hicieron por fin dueño de la voluntad de aquel hombre.

Veia próxima la realizacion de sus planes, y sin duda alguna no se engañaba. El dia 8 de Octubre Carril fué á verse con su amigo de Soandres.

—Amigo mio, dijo éste, voy á cumplir mi palabra. Habia ofrecido dar á usted una noticia.

—¿Cuál es? esclamó Carril, no pudiendo contener su natural impaciencia.

—Mañana puede usted cazar á ese diablo de Meigide, replicó el de Soandres con esa indiferencia propia del campesino.



—¿Cómo? preguntó Carril.

—De una manera muy sencilla, respondió su confidente. Mañana viene á ver á su madre y se hospedará en su casa : nosotros podemos reunirnos á la izquierda de la carretera, y cuando creamos que está dentro, usted y sus compañeros tomarán la determinacion que mas les cuadre. Yo he cumplido mi compromiso, y de ahí no paso.

—Pero de fijo viene mañana, preguntó Carril.

—No tengo la menor duda; mañana viene por la noche y va en casa de su madre, usted lo verá.

—Corriente, respondió el cabo, ¿á que hora nos reunimos?

—A las diez de la noche.

—¿En dónde?

—Ya lo he dicho; á la izquierda de la carretera, saliendo del pueblo.

—Pues entonces hasta mañana, dijo Carril tendiendo amistosamente la mano á su interlocutor.

—Hasta mañana repitió este levantándose de su asiento.

Carril dió dos pasos hácia la puerta.

—¡Ah! se me olvidaba, dijo el de Soandres deteniéndole.

—¿Qué? preguntó Carril.

—Que Meigide tiene una perra.....

Carril miró con asombro á su servicial amigo, sospechándose se burlaba.

—Y bien ¿eso que tiene de estraño?

—Tiene mucho respondió el honrado campesino. Esa perra no es como otra cualquiera; conoce á los Guardias, los olfatea, y se lo comunica á su amo por medio de un ahullido especial. Es una perra estraordinaria.

—¡Diantre, diantre! esclamó el cabo, ese es un enemigo inesperado. Lo tendré en cuenta.

—Con todo, no por eso dejaremos de estar en el sitio convenido, pero buena es esta advertencia, por lo que pueda ocurrir.

—Así lo creo, contestó Carril. Hasta mañana, amigo; tome usted esa peseta, para que refresque esta noche.

El campesino no se hizo rogar. Tomó la peseta que le alargaba el cabo, y le siguió con los ojos hasta que le perdió de vista.

IV.

Era la noche del 9 de Octubre de 1851.

La luna velada por ligeras nubecillas, iluminaba el espacio y la deliciosa campiña que tanto embellece las pequeñas aldeas de Galicia.

El pueblo de Soandres dormia tranquilo y sosegado.

Un silencio solemne reinaba en aquellos sitios, y solo el blando viento que soplaba le interrumpia con su agradable murmullo.

Solo cuatro hombres velaban en las inmediaciones de aquel pueblo, mientras sus habitantes descansaban de las fatigas del dia,

Aquellos cuatro hombres eran el cabo Carril acompañado de los Guardias segundos Mariano Pallas y Mariano Vergara, y el vecino de Soandres, que fiel á su palabra, habia acudido al sitio designado.

—Todavía no es tiempo decia este, aun no ha venido á su casa, es necesario tener paciencia. Ya no tardará.

—Esperaremos, dijo Carril, si viene solo, pronto nos

hacemos dueños de él. Mientras tanto podremos ocupar los sitios mas importantes.

—Le digo á usted que no es tiempo. Si se toman esas medidas antes de que él esté dentro de la casa, es fácil que nosotros seamos los sorprendidos, dijo el de Soandres.

—Es verdad, replicó Vergara, todavia no podemos movernos. Eran las diez. Carril cruzó los brazos, sobre el cañon de su fusil, tomando la actitud del hombre resuelto á esperar. Pallas recostado sobre un árbol, dirigia sus miradas cautelosamente al rededor como si quisiera atravesar con ellas la oscuridad de la noche. Vergara apuraba tranquilamente el último tercio de su cigarro.

—Yo, dijo el de Soandres, voy á dar una vuelta, vendré pronto y tal vez con buenas noticias. Estoy cansado de estar aquí, y puede que descubra algo á mi paso.

Los tres Guardias se quedaron solos.

Eran las doce.

Hacia ya dos horas que aquel hombre se habia marchado y aun no habia vuelto. Carril principió á sospechar de esta tardanza.

Resuelto á salir de la duda apoyó el fusil sobre un árbol, y se quitó la cartera y la capota que le estorbaban.

Pallas y Vergara hicieron lo mismo.

En este momento Carril alargó la mano para tomar un fusil, mas un perro saltando por encima de las capotas tropezó en la culata y lo dejó caer en tierra.

Carril pronunció una esclamacion: aquel perro se le figuró ser el de Meigide que llevaba á su amo el aviso de estar alerta.

No habia tiempo que perder.

Los tres Guardias echaron á andar. A los pocos pasos divisaron al de Soandres que volvia.

—Ya está ahi, fueron sus primeras palabras.

—Lo sabiamos, contestó Carril.

—¿Cómo? preguntó el campesino.

—Porque un perro blanco, con manchas negras, ha pasado junto á nosotros, y corria á escape hácia el pueblo. Me he figurado que seria el de Meigide.

—El mismo, el mismo. Su amo acaba de entrar ahora en casa de su madre.

Los Guardias no deseaban oir otra cosa.

Carril distribuyó su pequeña fuerza con admirable prevencion. Pallas se colocó en una ventana, Vergara fué destinado á custodiar una puerta, y Carril se encargó de cortar la retirada por la parte posterior de la casa, que daba al campo.

Pasaron algunos minutos de un silencio sepulcral.

Carril aplicó el oido al hueco de una cerradura de la puerta que custodiaba.

No bien habia tomado aquel tal actitud, cuando se oyó el penetrante aullido de un perro, que con un instinto admirable reconoció al Guardia, y hasta parecia que adivinaba su intencion.

En el momento en que el Guardia empujaba la puerta queriéndole abrir paso, aquella se abrió de par en par, y apareció sobre sus umbrales, un hombre pistola y daga en mano, en actitud amenazadora.

Carril, rápido como el relámpago, no le dió lugar á hacer el menor movimiento, y le derribó en tierra.

Los que se encontraban dentro de la casa, al oir el ruido apagaron las luces y la mas profunda oscuridad

ocultó á los combatientes por espacio de algunos minutos.

Carril sujetaba á su prisionero que en vano forcejeaba por escapar. En esta lucha observó que por la inmediata ventana un hombre queria descolgarse. Carril, sereno y con un valor á toda prueba le hizo retroceder, y á pesar de la lucha que sostenia con su primer enemigo cuerpo á cuerpo, aun tuvo bastante agilidad para apuntar con su fusil al que pensaba burlar su vigilancia, escapando á su persecucion.

Tambien Pallas y Vergara le detuvieron, y le hicieron retroceder desde sus respectivos sitios, pues la intencion de este hombre, hermano del criminal, no era otra que distraer á los Guardias, para que el prisionero se escapase.

Afortunadamente no pudo conseguir su objeto.

Carril llamó á sus compañeros, encendieron luces y aprehendieron cuatro hombres que se hallaban en la casa.

Al momento se dispuso que el pedáneo y celador del pueblo viniesen á reconocer á los prisioneros.

Carril les pregnntó cuál era el José; pero ninguno de ellos se atrevió á decir la verdad, y únicamente contestaron que hacia tres años que nada sabian de Meigide, ni habian vuelto á verle.

Los Guardias se miraron con asombro.

Carril buscó á la madre, y la hizo comparecer ante la presencia de su hijo, pero esta le negó.

Tambien el Meigide se negó á sí mismo,

Carril entonces mandó á llamar á su amigo de Soandres que tambien le habia servido para llevar á cabo su empresa. Este hombre se atrevió al fin á declarar que era Meigide, aunque lleno de temor y sobresalto.

Los guardias se pusieron en camino con sus presos. Habian libertado al pueblo de aquel azote.

Sus vecinos podian ya vivir tranquilos. El criminal dormiria ya en adelante en un estrecho calabozo.

V.

Al siguiente dia 10 de Octubre los beneméritos Guardias entregaban al Sr. Juez de primera instancia de Carballo al José Meigide. Fué sentenciado á cadena perpetua, porque uno de los testigos que declararon en la primera causa de su primer delito habia muerto.

Esta circunstancia le libertó de subir al patíbulo.

El hermano de Meigide tuvo aun esperanzas de libertar á su hermano, y quiso sobornar á Carril que recogió la cantidad que con este objeto se le ofreció, y se la entregó al Juez.

Este queriendo premiar la noble y pundonorosa conducta de Carril, puso en conocimiento del Exmo. señor duque de Ahumada tan notable captura, el cual dió las gracias á Carril, así como sus demas superiores, que le consideraban como á uno de los individuos mas prudentes y valerosos del Cuerpo.

VALOR Y ABNEGACION.

I.

Hay hechos, que aun cuando son verdaderamente notables y tienen la misma ó mayor importancia que otros, sin embargo, parecen mas insignificantes porque carecen de los detalles dramáticos que adornan ó desenvuelven la accion de aquellos.

El hecho que nos ocupa ahora es de esos que se describen de una sola plumada.

Salvar la vida de un hombre que está próximo á perecer arrastrado por la corriente de las aguas, no tiene mas que un episodio, y este lo hemos indicado ya.

¿Qué nos resta, pues, que decir?

¿Los nombres del náufrago y de su salvador?

¿No hay ningun accidente, ningun detalle que dé cierto interés dramático á la narracion de este suceso?

¿Nada puede ocurrirse al escritor acerca de la situacion del hombre que lucha con las angustiosas ánsias de la muerte, envuelto por las aguas, y la del hombre que presencia en tierra todos los movimientos de la víctima; que quiere salvarla excitado por un impulso de caridad, mientras que la prudencia le hace ver los peligros que ha de arrostrar para conseguir su benéfico objeto?

En esa lucha del sentimiento de la caridad con la idea de la propia conservacion, lucha instantánea y que se decide en un momento, ¿no encontraremos nada de lo terrible del drama, que interese á nuestros lectores?

¿Qué duda cabe?

Pues qué, ¿no se ha visto algunas veces trocarse la negra cabellera de una hermosa jóven ó de un hombre animoso, en blancas canas, en cuatro ó cinco horas de una noche, durante las cuales han apurado de un solo trago, la copa del pesar mas amargo y profundo?

Las sensaciones no pueden medirse por el tiempo, sino por la impresion que causan en nuestra alma.

Reanudemos, pues, el hilo de nuestra historia.

II.

El general D. Bartolomé Gayman habia estado unos dias en la línea de San Roque, revistando las fuerzas de la Guardia Civil, que se hallaban acantonadas en aquella plaza.

¿Terminada su comision, salió el dia 24 de Junio de 1857 de la ciudad indicada en direccion del pueblo de los Barrios, acompañado del teniente coronel comandante

del cuerpo en la provincia, D. Pedro Anca y Manjon, de D. Vicente Izquierdo, secretario de S. E., del alferez jefe de dicha línea, D. Dionisio Menendez y Suarez que habia salido á despedir á su general, y de un cabo y dos guardias que acompañaban á éste durante la espedicion.

No habrian andado una legua, cuando llegaron á las orillas del rio Guadarranque, que á causa de la creciente de la marea, llevaba mas agua que de ordinario.

El bagajero que caminaba delante, y como á unos cien pasos, muy conocedor del vado, lo pasó sin riesgo alguno, á vista del general y su comitiva.

No bien llegaron al rio, el general espoleó su caballo y entró el primero en el agua, pero separándose un poco á la izquierda de la línea que determinaba el paso vadeable, perdió pié el caballo y empezó á nadar.

Sorprendido el general por este suceso, no tuvo tiempo para afianzarse bien, y cayó al agua.

Uu instante despues el caballo se salvaba nadando, mientras que el ginete, yéndose á fondo, esperaba una muerte segura.

Ante un espectáculo tan horroroso, la comitiva quedó sobrecogida de espanto, y lanzó un grito de admiracion.

El general Gayman iba á perecer irremisiblemente, si no se presentaba allí un hombre, que uniendo el valor á la destreza, se atreviese á dar la mano al hombre que luchaba en el fondo del rio, con las ánsias de la muerte.

Hubo un instante de terrible lucha entre los espectadores.

Todos hubieran querido arrojarse al agua para salvar á su general; pero no creyéndose con la agilidad necesa-

ria, los que sabian nadar, ó ignorando otros el arte, ninguno se atrevia á lanzarse al rio en busca de la víctima.

¿Perecerá el general?

¿No habrá socorro humano posible?

No desespereis.

Su salvacion está escrita en el libro del destino.

III.

La angustia y la ansiedad de los circunstantes era indescriptible.

En este momento aparece el general á flor de agua, con todas las señales de las convulsiones que preceden á una muerte próxima.

Al verle, un nuevo y sordo grito exhala la comitiva.

Si hay alguno que quiera salvarle, no tiene que perder un minuto.

Así lo comprende el alferez D. Dionisio Menendez (1) y sin cuidarse de sí mismo, se arroja al rio.

Un grito de admiracion resonó entonces, y un rayo de esperanza brilló en los ojos de los espectadores.

El alferez Menendez nada con presteza; llega á donde estaba su general; le tiende una mano, y el moribundo se ase á ella con una fuerza irresistible.

A tan brusco y forzudo empuje, general y alferez se sumergen un poco en el agua, y la comitiva se cubre instintivamente sus ojos para no presenciar la agonía de dos desgraciados.

---

(1) Hoy teniente del tercer tercio, jefe de la línea de San Feliú de Llobregat.

Pero no, no perecerán.

Menendez hace un esfuerzo sobrehumano y consigue volver á la superficie, y remolcar á su general.

Sin embargo, tiene que emplear no solo su valor para salir de tan gravísimo apuro, sino tambien de su inteligencia y su destreza.

Las botas de montar le sirven de un obstáculo casi insuperable, porque le impiden el movimiento, pero aun así y todo triunfa de aquellos obstáculos, y logra por fin llegar con su náufrago á la orilla.

Todos los de la comitiva salen inmediatamente al encuentro: sacan á tierra al general Gayman, y salta tras él el bravo alferez Menendez, el que lejos de cuidar de sí mismo, se ocupa con los otros en prestar los oportunos auxilios al que acababa de salvar de una muerte segura.

IV.

Colocado el general á la sombra de un árbol y tendido sobre la yerba, volvió en sí al cabo de unos cuantos minutos.

Repuesto ya, y en actitud de mover sus miembros, le despojaron de sus vestidos y le pusieron otros, para preservarle de la humedad.

Pasada una hora ya se encontró con fuerzas para emprender el camino, y significó sus deseos á su comitiva.

Llamó entonces al Alférez Menendez, y estrechando su mano con efusion, dió con ardiente entusiasmo las gracias mas sinceras al que con un valor inaudito le habia salvado la vida con exposicion de la suya propia, y le colmó de elogios ante los que le acompañaban.

Dió la órden de montar á caballo y emprender de nuevo la interrumpida marcha; pero al ver que el Alférez seguia con el mismo traje, le mandó retirar á su puesto.

Obedeció el Alférez Menendez, y volvió atrás.

Para librarse de los ardores del sol de Junio y en un país como la Andalucía, espoleó su caballo; pero no pudo conseguir su objeto, y cuando llegó á su casa el vestido que llevaba se habia secado sobre su cuerpo.

Aquel baño y aquella insolacion le postraron en cama al dia siguiente, acometiéndole una fuerte calentura, la cual degeneró en reumatismo, que no le dejó levantar del lecho hasta primeros de Julio.

Hechos como este no necesitan mas comentarios.

El Alférez Menendez se dirá que cumplió con un deber; pero hay ocasiones en que la accion escede á lo que en cumplimiento de aquel se exige del hombre.

Cuando esto sucede, entonces el individuo goza de dos satisfacciones.

Una; la de haber cumplido con su deber.

Otra la de haber consumado una accion heróica, que recordará siempre con gozo su corazon, gritándole: «Está satisfecho de sí mismo.»

UNA ACCION GENEROSA.

I.

La caridad es el sentimiento mas bello del corazon humano; es la flor mas delicada del alma. Hija predilecta de nuestra religion, es tan dulce y tan sublime como su divina madre.

Esa caridad siempre modesta, sin lujo, sin ostentacion, sin aparato, impulsa á los seres generosos á visitar la infeliz bohardilla, donde quizás espire por falta de abrigo y de alimento una criatura humana.

Esa caridad es la que presta un consuelo á la pobre viuda que cargada de hijos no tenia pan con que alimentarlos.

Esa caridad es la que ofrece al desfallecido viajero el descanso que la inclemencia del cielo le niega; y esa caridad, es en fin, un sentimiento que Dios bendice desde lo alto de los cielos.

La institucion de la Guardia Civil tiene ricos florones de este género con que esclarecer las brillantes páginas de su historia. Pronta siempre á presentar su pecho á las balas de un criminal que emboscadamente la ataca; pronta á sacrificar su vida por la tranquilidad y reposo de la de los demas, abriga tambien en su pecho los mas bellos sentimientos de compasion y fraternidad.

¡Extraño contraste!

El hombre acostumbrado á las fatigas de un servicio penoso y rudo, parece que no debia acariciar en su corazon las afecciones mas tiernas y delicadas.

Parece que sòlo los sentimientos impetuosos debieran agitar su seno, y sin embargo ahora vamos á narrar un hecho que prueba que tambien nacen en él otros mas dulces y apacibles.

II.

A las ocho de la mañana del dia 27 de Noviembre de 1857, se oyó una detonacion cerca del puesto que la Guardia Civil ocupa en la villa de Medina de Pomar.

Tres Guardias segundos habia á la sazon en él; uno llamado Ildefonso Vallejo, otro que al siguiente año por un honroso hecho fué ascendido á primero, y que se llamaba Pedro Rincon Herraez (1) y por último Florentin Espósito que estaba enfermo en cama.

En el instante que oyeron el estampido los dos primeros salieron á la carretera con el fin de averiguar qué pasaba ó si era necesario su auxilio.

(1) Hoy Cabo 2.° comandante del puesto de Quintanilla de Sobresierra.



El camino estaba desierto; nada se veia, nada se escuchaba que pudiera servirlos de norte. Sin embargo era preciso averiguar el suceso.

Los Guardias echaron á andar á la ventura, sin saber si tomarian el camino contrario del que debian seguir, pero en la imposibilidad de visitar simultáneamente todos aquellos alrededores, eligieron el que les parecia mas oportuno.

Siguieron el camino recto; ya llevaban andado cerca de un kilómetro, y nada distinguian; reinaba el silencio mas profundo.

—Por estos sitios no debe haber ocurrido nada, dijo, un Guardia al otro.

—Así parece; le replicó el compañero. Sin embargo, hagamos alto y observemos.

Y los Guardias se detuvieron como para deliberar si deberian tomar otra resolucion.

Ya se disponian á volverse cuando oyeron el eco de un gemido casi imperceptible.

—¿Oyes? dijo un Guardia á su compañero.

—Sí; contestó el interrogado y añadió: sigamos por la carretera adelante y acaso descubramos la persona que ha exalado ese gemido.

—Debe haber ocurrido alguna cosa.

—Indudablemente.

En este instante volvieron á oir, pero de un modo claro y distinto un grito lastimero, como en demanda de socorro. Volvieron precipitadamente un recodo del camino y divisaron algo distantes todavía dos personas en el suelo que imploraban auxilio.

Los Guardias se acercaron corriendo y cuando llega-

ron al sitio, se ofreció á sus ojos un cuadro doloroso y desgarrador.

III.

La escena era verdaderamente triste y desconsoladora.

Un hombre tendido en tierra desangrándose por momentos y desmayado por la fuerza del dolor y la pérdida de sangre, parecia no dar señales de vida.

A su lado estaba arrodillada una joven como de diez y seis años de edad, transida de dolor, vertiendo un mar de lágrimas, y procurando, aunque inútilmente, contener, con los girones que arrancaba de sus vestidos, la sangre que saltaba en gruesos borbotones de una herida que se causara en el pié aquel desgraciado.

Los Guardias Rincon y Vallejo ayudaron á la pobre jóven á llevar á cabo tan delicada y dificil operacion.

Uno de ellos fué por agua, rociaron la frente del herido y le colocaron sentado recostando las espaldas sobre una de las vertientes del camino.

Entonces aquel infeliz abrió lentamente los ojos velados hasta entonces como por el sueño de la muerte, y dirigió una mirada triste y dolorosa á una escopeta tirada en el suelo á un paso de él.

—Quién le ha causado esta herida buen amigo? preguntó Rincon.

—Ah! respondió el desdichado, nadie mas que mi amarga suerte, nadie mas que mi destino fatal.

Venia tranquilo y contento con mi hija, llevando esa escopeta colgada del hombro izquierdo y al llegar á esos

matorrales quiso mi mala estrella que la correa se enganchase en uno de esos arbustos. Yo tiré, la hebilla se rompió y la escopeta cayó al suelo, hiriéndome en el pié.

Rincon miró con profunda compasion al infortunado viagero, que hizó un esfuerzo por levantarse, pero la herida era muy grave y el infeliz se dejó caer en tierra con desfallecimiento.

Cuatro robustos brazos se apresuraron á sostenerle, y tomando todas las precauciones que su delicado estado reclamaban, le cargaron sobre sus hombros como una masa inerte sin movimiento y sin vida, y tomaron el camino del puesto de la guardia. La joven seguia llorando á su padre y á los nobles Guardias que llenos de enternecimiento la miraban con cariñosa compasion.

IV.

Llegaron por fin á la casa-cuartel.

Rincon y Vallejo no se cuidaron de su cansancio.

Mientras que el uno corria á llamar al facultativo, otro buscaba un peon para que fuera á buscar á la botica mas próxima el medicamento que aquel propinase al enfermo.

Entretanto el Guardia Florentin Espósito que estaba en cama se la cedia al herido y se levantaba para contribuir en lo posible á su cuidado.

¡Accion noble y digna del mayor aprecio!

Aquellos tres Guardias generosos, competian en abnegacion y en sentimientos caritativos en beneficio del desgraciado herido.

Este, por su parte, no sabia como demostrar el agradecimiento debido á tantas bondades y solicitud.

Era un tratante en telas natural de San Pedro del Romeral, pueblo de la provincia de Santander y se llamaba Lorenzo Escudero.

Aquel dia volvia de los Pinares de Soria, con direccion á su país donde pensaba pasar el invierno.

Caminaba acompañado de su hija alegre y satisfecho.

¡Quién habia de decirle que un suceso tan triste retardaria su regreso al seno de su familia!

Mas de doce dias estuvo siendo objeto, de los cuidados fraternales y cariñosos de los Guardias; que á porfía le dispensaban en las horas que les dejaba libres su penoso servicio.

La herida era de consideracion, pues el tiro le habia llevado todos los dedos del pié izquierdo, y se temia que sobreviniera la gangrena.

Por fin uno de los dias en que se sintió mas aliviado, se decidió á partir: los Guardias no lo creian prudente, pero él se obstinó, y aunque con trabajo se le pudo colocar en el colchon de un carro que habia de conducirle á su pueblo.

Al despedirse, alargaba con trémula y agradecida mano una gratificacion crecida á los que tantos cuidados le habian prestado.

Los Guardias la rechazaron con ese severo y delicado desprendimiento, á que les tiene tan acostumbrados su deber.

Tenian bastante con la satisfacion de su conciencia.

¡Hermoso premio!

LA PLAYA DE CHIPIONA.

I.

Los puertos de mar son con frecuencia teatro de siniestros y desastres, desastres tanto mas horribles y espantosos, cuanto que en muchas ocasiones se ve el hombre en la imposibilidad, no solo de preveerlos, sino lo que es mas doloroso y triste, de remediarlos.

¡Cuántas veces no contemplamos desde la removida arena de la playa, hundirse en los insondables abismos de una mar embravecida, el rico cargamento del atrevido buque, que hace esfuerzos desesperados, luchando con las ondas para ganar el anhelado puerto de salvacion!

¡Cuántas veces no vemos al triste náufrago, estender con ansiedad sus brazos á la querida playa, y desaparecer para siempre arrastrado por la espumante ola que lo sepulta en el abismo!

¡Terrible cuadro!

Escoged las tintas mas negras y sombrías de la paleta del pintor; los conceptos mas espresivos, en lo terrible de la poesía, y no podreis pintar ese cuadro; no podreis describir con todos sus vivos colores el buque que se sumerge poco á poco á las violentas sacudidas del furioso vendaval; el hombre que lleno de vida y esperanzas se ve sorprendido y arrojado en un peligro inminente en los mismos instantes, en que respirando alegría su corazon, pensaba en el inmenso placer de abrazar á su familia querida.

No hay pincel que pinte la oscuridad del cielo, el fulgor de los relámpagos y de las centellas, el silbido del huracan, el bramido de las olas, y crugir del maderámen del desmantelado buque.

No hay pluma que describa las ilusiones encantadoras del enamorado amante; las esperanzas risueñas y deliciosas del padre que cuenta los momentos de estrechar contra su corazon á sus queridos hijos.

El naufragio es un conjunto de todo lo que hay de mas terrible conocido de la humanidad.

Aun presenciando ese horror sublime, no llega á comprenderlo el hombre bastantemente.

Ya veis, pues, lo que teneis delante de vuestros ojos.

Un naufragio.

Hombres y riquezas van á tragar las olas.

Los hombres, cuyas vidas peligran, tienden desde una débil tabla sus brazos suplicantes y con angustia inesplicable á sus hermanos, que los miran desde la playa.

¿No habrá ninguno tan valeroso que se arroje con denuedo, afrontando el peligro, á salvar las vidas de los infelices náufragos?

¿Quién lo duda?

Todos los dias estais oyendo ponderar la abnegacion de unos cuantos marinos, que lanzándose al mar en una débil barquilla, en medio de una deshecha borrasca, arrebatan á las olas su ya casi segura presa.

Pero hoy vamos á narraros un drama en el que toman parte, no ya aquellos que con su esperiencia y habilidad, salvan los peligros y vencen las dificultades, sino otros hombres que solo cuentan con una abnegacion y un valor dificil de describir.

Es verdad que esa es la mision de la Guardia Civil pero los individuos que á ella pertenecen, se han escedido muchas veces en beneficio de la humanidad en el cumplimiento de aquella, con aplauso de los hombres.

II.

En la provincia de Cádiz y á cinco leguas de la capital se halla situada la pequeña villa de Chipiona, en la costa del Occéano junto á la punta que lleva su nombre, á la misma desembocadura del rio Guadalquivir en el mar.

Era la noche del 15 de Noviembre de 1858.

El viento de Levante soplaba con fuerza y el mar levantaba con amenazadora furia sus embravecidas olas, que venian á estrellarse con estrépito contra las rocas.

Ni un grito, ni una voz interrumpia su espantoso rugido, y nadie creeria que en aquellos instantes hubiera séres que se atreviesen á desafiarlo.

Dieron las dos de la madrugada en el reloj del pueblo.

De pronto una lancha se acercó á la orilla y dos hom-

bres saltaron precipitadamente sobre la arena, y se internaron en el pueblo, que velado por una densa oscuridad presentaba un aspecto lúgubre y sombrio.

Un cuarto de hora despues, volvian acompañados de siete hombres, que apenas se distinguian, y que penosamente avanzaban hácia la playa.

Aquellos hombres eran los *Guardias* primeros Custodio Campos Bello, y Cárlos Rodriguez Martin y los segundos Tomás Pascual Diaz, José Azol Moreno, Francisco Humanes Amador y Manuel Santana Zapata (todos licenciados del Cuerpo en la actualidad) y á cuya cabeza venia el sargento segundo Juan Chamizo y Nieto. (1)

¿Cuál era el suceso importante, gravísimo, que reclamaba la presencia de estos *Guardias?*

¿Cuál la desgracia que reclamaba su auxilio, ó cuál el conflicto que trataba de conjurar?

Ya teneis ante vuestros ojos el cuadro terrible del naufragio.

III.

Todo aquel dia habia reinado un fuerte temporal y los buques sin poder aproximarse al puerto, esperaban á algunas millas de la playa el instante oportuno de ponerse á su salvador abrigo.

El capitan de una goleta francesa creyó llegado el momento apetecido y viendo que el peligro crecia de minuto en minuto, dió sus órdenes; la tripulacion se colocó en sus puestos, se tomaron las precauciones que el arte y

(1) Hoy comandante del puesto de Sanlúcar de Barrameda.

la prudencia aconsejaban y el buque principió á virar á la izquierda, para encaminarse en derechura al puerto.

La marcha era penosa, la noche oscura y el peligro grande.

No habian pasado diez minutos, cuando un grito de pavor resonó á bordo; la goleta sufrió un terrible sacudimiento, quedó inmovil de repente, crugieron sus maderas con estrépito.

El buque habia encallado en la ensenada de la Peña del Santo y la tripulacion se precipitaba desolada sobre el puente de la embarcacion.

—¡A las lanchas, á las lanchas!

Este fué el grito de los atribulados navegantes, en cuyos corazones reinaba la angustia y el pavor.

Pero la única lancha que remolcaba la goleta no podia conducir á todos los pasajeros, siendo por otra parte el único medio que tenia el capitan en aquellos instantes para pedir auxilio.

El capitan llamó al piloto y le dió secretamente una órden.

Dos minutos despues, dos marineros saltaban sobre la lancha, al mismo tiempo que hombres y mujeres en revuelta confusion se agolpaban al filarete para tirar del cable y aproximar aquella lancha en la cual cifraban su salvacion.

Un nuevo grito de espanto y de dolor resonó en el puente del buque.

El cable estaba cortado y la lancha habia desaparecido.

—La lancha! la lancha! exclamaron rodeando tumultuosamente al capitan.

—Han ido en ella á pedir auxilio—respondió este con acento sereno é impertubable ante el peligro.

Los dos hombres que vimos entrar en Chipiona, eran los dos marineros que venian á pedir auxilio, y que se presentaron despues en la playa acompañados de los *Guardias*.

No habia tiempo que perder.

Se aprestaron dos barcas de pescadores, se dió aviso para que salieran las de sanidad y refugio, y los mismos Guardias dieron el valeroso ejemplo de saltar los primeros sobre la lancha de la goleta francesa, que se lanzó á las olas en direccion á la ensenada de la Peña del Santo.

IV.

Los instantes eran supremos.

Los Guardias con un valor y una actividad incansable, y á costa de poderosos esfuerzos llegan por fin al sitio del siniestro á tiempo aun de poder salvar la vida á aquellos infortunados navegantes.

La tripulacion agolpada sobre el puente, aterrada y temblando, con el dolor en el alma y la angustia en el corazon, tendió sus brazos suplicantes á los valientes Guardias que ayudados de los marinos, trasladaban de la goleta á las lanchas á los desventurados náufragos.

Las órdenes del sargento Chamizo eran ejecutadas con toda precision y exactitud.

Las lanchas parte llenas de pasageros en cuyos corazones renace la esperanza de respirar libres del peligro sobre las arenas de la bienhechora playa.

En los infelices que quedan aun sobre la cubierta del buque náufrago crece el espanto y el terror.

La goleta hacia mucha agua y las bombas trabajando sin descanso, no bastaban á vaciar el casco del buque que iba sumergiéndose lentamente.

Los efectos mas preciosos, la fortuna entera de alguna de aquellas aterradas familias iba á desaparecer para siempre: mas ¿qué importaban los bienes si salvaban la vida?

Pero los Guardias lo habian previsto todo.

Despues de poner á los tripulantes en tierra volvieron á la goleta y aun pudieron recoger la parte mas rica del cargamento, que fué entregada al instante á sus respectivos dueños, los que miraban entre agradecidos y asombrados á aquellos Guardias y marinos infatigables que no solo les habian salvado sus vidas sino tambien sus fortunas.

Toda la tripulacion agradecida les tendia sus brazos y les daba las gracias con las vivas señales de un profundo agradecimiento.

Los Guardias rendidos, de fatiga, apenas podian sostenerse sobre sus piés, y los náufragos les invitaban al descanso.

Pero desgraciadamente otro siniestro no menos terrible reclamaba su auxilio.

Aquella era una noche de zozobra y de angustia para muchos seres, y por lo tanto no podia serlo de reposo para los Guardias.

Otro buque holandés habia naufragado junto al convento de Nuestra Señora de Regla.

El aviso llegaba en el momento en que los Guardias habian cumplido tan heróicamente con su mision, y el sargento Chamizo no vaciló un momento en correr á prestarlo.

Dejó á los Guardias Campos Bello y Rodriguez Martin custodiando los efectos de la primera embarcacion, y marchó donde le llamaba su deber.

V.

El buque holandés habia tenido la misma infausta suerte que la goleta francesa.

Un banco de arena, que á no cubrirlo las aguas del mar, lo hubiera ocultado con sus sombras la lóbrega oscuridad de aquella noche terrible habia sido tambien la causa del nuevo naufragio.

Pero el espectáculo que presentaba al llegar á bordo los Guardias, no era tan desgarrador como el que hacia poco acababan de presenciar.

Un momento antes de su llegada, la tripulacion se habia salvado milagrosamente, pero quedaban en el buque cuantiosos intereses que salvar, que abandonados por los atribulados pasageros, hubieran desaparecido muy luego, y para siempre sin el eficaz auxilio de los Guardias.

Ellos presenciaron y dirigieron la operacion del trasbordo; tarea pesada y peligrosa, pero indispensable.

La noche seguia oscura, lóbrega y tempestuosa. El buque encallado gemia á cada golpe de las olas, como si toda su armadura estuviera á punto de estallar y el agua saltaba sobre el puente de la embarcacion, donde los Guardias ayudaban á trasladar los pesados fardos que el buque trasportaba.

A las seis de la mañana estaba salvada la parte mas preciosa del cargamento.

Chamizo y sus compañeros, empapados en agua sus

vestidos, llenos, fatigados y muertos de cansancio, no querian abandonar el buque hasta que terminara la maniobra, que gracias á su celo, á su actividad y á su auxilio se habia llevado á efecto con tan brillantes resultados.

Pero las desgracias ó contratiempos marítimos de aquella noche de triste recuerdo, eran infinitos, y Chamizo escuchó con dolor la fatal noticia de un tercer naufragio ocurrido en la Cuba de Chipiona.

¿Cómo extender á todas partes sus brazos?

¿Cómo prestar su auxilio simultáneamente en tres diferentes sitios.

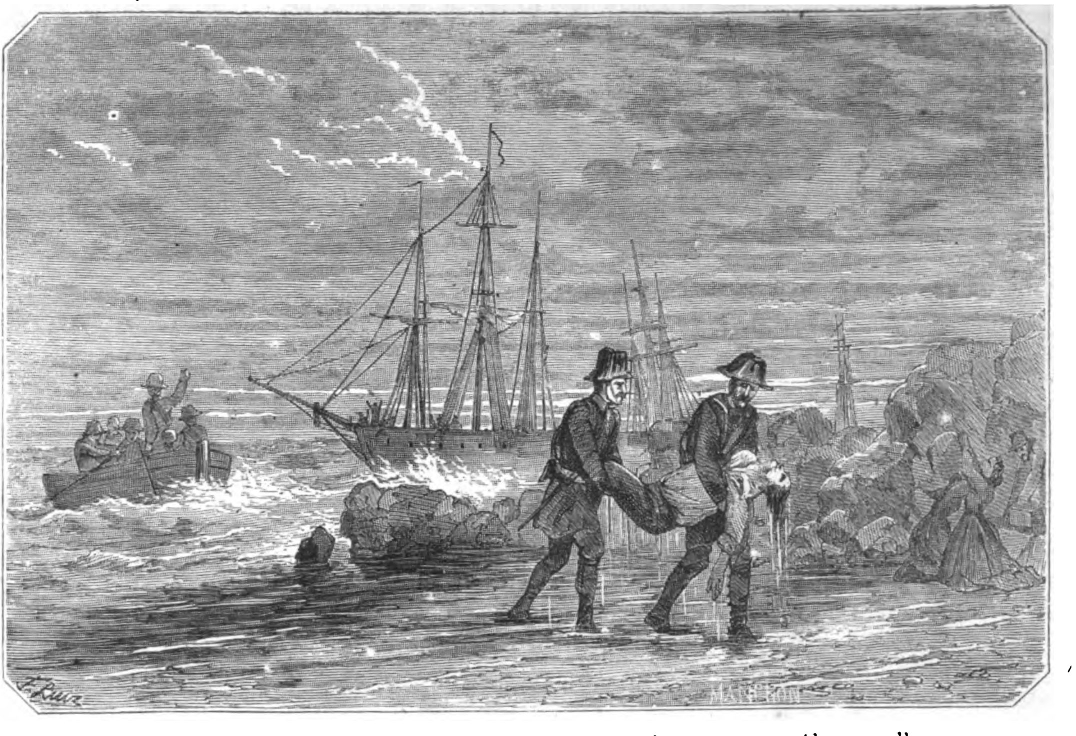
En tan apurado trance Chamizo no dió muestras de apocamiento; por el contrario como el experto general que suple el gran número de soldados con la sabiduría y acierto de sus disposiciones reparte el escaso número de los que puede disponer, y mandó á los Guardias Diaz y Azol Moreno, que se quedasen vigilando hasta la última maniobra el buque holandés, y partió acompañado de Amador y Santana.

Aquellos hombres se dividian materialmente, pero al mismo tiempo se multiplicaban por los eficaces y prontos socorros que prestaban.

VI.

Este tercer naufragio habia tenido consecuencias mas funestas que los dos anteriores.

La tripulacion, ciega de espanto y de horror, obedeciendo á un sentimiento imprudente y á la vana esperanza de una salvacion imaginaria, precipitóse sobre las lanchas, que incapaces por desgracia de contener tan



Las olas despedian algunos cadaveres, que eran piadosamente recogidos por ellos.

gran número de personas, los mismos que en tropel descendian á ellos las vuelcan, y la mayor parte de aquellos infelices van á encontrar su sepulcro en medio de las olas.

Oiase el gemido lastimero del que daba su último adios al mundo, y las aguas recogian el último ¡ay! del que se despedia para siempre de la vida.

La salvacion de estos desdichados era imposible.

Temerario habria sido aquel que dejándose llevar de un sentimiento sublime, se hubiera arrojado al mar para arrancarle á sus ondas al que iban á sepultar en sus abismos.

Chamizo, sus compañeros y los hombres de mar así lo comprendieron, y escuchaban con horror aquellos ayes desgarradores que atravesaban sus corazones.

Aquellos gritos se apagaron para siempre.

El cargamento del buque no podia salvarse en el momento porque faltaban lanchas y brazos que pudieran trasportarlo á la playa.

Amaneció por fin el dia 16, y ya entonces se aumentaron los recursos de salvamento, si bien eran tardíos y no podia remediarse con ello todo el siniestro.

Entonces se pudieron ver con claridad los tres buques inmóviles sobre las aguas.

Sus respectivos cargamentos iban depositándose en la playa, donde los siete Guardias ejercian el celo mas exquisito por su conservacion.

Las olas despedian algunos cadáveres que eran piadosamente recogidos por ellos.

¡Triste pero cristiana mision!

Los vecinos de los pueblos inmediatos acudian á Chipiona, á presenciar tan doloroso espectáculo.

Ocho dias consecutivos invirtieron los Guardias en este importante servicio, durante los cuales tuvieron que sufrir la inclemencia de la estacion.

En este tiempo, é impulsado por la necesidad, Chamizo ofició al puesto de la Guardia de Rota para que le enviaran nuevas fuerzas, con el fin de custodiar mas eficazmente los innumerables efectos que estaban sobre la playa.

El comandante de Marina del Canton le habia encargado su guarda, y tanto él como sus compañeros cumplieron con sus deberes con una honradez digna de los mayores elogios.

UN INCENDIO.

I.

Hay conflictos que infunden una verdadera consternacion en una familia, que siembran el pavor, la desolacion y la muerte.

Uno de estos es el incendio.

En tales casos la alarma cunde, nace la confusion mas espantosa, y los peligros se multiplican.

El débil huye, el cobarde tiembla, el malvado se aprovecha de tan aflictiva situacion, y cada cual se conduce segun el sentimiento que le domina, pero casi todos se olvidan en aquellos supremos instantes de la salvacion de la hacienda y aun de la vida de una familia.

Por el contrario, el hombre generoso, valiente é intrépido se crece ante el peligro, adquiere una fuerza sobrenatural, prodigiosa, incomprensible.

No hay obstáculo que no salve; dificultad que no venza; peligro que contenga sus generosos impulsos.

Allí donde el hombre vende mas cara su vida en favor de la humanidad, allí es donde acude con mas pres-

teza, el valeroso y caritativo; allí es donde demuestra todo el inmenso poder de esa inteligencia que emana de la divinidad; allí es donde, en fin, recoge el verdadero laurel de entre los peligros que amenazan su vida, y cuyo sacrificio no paga el mundo con la gratitud que debiera, pero que Dios recompensa con su bendicion santa.

Vamos á narrar uno de esos actos de heroismo que hacen por sí solos la apología de un hombre, que le cubren de gloria, y que le hacen ser objeto de admiracion, de respeto y de gratitud.

II.

El dia 23 de Junio de 1858, ardia una casa en una de las calles de la villa de Medina de Pomar. La família se habia salvado milagrosamente, y el edificio se convirtió en breves instantes en una inmensa hoguera, que amenazaba con sus llamas devorar á los contiguos.

Las maderas crugian; las tejas saltaban calcinadas, y negros paredones caian al suelo con un terrible estrépito, cubriéndolo de chispas y de fragmentos encendidos.

Negras y espesas columnas de humo subian en espirales y se perdian en la atmósfera, que cada vez se hacia mas rara y sofocante, dificultando de momento en momento los esfuerzos de los que trataban de dominar el incendio.

Los vecinos del pueblo miraban sobrecogidos aquel triste espectáculo, y los obreros abandonaban con desaliento las herramientas. Las llamas entre tanto, crecian y circundaban el edificio. En sus ruinas iba á quedar sepultado el patrimonio, y con él el bienestar.

Media hora despues nada hubiera quedado de aquella casa mas que escombros y cenizas.

El fuego se propagaba con una lijereza espantosa.

El pueblo en masa contemplaba aquel terrible cuadro, lleno de zozobra y sin tomar una resolucion que la necesidad hacia urgente é imprescindible.

En este instante llega un hombre, se abre paso por entre medio de los grupos, avanza hácia el sitio del siniestro, se apodera de la escala que un obrero tiene en la mano, y dice dirigiéndose á los demás.

—¡Cobardes¡ ¿qué haceis ahí?

El pueblo mira con asombro á este hombre, que despreciando el peligro, se lanza á arrostrarlo por entre las llamas con inaudito valor.

¿Quién es? ¿Cómo se llama? Es el Guardia civil Pedro Rincon Herraez, que providencialmente viene á salvar el patrimonio de una familia, que lo consideraba perdido.

III.

Gracias á la escala, y mas que á la escala, á la intrepidez, Rincon penetra casi milagrosamente por una ventana, y arroja por ella todas las cosas de valor que encontraba á su paso.

El humo era tan denso que la respiracion se hacia imposible, y el noble Guardia asomó la cabeza por la ventana buscando otra atmósfera que respirar.

Por dos veces tuvo el pueblo ocasion de admirar casi entre las llamas á aquel hombre extraordinario que tan pronto en un sitio como en otro, se presentaba á sus ojos como un ser invulnerable.

Cuando Rincon nada encontró que salvar, se arrojó por otra ventana al suelo. La multitud le vió caer, y dió un grito de asombro y de dolor creyendo que el Guardia habria sido víctima de su arrojo; mas pronto se le vió otra vez aparecer como un fantasma sobre el tejado, dirigiendo los trabajos y echando agua él mismo.

La admiracion del pueblo llegó á su colmo. Gritos de entusiasmo resonaron por todas partes, y cuando el incendio dominado permitió bajar á Rincon, los abrazos y los plácemes se sucedian, y la gratitud y la admiracion se retrataba en todos los semblantes.

Rincon recibia aquellas muestras de distincion y de aprecio con la reserva de un hombre que solo creia haber cumplido con un deber, por mas que allá en su alma sintiera todo el placer que siente el que ejecuta una buena accion; sin embargo, los vecinos, conociendo su modestia, hicieron resonar mas de una vez en sus oidos, tan heróico hecho, diciendo para mayor satisfaccion suya, que nunca olvidaria este suceso el pueblo de Medina de Pomar.

La autoridad judicial del partido se apresuró á darle las gracias, y el Excmo. Sr. duque de Ahumada, Director á la sazon del cuerpo de la GUARDIA CIVIL, le concedió por este servicio el ascenso á Guardia de 1.ª clase, por nombramiento de 29 de Julio de 1858.

Recompensa justa y merecida á la que el valiente Pedro Rincon (1) se habia hecho muy acreedor.

(1) En Setiembre del mismo año contribuyó eficazmente este arrojado Guardia á la extincion de otro incendio ocurrido en la misma poblacion, en el cual salió herido gravemente de un pié teniendo que guardar cama algunos meses. Por este brillante servicio recibió las gracias de todos sus dignos Jefes, y por real órden de 9 de Octubre la cruz sencilla de M. I. L.



UN EPISODIO DEL CÓLERA.

I.

Los pueblos como los individuos, tienen momentos críticos en su vida, que no se bastan á sí mismos, y que necesitan del auxilio de hombres valerosos y desinteresados para soportar el conflicto que les aflige.

El cólera morbo, ese azote ó ese funesto huésped como le denominan algunos, trasplantado del Asia á las naciones europeas, invadió el año de 1854 nuestra España, que no abandonó hasta últimos de 1855.

Innumerables fueron las víctimas que hizo durante su invasion en nuestro país.

Referir la historia de ese bienio, seria una cosa horrible, y apenas habria familia que no derramara una lágrima, recordando ya un padre, una madre, un hermano, un pariente ó un amigo, que el funesto huésped arrancó de sus brazos para arrojarlo en la tumba.

La guerra mas feroz y encarnizada es una calamidad

mucho menos terrible que esas epidemias que diezman la poblacion en pocos dias.

Contra la guerra teneis defensa, y muchas veces hasta las débiles mujeres se convierten en heroinas, defendiendo sus pátrios lares.

Contra la epidemia no hay mas que la débil defensa de una ciencia en mantillas, que no conoce á fondo su enemigo, ni sabe qué medios debe utilizar para atacarlo.

Quien muere en el campo de batalla, baja muchas veces al sepulcro cubierto con un sudario en forma de gloriosa aureola, legando sus heróicos hechos á su familia, á su pueblo y á veces á su nacion.

Quien perece al maligno influjo de la epidemia, solo deja tras de sí luto, llanto y desconsuelo á su desolada familia.

Una y otro son dos terribles azotes para la humanidad, pero es menos funesta la guerra que una epidemia, el cólera morbo ó la peste.

Tended la vista por los pueblos infestados ó invadidos por una de esas epidemias, y no solo vereis sus campos y sus calles desiertas, pintado el terror mas profundo en el rostro de sus habitantes, sino que hasta el mismo cielo que lo circunda, os parecerá opaco, sombrío y triste.

Penetrad en el fondo de sus casas y observareis con admiracion que no hay padre para hijo, ni hijo para padre, hermano para hermano, ni amigo para amigo, porque el miedo y el pavor mas profundo han apagado en el corazon de aquellos míseros mortales el fuego que reanimaba las afecciones mas tiernas y generosas.

Triste es el cuadro, pero vais á verlo aun pintado con mas negros colores.

II.

Corria el año de 1855.

El cólera morbo habia invadido todas ó casi todas las provincias de España, levantando á su memoria en cada una de ellas, una mas ó menos horrible y sangrienta hecatombe.

A fines del mes de Setiembre de este año, se presentó el funesto huésped á las puertas de la villa de Salorino, pueblo del juzgado de Valencia de Alcántara, perteneciente á la provincia de Cáceres.

Desde los primeros momentos empezó á causar tales estragos, que dejó aterrado al corto vecindario de que se componia.

Llenos de pavor, abandonaron sus casas la mayoría de los individuos del ayuntamiento, menos el alcalde y alguno que otro regidor, imitando la conducta de aquellos dos de los cuatro sacerdotes que moraban en la villa.

Con semejantes deserciones se aumentó el terror del vecindario hasta el extremo de no reconocer á la autoridad municipal, dejando insepultos los cadáveres.

El conflicto se agravaba mas y mas, de momento á momento, y lo que era cólera, podia convertirse en la peste mas horrible, con los miasmas que necesariamente se habian de desprender de unos cadáveres en estado de putrefaccion.

De nada servian las amonestaciones ni las órdenes del intrépido y celoso alcalde, para que sus convecinos cooperasen con él de una manera eficaz para cortar ó hacer por medio de previsoras medidas, menos funestos los

efectos de la epidemia, porque cada cual se encerraba en su casa y apenas dentro de las mismas prestaban los auxilios necesarios á cualquiera de los miembros de la familia que era atacado del cólera.

Allí sentir el primer síntoma de la enfermedad, era lo mismo que ver pesar sobre sí la sentencia irremisible de muerte.

El que se metia en el lecho podia decir que se encerraba en su sepulcro.

Porque los padres huian de los hijos, temerosos de que les trasmitieran el mal, y lo mismo hacian los hijos respecto de sus padres.

No habia hermano para hermano.

El esposo abandonaba á la esposa y la esposa al esposo.

Los vínculos de la amistad se habian roto en pedazos.

Nadie, en fin, cuidaba mas que de sí mismo. Tan grande era el terror que dominaba á cada uno en particular, y á todos los habitantes en general.

En tan gravísima situacion y aumentándose de hora en hora los cadáveres que quedaban insepultos, el alcalde ofició al jefe del puesto de la Guardia Civil, de Valencia de Alcántara, reclamando su auxilio, para hacer que se respetasen sus órdenes.

Ya á la autoridad no le quedaba otro recurso, la persuasion no se escuchaba, era preciso emplear la fuerza, y la autoridad municipal carecia de ella.

III.

Hallábase de comandante del puesto de la Guardia

Civil de Valencia de Alcántara, el cabo 2.° Laureano García Gomez.

En el instante que recibió la comunicacion del alcalde de Salorino, fechada en 4 de Octubre de 1855, pidiéndole auxilio, dispuso salir para aquella villa con el Guardia 1.° Luis Aguirre.

Llegaron al pueblo, y su triste aspecto les dejó mudos de admiracion.

En vez de respirarse un dulce ambiente bajo un cielo limpio y sereno, parecia que una atmósfera pesada y fétida bajo un manto lúgubre ahogaba al vecindario.

Las calles de la villa estaban desiertas, las puertas de las casas cerradas, y no se escuchaban mas acentos que los quejidos lastimeros de algunos moribundos, ó los gritos y ayes de los huérfanos ó de las viudas, de los padres ó de los hermanos que acababan de perder á uno de sus objetos mas queridos.

Llegaron, pues, los dos Guardias á la casa del alcalde, quien al verles respiró con cierta alegria mezclada de tristeza.

—Aquí estamos á la disposicion de V., le dijo el cabo Laureano García.

—¡Gracias! replicó el alcalde con efusion; llegan ustedes en los instantes mas críticos, y sus servicios me son sumamente necesarios.

El pueblo está aterrorizado y nadie cuida mas que de sí mismo.

Estamos sin sacerdote que administre los Sacramentos á los moribundos, porque de cuatro que habia, dos emigraron, otro murió de la epidemia y otro yace postrado en cama.

No teníamos quien enterrara los muertos, y por fin la autoridad superior de la provincia me ha mandado dos sepultureros, pero estos se niegan á dar sepultura á mas de 36 cadáveres que están en el depósito, porque muchos de ellos se hallan en estado de putrefaccion.

Las mismas familias arrojan los muertos al medio de la calle en el instante que espiran, y nadie quiere conducirles al depósito.

Si Vds. señores Guardias, no hacen respetar la autoridad y obedecer sus mandatos, estamos perdidos.

—Descuide V., repuso, al oir tan triste narracion, el cabo Laureano García.

El mal es muy grave, y el remedio debe ser enérgico.

Hay que luchar con el estado aflictivo de la poblacion porque cualquier mandato parecerá demasiado duro; pero nada importa que lo aprecien así, si contribuye al bien general.

—Estoy conforme, y desde luego puede V. adoptar las disposiciones que juzgue convenientes.

—Muy bien, señor alcalde; voy en seguida, pues no hay tiempo que perder.

Despidiéronse los Guardias del alcalde, y el cabo García empezó á poner en ejecucion el plan que habia meditado.

IV.

No habian trascurrido dos horas de la llegada del cabo García, cuando éste se trasladó con los dos sepultureros á una ermita, donde estaban depositados los cadáveres en número de 36.

Como hemos indicado, muchos de ellos se hallaban en estado de descomposicion, razon por la que los sepultureros no habian querido enterrarlos.

Pero el cabo García mandó que se les diera sepultura.

Aquellos se negaron, pretestando que seria mas conveniente quemarlos.

El cabo no accedió á esta proposicion, y reiteró sus órdenes, que al fin fueron obedecidas, no sin haberles impuesto un castigo á los trasgresores, al mismo tiempo que les prestó, acompañado del otro Guardia, una poderosa ayuda.

Limpio ya el depósito, con una actividad pasmosa, empezó á recorrer todas las casas del pueblo con el fin de enterarse del estado de las familias.

Acto continuo organizó el servicio fúnebre, y dispuso que un carro recogiera á la salida y á las puestas del sol todos los cadáveres de los que hubiesen fallecido en aquella noche y durante el dia respectivamente, para conducirlos al depósito y darles luego sepultura.

No habiendo sitio ya para los muertos en el camposanto del pueblo, eligió para este fin, un campo abierto á un cuarto de legua del pueblo.

Aceptó los servicios que se ofreció prestar á los pacientes el benéfico y caritativo sacerdote D. Felipe Lumbreras.

El cabo García se multiplicaba de tal modo, que no solo pasaba todas las horas de la noche visitando las casas de los enfermos, sino que, acompañado del Guardia 1.° Aguirre, ayudaba á los sepultureros á sacar los muertos de las casas, á colocarlos en el carro, á acompa-

ñar los cadáveres hasta el depósito, y por último, á enterrarlos.

En uno de aquellos dias ocurrió en medio del campo, la rotura del eje del carro que trasportaba unos 14 cadáveres, y el cabo Garcia y el guardia Aguirre, tuvieron que permanecer durante toda una noche guardándolos, hasta que en la mañana del dia siguiente pudieron componer aquel.

Desde el dia 1.° de Octubre hasta el 12, la mortandad fué espantosa, y tenemos que renunciar á describir algunos detalles, porque desde luego afectarian mucho á nuestros lectores.

A la mayor parte de los muertos se los liaba en sábanas y asi se los enterraba, siendo muy pocos los que iban en ataud.

Ya desde el dia 12 fueron en descenso las defunciones, y por fin, el dia 23 se cantó el Te-deum, no porque la invasion hubiera cesado por completo, sino para animar algun tanto al escaso vecindario que el cólera habia dejado con vida.

El pueblo de Salorino tendria de unos 400 á 450 vecinos, y desde el dia 3 de Octubre hasta el 23 del mismo mes, fallecieron 329 individuos entre niños, hombres y mujeres.

No es posible apreciar los importantísimos servicios que prestaron á la villa el cabo 2.° Laureano García y el guardia 1.° Luis Aguirre, quienes durante 19 dias consecutivos no tuvieron un momento de descanso, asistiendo á los enfermos, enterrando á los muertos, adoptando todas las disposiciones higiénicas imaginables, y animando á las desgraciadas familias que acababan de perder sus mas queridos objetos.

Cuando el dia 23 de Octubre, despues de asistir al Te-Deum, los dos Guardias salieron del pueblo con direccion á Valencia de Alcántara, á ocupar el puesto que les correspondia, todos los habitantes de la desgraciada villa de Salorino los colmaron de gracias y de bendiciones por los favores que de ellos recibieran.

Sin el concurso de estos dos hombres valerosos, acaso hubiera perecido todo el pueblo.

Por tan importantes servicios se les dieron las gracias por el Excmo. Sr. Director general del Cuerpo, mientras que ellos alcanzaban otro premio mayor de su conciencia, cual era la grata satisfaccion de haber obrado bien con sus hermanos.

UN LANCE CRÍTICO.

I.

No todos los hechos heróicos son ricos de episodios ni abundantes en agradables detalles, los hay escasos en incidentes dramáticos, aunque no por eso se amengüe la importancia y la trascendencia de la accion principal.

Por otra parte hay actos de arrojo, de abnegacion y de caridad, que demasiado elocuentes en sí, no necesitan de elogios y de alabanzas, que siempre serian pálidas al lado del esplendente brillo que arrojan la virtud y el heroismo que los sintetizan. La enunciacion de ciertas verdades no deja lugar á la duda, así como la narracion de ciertos hechos no necesita comentarios.

En el primer caso la conviccion es firme, en el segundo la admiracion es grande.

Hacemos esta salvedad, porque en breves líneas vamos á narrar un hecho que desprovisto de detalles cir-

cunstanciados, no por eso deja de revelar su gravedad inmensa y el valor y la abnegacion que necesita el hombre para llevarlos á cabo.

El recuerdo de una accion generosa no se borra jamás.

El tiempo que todo lo destruye; que desmorona poco á poco el gigantesco castillo cuya masa de granito parece indestructible, no puede borrar el modesto pero brillante rastro que dejan en pos de sí las nobles acciones.

II.

El invierno del año 1861, lluvioso y crudo en casi toda España, lo habia sido mas especialmente en la provincia de Córdoba.

Las continuas lluvias habian puesto intransitables los caminos, y aumentado considerablemente el caudal de los rios.

El dia 6 de Enero del mismo año se dirigian dos Guardias civiles por el camino que conduce desde Villanueva del Rey á Belmez.

Dos hombres atados caminaban silenciosos delante de ellos.

La marcha era penosa y lenta.

El agua caia á torrentes y aquellos cuatro hombres hundian sus piés en el lodo, que á veces les llegaba hasta la rodilla.

El rio Guadiato sacaba de madre su turbia corriente que venian á aumentar con su perpétuo tributo los arroyos de San Pedro y Albardado, cuyas aguas bajaban en rápido curso á vaciarse en el Guadiato por su márgen izquierda.

Los Guardias tenian que atravesarlo para llegar á Belmez, á donde conducian á los dos presos, autores presuntos de un robo verificado en la noche anterior.

La empresa era tan difícil como peligrosa y sobre todo se hacia doblemente grave, porque se exponia en ello la vida de dos hombres tal vez inocentes.

En tal estado los Guardias vacilaban y dudaban si deberian retroceder á Villanueva del Rey, ó aventurarse á pasar el rio.

Llegaron por fin al sitio que llaman Madre Vieja, situado al pié de su misma márgen, y ya principiaban á mirar cual seria el punto mas vadeable, cuando escucharon voces de *¡socorro, socorro, que me ahogo!*

A los pocos pasos divisaron entre las aguas la cabeza de un hombre que á punto de sumergirse por completo pedia por señas auxilio, porque la voz se habia ahogado en su garganta, y tal vez iba á espirar en ella para siempre, si el valor y arrojo de los Guardias Francisco Mortera Camporro y Juan Moreno Torres no le arrancaba de las garras de la muerte.

No habia un instante que perder.

Unos minutos mas y aquel infeliz habria dejado de existir.

III.

Hay momentos de verdadera lucha moral, lucha que no por ser muda deja de ser terrible y fatigosa, y que hace grandes estragos en el espíritu como la material y física los causa en nuestro organismo.

Esa lucha secreta y misteriosa del alma, es la incertidumbre.

Nada mas penoso que la situacion en que se coloca al hombre en ciertos instantes de la vida; nada mas angustioso que esa vida momentánea pero terrible.

En ella se encontraban los Guardias Moreno y Mortera. Su primer impulso fué arrojarse al agua para salvar á aquel infortunado.

El primer movimiento de su corazon fué el sentimiento de la caridad, pero ¿cómo atender al mismo tiempo á los dos presos que custodiaban? ¿Era materialmente posible salvar con una mano al que se ahogaba, y detener con la otra á los que como presuntos delincuentes tenian el deber imprescindible de custodiar?

¿Era fácil conciliar en aquel momento la caridad con el cumplimiento de una obligacion sagrada? Preciso es confesar que la situacion era compleja y difícil de resolver en un solo minuto. En este momento supremo Mortera dirigió una mirada en torno suyo, como el hombre que ávido y exhausto al mismo tiempo de recursos, parece buscarlos en todo lo que le rodea.

Una robusta encina extendia á poca distancia sus fuertes y desnudas ramas. Aquel árbol era la salvacion de un moribundo.

—Atemos los presos al árbol, dijo Mortera.

—Corriente, contestó Moreno, empujando á los presos en cuyos ojos brillaba la esperanza de la fuga, al mismo tiempo quizás que se apagaba en los del que desesperaba ya de su salvacion.

Mortera sacó cuerda, y con ayuda de Moreno, aseguró á la encina á los dos presos.

Un momento despues Mortera se lanzó al agua y empezó á luchar con la corriente para arrebatarle una víctima.

IV.

Un gemido sofocado por el murmullo de las ondas, llegó á sus oidos como la última despedida del moribundo.

Mortera, envuelto por las aguas, cayó á fondo en medío de un remolino turbio y denso que le arrastraba á su pesar: alargó sus brazos y solo estrechó en ellos á la corriente cada vez mas rápida y amenazadora.

Por dos veces las aguas lo elevaron á su superficie, y otras tantas dirigió sus ávidas miradas en busca del hombre á quien queria salvar; pero nada vió.

Su ansiedad crecia como la corriente del rio con cuyas ondas luchaba.

Hizo un supremo y vigoroso esfuerzo, y atravesó á la otra orilla.

Sus fuerzas parecian próximas á abandonarle, y ya tocaba con mano desfallecida la tierra húmeda y deleznable de la márgen opuesta.

Moreno aparecia entonces hácia aquel sitio y en tierra, lleno de lodo llevando del ronzal dos caballerías cargadas. Miró por todos lados y no descubrió á su compañero.

—Mortera, Mortera, ¿dónde estás?

—Aquí, aquí, respondió la voz casi apagada del Guardia.

—¿Dónde, dónde? preguntó Moreno.

En aquel instante una sacudida del agua descubrió la cabeza de Mortera.

Moreno se acercó entonces á la orilla y extendió sus brazos.

Dos manos se asieron de las suyas; pero la resistencia era tan grande que sintió irse los piés sobre el resbaladizo lodo.

Rápido como el relámpago, asió fuertemente con la mano izquierda la cola de una de las mulas que llevaba del ronzal, y extendió entonces el brazo derecho doblemente vigoroso ya con el apoyo que el contrario tenia.

Hizo un esfuerzo supremo; y sacó dos hombres casi abrazados uno al otro que se dejaron caer desfallecidos sobre la tierra.

El uno era el Guardia Francisco Mortera, el otro era D. Francisco Frias, comisionista de una casa de comercio de Málaga que se dirigia á Belmez con dos caballerías cargadas de género, y que Moreno habia tambien salvado milagrosamente, con esposicion de su vida.

Los presos que seguian atados miraban con asombro á aquellos dos hombres cuya abnegacion y valor no podian apreciar.

V.

La gloria y la recompensa siguen siempre á la virtud, y esta accion generosa no podia menos de tener su premio.

Enterado el Director del Cuerpo de la Guardia Civil del comportamiento de los dos Guardias, Francisco Mortera Camporro y Juan Moreno Torres, se dignó concederles la cruz de María Isabel Luisa, que hoy ostentan en su pecho con justísima satisfaccion.

D. Francisco Frias, lleno de gratitud y de reconocimiento, quiso tambien por su parte demostrar á los Guardias lo agradecido que estaba, y les ofreció algunas onzas

de oro, pero no pudo lograr que las tomasen por mas ruegos que les hizo.

Volvió á insistir en su propósito antes de despedirse de sus salvadores; pero estos le contestaron por último que les estaba prohibido por el reglamento.

Esta última razon convenció al comerciante, y se despidió de ellos colmándolos de alabanzas y bendiciones puesto que les debia su vida y su fortuna.

Nosotros, meros narradores del hecho, no añadiremos una palabra de elogio á este episodio, porque él en sí los tiene mas elocuentes que cuantos pudiéramos nosotros tributar á una accion tan digna y valerosa.

EL FANATISMO.

I.

No es solo la ignorancia la causa de los grandes crímenes; muchos de estos son hijos de un ciego fanatismo, que precipita á los hombres en la comision de las mas desenfrenadas acciones.

La ignorancia desconoce completamente todas las virtudes; se deja dominar por todas las malas pasiones, y haciendo juguete al hombre de inmoderados y hasta de absurdos deseos, le convierten en un ser insociable, perverso, criminal ó feroz como una bestia del desierto.

El fanatismo le despoja de su razon y le obliga á prescindir de todos los buenos sentimientos, si es que los abriga su alma, y como un loco furioso, será capaz de cometer cualquiera delito ó crímen, impulsado por la idea que le subyuga.

Verdad es que pocas veces, muy pocas, son las que la ignorancia y el fanatismo marchan desunidos.

Pocas veces se da el triste ejemplo, de que personas

ilustradas se dejen arrastrar por esa pasion intolerante y ridícula. Sin embargo, hay algunas que aparentan hallarse dominadas por ella, mas para que sea aceptable la revisten con el manto de un celo laudabilísimo.

Estos son los hipócritas, superticiosos por cálculo, que con su ejemplo se atraen á los malos para que les ayuden en sus empresas, y á los débiles é ignorantes para explotarlos en su provecho.

Si abris la historia hallareis en sus páginas innumerables ejemplos de los estragos que ha causado en la humanidad esa pasion intransigente.

Solo quiero citaros dos para que podais apreciar esta verdad.

¿Quiénes eran los que perseguian á Jesucristo cuando predicaba en la Judea la *Buena Nueva?*

Los fariseos y los ignorantes que les creian.

¿Quiénes eran los que negando su procedencia divina, á pesar de sus sentimientos milagrosos, lo sentenciaron á una muerte afrentosa, enclavándole en una cruz en medio de dos ladrones?

Los fariseos ayudados de un pueblo fanático.

¿Quiénes eran los que perseguian á los cristianos en tiempo de los Tiberios y Diocleciaños, llevándoles á los circos, para que fueran devorados por las fieras y sirvieran de expectáculo al pueblo romano?

Los sacerdotes de la idolatría y los fanáticos que adoraban toda clase de dioses.

Hé aqui las pruebas.

Afortunadamente para la humanidad, mas ilustradas las sociedades modernas, el fanatismo pierde de dia en dia su dominio sobre el hombre del siglo XIX.

Pero aun hemos sido y seguiremos siendo por algun tiempo expectadores de repugnantes escenas, hijas de esa pasion hasta que la instruccion por un lado y la prudencia por otro, vayan modificando lentamente las costumbres de muchos de nuestros pueblos.

Aquí teneis una escena, que reconociendo el mismo orígen que esas otras, pudo tener resultados funestísimos, si la Guardia Civil con una prudencia inimitable, no hubiera cortado el conflicto en su orígen.

II.

De entre todas las naciones que han abrazado la religion cristiana, ninguna lo ha hecho con mas ardiente fé que nuestra católica España.

Tended una mirada por el mundo y en pocas partes vereis un culto mas solemne tributado á la Divinidad y á los Santos, declarados por la Iglesia nuestros intercesores para con Dios.

Pero esta misma exaltacion por las prácticas religiosas, ha degenerado en fanatismo en algunos pueblos dominados por la ignorancia.

Ved como siempre caminan juntos estos dos que pudiéramos llamar vicios.

Sabido es de todos la devocion con que se celebran en los pueblos de nuestro país las funciones de Semana Santa.

En todas partes se desplega el celo mas grande, para dar la mayor brillantez y suntuosidad á las procesiones que simbolizan la muerte y pasion de Nuestro Señor Jesucristo, habiendo llevado la exaltacion en algunos pue-

blos, hasta el extremo de ridiculizar lo mismo que se proponen enaltecer, por mas que no fuera nunca esta la idea de sus autores.

Nos hallamos en Montoro, una de esas grandes y ricas poblaciones de Andalucía.

En esta ciudad como en otras muchas de la hermosa Bética, émula de las grandes y solemnes funciones religiosas que se celebran en Sevilla han procurado imitar aquellas.

Acercábase el *Viernes Santo*, y habiendo llegado á noticia del muy reverendo Obispo de la diócesis, que en esta ciudad se celebraban en ese dia algunas ceremonias que sobre no estar en consonancia con los progresos de la época, afectaban á la santidad del culto, por lo cómicas y hasta ridículas, llevado del mas laudable celo, prohibió el sermon que denominan de Pasion y otras ceremonias, con el fin de evitar para en adelante un expectáculo que podria llegar á convertirse en una profanacion de la santidad del dia.

Circuló esta nueva entre el vecindario; pero no todos la creyeron verdadera. Sin embargo produjo algun disgusto en las gentes poco instruidas, mientras que las mas ilustradas aplaudian tan prudente y acertado acuerdo.

Y este disgusto era muy natural. Las costumbres populares se arraigan de tal manera en el corazon de los individuos, que aun cuando sean absurdas, y las condenen las personas de un recto criterio, es preciso mucha prudencia y mucho tacto para contrariarlas de frente.

Ya vereis una prueba de esta verdad.

III.

Llegó por fin el dia del *Viernes Santo.*

La procesion de Nuestro Padre Jesus Nazareno, salió como otros años, pero no se pronunció el sermon de Pasion; cosa que ya empezó á irritar á las gentes poco ilustradas y mucho mas á aquellas que acostumbran á embriagarse en celebracion de cualquiera festividad.

Caminaba el cortejo por la carrera acostumbrada, no sin verse interrumpido de vez en cuando por grupos de descontentos, cuando al llegar aquel á la plaza, por la calle de la Corredera, se declaró ya un verdadero tumulto.

Viendo los revoltosos que la procesion seguia su curso ordinario, y que ya no se celebrarian las acostumbradas ceremonias, que tenian mas de cómicas que de religiosas, ocupan un arco de la plaza por donde habia de pasar la procesion y la impiden el tránsito, oponiéndose á ello tenazmente provistos ya de armas de fuego.

Los soldados romanos que marchaban á la vanguardia, al ver la resistencia avisan á la autoridad local que presidia el acto.

Acude esta presurosa á la plaza y dirige la voz á la multitud que ocupaba aquella y las calles adyacentes, pero sus amonestaciones lejos de calmar los ánimos, los exaspera mas.

Los descontentos, en número de seis ú ocho mil, quitan á los nazarenos las cruces que llevaban, las arrojan al suelo y las hacen pedazos.

Despojan de sus armas á los soldados romanos, alen-

tados con ellas el conflicto crece y de momento á momento adquiere mayor gravedad.

No pudiendo la autoridad calmar la efervescencia, que iba ya tomando un carácter imponente, reclamó el auxilio del piquete de la GUARDIA CIVIL que caminaba á retaguardia.

A los mandatos del alcalde que presidia el acto, acude aquella pepueña escolta que se componia tan solo del que hacia de comandante Francisco Doblas Espejo, sargento segundo, Antonio Lebron Gallardo, cabo 1.° y de los Guardias Tomas Gonzalez Blanco, Lorenzo Sanchez Fernandez, Cayetano Martin Ginés, Valeriano Gamayo Pita, Elias Gila Lázaro, José Leiva Aragon y Juan Llamas y Rodriguez.

En vano ayudado de esta pequeña fuerza pretende la autoridad hacerse oir, pero los descontentos se irritan mas y mas y con armas en la mano se disponen á la agresion.

Viendo tan imponente actitud, el sargento Doblas comandante de la fuerza, poniéndose de acuerdo con la autoridad, manda armar bayoneta á los Guardias y se dispone á colocarse en una posicion ventajosa con el fin de dominar el tumulto.

Intenta abrirse paso por entre la multitud valiéndose de amonestaciones amigables, pero no consiguiendo su objeto, dá la órden de marchar al paso ligero calando bayoneta, mas procurando no causar herida alguna á los amotinados que se agolpaban á su paso.

Por fin consiguen de esta manera abrirse camino y llegar al punto designado por el sargento, lo que visto por los bulliciosos, bastó para que sin otra amenaza, se

pusieran ellos mismos en dispersion, sin que hubiese que lamentar la menor desgracia.

Tan cuerda y prudente conducta en momentos tan críticos y cuando habia en la plaza pública y calles adyacentes mas de ocho á diez mil personas, no pudo menos de merecer los elogios de todo el mundo.

Si en aquella ocasion se disparara un solo tiro ó corriera la sangre de un solo ciudadano, la irritacion habria llegado á su colmo, y se hubiera trabado una sangrienta y horrible batalla, entre la autoridad auxiliada de los Guardias, y aquella gran multitud del pueblo armado, y hubiera corrido la sangre á torrentes.

El Viernes Santo habria sido para la ciudad de Montoro un dia de desolacion y de luto.

La prudente conducta y fino tacto que en este dia y en circustancias tan graves observó el sargento 2.° Francisco Doblas Espejo y todos sus subordinados, merecieron los aplausos de todos los vecinos de aquella ciudad, inclusos los de los mismos que se agitaban con mas calor, asi como tambien de todas las autoridades.

Ejemplos de esta clase, debieran siempre tenerse en cuenta por aquellos que estan encargados de sostener el órden público, porque les enseñan que la efusion de sangre, lejos de calmar los conflictos, los suscitan mas graves, y dan orígen á ódios reconcentrados, manantial perenne de eternos disgustos.

LA DILIGENCIA.

I.

Cuando el progreso tiende sus benéficas alas sobre una nacion, no florece tal ó cual industria, no prospera tal ó cual idea solamente, sino que todo en ella recibe igual impulso.

A medida que los pueblos se ilustran, los intereses materiales se desarrollan, las costumbres se modifican notablemente y se perfeccionan las instituciones.

Pocos años hace, apenas podia el ciudadano transitar por las calles de los pueblos, en el momento que la noche cubria la tierra con su estrellado manto, sin verse expuesto al puñal del asesino ó á la rapacidad del ratero.

Pocos años hace no habia nadie que emprendiese un viaje á la córte, ó á las grandes ciudades de nuestra España, sin que las familias y amigos de los viajeros no hicieran resonar en sus oidos una voz de *alerta*.

Todos recuerdan que Madrid, Barcelona, Sevilla, Valencia y otras poblaciones se consideraban como los centros de los expertos rateros, donde se organizaban los

grandes robos, y donde se escamoteaba al infeliz provinciano cuanto habia traido para emplearlo en sus negocios.

No hay nadie que haya olvidado aun, que al emprender un viaje, era preciso prepararse y despedirse de las familias y amigos en debida y rigorosa forma, en la incertidumbre de recorrer el trayecto y de llegar al término del viaje, sin caer en manos de los malhechores que inundaban los caminos.

Tal era la inseguridad que reinaba en el país.

En vano se esforzaban los alcaldes, los jueces y los tribunales para cortar de raíz tan grandes males; sus esfuerzos eran impotentes y se estrellaban contra la astucia de los criminales, que con facilidad burlaban la poca vigilancia que sobre ellos podian ejercer.

Pero este estado de cosas se hacia ya incompatible con el progreso de nuestra nacion.

Y llegó un dia en que se pensó en el remedio, y se creó una de las instituciones mas benéficas, una de esas instituciones que forman época en los pueblos civilizados: La Guardia Civil.

II.

¿Quereis saber los servicios que prestan los individuos de esa Guardia Civil, que se halla esparcida por los campos y por los pueblos de España?

Pues preguntadlo al viajero que camina en todas direcciones seguro y confiado de que nadie atentará contra sus intereses.

Preguntadlo á los vecinos de las aldeas, villas y ciudades que reposan tranquilos, sin temer que penetre en su casa el ladron asesino para robarle su patrimonio.

Escuchad al náufrago que debe su vida al arrojo de un Guardia.

Al que arrastrado por la corriente de un rio, encuentra un brazo poderoso en el Guardia que le arrebata de entre las garras de la muerte.

Al infeliz que en medio de las llamas pide socorro, ó que casi asfisiado lanza un ¡ay! lastimero, ó que contempla lleno de pavor y de espanto, el elemento destructor que devora de momento á momento todo el producto del sudor de su frente, los ahorros de toda una vida laboriosa, que constituia el patrimonio de sus hijos, y que se encuentra sano, y salvo y libres sus bienes, merced al valor de unos *Guardias civiles.*

Al huérfano, que perdido en un campo, llora sin consuelo; y á sus padres que gimen por su pérdida, y que la activa solicitud de un Guardia enjuga su llanto, y devuelve la tranquilidad á la angustiada familia.

Al desgraciado, en fin, que enfermo y sin recursos, encuentra un socorro en el Guardia que parte con él el pan de su familia.

Ved aquí los hechos que por regla general, constituyen la historia de ese benemérito cuerpo, y decid si no merece que le tributemos justas y merecidas alabanzas.

Ved tambien confirmado cuanto manifestamos al principio de este capítulo, y decidnos si la GUARDIA CIVIL no es una institucion hija del progreso y de la cultura de nuestros tiempos.

Ya habeis visto muchos de los servicios prestados por los que sirven en él; ahora vamos á narraros otro no menos importante.

III.

A la caida de la tarde del dia 29 de abril del año de 1850, dos Guardias salian del puesto de Tárrega, en la provincia de Lérida, y emprendieron su marcha por la carretera que vá desde aquella villa á la venta de la Arengada.

Como de costumbre, iban armados, lo que indicaba que habian salido del puesto para prestar algun servicio, ó vigilar la carretera. Efectivamente, con este objeto abandonaron la casa-cuartel, para pasar la noche recorriendo el trayecto que hemos indicado.

Sabiendo el teniente D. Manuel Bellido del Pino (1), jefe del puesto de Tárrega, que habia algunos malhechores que invadian la carretera con el objeto de robar á los transeuntes y á las diligencias, encomendó el cuidado de vigilar la parte del camino que hemos indicado al cabo Tadeo Bravo y Luengo, y al Guardia de 1.ª clase Bautista Llorens.

Ya era bien entrada la noche, y una hermosa luna iluminaba la tierra, de modo que se distinguian perfectamente los objetos á largas distancias.

Cuatro horas hacia ya que paseaban los *Guardias* la carretera, y habiendo llegado al punto que llaman de Corvella, se sentaron á descansar, por ser un sitio bastante elevado y el mas apropósito por consiguiente, para vigilar el camino, y especialmente los puntos sospechosos ó escondidos, de donde en otras ocasiones habian salido los malhechores, para sorprender á los viajeros.

(I) Hoy Comandante de la provincia de Gerona.

Poco mas de media hora hacia que los Guardias Bravo y Llorens se encontraban allí, cuando oyeron el ruido de un carruaje, y vieron que era una diligencia.

No habian pasado 20 minutos cuando el coche número 25 de la compañía de Diligencias Generales de España llegó á Corvella, y los Guardias al verle se acercaron á él y preguntaron al mayoral si habia alguna novedad, á lo que aquel contestó negativamente.

El coche siguió su ruta, y los dos Guardias se volvieron á su asiento, pero con la vista fija en el gran trozo de camino que aquel tenia que recorrer hasta pasar de la venta de la Arengada.

No habria andado la diligencia unos seiscientos pasos, cuando de repente cesó el ruido, como si aquella hubiese parado de andar. Con efecto, así era.

Los Guardias lo notaron en seguida; aplicaron el oido con cuidado, y advirtieron que el silencio era sepulcral, por lo que pensaron que la causa de aquella detencion, no procedia de alguna rotura, porque ni el mayoral ni el zagal, ni el postillon, gritaban como acostumbran á hacerlo en tales ocasiones.

Aquella detencion, pues, debia motivarla algun extraño accidente, y en esta creencia los Guardias, partieron corriendo al lugar del siniestro.

Ya verán nuestros lectores cómo no se habian equivocado.

Veamos qué sucedia entre tanto á los viajeros.

IV.

Habíanse entregado tranquilamente al sueño los via-

jeros, escepto alguno que otro, que ansioso de contemplar la naturaleza, asomaba el rostro por la ventanilla del carruaje.

No bien llegaron al sitio que hemos indicado, cuando tres hombres gritaron con voz de trueno «*alto el coche*», é instantáneamente se arrojaron sobre el mayoral y zagal, á los que tiraron á tierra desde el pescante.

Un grito de terror se escuchó entonces en todos los senos del carruaje.

Asustáronse los que velaban y quedaron sobrecogidos al despertar los que dormian; pero la turbacion y el espanto se pintaba en todos los semblantes.

El hecho no era para menos.

Quien haya sufrido una sorpresa de ese género, es el que puede apreciar perfectamente todo el terror que infunde, los perniciosos efectos que puede causar en el individuo, y mucho mas cuando está tranquilo y no abriga el mas leve temor ni desconfianza alguna.

Es un momento de terrible espanto, ver acercarse á la portezuela de un coche un hombre de malas trazas, armado de trabuco en mano, abrirla bruscamente y gritar con voz estentórea: «*A fuera.*»

Esa voz escita la indignacion y la ira mas reconcentrada en el corazon del hombre animoso, que siente verse cogido como el leon en la trampa, mientras que su vibracion hiela la sangre en las venas del débil y de la tímida mujer.

No bien hubo pronunciado uno de los foragidos la frase de «*á fuera,*» todos los viajeros bajaron de sus asientos y se pusieron á disposicion de los malhechores.

Todos estaban mudos de temor, y especialmente tres

señoras, una de ellas en extremo hermosa, y que apenas contaba veinte años, esperaban las órdenes de los foragidos. Estos les pidieron el dinero que llevaban, y uno de ellos reparando en la jóven la cogió de la mano, la arrastró hácia á sí, y con cínica impudencia y á pesar de los esfuerzos de aquella, profanó con su callosa mano el seno de la doncella.

La infeliz dominada por el mas profundo terror y temiendo ser víctima de los instintos brutales del bandido, apenas tenia aliento para exalar un gemido de indignacion.

Entre tanto los otros registraban á los demas viajeros, y recogian cuanto llevaban.

Los dos Guardias que ya vimos partieron á la carrera con el fin de prestar auxilio á la diligencia caso necesario, en pocos minutos llegaron á un sitio desde donde pudieron ver con la mayor claridad que la causa de la detencion de la diligencia era un robo.

Ante semejante espectáculo, los Guardias detuviéronse un momento para combinar el plan de ataque, pues seguir la carretera sin ser vistos de los ladrones era de todo punto imposible.

Determinaron dividirse y marchar uno por un lado y otro por el lado opuesto de la carretera, con el fin de sorprender á los foragidos: empresa difícil tambien por ser el terreno bastante llano, y no existir por aquellos sitios un solo arbusto donde ocultarse.

Ya estaban los Guardias á unos quince pasos del coche cuando divisándoles los ladrones, abandonaron su presa y echaron á correr.

Bravo disparó su fusil, pero no dió fuego; mas para que los ladrones no se apercibiesen gritó:

—*Fuego y á ellos*..

Aquí empieza una segunda parte del drama que no ofrece menos interés, y que á no ser por el valor de aquellos dos Guardias, acaso hubieran sufrido los viajeros otra segunda sorpresa, de mas graves resultados que la primera.

VI.

Al grito dado por Bravo de «*fuego y á ellos*,» contestóle con un trabucazo uno de los bandidos que estaba á la distancia de unos ocho pasos de aquel, mientras que los otros cuatro huian perseguidos por el Guardia Llorens.

Afortunadamente las balas no hirieron al Guardia Bravo que se precipitó tras el bandido como un furioso leon.

Largo trecho corrió aquel tras de este sin darle alcance ni poderle herir con la punta de la bayoneta.

Verdad es que el bandido habia arrojado el trabuco y podia correr con mas libertad que el Guardia Bravo; pero advirtiendo este que de prolongarse mucho aquella situacion, concluiria por escapársele, hizo un esfuerzo supremo y le tiró un bayonetazo. Al impulso del movimiento faltóle punto de apoyo bastante fuerte para sostenerse y cayó sobre los terrones, arrojando á larga distancia el fusil.

El Guardia hirió por fin al bandido, pero fué una herida tan leve que no le impidió continuar su desesperada carrera.

Levantóse inmediatamente Bravo y emprendió de nuevo tras de su presa sin cuidarse de coger el fusil.

Momentos despues le dió por fin alcance viéndose precisado á sostener con él una lucha terrible.

Guardia y bandido cayeron dos veces en tierra.

Ya por tercera vez consigue Bravo asirlo por el cuello y lo derriba. Le pone una rodilla sobre el pecho y en esta actitud pide su fusil á uno de los viajeros que le seguia con el objeto de cooperar á la captura del bandido.

Llega el viajero con el arma y al tender Bravo los brazos para tomarla, el bandido se desprende de su competidor, se levanta con agilidad y le dispara un pistoletazo, que tan solo le quema y atraviesa el pantalon.

Bravo le arremete con la bayoneta causándole una profunda herida, y despues le da un fuerte culatazo en la cabeza, con lo que terminó tan desesperada lucha, cayendo en tierra el malhechor que se declaró vencido.

VI.

Los viajeros que aun no se habian repuesto de la sorpresa, miraban con medrosa ansiedad el resultado del combate sin atreverse á dar un solo paso.

Cuando vieron el triunfo del Guardia Bravo un grito de alegría y de satisfaccion lanzaron al viento todos aquellos oprimidos corazones, como si se hubieran quitado de encima el peso mortal que les oprimia.

Condujeron al bandido á donde estaba el coche, y habiéndole preguntado el valiente Guardia Bravo por su nombre, supo con asombro que se llamaba Antonio Ramon, conocido por *Coll de Bot*, que era natural de Vilagrasa y que estaba casado con una hija del alcalde de dicha villa.

Habiéndole registrado despues los bolsillos se le encontraron seis napoleones, que era lo único que habia tenido tiempo de robar, y cuyas monedas fueron devueltas á sus dueños.

Coll de Bot era un hombre muy temido en Vilagrasa, por las atrocidades, que segun de público se decia, cometió durante los siete años de la guerra civil, siendo asistente de un coronel carlista (1).

Si Bravo hubiera escuchado el grito de indignacion de los viajeros, habria dado muerte al bandido en aquellos momentos; pero valeroso al par que caritativo y sobre todo fiel al cumplimiento de sus deberes, lejos de eso, procuró curarle del mejor modo posible las heridas para conducirle al pueblo mas inmediato.

Al saber esta resolucion los viajeros, suplicaron al Guardia Bravo, especialmente las dos señoras y la jóven, que les acompañara hasta Cervera.

En esto llega el Guardia Llorens que cansado de perseguir á los otros cuatro bandidos no pudo darles alcance, y los perdió al fin de vista en un encinar que hay cerca del camino de Altet.

Las señoras reiteraron una y otra vez sus ruegos á los dos Guardias para que las acompañasen, y estos no pudieron menos de acceder á ellos, viendo que conseguian ademas de prestarlas este servicio, el de la mayor seguridad y la mas pronta y cómoda conduccion del preso.

---

(1) Este coronel que se encontraba en Tárrega cuando la captura de *Coll de Bot*, no dió crédito á la noticia, y dijo al contársela que era imposible que nadie le prendiera vivo. Tal era la confianza que tenia en su valor y su fuerza! Solo creyó en ella cuando le vió en la cárcel.



Antes de ocupar los viajeros sus asientos en el coche, un comerciante de Logroño, que llevaba consigo ocho mil duros á Barcelona, para emplearlos en géneros, y cuya importante suma hubiera caido en poder de los ladrones, si los dos Guardias no vinieran en auxilio de la diligencia, se empeñó en que estos aceptaran una no pequeña cantidad, en prueba de su gratitud; pero todos sus ruegos y los que tambien les hicieron los demas viajeros, se estrellaron ante el inflexible desprendimiento y abnegacion de Bravo y de Llorens.

Partió, pues, la diligencia y llegó sin novedad á Cervera, donde los viajeros contaron el hecho heróico de los Guardias, y donde estos hicieron entrega del terrible *Coll de Bot*, al comandante del canton.

La despedida de Guardias y viajeros no pudo ser mas tierna y expresiva.

Aquellos dos hombres, con su heroismo, habian salvado á las diez y ocho personas que conducia la diligencia de la pérdida de su patrimonio, del honor y hasta de la vida.

Al dia siguiente, infatigables en el cumplimiento de su deber, emprendieron la persecucion de los otros cuatro bandidos y á los tres dias habian conseguido su captura.

Las autoridades al ver tanto valor y celo no pudieron menos de tributar las gracias á los Guardias Bravo y Llorens por el importantísimo servicio que habian prestado.

EGOISMO Y CARIDAD.

I.

En medio del espíritu egoista que domina en este siglo, aun existen y en gran número, almas caritativas que se quitan el pan de la boca para remediar una desgracia.

Parece mentira que haya en este siglo una clase de hombres que se apelliden filósofos y que se llamen positivistas, empeñados en probar que los bienes materiales son la causa del bien, y que ninguna participacion concedan al espíritu en la magna obra de la felicidad humana.

Es demasiado absurda su doctrina para que la profese ningun hombre que sienta latir su corazon al soplo de las afecciones tiernas y generosas.

Para pertenecer á esta secta de miserables, es preciso considerar el egoismo como norma de todas las acciones.



Es preciso prescindir de todo amor á la familia, y de toda inclinacion á la amistad.

En el instante que el hombre abrace esa teoría, debe considerar el dinero y los demas bienes materiales, como la causa eficiente de su felicidad, y prescindir por completo de los seres que le rodean, ó al menos valerse de los que le son necesarios, como unos meros instrumentos que paga, para que contribuyan á su bienestar, con unos servicios que han vendido por cierto precio.

El egoista no debe servir de apoyo á un pobre anciano, ni consagrarse á su consuelo, porque ese tiempo es perdido para su goce material.

El egoista no puede encontrar goces en las dulces caricias de una esposa casta, porque esas horas, llenas de encanto para las almas sensibles, enervarian la actividad de su codicia, y le harian perder acaso un infame negocio que le produjera una gran ganancia, ó le robarian el tiempo que necesita para concurrir á una inmunda orgía de negociantas prostitutas.

El egoista considera los hijos como una verdadera calamidad, porque exijen cuidados y gastos que en su concepto no se compensan, ui con tiernas caricias ni con gracias infantiles.

El egoista, en fin, no puede dar abrigo á la amistad, porque esta exije servicios ó sacrificios, y el que tiene fijos sus ojos en la materia, no comprende todo el placer que reditúan los favores que se dispensan al amigo.

El egoista no conoce mas satisfaccion y goces que el alza ó la subida del tanto por ciento.

¿Qué le importa al defensor de ese positivismo material las tiernas caricias y los cuidados cariñosos, las dul-

ces conexiones de la amistad, y los eternos placeres que proporcionan las buenas obras, si tiene dinero para comprar la ficcion y la hipocresía con todos sus halagos engañosos?

¿Qué importa al positivista que no circunden su lecho de dolor, padres, esposas, hijos, hermanos, parientes ni amigos, si con su dinero se rodea de unos sirvientes en cuyos semblantes se halla retratada la indiferencia ó la codicia?

¿Qué importan al positivista las lágrimas de ternura que pudieran derramar sobre su tumba todos esos seres generosos al elevar al cielo una oracion por su eterno descanso, si sus miserables restos yacen depositados en un lujoso panteon, símbolo de un necio orgullo, y que no excita en el corazon humano mas que una mirada de curiosidad ó de desprecio?

Ved el fin á donde nos conducen esas doctrinas del materialismo inmundo que corroe algunos corazones.

No hubiéramos querido seguir al egoista desde su cuna á su tumba, pero el hecho que vamos á narrar excita poderosamente las fibras de nuestro corazon y poco, muy poco, hemos dicho, en atencion á lo mucho, muchísimo que se puede decir de la preferencia que dan éstos á la materia sobre el espíritu.

Hubiéramos podido probar en un paralelo cuán grandes y eternos son los goces del alma, y cuán efímeros y pasajeros son los de la materia. Como que aquellos nacen de las virtudes y de las pasiones nobles y generosas, que elevan nuestra alma al cielo, mientras que estos crecen á la sombra del egoismo, de la codicia y de los placeres materiales mas inmundos, que nos conducen al escepticismo, al aislamiento y á la muerte.

Sabed que, asi como la materia tiene su moneda corriente de cambio, así tambien el espíritu tiene la suya propia; la primera se refunde toda en el oro; la segunda son las buenas acciones. De la combinacion armónica de las dos, nace la mayor y mas perfecta felicidad que puede alcanzar el hombre en esta vida; pero en caso de eleccion, optad por la segunda, y al menos gozareis del bienestar que proporciona al individuo una conciencia tranquila.

II.

Si viérais alguna vez á una mujer que acababa de dar á luz al hijo de sus entrañas, ¿no la mirariais con consideracion?

Si observais además que aquella infeliz carecia de un lecho donde reclinarse, teniendo que soportar su grave enfermedad sobre una miserable estera, ¿no sentiria vuestra alma una profunda tristeza por la desgraciada suerte de aquella infeliz?

Y si supiérais, en fin, que carecia de lo mas indispensable para su preciso sustento y el de su hijo, ¿no os acordariais instantáneamente de vuestra madre, y partiriais con ella el pedazo de pan que os tocaba en aquel dia?

¿Quién podrá contemplar tan triste escena, sin que nazcan inmediatamente en su corazon los sentimientos mas delicados, tiernos y caritativos?

Imposible parece, y sin embargo, esos hombres existen, por desgracia, entre nosotros, y existirán entre las futuras generaciones.

Ya sabeis cuales son sus ideas.

Pero los que no pensais como ellos, venid y contemplad el cuadro que se ofrece á vuestros ojos.

III.

Estamos á la puerta de una miserable choza; entrad en ella, levantad ese pedazo de súcia y cárcomida estera y ved lo que oculta.

No retrocedais ante un espectáculo tan conmovedor, sin haber depositado el óbolo fraternal de la caridad humana.

Habeis visto una mujer desdichada, que pálida y llorosa estrecha contra su seno y cubre con sus harapos al hijo que acaba de dar á luz.

Esa mujer no teniendo hogar ni lecho acogióse á esa choza seguida de su pobre madre que lloraba como aquella su completo desamparo.

Sufrió los dolores de aquel lance crítico, con la resignacion y el valor que le inspiraba el amor maternal, pero así que vió nacer á la vida al hijo de sus entrañas, gruesas y ardientes lágrimas surcaron por sus megillas.

No habia llorado por ella, pero lloraba por su hijo.

—¿Con qué abrigaré á mi hijo? decia la infeliz á su contristada madre, que muda de dolor no podia articular ni una sola palabra.

—Desfallecida y exánime ¿cómo podré alimentar á este ángel de Dios, si la caridad cristiana no acude, madre mia, en nuestra ayuda? exclamaba con sentido acento aquella infeliz, mientras que su madre ahogaba en lo mas hondo de su seno un suspiro de amargura.

—Pobre hijo mio, repetia sin cesar aquella mujer, y lloraba, y la madre de esta lloraba tambien con ella.

El cuadro era desgarrador, y la escena no podia prolongarse por mucho tiempo, sin que costase la vida á dos, por lo menos, de aquellos tres seres humanos.

Haciendo entonces un esfuerzo Manuela Sanchez, que así se llamaba la que acababa de ser abuela, abandonó la choza y penetró por las calles de la ciudad de Cazorla, que es donde ocurrió este hecho, en los primeros dias del mes de Enero de 1851.

IV.

Hacia un frio intenso.

Una mujer bastante entrada en años, de rostro demacrado y en el que se veia retratada la imagen horrible de la miseria, marchaba con toda la agilidad que la permitian sus desfallecidos miembros por las calles de Cazorla.

Esta anciana no era otra que la Manuela Sanchez.

De vez en cuando un movimiento convulsivo contraia su rostro, y sus labios murmuraban algunas frases que terminaban en un profundo suspiro.

Preguntó á la primera persona que halló en su camino por la casa del alcalde, y no bien oyó las señas, hizo un esfuerzo y aceleró el paso.

Llegóse á las puertas de la morada de la primera autoridad del municipio, y despues de reflexionar breves instantes, entró con decision en ella.

Frente ya de aquel, explicóle la terrible situacion de su hija, de la criatura que acababa de dar á luz y le suplicó su amparo.

El alcalde no hizo sin duda caso del ruego de aquella infeliz, que salió llorando de la casa, cruzando las manos y elevando al cielo su vista como en ademan de pedir lo que los hombres la negaban.

Detúvose un instante y un rayo de luz brilló en sus ojos.

Una esperanza habia cruzado por su mente.

Vió venir un hombre y le salió al encuentro.

—¿En qué calle vive el señor cura párroco? le preguntó la anciana con viveza.

El hombre le dió las señas, y aquella partió aceleradamente.

Una triste sonrisa asomó á sus labios lívidos.

Entró en la casa del señor cura y le manifestó el tristísimo estado de su hija y del recien nacido.

¿Qué pasó en aquella conferencia?

Lo ignoramos.

La anciana salió de aquella casa aun mas llena de dolor que de la del alcalde.

Acercóse entonces á una pared, recostóse sobre ella, cruzó sus brazos, dirigió al cielo sus ojos de una manera indescriptible, inclinó despues la cabeza sobre su pecho, y dos lágrimas de sangre y de fuego se deslizaron de sus ojos y abrasaron sus megillas.

Situacion horrible y que nadie puede comprender lo bastante para pintarla con todos sus negros colores.

En aquel momento sintió la infeliz anciana cuantas angustias puede sufrir un ser humano en el mnndo.

Acaso resonaba en su oido la voz desfallecida de su desgraciada hija, que repetia: *¡Pobre hijo mio, la miseria nos mata!*

Solícito y caritativo, no se olvidó tampoco del recien nacido y en aquella misma tarde, lo llevó á la iglesia, siendo su esposa y él los padrinos del nuevo cristiano y á cuya ceremonia asistieron los Guardias del puesto.

El cabo Lozano á pesar de sus pocas facultades costeó los gastos del bautizo; y el cura parroco cobró sus derechos...

Los demas *Guardias* contribuyeron tambien con su óbolo al cuidado de aquellos tres seres infelices, los que libres ya de la miseria y en estado de poder ganarse la vida, se despidieron de su angel salvador, y de sus demas compañeros, colmándoles de gracias, é implorando sobre ellos las bendiciones del cielo.

Ya lo veis: el egoista desoyó la voz de la desgracia, y guardó el oro miserable en su gabeta.

El cabo 1.° Lozano, partió el pan de su familia con aquellas desventuradas criaturas, á las que salvó la vida.

El egoista podrá algun dia tener un profundo remordimiento, porque es posible que su conciencia le acrimine.

El generoso cabo Lozano siempre recordará con una dulce satisfaccion su buena y caritativa obra, y acaso una lágrima de placer y de ternura se desprenda de sus ojos al leer esta mal trazada crónica, donde nosotros con la imparcialidad del narrador, le tributamos por ella los elogios mas espresivos y sinceros.

UNA CONSPIRACION FRUSTRADA.

I.

El espíritu de asociacion es sin duda inherente al hombre, cuya inteligencia le aconseja la union con sus semejantes.

Los vínculos de la familia y de la amistad que son de fijo los mas bellos y agradables de la vida, solo nacen en los corazones puros y en las conciencias tranquilas, y aunque en los criminales aparentemente se manifiestan, en el fondo ni existen ni se estrechan.

Su amistad es la connivencia precursora del delito y esa misma intimidad es pasajera, y muere cuando concluye el objeto de sus odiosos proyectos.

La amistad tiene una confianza noble y distinguida como su condicion esencial; los lazos del vicio y del crímen son ruines y miserables como el mismo padre que los engendra, y de ellos solo se desprenden punibles aten-

tados, que rara vez la justicia humana ó la de Dios deja impunes.

Un nuevo ejemplo de tan terribles escarmientos, una prueba mas de esta verdad, podemos añadir á las muchas que la experiencia ha suministrado.

Examinemos de cerca el cuadro, y apreciaremos mejor sus detalles.

II.

A corta distancia de la villa de Almendralejo, y lindando con la calzada que dirige de Madrid á Sevilla, y que atraviesa el primero de estos tres pueblos, se veia una casa pequeña y de un solo piso, que á juzgar por su aspecto exterior y por la clase de gente que concurria á ella, no daba lugar á duda de que era una especie de venta ó meson.

Sobre la puerta, y para que á nadie pudiese ocultársele que allí se vendia vino, estaba colgado, segun costumbre de los pueblos, un gran ramo de oliva.

Era la noche del 27 de Setiembre de 1859, apacible y serena como la mas hermosa del estío.

Entremos en la venta; penetremos en un cuarto que es una de sus mejores habitaciones, á pesar de los vapores del vino y del humo denso de los cigarros que corrompen ó descomponen la atmósfera de aquella.

A la luz de un candil colgado en el cerco de una ventana, tres hombres sentados al rededor de una mesa, bebian y fumaban, aunque sin dejar por eso de conferenciar.

Jóvenes los tres, resueltos, impetuosos, con ese sello sombrío é inesplicable que se retrata en los semblantes de

todos los delincuentes, tenian aun en su tranquila actitud cierto aire amenazador y agresivo.

—Manchado tiene razon, decia uno de ellos; es mucho mejor que *despachemos* primero lo del cura y despues concluiremos los otros negocios. ¿No te parece lo mismo Pascual? dijo, dirigiéndose al que tenia á su derecha.

—Hay de todo, Mateo, respondió este. ¿Y si el cura estuviese prevenido?

—¡Bah! respondió el primero, ese peligro siempre le hay. Sea el cura, el marqués ó D. Felipe, cualquiera de ellos puede tener sospechas, y ya veis que un golpe en falso...

—Sí, es verdad, respondió Pascual; pero sabes como yo que los curas tienen buen olfato. Es gente que caza bien y que corre mucho.

—Vaya no te apures por eso, Pascual, dijo Manchado; tú tienes, no se por qué prevencion con los curas, y nada nos conviene tanto á nosotros como gente inofensiva.

—Sí, fiate; ¿si creerás, repuso Pascual, que se va á estar con los brazos cruzados cuando le limpiemos el arca?

—Pues precisamente, contestó Mateo, eso era lo que le tenia mas cuenta á él y á nosotros, porque si chista... mira.

Y el bandido sacó de entre su chaqueta una navaja de espantosas dimensiones, que colocó muy satisfecho sobre la mesa.

—No te canses, Pascual, dijo Manchado. Mateo y yo pensamos mejor que tú. Lo del cura es lo primero, por muchas razones. Ya sabes que su casa está en una situacion que nos ofrece mas ventajas para escurrirnos y tomar las de Villa-Diego en caso necesario; porque segun se

dice, y tú lo has oido como nosotros, tiene un capitalito que de seguro en tus bolsillos te hará mas gracia que en los suyos, y por último, porque tiene una hermanita de veinte años, que es una perla... ¡Digo! y que es una moza... ¡Ola, ola! esclamó mirando fijamente á su interlocutor, ¡y cómo te animas, Pascualillo!

—Toma, es natural, contestó Pascual, la muchacha sí que me gusta, ¿y mi parte de lo otro...?

—Te se dará, no tengas miedo. Lo de la chica no es mas que un gaje del oficio.

—Venga esa mano, compañero, dijo Pascual, al ver desvanecidos todos los temores que abrigaba sobre el asunto.

—Ahí está, contestó Manchado extendiendo la suya encallecida y hercúlea.

—Solo una cosa nos falta. Convenir en la hora. ¿No os parece?

—Me parece conveniente que dejemos cenar al cura con su pachorra acostumbrada, y así puede que no nos reciba de mal humor.

—Yo creo que de ocho á nueve de la noche es buena hora.

—Los vecinos del pueblo están en su mayor parte acostados, y como la gente nos estorba, esperaremos á que se duerma para que no nos incomode nadie.

—El pájaro me parece que no se escapa.

En este momento un ruido casi imperceptible se oyó junto á la puerta, y los tres criminales guardaron el mas profundo silencio.

Mateo se levantó temiendo que hubiesen podido escuchar.

—¿Quién anda ahí? preguntó con voz ronca.

Nadie respondió.

Entonces se aproximó á la puerta y la abrió de un puntapié.

El posadero que dormia sentado en un poyo de piedra del portal abrió los ojos como asustado.

—¿Qué se ofrece? le preguntó bostezando.

—Nada, respondió Mateo, venia á ver que noche hace, porque vamos á marchar, y por si acaso llovia esperar un rato.

—No llueve, contestó el posadero, la noche está muy hermosa.

Pascual y Manchado salian ya del portal, cuando Mateo entraba á decirles que era hora de separarse, para no infundir sospechas.

—¿Qué se debe camarada?

—Cinco reales, contestó el posadero.

—Ahí están, replicó Manchado, tirándolos en un banco.

—Buenas noches, tio Tomás.

—Felices, respondió el ventero.

Los tres hombres salieron de la venta, y echaron á andar en direccion á Almendralejo.

A pocos pasos de sus primeras casas Pascual se paró.

—Una cosa falta, dijo deteniendo á sus compañeros. Preciso es que nos reunamos en un sitio solitario antes de dar el golpe de mañana.

—A espaldas de la iglesia, dijo Manchado, no pasa un alma despues del anochecer. A las ocho nos reunimos y desde allí veremos si hay alguna medida que tomar. ¿No os parece?

—Corriente, contestaron los otros dos.

—Pues entonces hasta mañana á estas horas; no debemos entrar juntos en el pueblo; siempre es bueno andar prevenidos. No sea que tire el diablo de la manta y...

Los tres hombres se separaron, y cada uno tomó diferente direccion.

El posadero que habia salido á la puerta como para espiar sus pasos, cuando los perdió de vista, la cerró con precaucion y seguridad, cogió el candil y principió á subir los estrechos y pendientes escalones que conducian á su pobre camarote.

—¡Ah! bribones, murmuraba; no os saldreis con vuestro plan.

¡Pobre señor cura! ¡Pobre señor cura!

Y el buen hombre santiguándose se metió en la cama, asustado de conocer el proyecto de sus tres huéspedes.

III.

El honrado ventero no pudo conciliar el sueño en toda la noche.

Su conciencia se revelaba contra el odioso proyecto que habia sorprendido á aquellos tres hombres, cuya conversacion escuchó toda, gracias á un impulso de curiosidad que le hizo aplicar el oido á la cerradura de la puerta.

En vano procuraba dormir.

Sus ojos se cerraban, pero su imaginacion despierta y preocupada le presentaba el cuadro del crímen con todos sus horrorosos detalles, y ya creia ver á los tres bandidos acosando al cura, amenazándole y hundiendo en su pecho el puñal asesino.

Amaneció por fin el dia siguiente.

El buen ventero fatigado por el insomnio de la noche pasada, habia tenido sobrado tiempo en su desvelo para adoptar un plan, así es que en cuanto el sol empezó á bañar con sus rayos los feraces y dilatados campos de Almendralejo, abandonó el lecho y se dirigió á la casa-cuartel de la GUARDIA CIVIL.

No bien estuvo á las puertas de aquella, se detuvo y dió tres golpes con el aldabon.

—¿Quién es? preguntó una voz cascada y chillona.

—Soy yo, tia Pepa; abra usted, que soy Tomás.

La puerta se abrió y una mujer anciana y de rostro demacrado se presentó en el umbral.

—¡Señor Tomás! ¿Cómo usted por aquí tan temprano?

—Un asunto de importancia, tia Pepa, ó mejor dicho un asunto de conciencia, respondió el ventero.

—¡Jesus! de conciencia esclamó la vieja, casi asustada.

—Sí, de conciencia; pero no tengo que ventilarlo con usted, sino con mi paisano Fermin, que es al que vengo á buscar.

—¡Ah! pues ni él, ni los compañeros están, salieron á recorrer el término; pero yo creo que no tardarán, porque los pobres aun no habrán probado bocado desde...

—Bien, bien, la dijo interrumpiéndola el posadero: los esperaré, aunque tarden siete horas.

Por mí, tia Pepa, no deje V. de hacer los asuntos de la casa.

La tia Pepa, renunciando á la tentacion de ser curiosa ó pesada, se marchó á la cocina, y el tio Tomás, asombrado de tanta docilidad, se sentó en un taburete que habia junto á la puerta, con la firme resolucion de

no levantarse de allí hasta la llegada de los Guardias.

No hacia un cuarto de hora que se encontraba en aquella muda actitud, cuando la puerta se abrió, y dos Guardias civiles entraron en la casita.

—Buenos dias, paisano, dijo al ver al ventero, el mas alto de aquellos, dando la mano al señor Tomás: ¿cómo por aquí?

El ventero se acercó al Guardia y le refirió sucintamente cuanto habia escuchado.

—Las vá á pagar todas juntas, dijo separándose ya de él. Ha hecho muchas, y.....

—Pues ya sabes, añadió el tio Tomás; de ocho á nueve se va á dar el asalto. Vive alerta; yo me voy, que tengo mi puesto solo, y á estas horas siempre hay gente.

—Anda con Dios, paisano, y muchas gracias por el aviso, contestó el Guardia, pero ya estaba prevenido, acaba de darme el mismo aviso el señor alcalde.

IV.

Aquel mismo dia por la tarde, tres Guardias civiles, apostados detrás de un viejo y ruinoso paredon, esperaban impacientes un momento oportuno para salir de aquella especie de escondite.

Estos tres hombres eran los Guardias Fermin Ascunce (1), Francisco Pineda y Antolin Acosta García.

Apenas la noche empezó á cubrir la tierra con su negro y estrellado manto, y cuando casi podian distinguirse los objetos, los tres Guardias se dirigieron, aunque rodeando, por los sitios menos concurridos, á casa

(1) Hoy cabo 1.º y comandante del puesto de Navalmoral.

del presbítero D. Alonso Oliva, víctima presunta y objeto de los planes del Manchado y sus compañeros.

Ascunce era hombre experimentado en esta clase de percances, y creyendo, con razon, que los ladrones vigilarian la casa algunas horas antes que la convenida para realizar su proyecto, no quiso entrar por la puerta de la casa, y tuvo, para llegar á ella con sus compañeros, que saltar los corrales de las contiguas.

La operacion era incómoda y fatigosa, pero al fin llegaron á la casa de D. Alonso; éste les guió á su habitacion, suplicándoles que evitasen, á ser posible, el derramamiento de sangre, aun cuando fuera la de sus presuntos asesinos.

Dos guardias municipales ocupaban por órden del alcalde, un cuartito que junto á la puerta de entrada habia.

Ascunce, Pineda y Acosta se instalaron en una habitacion del centro de la casa, y con el oido atento, la mirada alerta y la carabina preparada, esperaban resueltos; el momento crítico que habia de poner término á su violenta actitud.

No se hizo esperar mucho.

La puerta de la casa rechinó casi imperceptiblemente sobre sus goznes, y tres hombres enmascarados penetraron silenciosamente en ella, que cerraron y echaron la llave por dentro.

En seguida, puñal en mano, se precipitaron en la habitacion.

Un chillido horrible y penetrante llegó á oidos de los Guardias como la primera señal de la lucha.

Una jóven, vigorosamente oprimida por los brazos de

un bandido, horrorizada y confundida, trataba, aunque inútilmente, huir del bandido.

La voz se ahogó en la garganta de la pobre jóven, que luchaba por desasirse de aquellos lazos que oprimian su cintura como un círculo de hierro.

El criminal la sujetó con fuerza y la arrastró brutalmente por el suelo en pos de sí.

La infeliz aparentó ceder un momento, y levantándose acongojada, dió un paso hácia el malvado, que engañado por esta debilidad ficticia, cedió un instante, que fué suficiente para que la jóven, haciendo un supremo esfuerzo, se desasiese de sus manos y corriese á donde estaban los Guardias que ya corrian á su defensa.

—Favor, favor, exclamó la desdichada poniéndose bajo el amparo de aquellos valientes.

El bandido, rugiendo de ira y de coraje, se precipitó sobre ella, pero en aquel instante Ascunce le daba la voz de alto.

El criminal nada escuchó, y solo contestó con un pistoletazo á quema ropa, que apenas dió tiempo á Ascunce á desviarse una línea de donde pasara la bala.

El asesino dejó escapar una asquerosa maldicion, que terminó con un alarido.

Ascunce, rápido como el relámpago, habia á su vez descargado su carabina sobre el bandido, que cayó muerto á sus piés, dirigiendo al cielo, al cerrar sus ojos para siempre, una mirada amenazadora y sombría como la última blasfemia.

Pascual habia dejado de existir.

Entre tanto sus compañeros, que acosaban con no menos saña al Sr. Oliva, apenas oyeron los tiros, llenos

de espanto y de terror, trataron de saltar las tapias de los corrales para sustraerse á sus activos perseguidores, pero ya no era tiempo.

Los tres Guardias á diez pasos de ellos apuntándoles con sus fusiles les intimaron la rendicion; pero aquellos bandidos engañados con la falsa esperanza de una evasion ilusoria, se resistieron á entregarse; otra descarga resonó entonces y una nueva víctima cayó en tierra, vertiendo torrentes de sangre.

Manchado, mas afortunado que sus dos compañeros, pudo salvar las tapias, y aunque los Guardias llenos de ardor corrieron en su busca, no pudieron encontrarle, y todas sus pesquisas y pasos por las cercanías fueron inútiles.

Cuando regresaron á la casa de D. Alfonso Oliva, la autoridad local se habia constituido en ella y se hacia cargo de los dos cadáveres, igualmente que de dos pistolas de arzon y una navaja de grandes dimensiones que Ascunce habia cojido á los ladrones.

Este hecho llenó de consternacion á los vecinos del pueblo y de gratitud á D. Alfonso Oliva y á su jóven hermana que no encontraba espresiones con que demostrar su agradecimiento al que por defenderla habia espuesto tan valerosamente su vida.

Tan terrible escarmiento sirvió á los honrados moradores de Almendralejo de una garantía de tranquilidad para lo sucesivo, cuyo reposo se habia alterado hacia algun tiempo por los rumores y sospechas de que una cuadrilla compuesta de nueve hombres, cuyas intenciones y planes se presumian, era una continua amenaza para el ciudadano pacífico y laborioso.

El señor gobernador de la provincia se apresuró á dar las gracias á Ascunce, y el Excmo. Sr. Director del Cuerpo, despues de hacérselas tambien presentes, le propuso al gobierno para la recompensa que en su concepto mereciera el digno comportamiento del Guardia Fermin Ascunce y Ure cuyo valor y pericia le hacian acreedor al mas honroso premio.—

UN ROBO SOBRE SEGURO.

I.

Nada hay respetable ni sagrado para el hombre criminal.

Acostumbrado siempre á ser juguete de los mas perversos instintos, no hay nada que le contenga en el camino del crímen.

No parece sino que la fatalidad le impulsa; pero si inquiris las causas de este fenómeno, al momento descubrireis que las principales son la falta de direccion en la infancia y de instruccion en la pubertad.

Quien carece de creencias y de ilustracion, no puede apreciar debidamente los hechos, y no hay nada que le inspire temor, ni las penas de la otra vida, ni los castigos de esta.

Ya en otra ocasion hemos manifestado los perniciosos

efectos que produce la ignorancia, y que esta es el manantial perenne de todas las malas pasiones.

El hombre honrado, el que ha recibido educacion de sus padres y con ella creencias y buenas costumbres le vereis perecer de hambre y de miseria antes de cometer el mas insignificante hurto ó robo, antes de manchar su conciencia con cualquiera accion punible.

He aquí la razon por que hay muchos pobres que conservan limpia su honradez al través de las vicisitudes mas terribles; mientras que vemos entrar en las cárceles á personas que no careciendo de bienes, se lanzan al robo y al pillaje.

¡Cuántas veces no se han descubierto compañías de ladrones, entre cuyos socios figuraban en primera línea personas que estaban bien consideradas en la sociedad; personas que nadie se hubiera atrevido á sospechar de ellas!

Pero tales ejemplos, direis prueban que no es ya solo la ignorancia lo que produce los criminales. Ciertamente que no, si es que tomamos esa palabra en su acepcion mas vulgar, pero en cambio os diremos que otra clase de ignorancia llamada escepticismo, y otras ignorancias tambien que sirven de alimento á pasiones bastardas, son las que colocan al hombre en el sendero del mal.

Dado el primer paso en él, no hay mas que rodar hasta el abismo.

Innumerables ejemplos hay en estas Crónicas, y vamos á referir otro, no para justificar nuestras aseveraciones, sino para presentáros de relieve el importante servicio que prestó á la sociedad el cabo 2.° de la Guardia Civil, Joaquin Carril.

II.

En los dias 1.°, 2 y 4 de Junio del año de 1852, robaron las alhajas de oro y plata, vasos sagrados y otros efectos de las iglesias parroquiales de la de Santa María de Leston, de la de San Juan de Carballo, villa y cabeza de partido de su nombre y de la de San Ginés de Entrecruces, todas pertenecientes á la provincia de la Coruña.

Apenas circuló la nueva, el cabo Carril adoptó cuantas disposiciones creyó oportunas para capturar á los autores del sacrilegio.

En vano hizo pesquisas é indagaciones por todos los pueblos, aldeas y caseríos de la comarca: en vano se puso de acuerdo con algunas autoridades municipales para conseguir su objeto; los delincuentes ni parecian, ni aun habia sospechas de quienes pudieran ser.

Fatigado Carril, pero sin que por esto desistiera de su propósito, meditó un nuevo plan de inquisicion, para inspirar confianza á los ladrones y á sus encubridores, de que habia cesado contra ellos la persecucion activa.

Sospechaba que tendrian protectores, y acaso acertó en sus pronósticos, por lo que ocurrió despues.

En tales pesquisas se habian pasado algunos dias, y el 13 de Junio se dirigió Carril muy pensativo al palacio de la Condesa Gimonde, situado á una legua de Carballo, donde se celebraba una romería.

Vagaba Carril por entre la concurrencia, fijando su mirada escrutadora en todos cuantos podian infundirle sospechas por sus hechos y costumbres, pero se abismaba en sus dudas, y no conseguia descubrir el mas mínimo é insignificante detalle.

Cabizbajo y distraido, siguiendo la costumbre, mas bien que la inspiracion, entróse en el palacio de la Condesa.

Salió á recibirle el mayordomo, y al verle tan triste y meditabundo le preguntó.

—¿Que tiene V, cabo Carril?

—Nada; le replicó con amabilidad el cabo, saliendo de su estado de abstracion.

—Pudiera ser, dijo el mayordomo, haciendo un gesto de marcada incredulidad.

—Es muy poca cosa.

—Pues ya hay algo; repuso el mayordomo sonriendo.

—Contaré á V. lo que me tiene tan preocupado; y entonces tomando asiento el uno junto al otro, el cabo Carril refirió al mayordomo todo cuanto ocurria.

Al escuchar este la relacion, dijo á Carril que habia llegado á su noticia que hacia muy pocos dias se vendió un anillo de oro en una aldea inmediata, y que la tal venta era sospechosa.

Carril no quiso saber mas.

Un rayo de luz habia iluminado su mente, y ya creia tener en su mano el ovillo de aquella enredada madeja.

Se despidió del mayordomo y marchó á la casa-cuartel pensando en el plan que debia poner en juego al dia siguiente.

III.

Preocupado Carril con el dato que le diera el mayordomo, no durmió aquella noche y asi que amaneció el dia siguiente, lanzose del lecho y marchó al pueblo que el mayordomo le habia indicado.

Antes de dirigirse al comprador del anillo, y para desorientar á todos sobre el objeto que le llevaba á aquella aldea, dió algunos pasos, como si fuera con distinta mision.

El cabo Carril conocia perfectamente el carácter de los habitantes de aquellas villas y caseríos, y sabia que la menor imprudencia podria hacer que su proyecto fracasara.

Despues de estos y otros rodeos, se presentó á la persona que habia comprado la alhaja y con mucho tino y sagacidad pudo arrancarle la confesion del hecho.

Entonces supo quien habia sido el vendedor y los medios de que se habia valido para vender el anillo.

Carril habia dado ya con el rastro, y no podia descansar un instante, hasta no descubrir y apoderarse de los autores del sacrilegio.

IV.

Volvióse nuevamente el cabo á la casa-cuartel, y sin descansar un minuto, llamó al Guardia 1.° Manuel Rivera (1) y le dijo que le siguiera.

Inmediatamente tomaron el camino de San Ginés de Entrecruces y á poca distancia del pueblo se encontraron con uno de sus vecinos.

Carril le preguntó si habia visto á Diego Seoane y si sabia donde se encontraba en aquellos momentos.

El vecino le contestó que si no se equivocaba le parecia haberle visto á su paso en un prado, muy próximo de allí.

(1) Hoy cabo 1.° del tercio de Madrid.

Despidiéronse Carril y el Guardia del paisano y emprendieron la marcha en direccion al sitio indicado por aquel.

El paisano no se habia equivocado.

Diego Seoane quedó mudo de sorpresa al presentársele los Guardias, y el cabo Carril, como medida preventiva, le registró todos los bolsillos para ver si le encontraba algun objeto que pudiera confirmar sus sospechas.

No se engañaba.

Hallóle en uno de aquellos, como un palmo de encaje fino, y entonces preguntó á Seoane para qué lo queria, cuando de nada podia servirle.

—Sí, señor, le replicó el interpelado aparentando tranquilidad; lo quiero para hacer yesca.

—¿Y en dónde le has cogido?

—Lo compré en una feria por dos cuartos, contestó el Seoane con una pasmosa sangre fria.

—Pues bien, dijo el cabo Carril, hasta que se averigue que lo que me dices es cierto, vente arrestado con nosotros.

Seoane no murmuró ni una sola palabra.

Durante el tiempo que tardaron en llegar á la aldea, Carril le hizo algunas preguntas, pero aquel negaba siempre el hecho, y este no pudo sacar nada en limpio.

Llegaron por fin, al lugar, y se dirigieron á la casa del preso, que registraron inútilmente, porque no hallaron ni rastro de los efectos robados.

Siendo ya de noche, Carril quiso aprovechar el tiempo y volvió á dirigirle algunas preguntas, pero todas se estrellaban contra las frias negativas del Seoane, que se obstinaba en aparecer inocente del hecho qne se le imputaba.

Pasóse la noche, y por la mañana temprano procedieron á un nuevo registro de la casa del reo.

Notaron entonces, que al entrar en la cuadra, Seoane dirigió su vista á las paredes de aquella mas de una vez y con cierta ansiedad.

Creyendo que allí ocultaria alguno de los objetos robados, fué Carril reconociendo todos sus escondites, y cuando ya desesperaba de la empresa, tocando las paredes, notó que una de las piedras se movia.

Tiró de ella y se descubrió un profundo agujero.

Mete entonces el brazo y saca paños de manos y de altar, algunos de ellos manchados de cera.

Sin embargo, Seoane no se daba aun por confeso del delito.

Por fin, se sienta á la mesa el cabo Carril é invita al preso á comer, que lo acepta de muy buen grado.

Aprovechando esta ocasion, vuelve por última vez, á amonestarle y á dirigirle algunas preguntas, y entonces el delincuente declara su crímen, el sitio donde tenia escondidas las alhajas y el nombre de sus cómplices.

Asegurado Seoane, marcharon inmediatamente los dos Guardias al lugar donde estaban ocultas las alhajas, que rescataron casi por completo, y despues se dirigieron en persecucion de los otros dos delincuentes, que lograron capturar no sin gran trabajo.

Satisfechos de haber prestado tan buen servicio, dieron la vuelta hácia su casa-cuartel, y no bien amaneció el siguiente dia, partió el cabo Carril con los presos y cuerpo del delito á la Coruña.

Entregó unos y otros al Gobernador civil de aquella ciudad, el que le dió las gracias por el celo que habia

desplegado en la averiguacion y captura de los autores de aquel sacrilegio.

Tambien condujo presos otros cuatro individuos de la curia de Carballo, que habian tenido participacion en el robo; pero estos dieron lugar, con su maligna intencion, á un procedimiento que hubiera podido comprometer la libertad y el buen nombre del que habia cumplido con sus mas sagrados deberes.

VI.

Interesados los demas curiales de Carballo por sus compañeros, debieron sobornar ó amedrentar á Diego Seoane para que declarase que el cabo Carril le habia aconsejado que delatara á los cuatro curiales presos, como partícipes en el robo de las iglesias.

Y Seoane lo hizo así.

Pocos dias despues los curiales de Carballo elevaban una queja contra el cabo Carril, imputándole nueve delitos.

Al saber esto el pundonoroso cabo de la Guardia, pidió que se le formara causa; la cual, vista que fué luego en consejo de guerra, dió por resultado la falsedad de cuantas imputaciones se habian fraguado contra él, en venganza de haber cumplido exacta y fielmente con sus deberes.

En vista del fallo del consejo, el Excmo. Sr. Inspector General del Cuerpo, acordó que se ascendiese al cabo Carril por aquel servicio, teniendo presente el turno de eleccion.

Semejante ejemplo puede servir de una leccion pro-

vechosa, no solo á los que por temor á los malvados, falten á sus deberes, sino tambien para los que arrostran sus iras en bien de la justicia y de la sociedad.

Desgraciadamente no es el caso anterior el primero que vemos en los fastos judiciales; hay otros en que los inocentes han sido perseguidos por algunos malvados, que prevalidos de sus destinos públicos y de su poder, lograron su impunidad por algun tiempo; pero al fin, casi todos ellos recibieron su merecido, y la inocencia salió triunfante.

EL HUNDIMIENTO.

I.

Aun cuando nuestro objeto debiera solo limitarse á la narracion de los hechos heróicos y caritativos, que constituyen la aureola de gloria de esa Institucion que conocemos con el nombre de Guardia Civil, sin embargo, la historia de esos sucesos seria incompleta si no determináramos las causas que han dado orígen á ellos, para que puedan servir de leccion en el porvenir.

El hundimiento de una casa es el hecho que nos ocupa. A la simple enunciacion, ¿qué importancia puede tener para la sociedad? ¿Qué importa á esta que bajo sus ruinas perezcan uno ó todos los individuos de una familia? ¿Puede traer ese suceso un conflicto universal?

Así hemos oido razonar muchas veces á hombres que se tenian por muy ilustrados, y por eso hemos sentado

las anteriores premisas, por si hay alguno de entre nuestros lectores, que se interrogue de la misma manera.

Es cierto que no afecta á la sociedad en general la muerte de una sola familia; pero tambien no lo es menos que aquella no puede mirar con indiferencia la pérdida del mas insignificante de todos sus miembros, porque desde este momento, se decretaba la disolucion social, y el reinado del fuerte sobre el débil.

Desde ese momento el individuo se separaria del individuo y ni habria leyes protectoras de la propiedad, ni de la seguridad personal.

Desde ese momento la humanidad entera se convertiria en un caos.

Ved la razon por que la sociedad no puede mirar con indiferencia el mas pequeño detalle que afecte á cualquiera de los individuos de que se compone, y por eso vereis en todas partes leyes y reglamentos, autoridades y agentes que vigilan por el bienestar de los ciudadanos.

Los pueblos tienen sus corporaciones municipales, que deben ser los centinelas constantes, y los decididos defensores de sus intereses.

Encomendada á aquellas una autoridad paternal sobre el municipio, no puede sin faltar á sus mas sagradas obligaciones, descuidar la policía rústica y urbana en todos sus ramos.

¿Qué responsabilidad no contraeria un ayuntamiento que por falta de vigilancia, sobreviniese una enfermedad que diezmase sus administrados? ¿Que por falta de vigilancia tambien, se convirtieran en montones de ruinas manzanas de casas sepultando en sus escombros á numerosas familias?

¡Cuántas reflexiones pudiéramos hacer sobre esto! Pero lo dicho basta á nuestro propósito: sin embargo, debemos llamar la atencion sobre esos descuidos, que siempre son trascendentales, y desearíamos que en adelante no hubiera.

II.

El pequeño pueblo de Quintana del Puente está situado á cinco leguas de Palencia.

Las pocas casas de que se compone, son por lo general, pequeñas, viejas y de mala construcion, y precisamente esta desfavorable circusntancia se agrava mas y mas por el completo descuido en que se encuentra la policía urbana á juzgar por sus efectos.

La solidez, firmeza y salubridad de las viviendas son quizás la garantia mas poderosa de la tranquilidad de las familias, que pasan su vida dentro de ellas.

No se concibe en efecto, que bajo un techo desmantelado, y surcado de profundas grietas, pueda conciliarse un sueño tranquilo que de un instante á otro pudiera convertirse en eterno por el desplome de una viga que carcomida por los años, es una amenaza constante del que se cobija bajo de ella.

Sin embargo, muchas veces la ignorancia, muchos tambien el alarde de una impasibilidad imcomprensible, y algunos la necesidad y la miseria, son causas de que haya nuevas víctimas que lamentar, y nuevas pérdidas que sentir.

III.

Seis personas componian la familia que habitaba en una de las casas del mencionado pueblo de Quintana del Puente.

Serian como las ocho de la noche del dia 1.° de Febrero de 1858 y estas seis personas, sentadas al rededor de una pobre mesa de pino cenaban con la satisfaccion que pueden hacerlo los que han cumplido con sus deberes y han estado trabajando por espacio de todo un dia.

Nada parecia turbar la franca y cordial alegría de aquella familia, que muy lejos de sospechar la próxima catástrofe de que iba á ser víctima, se disponia á recogerse satisfecha y gozosa de su apacible tranquilidad.

¡Ay! y cuán pronto un terrible acontecimiento la dejaria muda de espanto y convertido en llanto y luto aquel placentero bienestar.

A las cinco de la mañana, cuando aun la oscuridad de la noche no se habia disipado por completo; cuando mas profundo era el sueño de aquellos seres, la casa que los guardaba pareció estremecerse como por un movimiento convulsivo. Solo el hijo mayor de la familia, fué el único que lo sintió.

Se levanta; corre á la alcoba de sus padres, vuela á la de sus hermanas, grita, pide socorro, pero ¡ay! en vano.

El techo se desprende con estrépito, y entre un torbellino de polvo, envuelve al infeliz que habia previsto la desgracia, y como si por esto quisiera castigarles un destino cruel, le precipita entre los escombros. Aquella

voz que gritaba «fuera» á sus amados padres, á sus queridos hermanos cesó de oirse, y solo se escuchó despues un prolongado y doloroso gemido, que ahogaron el rechinar de las maderas y el ruido que hacian los escombros al caer en tierra.

Los gritos, los ayes, los lamentos desgarran el corazon; las paredes se hunden, el tejado se desploma, y aquellos infelices sofocados, casi afixiados por el polvo, sin fuerzas para abrirse paso, estienden á derecha é izquierda sus brazos que impotentes para sostener los paredones que se derrumban, se doblan desfallecidos y exánimes.

Apartemos los ojos un momento de ese cuadro desgarrador, que contrista el alma, y fijémoslos en dos hombres que saltan y se precipitan sobre los escombros.

¿Quién son esos dos seres valientes y humanitarios?

¿Quién les ha avisado? ¿Cómo se presentan en tan oportunos instantes, cuando aun los vecinos mas próximos del lugar de la catástrofe, no han tenido tiempo para salir de su asombro?

No lo sabemos, pero conocemos sus nombres.

Son el cabo 1.° de la GUARDIA CIVIL Severiano Lerones y Martin (1) y el Guardia 1.° Fermin Martin Villar (2).

IV.

Aquellos dos hombres intrépidos saltaron sobre el monton de ruinas, de entre las cuales salian los alaridos lastimeros de los que sentian escaparse su existencia bajo

(1) Hoy sargento del 9.° tercio.

(2) Hoy cabo 1.° comandante del puesto de Guardo, provincia de Palencia.

el enorme peso de las piedras hacinadas sobre sus magullados miembros.

Martin Villar, fogoso, lleno de vida, rápido como el pensamiento, principia á separar escombros cuyo inmenso peso no hubiera podido levantar, otro que no resistiera como él los nobles impulsos de una piedad tan cristiana como heróica.

Aun á riesgo de su misma vida, y guiándose del lastimero gemido del moribundo, penetra en lo interior, de la que poco antes era casa; desprecia el peligro con que le amenazan los maderos próximos á venirse abajo, y el resto de las paredes que se inclinaban sobre su cabeza, como si amagasen aniquilársela con su caida.

Con las manos ya destrozadas, rendido de fatiga, y flaqueando sus rodillas, parece que desistira de su noble empeño. Pero no ¿qué le importa? Aun puede hacer un esfuerzo mas y sobreponerse á la debilidad humana.

Ya ha salvado á tres seres, ya los vé respirar en una atmósfera mas pura, y todavía busca anhelante á los otros infelices, que entre los ladrillos y las piedras estan próximos á perecer.

¡Ah! que bello está el hombre en esos momentos supremos!

Ved á Martin Villar, cubierto de yeso y de polvo, hecho girones su uniforme, despellejadas las manos, y ved en su rostro retratada la satisfaccion inmensa de su conciencia.

El ha salvado á la desdichada familia de una muerte tan horrorosa como segura; pero ¡ay! todo su valor, toda su abnegacion no ha podido libertar de ella á uno de los que encontraron su tumba entre los escombros.

El primero que habia caido envuelto en las ruinas era tambien el primero y el único que sucumbia encima de los escombros.

V.

Eran á la sazon las seis de la mañana.

Los vecinos de Quintana del Puente, agolpados al rededor del sitio de la desgracia, miraban con dolor aquel triste espectáculo, y con asombro y gratitud á los dos Guardias, y en especial á Martin Villar.

Hay ciertas acciones que no necesitan encomiarse.

Todos los elogios parecen escasos; todas las alabanzas pequeñas.

El ilustrado criterio de nuestros lectores podrá juzgar de la importancia de la conducta de estos beneméritos Guardias en aquellos terribles momentos.

Una familia les debia su salvacion.

¿Qué mas elogio á los ojos de la humanidad?

El señor Director general del Cuerpo, el gobernador de la provincia, las autoridades locales, el pueblo entero de Quintana del Puente les daban las gracias mas sinceras en prueba de su reconocimiento.

El recuerdo de esta accion no se borrará nunca de la memoria de aquellos honrados vecinos, ni de la conciencia satisfecha de aquellos Guardias que prestaron á su presencia servicio tan eminente.

NO HAY DEUDA QUE NO SE PAGUE.

I.

Quien obra mal no espere bien, dice un antiguo refran castellano, y que ciertamente trabaja mucho en la vida del hombre.

Quien ha cometido un delito no puede dormir tranquilamente en su lecho, y aunque haya algunos que tengan la buena suerte de burlar la justicia humana, sin embargo, jamás podrán librarse de un juez mucho mas recto y severo, què va siempre con el delincuente y que pesa una por una todas sus acciones.

Este juez es la conciencia.

Este juez no reconoce dignidades ni categorías.

Para este juez no bastan recomendaciones ni ofertas á las cuales se doblegan muchas veces los débiles.

A este juez no le fascinan los halagos, ni se le engaña con pruebas falsas.

No faltará acaso quien dudando de esta verdad, pretenda argüirnos con la invisibilidad del castigo; pero es porque no se han hecho cargo de que la pena es propia del juez invisible que la impone, de la conciencia.

Pero no es tanto como muchos se figuran, porque no se toman la molestia de reflexionar un instante.

Y sino, contestadnos.

¿Por qué huye de los hombres el criminal?

Porque su conciencia le dice que ha faltado á sus deberes; que ha causado daño á las personas, y la sociedad por medio de los encargados de vigilar por el órden y bienestar de los asociados, le persiguen para castigarle con la pena á que se haya hecho acreedor por su mala conducta.

Esta es la regla general, es decir, lo que sucede comunmente.

Vamos ahora á las excepciones.

Algunos dicen: hay hombres que han cometido delitos y hasta crímenes, que se pasean impunemente entre las gentes honradas, y aun lo que es mas, se les tributan homenages y consideraciones por los ciudadanos que ocupan elevadas posiciones, sin que la justicia humana pueda castigarles.

Tienen razon y es justa su queja al parecer; pero no lo es en su esencia.

Aprecian los hechos por falsas esterioridades, que les conducen de error en error hasta el absurdo.

No profundizan jamás en las cuestiones que mas ventajas podrian reportarles, y de aquí que muchas veces caigan en la sima del mal, por imitar á aquello de que mas debieran huir.

Nada importa que vean á un hombre pasear en lujosos trenes, y sonreir ante la multitud que pasa á su lado, y que le tilda por sus detestables acciones, porque la tranquilidad que se refleja en su semblante puede ser aparente, y fingida la sonrisa que asoma á sus labios.

¿Han estado alguna vez con ese hombre en su solitario gabinete, y le han oido por ventura en esos momentos en que el individuo se muestra tal como es en sí y descubre todos los sentimientos que agitan su corazon?

¿Han velado á la cabecera de su lecho, y han sido testigos acaso de la intranquilidad de su sueño, de las pesadillas que le atormentan ó del desvelo que le mortifica?

Ved aquí porque no todos disfrutan de la dicha y de la tranquilidad que aparentan.

Muchas veces habreis oido decir que hay hombres que se sobreponen á todas sus penas y á todos sus remordimientos, y que en los instantes mas críticos de su mísera existencia, se presentan ante el público con una sonrisa de alegría; pues deducid de aquí la consecuencia.

Esos hombres que así sonrien en medio de una opulencia qne han labrado inícuamente á costa del sudor y de la sangre de infinitas familias, cambiarian su estado de miseria moral en medio de tantas riquezas, por la tranquilidad de conciencia del pobre labrador, en medio de sus apuros pecuniarios.

Ya vereis como no siempre se disfruta en la aparente tranquilidad los frutos de un crímen ó de un delito.

II.

Vivia en Tortosa, ciudad bastante populosa de la provincia de Tarragona, un caballero muy bien acomodado, el que tenia á su servicio á un jóven que se llamaba Mauricio Santa Cana.

Confiado en la honradez y buenas prendas que adornaban á su criado, y que no habia desmentido nunca, hasta entonces, aunque no le daba conocimiento de sus negocios ni de sus intereses, tampoco se ocultaba ni se privaba de hablar de aquellos á su presencia.

Conocedor Mauricio de la fortuna de su amo, debió corresponder á su confianza con pruebas de mayor esmero, y de una fidelidad mas acrisolada; pero las cualidades que le distinguieran, no debian estar muy arraigadas en su alma, cuando un soplo de la ambicion bastó para destruirlas en un momento.

Desapareció aquella honradez tan apreciable del corazon de Mauricio, y empezó á alimentar la idea de un lisonjero porvenir cimentado en un delito.

Pensó en robar á su confiado amo, y desde aquel instante empezó á meditar un plan, que no solo correspondiese á los resultados que se prometia su codicia, sino que tambien le pusiera á cubierto de los tribunales.

Mauricio sabia que el hecho que meditaba era reprobado, y sin embargo, no se hizo una sola reflexion para desistir de tan criminal empresa.

Ingrato con quien le daba el pan, no pensó ya mas que en captarse la mas completa confianza de aquel, para que el golpe fuera mas seguro.

Se arrastraba á sus plantas como la serpiente, para enroscarse á su garganta en la primera ocasion.

Y así sucedió.

Supo un dia Mauricio por su amo, que se encerraban en sus gabetas algunos miles de duros.

Como aquel habia tenido el suficiente tiempo para meditar el proyecto y proveerse de los útiles necesarios, fuéle muy fácil realizar sus deseos, sin que su delito dejara mas rastros que la falta de los intereses del sitio donde su dueño los guardaba.

El caballero, seguro de la fidelidad de su criado, no habia imaginado siquiera, que este intentara robarle, así es que no se cuidaba mas que de sus asuntos exteriores.

Llegó, pues, el momento en que Mauricio creyó oportuno dar el polpe.

Provisto de todo lo necesario, y sin que hubiese nadie que pudiera estorbarle, entróse en el despacho de su amo; abrió las gabetas de su escritorio, y encontró por fin el anhelado tesoro que buscaba.

Ante la vista del oro, su imaginacion se exaltó; sus ojos brillaron con un fulgor siniestro; la codicia se retrató en su semblante, que palideció de emocion, y sus manos temblorosas se posaron al fin, sobre el fascinador y apetecido metal.

Aun cuando Mauricio tenia completa seguridad de que nadie lo sorprenderia en aquel acto, sin embargo, se estremecia al menor ruido, y una violenta agitacion se habia apoderado de todos sus miembros.

Estaba seguro, y sin embargo, temblaba como un azogado, y mejor dicho, como un criminal que se ve perseguido por la justicia de los hombres.

Mauricio no comprendió entonces, ó no quiso comprenderlo, que aquel temor que embargaba sus facultades y sus movimientos, era una inspiracion, un grito de su conciencia que le advertia su mal proceder.

Mauricio no comprendió que aquella cosa invisible que le inspiraba aquel temor que le gritaba, «ladron» con una voz sorda, que nadie mas que él podia oir, era su conciencia, aquella conciencia, juez del hombre, que le acompaña á todas partes; que aprecia sus acciones, y que en vano intentará huir de ella, porque le será imposible.

Mauricio no comprendió entonces que aquella misma conciencia que empezaba por darle un aviso, cuando se encontraba solo y cuando nadie podia oponerse á la satisfaccion de sus deseos, habia de ser su acusador y su martirio constante en lo futuro.

Decidióse, en fin, el ingrato criado á robar á su amo; la codicia triunfó de la honradez, y contó hasta cuatro mil duros.

Me basta esto, dijo para sí.

Cerró las gabetas y colocó el dinero robado en lugar seguro.

Lo que pasó despues de esta escena lo ignoramos.

Por los antecedentes que tenemos á la vista, Mauricio debió huir de la casa de su amo.

Así que se supo el hecho, se habló mucho por las gentes de la poblacion.

Poco tiempo despues apenas se recordaba en Tortosa el nombre del malhechor.

¿Quedará impune este delito?

No; y ya sabreis cuál fué el fin del delincuente.

III.

Era el año de 1857.

Acercábase el tiempo que determina la ley para la eleccion de concejales.

Los vecinos de la villa de San Quintin de Mediona, pueblo perteneciente á la provincia de Barcelona, se reunieron segun costumbre, para acordar el nombre de las personas que habian de elegir para que formasen el ayuntamiento.

En el instante que se pronunciaron algunos nombres resonó el de Mauricio Santa Cana, hombre honrado y laborioso que poseia una fortuna decente.

Hacia ya muy cerca de doce ó trece años que se domiciliara en el pueblo, y su conducta exterior no habia desmentido la buena opinion que de él formaran sus convecinos.

Tenia ambicion como los demas individuos, pero sabia reprimir los deseos, y evitaba malquistarse con sus convecinos.

Celebróse, por fin, la eleccion, y Santa Cana fué elegido concejal, y nombrado despues teniente alcalde por el Gobernador civil de la provincia.

Mauricio Santa Cana estaba, pues, al abrigo de toda sospecha.

Nada, al parecer, debia infundirle temor.

Ya habrán comprendido nuestros lectores que el Mauricio Santa Cana, teniente de alcalde de la villa de San Quintin de Mediona, era el mismo Mauricio Santa Cana criado de aquel caballero de Tortosa á quien robó los cuatro mil duros.

Ved en que manos estaba la autoridad protectora de los intereses del municipio.

Es cierto que Santa Cana habia sido un ladron que pudiéramos llamar juicioso, y que con el dinero robado logró hacer uua regular fortuna, pero esta fortuna estaba fundada en un delito, y no era legitima.

No era un criminal terrible ni odioso, pero al fin era delincuente y su conducta no admitia disculpa de ningun género.

Su conciencia debió castigarle severamente, pero aun quedaba la justicia de los hombres, que tenia que satisfacer á la vindicta pública.

Y tambien esta quedó satisfecha.

Los juicios de Dios son inescrutables.

IV.

Habiendo sido nombrado jefe del puesto de la Guardia Civil de Villafranca del Panadés el cabo 2.° de la misma Ramon Lopez Fernandez, su primer cuidado fué el de estudiar las costumbres de los pueblos de su demarcacion y conocer la historia de sus habitantes.

Con este motivo, quiso enterarse tambien de los documentos que existian en el pequeño archivo del puesto, y aunque muchas veces lo habia intentado, las perentorias ocupaciones del servicio se lo impidieron siempre.

Llegó por fin el dia en que con algun descanso pudo satisfacer sus deseos y registrando la correspondencia se encontró Fernandez con un oficio del juez de 1.ª instancia de Tortosa fechado en el año de 1848 y en el cuál se reclamaba la captura de Mauricio Santa Cana, como autor de robo á un vecino de aquella ciudad.

El cabo Fernandez recordó en aquel instante, que en su dermarcacion y en el pueblo de San Quintin de Mediona existia un sugeto que llevaba el mismo nombre; sin embargo, prenderle sin asegurarse antes de que era el mismo, hubiera sido la mayor de todas las imprudencias; mas aun, hubiera sido una falta gravísima, irreparable; porque afectaba á la honra y á la tranquilidad de un ciudadano y acaso de toda una familia, y esa honra y esa tranquilidad una vez menoscabada no se reponen tan facilmente.

Comprendiendo esto Fernandez sus primeros pasos se dirigieron á identificar la persona del acusado, de una manera sigilosa.

Preguntó á las gentes del pueblo, y todos estuvieron acordes en ciertos informes.

Todos manifestaron que Santa Cana hacia trece ó catorce años que se estableció en aquella villa, que habia observado una conducta irreprensible, y por cuya razon lo tenian por un hombre honrado.

Tan buenos informes no hicieron desistir de sus indagaciones al cabo Fernandez, que fija su vista en Santacana, le creia el autor del robo de los cuatro mil duros.

La coincidencia del tiempo en que se perpetró el delito con la de la llegada del Mauricio Santa Cana á la villa de San Quintin de Mediona, era un dato fatal, que comprometia al teniente de alcalde.

Pasarónse unos dias y el cabo Fernandez logró lo que anhelaba, sus indagaciones le dieron por resultado el identificar la persona del reo, en cuyo concepto se decidió á prenderle y presentarle al juzgado que lo reclamaba.

V.

Amaneció la mañana del 23 de Junio de 1858.

El cabo Fernandez llamó á los Guardias segundos Francisco Altarriba (1) y Sebastian Cládera (2) y les mandó que le acompañaran.

Partieron los tres en direccion al pueblo de San Quintin de Mediona y durante el camino les indicó el objeto de aquella espedicion.

Llegaron á la villa y su primer paso fué el de presentarse al alcalde 1.°, á quien el cabo Fernandez manifestó el objeto de su visita, y le enseñó la órden del Juez de 1.ª instancia de Tortosa.

Quedó pasmado el pobre alcalde; pero no pudo resistirse á cumplir con el penoso deber de acompañar á los Guardias para que se apoderasen de su compañero.

Mudo y pasmado quedó Mauricio de Santa Cana al oir la intimacion del cabo Fernandez, y apenas pudo balbucear algunas palabras.

—¿Por qué motivo, dijo, vienen ustedes á prenderme?

—Por figurar usted como autor de un robo cometido en Tortosa en el año de 1843.

—Es falso que yo... Y no pudo articular mas palabras.

—Si es usted inocente ó culpable lo declarará el juzgado que reclama su captura.

—Es falso; volvió á repitir indignado el Mauricio; pero estoy dispuesto á comparecer.... Y una palidez mor-

(1) Hoy Guardia 1.ª en la Provincia de Lérida.
(2) Es cabo 2.° y jefe del puesto de Bagá en la provincia de Barcelona.

tal cubria su semblante, y gotas de un sudor frio corrian por su rostro.

—Pues sigános usted, dijo friamente el cabo.

Viendo entonces Santa Cana, que no habia mas recurso que obedecer, puso en conocimiento de su familia tan lamentable suceso.

Un grito de dolor y de desesperacion resonó en todos los ámbitos de la casa. A la tranquilidad, sucedió el llanto y la pena en unos seres que estaban inocentes, y cuyo delito no era otro que el de haber unido su suerte á la de un hombre culpable de un delito que ignoraban.

Pero ya no tenian otro remedio que resignarse y sufrir.

Despidióse Santa Cana de su desolada familia y partió con los Guardias en direcion de Tortosa.

Así que llegaron á la ciudad el cabo Fernandez entregó el preso al juez de 1.ª instancia de la misma, el que no pudo menos de darle las gracias por el celo y la actividad que habia desplegado en el asunto.

Tambien en el instante que llegó á conocimiento de los jefes superiores del Cuerpo, dieron las gracias al cabo Lopez (1) por el feliz acierto con que habia procedido en un asunto tan delicado como peligroso y difícil.

Quien de esa manera cumple con su deber, es digno ciertamente de los mayores elogios.

Mauricio Santa Cana quedó pues, en manos del Juzgado, pero ignoramos la sentencia que recaeria en la causa. De todos modos, la espiacion habrá sido terrible.

Perder en un instante toda la fortuna que habia logrado reunir, y mas aun la nota de honrado que gozaba

(1) Hoy comandante del puesto de Mommaneu.

entre sus conciudadanos, es la peor pena que podria imponerse al hombre que se estimase en algo.

Mauricio Santa Cana se encontraba ya en esa situacion. Si ha logrado una sentencia absolutoria merced á su buena conducta posterior á la comision del delito, sin embargo esta no le indemniza ni puede indemnizarle de todo cuanto ha perdido.

Este cuadro ofrece una leccion muy elocuente para todos aquellos hombres que se dejan dominar por la codicia.

Sepan, pues, y de una vez y para siempre que nunca quedan impunes los crímenes y sin un castigo físico ó moral las malas acciones.

HEROISMO Y ABNEGACION.

I.

Así como las naciones tienen su historia tambien la tiene el individuo, y en ella se consignan los hechos heróicos de los pueblos y tambien las de sus mas preclaros varones. Sin embargo, hechos hay que aun cuando heróicos, como no afectan á la mayor parte de la sociedad, constituyen otra historia que bien pudiéramos llamarla individual de los pueblos.

Consignar en ella sus hechos mas dignos y generosos, apuntarlos para que su recuerdo viva y se perpetúe, es la mision mas grata que puede caber al historiador, y el premio mas digno que puede conferirse al que con su virtud ó su valor, su generosidad ó su arrojo se ha hecho acreedor á tan honrosa memoria.

Pocas líneas necesitaremos para narrar uno de esos hechos, que llenan de satisfaccion al que los consuma y de admiracion á quien los conoce.

Su indisputable mérito hace inútiles las galas con que pudiera adornarle la poesía.

Nada hay en efecto que supere al secreto y dulce sentimiento que abrigamos al conocer ó presenciar una accion generosa; parece que nuestros propios impulsos se identifican con los del ser que admiramos ó compadecemos, y por nuestra misma satisfaccion ó sentimiento, juzgamos la alegría ó el pesar del que es objeto de nuestra contemplacion.

II.

El puesto de la GUARDIA CIVIL del pueblo de Robla en la provincia de Leon, está situado en el punto llamado venta de la Tuerta.

Dos Guardias salian de aquella pequeña casa al anochecer del dia 19 de Octubre de 1851, á donde fueron á preguntar á sus compañeros si ocurria novedad en su término, ó si habia algun preso que conducir.

Estos Guardias eran los segundos Cárlos Ordoño y Mateo Fernandez (1).

Nada habia acontecido, y por lo tanto echaron á andar en direccion á las ventas tituladas de Carbajal, en cuyo punto acostumbraban á hacer parada.

La noche era oscura, y un viento húmedo y frio soplaba fuertemente.

Los dos Guardias se arroparon con sus capotas y aceleraron el paso, deseosos de llegar á la casa que habia de proporcionarles un abrigo contra la intemperie.

---

(1) Difunto ya.

Pero bien fuese por la oscuridad ó bien porque las ventas de Carbajal estuvieran aun á larga distancia, es lo cierto que al no divisarlas los Guardias, les parecia que habian mudado de sitio. Tal deseo tenian de llegar á sus puertas, deseo nada extraño atendido lo lluvioso y frío de la noche.

Fernandez, menos impaciente que su compañero, se detuvo un instante como reflexionando si habrian equivocado el camino, cuyos temores comunicó á Ordoño.

—No tengas cuidado Mateo, respondió éste. Conozco perfectamente el terreno. Estamos en línea recta á las Ventas y estoy seguro que no nos faltan doscientos pasos para llegar.

—Pues entonces adelante, dijo Fernandez, echando á andar de nuevo.

—No, aguarda; respondió Ordoño deteniéndole del brazo.

—¿A que nos hemos perdido? dijo Mateo volviendo á su primera idea.

—No, no es eso; es que me parece... ¿no oyes?

Mateo escuchó con atencion.

—No oigo nada.

—Pues yo sí, dijo Ordoño con el aplomo del que no se equivoca; preciso es que tengas malos los oidos ó que te hayas vuelto sordo.

—¿Pero tú oyes algo que te alarme?

—Sí, sí; repuso Ordoño mas convencido que nunca. Oigo unas campanas que hacen la señal de fuego; pero ni sé dónde, ni desde aquí lo podemos averiguar. Ven, ven dijo á su compañero echando á andar en direccion contraria á la que entonces llevaban.

—Me parece que te equivocas, replicó Mateo en la la creencia que su compañero era juguete de una ilusion acústica.

—Bueno, bueno, ahora lo veremos.

Ordoño aceleró el paso.

Mateo en su incredulidad le seguia de mala gana, esperando que su compañero no tardaria en arrepentirse de su error.

Pero cual no fué su sorpresa, cuando al llegar á una pequeña altura, desde la cual á ser de dia hubieran divisado el pueblo de Bustillo, distinguieron á lo lejos una roja columna de humo ó mas bien las oscilaciones de las llamas que alumbraban como un relámpago y de vez en cuando los tejados de las casas de la aldea.

—¿Ves ahora? dijo Ordoño, señalando con la mano el punto luminoso que se dibujaba en el horizonte.

—Sí, contestó Fernandez, hay fuego en Bustillo.

—No hay tiempo que perder. Corramos, Mateo, corramos, tal vez aun no sea tarde.

—¿Y el rio?

—¿Qué?

—Que hay que atravesarle para llegar á Bustillo. Ayer y antes de ayer ha tenido avenida y ahora no se podrá vadear.

—Sí, Mateo, ya lo atravesaremos como Dios nos dé á entender. Tú eres valiente, y yo no he de quedarme atrás.

De esta manera el discreto Guardia trataba de no dar pábulo á los temores de Mateo, que en realidad eran fundados, porque el peligro era seguramente tan cierto como inminente.

Sin embargo, Mateo no era hombre que retrocediese

ante los obstáculos, y una vez deshechada una observacion suya, se abstenia de hacer otra y obedecia pasiva y valerosamente; así es que al llegar á la orilla del rio Bernesga, se paró como esperando órden ó pidiendo consejo á Ordoño.

El Bernesga crecido considerablemente con las recientes lluvias, se precipitaba con estrépito por un extenso cauce, como si fuera un torrente, lo que hubiera infundido pavor al que intentara vadearle á la luz del dia, de modo que era mucho mas imponente en una noche oscura y tenebrosa.

El sonido metálico de la campana se oia allí con claridad y tambien se divisaba el resplandor de las llamas del incendio.

Ordoño aflojó la hebilla de su cinturon y se colgó á la espalda el fusil.

—Este es el camino, dijo señalando á Mateo el rio que resbalaba junto á sus piés.

—Pues si no hay otro, respondió este, preciso será salvarle. Pero yo apenas sé nadar, y no sé si llegaré á la orilla opuesta.

Ordoño reflexionó un momento.

—Yo te ayudaré y te aguardaré en el agua.

—Bueno, contestó Mateo, pero antes quiero despedirme de tí, porque eres un buen amigo y tal vez no volvamos á vernos.

Los dos Guardias se abrazaron tiernamente.

Ordoño sin esperar un momento mas, se entró en el rio, y Mateo se precipitó tras él.

Accion sublime, porque el bravo Guardia creia segura su muerte.

La entrada de los dos fué casi simultánea, y Ordoño que no era hombre que abandonase á su compañero, apenas oyó la voz de Mateo cerca de sí, le cogió de la mano y empezó á remolcarle hasta la opuesta orilla.

Llegaron no sin grandes esfuerzos á tierra, y sin detenerse un instante marcharon en direccion al pueblo.

Un cuarto de hora despues entraban en Bustillo.

III.

En aquel momento el fuego mas intenso y amenazador que nunca, tomaba un incremento espantoso á impulso de un fuerte viento que lo avivaba.

Ordoño y Fernandez, llenos de lodo, destilando agua de sus vestidos y rendidos de fatiga, penetran entre la multitud que contemplaba impasible aquel triste especctáculo.

Fernandez coge una piqueta, Ordoño un hacha y aquellos hombres infatigables se precipitan en aquel volcan, como si quisieran luchar cuerpo ó cuerpo con el voraz elemento como habian luchado con el agua.

Al resplandor de las llamas se ve á Fernandez sobre el tejado, tirando á piquetazos la pared que comunicaba con la casa contigua, y tan pronto en un sitio, tan pronto en otro, consigue por lo menos aislar el fuego que amenazaba extenderse.

Ordoño en el piso bajo oye los alaridos de una persona que pide auxilio, atraviesa temerariamente por entre un volcan de llamas, despedaza á hachazos una puerta que se opone á su paso, y á traves de un humo denso y sofocante, coge en sus brazos á un anciano que el peso

de los años no le permitia luchar con el terrible elemento que casi le rodeaba.

Lleno de satisfaccion, radiante de júbilo y de triunfo, Ordoño logra atravesar, con el anciano en brazos, dos de las habitaciones que eran presa de las llamas, pero cuando solo faltaban cuatro pasos para librarle por completo, cuando ya distinguia el puerto salvador en que iba á depositar al hombre por el cual habia expuesto su vida, la enorme viga que le sostenia se parte de pronto y los sepulta á entrambos en los escombros.

Ordoño cayó como cae el héroe, sin exalar ni un ¡ay! ni un grito; pero á su lado resonó uno terrible que salió de entre los que lo presenciaron.

Dos vecinos del pueblo, cuyo nombre sentimos ignorar, espectadores de la catástrofe, dejándose llevar de un impulso generoso, se arrojan sobre aquel monton de ruinas, en las cuales Ordoño y el anciano yacian tendidos. El primero exánime, el segundo sin vida.

Inútil fué todo el arrojo del valeroso Ordoño; todos sus esfuerzos fueron vanos, y la fatalidad no quiso que viera satisfechos sus generosos sentimientos.

Cuando recobró el sentido, miraba con profundo dolor el pálido cadáver del que creyó salvar.

Ordoño habia perdido toda su ropa en el fuego.

Fernandez salió tan estropeado como su compañero.

Este servicio fué recompensado por sus jefes superiores, y los vecinos todos de Bustillo se disputaban el cuidado y socorro de aquellos dos valientes Guardias, que casi desnudos y cubiertos de quemaduras habian dado á su presencia un ejemplo tan notable de valor, de abnegacion y de humanidad.

UN CRIMEN MISTERIOSO.

I.

Cuando el delito se ha consumado, cuando ya no es posible ni precaverlo, ni evitarlo, cuando solo quedan sus consecuencias tan tristes, como palpables y evidentes, entonces tiene la sociedad que cumplir un deber tan terrible como solemne, tan doloroso como justo.

Ese deber es, el de castigar al delincuente.

Inútil es que el perverso busque en la fuga la impunidad de su atentado; en vano que rodee el crímen de un misterio impenetrable para la ley; el fallo se dicta, y la sentencia tarde ó temprano se cumple y se ejecuta.

La oscuridad del delito es casi siempre transitoria, y el criminal que á su sombra cree burlarse de la justicia humana, solo acaricia una ilusion que pronto desvanece la realidad.

Horrible debe ser el desengaño del que creyendo evadirse del castigo, oye de repente las pruebas que le acusan y la sentencia que le condena.

Horrible debe ser para el culpable que se ha librado por algun tiempo de la accion de las leyes tener que agregar al peso de su oprimida conciencia el de la grave cadena que arrastra con oprobio en un presidio.

Y sin embargo, por triste y penoso que sea este deber, la sociedad agraviada tiene que cumplirle, por que de lo contrario el amparo de las leyes se haria ilusorio, y la impunidad de un delito alentaria la ejecucion de otros mayores.

Estas reflexiones, son hijas del triste suceso que vamos á dar á conocer á nuestros lectores, y que como uno de tantos, no hace mas que probarnos hasta la evidencia, que la espiacion sigue á la culpa, como una consecuencia providencial y terrible.

II.

En el mes de Febrero de 1857 se hallaba en la villa de Amposta (Tarragona) ocupado en los trabajos de la canalizacion del rio Ebro un francés llamado Mr. Estier.

Sin que nosotros hayamos podido averiguar las causas, es lo cierto que le unia una estrecha amistad, con un vecino de aquella villa cuyo nombre era Vicente Fudo (á) Catalan.

Este hombre de malos antecedentes, anotado como sospechoso en el libro del puesto de la Guardia Civil, y sujeto á la vigilancia de la autoridad, no se separaba de

Estier un solo instante, como si procurase aumentar la intimidad que con él le unia.

Estier ignorante quizás de la mala eleccion que habia tenido tomando por amigo á un hombre de tan malos antecedentes, debió creer en su amistad y lejos de abrigar respecto á él la menor sospecha, confiaba ingénuamente todos sus secretos al Catalan, el que sacaba de tales confidencias, todos los datos que convenian á la horrible traicion que contra su amigo fraguaba.

El dia 12 del mismo mes de Febrero era domingo.

Estier, salió por la tarde de la casa en que vivia y sin rumbo fijo, pero con ánimo de pasearse se dirigió á la plaza de Santa Susana, donde encontró á su amigo.

—Ya te iba á buscar, le dijo este, me aburro de estar solo, queria que me acompañases, y ya que te encuentro me ahorras el trabajo de an lar de acá para allá.

—Pues aquí me tienes, dijo el francés, estrechando la mano de su falso amigo; si quieres venir á dar un paseo te lo agradeceré, pues tengo ganas de respirar el aire libre.

—Iremos los dos, pero antes podriamos entrar en casa de Roque y echariamos un trago.

—No, no; á la vuelta te convidaré: te lo tenia ofrecido para el dia que cobrase y ya ves que no me vuelvo atrás, porque ayer cobré y hoy quiero cumplirte la promesa.

—¿Con que al fin te han dado ya tus cuatro mil reales dijo el Catalan; procurando dar á su pregunta todo el viso de interés que un amigo puede tomarse por otro amigo.

—Sí, Vicente, por fin los tengo ya en mi poder; y te aseguro que estoy contento, porque me ha costado tanto

trabajo cobrarlos como ganarlos. Lo que siento es que los traigo encima y el peso no deja de incomodarme.

—¿Cómo encima? ¿Pues qué no los has dejado en casa?

—No, contestó Estier. Acabo de tener una gran disputa con la patrona, y como mi génio es así, no aguanto que una vieja bachillera me esté sermoneando; he cogido mi equipaje y lo he llevado á la posada hasta que mañana busque nuevo alojamiento.

—Has hecho bien, Estier: tu patrona se queria meter siempre en todo; era muy imprudente. ¿Conque vamos? Pero se me figura que es ya muy tarde; mira qué hora es, pues creo que no tendremos tiempo para dar un paseo.

Estier sacó un magnífico reloj de oro, que el Catalan miró con una expresion de codicia difícil de describir.

—Ciertamente que es tarde, ya han dado las cinco y media y pronto anochecerá. ¿Qué te parece que hagamos, Vicente?

—Vámonos á casa de Roque y allí pensaremos despacio dónde puedes hallar mejor alojamiento.

—Vamos, dijo el francés, y con eso te cumpliré mi promesa; ya sabes el convite.

—Pues adelante.

Y los dos partieron conversando animadamente.

III.

La taberna de Roque estaba situada en un rincon de una callejuela súcia y estrecha, y en ella era donde los dos amigos acostumbraban á pasar largos ratos, que amenizaban con sendos tragos de vino.

El Catalan habia concertado ya su plan. y se determinó á llevarlo á cabo en aquella misma noche.

La idea de apoderarse de los ahorros de Estier, la la casualidad de llevarlos en su bolsillo, unida á la circunstancia de no tener casa determinada donde marcharse á dormir, eran circunstancias que llenaban todas las condiciones necesarias para ejecutar su proyecto, y que difícilmente podria ver reunidas en otra ocasion. Determinóse, pues, y mas alegre y complaciente que nunca, entró en la taberna, y conversó con su amigo, mientras que apuraban un par de botellas.

Cuando el humo y los vapores del vino principiaron á trastornar un poco la cabeza á Estier, el Catalan creyó llegado el momento de hacerle una oferta, que en caso de admitirla aquel, era el último detalle que le faltaba llenar para la consumacion de su sangrienta obra; así es que alargándole amistosamente un vaso, le dijo:

—Estier, son cerca de las diez; voy teniendo un poco de sueño, y tu despues del vino que has bebido, tampoco debes estar muy despavilado; vámonos á mi casa, y allí te puedes quedar por esta noche hasta que mañana busques otra donde hospedarte.

Estier no puso la menor resistencia, ni la mas leve sospecha cruzó por su imaginacion, lijeramente perturbada por el vino; siguió á su amigo y entró con él en una casa pequeña y de un solo piso, donde tenia su morada el que le conducia á la muerte.

Una vez allí, el Catalan encendió luz; sacó de su cama uno de los colchones y le extendió en el suelo á cuatro pasos de donde él debia dormir.

Estier contemplaba impasible esta maniobra, mien-

tras apuraba casi maquinalmente el tabaco que ardia en su pipa.

El Catalan principió á desnudarse impaciente porque su amigo se apresurase á imitarle. No tardó mucho en ver satisfechos sus deseos, y en oir roncar á Estier, que dormia tranquilamente envuelto en una manta sobre el colchon.

Cuando el Catalan se persuadió de que el sueño de su amigo era profundo, se levantó con sigilo; levantó con cautela el picaporte de la puerta y fué de puntillas y descalzo hasta la cocina, donde encendió un fósforo y cogió un hacha que habia en un rincon.

Al volver al cuarto donde dormia Estier, el fósforo se apagó, y el catalan se encontró á oscuras.

Sin embargo, aun á riesgo de tropezar con su víctima, pasó á tientas junto á su cama, y al fin encontró el cabo de vela que les habia servido para acostarse. Encendiólo con cuidado, y echando una mirada á su confiado amigo, reflexionó breves instantes.

Por fin, haciendo un movimiento de cabeza, que indicaba su decision, murmuró:

—Esto es hecho; y asiendo con las dos manos el mango del hacha, la levantó en alto sin vacilar, y descargó un fuerte golpe sobre el cuello del desgraciado francés, que exaló un espantoso alarido.

El asesino no creyó suficiente un solo golpe, y volvió á herir á su víctima con la misma ferocidad salvaje.

El desventurado Estier habia muerto.

El criminal levantó la manta empapada en sangre, que cubria el cadáver, y notó sin horrorizarse que la cabeza estaba separada del tronco; pero sin detenerse un



momento, registró los bolsillos de su víctima, recogió el dinero que guardaba en ellos, y en seguida el reloj de oro que tanto codiciaba.

Hecho esto, le envolvió en la misma manta ensangrentada, y cargando á cuestas con el cadáver, lo sacó al campo.

VI.

Al siguiente dia los vecinos de Amposta contaban, llenos de horror, que en el camino de Tortosa se encontraba el cadáver de un hombre que habia sido asesinado.

Se instruyó la correspondiente sumaria en averiguacion del hecho, por el juzgado de Tortosa, pero sin resultado.

El crímen no ofrecia ningun vestigio, ningun dato que pudiera iluminar la accion de la justicia.

Este misterio le hacia doblemente horroroso.

Nadie sospechaba cuál habria sido la mano infame y alevosa que habia separado aquella cabeza de su tronco.

Todas las pesquisas, todas las averiguaciones de las autoridades fueron inútiles é impotentes para romper el denso velo que cubria el crímen.

La víctima clamaba justicia, y el malvado entre tanto, se gozaba en la impunidad.

Pasaron dias, pasaron meses enteros y no podia descubrirse la mas pequeña huella del delincuente. Sus pasos se borraron en el mismo camino de su crímen, y nadie pudo prenetrar en la oscuridad que una terrible noche le defendia.

Los vecinos de Amposta llegaron á temerse nuevos

atentados de parte del hombre alevoso, que desaparecia como una sombra después de consumarlos.

Esta situacion era penosa; á la tranquilidad habia sucedido el sobresalto, y la memoria del desventurado Estier no podia borrarse de la imaginacion de las gentes pacíficas y honradas.

La Providencia, sin embargo, no podia dejar impune tan tremendo delito.

Solo la sabiduría infinita de la Providencia podia descubrirle, cuando las tentativas de la justicia de los hombres, habian sido vanas para lograrlo.

V.

En los primeros dias del mes de Mayo de 1858, es decir, despues de seis meses de la perpetracion de este crímen, se dispuso por órden de la Direccion del Cuerpo de la Guardia Civil, que en la villa de Amposta se estableciese un puesto.

Fué nombrado comandante del mismo el sargento 2.° Manuel Bujella y Recio.

Al tomar posesion de su nuevo cargo, tuvo especial cuidado de examinar y ver los libros de asientos correspondientes á las demarcaciones vecinas, y no pudo menos de llamarle la atencion Vicente Fudó, (a) Catalan, anotado en varios de ellos como sospechoso.

Preguntando en los pueblos de su demarcacion, pudo averiguar que le atribuian algunos la muerte del desgraciado francés, aunque sin averiguarlo, porque todos los esfuerzos de la justicia habian sido ineficaces para aclarar este asunto.

Resuelto Bujella á salir de dudas, y creyendo por otra parte, poder prestar á la justicia un servicio de gran importancia averiguando la verdad, no perdonó medio alguno hasta dar cima á la empresa que se habia propuesto.

Guiado unas veces por su prudencia, y siempre por su discrecion, no tardó en convencerse por las noticias que adquiria, que el asesino de Estier habia sido el llamado Catalan.

Desde entonces Bujella no descansó un momento hasta lograr sus deseos.

Infatigable y lleno de fé en el cumplimiento de sus deberes, pidió permiso á la autoridad competente, y procedió á la captura del Catalan y á la instruccion de las primeras diligencias.

Veintidos declaraciones tomó en aquel dia, y todas estaban conformes en que este hombre era el culpable.

Despues de esta averiguacion sumaria entregó lo actuado y el reo á disposicion del juez de Tortosa, cuyo fallo sentimos ignorar; pero éste dió las gracias al benemérito sargento que habia llevado á cabo captura tan importante.

A su celo, á su actividad, á su pericia se debia en efecto, que el asesinato del infeliz Estier no quedase en la impunidad.

Lo que nadie pudo averiguar, Bujella lo habia conseguido, merced al esquisito tacto que empleó en el cumplimiento de sus obligaciones entregando al brazo de la justicia al presunto autor cuando menos, de tan horrible crímen.

UNA EMPRESA ATREVIDA.

I.

El delito, es tanto mas temible, cuanto mas meditadas son las circunstancias que le preceden para asegurar su éxito.

El proyecto del crímen, madurado por la reflexion, y por el cálculo, llega á perfeccionarse como cualquier plan que el estudio, la meditacion y la calma han ilustrado con detenimiento.

La accion de la policía debe constantemente vigilar muy de cerca á los tachados de sospechosos, para evitar en lo posible, que se lleven á efecto ciertos hechos esternos, punibles ya por sí solos, y que constituyen un delito que es el precursor de la consumacion de otro de mas tristes consecuencias.

Destruido el primero, que ha de servir de base al segundo, no puede este verificarse y cortado en su princi-

pio el mal tan solo puede abortar aquel en perjuicio de sus autores.

Pero no siempre hay ocasion de ejercer esa vigilancia tan constante y tan minuciosa, que descubre y penetra todo lo que el criminal ha tenido buen cuidado de velar en el mas profundo secreto.

Preciso seria para eso un guardian constante que no perdiese nunca de vista al tildado de sospechoso, que siguiera sus pasos, que le espiase sin cesar y que fuese su sombra inseparable.

La prevision y el celo de las autoridades no puede llevarse hasta ese punto exagerado, y por lo tanto, nada tiene de estraño que el que un dia y otro, se ocupa en la preparacion de un delito llegue á consumarle, si es que una circunstancia imprevista ó casual no se lo impide.

En prueba de esto citaremos un atentado que aunque no llegó á consumarse por completo, demuestra los efectos de esa fatal perseverancia que anima al delincuente hasta ver realizado el fin que se propone.

II.

A primeros de Marzo de 1862, se principió á estender en Cádiz el rumor, que una cuadrilla de malhechores que habia vagado por toda la provincia, habia llegado á la capital, en la que proyectaba dar golpes de mano, del mismo género que los que con una maravillosa habilidad habia dado en los caminos.

El comercio se alarmó; el sobresalto cundió como sucede siempre que se difunden este género de noticias, y

la autoridad dictó todas las medidas que la prudencia aconsejaba en tales casos.

A pesar del incremento que adquirian estos rumores, nadie sin embargo podia presentar ni una prueba patente de su fundamento, ni nadie hasta la fecha habia visto su morada ó su vida amagada de un atentado culpable; así es que todo el celo de las autoridades no era suficiente para descubrir el orígen, la causa de estos temores, que estaban en el ánimo de todos, y que ninguno podia justificar.

A pesar de esto, lo cierto era que la conspiracion se fraguaba, y que la poblacion lo presentia mas bien por instinto que por tener motivos justificados para ello.

Veamos lo que ocurria efectivamente.

III.

La opinion general no se equivocaba.

Una docena de malhechores, capitaneados por un bandido que nosotros no conocemos por otro nombre que el de *Butifarra*, que era el que sus compañeros le daban, se habia propuesto hacer en Cádiz unos robos de consideracion.

Fijáronse por lo tanto en las casas cuya pingüe fortuna ofrecia abundante pasto á sus deseos y por consiguiente la primera, objeto de sus miras, fué la de unos ricos capitalistas que treinta años antes habian sido robados de la misma manera y cuyo crímen quedó sepultado en las sombras del olvido, sin que hasta hoy se sepa ni aun por mera presuncion quiénes pudieran ser sus autores.

Butifarra, deseoso de hacer una segunda edicion de

la obra que con tan buenos resultados principiaron sus antecesores en la profesion, quiso probar si la fortuna le sonreia tan favorable y tan propicia como á aquellos.

La empresa por otra parte era digna de un maestro, y conforme Butifarra la proyectó, seguramente no la hubiera llevado á cabo un principiante del oficio.

Abrir una galería subterránea en una calle, atravesar los cimientos de una casa hasta llegar á la inmediata, y continuar los trabajos de zapa, hasta dar con una losa que debia abrirle paso á lo que habia de robarse, no era obra solamente de paciencia y trabajo, sino de estudio y cálculo.

Butifarra, sin embargo, no era un hombre de medianos alcances; trazó su plano, estudió el terreno, calculó el tiempo necesario para concluir su proyecto, y despues de tomadas las precauciones necesarias, dióse principio á los trabajos de la mina dirigidos por él mismo, con el aplomo del mas hábil ingeniero.

A los veinte dias de un trabajo incesante y penoso, la mina en línea recta tocó con los cimientos de la casa en que se habia de dar el asalto.

El perforamiento de la piedra presentaba una nueva dificultad; pero Butifarra, lejos de desesperar redobló su constancia, se proveyó de nuevos instrumentos, y arrancando piedra por piedra, ladrillo por ladrillo, consiguió horadar el cimiento y abrió un hueco que á modo de gazapera, le permitia el paso aunque estrechamente.

Por fin la galería subterránea llegó á corresponder en línea recta con la habitacion, en la que se podia entrar fácilmente levantando una de las losas del pavimento.

Cuando Butifarra se convenció de que la obra reunia

todas las condiciones de seguridad que podia apetecerse, reunió á sus compañeros que habian tomado una parte activa en los trabajos, para deliberar, á gusto de todos, el dia en que habia de darse el asalto y la manera de llevarlo con mas facilidad á cabo.

La impaciencia estaba retratada en el tostado rostro de aquellos bandidos, y todos unánimemente convinieron en que se diera el golpe al instante, en cuyo concepto lo fijaron para dos dias despues de aquella reunion.

IV.

La policía entretanto no se habia dormido y sin que nosotros sepamos por que medio, es lo cierto que sorprendió el secreto un dia despues de estar terminada la mina.

Se creyó que el asalto iba á darse aquella misma noche y se tomaron todas las precauciones posibles para que los criminales no descubrieran la emboscada que se les preparaba.

Sin embargo, pasó la noche del 7 de Abril, sin que los vigilantes, oyeran desde su escondite ni el menor ruido que indicara la presencia de los ladrones.

A la noche siguiente volvieron á instalarse en el mismo sitio.

El momento crítico se acercaba.

A las doce en punto, Butifarra y sus compañeros, uno tras otro principiaron á deslizarse por la estrecha abertura que servia de entrada á la galería.

Reinaba la mas completa oscuridad en aquella especie

de antro cuyas húmedas paredes se desmoronaban, ligeramente al rozarse con ellas los bandidos.

Siete vigilantes se hallaban preparados en la habitacion, por cuyo piso debian penetrar los criminales.

Una sola puerta separaba á esta habitacion de la en que estaba la caja del numerario, objeto y sueño dorado de los que esperaban poderla arrebatar á su legítimo dueño.

Una vez todos dentro de la galería, Butifarra encendió luz, y con la vela en la mano izquierda y el rewolver en la derecha, se adelantó resueltamente á la cabeza de sus compañeros, que le seguian en la misma amenazadora actitud.

Cuando estuvo debajo de la losa determinada que habia de levantarse para darles paso á la habitacion, la empujó vigorosamente con los hombros y se precipitó dentro; pero en el instante en que los demas de la partida iban á imitarle, Butifarra pudo distinguir á los vigilantes de la policía, y antes de que aquellos pudieran hacer el menor movimiento, disparó á boca de jarro tres tiros de su rewolver, y cerró con la rapidez del pensamiento, una de las hojas de la puerta que le separaba de sus perseguidores.

Después, escurriéndose por el mismo agujero que habia entrado, tuvo la discreta ocurrencia de dejar encendida la luz detrás de la puerta que pocos momentos antes habia cerrado de golpe.

Los vigilantes de la policía miraban á dos pasos el resplandor, y creyeron que los ladrones los esperaban detrás de aquella débil barricada, y temian correr á una muerte segura; pero cuando despues de esperar por es-

pacio de una hora no oyeron el menor ruido, resolvieron abrirse paso y decidieron arrostrar el peligro.

Pero ya era tarde.

Butifarra y sus compañeros no pensaron un momento en esperar á los vigilantes, y emprendieron la fuga precipitadamente.

La policía quedó burlada.

V.

Al siguiente dia no se hablaba en todo Cádiz mas que de esta ocurrencia, que ningun resultado habia tenido.

La alarma, por lo tanto, se aumentó, y la autoridad tomó enérgicas disposiciones para la captura de los delincuentes.

Se dió aviso al comandante de la Guardia Civil de la provincia, que lo era á la sazon D. Antonio Gonzalez y Gonzalez, y éste se propuso librar á todo trance á la poblacion de la cruel inquietud y sobresalto en que se encontraba.

Para conseguirlo reunió la fuerza de que podia disponer, y habiendo descubierto la guarida de los ladrones, la sitió para impedir toda probabilidad de evasion.

Esta guarida era una casa inhabitable, ó por mejor decir, un solar encerrado en cuatro altas paredes, inmediato al palacio viejo del Obispo, que tambien estaba desierto.

Allí habia vivido Butifarra con sus compañeros todo el tiempo que habian durado los trabajos de zapa, y allí fueron á refugiarse cuando, frustrado su intento en la noche anterior, tuvieron que apelar á la fuga.

El activo é inteligente comandante Sr. Gonzalez, dis-

tribuyó su fuerza á las inmediaciones de aquella madriguera, y seguido de algunos Guardias, penetró en ella resuelto á concluir de una vez con los que eran motivo del desasosiego general.

Pero á pesar del escrupuloso registro que practicaron, nada encontraron allí.

El caseron estaba desierto.

Debemos esplicarlo.

Cuando Butifarra se vió acosado como el leon en su caverna, subió al lomo de una pared que lindaba con el pátio del palacio viejo del Obispo, y se descolgó al suelo, agarrándose á uno de los machos de ladrillos que la servian de sosten.

Dos compañeros le siguieron.

Reunidos los tres, y reinando en el pátio una completa oscuridad, pues eran ya dadas las diez de la noche, tuvieron que encender una cerilla para buscar la salida, cuyo fulgor, pasando por las grietas del viejo palacio, fué su sentencia de muerte, pues el Sr. Gonzalez lo distinguió claramente desde el sitio en que se hallaba apostado, donde permaneció escondido en la persuasion de que los ladrones no tardarian mucho en lanzarse á la calle.

Así sucedió en efecto.

Butifarra miró cautelosamente si habia alguno que espiase su salida, pero nada vió, y engañado por su mismo deseo, se lanzó á la calle y pudo atravesarla; pero al desembocar por una estrecha callejuela frente á la cárcel, sonaron dos tiros, y Butifarra cayó.

D. Antonio Gonzalez habia disparado su rewolver, y le habia muerto, hiriendo al mismo tiempo al que con él huia, llamado Chorta por mote.

El resto de la cuadrilla, hasta el número de once, que era el de que se componia, fué cayendo en poder de la Guardia Civil en los dias siguientes.

Este importantísimo servicio tranquilizó á la poblacion, y toda ella se mostró agradecida al Sr. Gonzalez que la habia librado de tan temibles huéspedes.

A los pocos dias un sacerdote se presentó manifestando que en la confesion se le habian entregado 51,000 reales para que los devolviese á los señores capitalistas que treinta años antes habian sido robados, y que ahora habian estado á punto de volverlo á ser.

Otro sacerdote entregó por el mismo concepto 1,000 reales, suplicando como el anterior perdon para el delincuente que no podia hacerlo de mayor suma.

Los elogios que pudiéramos tributar al Sr. Gonzalez por tan importante servicio, serian pálidos, ante los que hizo de su conducta la poblacion entera á la que con su celo y su actividad consiguió devolver la pérdida calma.

UNA LECCION PROVECHOSA.

I.

¿Quereis gozar de las bellezas del campo?

¿Deseais que la agricultura prospere, que la repoblacion rural se aumente cada dia, que se conviertan los montes en frondosos viñedos y ricos olivares, y las vegas en deliciosas huertas y encantadores jardines?

Pues inspirad seguridad al labrador, al propietario y al capitalista de que sus intereses y sus personas están al abrigo de la codicia y de la saña de los bandidos, y todos aquellos emplearán sus brazos y sus capitales en multiplicar sus riquezas, aumentando la pública y convirtiendo los campos en un delicioso vergel, que recreará vuestra vista, distraerá vuestra imaginacion y alegrará vuestra alma.

Sin esa seguridad, nada de esto es posible.

Sin esa seguridad, no puede estender sus alas el pro-

greso, ni desarrollarse á su benéfico influjo los intereses materiales de una nacion.

Sin esa seguridad, no podreis ver nunca esos feraces campos y esas deliciosas campiñas, que aun cuando nada de ellas os pertenezcan, al menos recrean vuestros sentidos, y hasta sirven de consuelo ó de placer á vuestros corazones.

Por eso los Gobiernos ilustrados que piensan y trabajan por el bienestar de su país, lo primero que cuidan es de la proteccion del individuo y de la propiedad.

Hace treinta ó cuarenta años, ¿quién se hubiera atrevido á plantar una pequeña viña, á construir en ella una casita de recreo, y rodearla de un precioso jardin á un cuarto de legua de los muros, no de una aldea, sino de una poblacion ó ciudad importante?

Nadie.

¿Y sucede esto hoy, por ventura?

No.

Comparad la seguridad de aquella época con la presente, y sacad la consecuencia lógica.

Recordad la manera que teniais de transitar entónces por los caminos públicos, acompañados de escopeteros, ó reunidos en numerosas carabanas para no caer en manos de los bandidos que poblaban los campos, y comparadla con la seguridad que recorreis hoy todas las provincias, con el bolsillo en la mano, y sin necesidad de llevar un arma para la defensa de vuestras personas y de vuestros intereses.

Hé aquí las causas que dieron orígen á la creacion de la Guardia Civil.

Hé aquí la mision especial que la está confiada, y de

la que nunca debiera distraérsela ni un solo instante.

Y ciertamente que ha llenado su objeto; y es indudable que habrá de producir aun mayores beneficios cuando llegue á perfeccionarse mas tan necesaria institucion.

Vais á convenceros de la veracidad de estas aseveraciones.

II.

Corria el año de 1850.

La provincia de Navarra estaba infestada de malhechores, que tenian siempre en un continuo sobresalto á sus honrados y laboriosos habitantes.

En las merindades de Estella y Tafalla, era donde hacian sentir mas su terrible azote los bandidos; sin que las autoridades pudieran, á pesar de sus desvelos, dar nunca alcance á aquellos hombres, que parecian séres invisibles.

En vano tenian las autoridades conocimiento de un robo, porque sus agentes no hallaban nunca á los perpetradores; ni la esquisita vigilancia que desplegaban, ni sus cautelosas averiguaciones les suministraron el mas mínimo rayo de luz.

Cometido el delito, los delincuentes desaparecian como por encanto, y los agentes de la justicia se veian precisados á correr tras de las sombras.

Semejante espectáculo, lejos de calmar los ánimos, lo sobreescitaba mas, y el temor crecia en una proporcion enorme en el corazon de todas las gentes.

No habia nadie que creyera seguras sus vidas y haciendas de los golpes de aquellos invisibles hijos del mal,

que tan misteriosamente escapaban de los rayos de la justicia humana.

Todo era consternacion, todo era miedo.

El habitante de los preciosos caseríos esparcidos por la campiña, abandonaba su hogar y venia á guarecerse en la poblacion inmediata, creyéndose allí mas seguro que en su casa de campo.

El vecino de la aldea, de la villa ó de la ciudad daba la voz de alerta á sus convecinos, y acordaban la señal de socorro en el caso de que los terribles bandidos asaltasen sus respectivas moradas.

Tal era el estado de ansiedad en que se encontraban los pueblos de las dos merindades.

Pero semejante situacion no podia prolongarse por mucho tiempo, sin gravísimos daños.

Viendo las autoridades que no bastaban á remediar el mal las disposiciones que se habian adoptado hasta entonces, recurrieron á un medio que satisfizo por completo los deseos del país.

III.

Encontrábase en aquella época de comandante del puesto de la Guardia Civil en Tudela de Navarra, el sargento 1.° graduado de subteniente D. Andrés Artieda Ceballos (1), muy apreciado de sus jefes por su disposicion y actividad.

Comprendiendo, sin duda, los jefes superiores, las

(1) Hoy capitan de la primera compañía del 13.° tercio.



buenas facultades y disposiciones que distinguian al sargento Artieda, acordaron que se encargase accidentalmente del mando de la línea de Tafalla, con residencia en esta poblacion, y para la que salió de la de Tudela en 25 de Febrero de 1850.

Diéronsele las instrucciones mas precisas y secretas para que se consagrase exclusivamente á la persecucion de aquellos invisibles bandidos, que tenian consternado el país con sus fechorías.

En el momento que llegó á su destino recorrió su demarcacion con cierto aparente indiferentismo y como si fuese una visita pura y simplemente oficial.

Llamó á los Guardias y se informó del estado de las cosas en toda la línea.

Proyectó su plan y empezó sus indagaciones de una manera tan hábil, que nadie pudo apercibirse de ellas y mucho menos los ladrones.

Cogió tan bien los hilos de la madeja, que no dudaba alcanzar el éxito mas completo, y á la primera intentona capturar á sus autores.

Hacia ya cerca de un mes que se hallaba el sargento Artieda en esa actitud espectadora.

Desde su llegada á Tafalla hasta entonces, ni se habia perpetrado ningun robo, ni habia tenido ninguna confidencia de que hubiera una sola conspiracion; sin embargo, el país seguia alarmado.

Sentia el sargento que aquel estado de cosas se prolongase, porque deseaba hacer un escarmiento, para que cesara aquella angustiosa situacion.

Pero no recibia aviso alguno, y esto le desesperaba.

¿Habian desistido los bandidos de sus proyectos?

Imposible.

Artieda creia á pesar de todo que aquella tregua era para adormecerle, y ciertamente que no se engañaba.

IV.

Ocupabáse una tarde el sargento Artieda en revisar la correspondencia y demas antecedentes que existian en el archivo del cuerpo, y siendo ya muy cerca del anochecer, volvió á colocar los legajos en su puesto y sentóse al pié de una ventana.

A penas habia descansado un instante cuando entró un Guardia y le anunció que un paisano deseaba hablarle.

Artieda dijo al Guardia que le condujese hasta allí inmediatamente.

Al salir este, el sargento pensó, si aquella inesperada visita, seria alguna confidencia, anunciándole una conspiracion ó un proyecto de robo.

Ante semejante idea, empezó á latir con violencia su corazon, porque deseaba que llegase un momento de prueba.

Cada minuto que tardaba en entrar el paisano se le hacia un siglo.

Por fin oyó la voz del Guardia que decia:

—Entre usted por aquí.

El paisano obedeció, y un instante despues se encontraba frente á frente del sargento Artieda.

El Guardia les dejó solos y cerró al marchar la puerta de la habitacion.

Despues de un cortés saludo entre el sargento y el paisano, preguntóle aquel el motivo de su visita.

—Vengo, dijo este, á descubrir á usted una conspiracion.

—Se lo agradezco mucho, replicó Artieda.

—Me consta que se trata de robar el caserío llamado de Iriberri que dista como una legua de esta poblacion.

—¿Y cuándo? preguntó con viveza el sargento.

—Tal vez mañana en la noche ó á mas tardar pasado mañana.

—Y tiene usted seguridad de que.....

—Completa; repuso el paisano interrumpiéndole. Pero debo advertir á usted que el plan está muy bien estudiado, y que han tomado todas sus medidas para evitar una sorpresa.

—¿Sí? ya caeran en el garlito.

—Dificil es que usted los coja, como no adopte medidas estraordinarias, y sobre todo que lo haga con el mayor sigilo.

Pienso que los bandidos, no solo espian los alrededores del caserío, para dar el golpe con toda seguridad, sino que tambien observan el movimiento de la Guardia Civil.

—Mucho me alegro que haga esa revelacion. ¿Y no sabe usted el número de que se compone la partida?

—Lo ignoro, contestó el paisano.

—¿Pues dónde ha adquirido usted esas noticias?

—He sorprendido una conversacion y esto unido á otros antecedentes que ya tenia, me hacen conocedor del proyecto de los malhechores.

—Pero está usted seguro..... dijo el sargento, como quien desconfia de la certeza del hecho..

—Segurísimo, y no tendria inconveniente en responder de ello hasta con mi cabeza.

—Está bien, pues si lo intentan...

—Mucha cautela.

—No tenga usted cuidado, caerán en mis manos.

Y el paisano y el sargento se despidieron afectuosamente, ofreciéndose sus servicios y respetos.

V.

Muy contento quedó el sargento Artieda de la confidencia que se le acababa de hacer, por aquel desconocido; pero á medida que reflexionaba en el plan de su captura, se iba enfriando mucho su entusiasmo.

Tenia que habérselas con unos bandidos cuya perspicacia y sutileza eran proverbiales en el país.

Autores de varios robos, jamás pudieron descubrirlos los agentes de la autoridad, por mas indagaciones y por esfuerzos que hicieron para dar con su madriguera.

¡Con su madriguera! ¿Y cuándo habian de encontrarla cuando esta no existia?

¿Cómo habian de sorprenderlos, si en el momento que robaban un caserío, se disolvian instantáneamente retirándose cada cual á sus faenas, como si tal cosa hubiera pasado?

Así pensó el sargento Artieda que sucedian todos aquellos actos vandálicos, y no se equivocaba.

Llamó pues, á los Guardias primeros, que merecian toda su confianza, Manuel Sanchez (1), Valentin Arteaga, Francisco Rodriguez Yrtoiz y otro cuyo nombre no recordamos.

Reunidos todos en la misma habitacion que recibiera

(1) Ya difunto.



al paisano, les comunicó el proyecto que este le habia revelado, y les participó tambien parte de su plan.

Todos aplaudieron las medidas que pensaba adoptar su jefe, y se prepararon, para ejecutarlas con la mayor exactitud.

El dia siguiente era el designado, y la hora entre nueve y diez de la noche.

Pasóse pues, el dia como de costumbre, de modo que los bandidos no advirtieron ningun movimiento en la casa-cuartel de la Guardia Civil.

Confiados, sin duda, en que esta ignoraba sus planes empezaron á ponerles en ejecucion, y otro tanto hizo el sargento Artieda.

VI.

Sonaron las diez de la noche en el reloj de Tafalla.

El sargento acompañado de sus cuatro Guardias salió sigilosamente de la casa-cuartel en direccion opuesta del caserío de Iriberri, para evitar toda sospecha, caso de que alguno se apercibiese de su salida.

Despues que estuvieron fuera de la poblacion se dirigieron dando un gran rodeo hácia el caserío, al que llegaron á las doce de la noche, no sin verse obligados á vencer grandes dificultades y tropiezos.

Para que no fueran vistos dispuso el sargento que entrasen por una puerta trasera.

Los dueños de la casa quedaron sorprendidos al ver penetrar de aquella manera á los cinco Guardias, pero se tranquilizaron por el pronto, y se alegraron mucho despues cuando supieron el objeto de la venida improvisada de aquellos.

Tratóse en seguida del asunto y acordaron el sitio donde habian de esconderse aquellos en acecho de los malhechores.

Los bandidos tampoco se descuidaban.

Se habian citado para reunirse en aquella misma noche en un monte inmediato al caserío, desde donde se dominaban perfectamente todas las entradas y salidas de este, y donde tambien estaban á cubierto de toda mirada y de toda pesquisa.

A la misma hora que los Guardias trataban con el dueño de la casa del lugar donde debian ocultarse, los foragidos celebraban consejo para acordar la forma, modo y hora de dar el asalto.

Convinieron en que era mas conveniente sorprender á los dueños del caserío por el dia, y mejor aun por la tarde, puesto que siendo segundo dia de pascua de resureccion, irian á los pueblos inmediatos.

Conformes en el plan adoptaron sus medidas para evitar cualquier sorpresa y se entregaron al descanso. Mientras tanto los Guardias permanecian ojo alerta en su escondite acechando la llegada de los bandidos.

VII.

En este angustioso estado de incertidumbre pasóse toda aquella larga noche.

Cuando amaneció el primer cuidado del sargento Artieda fué el de echar una mirada por la campiña desde las ventanas de la casa, pero sin asomarse á ellas, á fin de no ser descubierto.

Mas á nadie vió que pudiera infundirle la mas leve sospecha.

Llamó pues á los dueños del caserío y les propuso que salieran de él la mayor parte de los individuos que componian la familia, los que no volverian hasta anochecido.

Aceptaron las proposiciones del sargento, y unos ahora y otros luego fueron abandonando la casa hasta que no quedaron en ella mas que el ama y los cinco Guardias.

Los bandidos que observaban desde el bosque inmediato todo cuanto pasaba, adquirieron mayor confianza y creyeron que el golpe seria mas seguro; pero determinaron esperar hasta la tarde.

Desesperaba el bravo Artieda de conseguir su apetecido objeto y aun dudaba si la confidencia habria sido una añagaza que se le habia dado aun cuando no hubiese sido de mala fe.

Dieron las doce, la una, las dos, y ya eran muy cerca de las tres de la tarde, y no se veia un alma por aquel silencioso y desierto campo.

Asomóse entonces el sargento por una especie de aspillera que tenia el caserío y vió con grande alegría que empezaban á descender del monte ó bosque inmediato los bandidos, uno tras otro, armados de trabucos y guardando entre sí cierta distancia, hasta el número de cinco.

Al ver esto los Guardias se dispusieron á recibir la agresion.

Los malhechores adoptaron tambien todas sus medidas, y un momento despues entraron en el caserío dos de ellos con la cara cubierta y trabuco en mano, dirigiéndose á la cocina, que era donde se encontraba el ama;

intimaron á esta para que les entregase todo el dinero que tuviese, amenazándola de muerte caso de no verificarlo.

El ama, con una imperturbable serenidad que pasmaba á los bandidos y á los Guardias, condujo á los primeros á un cuarto inmediato y les entregó varias monedas de oro; pero no conformándose con tan poco los malhechores redoblaron sus terribles amenazas.

El ama no se conmovió siquiera.

Pero viendo tanta imperturbabilidad, uno de los bandidos hizo un ademan en significacion de herirla, sino les entregaba todo el dinero que tenia, á cuyo tiempo para evitar una catástrofe, salió de su escondite el denodado Artieda, acompañado de otro Guardia, y con voz de trueno intimó la rendicion á los malhechores.

Lejos aquellos de obedecer la intimacion fueron á echarse los trabucos á la cara.

Los Guardias no les dejaron levantar los brazos repitiéndoles nuevamente que se rindiesen; pero aquellos opusieron resistencia, y viendo los Guardias que les iban á hacer fuego, dispararon sus fusiles dejando á los dos malhechores tendidos en tierra y sin vida.

En cuanto los otros tres oyeron el fuego emprendieron á todo escape la fuga hácia el monte próximo; así es que fué imposible á los Guardias que los seguian darles alcance, por las escabrosidades y asperezas que ofrecia el terreno.

Sin duda se creyeron ya libres.

Pero no sucedió así; en aquella misma noche cayeron los tres en poder de los perseguidores, quienes les condujeron á Tafalla.

Tambien al dia siguiente fueron trasportados á la misma poblacion los dos cadáveres, que quedaron expuestos en la plaza pública á la admiracion de las gentes.

Este hecho resonó como una gran victoria en todos los pueblos de las dos merindades, y fué tal la ejemplaridad del escarmiento, que desde aquel dia no volvió á oirse ningun otro robo, y desapareció el estado de ansiedad que preocupaba á todos sus habitantes.

Los tres ladrones que quedaron con vida, fueron condenados á presidio á poco tiempo de su captura.

El sargento primero graduado de subteniente, D. Andrés Artieda Ceballos, y los Guardias que le acompañaron á tan peligrosa como dificil empresa, recibieron las gracias de todas las autoridades de la provincia, del Excmo. Sr. Inspector del cuerpo y del Gobierno además de las que les tributaron los pueblos de la comarca.

Un servicio de tan trascendental importancia no merecia menos.

UN INFANTICIDIO.

I.

Cuando los vínculos de la familia se relajan; cuando se profana el hogar doméstico, la felicidad, la paz y el sosiego huyen de la casa donde ha penetrado el vicio, y donde este hace una víctima inocente del miembro que ama la virtud.

El matrimonio, esa union tan respetada por todos los pueblos, aun los mas bárbaros, porque es la base fundamental de la familia, de las naciones y de la humanidad entera, no podria subsistir si entre los que le constituyen no reinara la buena armonía, producto de la fidelidad y del cariño.

Por eso hubo muchos pueblos de la antigüedad que castigaron con severísimas penas el adulterio, porque lo juzgaron, y no sin razon, como uno de los delitos mas

graves que podian cometerse, pues trascendia, no solo á los hijos y á las familias respectivas de los cónyuges, sino hasta la sociedad en general, porque naturalmente siempre influyen en daño de la moralidad unos miembros corrompidos.

Aunque parece impropio este preámbulo, tratándose de un crímen como el de infanticidio, sin embargo, el hecho que vamos á narrar nace de ese otro hecho cuya importancia, gravedad y trascendencia hemos apuntado.

II.

Vivia en una casa-cortijo, en el término de Chinchilla, en la provincia de Albacete, un matrimonio, teniendo una hermana de la mujer en su compañía.

La mas tranquila calma y la mas cordial alegría reinaban al parecer entre los tres miembros que constituian aquella familia que dedicaba sus brazos y su inteligencia al cultivo del campo perteneciente á la casa.

Aun cuando el marido miraba con peculiar aprecio á la cuñada, la mujer de aquel no habia concebido ni la mas leve sospecha, pues no podia creer que su misma hermana conspirase contra su felicidad, erigiéndose en su rival.

Nadie ignora los malos resultados que puede producir esa especie de pasion amorosa, que suele convertirse en un vértigo terrible, por lo mismo que tienen que cubrirse con el velo del misterio, atendido su ilegítimo orígen.

Horrorosos ejemplos nos ofrecen las fastos judiciales

de maridos qae asesinaron á sus mujeres, y de mujeres que mataron á sus esposos, tomando siempre parte en estos crímenes ó el querido ó la querida del cónyuge criminal, y los que al fin vinieron á espiar su gravísima culpa en un patíbulo.

Por poco se empieza á penetrar en ese sendero. Una palabra, un requiebro, una exigencia hija de un capricho momentáneo, empeñan tanto al hombre, como á la mujer en unas relaciones que llegan á convertirse en una pasion inmensa, y terminan despues, como hemos dicho antes, en un vértigo.

Desde el mismo instante que la mujer ó el hombre dan abrigo en su corazon á esa pasion criminal, la felicidad y la calma desaparecen del hogar doméstico, y empiezan para el cónyuge inocente una serie de malos tratamientos, ó de perversos engaños, que muchas veces concluyen en trágicas y sangrientas escenas.

Afortunadamente no tenemos que lamentar aquí ese doble crímen, que pudiera muy bien haberse llevado á cabo por los autores del infanticidio si la justicia de los hombres, no lo hubiera descubierto en tiempo oportuno y separado á los delincuentes.

Y decimos que hubiera sido fácil, porque quien comete un delito de esa naturaleza, con una premeditacion y sangre fria que espantan, capaz es tambien de proyectar la desaparicion de la haz de la tierra de la persona que se opone con su sola existencia á sus perversos é ilusorios planes.

Ya hemos indicado que la mujer no abrigaba la mas leve sospecha de las relaciones ilegítimas que existian entre su marido y su hermana.

Y no era solo esto. Llegaba á tal grado su confianza que no advirtió que su hermana estuviera en cinta.

Los dos cuñados por su parte, con el pretexto de las labores del campo, estaban siempre juntos.

Llegó un dia en que Juana, daremos este nombre á la cuñada, dijo á su cuñado, que llamaremos Andrés para mejor inteligencia de esta crónica:

—Has de saber, Andrés, que estoy embarazada.

—¿De veras? preguntó Andrés como asombrado.

—Y tan de veras.

—Pues es preciso que lo ignore María, daremos este nombre á la mujer, porque si llegase á saberlo éramos perdidos; ¡bonito génio tiene tu hermana!

—Cierto, y por lo mismo te lo comunico á tí, para que determines lo que debemos hacer.

Andrés quedó pensativo algunos intantes, y despues volviéndose con ademan resuelto á su cuñada la dijo con una pasmosa sangre fria:

—Enterraremos la criatura.

—Pero...

—No hay otro remedio, repuso Andrés interrumpiendo á Juana.

—Está muy bien: tu harás lo que creas mas conveniente, dijo aquella mujer con una resolucion inesplicable.

Parece mentira que Juana no hubiera sentido los afectos de la maternidad.

Parece mentira que no hubiera nacido en su corazon ni un átomo siquiera de cariño al fruto que llevaba en sus entrañas.

En Juana la idea del honor perdido no podia hacer

ninguna impresion, como en la doncella que viviendo en un pueblo puede quedar deshonrada, si las gentes saben su falta; porque vivia en un retirado cortijo, donde nadie fijaba sus ojos.

Juana no podia temer mas que la indignacion de su hermana María, si esta llegaba á descubrir su culpa, pero semejante temor era infundado, puesto que, ó María ignoraba todo lo ocurrido entre los dos cuñados, ó se habia hecho la desentendida durante todo el tiempo que duró el embarazo de la culpable.

A Juana no se le ocurrió, en fin, llevar á su hijo á una casa de beneficencia, ó colocarlo á la puerta de la casa del ayuntamiento del pueblo, ó de la de un vecino, para que le recogieran.

Juana, pues, no quiso salvar la vida á su inocente hijo.

Ni una fiera habria hecho otro tanto.

Andrés, mirando de hito en hito á su cuñada, la preguntó con cierto aire de temor:

—¿Y estás ya muy adelantada?

—Bastante; le contestó Juana.

—Pues en cuanto sientas los dolores avísame.

—¿Y para qué?

—Diremos que nos vamos por leña y sales del paso sin que lo advierta ni sepa nada. ¿Me comprendes?

—Sí; descuida que haré lo que tu me mandes.

—Corriente.

Juana y Andrés se separaron con la misma frescura que si hubieran estado tratando de un asunto cualquiera el mas insignificante de la casa.

III.

Aunque María no advirtió, ó no quiso darse por entendida del embarazo de su hermana, no sucedió así con respecto á los vecinos del inmediato pueblo de Valdeganga.

Bien sea por las escursiones que Juana hacia á esta villa ó ya porque los vecinos de la misma pasasen con frecuencia por las inmediaciones del cortijo, lo cierto de ello es que sospecharon primero de la buena armonía que reinaba entre los dos cuñados, y que descubrieron despues sus relaciones criminales y el resultado de ellas.

Todo el pueblo de Valdeganga tenia fijas las miradas en Juana, esperando el resultado de su embarazo.

Al principio sospecharon que intentaria un aborto, pero viéndola tan adelantada, variaron de modo de pensar y temieron que la criatura dejaria de existir en el instante que viera la luz del dia.

Y ciertamente que pensando mal acertaban.

Llegó con efecto el momento crítico.

Juana habia sentido durante la noche algunos dolorcillos que se hicieron mucho mas intensos á la madrugada.

Levantóse al rayar el dia y llevándose á Andrés á una de las habitaciones de la casa, le dijo:

—Es preciso que marchemos enseguida al monte. Los dolores que tengo son insufribles.

—Pues aguanta cuanto puedas; voy á enganchar el carro y partiremos al instante.

Andrés entró entonces, donde estaba su mujer y la dijo, para evitar toda sospecha:

—Voy por un carro de leña y me llevo á Juana para que me ayude.

María le contestó:

—Haz lo que quieras.

Pocos minutos despues Andrés y Juana marchaban en el carro con direccion al monte.

IV.

La esperiencia diaria nos ha demostrado que no hay en la tierra un cariño, un amor mas entrañable que el de la maternidad.

Si quereis matar de dolor una madre, arrebatadla de sus brazos al hijo de sus entrañas, y caerá á vuestros piés transida de pesar y de angustia.

La madre concentra toda su existencia en el fruto que lleva en su seno, y apenas le arroja al mundo entre los mas agudos dolores, ya le estrecha con un júbilo inmenso inconcebible contra su corazon, y empieza á alimentarle con su propia sangre.

Despues de esto que ha justificado la esperiencia ¿Concebis el infanticidio?

No; nosotros debiamos crer que semejante crímen no existia, como los romanos suponian tambien por una ficcion legal que no existia el parricidio.

Semejante crímen debe ser hijo de la locura ó de un temor tan grande que embarga la razon y los sentimientos de esa madre mucho mas feroz que las mismas fieras.

¿Qué pensamientos cruzarian por la mente de Juana en el tiempo que emplearon hasta llegar al monte?

¿Cuáles serian los de Andrés?

Aquellos dos seres humanos no debian abrigar en su corazon ningun sentimiento generoso.

Juana, no solo menospreció su honra, sino que habia faltado á una hermana que partió con ella el pedazo de pan de su mesa, y la acogió bajo el techo de su hogar.

Andrés, habia quebrantado el vínculo santo del matrimonio, y deshonrado una jóven que era hermana de su esposa.

Despues de estas faltas iban á cometer otra mucho mas grave; un crímen horrible, á dar muerte al hijo fruto de sus relaciones culpables.

¿Qué pensamientos deberemos suponer que cruzaron por la mente de aquellos dos desgraciados?

En vano nos deshariamos en hipótesis y suposiciones. Es imposible que nadie pueda adivinar lo que aquellos pensaron, durante el tiempo que tardaron en llegar al monte.

Cuando Andrés vió un sitio apropósito para el lance que les llevara allí, paró su carro y ayudó á Juana á que bajara de él.

Los agudos dolores que habia sufrido de vez en cuando la tenian algo abatida, y Andrés tuvo que hacer un esfuerzo para sostenerla.

Los dolores entonces se pronunciaron con mas fuerza y una hora despues, Juana dió á luz una robusta criatura, que Andrés cogió en sus brazos.

Juana oyó su llanto, pero al instante cesó de gemir.

Andrés habia ahogado á su hijo y cogiendo la azada abrió una fosa al pié de un enebro y le enterró en ella.

Respuesta algun tanto Juana de trance tan fuerte y

doloroso, y dispuesto ya todo, partieron para el cortijo, como si nada hubiera pasado.

María continuó tranquila, ó aparentó estarlo pues al verles les salió al encuentro y aun les ayudó á colocar la leña en el sitio de costumbre.

V.

Los infanticidas creyéronse ya libres de todo disgusto, pues para evitarlo dieron muerte á su hijo.

Nótese bien este hecho.

Para remediar una falta, cometieron un crímen.

Pues siempre obra de una misma manera el que una vez se lanza por el tortuoso sendero del mal.

Pero los culpables no se acordaban de que existia la GUARDIA CIVIL.

Los vecinos de Valdeganga, aunque ignoraban los detalles, sabian el suceso.

Cierta tarde hallábanse unas mujeres tomando el sol en una solana y al pasar por junto á ellas, el cabo 1.° José Perez Monserrat (1) comandante del puesto de aquel pueblo, una dijo en voz alta, sin duda con el objeto de que la oyera el cabo:

—¿Sabes, chica, que Juana la que habita en ese cortijo inmediato al pueblo ha parido?

—¿Sí? ¿Y qué ha hecho de la criatura? preguntó otra.

—La habrán tirado, dijo una tercera, porque no la tienen en su casa.

Al oir esto Perez se dirigió á la casa-cuartel y mandó

(1) Hoy sargento 1.° comandante del puesto de la Roda.

á los Guardias segundos Francisco García Jordá y Gregorio Alfaro García que le acompañaran.

Emprendieron el camino del cortijo y antes de llegar á la casa se encontraron con la Juana que estaba arrancando tomillos.

Acercóse á ella el cabo Perez y le hizo algunas preguntas de la mejor manera posible; pero la Juana se negó á confesar la verdad.

Estrechada mas y mas por las prudentes reflexiones del cabo, confesóle al fin, aun cuando en secreto, todo lo que habia pasado, y la historia de sus relaciones con el marido de su hermana.

Convencido el Perez que era verdad lo que aquella le manifestaba, se llegó al cortijo y encontrando en él á Andrés, le obligó á que le siguiera.

La mujer de aquel desgraciado quedó sumida en el mayor luto y desconsuelo. Sabia que su marido era indigno de ella, y que además iba á espiar un crímen de infanticidio.

Partieron los Guardias con los culpables, y el cabo Perez empezó á instruir los primeras diligencias. Tánto Andrés como Juana al ver que sus declaraciones se consignaban en ellas por escrito, negaron rotundamente el hecho; sin embargo, Perez entregó á los dos presuntos reos con todo lo actuado á la autoridad competente.

Por tan importante servicio recibió el cabo Perez las gracias de todas las autoridades.

Al narrar este hecho, apenas hacemos sobre él algunas reflexiones, porque nuestros lectores le comentarán mucho mejor que nosotros y apreciarán debidamente los beneficios que reporta la Guardia Civil.

LOS CRIADOS INFIELES.

I.

La fidelidad es la condicion esencial que debe adornar al que presta su trabajo por un salario.

Sin ella el servicio doméstico viene á ser una inquietud contínua para el amo que no deposita su confianza en el sirviente con quien vive.

Cuando la sospecha ha nacido en su ánimo, rara vez llega á desvanecerse, porque casi nunca se ha concebido sin fundamento.

Pocas veces desconfia el amo del criado si este no le ha dado motivo para ello.

El criado debe ser un modelo de integridad, por la sola razon de que su servicio es el que con mas frecuencia le presenta ocasiones para sorprender los secretos de

la familia á quien sirve, y á veces para apoderarse de su fortuna.

El que arrastrado por un deseo culpable se apropia lo que no le pertenece; el que falta á los deberes de lealtad de una manera abusiva y encubierta, es un criminal miserable.

La ingratitud y la infidelidad, esas dos hermanas gemelas, hijas de las almas mezquinas, han sido causa de muchos delitos, cuyos autores los han purgado casi siempre arrastrando una cadena en un presidio.

Ved en el hecho siguiente á lo que conduce un momento de debilidad, y comparad el provecho que ha reportado el delincuente; la expiacion de la culpa en un lugar que cubre de ignominia á todo el que pisa su suelo, arrojado allí por los tribunales.

II.

El año de 1858 estaban avecindados en la villa Canjayar dos sacerdotes, que vivian en la misma casa, llamados D. Estéban y D. Francisco Estébanes.

Estos señores tenian á su servicio un criado que se llamaba Bernardo, y una criada cuyo nombre, si mal no recordamos, era el de Antonia.

Presumiéndose estos que sus amos guardaban quizás pingües tesoros, y deseosos de apoderarse de lo que debiera ser sagrado para aquellos que no eran sus dueños, se pusieron en connivencia, y esperaban impacientes el instante oportuno de consumar su proyecto.

Para llevarlo á cabo necesitaban primero saber el baul ó cajon donde el dinero se guardaba; despues de esto,

era preciso un instrumento apropósito para abrir este mueble en el que ellos contemplaban escondida su felicidad futura; y sobre todo, contar con un momento oportuno para dar cima á la empresa.

Bernardo, por lo tanto, se propuso espiar á sus amos con todo el interés que tenia en averiguar la verdad; así es que de noche miraba por el agujero de la cerradura del despacho de sus señores, á fin de observar si oia algun sonido metálico que pudiese servirle de antecedente para cerciorarse del sitio en que guardaban aquellos el dinero.

Los señores Estébanes, muy lejos de sospechar que eran objeto de este contínuo espionaje, no se rodeaban de ninguna precaucion, y por el contrario, parecian tener depositada toda su confianza en sus malvados sirvientes.

Bernardo no perdia ninguna de cuantas ocasiones se le presentaban, y lo mismo de dia que de noche, seguia los pasos de sus amos como la sombra sigue al cuerpo.

Antonia por su parte, hacia lo posible por ayudarle, y mas de una vez lo sustituyó con ventaja, en el desempeño de su ocupacion.

En prueba de ello, debemos decir, que al separarse una noche de la cerradura de la puerta, punto que les servia de observatorio, fué á la cocina llena de regocijo, y llamó á Bernardo á su lado.

—Sabes, le dijo, que ya he descubierto el secreto?

—¿De veras? exclamó Bernardo con la espresion de una vivísima alegria.

—¡Toma! y tan de veras.

—¿Y cómo?

—¡Bah! De una manera muy sencilla. Me acerqué,



como tu sabes, á la cerradura y oí que contaban dinero; por mas que miré no ví nada mas que la luz del quinqué, pero resuelta á salir de la duda, me acordé que la puerta del pasillo que da á la alcoba, estaba entreabierta por casualidad, y me metí dentro. Como el despacho no está separado del dormitorio mas que por una vidriera, que tiene una cortinilla, calculé que levantándola media línea, podria ver en un solo instante todo lo que necesitamos saber.

—¿Y qué? preguntó Bernardo.

—Nada: que ha sucedido como creia, y he visto que guardan el dinero en la cómoda que está en el despacho. En seguida me salí, y como no queria saber mas, he venido corriendo á darte la noticia.

—Vaya, vaya, dijo Bernardo entusiasmado con la relacion; eres un lince. Lo que es yo no me habria atrevido á entrar en la alcoba.

—¿Eso crees?

—¡Y tanto! He estado yo sin descansar veinte dias y no he podido hacer tanto como tu en dos noches.

—Es la casualidad, Bernardo; pero, en fin, eso es lo de menos, dijo Antonia; lo que ahora importa, es buscarnos una llave que pueda abrir la cómoda con tanta facilidad como la abria esta noche D. Francisco.

—Pues entonces probaremos las que tenemos entre los dos, y puede que alguna sirva.

—Yo tengo siete, dijo Antonia; mañana cuando se marchen á misa estos buenos señores, nos entretendremos en probarlas, y si alguna hace al caso, esperaremos ocasion para apoderarnos de ese dinero, cuyo sonido me ha gustado tanto esta noche.

—Mas te ha de gustar cuando lo cuentes.

—¡Ya lo creo! exclamó Antonia cogiendo la luz y marchando al despacho al oir la voz de sus amos que la llamaban para que sirviese la cena.

—Esta chica es una verdadera alhaja, murmuraba Bernardo, frotándose las manos con satisfaccion y alegria.

III.

En efecto, Bernardo no se equivocaba al creer que la chica, como él decia, iba á ser una gran cosa, porque al otro dia, en cuanto se vió sola cinco minutos, cogió su manogito de llaves y en presencia de su cómplice, principió á probarlas en la cerradura de la cómoda, con un desembarazo digno de un maestro del oficio.

Bernardo miraba con asombro el sútil ingenio de su compañera, y envidiaba su destreza.

Antonia menos refléxiva, pero en cambio mucho mas activa que Bernardo, probaba una llave, cogia otra, la volvia á probar, hasta que por fin el pasador de la cerradura cedió en uno de los ensayos, y el cajon quedó abierto.

Al ver el oro Bernardo y Antonia, sintieron una inmensa alegría, y estuvieron á punto de cogerlo todo en aquel momento y huir con él, pero Bernardo, que aventajaba en prudencia á su compañera, la hizo ver que los señores no tardarian ni cinco minutos en volver, y que lo mejor era esperar otro momento para hacerlo mas despacio, y no esponerse á ser sorprendidos en aquel, como era muy fácil que sucediera.

Antonia se convenció, y aunque con pena, volvió á colocar en el mismo sitio las monedas de cinco duros que fascinaban irresistiblemente sus ojos. Cerró el cajon con todo el aplomo y satisfaccion con que pudiera hacerlo su dueño, y se guardó la llave, convencida de tener á su disposicion un capital.

IV.

Desde aquel momento no se ocuparon mas que de aguardar un instante que conviniera á la realizacion de sus planes.

No se hizo esperar mucho.

El dia 24 de Diciembre se acercaba, y tanto Antonia cómo Bernardo calcularon con fundamento que sus amos irian á celebrar la misa del Gallo.

Llegó por fin la deseada Noche-Buena.

Antonia tomó la llave con que habia de abrir el cajon donde se guardaba el anhelado objeto de su codicia, y Bernardo la siguió con la luz, la que dejó sobre la cómoda.

—Lo que es ahora, dijo Antonia tirando ya del cajon y cogiendo algunas monedas, me parece que no se escapan de nuestras manos.

—Vales un imperio, querida, decia Bernardo mientras iba guardando en una bolsa las doblillas de cinco duros.

—Todo lo hago porque te quiero bien, ya lo sabes.

—Como tarde ó temprano nos hemos de casar, bueno es que tengamos para los gastos de boda.

—¿Limpiamos el cajon del todo?

—No; á juzgar por el bulto hemos cogido una tercera

parte, y de ese modo no lo echarán de menos en seguida. ¿No te parece bien?

—Sí.

—Pues cierra pronto y vámonos á la cocina para contar á cuánto sube lo que nos hemos ganado.

—¡Qué Noche-Buena tan hermosa, Bernardo!

—En mi vida pienso pasar otra mejor. Pero, mira Antonia, me ocurre que nosotros no podemos tener este dinero en nuestro poder. ¿Dónde te parece que podríamos guardarlo?

—Vaya una cosa difícil, exclamó Antonia. Eso es muy sencillo. D. Francisco te ha dado permiso para ir á ver á tu padre estas pascuas á la sierra de Baza; pues bien, te llevas el dinerito y lo escondes allí. ¿No te parece?

—¡Bien pensado, Antonia! Estaba por darte un abrazo.

—Cuidadito, Bernardo, que esas son palabras mayores. Cuenta, cuenta á ver lo que tenemos.

Bernardo principió á contar, y cuando hubo concluido:

—Tenemos la friolera de una taleguita. ¡Qué gusto, Antonia! Mañana mismo voy á principiar á disfrutar de ella.

—¿De veras?

—De veras, Antonia. Tengo capricho por una capa nueva, y ya que cuento con dinero me la voy á mandar hacer, á ver si te gusto mas con ella que estando como estoy á cuerpo gentil.

—¡Presumido! ¿Si creerá que no le quiero lo mismo de una manera que de otra?

V.

Al siguiente dia Bernardo emprendió su marcha en direccion á la sierra de Baza con el beneplácito de sus amos.

Entre tanto los señores Estébanes nada habian sospechado, porque precisamente en aquellos dias no tuvieron necesidad de abrir la cómoda donde creian tener guardados todavía el fruto de sus ahorros y de sus economías.

Antonia estaba impaciente y temorosa de verse sola y contaba los minutos que tardaba Bernardo en volver.

A los tres dias se presentó al fin en la casa. Cuando se vió solo con Antonia la esplicó la seguridad con que habia dejado oculto el dinero, y aplaudió de nuevo aquella feliz ocurrencia del escondite.

—Y aquí continuó ¿ha ocurrido alguna novedad? ¿Nada han sospechado?

—Nada, dijo Antonia. Pero si vieras que sustos he pasado al verme sola.

—Vaya, no te apures; ya estoy yo aquí, y nada tienes que temer. ¿Sabes que ya me he mandado hacer la capa?

—¿Cuándo?

—Hoy mismo, antes de venir aquí. Y por cierto que he tenido un encuentro al salir de la tienda que no me ha hecho mucha gracia.

—¿Pues á quién te has encontrado?

—Al sobrino de los amos que entraba en ella á tiempo que yo salia. Me he hecho el desentendido y no he querido mirarle para evitar un saludo y las consiguientes preguntas.

—¿Sabes,Bernardo, dijo Antonia, que no me gusta ni chispa eso?

—No tengas miedo, he encargado mucho al de la tienda que no diga una palabra, y siquiera por lo que gane en la capa tendrá muy buen cuidado de no decir «esta boca es mia.»

—No me fío, Bernardo, no me fío; mejor hubiera querido verte sin capa, que...

—¡Vaya! ¿si irás ahora á volverte miedosa? ¿No te digo que le he encargado mucho la reserva al comerciante?

—Dios quiera, Bernardo. Dios quiera que...

—Mira Antonia, no vayas á ponerme en cuidado porque no hay motivo. No me gusta que te vuelvas asustadiza.

—Bernardo, me parece qne tu capa va á ser nuestra perdicion. Ya lo verás.

Antonia tenia razon.

Los Señores Estébanes habian notado el desfalco y no sabian á quien culpar de aquel robo.

El criminal no disfruta por mucho tiempo lo que ha robado, y si alguno le queda para aprovecharse de ello, es siempre entre zozobras y temores.

El sobrino de los señores Estébanes conoció al momento al criado de sus tios, y no pudo menos de preguntar al comerciante el asunto que le llevaba á su tienda, y mayormente cuando ya tenia conocimiento del robo que habian hecho á sus tios de algunos miles de reales.

Al comerciante llamó tambien mucho la atencion el secreto que tan especialmente le encargara el mozo Bernardo respeto á la capa que se mandaba hacer, y por lo tanto no vaciló en comunicárselo al sobrino de sus amos,

que sin pérdida de momento lo puso en conocimiento del cabo de la Guardia Civil Alonso Trejo Jimenez, como un detalle que pudiera descubrir á los autores del robo.

Este benemérito Guardia de cuyos buenos servicios, no es esta la primera vez que nos ocupamos, se propuso descifrar el misterio que envolvia el encargo de la capa, procedió al detenimiento de Bernardo como sospechoso de aquel delito.

Sorprendido Bernardo cuando menos lo pensaba, trató de negar, y negó á cuantas preguntas le dirigió el Guardia, pero comprendiendo este en la inseguridad de sus respuestas que estaba muy lejos de ser inocente, se dispuso á entregarle á la autoridad, ante cuya actitud Bernardo creyó que la confesion era de todo punto irremediable, y no pudo menos de hacerla, declarando que tenia oculto el dinero en un cortijo distante ocho leguas de Canjayar en la sierra de Baza.

Mientras Trejo prendia á Antonia y la entregaba á disposicion de la autoridad, los Guardias del puesto Bañuelos y Martin fueron con el Bernardo al sitio designado, de donde se extrajeron hasta trece mil reales que fueron entregados al juez que desde aquel momento empezó á conocer en la causa.

Bernardo y Antonia fueron condenados á sufrir ocho años de presidio.

El dinero se restituyó á sus dueños, quienes dieron las gracias al cabo Alonso Trejo, que con tanto acierto descubrió á los culpables, gracias á su experiencia, y al celo que le distingue en el cumplimiento sagrado de sus deberes como buen individuo de la Guardia Civil.

LA INUNDACION.

I.

Tomamos la pluma para recordar un suceso que llenó de consternacion y luto á una de nuestras mas hermosas provincias, y que afectó profundamente al resto de España con sus desastrosas consecuencias.

Nos referimos á las inundaciones que afligieron á muchos pueblos de Valencia en los primeros dias de Noviembre de 1864.

Esta época será tristemente memorable, mientras que existan todos aquellos que la presenciaron y han sobrevivido á la espantosa inundacion que convirtió los feraces y deliciosos campos de Valencia, en un vasto cenagal, sembrado de escombros, que arrastrados por las aguas, quedaron en aquellas dilatadas llanuras como un recuerdo terrible de la desgracia, como los tristes restos de su devastacion y ruina.

Todavía recordamos con dolor aquella campiña llena de piedras y de despojos, que poco antes se ostentaba á las miradas del encantado viajero, risueña y frondosa, como si quisiera ennorgullecerse de su rica feracidad; todavía recordamos aquella noche aciaga, cuyo lóbrego cielo cubierto de tenebrosas y siniestras nubes, arrojaba sobre aquellos desdichados pueblos torrentes de fuerte lluvia al compás de espantosos relámpagos y de terribles truenos que sembraban la destruccion y la muerte.

Episodios horribles, conmovedores detalles podriamos citar de aquella inmensa catástrofe, cuya memoria ha quedado tristemente grabada en el corazon de los pobladores de aquella fértil comarca, pero en otra ocasion, y acaso con el mismo motivo, diremos lo que hoy callamos.

No queremos acumular en la sola narracion de un hecho todos los accidentes, todas las escenas tristísimas que entonces ocurrieron, porque afligiriamos demasiado el corazon de nuestros lectores. Vamos á referir tan solo uno de esos rasgos de heroismo, cuyos héroes con el mayor denuedo y abnegacion salvaron la vida á muchos infelices en aquellos angustiosos momentos en que la creian perdida.

II.

La villa de Anna está situada á nueve leguas de Valencia, y distante una de Enguera, que es la cabeza del partido judicial á que pertenece aquella.

Situadas en un hondo formado por dos alturas llamadas de las Eras y de Nero, tiene á sus inmediaciones un barranco que lleva este mismo nombre.

Las aguas de la Albufera, que está en su término, las

de la fuente Negra y otros manantiales cercanos, forman un riachuelo llamado indistintamente de Anna ó de la Albufera.

Esta posicion topográfica, que contribuye mucho á la fertilidad de sus campos, le es sumamente fatal y desventajosa para el caso de una inundacion tan terrible como la que sufrieron el pueblo de Anna y sus inmediatos.

El dia 3 de Noviembre, y poco después de anochecer, empezó á cubrirse la atmósfera de pardos nubarrones, y á las diez de la noche la lluvia no ofrecia ningun indicio que hiciera presumir el espantoso incremento que habia de tomar pocas horas después.

Amaneció el dia 4 lóbrego y sombrío.

El agua que caia era tan abundante que los tejados principiaron á resentirse; el viento reinante, parecido al huracan, azotaba con violencia las paredes de los edificios, envolviéndolos en impetuosos torbellinos que formaba con el alubion.

Las campanas, balanceadas por el huracan, tañian de vez en cuando, como si su clamor anunciara la oracion fúnebre de los que iban á sucumbir.

Al anochecer, el temporal arreció espantosamente.

La luz del relámpago centelleaba entre la densidad de las nubes.

La tierra parecia estremecerse al furioso retumbar del trueno, y la lluvia, cada vez mas fuerte y copiosa, se asemejaba á otro nuevo y espantoso diluvio.

El mar bramaba como un furioso leon, y sus terribles bramidos, llegaban á los oidos de los vecinos de Anna como el eco fúnebre de aquella innolvidable y funesta tempestad.

A la una de la noche parecia que el cielo queria hacer la paz con la tierra; pero, ¡ah! cuán efímera y pasagera fué aquella tregua engañosa.

No habian trascurrido dos horas, cuando en medio de la oscuridad de aquella noche fúnebre, empiezan á turbar el silencio ayes lastimeros, y espantosos gritos.

¿Qué nuevo peligro amenaza á aquellos habitantes?

¿Por qué gimen y gritan las mujeres, por qué lloran los niños, y por qué, en fin, los hombres aturdidos y aterrados, buscan en vano un refugio para salvar á sus queridas familias?

¡Oh! sí: es porque se ven amenazados de otro peligro mas horrible que la lluvia.

El rio de Anna, la Albufera, los manantiales todos que circundan la villa, se desbordaron instantáneamente y sus olas esparcidas, empezaban á batir los débiles muros de las casas, cuyas puertas se desquician á sus ímpetus, y se anegan todas sus habitaciones.

En todas partes no se ven mas que desoladoras escenas.

Pero en estos instantes supremos de dolor y de mortal angustia, y cuando todos se disponen á morir invocando el santo nombre de Dios, tres Guardias civiles arrostrando todo género de peligros, se presentan en las calles de Anna, animando con la voz y con el ejemplo á sus angustiados vecinos.

Estos tres Guardias son el sargento 2.°, comandante del puesto de Enguera, Vicente Llorca (1), el Guardia 1.° Inocencio Ubeda, y el 2.° Andrés Gras.

(1) Lo mismo sigue siendo en la actualidad.

III.

Nada mas horrible que el espectáculo que en aquellos momentos presentaba el desdichado pueblo de Anna.

Las aguas se acumulaban sin encontrar una salida capaz de darlas paso, y el impulso que recibian de minuto en minuto hacia temer que se abririan un camino que dejarian sembrado indudablemente de ruinas y de cadáveres.

Un gran grupo de gente de uno y otro sexo, apiñada en la plaza de los Alamos, imploraba á grandes gritos:

—¡Misericordia, Purísima Concepcion! ¡Misericordia para Anna!

El cielo contestaba con horrorosos truenos, como si se negase á escuchar aquella espresion suprema del terror.

El huracan cada vez mas furioso, acrecentaba el ímpetu de las olas, y la noche parecia cubrirse aun con un velo mas funesto, como nuncio terrible de la destruccion de aquel pueblo afligido y pasmado.

En tan terrible conflicto el sargento Llorca y sus compañeros dieron un ejemplo de serenidad admirable.

Se sitúan en los sitios de mas peligro, y aun á riesgo de perder su existencia, no vacilan en esponerla por salvar la de los demas.

¡Rasgo de abnegacion sublime, de que solo son capaces los corazones valerosos y esforzados!

Mas para abrir paso á las aguas no bastaban los esfuerzos de aquellos tres valientes; se necesitaban otros brazos que les ayudasen en la peligrosa maniobra de

echar á tierra un murallon, que era un dique para los torrentes, que no encontrando un cauce accesible, se estendian á derecha é izquierda, inundando las casas.

Llorca llama á los vecinos, que acobardados ante el peligro, no se habian atrevido á salir hasta entonces; les anima con su ejemplo, y atraviesa charcos y barrancos, y al pié de la muralla, pide á gritos herramientas para empezar la obra de salvacion.

Sus compañeros le imitan, y principian á trabajar llenos de entusiasmo y de arrojo.

IV.

Entre tanto ocurrian en el pueblo escenas de desolacion y de duelo difíciles de pintar.

La madre buscaba al hijo, el hermano al hermano, los hijos á sus padres. No parecia sino que se acercaba el fin del mundo en aquella infausta noche.

Muchos subidos en los tejados de sus casas esperaban temblando la ola que les sepultara para siempre en el abismo.

Un gran número de árboles corpulentos arrancados á cuajo, flotaban sobre la corriente, y muchas caballerías nadaban tratando instintivamente de salvarse del turbio remolino que las impelia con rapidez.

Los gritos, los llantos, las plegarias se sucedian sin cesar, y muchos infelices huian despavoridos al campo creyendo encontrar su salvacion cuando solo les esperaba una muerte segura.

Algunos encaramados en los árboles mas altos, esperaban con la angustia en el corazon, y el terror en el al-

ma, el momento de perder aquel único sosten de su vida, harto debil por desgracia, en aquella aciaga noche.

Los gritos de ¡misericordia y piedad, Santísima Vírgen! se confundian con el ronco bramido de las aguas, que crecian sin cesar.

Infinidad de personas desnudas y descalzas corrian atribuladas sin saber á donde dirigir sus pasos, y aquí tropezando, allí cayendo, mas allá sintiéndose hundir en el cieno, los ojos demandando clemencia en aquella muda y sublime plegaria del dolor.

Corramos un velo sobre este cuadro desgarrador, y borremos de nuestra memoria el fúnebre recuerdo de aquella noche.

El infeliz pueblo de Anna era víctima como sus convecinos de una inundacion devastadora como ninguna de las que recordaban los mas ancianos.

En esta riada el agua subió seis palmos mas alta que la célebre de 1805.

Entretanto los valerosos Guardias trabajaban sin descanso para dar cima á su empresa.

V.

Despues de inauditos esfuerzos Llorca consiguió rodearse de algunos aunque muy pocos vecinos del pueblo; atraviesa, seguido de aquellos, profundos barrancos, y aun á riesgo de hundirse entre el fango que van depositando las aguas consigue llegar al pié de la muralla que las servia de barrera, contra la que se estrellaban con ímpetu.

Él solo empieza á derribar uno de los trozos del mu-

rallon, y sus incansables brazos manejan la piqueta y la pala con vigor y agilidad.

Sus compañeros Ubeda y Gras intentan el ejemplo y aquellos tres hombres, llenos de lodo, descalzos, sin uniforme se les ve aparecer en los sitios de mas peligro, luchando con las aguas que les llegan hasta su cintura.

Por fin despues de un improbo trabajo logran derribar el murallon, y las olas se precipitan por entre los escombros en estrepitosa corriente.

Por dos veces estuvo Llorca á punto de ser sepultado por las olas y por dos se le vió á aquel hombre valeroso luchar con la muerte á la cual parecia inespugnable.

Pero aquel heroismo tenia un premio.

El pueblo vió que las medidas adoptadas por Llorca le habian salvado de una completa innundacion, y todos los vecinos acudian á él como á su angel salvador demandandole el auxilo que todavía necesitaban.

Llorca, compadecido, valiente y animoso como nunca emprende la segunda parte de su obra, y atravesando mil peligros penetra en las casas, donde habia muchos seres cuya muerte hubiera sido segura, si no los hubiese prestado un pronto y eficaz socorro.

El valiente sargento, sacaba en sus brazos asustados niños, angustiadas mujeres, ancianos venerables que iba trasladando á la casa-palacio del señor conde de Cervellon, que era la única que por su sólida construccion ofrecia garantías de seguridad en el amargo trance por que atravesaba el pueblo de Anna.

Hubo casa en que fué preciso á los Guardias entrar á nado para salvar á los que desde dentro pedian al cielo misericordia y socorro.

Aquellos infelices hubieran perecido al furor de los torrentes que invadian sus propias habitaciones si estos tres hombres intrépidos y arriesgados no hubieran extendido sus humanitarios brazos para conducirlos al puerto de salvacion.

Las oscuras y lóbregas sombras de aquella borrascosa noche de truenos y relámpagos, de rayos y de torrentes, de huracan y de lluvia no permitió medir en los primeros momentos toda la extension del siniestro; pero al llegar el dia, cuando los afligidos labradores levantaban los ojos al cielo en accion de gracias porque les habia salvado la vida, presenciaron el expectáculo mas triste y desconsolador que podia ofrecerse á su vista despues del de la muerte, el de sus fértiles campos convertidos en desierto de arena, sin árboles ni frutos, yermos y devastados.

Cascajos, piedras y arena cubrian aquella campiña, que veinticuatro horas antes eran el encanto de sus ojos y el sueño de sus esperanzas.

Nada quedó que pudiese atestiguar su frondosa y rica vegetacion.

Todo habia muerto en aquella horrible noche.

Solo en el término de Anna ocho fábricas de paños, cinco batanes y tres molinos harineros fueron arrastrados por las aguas.

Industria, cereales, ganado, todo se habia perdido, y los que contaban con su subsistencia del invierno quedaron en la mas espantosa miseria sin ropas ni casa donde guarecerse.

Los Guardias no descansaron en veinticuatro horas, ni un solo momento, y su celo, su actividad y su valor salvaron innumerables víctimas de las garras de la muerte.

Se sabe, sin embargo, que el rio en los momentos de mas crecida arrebató cuatro personas, ignorándose el sitio en que ocurrió este triste suceso, y si fué hijo de la imprudencia ó de la fatalidad.

El sargento 2.° Vicente Llorca, y los Guardias Ubeda y Gras, fueron esa noche un auxilio que la Providencia quiso dar al desventurado pueblo de Anna, que sin él hubiera perecido entero entre las ruinas de sus casas y el furioso oleage de los torrentes.

Tanto valor, tanta abnegacion y tanta caridad, dignos son de los elogios y alabanzas que les tributó el pueblo entero de Anna; nosotros no queremos mas que consignar sus nombres para que juzgue sus hechos la posteridad.

LA MANO DE LA PROVIDENCIA.

I.

Cuando la Guardia Civil no existia en España, no pasaba dia sin que se contaran robos y muertes ocurridas, ya en las vias públicas, y ya tambien en los pueblos.

La autoridad municipal y la judicial eran impotentes para extinguir los malhechores que recorrian sus respectivos distritos.

En vano en algunas poblaciones se organizaron partidas de paisanos para dar batidas á los criminales; en vano cooperaron las tropas del ejército, porque los ladrones se dispersaban á la vista de las fuerzas que los perseguian, y á ninguno de ellos le faltaba un encubridor que le proporcionara un escondrijo.

Las gentes honradas y pacíficas, y particularmente los que tenian que pasar su vida en el campo, no se atre-

vian á denunciar á los malhechores, porque su denuncia se hacia pública, llegaba al conocimiento de aquellos, y tarde ó temprano el denunciador venia á caer en las manos del bandido, que en su tremenda ira, le arrancaba la existencia.

Muchos ejemplos pudiéramos ofrecer á la consideracion de nuestros lectores, pero como éstos los saben tan bien ó mejor que nosotros, renunciamos á ello, para no pecar de difusos.

La denuncia, pues, de los criminales, era poco menos que imposible.

Veces hubo en que estos acababan de robar á una familia, y que salian casi al mismo tiempo de la casa en la que entraba la justicia por diferente puerta, y sin embargo esta atribulada familia guardó silencio aunque acababa de ser la triste víctima de su rapacidad.

Guardó silencio, aunque habiendo pronunciado una palabra, era lo bastante para que los bandidos cayeran en poder de la justicia.

Pero guardó silencio por miedo, por temor á un nuevo y mas trascendental atentado, cosa entonces muy fácil, atendida la impunidad de que gozaban los ladrones.

La institucion de la benemérita Guardia Civil, no solo ha prestado el eminente servicio de limpiar los campos de facinerosos, sino que ha conjurado todos los males que antes pesaban sobre el denunciador.

El hecho que vamos á narrar, nos ofrece la mas palpable y convincente prueba de ello.

II.

Estamos en el mes de Febrero del año de 1857.

La noche era lluviosa y fria en estremo.

D. Guillermo Falgueras y Leon mandaba la línea de la GUARDIA CIVIL de Coin y se encontraba aquella noche en casa de unos amigos que habitaban en la indicada villa.

Como acontece naturalmente, mientras mas cruda, fria y lluviosa era la noche, mayor placer tenian los que estaban reunidos en aquella casa, de disfrutar en un bien preparado y cómodo gabinete de la deliciosa compañía de unos cuantos amigos.

Serian ya las diez de la noche cuando se oyeron unos fuertes golpes en las puertas de la casa.

Salió un criado y al abrir penetró un embozado en el portal preguntando por el jefe de la GUARDIA CIVIL, Don Guillermo Falgueras.

Invitóle el criado á que pasara á una de las habitaciones inmediatas, en tanto que daba el recado, pero aquel se negó á ello.

Entró entonces el criado en la sala donde se hallaba el Sr. Falgueras, á quien dijo todo lo que ocurria; en vista de lo que éste salió en seguida de la habitacion y se dirigió al portal donde se encontraba el embozado.

Despues de cambiarse entre los dos un frio saludo, tomando la palabra el embozado, dijo:

—Es el Sr. Falgueras, jefe de la GUARDIA CIVIL de la línea de Coin (1) con quien tengo el honor de hablar?

—Servidor de Vd., contestó aquel.

(1) Hoy es capitan de la 8.ª compañía del 8.º tercio, y tiene su residencia en Ronda.

—Pues vengo á poner en su conocimiento que el bandido José Rincon vaga por el partido de los Arenalejos, que está situado á las vertientes de la sierra de las Nieves por la parte de Tolox, y que nunca mas apropósito que ahora, que esta noche para sorprenderle y cogerle.

—Doy á Vd. las gracias por el aviso: ¿mas no puedo saber á quien tengo el gusto de hablar?

—Permítame V., replicó el embozado, que conserve el incógnito.

Esta respuesta desconcertó al oficial, el que presumió si aquella confidencia seria una trama. Sin embargo, conociendo el embozado que aquel dudaba de sus aseveraciones, le manifestó que no sabia mas, y que lo dicho era cierto.

Falgueras le hizo ver las grandes dificultades que ofrecia aquella empresa en una noche tan mala y cuando tenian que recorrer un terreno, que ademas de ser muy escabroso, les era desconocido.

En vista de tales dudas el embozado les ofreció un jóven que les sirviera de guia.

Esta oferta animó á Falgueras, y le decidió á emprender la persecucion del bandido. Convinieron, pues, el sitio y hora en que se habia de encontrar el jóven para unirse á Falgueras y á los Guardias que le acompañasen, y se despidieron afectuosamente.

Falgueras volvió á entrar en el gabinete donde conversaban sus amigos, y se despidió de ellos manifestándoles que un asunto urjente del servicio le obligaba, contra su gusto, á privarse de tan deliciosa sociedad.

Un instante despues salia de aquella casa, y con paso apresurado se dirigia á la casa-cuartel de la Guardia Civil.

III.

Apenas llegó Falgueras al cuartel, dió órden á cuatro de los Guardias que en él se encontraban, para que se armasen al instante y le siguieran.

Los Guardias obedecieron inmediatamente, y no habrian dado aun las once cuando los cinco partieron en direccion del punto donde habia de unírseles el guia.

Halláronle, en efecto, á la salida del pueblo, y todos juntos echaron á andar en direccion á un gran barranco, distante unas dos leguas.

Como la noche era bastante oscura y sombría, y el agua caia á torrentes, la marcha se hacia mas penosa; no solo por estas circunstancias, sino tambien por las grandes dificultades que presentaba el terreno.

A cada paso tenian que saltar barrancos y cortadas. Tres veces tuvieron que pasar á vado y con agua hasta la cintura, el rio Grande.

Llegaron por fin, y al cabo de tres horas al pié del barranco, y ya colocados en una estrecha vereda, el guia les manifestó que no podia seguir mas adelante.

Despidiéronse los Guardias de aquel y prosiguieron su camino, que solo veian al resplandor de los relámpagos.

Mas de una vez se estraviaron y perdieron la senda, y mas de una vez volvieron atrás para encontrarla.

Serian ya las tres de la mañana cuando descubrieron una pequeña casa de labor: al verla Falgueras dijo á uno de los Guardias que llamase, con ánimo, no solo de guarecerse de la furiosa lluvia que entonces caia, sino tambien con el de adquirir noticias acerca del terreno.

Pero todo fué inútil. Nadie contestó á los repetidos golpes, lo que indicaba que no habia nadie dentro.

En tal situacion, ¿qué convenia hacer?

Falgueras se decidió esperar la luz de la aurora para continuar la persecucion del bandido.

IV.

Semejante disposicion no pudo ser mas acertada.

El terreno era de suyo muy escabroso, y la lluvia lo habia puesto intransitable.

Además, muy cerca de allí, se oia el ruido estrepitoso de un torrente, y hubiera sido fácil que en medio de la oscuridad de la noche, encontraran en él su sepultura los valerosos Guardias.

Resuelto, pues, Falgueras á esperar la luz del dia, y á resistir la copiosa lluvia que casi les asfixiaba, mandó á los Guardias que se colocasen debajo de los árboles, pero guardando cierta distancia unos de otros.

Así estuvieron muy cerca de una hora, sufriendo con la mayor resignacion el fuerte aguacero, pero á cosa de las cuatro de la mañana se pronunció con tanta fuerza, que no parecia sino que se habian abierto las cataratas del cielo.

Falgueras temió entonces por los Guardias, á juzgar por lo que á él mismo pasaba en aquellos instantes, y para asegurarse de que nada les habia sucedido, los llamó por medio de un silbido, que aquellos no percibieron á pesar de que estaban á corta distancia, por el ruido sordo del torrente y por el que producia la lluvia al caer sobre los árboles.

Repitió la señal una y otra vez; y al hacerlo la última, y cuando ya Falgueras estaba resuelto á buscarlos, oyó un silbido que respondia al suyo, pero el eco venia en direccion opuesta de donde estaban los Guardias, y el que lo habia dado descendia de lo alto de la sierra segun el rumor de sus pasos.

Admirado y advertido al mismo tiempo, repitió la señal, la que tambien fué contestada, aunque el que las hacia estaba mas próximo.

En esto, uno de los Guardias, llamado Antonio Trujillo, que habia oido las dos señales y que comprendió perfectamente lo que aquello significaba, se acercó á su jefe y le manifestó su creencia.

Falgueras que pensaba lo mismo, situó al Guardia en en el sitio que creyó conveniente, y colocado él donde antes estaba, volvió á repetir la seña.

Esta vez no tuvo contestacion.

Silbó por segunda y tercera vez, y tampoco le devolvieron el silbido.

Ocurrióle entonces meterse un dedo en la boca, y con las manos en hueco aplicadas á la misma, á fin de disfrazar la voz, dió un grito como queriendo pronunciar un nombre.

No bien le habia dado, cuando á tiro de pistola le contestó una voz gruesa y varonil: «Ya voy.»

En tal estado deja el bravo Falgueras aproximarse al desconocido, y cuando ya percibió el bulto y le tuvo á cuatro pasos, pistola en mano, le intimó la rendicion.

Al oir esto el desconocido, con una lijereza pasmosa, da un salto atrás y amartilla su retaco.

La oscuridad se interpone entonces entre los dos, pero

Falgueras se precipita sobre aquel, y antes de llegar donde estaba, oye exhalar un ¡ay! y ve caer un bulto casi á sus mismos piés.

Da un paso hácia él, y distingue entonces al valiente Guardia, Antonio Trujillo, que fué el que, arrojándose con la velocidad del rayo sobre el bandido al oir la voz de «ríndete,» le habia derribado y caia sobre el criminal poniéndole la rodilla sobre el pecho.

Preso ya el bandido, y despojado de su retaco, de su enorme cuchillo, de unas alforjas y de una zalea, confesó ser el José Rincon á quien perseguian.

Los otros Guardias apenas se apercibieron del suceso, y se reunieron á su decidido jefe y al valiente Trujillo á las repetidas voces que les dieron llamándoles.

Despues de asegurado el bandido, determinó el señor Falgueras aguardar los primeros albores de la aurora para marchar con mas desembarazo, y así lo ejecutaron llevándose al bandido, que merced á una casualidad providencial, habia caido en sus manos.

El José Rincon, que ocho dias antes habia asesinado alevosamente á un guarda de campo llamado Nebro, fué á espiar al presidio de Granada todos sus crímenes, donde murió, al poco tiempo de haber sido capturado por la Guardia Civil.

Por tan importante como arriesgado servicio, todas las autoridades dieron las gracias á los atrevidos Guardias, y especialmente al intrépido oficial Sr. Falgueras y al valiente Guardia, Antonio Trujillo.

UNA MUERTE ALEVOSA.

I.

Hay un adagio que aun cuando vulgar encierra una gran verdad en el fondo y es digno de tomarse en cuenta.

No vive el leal mas que lo que quiere el traidor.

Esto es lo que desgraciadamente ocurre con frecuencia.

Cojed las estadísticas criminales, examinad una por una las circunstancias de las víctimas y los antecedentes del malvado, y casi nunca encontrareis en las primeras mas que honradez é inocencia y en los segundos alevosía y premeditacion.

Rara vez la víctima es culpable, rara vez ha dado motivo á que un asesino infame corte el hilo de su existencia con su puñal homicida, y sin embargo el criminal le hace blanco de sus iras, le espía, le acecha sin descanso

y cuando encuentra un momento oportuno sacia en él su sanguinario furor.

Esto es desconsolador y terrible, pero es lo que la realidad nos demuestra, y no podemos cerrar los ojos á esas pruebas que la experiencia nos enseña.

Grato seria poder borrar de la historia de la humanidad esos episodios sangrientos que son otras tantas páginas de baldon para sus miserables autores: mas para eso seria preciso hacer un estudio de todos los corazones, de todos los sentimientos y de todas las conciencias, darles la educacion apropósito, y aun despues de esto no dejaria de haber hombres depravados.

Ya que el crímen sea tan antiguo como el mundo; ya que su triste historia no se concluye nunca, sigamos la narracion de uno de esos hechos que manchan con sangre los anales de la humanidad.

II.

A la derecha del camino de Badajoz á Sevilla está situada la villa de Gilena, y en frente de esta están las Ventas de la Pajanosa.

Estas ventas se reducen á ocho casas-posadas de bastante capacidad, y algunas de ellas tan espaciosas que pueden albergar de trescientas á cuatrocientas caballerías de los arrieros que en ellas suelen hacer parada.

La noche del 4 de Mayo de 1862 una de estas posadas estaba tan llena de gente que desde fuera se escuchaban los gritos y la algazara de los que allí pernoctaban.

Infinidad de pasajeros, la mayor parte arrieros, iban y venian de la cuadra á la cocina, del pajar á la bodega.

Como principiaba á hacer calor una gran parte se habian salido al portal mientras se preparaba la cena y esta circunstancia permitió oir desde la calle la conversacion que sostenia aquel grupo de gente.

No la referiremos entera, pero desde luego podemos asegurar que no era muy amistosa, porque los votos y los juramentos se sucedian; las amenazas menudeaban, y aun los movimientos agresivos principiaban á indicarse y hubiera ido mas adelante, si los testigos de aquella escena no los hubieran contenido.

El ventero avisó en este momento que la cena estaba preparada y cada uno fué á tomar un asiento al rededor de la mesa.

Dos hombres, sin embargo, aparentando distraccion no hicieron caso del llamamiento, y lejos de acudir á él salieron á la calle y se pararon á espalda de la venta.

—Perico, decia uno de ellos, esta noche vamos á *despachar* al diablo del cirujano.

—En eso venia pensando, Sebastian.

—Y esta noche mas á propósito que nunca. Ya sabes que si él está aquí, es porque siempre anda buscando por el campo esos yerbajos con que dice que cura las heridas; pero me parece que la que yo le haga no se la cura con yerba.

—Déjamele á mí, Sebastian, tú me acompañarás; pero el golpe quiero dárselo yo. *Tengo ese gusto.*

—Y yo tambien; pero en fin si te empeñas le dejaré por tu cuenta.

—La que dé yo de él...

—Es seguro que antes de amanecer ya está buscando las yerbas, ni mas ni menos que una cabra en el monte;



pues bien, nosotros tambien vamos á cogerlas esta noche, nos tropezaremos con él en una mata espesita. ¿Entiendes, Perico?

—¡Toma! que si entiendo.

—En cuanto tropecemos, con una buena que le arrimes con ese pincho en el sitio que te puedes figurar, hemos concluido.

—Pero oye, Sebastian, para hacer eso mejor seria marcharnos ahora por el camino que el lleva y allí podriamos esperarle.

—De ese modo no le encontrarias nunca.

—¿Por qué?

—Por que tendria sospechas.

—¡Bah! lo que menos se piensa el hombre es que vamos á *escabecharle*.

—De todos modos mejor es ser prudente. Volveremos ahora mismo á la posada, y antes que el cirujano se ponga en camino, nosotros nos adelantamos, y así no puede sospechar.

A Perico le pareció aceptable el plan de su compañero, y echando á andar entraron los dos nuevamente en la posada.

III.

Los huéspedes estaban todos cenando, y era objeto de la conversacion de algunos la disputa que se habia suscitado poco antes con D. Pedro Diaz.

Nunca ha llegado á nuestros oidos la causa de aquella cuestion que tan funestas consecuencias habia de tener.

D. Pedro Diaz Linares era un estudioso cirujano establecido en Gilena, en cuyo pueblo estaba muy acreditado en el ejercicio de su noble profesion.

Habia estado en la guerra de Africa, y prestó eficaces auxilios á los heridos en aquella campaña.

Concluida la guerra vino á establecerse á Gilena, y en la noche que nos ocupa se hallaba incidentalmente en las Ventas de Pajanosa, porque segun antigua costumbre suya, recogia yerbas cuyas propiedades medicinales aprovechaba con éxito, y habiéndole sorprendido la noche, determinó quedarse allí para salir mas de madrugada á continuar su tarea.

Despues de la disputa que tuvo con Perico y Sebastian, D. Pedro Diaz deseando en lo posible no volverla á renovar, y obrando con suma prudencia, no quiso permanecer mas en la posada donde se hospedaban aquellos dos hombres, y se trasladó inmediatamente á otra un poco mas arriba.

Cuando Perico y Sebastian observaron que su víctima habia desaparecido, y figurándose que no estaria muy lejos, principiaron á recorrer las posadas inmediatas sirviéndoles de pretexto para observar, los vasos de vino que pedian.

Llegaron por fin á la en que D. Pedro Diaz se habia refugiado temeroso de promover un nuevo altercado, pero Perico y Sebastian le descubrieron y le provocaron de nuevo y el escándalo y alboroto subió de punto.

Un niño de doce años que presenciaba la escena tuvo la feliz ocurrencia de ir corriendo á dar aviso á la Guardia Civil, cuyo puesto está á un kilómetro de la venta de la Pajanosa.

IV.

A los diez minutos el cabo 1.° José Marqués y el Guardia Fernando Rodriguez se presentaron en la posada que el niño les indicara; pero el ventero lejos de declarar la verdad, dijo que en su casa no habia oido ni una sola voz, ni un grito; que tal vez habrian disputado en la calle; pero que él nada tenia que ver con lo que ocurriese fuera de la venta.

Los Guardias, temiendo que el niño hubiera equivocado la posada, fueron preguntando una á una, pero en todas les dieron contestaciones por el estilo de la que habian recibido en la primera.

Con tan escasos datos no era posible juzgar ni emprender ningun género de procedimiento.

Todas las pesquisas y preguntas de los Guardias no obtuvieron ningun resultado favorable.

Tomaron, pues, un camino que da al campo y dejaron la carretera sobre la cual están situadas las mencionadas ventas.

Era la una.

La noche estaba oscura, pero los Guardias, conocedores del terreno, seguian su vereda pisándola aunque sin distinguirla apenas.

A dos tiros de bala de la carretera el cabo Marqués tropezó con un objeto.

Un gemido imperceptible llegó á sus oidos.

Se bajó al suelo, y un hombre se hallaba tendido á sus piés, procuró ayudarle á levantarse, pero en vano; el cuerpo cayó á plomo impotente ya para sostenerse.

Marqués sacó una caja de cerillas y encendió luz, mientras Rodriguez buscaba un poco de esparto y ramas secas con que hacer una pequeña hoguera que les alumbrase.

Sentaron al herido y le recostaron sobre un arbol que habia cerca.

—¿Quién os ha herido, buen hombre? le preguntó Marqués.

El moribundo abrió los ojos al resplandor de la llama y exaló un ¡ay! doloroso.

—Hablad por Dios, decia el Guardia; ¿quién, quién ha sido el asesino?

El herido, haciendo un esfuerzo supremo, levantó cuanto pudo la mano señalando el camino; despues se estremeció convulsivamente, dejó caer la cabeza sobre el pecho y sus ojos empañados por el soplo de la muerte, se cerraron para siempre.

Cuando el cabo Marqués se convenció de que tenia á su lado un cadáver, desabrochó la ropa empapada en sangre, y á la luz de la hoguera distinguieron una profunda y ancha herida en el pecho sobre el corazon, y otra del mismo tamaño en el costado derecho, las dos mortales á juzgar por sus dimensiones.

Quisieron, sin embargo, hacer la última prueba. Bañaron su frente con agua fresca, restañaron la sangre de las heridas, y con sus pañuelos intentaron detener la que aun corria.

¡Todo fué en vano!

La muerte empezaba á helar aquel cuerpo y los Guardias vieron con dolor que todos sus esfuerzos eran inútiles.

El infeliz D. Pedro Diaz habia dejado de existir.

Perico y Sebastian habian consumado su proyecto.

V.

Comprendiendo Marqués y Rodriguez que sus auxilios de nada servian ya al que acababa de espirar, creyeron con fundamento que el asesino ó asesinos no podrian estar muy lejos y sin perder un instante echaron á andar precipitadamente en su busca.

Al cuarto de hora divisaron dos hombres que corrian en direccion contraria á Gilena.

Estos dos hombres debieron tambien á su vez distinguir á los Guardias, porque á su vista corrian con mas rápidez.

Aquello se parecia mucho á una fuga, y Marqués creyó con razon, que los que huian serian los asesinos del infeliz cirujano.

Así, pues, se propuso darles alcance.

El dia 5 principiaba á amanecer.

Los escarpados barrancos y riscales que abundan en aquel término, sirvieron para que Perico y Sebastian ocultándose en ellos, perdieran de vista á los Guardias que los seguian.

Marqués y Rodriguez se internaron entre los chaparros y acebuches que pueblan aquellos montes, y practicaron el mas escrupuloso registro.

Nada encontraron.

Sin embargo persuadidos que los fugitivos estaban ocultos muy cerca, determinaron esperar, y se colocaron detras de los espesos matorrales que por allí abundan.

Perico y Sebastian que se habian ocultado entre las grietas de un estrecho y profundo barranco permanecieron en el escondite, hasta que creyeron que los Guardias habian pasado.

A la media hora, muy lejos de figurarse que los estaban esperando, abandonaron su escondrijo y arrastrándose y casi á gatas pudieron salir á terreno mas llano; pero en el momento de emprender nuevamente la fuga, la voz de alto dada por los Guardias, que les salieron al encuentro, vino á desvanecer todas sus esperanzas.

Todavía intentaron huir, pero Marqués, apuntándolos con su carabina, les advirtió que el menor movimiento que hiciesen les costaria la vida.

Perico y Sebastian no pudieron menos de rendirse.

Se les ató fuertemente y se les condujo á Gilena.

Practicadas las primeras diligencias por el juez del partido resultaron ser los autores del crímen que se les imputaba.

Los asesinos se llamaban Pedro Asete y Sebastian Delgado, siendo el primero el que consumó el crímen.

Trasladado el cadáver á la cabeza de partido se practicó la auptosia, declarando los facultativos ser mortales *por necesidad* las dos heridas que habia recibido.

Cuando se le recogió tenia todavía en la mano un puñado de yerbas empapadas en sangre, que el infeliz cirujano en sus últimos momentos aplicó sin duda á su herida como el remedio supremo.

¡Ay! aquel desdichado estaba muy lejos de sospechar que aquellas yerbas que recogia para la curacion y alivio de las heridas de los demás, estaban destinadas á mojarse con la sangre de las suyas.

Ignoramos la pena que impusieron los tribunales á los autores de tan horrible crimen.

Lo único que sabemos es, que el cabo José Marqués recibió por tan inportante servicio las gracias del juez, y del Excmo Sr. Director General de la Guardia Civil.

EL GUADARRAMA.

I.

A pesar de la agradable impresion que nos producen los viajes, no todo en ellos es comodidad y alegría.

Hay percances de consideracion, peligros de gravedad, y sobre todo disgustos cuando se emprenden en épocas en que el tiempo no se muestra muy benigno.

Las lluvias, las nieves, las tempestades, las avenidas son otros tantos motivos de molestia, cuando no son causas de verdaderos peligros.

Por fortuna los ferro-carriles van hoy disminuyendo en gran parte estos contratiempos, que no ha muchos años eran frecuentes é insuperables á veces, porque abandonados los pasageros á la discrecion, por lo general escasa, de un conductor de ganado, veian á menudo amenazada su existencia por la falta de prudencia, por la impericia ó la obstinacion de un mayoral inconsiderado.

Nosotros, sin embargo, no queremos inferir la menor ofensa á esa clase; debemos ser justos manifestando que la mayor parte de las veces no son ellos la causa de esos percances, que muchas veces ponen en un peligro inminente la vida del viajero, ó le causan un profundo malestar.

Preciso es decir que nuestros caminos estaban en muy mal estado, y aun lo estan algunos, donde existen muy malos pasos que requieren mucha prudencia y mucha práctica en el jefe ó conductor del vehículo.

El terreno montuoso y quebrado de nuestra España, no puede menos de presentar pendientes y cuestas de un difícil descenso y de no muy fácil acceso.

El paso de Despeñaperros y el de Guadarrama gozan entre nosotros de cierta celebridad por las dificultades que á menudo ofrecen á las diligencias que llenas de viajeros, tienen precision de atravesar por esos sitios.

En prueba de esta verdad, podemos agregar un hecho mas á los muchos que la esperiencia ha suministrado, y que hubiera tenido fatales consecuencias, si la Guardia Civil, siempre solícita, siempre oportuna, siempre previsora del peligro, siempre reparadora en lo posible de la desgracia y del infortunio, no acudiera muchas veces á librar á los pasageros de los apurados trances en que suelen encontrarse en distintas ocasiones.

II.

En los últimos dias de Diciembre de 1861, la nieve habia caido con tal abundancia, que el puerto de Guadarrama, se puso intransitable, y las sillas-correos que ha-

bian intentado atravesarle, se quedaron atascadas ó casi enterradas en la blanca sábana que cubria el camino.

La nieve engaña nuestra vista, y casi nunca puede medirse en campo raso el espesor que tiene, así es que correos, diligencias y todo género de carruajes iban llegando en aquellos dias, á lo alto del puerto, y allí se quedaban atascados con los que antes quedaron allí sin que pudieran vencer aquel paso inaccesible y peligroso.

Multitud de pasajeros se vieron en la precision de sufrir algunas horas dentro de los coches el frio glacial que se dejaba sentir sobre aquellas heladas cumbres, y en la imposibilidad absoluta de permanecer en ellos por mas ó menos dias, tuvieron que abandonar el carruaje y volverse á pié en busca de una venta ó de un meson donde guarecerse de los rigores del temporal, sufriendo los perjuicios consiguientes por causa de tales trastornos.

Esta embarazosa situacion especialmente durante los tres últimos dias se hacia cada vez mas penosa, y las dificultades, lejos de disminuirse acrecentaban, pues las fuertes heladas de aquellas noches habian convertido la blanda capa de nieve en un espejo terso y resbaladizo que hacia el paso materialmente imposible.

El dia 29 de Diciembre se hallaban reunidos en un solo punto hasta veintitres carruajes de diferentes clases.

Sigamos con la vista á uno de ellos que principiaba á atravesar el puerto á las ocho de la noche de aquel mismo dia.

III.

Intentar aquel dia y en aquellas horas pasar el puerto de Guadarrama en el estado en que se encontraba la

carretera, era efectivamente una temeridad imprudente, que podia comprometer las vidas de los que se atrevieran á acometer tan arriesgada empresa.

Sin embargo, á juicio del mayoral, de cuyo coche nos ocupamos, se ponderaba mas el peligro ó las dificultades de lo que eran en realidad, y sin vacilar un momento siguió su camino muy confiado que venceria cuantos obstáculos se opusieran á su paso.

La nieve helada producia al pasar el carruaje un ruido semejante al de un vidrio cuando se pisa, y las caballerías caian amenudo de rodillas en la resbaladiza superficie en la que penosamente podian sentar los cascos, porque las herraduras se escurrian en el hielo sin encontrar punto donde apoyar sus cascos para hacer empuje y tirar del carruaje.

La capa de nieve iba siendo mas espesa á cada paso, y al poco rato el estallido del látigo y la voz del mayoral fueron impotentes para poner en movimiento aquellos animales rendidos de fatiga y de cansancio.

Entonces el mayoral comprendió, aunque muy tarde por desgracia, la imprudencia de su propósito, y como en tales casos sucede, apuró el vocabulario de los votos y juramentos.

Todo fué en vano. Clavadas en el hielo las ruedas del coche, este no se movia ni una línea, pues las ruedas no podian romper la dura mole de nieve en que se habian sepultado.

Se acudió al último recurso, y los hombres agarrados á las ruedas procuraron inútilmente hacerlas girar, pero el peso era enorme y el coche permaneció clavado en el mismo sitio.

Se pensó en volver atrás ó en pedir caballerías que ayudasen á hacer el tránsito, pero ni una cosa ni otra era fácil en aquel momento.

Los pasageros entretanto llenos de temor y de angustia pensaban y discutian la manera de salir de la peligrosa situacion en que se encontraban, y no hallando recurso ni medio que los pusiera á cubierto del mal, se resignaron á soportar todas las consecuencias del temerario empeño del conductor en cuyas manos se habia puesto.

Sin embargo, lo que los hombres aguantaban con trabajo, no era fácil que lo soportase la señora del general D. Antonio Santa Cruz, que por su estado interesante podian serla peligrosísimos aquellos sustos y contratiempos, precisamente en el momento en que mas necesarios la eran los cuidados y la tranquilidad.

Su esposo que la acompañaba, el resto de la familia y de los demas viajeros, no acertaban á salir del apurado trance, doblemente sensible por aquella señora que reclamaba todo género de atenciones.

IV.

En tan críticos momentos unos Guardias civiles se presentaron en el sitio de la ocurrencia.

Estos eran el de primera clase Andrés Soto, y los de segunda Manuel García, Faustino Oytaben y Cipriano Perez, mandados por el cabo 2.° Pedro Sanz de Frutos.

Los faroles de la diligencia les habian servido de aviso y guia al mismo tiempo, y atravesando peñascos y barrancos aun á riesgo de estrellarse en ellos, el cabo

Sanz se figuró lo que allí pasaba y corrió con sus compañeros todo lo que le permitia correr lo accidentado del terreno, y la nieve que lo cubria.

Enterados del suceso, trataron por cuantos medios les sugirió su celo, poner á los viajeros al abrigo de la intempérie, los que ya se preparaban á sufrir en aquella desgraciada noche de su viaje.

El coche habia atascado junto al leon de piedra que el rey Fernando VI mandó colocar en aquel sitio, punto de division de las dos castillas, encontrándose por lo tanto los pasajeros en la cumbre del puerto.

El general D. Antonio Santa Cruz se dirigia con su familia al Ferrol, para tomar posesion de la comandancia general de aquel departamento.

Los Guárdias conocedores del terreno, y prestando los mas eficaces auxilios á los viajeros, lograron conducir á estos á una mala casa llamada de Cabrera, distante un cuarto de legua del sitio del siniestro, pero no fué posible buscar mas cerca alojamiento porque las mas inmediatas estaban llenas de pasajeros socorridos poco antes en idénticas circunstancias.

Aunque habian salvado ya la dificultad mas grave y peligrosa, las molestias y el malestar eran de muy difícil ó de imposible remedio.

Era tanta la nieve que rodeaba la pequeña casa que servia de refugio á los viajeros, que casi estaba enterrada.

Al siguiente dia hubo bastante blandura y empezaron á derretirse los témpanos que la cubrian.

El agua sin tener salida se abrió paso por entre las piedras de las paredes, y las habitaciones se iban convirtiendo en verdaderos charcos.

Preciso fué á los Guardias hacer unos agujeros en las paredes de la fachada, que como otras tantas cañerías dieran salida á la gran cantidad de agua que penetraba en la casa.

Con tan acertada medida pudo evitarse un segundo conflicto, no menos grave que el que los viajeros habian soportado y vencido pocas horas antes.

V.

El comportamiento del cabo Sanz de Frutos que ocupa en esta Crónica una página honrosísima, fué tan digno de elogio que el general Sr. Santa Cruz, despues de agradecérselo personal y cordialmente, en cuanto llegó á su destino, quiso darle un testimonio de su gratitud, escribiéndole una afectuosa carta que debe ser un nuevo motivo de satisfaccion para quien está dirigida.

Nosotros que comprendemos lo que vale un auxilio cuando para prestarle se han tenido que vencer verdaderos peligros, no podemos menos de reconocer tambien todo el mérito de la conducta del cabo Sanz y sus compañeros, tanto en el presente caso como en los infinitos que diariamente se le ofrecian durante los meses de aquel rigoroso invierno.

El cabo Sanz Frutos y los Guardias á sus órdenes prestaron durante tres meses consecutivos tan humanitarios auxilios á los viajeros en aquellas heladas cordilleras, que merecieron por ellos repetidas veces las mas honoríficas distinciones, tanto de sus jefes superiores como de las autoridades de la provincia.

LAS CUEVAS DE LA CUBÉ.

I.

Hay hombres que no parece sino que nacieron para servir de azote de sus semejantes.

Ya en otra ocasion hemos manifestado las causas que en nuestro concepto contribuyen á desarrollar en el corazon de esos hombres-fieras las malas pasiones, los deseos criminales y los mas inmundos vicios.

Una de las principales que aducimos entónces, fué la falta de educacion y por consiguiente de instruccion.

La ignorancia engendra en el corazon del hombre la negacion de toda la creencia santa ó respetable, y quien no cree en nada en nada teme; de aquí al extravío no hay mas que un paso, y otro paso aun mas corto al delito ó al crímen.

Vamos á ocuparnos en esta Crónica de la fuga y de la

captura de un criminal. Este hecho parece de escasa importancia para un capítulo de nuestro libro, sin embargo los antecedentes del bandido son tales que solo el hecho de su fuga de la cárcel, consternó á todo un pueblo, que se lanzó al campo para capturarlo.

Mientras que duró la persecucion, no se extinguió la ansiedad de ningun vecino, y todos temian por sus vidas y haciendas.

Véase, pues, con cuanta razon hemos dado importancia al hecho, pues quien es capaz de infundir tan serios temores en todo un vecindario, debe ser una gran notabilidad en la carrera del crímen.

II.

Era Diego Aguilera (a) Mayorazgo, uno de esos hombres que ni temen ni deben, como suele decirse vulgarmente de aquel que acomete cualquiera empresa arriesgada y que no es lícita ni en su esencia, ni en su forma.

Habiéndose lanzado en el sendero del mal, empezó sus correrías en el término de Priego, villa de la provincia de Córdoba, á cuyos habitantes tenia consternados con sus robos y crueldades.

Era Aguilera tan osado y temerario que bastaba concebir un proyecto para que tarde ó temprano lo pusiera en ejecucion.

En vano las autoridades organizaban batidas para capturarlo; siempre escapaba á su vigilancia, porque siendo el terror de todas las gentes, estas mismas le proporcionaban, por miedo, lugares donde ocultarse.

Instituida la Guardia Civil, correspondió á la villa de

Priego tener un puesto, y en el momento qne los Guardias tomaron posesion de él, inmediatamente emprendieron la persecucion de Aguilera.

La celebridad que este habia alcanzado de valiente y experto, le hizo prosélitos y formó una partida de malhechores á cuyo frente se puso como jefe.

Con esta fuerza los robos y las fechorías se multiplicaron, y los Guardias civiles redoblaron mas sus esfuerzos para apoderarse de aquellos que eran el terror de toda la comarca.

Un dia en el año de 1849, se encontraron frente á frente bandidos y Guardias y el Aguilera dió muerte á uno de aquellos llamado Froilan Gonzalez.

Cayó al fin el bandido en manos de la justicia y fué condenado á presidio con sus cómplices.

Extinguida su condena, se trasladó otra vez á la villa de Priego, y lejos de haberse corregido, volvió á su profesion, y fué de nuevo el terror de sus convecinos.

Muchas fueron las fechorías que de él se contaron por entonces, pero una de ellas, y por la que fué reducido á prision, tiene detalles tan horribles que la pluma se resiste á consignarlo en el papel.

No sin razon pues podriamos calificar este bandido de hombre-fiera.

III.

Como á una legua de la villa de Priego, habia una casa de labor, que aunque casi completamente aislada, la habitaba el dueño de la misma con su familia.

Este se llamaba Antonio Mata Campaña.

Dedicado enteramente al cultivo de su campo y separado del vecindario, si no tenia amigos en gran número, no tenia enemigos que desearan causarle daño, como suele suceder y sucede en los pueblos con harta frecuencia por desgracia.

Ignorando las fechorías del bandido Aguilera, descansaba tranquilo en el seno de su familia, y no creia ni sospechaba que nadie pensara en él y menos para robarle, por no tener fama de rico, sino mas bien de pobre.

Todos los domingos acostumbraba á visitar la villa de Priego, y siguiendo su costumbre, el dia 9 de Junio de 1862 se levantó muy de mañana y se dirigió al pueblo.

Permaneció en este casi todo lo mas del dia, y ya al declinar la tarde emprendió su marcha en direccion al cortijo ó casa de campo.

Alegre y contento caminaba el infeliz Campaña, deseando volver al seno de su familia, á la que siempre la llevaba un recuerdo de cariño. Siempre salian á recibirle sus hijos, con el afan muy propio en la juvenil edad, de ver lo que su padre les traia de la villa.

Acaso Campaña aquel dia se excedió de lo acostumbrado.

Acaso aquel dia hubiera querido trasportarse de un vuelo, desde Priego á su casa de campo, para gozarse en la alegría que producirian en sus inocentes hijos las chucherías que les llevaba.

Acaso dejándose llevar de un oculto presentimiento hubiera querido ser mas expresivo que nunca con los seres que mas amaba su corazon, y acaso tambien durante el tiempo de su viaje, alguna idea llena de amargura turbó la paz de su alma.

Sin embargo, semejante pensamiento debió pasar con la rapidez de un relámpago.

Hacia mucho tiempo que vivia en su casa solitaria y nadie, absolutamente nadie, se habia metido con él.

¡Infeliz!

Ignoraba lo que en aquellos momentos ocurria en su morada.

IV.

El bandido Aguilera habia fijado sus miradas en el cortijo de Antonio Mata Campaña, y proyectó robar á este cuantos ahorros tuviese.

Convocó al efecto su cuadrilla y les comunicó el plan que fué aceptado unánimemente.

Aguilera se habia enterado muy bien de todo cuanto tenia relacion con su proyecto, y aunque no supo el objeto de las visitas semanales del Mata Campaña á Priego, su codicia le sugirió la idea de que en aquellos dias iria á vender parte de los frutos que le sobraban.

Tal vez no se habria equivocado; pero nosótros ignoramos este detalle.

Puestos de acuerdo los malhechores para dar el golpe y tomadas las medidas que creyeron conducentes para su propósito, empezaron á espiar en la noche del 8 de Junio los alrededores del cortijo.

Amaneció el dia 9 y vieron salir á Mata Campaña en direccion á Priego.

Esperaron á que llegase la tarde y cuando Aguilera vió que se acercaba el momento oportuno, hizo la señal convenida y todos se reunieron siguiendo á su jefe.

Un instante despues todos ellos penetraban en la casa del desgraciado Campaña, y maltrataban á su indefensa familia, sujetando con fuertes ligaduras los brazos y los piés de cada uno de los individuos que se encontraban en ella, encerrándoles luego en una de las habitaciones.

Libres ya de aquel embarazo que hubiera podido oponer algun obstábulo á la realizacion de sus planes, se colocaron en acecho esperando la llegada del Campaña.

Su triunfo era seguro, y nadie habia en aquellos solitarios campos, no ya que saliera á la defensa de aquella desdichada familia, sino que pudiera descubrir aquel inaudito atentado.

V.

Llegó por fin el Antonio Mata Campaña á la vista de su casa y notó con extrañeza que nadie salia á recibirle.

No sabemos si en aquel momento cruzaria por su imaginacion la misma idea que á la salida de Priego habia turbado por unos segundos la dicha que disfrutaba gozando con el recuerdo de su querida familia.

Pero como á nadie habia causado daño tenia la conciencia tranquila; y como era pobre, no temia que sorprendieran su casa para robarles.

Triste engaño.

No importa que el hombre no tenga enemigos, porque no faltará un malvado que atente á su existencia, aunque no haya recibido de él la ofensa mas leve.

Esto fué lo que ocurrió en este caso.

Campaña al ver que no salia nadie de la casa apresuró el paso temiéndolo todo, menos el que su familia estuviera encerrada por los bandidos.

No habia pasado del portal cuando salió á su encuentro Aguilera con su gente.

El pobre labrador ni opuso ni pudo oponer resistencia, y se entregó en brazos de los malhechores.

Aquellos empezaron á maltratarlo dándole de palos.

En seguida le pidieron cuanto tenía y aquél se lo entregó todo.

Pero no satisfecho Aguilera con tan pequeña suma, empezó á romper cuantas escrituras de propiedad tenía el Campaña.

Aquí hubieran cesado los actos brutales de cualquiera bandido, pero Aguilera y los suyos apetecian gozar de mas sangriento espectáculo.

Con la saña y la ferocidad de unos tigres le cortaron las orejas y otras partes de su cuerpo y despues de mutilado de manera tan horrible le dispararon dos tiros que le atravesaron el cráneo dejándole muerto en el acto.

Consumado el crímen, los feroces bandidos se retiraron tranquilamente de aquel sitio de horror y de luto, dejando á la familia del desdichado Campaña sumida en la desesperacion y el dolor, temiendo por la vida de su jefe y de su amparo.

VI.

La Providencia no podia consentir que aquella familia pereciese en medio de las mas desgarradoras angustias, ni que los criminales quedasen impunes de tan infame y perversa accion.

Ignoramos de que manera llegó á noticia de los vecinos del pueblo tan triste nueva; pero en el instante mar-

charon al lugar de aquella horrible y sangrienta escena, y prestaron algunos auxilios á la desventurada familia, del desgraciado Campaña.

Empezó á formarse la correspondiente causa á los perpetradores del crímen, pero nadie se atrevia á declarar por temor, y los que algo sabian negaban de la manera mas terminante.

La voz general los designaba por sus nombres, pero el juez se veia con las manos atadas, porque del sumario instruido no podia saberse quienes eran los autores.

En vano hacian esfuerzos las autoridades; todos se estrellaban contra la mala fé ó el temor de las gentes.

¿Pero es posible que los criminales queden impunes?

¡A que tristes reflexiones no daria lugar este suceso si fuéramos á comentarlo!

Por fortuna á los pocos meses de la perpetracion del delito fué nombrado jefe de línea de la Guardia Civil del distrito de Priego el subteniente D. Francisco Martinez y Albero.

En el instante que este celoso oficial tomó el mando, se enteró de todos los sucesos y se informó de las personas.

Como era natural, el que mas llamó su atencion fué el horrible asesinato del desgraciado Campaña, y desde luego comprendió que los criminales eran Aguilera y su cuadrilla.

Desde entonces, no descansó un momento, hasta que consiguió la captura de todos ellos, y en el mes de Octubre del año de 1863, puso á disposicion del juzgado á Diego Aguilera (a) Mayorazgo, Antonio Marquez (a) Obílo, Eusebio Trujillo (a) Marqués de los botones,

José Basca y su mujer María García y Antonio Ubeda, autores de aquel horrendo crímen.

Preso ya Aguilera, la causa varió de aspecto y las gentes depusieron el temor que coartaba su libertad para declarar la verdad de los hechos.

VII.

Ha pasado ya mas de año y medio que el terrible Aguilera dormia en la cárcel de Priego, esperando sin duda la sentencia del tribunal.

En el dia 3 de Mayo del presente año la hermandad titulada de la Caridad celebró una solemme procesion, que siguiendo la carrera acostumbrada, pasó por la puerta de la cárcel pública.

Todos los presos se agolparon á las ventanas á ver la funcion religiosa, pero Aguilera aprovechándose de la ocasion, se escapó de la cárcel por el patio del edificio.

De que medios se valió para fugarse, lo ignoramos; pero lo cierto es, que á la hora, ya todo el mundo sabia el suceso.

Desde aquel instante el pánico se estendió por todo el vecindario y el honrado alcaide de la cárcel quedó como herido de un rayo.

Inmediatamente que llegó á noticia del jefe de la Guardia Civil, que era el mismo subteniente D. Francisco Martinez, dispuso que la fuerza de su mando y de gala como estaba en aquel dia á consecuencia de la procesion saliera en distintas direcciones para lograr la captura de tan temido criminal.

El mismo subteniente Martinez con el uniforme de

gala que vestia en aquellos instantes, montó á caballo y salió en persecucion del Aguilera á la cabeza del Guardia de 1.ª clase Manuel Gil Arjona y de los de 2.ª Juan Serrano y Francisco Sanchez.

Tambien se organizó una batida por parte del vecindario y por los amigos del contristado alcaide, á quien todo el pueblo queria por sus buenas prendas.

En vano los Guardias y los paisanos recorrieron el término de la villa de Priego.

En vano se hicieron toda clase de pesquisas; ni dieron con el reo, ni supieron siquiera la direccion que habia tomado.

Pasóse la noche del 3 en una continua alarma y en la mañana del 4, se estendió la voz por el pueblo de que los Guardias habian cogido al criminal.

Este rumor, fué una celada que tendieron los amigos ó cómplices del Aguilera, para hacer desistir á los paisanos que habian salido en su persecucion, y al cabo lo lograron.

Pero este espediente no podia producir los resultados que aquellos deseaban.

VIII.

Cuando el vecindario vió entrar por las calles de la villa á los Guardias sin el criminal Aguilera, la alarma y la consternacion creció de punto.

Tal era el terror que inspiraba aquel bandido.

Sin embargo, la persecucion por parte de los Guardias. continuaba con toda la actividad de que siempre estan dando ejemplo los individuos de este benemérito Cuerpo.

Pasáronse uno y otro dia y sin resultado; pero al cuarto ó quinto de la fuga el subteniente Martinez recibió un aviso de que en las cuevas de Cubé inmediatas á la poblacion se ocultaba un hombre envuelto en una manta.

Sin dar la menor tregua se puso de nuevo á la cabeza de los mismos tres Guardias arriba indicados y partió al sitio que le designaban.

Colocó aquella escasa fuerza de la manera que creyó conveniente y apeándose del caballo, se dirigió él mismo acompañado del Guardia 1.° Manuel Gil á la boca de una de las principales cuevas.

Esta cueva, que se encuentra en medio de un tajo, cuya ladera baña un rio, es sumamente larga, estrecha y con una via muy escarpada y casi inaccesible, de modo que tanto el subteniente Martinez, como el Guardia 1.° Gil tuvieron que trepar á gatas, agarrándose á las hendiduras de las rocas, para penetrar en su interior.

Emprendieron los dos el reconocimiento mas escrupuloso y unas veces uno y otras otro, registraban las cuevas laterales, por las que con dificultad cogia un hombre.

Ya desesperaban de encontrar al bandido, cuando el Guardia Gil al entrar en una de aquellas mas estrechas, divisó en el fondo un objeto; entonces, con toda la rápidez que el terreno lo permitia y con un valor á toda prueba, se arrojó sobre él y le obligó á salir á la boca de la cueva, en donde reconoció al Aguilera que pugnaba por desprenderse de sus manos armado de un puñal.

Lanzóse en seguida el subteniente Martinez donde luchaban los dos, y desde este momento cesó la contienda, y el Aguilera fué desarmado y asegurado de la manera mas conveniente.

Algunos vecinos que siguieron los pasos del subteniente y los tres Guardias, al ver que habian capturado al feroz Aguilera, corrieron á la villa y dieron la noticia á cuantos encontraron á su paso.

Circuló aquella nueva por la poblacion con una rapidez extraordinaria, y todo el vecindario lleno de alegría, salió á recibir á los Guardias, á los que debió el reo su salvacion en aquellos instantes, pues de lo contrario le hubieran escarnecido y arrastrado hasta quitarle la vida. Tal era el ódio que tenian al criminal.

Fué tanto el júbilo y tantas las demostraciones de gratitud de las gentes á los Guardias por este hecho, que llegó hasta el extremo de abrazarles en el tránsito de las puertas de la villa á las de la cárcel, donde dejaron de nuevo el reo, á disposicion del juzgado.

Tan importante servicio no podia pasar desapercibido de las autoridades, las que correspondiendo á las demostraciones de los vecinos de Priego, tributaron tambien las mas espresivas gracias al decidido subteniente Martinez, al valiente Guardia 1.° Gil y á los otros dos que les acompañaron en tan difícil como arriesgada empresa.

UN SOCORRO Á TIEMPO.

I.

Nada es mas bello que el sentimiento de humanidad que abrigan los corazones nobles; nada mas cristiano que salvar á la víctima ó socorrer al desvalido en el momento crítico del peligro ó de la angustia.

Cuando presenciamos uno de esos rasgos de caridad, de abnegacion ó de amor al prójimo, sentimos inundarse nuestra alma de una secreta y dulce alegría, que es difícil de esplicar, porque no hay frases ni palabras que retraten las afecciones, como no hay colores que imiten la luz.

Por otra parte, el recuerdo de estas acciones queda grabado para siempre en nuestra memoria, porque asi como la imágen del vicio nos inspira horror y repugnancia, y tratamos de borrarla de nuestra memoria, la hue-

lla de la virtud no se extingue nunca y la acariciamos en nuestro corazon, porque como una flor hermosa nos inunda de un perfume eterno é inextinguible.

Poquísimas líneas necesitaremos para bosquejar el cuadro de uno de esos hechos que atraen sobre la persona que lo ejecuta, las simpatías de los hombres y las bendiciones del cielo.

Y nada importa que la narracion se encierre en cortos renglones, porque no por eso deja de ser menos laudable la generosa accion de que vamos á ocuparnos.

II.

La Guardia Civil, por su mision especial, parece que está llamada á embellecer su historia con todos los hechos dignos que puedan distinguir á cualquiera institucion.

La mayor parte de los individuos de que se compone, se ha coronado con las alabanzas de las gentes honradas, y con la gratitud sincera de los pueblos.

¡Qué mas satisfaccion y gloria!

Pero dejemos estas reflexiones que son pálidas ante las que pudiéramos hacer si fuéramos á consignar las que nos sugieren todas las acciones generosas, todos los hechos brillantes que constituyen la historia de la Guardia Civil.

Entremos, pues, en el hecho que nos ocupa.

El pueblo de Calamonte está situado á media legua de Mérida, en una hondonada, y defendido por varios cerros que le dominan.

A últimos de Enero de 1856, los caminos se hallaban

intransitables, y el dia 28 del mismo mes, y á las doce de su noche, los Guardias Antonio Manzano y Ramon Trigo regresaban á Calamonte despues de proteger la marcha del correo, interrumpida por el deplorable estado en que se encontraba el camino que habia de recorrer.

Próximos ya á Calamonte sintieron un estrépito que confusamente llegó á sus oidos como el ruido de una descarga lejana, ó el desplome de alguna casa.

El ruido fué momentáneo, y por lo tanto los Guardias no tuvieron el suficiente tiempo para apreciar con exactitud de qué parte provenia; sin embargo, sin perder un instante, picaron espuela á los caballos y corrieron á todo escape en direccion del pueblo, de cuyo punto pareció que venia el eco de aquel.

III.

Los Guardias no se equivocaron.

La noche estaba nebulosa, y en medio de la oscuridad que los rodeaba, llegaron á sus oidos los lastimeros ayes de un ser que pedia auxilio.

Pasaron una calle, y al llegar cerca de la plaza, los gritos principiaron á oirse con mas claridad. Por fin, Trigo y Manzano, al cruzar una callejuela buscando el lugar del siniestro, presenciaron un espectáculo doloroso.

Una casa se habia desplomado dejando solo en pié algunas vigas y maderos que se destacaban en la oscuridad, como los huesos de un esqueleto.

La familia que en ella se albergaba, dormia en el momento de la catástrofe, muy lejos de sospechar que las alas de la muerte se cernian sobre su cabeza.

La casa se desplomó y envolvió entre sus escombros á tres personas de que se componia aquella desdichada familia, que se vió en un instante sepultada entre un monton de ruinas.

Los Guardias no perdieron ni un momento.

Echaron pié á tierra, se quitaron las botas de montar para obrar con mayor agilidad y prontitud, y principiaron á levantar los pesados paredones de tierra y de ladrillos, que gravitaban sobre aquellos infelices.

La tarea era larga, la operacion fatigosa.

Sin embargo, la constancia, el ánimo, y sobre todo el sentimiento de caridad, pudieron mas que las dificultades que se oponian; y Trigo descubrió debajo de los terrones que lo cubrian, el cuerpo de un hombre que pudo con mil trabajos sacar con vida, aunque magullado y herido.

El desdichado conservaba el conocimiento, y aunque la voz se habia ahogado en su garganta, dió á entender por señas que aun quedaban otros séres á quien salvar de entre los escombros.

Trigo lo comprendió, y volvió á remover aquellos con nuevo ardimiento, ayudado de su compañero y de algunos vecinos que acudieron para tomar parte en tan caritativa obra.

No tardaron mucho en ver coronados sus deseos, pues á poco extrajeron una mujer que prorumpió en lastimeros alaridos, llamando á su hija querida.

La desgraciada madre, á pesar de sus contusiones, se precipitó sobre las ruinas buscando el tesoro de su corazon.

Impulsada por el amor maternal, se vió á aquella

mujer levantar enormes piedras, cuyo peso hubiera rendido á un hombre.

Pero ¡ay! el desengaño fué horrible, cuando concluyó la duda.

El cadáver, aun caliente, de una niña fué lo único que se encontró.

El alma habia volado á la eternidad.

Los escombros sirvieron de sepulcro á la infeliz criatura, que yacia en el sueño eterno.

Los Guardias contemplaron mudos de pesar el inmenso dolor de aquella desgraciada madre, á quien todos sus esfuerzos no habian podido devolver su adorada hija.

Los Guardias, sin embargo, salvaron de una muerte segura á los padres, y esta satisfaccion mitigó el sentimiento que les ocasionó la irreparable pérdida que lamentaban.

Mazano hizo cuanto pudo por la salvacion de todos, pero sobre sus fuerzas estaba el decreto inescrutable del destino, contra el cual era imposible toda lucha.

Pero los Guardias Trigo y Manzano cumplieron con sus nobles y humanitarios sentimientos.

Despues de esto, ¿qué elogio podriamos tributarles?

¿Qué alabanza puede igualar á la satisfaccion que gozan al hacer el bien de sus semejantes las almas generosas?

LOS CABALLEROS DE INDUSTRIA.

I.

En todos los pueblos civilizados se considera la vagancia como un incentivo ó como el orígen del vicio.

De aquí al crímen no hay mas que un paso muy corto.

Por eso los gobiernos han sancionado leyes para el castigo de los vagos, y muchos menos delitos se cometerian en las grandes poblaciones, si la policía que se destina para otros servicios, se dedicara á la persecucion de estos.

Ciertamente que es dificil hacer una clasificacion exacta de los que pudieran calificarse de tales, pero esta falta en que acaso incurriria la ley que nunca desciende á casos particulares, podria llenarse perfectamente por los encargados de ejecutarla, teniendo en cuenta la his-

toria y los antecedentes del individuo que se detenia ó se calificaba como vago.

Permítasenos esta digresion en obsequio del buen deseo que nos anima, porque reconocemos con harto sentimiento, que hay muchos hombres que viven del engaño, de la estafa y del robo, sin que les alcance la justicia de los tribnnales, por los medios qüe aquellos emplean para ejecutarlos.

Semejantes ejemplos son perniciosos en sumo grado, porque sirven de escuela y alientan á los holgazanes, que pudiendo dedicarse á la agricultura, á la industria y á las artes, prefieren la *vitta bona*, como les hemos oido decir á algunos, por mas que sea indigna, á la del hombre honrado y laborioso.

Acaso los autores del hecho de que vamos á ocuparnos, pertenecerian, ó mejor dicho, serian alumnos de esa perniciosa escuela, que existe ya desgraciadamente hasta en las pequeñas ciudades y villas.

II.

Nos encontramos en este instante en la populosa y rica ciudad de Jerez de la Frontera.

Serian sobre las nueve de la noche del dia 23 de Mayo de 1858.

Un hombre llamado Cristóbal Redondo, que habia llegado en aquel mismo dia á Jerez, pasaba muy despacio por la plaza llamada del Arenal, cuando se acercaron á él dos individuos.

Vestia uno de ellos un trage que en nada le diferen-

ciaba de un caballero; y el otro con trage tambien de persona decente, llevaba un baston de autoridad.

Acercáronse al Cristóbal, y despues de saludarle cortesmente, el del baston le preguntó:

—¿Es usted Cristóbal Redondo?

—Sí señor; le contestó sencillamente.

—Pues tiene usted que venirse con nosotros, replicó seca y friamente el del baston, que le levantó en alto como para darle á entender que era una autoridad.

—Mas por qué motivo...

—¡Silencio!

—Vamos, dijo el tercero, yo interpongo mi influencia en favor del señor Cristóbal. Desde que le he visto me parece un hombre honrado, incapaz de...

—¿Incapaz de qué? repuso bastante azorado el Cristóbal.

—Silencio, repito; dijo á media voz el que se fingia autoridad. Han dado contra usted una delacion...

—¡Pero, señores, por Dios! si yo acabo de llegar esta mañana á la ciudad, á donde he venido á hacer algunas compras...

—¿Y no ha estado usted en ninguna parte? le preguntó intencionadamente el del baston.

—No, señor, en ninguna; pues ni aun he dado un paso para comprar el mas pequeño encargo, y aun tengo los dineros en el bolsillo.

Al oir esto los dos caballeros se hicieron una seña pisándose el pié, lo que no advirtió el sencillo Cristóbal, que estaba aturdido pensando en lo que podria sucederle.

—Ya ven ustedes, continuó, si yo habré hecho alguna cosa por la que me tenga que amonestar la autoridad.

Además son muy pocas las personas que me conocen en esta poblacion.

—Pues, sin embargo, dijo él del baston; á usted se le acusa de una omision que encierra cierta gravedad.

—Pero, señor; quién ha podido...

—Ya ve usted que no caminábamos al acaso y que sabiamos su nombre.

—Cierto que sí; pero... Y el infeliz forastero se abismaba cada vez mas en tristes reflexiones.

¡Pero eso es una calumnia, una impostura infame!

—Sí, sí; replicó el fingido caballero: yo así lo creo. El señor Cristóbal tiene cara de hombre de bien...

—Seguramente que lo soy.

—No obstante, repuso el otro; aun cuando yo haga en obsequio de este señor cuanto pueda, sin embargo, es preciso que nos siga para que preste su declaracion, desmintiendo el hecho que se le imputa, y allí veremos el mejor medio de arreglar este asunto desagradable.

—Eso ya es otra cosa, manifestó el desconocido que habia mediado en favor del Cristóbal.

—Bien; de ese modo... Pero déjenme ustedes ir á la posada, y al momento iré á donde me digan.

—No puede ser, replicó la supuesta autoridad. En ese caso tenemos que acompañarle hasta allí, y si se hace público este hecho, por que nos ven entrar en la posada con usted, ya no hay remedio posible porque se comentará nuestra visita y...

—¿Sera cosa de poco tiempo? preguntó el que vestia de caballero.

—Cosa de pocos momentos, gracias á usted que ha intercedido.

—Pues entonces, señor Cristóbal, vaya usted con la autoridad y así queda libre... Vaya yo les acompañaré tambien.

—Pues vamos, dijo pensativo el Cristóbal; y los tres partieron de la plaza del Arenal y se dirigieron por una de las calles que desembocaban en ella.

III.

Preocupado el Cristobal con tan imprevisto acontecimiento, no reparó por donde le llevaban aquellos dos sujetos.

Estos, por otra parte, comprediendo la impresion dolorosa que habia causado en el ánimo del forastero su inventada delacion, continuaron hablándole de ella por el camino.

Como nuestros lectores habran comprendido, eran dos *caballeros*, pero de los que suelen llamarse vulgarmente, *caballeros de industria.*

Ignoramos quiénes hubieran podido darles noticias del Cristóbal, del dinero que traia y de otras particularidades referentes á su persona, que fueron las que al oirlas aquel referir á la fingida autoridad, le dejaron completamente absorto y confundido.

Tampoco sabemos si el forastero diria algo en la posada acerca de su procedencia y de su objeto, y si alguno pudo oirle; pero de todos modos, este y otros hechos debieran servir de leccion á los imprudentes que en los mesones, paradores ó fondas, revelan todo lo que les concierne, sin conocer los sujetos que los escuchan.

Los dos caballeros de industria, merced á la cegue-

dad del Cristóbal, ó á la pasion de ánimo que en aquellos instantes le dominaba, consiguieron sacarle al campo, y cuando estuvieron en un lugar apropósito le intimaron la entrega del dinero.

—¿Cómo es eso? dijo el asustado forastero.

—¡O la bolsa ó mueres! le gritó uno de los acompañantes.

Entonces volviendo en sí el sencillo Cristóbal, echó una mirada en torno suyo y viendo que se encontraba en el campo, y sin mas auxilio que el de Dios, se resignó á entregarles cuanto dinero llevaba, para desviar de su pecho los dos puñales que amenazaban herirle de muerte.

Los rateros tomaron la bolsa y al ver que nada faltaba de lo que se prometian, intimaron á su victima el mas profundo silencio, diciéndole el que llevaba el baston de autoridad:

—Ya ves que te conocemos; como digas una sola palabra ó des parte, vas á morir aun cuando sea al revolver una esquina.

Y marcharon apresuradamente.

IV.

Aquellas terribles y amenazadoras palabras: «vas á morir aun cuando sea al revolver una esquina,» resonaban como un eco fúnebre en los oidos del asombrado y aun acobardado Cristóbal.

Largo tiempo estuvo sin atreverse á dar un paso; fijo en el mismo sitio, como si fuera una estátua; pero volviendo poco á poco en sí, comprendió que no le quedaba mas remedio que resignarse y marchar á la posada.

Lo hizo efectivamente, y al cabo pudo llegar á ella sin tropezar con nuevos percances.

En aquella noche, por mas que cerró sus ojos, el sueño huia de él, y su imaginacion le presentaba á cada momento el peligro en que se habia encontrado.

Despues caia en un abatimiento profundo al considerar la gran pérdida que habia sufrido y la que probablemente sería causa de muchos é irremediables disgustos.

Levantóse al siguiente dia y anduvo dando vueltas por las calles de la poblacion como aturdido y sin saber que hacerse.

En ese estado de intranquilidad permaneció por espacio de algunos dias.

Ignoramos si permaneció en Jerez ó marchó á su pueblo; pero es lo cierto que no se atrevió á dar parte á la autoridad de aquel robo.

Tampoco sabemos á quien le contaria el hecho, pero es lo cierto que al cabo de unos cuantos dias se resolvió á tomar una determinacion.

Serian como las seis de la tarde del dia 11 de Junio del mismo año de 1858 cuando un hombre, que no era otro que el Critóbal Redondo, llegó á las puertas de la casa-cuartel de la Guardia Civil, que se hallaba situado frente de la misma plaza del Arenal, donde tan mañosamente le sorprendieron los ladrones.

Preguntó por el comandante y le entraron donde estaba el que lo era á la sazon Juan Chamizo.

En el momento que se quedaron los dos solos contó á este toda la historia del robo de la noche del 23 de Mayo, y la amenaza que le dirigieron al despedirse, de que le quitarian la vida, si daba parte.

Tranquilizóle Chamizo, y le ofreció al mismo tiempo, que muy luego caerian en su poder los ladrones, para cuyo fin pidió al Cristóbal las señas que recordase de ellos.

Este se las dió con la mayor precision, pues los retratos de aquellos dos hombres tal como se habian presentado á sus ojos, se grabaron en su memoria con la mayor exactitud.

Despidióse el Cristóbal y Chamizo volvió á darle las mayores seguridades de que guardaria el secreto de su nombre, hasta que los rateros cayesen en su poder.

V.

Semejante hecho y sobre todo consumado á las mismas puertas del cuartel de la Guardia Civil, dió que pensar á Chamizo, pues juzgaba, y con razon, que los ladrones debian ser muy hábiles.

Leyó sus apuntes; trató de recordar los antecedentes de todas las personas sospechosas y en vano se deshacia en conjeturas y en suposiciones mas ó menos fundadas; pero le dejaba desconcertado la hábil estratagema de que los ladrones se valieran para ejecutar el robo con el mayor descaro del mundo.

A pesar de estas dudas, empezó á practicar varias gestiones, y al fin un rayo de luz vino á iluminar su ofuscada mente.

Fijó su vista en Juan Rendon y Joaquin Maldonado, dos sujetos sobre los que recaian sospechas de algunos otros robos, pero que no se habian hallado las suficientes pruebas, por las circunstancias con que los perpetraron

eran á su modo de ver los autores del de Cristóbal Redondo.

Su vida licenciosa, además, les acriminaba pues no salian de la casa de esas desgraciadas mujeres que comercian con su honra.

Adoptó, pues, sus medidas, investigó de nuevo y ya casi tuvo una completa seguridad.

Con efecto, procedió á la captura del Rendon y Maldonado y logró sorprenderles en una de aquellas casas, cuando mas libres se creian en los brazos de sus queridas.

Púsoles en seguida á disposicion de la autoridad y al poco tiempo se supo clara y patentemente que no solo habian sido los autores del robo del Cristóbal, que los reconoció en la cárcel, sino tambien de otros cuyos perpetradores se ignoraba que fueran hasta aquel momento.

Chamizo, en esta ocasion, prestó un servicio muy importante á la ciudad de Jerez de la Frontera, librándola de dos bandidos, que acaso hubieran sido el azote de sus vecinos.

EL RIO GUADIANA.

I.

Nada mas justo que los hechos dignos de alabanza se consignen, y nosotros que así lo hemos comprendido, debemos dar cabida en nuestras CRÓNICAS á todos aquellos que por su mérito especial merezcan publicarse, para que todos conozcan y aprecien debidamente los elogios á que la GUARDIA CIVIL se hace acreedora, granjeándose de esta manera la estimacion general.

Cuando las autoridades, á pesar de los medios de que disponen, no han podido llevar á efecto cualquier disposicion ó mandato; cuando á pesar de sus medidas y precauciones, ven burlados sus deseos, y no pueden dar exacto cumplimiento á los deberes que su posicion les impone, está doblemente agradecida á quien la ayuda y aun mas, á quien realiza lo que no le ha sido dado llevar á efecto.

El criminal que huye, y envuelve su delito y su persona en la oscuridad, no es posible someterle al fallo de las leyes; pero cuando se conoce su nombre aunque se ignore su paradero, hay ya un precedente que basta para condenarlo en rebeldía.

Un caso de esta naturaleza ocurria el año 1852 en la provincia de Huelva.

II.

Se habia cometido un asesinato en la persona de un matriculado de marina, y aunque se sabia con evidencia que el asesino se llamaba Manuel Gallardo, no fueron suficientes las diligencias y exhortos del juzgado para apoderarse de él.

Se ignoraba el sitio que le servia de refugio, y nadie tenia el menor indicio ni noticia acerca de su paradero.

El juzgado de Marina, que era el que instruia el proceso, le sentenció en rebeldía, pero la sentencia no podia cumplirse por no parecer el culpable.

Por este tiempo era comandante del puesto de la Guardia Civil en Villanueva de los Castillejos, distante siete leguas de Huelva, el cabo 1.° Francisco Martinez, subteniente del Cuerpo en la actualidad. Este, con un celo infatigable, se propuso por todos los medios que estuviesen á su alcance, apoderarse del delincuente.

Por mucho tiempo sus diligencias é indagaciones no tuvieron resultado favorable, como no lo habian tenido las judiciales practicadas hasta entonces; pero no por esto desistió de su propósito, ni perdió las esperanzas de capturarlo.

Redobló con mas actividad y prudencia sus investigaciones, y á fuerza de paciencia y de perseverancia, pudo conseguir alguna luz sobre lo que tan oscuro habia sido para todos.

Tuvo noticia que el Manuel Gallardo se hallaba á orillas del Guadiana labrando un huertecillo que le daba lo suficiente para vivir.

Sin embargo, la persona que le diera estos detalles le aconsejó que no se desvelase en perseguirlo, porque nunca dormia en su pequeña hacienda, y siempre estaba alerta y pronto á pasarse al vecino reino de Portugal por medio de una lancha que al efecto tenia preparada para pasar el rio.

Como puede comprenderse, el cabo Martinez agradeció estos antecedentes, aunque sin hacer caso de esta última observacion, porque lo principal era saber dónde estaba el delincuente, y una vez averiguado, era problemático que se escapase á Portugal por muchos elementos que tuviera para la fuga.

Su deber sobre todo, era perseguirle, y ante esta reflexion el infatigable Martinez no titubeó un momento en combinar su plan.

Una vez combinado, lo puso en ejecucion del siguiente modo.

III.

Acompañado de los Guardias segundos Antonio Alvarez y Rafael Batallan, se dirigió Martinez hácia el pueblo de El Granado, distante dos leguas de allí.

Era una noche del mes de Julio de 1852.

Hacia un calor sofocante, y se hacia doblemente molesto porque los Guardias no queriendo seguir por el camino recto, les fué preciso atravesar por el medio de un monte lleno de encinas y jarales.

Esta circunstancia hizo que cayera en sus manos cierto sujeto que habia robado dos costales de trigo en una era, encuentro inesperado que les produjo la necesaria dilacion, porque tuvieron que entregarle á la autoridad del pueblo de Granado.

Cuando dejaron el preso á disposicion del alcalde, éste preguntó á los Guardias qué camino iban á seguir; á lo cual el cabo Martinez contestó que tenian pensado pernoctar en Sanlúcar de Guadiana, para lo cual necesitaban que el alguacil los pusiera en camino. Los Guardias en realidad le conocian, pero sabiendo que el delincuente Gallardo, que estaba oculto á una legua de allí, era en cierto modo protegido por algunos vecinos, aparentaron ignorarlo, para que no sospechasen la persecucion, y corrieran á darle aviso de lo ocurrido. Así es que, despues que el alguacil los puso en el camino y se despidió de ellos, deshicieron lo andado, y se dirigieron en busca de las orillas del Guadiana.

Hasta que amaneció no pudieron reconocer con exactitud el terreno, pero al fin divisaron una choza en lo mas alto de un cerro, en medio de las malezas y jarales que la defendian.

Se escondieron entre los matorrales y se pusieron en observacion.

IV.

La aurora disipando las tinieblas de la noche y alum-



brando suavemente los campos, vino á favorecer el proyecto de los Guardias.

Cerca de la choza dormia una familia, que indudablemente era la del criminal; sin embargo, no se veia ningun hombre, y esto desorientaba un poco á los Guardias, que estaban resueltos á esperar para salir de la duda.

Apenas el sol principiaba á dibujarse en el horizonte, una mujer bajó del cerro por una estrecha senda, y al poco rato volvió acompañada de un hombre alto que llevaba un capote sobre el hombro.

Pasaron los dos á veinte pasos de donde estaban ocultos los Guardias, y esta casualidad les permitió oir lo que decia el hombre.

—Ya por hoy estamos libres.

—No es poca fortuna, respondió la mujer.

—Anda, Juana, despierta á los chicos, pues ya sabes que hay que ir á Portugal á vender los tomates, y es preciso madrugar.

—Voy corriendo.

Este corto diálogo fué el suficiente para convencer á los Guardias que aquel era el sujeto que buscaban, así es que, sin perder un momento, el Sr. Martinez dispuso que el Guardia Batallan tomase por detrás del cerro á la izquierda, mientras él, acompañado de Alvarez, bajaban por la derecha, á fin de cogerlo en medio.

Pero bien fuese que Batallan le diese vista antes que sus compañeros, ó bien que estos se salieran antes de entre los matorrales que los ocultaban, es lo cierto que á los dos minutos vieron que el hombre se dirigia como una flecha hácia el rio, metiéndose en un cañaveral sembrado de malezas.

Los tres Guardias habian sido sorprendidos antes de que ellos hubieran tenido tiempo de dar el golpe.

El criminal siempre alerta, habia distinguido el sombrero de uno de ellos, cuyos blancos galones se destacaban entre los arbustos.

Corrió, pues, y los Guardias emprendieron tras él á la carrera en distintas direcciones.

El cabo Martinez, saltando barrancos y destrozándose el uniforme, fué el primero que pudo divisarle á tiempo que saltaba en una lancha y cogia los remos para abordar la orilla opuesta.

Le intimó entonces y á cierta disiancia, la rendicion, pero viendo que desobedecia y que por el contrario redoblaba sus esfuerzos para vogar y salvarse en la fuga, le disparó su carabina, pero el piston faltó, y el criminal que agachado en la lancha lo habia observado, trató de ganar tiempo y ponerse á salvo.

En este momento Alvarez se incorporó á Martinez, que le mandó hacer fuego sobre Gallardo, pero en vez de ejecutar esta órden, se tiró al agua, y agarrándose á uno de los bordes de la lancha, procuró detenerla para subir en ella.

El criminal, luchando cuerpo á cuerpo con Alvarez, procuraba arrancar á este el fusil, y sin sospecharlo ayudó con sus sacudidas á que el Guardia pudiera abordar la lancha.

Martinez que presenciaba la lucha, no se atrevió á hacer fuego, porque su compañero y Gallardo formaban un grupo, y era preciso tener una puntería muy certera para no dar á uno en vez de otro.

Asi es que el único recurso que le quedaba era arro-

jarse tambien al agua, lo que ejecutó en el acto lleno de resolucion y valor por auxiliar á Alvarez que seguia luchando con Gallardo.

Tiróse, pues, al rio, pero con tan mala fortuna, que cayó en un pozo que le cubrió por completo; pero gracias á un poderoso esfuerzo que hizo pudo salir á flor de agua y agarrarse al borde de la barquilla, que dando una sacudida despidió á Martinez y le separó de ella algunas varas.

Por segunda vez se encontró sepultado en una profundidad insondable, y aunque sabia nadar oprimido por el correaje y embarazado con el fusil, Martinez se sintió arrollado por la corriente que le hacia dar vueltas á su fuerte impulso. Cuando volvió á sobrenadar en la superficie, aturdido, mareado y sin saber casi donde se encontraba, estendió instintivamente las manos, que abandonando el fusil buscaban un punto de apoyo en que agarrarse, y una casualidad providencial le hizo tocar por segunda vez el borde de la lancha.

Agarrándose entonces á ella con la tenacidad propia de todo el que se ahoga, cogió el brazo derecho de Gallardo, lo cual dió tiempo á que Alvarez sacase la bayoneta y le obligase á rendirse. En seguida se le pusieron esposas en las manos y arrimaron la lancha á la orilla de donde habia partido. Una vez en tierra, la familia del delincuente se presentó ante los Guardias atrayendo con sus gritos una infinidad de paisanos de aquellas inmediaciones que en actitud hostil parecian oponerse á su paso. A pesar de esto, Martinez obró con suma prudencia y y sin emplear la fuerza, se limitó á impedir que aquella gente se les acercase. Aguardó al conductor del correo,

que desde Ayamonte venia en una lancha con la correspondencia, y cuando llegó, Martinez le encargó que bajase al rio por los sombreros y el fusil que el agua se habia llevado durante la refriega.

Las dos cosas se encontraron á larga distancia y Martinez recompensó con un duro el trabajo del conductor, que acomodó en su lancha á los tres Guardias y el preso y los condujo á Sanlúcar de Guadiana.

El señor gobernador del castillo de este punto y las autoridades hicieron los mayores elogios de la conducta de los Guardias, y al dia siguiente se trasladaron estos á la capital de Huelva para entregar el preso á la autoridad de Marina, al mismo tiempo que daba parte á su comandante Sr. D. José María Losada, que en 29 del mismo mes de Julio dirigió una atenta comunicacion al cabo Francisco Martinez, en que le incluia la que el gobernador civil de la provincia le mandaba dando las gracias á los individuos del puesto de Villanueva de los Castillejos por su celo y arrojo en el cumplimiento de su deber.

D. Francisco Martinez, que como hemos dicho anteriormente, es la actualidad subteniente, está encargado hoy de la línea de Priego en la provincia de Córdoba, donde indudablemente seguirá prestando los importantes y buenos servicios que tan gratos recuerdos han dejado en los demas puntos que ha mandado durante su carrera.

A RIESGO DE LA VIDA.

I.

Tomamos la pluma para narrar uno de esos actos de caridad y de arrojo al mismo tiempo que producen en el ánimo una agradable impresion, y que dejan en la memoria recuerdos indelebles.

La caridad es una fuente inagotable de acciones generosas.

De muchos modos puede ejercerse y en todos ellos resplandece un sentimiento elevado que caracteriza y distingue de las demas virtudes á la hija predilecta de la religion cristiana.

Las acciones de esta virtud son muy diversas, pero la mas sublime, es aquella que con exposicion de la propia existencia se salva la vida de un ser humano que se ve en medio de un inminente peligro de muerte, si no hay

un alma valerosa y caritativa que con su arrojo imponderable le preste un eficaz socorro y le salve.

Cuando en uno de estos terribles trances se interpone el auxilio del que expone su propia vida en obsequio á la salvacion de la del prógimo, no se encuentran palabras con que enaltecer su conducta; no se encuentra mas que el sentimiento mudo y callado, pero elocuente, de la admiracion y de la gratitud.

Ese sentimiento indescriptible y toda la gala del lenguaje humano, no basta para expresarla con la tierna delicadeza qne se admira allá en el fondo de un alma grande y generosa.

Por eso nosotros vamos á narrar sencillamente uno de esos hechos que aun desnudo de comentarios es muy apreciable. Las alabanzas nacen de la accion, no de la pluma que la consigna en la historia.

II.

En los primeros dias de Setiembre de 1853, un hombre recomponia interiormente un pozo de una casa del pueblo de Tarazona.

El local se hallaba en estado ruinoso y sus paredes de ladrillo amenazaban desmoronarse al menor impulso.

El pobre albañil que trabajaba en su fondo, ó no habia calculado el peligro que corria ó no supo apreciarlo con toda su gravedad.

Terminó felizmente su tarea de la mañana empezó la de la tarde, y cuando estaba cavando sobre la superficie para ahondar mas el pozo, una porcion de tierra y de ladrillo se desprendió del brocal y sepultó casi del todo en-

tre los escombros al desgraciado albañil que prorrumpió en dolorosos alaridos y gritos pidiendo auxilio.

Una mujer, la única que habia á la sazon en la casa, corrió al patio al percibir las voces, y acercándose al pozo pudo todavía escuchar, aunque débiles y ahogados, los gritos de *socorro*, *socorro*, que daba el desdichado casi exánime y moribundo.

La buena mujer, llena de susto, de sobresalto y angustia echó á correr en direccion al puesto de la Guardia Civil, no muy lejano del sitio de la ocurrencia.

Entretanto un segundo hundimiento vino á hacer mucho mas terrible la situacion del desdichado albañil, que quedó cubierto al fin por los escombros y por el yeso que se desprendia de las paredes.

Luchando con las ánsias horribles que produce la asfixia, aunque atontado por las contusiones que habia recibido, revolvia sus brazos á los que prestaban fuerzas superiores del movimiento convulsivo que el instinto de conservacion de la vida excitaba en su sistema nervioso y trataba de separar con sus crispadas manos los ladrillos y los pedazos de cal y escombros que le cortaban la respiracion.

El desgraciado sin aliento ya para gritar, pero todavía con algun conocimiento, acaso doblegaba la cabeza esperando resignado el último momento.

El peso de los escombros que gravitaba sobre él, le iba hundiendo en el fango del pozo lentamente.

Acaso entonces pronunció el nombre de Dios, y cerró los ojos tal vez para no volverlos á abrir nunca.

Pero Dios escuchó sin duda la última plegaria del moribundo, y le envió la salvacion.

III.

El cabo de la Guardia Civil José Perez Monserrat, comandante del inmediato puesto, se presentó en el sitio de la desgracia á los cinco minutos de tener noticia de ella.

La mujer que le avisó, llegaba sofocada y jadeante detrás de Perez, á quien no podia seguir.

El pozo era profundo, pues media veintidos varas y el resto del brocal amenazaba hundirse de un momento á otro.

Era por lo tanto temerario descender al fondo de aquel para salvar la vida de un hombre, cuando se dudaba si ya seria tarde, y exponerse á que hubiera que lamentar dos víctimas en vez de una.

El cabo Perez no vaciló; prescindió de toda reflexion, de todo temor, de toda idea de peligro, y no pensó mas que en sacar al infeliz que en el fondo del pozo tal vez esperaba aun una mano compasiva que le arrancara de la muerte.

Sin perder pues un instante, se despojó del uniforme, se ató la maroma á la cintura y dió principio al peligroso descenso.

Cuando sus piés tocaron la tierra que bajo la cual yacia el desgraciado albañil, pidió una espuerta y un azadon, que le suministraron al momento los Guardias Tomás Valcárcel (1) y Manuel Salas.

El cabo Perez empezó á trabajar, llenando espuertas de tierra; trabajo doblemente peligroso no solo porque tenia

(1) Cabo 1.º en la actualidad.

que cavar con mucho cuidado para no herir con el azadon al que estaba bajo sus piés, sino porque sobre su cabeza amenazaba desplomarse otro tanto de lo que pocos momentos antes se habia hundido.

Despreciando este inminente peligro, siguió cavando y enganchando las espuertas á la soga de la cual tiraban Valcárcel y Salas.

A los pocos minutos, Perez descubrió entre los escombros un hueco y por el que descubria una cosa blanca que le pareció ser la camisa del desdichado albañil.

Aplicó el oido sobre aquel, y sintió aun el ahogado sollozo del que todavía respiraba.

—¡¡Vive!!

Esta única palabra llegó á oidos de los que cercaban el brocal, entre los cuales se encontraban algunos parientes cercanos del moribundo que miraban con asombro, el valor y la abnegacion del hombre estraordinario que se atrevia á desafiar á la muerte por salvar de ella á un desconocido jornalero.

La parte hundida, era de consideracion, y por consiguiente los escombros se amontonaron en gran cantidad, así es que descubierta la cabeza de la víctima despues de un incesante trabajo, aun tuvo Perez que hacer inauditos esfuerzos para desenterrar el cuerpo del albañil que daba todavía señales marcadas de vida, pero que aun no era posible estraerle, porque hundido enteramente en el fango, fué preciso hacer en los piés la misma operacion ó muy parecida á la que se acababa de ejecutar en la cabeza, es decir sacarlos de entre la tierra en que parecian clavados.

Al fin logró su benéfico y caritativo objeto y atándose

de nuevo la cuerda á la cintura, apoyando uno de sus piés en un lazo de aquella y cogiendo en sus brazos á la víctima, dió una voz á los de arriba que tirasen de ellos.

Un momento despues el cabo José Perez Monserrat aparecia á flor de tierra, lleno de barro y arañadas las manos, pero trayendo en ellas al pobre albañil, que por fortuna no estaba herido, y entre sus muchas contusiones no habia ninguna de inminente gravedad.

Inútil es que digamos, las felicitaciones, las alabanzas y los elogios que todos se apresuraron á tributar al valor y á la generosidad de este benemérito cabo de la Guardia Civil.

Pero el trabajo habia sido duro; la tarea grande y la impresion moral, demasiado fuerte y viva, así es que Perez cayó en cama, en la cual permaneció postrado bastantes dias.

Cuando recobró la salud, pudo apreciar la gratitud y la admiracion que le habia grangeado su heróica conducta.

Todos los vecinos de Tarazona felicitaron al hombre arrojado y caritativo que habia dado tan brillante prueba de los nobles sentimientos de su corazon.

Pocos dias habian trascurrido despues de su convalecencia cuando el entonces cabo Perez Monserrat, tuvo la satisfaccion de recibir las gracias del Excmo. Sr. Director del Cuerpo y señor brigadier primer jefe del tercio por tan importante servicio.

INGENIO Y ACTIVIDAD.

I.

Hay ciertos actos precursores del delito que pueden considerarse en algunos casos como los preparativos de su perpetracion.

En el momento en que el criminal tiene ánimo deliberado y se ha resuelto llevar á cabo su obra, sus deseos se desenfrenan, y una vez en la senda del vicio, rara vez retrocede arrepentido.

Cuando ya en el terreno práctico principia á poner en ejecucion los medios para realizar su pensamiento, la idea de un próximo lucro le seduce, y la esperanza de una impunidad completa le sonrie.

Halagado por esta ilusoria creencia, nada teme, y aun antes de llegar al fin que se ha propuesto, no vacila en cometer cualquiera otro atropello contribuya ó no á su primer propósito.

El daño que se comete sin ser necesario á la consumacion del delito, y que solo es hijo de un deseo inmoderado y brutal está considerado como una circunstancia que agrava la responsabilidad criminal porque realmente esos abusos prueban un refinamiento de maldad, doblemente punible.

Nosotros vamos á narrar un hecho que era precursor de otro de mayor consideracion que no pudo realizarse, por el éxito que tuvo el primero.

II.

Cerca del pueblo de Pontons en la provincia de Barcelona, se divisa una casa de campo de alegre aspecto, aunque de modestas apariencias.

En ella habitaba una familia que se dedicaba al cultivo de la tierra, única renta con que contaban para su subsistencia.

Escuchemos la conversacion que tenian tres hombres que se hallaban cerca de esta casa el dia 28 de Abril de 1858.

Estos hombres de mal aspecto y de siniestra catadura, estaban en una actitud espectante y como dominados por un idea de duda ó incertidumbre.

—Roque, decia uno de ellos; te has empeñado en que gastemos el tiempo, y estamos aquí nosotros dos esperando á que te resuelvas. Magin y yo no tenemos tus dudas.

—Amigo Ramon, dijo Roque, cada uno piensa á su manera. Si nos metemos ahora en esa casa y principiamos á linternazos, ya sabes lo que son las mujeres; ponen el grito en el cielo y es fácil que por la tontería que

teneis de almorzar de gorra, nos salga mas cara la funcion y no podamos estar mañana en Villanueva que es lo que nos interesa.

Nos esponemos á meter mas ruido del que nos conviene, y ya ves que perderlo todo por una necedad vuestra, no me parece acertado.

¿Cuanto mejor es que almorzemos lo que llevamos, que acogotar á esas mujeres de la casa que chillarán mas que una carraca?

—Vaya, Roque, repuso Magin, hoy te has empeñado en verlo todo negro, y lo peor es tu necio empeño de no querer almorzar y que nos quedemos en ayunas.

La cosa es muy sencilla Roque: entramos, pedimos de comer, matamos un par de gallinas y despues de tener reforzado el estómago nos iremos á Villanueva.

Si tu no quieres tomar parte en este negocio, lo ventilaremos entre Ramon y yo que no tenemos escrúpulo.

Con que vamos ¿qué resuelves? dilo pronto porque ya tengo gana, y no me gusta dar tormento á mi cuerpo.

—Haré lo que querais, respondió Roque; porque no digais que soy un mal compañero. Pero á vosotros no se os puede ocultar el peligro que corremos, y mucho mas si hay hombres dentro, cuando vais muy persuadidos de que no hay mas que mujeres.

En fin, ya lo veremos, dijo Roque, como el que da por concluidos todos sus argumentos y se propone no cansar mas tiempo á sus interlocutores. Dios quiera que el almuerzo no nos salga mas caro de lo que pensais.

—Vaya que estás empalagoso, replico Ramon, algo amostazado por los escrúpulos de Roque.

—Al contrario, esclamó este, ya ves si soy condescen-

diente cuando hago lo que quereis, sin ser de mi gusto. Vamos á almorzar; y se dirigió á paso largo hácia la casa de campo.

—Ya me figuré que por fin serias un muchacho razonable, dijo Magin acompañándole.

III.

En el portal de la casa á nadie encontraron que pudiese hacerles sospechar que dentro habia mas gente de la que creian, así es que entraron en la cocina y solo vieron á una pobre mujer medio dormida en una silla, que Magin se encargó de despertar de un puntapié.

A tan brusco como bestial aviso, la pobre mujer despertó con sobresalto, y cuando se vió rodeada de tres hombres desconocidos que de esta manera principiaban á tratarla, comenzó á dar gritos.

—Lo que yo me figuraba, dijo Roque.

Sin embargo, los gritos no duraron mucho, porque Ramon la hizo entender que lo que querian era que los diese de almorzar, y que no se la haria daño si les daba de lo que tuviera en la casa. La mujer contestó que no tenia mas que pan, huevos y vino, y que si esto les gustaba, que lo pondria á su disposicion.

—¿Y no hay mas en la casa? preguntó Magin.

—Nada mas.

—¿Pues y esas gallinas que cacarean en el corral?

—¡Ah! tambien son mias, pero no me acordaba de ellas.

—No tiene usted que figurarse nada mas que ahora mismo traerlas y matarlas.

Magin agarró de un brazo á la pobre mujer y fué con ella hasta el corral, en donde la obligó á matar tres gallinas, calculando que necesitarian una por cabeza.

La mujer temblando principió á desplumarlas en la cocina, mientras Roque preparaba la sarten y sacaba el vino.

Se encendió lumbre, y cuando las gallinas estuvieron en sazon de poderse comer, cada cual cogió la suya, mientras que la mujer miraba llena de susto á los tres desconocidos.

Cuando saciaron su apetito, y cuando el vino principió á calentar sus cabezas, la llenaron de insultos y de golpes por haber tenido el atrevimiento de pedirles el importe del gasto que habian hecho.

La contestacion fué tan brutal que dejaron á la desdichada mujer casi sin sentido.

Cuando la vieron en este estado, que no la permitia dar aviso de lo ocurrido, los tres hombres salieron de la casa satisfechos del almuerzo que á tan poca costa se habian proporcionado.

IV.

Una vez en el campo, Ramon y Magin hicieron ver á Roque lo infundado de sus temores antes del almuerzo, y éste no pudo menos de dar la razon á sus compañeros.

—Ya ves, le decian, como no ha ocurrido nada. Hemos almorzado de valde, y no lo sabe ni la tierra.

Sin embargo, estos hombres se equivocaban.

Si á la media hora de camino hácia Villafranca, hubiesen vuelto la cabeza y mirado con detencion, hubieran

distinguido á uno que á larga distancia los seguia sin perderlos de vista.

Este hombre llevaba al hombro una carabina, y sus polainas y su canana de baqueta, no daban lugar á duda que era un guarda-bosque. La causa porque los seguia era muy sencilla.

Habia entrado en la casa donde tuviera lugar el atropello, diez minutos despues de salir los que le habian cometido, y habiéndose encontrado á la mujer en el lamentable estado que aquellos la dejaron, la preguntó el motivo. Apenas tuvo noticia del hecho, el honrado guarda-bosque echó á correr en busca de los malvados que así habian maltratado á una indefensa mujer, y por las señas que ésta le dió de los facinerosos, no pudo menos de reconocerlos al poco rato.

Los siguió con toda prudencia y precaucion para que no advirtiesen su presencia, y cerca ya de Villafranca del Panadés, se encontró con el cabo de la Guardia Civil, Ramon Lopez Fernandez, comandante á la sazon del puesto de la citada villa, á quien en breves palabras contó lo ocurrido.

El Guardia le ordenó que no se detuviese un momento, y que cuando se enterase dónde paraban, que fuera corriendo á darle aviso al puesto, que allí le esperaba; que él no iba en su seguimiento, porque sería fácil notasen que un Guardia les espiaba, y esto seria bastante á inspirarles sospechas, y todo se habria perdido.

Magin, Roque y Ramon, muy agenos de que les seguian la pista, llegaron á Villafranca y se alojaron en la posada del Chocolate, donde pidieron una habitacion, que se les facilitó en el acto.

Todo esto fué observado por el buen guarda-bosque, el cual se apresuró á dar parte al cabo Lopez, que ya le esperaba con impaciencia.

V.

El cabo Lopez Fernandez no necesitaba mas datos.

Acompañado de los Guardias segundos Hipólito Balbas Francés (1) y José Caldas Viñals, se presentó en la mencionada posada, y tomando todo género de precauciones para no ser vistos, se situaron á la puerta de la habitacion en que Magin y sus compañeros se alojaban.

La puerta estaba cerrada.

El cabo Lopez no quiso sorprenderlos forzándola, y rogó á la posadera que llamase con el pretexto de que iba á sacar de allí un poco de ropa.

La posadera llamó, y Roque abrió la puerta de par en par: en el momento que la preguntaba qué se la ofrecia, Lopez salió de su escondite y le intimó que se diera preso. Roque, sorprendido y lleno de asombro, ni aun tuvo tiempo de dar ni una sola voz de alerta á sus compañeros, que oyendo la intimacion abrieron precipitadamente una ventana, y trataron de huir tirándose desde ella al suelo, pero estaba á tal altura que fué imposible la evasion.

Los Guardias, pues, entraron y los obligaron á tenderse en el suelo para evitar cualquier traicion. Se les ató fuertemente y se procedió á un minucioso registro, que dió por resultado encontrarles varias cédulas de ve-

(1) Hoy licenciado.

cindad falsas, un puñal disforme con cinco dientes de sierra en la punta, una navaja sevillana, que abierta tenia de cuatro á cinco palmos de largo; tres pistolas, una de ellas de dos cañones; municiones, ropas de disfraz, caretas de tela, y cuantos útiles se necesitan, y de los cuales se proveen los delincuentes para el logro de sus proyectos criminales.

Con estos elementos contaban para hacer un robo de consideracion en Villanueva y Geltrú, que era al que se referia Roque al hacer presente á sus compañeros el mal éxito que se esperaba del almuerzo, que quizás iba á desbaratar el plan principal que se habian propuesto.

Roque no se equivocaba, porque fué condenado á diez años de presidio, en el cual acababa de cumplir otra condena de quince.

Sus compañeros lo fueron por el mismo tiempo, si mal no recordamos, y los tres pagaron bien caro el almuerzo, que como inauguracion ó introduccion del otro drama, habian celebrado en la casa de campo.

Por este buen servicio, las autoridades militar y civil y los señores jefes superiores del tercio dieron las gracias al cabo Lopez y á los dos Guardias que le acompañaron á prestar este buen servicio, pues con la captura de aquellos criminales evitaban nuevos atropellos que sentir, y nuevos delitos que lamentar en lo sucesivo.

¡FUEGO!

I.

El fuego es sin duda el elemento que mas consternacion produce en el seno de las familias.

Terrible es en efecto ver como devoran las llamas la casa en que se habita, los bienes de fortuna que constituyen á veces el patrimonio de una familia, y lo que es aun mas horroroso, como perecen entre las abrasadoras llamas, el niño y el anciano, la mujer y el robusto jóven que lucha por salvar la vida á sus padres, á sus hijos ó á su esposa.

En un instante se desvanecen todas las esperanzas, y el expectáculo de la propia desgracia no engendra mas que pensamientos tan sombríos y tristes como el mismo infortunio.

Y es que el fuego al abrasar y reducir á cenizas un

patrimonio reunido á costa de trabajos y privaciones, destruye tambien las encantadoras ilusiones que en él se fundaron.

Todo perece en la catástrofe. Despues de ella no quedan mas que los montones de calcinados escombros y las cenizas y pavesas como un recuerdo siniestro y sombrío de lo que fué.

El cuadro suele á veces tomar un colorido mas terrible. Entonces ya no son los bienes de fortuna solamente los que van á servir de pasto á las voraces llamas, sino que es el hombre tambien la víctima de ese elemento; el hombre, que agitándose convulsivamente y lleno de un profundo terror, se desliza como una sombra fantástica en medio de un círculo de resplandecientes llamas.

Entonces crece la angustia y el pavor se apodera de gentes que presencian aquel imponente expectáculo.

Entonces tiembla el débil, y el valeroso se precipita con arrojo á salvar de entre las llamas al hombre que va á perecer abrasado por ellas.

Veamos lo que pasaba á la una de la madrugada del dia 8 de Setiembre de 1863 en Sanlúcar de Barrameda.

II.

Las campanas de la parroquia de Santa María anunciaban la señal de fuego, y como acontece siempre en tales casos los vecinos se despertaron alarmados y corrieron al lugar del siniestro.

El siniestro era en la calle de San Agustin, en una

tienda de comestibles, que interiormente servia tambien de almacen de granos.

Toda la familiia y aun los dependientes de este comercio se hallaban incomunicados porque estaban cercados por las llamas, y desde la calle se oian los gritos de los que pedian auxilio.

Algunos vecinos intentaron penetrar por una ventana á la altura del cuarto principal; pero el fuego que consumia la portada de la tienda, se comunicó tambien á la ventana y fué imposible pasar por ella sin esponerse á ser víctima del destructor elemento.

Sin embargo, los instantes eran críticos y las voces reclamando socorro eran mas apremiantes á medida que las llamas iban estrechando á los infelices que habitaban aquella casa, que se iba convirtiendo en una inmensa hoguera.

Acudieron las bombas al vibrante sonido de la campana y empezaron á trabajar sin descanso, pero apenas adelantaban porque el fuego habia tomado grande incremento. Los gritos pidiendo socorro eran mas tristes y lastimeros.

En tan crítica situacion se presentaron los Guardias civiles Leandro Fernandez, Antonio Gaston, Joaquin Baliñas, José Ponce y Antonio Iniesta al mando del cabo 1.° Juan Chamizo.

Estos seis hombres, llegaron al lugar de la desgracia en los momentos mas críticos y apremiantes, como si fueran los que habia destinado la Providencia para salvar los intereses y la familia que se encontraba en tan grave trance.

III.

Chamizo distribuyó su pequeña fuerza con admirable prontitud, y luego se vieron aparecer aquellos Guardias en los sitios de mas peligro y á donde nadie se habia atrevido á situarse por la gravedad del riesgo.

Cambiaron los fusiles por piquetas y pronto se oyó el estallido de las puertas y ventanas que saltaban en tostadas y humeantes astillas bajo sus golpes.

Entonces principiaron á caer al suelo pedazos de viga ardiendo, escombros calcinados que se estrellaban con estrépito en las losas de la calle, y tejas que caian entre una nube de humo y polvo á lo largo de la fachada.

El fuego se habia estendido á todas las dependencias de la casa y amenazaba consumir una cámara en la que se encerraban mas de mil fanegas de grano que constituia la fortuna de la atribulada familia, que oprimida mas estrechamente á cada instante por las llamas, demandaba sin cesar auxilio.

Chamizo, escuchó los ayes lastimeros de aquellos infelices cuyos vestidos principiaban ya á chamuscarse.

Preciso era para salvarlos atravesar una barrera de llamas que le separaba de ellos.

En estos momentos supremos ordenó á los Guardias Gaston y Ponce que abrieran un boquete en la pared por la cual serpenteaban las llamas.

A los diez minutos una ancha brecha dejó ver á los dependientes y dueños del establecimiento, que agrupados en un rincon único que no ardia, esperaban con an-

gustia una muerte en medio de una terrible y dolorosa agonía.

Chamizo á riesgo de morir entre las llamas, atravesó como una sombra mágica por ellas y llegó á donde estaban aquellos infelices.

Uno de ellos medio asfixiado no pudo sostenerse en pié y fué preciso que el intrépido cabo Chamizo lo sacara casi arrastrando.

Pero en el momento en que acababa de salvar la vida de aquellas tres personas, Chamizo sintió su cabeza desvanecerse y flaquear sus piernas; un sudor frio corrió por todo su cuerpo, se ahogó la respiracion en su pecho, y cayó al suelo sin fuerzas ya para resistir por mas tiempo aquella atmósfera espesa y sofocante.

Gaston y Ponce, que se hallaban cerca, vieron caer á su buen compañero y corrieron á auxiliarle creyendo que algun pedazo de escombro ó algun madero se habria desplomado sobre él; pero cuando despues de registrarle no encontraron herida ni señal de ningun golpe, se apresuraron á sacarle á la calle y á guarecerle del humo en una de las casas inmediatas.

Chamizo estaba tambien medio asfixiado.

Se le prodigaron todos los auxilios que su estado reclamaba.

Se roció su frente con agua fresca, se abrieron los balcones de la habitacion donde le habian trasladado, y á los diez minutos se consiguió volverle en sí.

Apenas vuelto á la vida preguntó si habia cesado el fuego, y al oir que aun duraba, á pesar del estado de languidez y postracion que enervaba sus fuerzas, marchó al lugar del conflicto, desoyendo los consejos y las adver-

tencias de todos cuantos le rodeaban, y que se habian apresurado á socorrer á quien con peligro de su vida salvara un momento antes las de todos los individuos de una familia.

IV.

Este rasgo de valor admiró á todos los que presenciaron la abnegacion y la serenidad de este hombre humanitario y valiente cuya vida iba á esponer de nuevo en medio de los horrores de un fuego cada vez mas imponente.

Todos los esfuerzos del cabo Chamizo se dirigieron entonces á salvar el almacen en que se encerraba el grano.

Reunió á todos sus serenos y valerosos Guardias, y á las cuatro de la mañana, despues de esfuerzos gigantescos y de un trabajo ímprobo y penoso pudieron aislar por completo las llamas no solo salvando de ellas todo el granero, sino impidiendo que se propagase á las casas inmediatas, cuyas medianerías principiaron á crugir invadidas por el fuego, pocos momentos antes.

Infinidad de vecinos de Sanlúcar de Barrameda y la misma autoridad de la villa que presenciaron el heróico comportamiento de los valientes Guardias, tuvieron ocasion de apreciar hasta que punto llevaron su abnegacion en el cumplimiento de sus deberes.

El dueño mismo del establecimiento incendiado, Don Bernardo Rubin de Celis, y sus dependientes, salvados de una muerte segura por el cabo Chamizo, no sabian como expresar á este su gratitud. Y en verdad, conside-

rada la magnitud del servicio, no era posible recompensarlo con ninguna clase de objetos materiales.

Ni el eterno agradecimiento de los salvados, ni las gracias que recibió Chamizo en nombre de las autoridades, podian igualarse á la satisfaccion de su conciencia.

Solo en ella encontraba la recompensa mas grata, porque es en efecto la mas dulce que puede sentir el hombre.

UN ACTO DE ARROJO.

I.

De nuevo tenemos que hacer mencion de un individuo de la Guardia Civil, que ya ocupa en estas Crónicas una página distinguida.

Este individuo se llama Joaquin Carril.

En el penoso servicio que prestan continuamente los individuos de esta benemérita Institucion, parece que hay hombres predestinados por la casualidad á contraer nuevos méritos, que son otros tantos títulos de honor no solo para quien los alcanza, sino para los jefes que mandan tales soldados.

En esta como en todas las instituciones, hay personas que sobresalen, sin que por esto deje de ser la totalidad digna de toda consideracion y de aprecio.

Vamos pues á añadir á este libro una nueva prueba de los escelentes servicios del cabo Joaquin Carril.

II.

A principios de Diciembre del año de 1852, una cuadrilla de hombres capitaneados por un tal Pedro Bolon, natural de San Pedro de Rebordelos, asaltó la casa de D. Pedro Seijas, cura párroco de San Cristóbal de Lema.

Robaron á este cuanto tenia, y despues huyeron sin que pudiesen ser habidos los malhechores por espacio de muchos dias.

El cabo Joaquin Carril en cuanto tuvo conocimiento de este atentado, reconoció la casa de Pedro Bolon á quien la opinion general acusaba de ser el autor del robo, mas no pudo encontrarle ni sorprenderle en ella.

Resuelto sin embargo á apoderarse de quien habia causado una verdadera alarma en aquel corto y tranquilo vecindario, no descansó en sus averiguaciones ni en sus pesquisas.

A los tres dias un peon caminero á quien Carril habia hablado para que le suministrase cuantas noticias pudiera, se presentó en el puesto de la Guardia y aseguró á Carril que Bolon estaba oculto en el monte inmediato.

—¿Cómo has adquirido esas noticias? preguntó Carril.

—Yo mismo que le ví entrar en el monte, y esconderse en la espesura.

—¿Pero estás seguro que era él?

—¡Yo lo creo! esclamó el caminero, como que apostaria la mano derecha á que no me equivoco.

—Pues entonces, dijo Carril disponiéndose á marchar, no hay que perder un momento.

El Guardia Manuel Pallas que oyó la conversacion de

su compañero desde el cuartito inmediato, salió en seguida para acompañar á Carril.

A los diez minutos estaban en marcha con el peon caminero que los guió hasta la entrada del monte.

Allí se despidió de ellos deseándolos un feliz resultado, y encargándoles mucha prudencia, pues era fácil que toda la partida de Bolon estuviese oculta en el monte.

El peon sin embargo aseguró de nuevo á los Guardias que él no habia visto mas que al jefe de la cuadrilla.

III.

Comprometido era sin duda internarse en un monte, en que nueve hombres armados y preparados, esperaban el momento de defenderse en caso de verse sorprendidos.

Sin embargo, Carril y Pallas no titubearon un momento.

Penetraron por los matorrales y principiaron una especie de ojeo tanto mas peligroso cuanto lo accidentado del terreno se prestaba á sorpresas difíciles de evitar, aun con las mayores precauciones.

Carril, árbol por árbol, maleza por maleza iba practicando el registro mas minucioso.

Pallas le seguia, y miraba de nuevo lo que su compañero iba examinando.

Tres horas hacia que duraba aquella inspeccion, y ningun indicio confirmaba la presencia de los criminales.

Carril empezó á sospechar si el peon caminero se habria equivocado, ó habria confundido á Bolon con otro cualquiera.

Pero en el momento en que esta duda cruzaba por su



imaginacion, y como si la realidad quisiese desvanecerla, un hombre saltando zanjas y arbustos con la agilidad de una cabra montés salió de entre un espeso matorral y echó á correr.

Carril no tuvo tiempo mas que para seguirle al mismo paso, en la persuasion de que era indudablemente el bandido á quien perseguian.

En efecto era Bolon, que habiendo distinguido á los Guardias, abandonaba su madriguera.

Este hombre de una gran historia de criminal, estaba dotado de un valor y arrojo á toda prueba.

En su juventud viéndose perseguido por uno de sus muchos atropellos, desarmó á un soldado y con su fusil, puso en dispersion y en abierta fuga á un piquete que le seguia muy de cerca.

Obligado á huir en aquel momento, corrió sin descansar mas de media legua, delante de Carril que jadeante y fatigoso prucuraba igualarle en velocidad y ligereza.

Cuanto mas se acercaba el Guardia, mas parecia correr el criminal, que escondiéndose por un instante entre las zanjas, tomaba aliento, y volvia á aparecer mas ágil que nunca.

Carril sintió desfallecer su pecho, flaquear sus piernas de fatiga y de cansancio, despues de tan larga carrera; pero sin embargo, comprendiendo que la situacion era apremiante hizo un esfuerzo supremo y se precipitó al fondo de un barranco en donde Bolon habia desaparécido á sus ojos.

Cuando saltó al fondo, Bolon á ocho pasos procuraba subir medio á gatas el lado opuesto por donde bajara Carril, pero tambien estaban agotadas sus fuerzas y com-

prendiendo que le faltaba para llegar á la salida del barranco se volvió bruscamente y se tiró sobre el Guardia.

IV.

Se trabó una lucha cuerpo á cuerpo.

Bolon apretaba entre sus brazos de hierro á Carril que procuraba en vano desasirse de ellos. Por dos veces se sintió resbalar sobre la tierra húmeda y escurridiza y á no apoyarse en el fusil cuya posesion le disputaba el delincuente, sin duda alguna hubiera caido á sus piés y se hubiera visto en grave riesgo.

El Guardia esperaba con toda la impaciencia que era natural en tan apurado trance el ausilio de su compañero Pallas, mas este habiendo perdido de vista á Carril en la precipitada carrera que emprendió tras el bandido no pudo encontrarle, y se halló perdido en medio de las espesuras del monte, sin saber por donde habia de dirigir sus pasos.

Entre tanto que Pallas llamaba á gritos á su compañero, este continuaba con Bolon la terrible lucha que iba tal vez á concluir con la vida de alguno de los contendientes.

El criminal enfurecido de la resistencia que otras veces habia domado, ciego de coraje arrastró á Carril consigo mismo, y por un momento se creyó vencedor, pero el Guardia pudo desasirse y una vez libre descargó tres ó cuatro golpes de fusil sobre Bolon que cayó al suelo.

En aquel instante pensó Carril concluir de una vez con el delincuente, y tuvo el fusil preparado para hacerle fue-

go, pero un pensamiento cristiano detuvo la terrible accion, y murmuró estas religiosas palabras:

—Dios que le ha dado la vida se encargará de quitársela.

Este rasgo de caridad evángelica salvó la vida á Bolon, que se dejó atar y conducir sin oponer entonces la menor resistencia.

Carril encontró en el camino á Pallas y entre los dos condujeron al preso al pueblo de Carballo donde hicieron entrega de él.

En este importante servicio no sabemos que es mas digno de admirar; si el valor del cabo Carril, ó sus nobles sentimientos de humanidad hácia el que acababa de vencer.

La generosidad despues de la victoria es una de las virtudes que mas distinguen á los corazones elevados.

Carril no quiso manchar con sangre el triunfo que acababa de conseguir.

Esta es la mejor apología que pudiéramos hacer de su conducta: conducta imitada repetidísimas veces por infinitos individuos de la Guardia Civil.

EL CABECILLA CARRION.

I.

Las guerras civiles son el azote mas cruel que puede enviar la Providencia á los pueblos en castigo de sus estravíos.

Mientras que dura la lucha, la pasion, el encono y la venganza imperan como las únicas leyes en la guerra mortífera y feroz que se hacen los bandos enemigos.

Las grandes y pequeñas ciudades, las villas y las aldeas, los cultivados campos y los ricos montes, se ven convertidos muchas veces en tristes ruinas, en páramos desiertos y en montones de carbon y de cenizas.

La agricultura y la industria, las artes y el comercio se paralizan y desfallecen ante la esfinge sangrienta y feroz de la desoladora guerra.

Los habitantes de las ciudades toman las armas para

defender sus recintos, y los de las villas ó aldeas de escaso vecindario, abandonan sus hogares para buscar un asilo de salvacion.

Nada hay seguro, mientras que dura encendida la tea de la discordia civil.

La vida, la honra y la hacienda de los ciudadanos, estan al arbitrio del vandalismo de los latro-facciosos que se cubren con la bandera de partido, para ejercer toda clase de crímenes impunemente.

No pretendemos trazar aqui un cuadro acabado de todos los males que traen á las naciones las guerras civiles; basta tan solo á nuestro propósito, indicar algunos de los efectos que produce; efectos que nadie mas que la civilizacion puede borrar, despues de muchos años de instruccion, de mejora y de progreso.

Solo se reduce nuestro propósito á indicar que semejantes males no se estinguen en la creencias de los pueblos, sino despues que una y otra nueva generacion ha venido á sustituir en el mundo á las generaciones que tomaron parte ó presenciaron la lucha.

Mientras que estas alienten, ni pueden cesar los odios, ni los rencores.

Mientras que estas alienten, podrán los vencedores engreidos con el tiempo olvidarse de los agravios, de la sangre vertida en pró de una idea, de un sistema de gobierno ó de una dinastía; podrán ser tolerantes y hacer la ventura de la nacion; pero los vencidos no se olvidan nunca de su desgracia.

Los vencidos, si gozan del beneficio de respirar el aire de la patria y de vivir entre sus conciudadanos y amigos, se nutren, por decirlo así, en el oscuro rincon

de su morada con la idea de su causa, y se empeñan con mas fervor y entusiasmo en defensa de ella, por lo mismo que se ve humillada de sus contrarios.

Los vencidos, si comen el amargo pan de la emigracion, el mismo amor á la patria, cuya ausencia lloran, les infunde mayor perseverancia en sus ideas, y mas decidido y enérgico empeño en apelar á las armas, para lograr el triunfo de su causa.

Las contiendas civiles, son como una furiosa y deshecha tempestad, que despues de haber descargado con horrible pavor y estrépito el agua y piedra, los relámpagos y truenos que guardaba en su preñado vientre, vagan las sombrías y tenebrosas nubes por la atmósfera, ocultando el limpio azul del cielo la vista de los aterrados mortales, y truenan y relampaguean de tarde en tarde, por espacio de algunas horas, hasta que al fin desaparecen allá por los lejanos horizontes.

Pues de la misma manera son las luchas civiles. Despues de vencidos en grandes batallas los ejércitos de un partido; despues de esterminadas las pequeñas facciones, que se retiraron y defendieron hasta la desesperacion en las ocultas guaridas de inaccesibles montañas, siempre quedan partidarios de aquella causa perdida; siempre quedan partidarios valerosos, que arrebatados por un ciego entusiasmo, se lanzan con las armas en la mano al campo del combate, sin consideracion á su impotencia, para durar lo que dura el fugaz relámpago, y lo que es mas triste, para venir á acrecentar con su heróico é inútil sacrificio, la sangrienta hecatombe que la guerra cruel elevara como un monumento á las generaciones venideras, para su escarmiento y enseñanza.

¿Quereis ejemplos de esta verdad?

Bien pudiéramos citaros los innumerables que nos ofrece la historia de todas las naciones, pero no son aquí necesarios; vamos á narrar uno que puede alegarse como un hecho que prueba nuestras aseveraciones.

II.

No habrá nadie que no recuerde ó sepa cómo terminó nuestra guerra civil de los siete años en los campos de Vergara.

Nadie ignora tampoco la que en años no muy lejanos intentó la causa carlista en Cataluña, quedando al fin vencidos sus partidarios, despues de sangrientos combates y represalias.

Nadie ignora en fin, el acontecimiento que en 1860 vino á turbar por un momento la tranquilidad de nuestro país.

Los sucesos de San Cárlos de la Rápita.

Este acontecimiento fué para las ideas carlistas como el último y débil relámpago de la tempestad.

Pues el hecho que vamos á historiaros, tiene su enlace directo con aquellos sucesos.

III.

Vivia en uno de los pueblos de la provincia de Palencia D. Epifanio Carrion, coronel que fué de las huestes carlistas.

De acuerdo sin duda con los hombres de su partido,

conspiró tambien para provocar un alzamiento en España, y colocar en el trono de San Fernando á Cárlos VI.

En el instante que el general D. Jaime Ortega desembarcó con algunas fuerzas del ejército en San Cárlos de la Rápita y se supo aquel suceso, inmediatamente el coronel Carrion se lanzó al campo, y con una pequeña partida intentó sublevar todos los pueblos de la provincia de Palencia.

Pero los pueblos permanecieron tranquilos, y ninguno respondió al grito de Cárlos VI, que el desdichado Carrion daba, titulándose, para dar mayor prestigio á su proclama sin duda, capitan general de Castilla la Vieja.

Esta actitud de los ciudadanos fué desde luego, como no podia menos de suceder, muy funesta para el ciego coronel Carrion.

El país rechazaba los principios de una causa que quedó muerta, para no volver á resucitar mas, en los campos de Vergara.

Los resultados vinieron á comprobar muy luego esta creencia, que mas bien pudiéramos llamar verdad indestructible.

El general Ortega que habia sacado tropas de la isla de Mallorca, y que le siguieron obedeciendo sus órdenes; en el instante que pisaron el suelo de la Península y supieron la intencion del general, le abandonaron inmediatamente, y éste cayó prisionero en manos del Gobierno.

Ortega pagó su intento con su cabeza.

Carrion tenia que sufrir igual castigo; sin embargo, dejémosle por un momento vagar por los confines de la provincia de Palencia, y veamos de que manera trataron las autoridades de proceder á su captura.

IV.

En el instante que las autoridades civil y militar de Palencia tuvieron noticia del levantamiento del coronel D. Epifanio Carrion, que proclamaba á Carlos VI, se comunicaron órdenes á los comandantes de todos los puestos de la Guardia Civil, para que reuniesen los Guardias y se trasladasen á la capital.

Entre aquellos se hallaba mandando la linea de Paredes de Nava el teniente D. Juan Rodriguez Rodriguez.

El dia de Jueves Santo del año de 1860, recibió este la órden y el Viernes Santo se encontraba ya en Palencia con la mitad de la fuerza de su mando, llegando la otra mitad al dia siguiente.

Cuando el teniente Rodriguez supo que el coronel Carrion vagaba con una partida por los pueblos de la provincia, manifestó al comandante Sr. Cánovas deseos de salir en persecucion del cabecilla; pero este le contestó que el gobernador civil se oponia á ello, por que hacia falta la fuerza en la poblacion y habia salido ya en persecucion de aquel, un capitan con veinticinco Guardias.

Aunque se sabia perfectamente que en el estado que se encontraba el país, y el buen sentido que dominaba á sus habitantes, no hallaria eco la intentona del coronel Carrion, sin embargo, reinaba cierta alarma en los ánimos que era preciso calmar á todo trance.

Recibióse aquella noche un parte del oficial que mandaba la fuerza que perseguia al cabecilla, el que no debió ser satisfactorio cuando á la mañana siguiente empezaron

á circular voces que ponian en duda la fidelidad de aquellos Guardias.

En el instante que llegó este rumor á oidos del teniente Rodriguez, se presentó de nuevo al señor Cánovas y le manifestó que era preciso que á todo trance se le permitiera salir en persecucion de los rebeldes, para dejar vindicado el nombre de la Guardia Civil.

El comandante se avistó en seguida con el Sr. Gobernador, y pocos momentos despues el teniente recibia la órden de presentarse á aquella autoridad. No se detuvo ni un solo minuto y corrió al Gobierno de provincia, donde halló reunidos á los Gobernadores civil y militar, quienes le preguntaron, si deseaba salir en persecucion del Coronel Carrion, y si conocia el terreno por la parte de Herrera del Rio Pisuerga. A todo contestó aquel afirmativamente, y entonces vista su decision por las dos autoridades, una de ellas le dijo:

—Daremos á usted una órden para el comandante de caballería del cuerpo, que con unos cuarenta y cinco caballos se halla estacionado en Torquemada, para que este siga el plan de persecucion que usted le indique como conocedor del terreno.

—Está muy bien; respondió lleno de entusiasmo el teniente Rodriguez, y dió las gracias á las autoridades por la confianza que le dispensaban.

A los pocos minutos recibió la órden, y marchó á su casa á preparar su viaje.

Despues de tomar algun alimento, salió al fin de Palencia á las dos de la tarde del mismo Sábado Santo en direccion de Torquemada.

El teniente Rodriguez caminaba lleno de satisfaccion,

y durante el tiempo de su viaje fué pensando en el plan de campaña para que el cabecilla Carrion no pudiese escapar de sus manos.

Habia solicitado aquel puesto de honor, y era preciso corresponder á la confianza que en él depositaran las autoridades de la provincia.

V.

Apenas llegó nuestro oficial á Torquemada entregó las órdenes de que era portador al comandante de caballería, quien inmediatamente mandó montar á caballo para emprender la marcha.

—¿Por dónde cree usted que nos dirijamos? preguntó el comandante al teniente Rodriguez.

—En mi concepto debemos seguir por la orilla izquierda del rio Pisuerga, que viene desde Herrera, contestó este.

—Pues adelante.

—Adelante, repitió el teniente Rodriguez, y si usted me lo permite marcharé á vanguardia.

El comandante accedió á esta pretension, y el teniente con algunos Guardias se puso en camino siguiéndole el comandante con el resto de la fuerza.

Anduvieron toda aquella tarde sin encontrar nada y sin que pudieran adquirir ninguna clase de indicios acerca del paradero de la faccion.

Ya era casi de noche cuando entraron en el pueblo de Villalaco, donde pernoctaron.

Rodriguez trató de aprovechar el tiempo é hizo dis-

cretas investigaciones acerca del paradero del cabecilla Carrion, pero no le dieron ningun resultado.

Apenas empezó á despuntar la aurora del domingo, se oyó el toque de botasillas, y á las seis salia la fuerza de Villalaco, guardando el mismo órden que en el dia anterior, siguiendo la misma orilla izquierda del rio Pisuerga.

Era muy cerca de la una del dia, cuando pasaban por el pueblo de Lantadilla, y sin detenerse á dar pienso, continuaron la marcha.

A muy poco divisaron el pueblo de Osornillo.

Se encontraban ya como á unos tres cuartos de legua de aquel, cuando el teniente Rodriguez observó que unas mujeres habian corrido hácia el pueblo, ingnorando si seria en señal de aviso, al divisar la fuerza de la Guardia Civil.

Puso en conocimiento del comandante esta observacion, y este le contestó, que nada tenia de particular, pues siendo dia de pascua se estarian divirtiendo.

No pensó de la misma manera Rodriguez, que siguió con mas cuidado sus observaciones, marchando á paso un poco mas largo y sin perder un instante de vista las entradas y salidas del lugar.

A la distancia de una media legua corta volvió á notar cierto movimiento, y al poco rato vió unos cuantos hombres montados salir al galope por detras de unas casas y dirigirse hácia las orillas del rio.

Sin poder contenerse ya, mete espuelas á su caballo, y volviéndose á sus compañeros les grita, señalando á los que abandonaban precipitadamente el lugar: «ellos son,» miradles, «á ellos.»

El teniente Rodriguez parte al galope y le sigue el alférez D. José Espósito y Molina y otros ocho ó nueve Guardias.

Aun cuando el comandante lo habia oido y observado todo, juzgó que aquellos indicios no eran bastantes para convencerse de que tales hombres pertenecian á la faccion que evacuaba el pueblo á la presencia de los Guardias.

Dejemos por unos instantes marchar al galope al bizarro y arrojado teniente acompañado del decidido alférez y de un puñado de valientes Guardias, y al comandante sin acelerar el paso con el grueso de la fuerza, unos y otros en direccion del pueblo.

VI.

Desde el mismo instante que el coronel D. Epifanio Carrion tuvo noticia del desembarco del general Ortega en San Cárlos de la Rápita, se lanzó al campo seguido de unos cuantos de sus parciales, y proclamó rey de España á Cárlos VI.

Conocido por sus opiniones ultramontanas en el país, así como por su valor y arrojo, no hubo nadie que ni quisiera abrazar su causa ni que le combatiese.

Aquellos pueblos de corto vecindario recordaban los horrores de la guerra civil y se creian ademas impotentes para resistir á un hombre decidido que mandaba una partida de facciosos, acaso de los mismos que en otra época combatieron bajo sus órdenes.

Hé aquí la razon porque los habitantes de las aldeas

y villas por donde pasaba el cabecilla, ni resistieron su entrada en ellas, ni dieron señales de oposicion.

Bien comprendia el jefe carlista que aquella indiferencia era para él de mal agüero; pero como la esperanza jamás muere en el hombre hasta que este no deja de existir, confió en el triunfo de la espedicion del general Ortega.

Pero le engañaban sus deseos; el general Ortega habia caido prisionero en poder de las tropas del gobierno.

Esta noticia no habia llegado aun á conocimiento del cabecilla, de modo que lejos de internarse en las provincias para buscar en las montañas una guarida mas segura, siguió recorriendo los pueblos de los confines de la provincia de Palencia para reclutar gente que engrosasen su partida.

Todo fué en vano. Llegó en la mañana del domingo de pascua al pueblo de Osornillo y pensó descansar en él todo el dia; pero cuando mas descuidado estaba unas mujeres le dieron parte de que fuerzas de caballería se aproximaban al lugar.

Estas fueron las mujeres que vió correr el teniente Rodriguez.

Corrió el cabecilla á un punto elevado, y convencido de que venian fuerzas en su persecucion, mandó á los suyos montar á caballo inmediatamente, y marchar en direccion de la provincia de Búrgos, vadeando el rio Pisuerga, que sirve en aquel punto de línea divisoria entre las dos provincias.

Cumpliéronse exactamente sus órdenes y toda la partida emprendió la fuga en buen órden.

Estos fueron los ginetes que vió el teniente Rodriguez

y en persecucion de los que se lanzó al galope seguido de una escasa fuerza.

Carrion y sus parciales marcharon á paso regular, creyendo que no podrian darles alcance; y ya, á orillas del rio, empezaron á vadearle con bastante calma.

VII.

No perdió inútilmente el tiempo el teniente Rodriguez.

Demasiado impaciente por encontrar la faccion siguió espoleando su caballo, y en muy pocos minutos llegaron á las tapias de Osornillo.

Desde allí divisó al cabecilla que vadeaba en aquel momento el rio Pisuerga y volviéndose nuevamente á los suyos, les dijo:

—Ahi teneis la faccion, ved si he acertado.

—Es cierto, contestó el alférez, que casi marchaba al par de él.

—¿Hay alguno que no pueda seguir á la carrera?

—No, señor, contestaron los Guardias; tenemos confianza en nuestros caballos.

—Pues seguidme; dijo el teniente, y picando espuela partieron á escape.

Llegaron á la orilla del rio, logrando vadearlo no sin alguna esposicion porque el agua casi cubria los caballos.

Una vez á la orilla opuesta, continuaron en persecucion de la partida, consiguiendo darla alcance muy cerca de Villasandino, pueblo perteneciente á la provincia de Burgos, y distante cuatro leguas de Osornillo.

Vióse desconcertado el coronel Carrion con semejante sorpresa, así es que no pudo ganar el pueblo para oponer una resistencia mayor, y presentó el ataque.

Aun cuando el decidido teniente Rodriguez comprendia perfectamente la desventaja del número, y ademas la de su fuerza, que venia bastante fatigada, no se intimidó; antes por el contrario, dió la voz de ataque y en pocos momentos quedó muerto en el campo un hijo del cabecilla y este prisionero, cogiendo ademas tres caballos y varias armas de diferentes clases.

La gente que componia la partida huyó á la desbandada, y el teniente tuvo que contentarse con aquella sola victoria y renunciar á la persecucion de los facciosos.

VIII.

Disuelta la partida, muerto un hijo del coronel Carrion, y prisionero este, el teniente Rodriguez determinó pernoctar en el inmediato pueblo de Villasandino.

Le constaba de una manera fidedigna, que la mayoría de los habitantes de esta villa eran demasiado fanáticos; así es que tuvo que adoptar las mayores precauciones para la seguridad del prisionero.

Ignorando si el comandante habria ó no seguido sus huellas, su primer cuidado tambien fué el de enviar en su busca á algunos de los paisanos que le ofrecian mas confianza, pero en distintas direcciones.

Con impaciencia esperaba el teniente Rodriguez noticias de aquella fuerza, porque sus ocho ó nueve Guardias, rendidos como estaban de fatiga, tenian que prestar un doble y penoso servicio, siendo ademas muy escaso su número para resistir un ataque, y mayormente en un pueblo en que el fanatismo dominaba á la mayor parte de sus habitantes.

Al cabo de tres horas de estar en esta especie de inquietud, sintió las pisadas de los caballos, y saliendo inmediatamente del sitio donde se encontraba, vió al comandante que venia seguido de toda la fuerza.

Refirió enseguida á este todo cuanto habia ocurrido en muy breves palabras, y aplazó darle una noticia detallada de todos los acontecimientos del dia.

IX.

Satisfecho de haber cumplido con su mision correspondiendo á las esperanzas de las autoridades de la provincia, el teniente Rodriguez, no se cuidó ni de sí mismo ni de la glòria de la jornada que le pertenecia toda entera.

Pasó á la casa donde se alojara el comandante y le hizo una relacion exacta y detallada de todo lo ocurrido, pues aun cuando él era quien debia dar el parte de la destruccion de la faccion y de la captura del cabecilla, sin embargo, no quiso desairar al comandante, y dejó á este en libertad para que lo diera.

En el instante que circuló esta noticia todos los pueblos volvieron á recobrar su tranquilidad habitual, y no hubo nadie que no tributara gracias en el fondo de su alma al teniente Rodrigues.

El comandante ofició inmediatamente al gobernador de Palencia poniendo en su conocimiento aquel hecho de armas; pero ignoramos como y en que forma lo hizo.

Solo sabemos que pocos dias despues de este suceso salió una real órden agraciando al comandante con el grado de teniente coronel, declarando por este hecho de armas en turno de eleccion para el ascenso inmediato al

alférez Molina y condecorando á algunos individuos de tropa con cruces de M. I. L. pensionadas con 30 y 10 rs.

Del teniente Rodriguez, verdadero héroe de la jornada, ni siquierá se hizo mencion en dicha real órden, porque indudablemente el gobierno no habria tenido conocimiento de su nombre.

El bizarro oficial recibió con calma y sangre fria aquel revés de la fortuna, que tan poco propicia, gracias á su delicadeza, se le habia presentado en aquella ocasion.

Muchos ciertamente habrán sido los disgustos que habrá sufrido por un acto de injusticia involuntaria por parte del gobierno; pero en cambio le queda la satisfacion de que en la provincia de Palencia, no hay un solo individuo, que no sepa que el apresador del cabecilla Carrion, el héroe de la jornada del domingo de pascua lo fué el entonces teniente de la Guardia Civil D. Juan Rodriguez y Rodriguez. (1)

Habrá perdido una gracia por razones que ignoramos, pero la historia le concede por lo mismo una doble corona.

El teniente Rodriguez debe contentarse con este precioso premio, que no está al arbitrio de nadie el concederlo, y que solo le alcanza quien es digno de él.

---

(1) Hoy capitan de la tercera compañia del décimo tercio.

EL RIO JÚCAR.

I.

Nosotros que consignamos con gusto todos los hechos que por su mérito especial honran á la especie humana; nosotros que creemos que nuestros lectores participarán de nuestra misma satisfaccion, cometeríamos una falta imperdonable si nos olvidáramos de hacer mencion de un servicio importante prestado por el cabo 1.° José Perez Monserrat.

No es este el primero que consignamos en las páginas de las Crónicas, llevado á cabo por el mismo individuo, y aunque distintos en la forma, reconocen la misma causa, la caridad.

No podia seguramente estar adornado de mejor sentimiento, ni es fácil encontrar uno que le sustituya.

Por esta razon volvemos con gusto á ocuparnos del



cabo Perez Monserrat, á cuyo nombre hay que agregar el del Guardia 1.° Pedro García Corredor (1), y el de D. Dionisio Juan y Compañy (2), sargento 1.°, jefe de la línea, á cuyas órdenes iban los dos anteriores.

II.

Al oscurecer del dia 26 de Agosto de 1856, volvian de recorrer el distrito correspondiente al puesto de Valdeganga, en la provincia de Albacete, los tres individuos que acabamos de mencionar. Caminando por la orilla izquierda del Júcar, distinguieron á bastante distancia á un hombre que sobre un borrico, trataba de vadearlo.

Los Guardias que comprendian el peligro, y que no podian menos de calificar su intento de una temeridad, llamaron á gritos al hombre, y aun le hicieron señas para que desistiera de su imprudente propósito.

Todo fué inútil; el hombre no vió nada, y andaba buscando un punto por donde vadear el rio.

Perez Monserrat echó á correr para evitar una desgracia, pero treinta pasos antes de llegar donde aquel estaba, le vió hundirse en el agua con un niño que llevaba en sus brazos, igualmente que á la caballería.

La corriente los arrolló en seguida, y ocultándolos en el fondo de sus ondas, nada dejó ver sobre la superficie.

A los pocos instantes apareció á flor de agua la cabeza del niño, que levantado por su padre, erguia su cabecita

(1) Hoy cabo 2.°
(2) Teniente hoy del tercio de Madrid.

como en demanda de socorro, pero el infeliz volvió de nuevo á sumergirse, y á no ser por los Guardias hubiera encontrado su tumba en el fondo del rio Júcar.

III.

¡Terrible espectáculo!

Los Guardias quedaron un instante mudos de espanto.

Unos segundos despues los tres, arrojando las correas y los fusiles con sin igual presteza, entraron uno tras otro en el rio en busca de aquellos dos desgraciados.

La corriente era caudalosa.

Monserrat se hundió hasta tocar con sus pies el fondo; pero hizo un poderoso esfuerzo y logró subir á la superficie, viendo á sus dos compañeros que en vano estendian sus manos, anhelando encontrar las de las víctimas.

El infeliz pasagero, arrollado por las aguas, sujetando en sus brazos al desdichado niño, fué arrastrado á pesar de sus inauditos esfuerzos, á gran distancia, por la corriente de las aguas.

Aturdido, con las ánsias mas horribles, sintiendo desfallecer su espíritu por momentos, aun notó que la corriente le habia arrebatado de sus brazos á su querido hijo, en una de las convulsiones que producia en él la asfixia.

Lleno de angustia, transido de amargura, intentó recobrar el hijo de su corazon, y luchando con las ánsias de la muerte extendió convulsivamente las manos para buscarle, pero solo tropezaron con la turbia corriente que acababa de arrebatárselo.



La Providencia sin embargo, no abandonó á aquellos dos séres.

Los tres Guardias siguieron rio abajo, y en el momento en que el niño se desprendia de los brazos de su padre, encontraba los de Monserrat que, asiéndole cariñosamente le depositaban salvo en la orilla.

Volvia el valiente cabo á lanzarse al agua, pero al instante advirtió que sus compañeros le gritaban que ya tambien estaba en salvo el padre del niño, que entre todos habian arrancado de manos de la muerte.

Veamos como.

Cuando el desdichado paisano sintió agotadas sus fuerzas, cuando ya sin esperanza de encontrar á su hijo, sentia próximo su fin, hizo un esfuerzo supremo, y la casualidad le puso en la mano el ronzal de la caballería que se habia sumergido con él.

Agarrándose entonces á aquella cuerda salvadora por un movimiento instintivo, pudo resistir la fuerza de la corriente, merced tambien á los esfuerzos que hacia el pobre animal, y lo que bastó para que el sargento 1.º D. Dionisio Juan y el Guardia Pedro García lo recogieran en aquel supremo trance del peligro.

Pisaron por fin la orilla, y como el viagero seguia con el ronzal agarrado, García tiró con fuerza de él, y pudo sacar á tierra la caballería.

En cuanto el padre abrió los ojos principió á dar gritos y ayes por haber perdido á su hijo.

¡Pero cuál no seria su sorpresa y el trasporte de su alegría cuando le vió en los brazos de Monserrat, que le prestaba cariñosamente todo género de auxilios!

El buen padre no daba crédito á lo que sus ojos veian



en aquel instante..... Tan profunda fué la impresion que causó en su alma el sentimiento de la pérdida de su hijo.

IV.

Conducidos los dos al puesto de la Guardia Civil se les prodigaron todos los cuidados que su estado reclamaba.

Preguntaron entonces al paisano por qué habia cometido la temeridad de querer vadear el rio trayendo tanta agua; á lo que el campesino respondió: que ignoraba hubiese en eso el menor peligro, porque lo habia hecho muchas veces sin ocurrirle percance de ningun género: que sin duda algunas avenidas de las que él no tenia conocimiento, habian socabado indudablemente el alveolo del rio, porque poco tiempo antes no estaba aquel paso tan profundo.

Entre tanto que esto decia no dejaba de abrazar y besar apasionadamente al niño, que incapaz de comprender el peligro que acababa de atravesar principió á jugar risueña y alegremente con sus manitas.

El padre echó de menos en este momento la faja, que sin duda se le habia perdido en el agua, y en la cual llevaba sesenta reales, único capital con que contaba para mantener á su familia en aquellos dias. Dos lágrimas cayeron silenciosas á lo largo de sus tostadas mejillas.

Los Guardias se sintieron conmovidos ante este mudo pesar, y mirándose unos á otros, y dejándose llevar los tres de las inspiraciones de su corazon generoso, inquirieron la causa y trataron inmediatamente de remediar el mal.

Reunieron entre los tres Guardias la cantidad perdida y se la entregaron al infeliz campesino que no sabia como mostrar su gratitud por esta última prueba de generosidad tan admirable.

Tomó pues los sesenta reales con mano trémula, y se los guardó silenciosamente en los bolsillos de su mojada chaqueta.

Miró á los Guardias con una expresion indescriptible, y montando en la caballería tomó lentamente el camino del pueblo á que se dirigia.

Los Guardias le siguieron con la vista hasta que desapareció, y entraron en su casa-cuartel á secarse las ropas que todavía destilaban agua.

Admirable ejemplo de caridad, de abnegacion y de valor, pero no único, pues diariamente está presentando á su patria infinitos del mismo género la benemérita Guardia Civil.

Sus manos generosas libraron á dos seres de las de la muerte, y no contentos con tan heróica accion partieron su pan con el desgraciado.

¿Qué mas podian hacer?

UNA VENGANZA.

I.

De las malas pasiones que se apoderan con frecuencia del corazon humano, ninguna mas terrible y criminal que la de la venganza y el odio.

La venganza es esencialmente inhumana, y su mayor delicia es la de ensañarse con la víctima que es blanco de su perversa y tremenda ira.

Cuando el ódio hácia alguno llega á enseñorearse de nuestro corazon, nunca se amengua, antes por el contrario, cada dia recibe mayor incremento.

El tiempo y la ausencia del objeto odiado no harán mas que entibiarlo, pero extinguirlo, imposible.

El proyecto de venganza es irrevocable, y el que lo abriga, perfeccionándolo muchas veces en el fondo de su alma, no encuentra obstáculos que no venza, dificultades que no allane, ni reflexion que lo contenga.

Hoy ó mañana la víctima sufre el martirio.

Este es el triste hecho que se deduce de lo que la realidad y la experiencia nos demuestran; este es el síntesis terrible de los proyectos de un corazon rencoroso y vengativo.

Un adversario puede ser y es casi siempre noble; el hombre vengativo nunca; es lo que mas le distingue y caracteriza por sus traidoras miras.

El adversario busca á su adversario; el hombre vengativo acecha á su víctima; el primero perdona á veces, el segundo se ensaña siempre; en el uno hay generosidad y valor, en el otro solo se encuentra el cálculo frio de la cobardía.

Ningun punto de contacto les une, ninguna analogía los asimila.

La venganza es una debilidad funesta que ciega y deprava el corazon: mata en él todo sentimiento elevado, aniquila todo impulso generoso, y le sonrie por último con esperanzas sangrientas, y el expectáculo de la víctima moribunda es la realizacion mas dulce de sus sueños.

Esta es la venganza.

Implacable, sombría, tenebrosa como el mismo crímen, se desliza invisible hasta el lecho de la víctima para apoderarse de ella; la acecha, la espía sin descanso y cuando la tiene entre sus manos, la oprime sin compasion y la atormenta sin piedad.

A veces la hace sufrir un martirio lento, doblemente insufrible y angustioso, y se goza en los acerbos dolores con que la tortura su crueldad.

Si á los rigores que siempre son anejos á la venganza se agregan los infortunios de un cautiverio á que se ha

condenado para la víctima, esta es entonces mas digna de lástima y de compasion.

Nosotros conocemos una pequeña historia que debemos dar á conocer á nuestros lectores, como la comprobacion de lo que acabamos de decir.

II.

En 1856 se fugó del presidio de Granada un penado que se llamaba Fernando Ruiz Gonzalez (a) Charaquc.

Este hombre natural de Guaro, pueblo de la provincia de Málaga, dedicado á cometer todo género de atropellos y delitos en el territorio de la provincia, cayó por fin en manos de la autoridad, gracias al celo del alcalde de Guaro D. N. Cuesta, que con sus acertadas disposiciones consiguió su captura.

Sentenciado á presidio Charaque fué á cumplir su condena, cuya duracion no recordamos, pero no olvidó nunca que el autor de su desgracia era el alcalde de su pueblo, que tanto empeño habia tenido de reducirle á prision.

D. N. Cuesta, tranquilo y satisfecho de su conducta, librando á la provincia de aquel facineroso, y seguro ademas de haber cumplido fielmente con los deberes que su autoridad le imponia, no sospechó siquiera que se habia granjeado un ódio mortal.

Charaque, sin embargo, juró en su corazon vengarse tarde ó temprano del que habia sido la causa de verse en un correccional arrastrando la vergonzosa cadena de presidiario.

Poseido de esta idea, que sin cesar acariciaba, resignose al parecer con su triste suerte, y mientras estuvo en el presidio no comunicó ni á uno solo de sus compañeros aquel proyecto.

De hora en hora, de dia en dia iba madurando su proyecto, que aunque lejano y dudoso, no dejaba por eso de sonreirle.

Mas para realizarle era preciso ante todo salir de aquella reclusion y adquirir la libertad aun á peligro de perder la vida.

Solo atravesando este riesgo podia intentarse tan atrevida empresa.

Dedicóse pues á estudiar las costumbres de sus guardianes, y muchas noches aparentando que dormia, escuchaba atentamente si dejaban de oirse los acompasados pasos del centinela que los vigilaba.

Despues de muchas noches de insomnio llegó nna en que los pasos cesaron de escucharse por un rato, volviendo luego á sentirse monótonos como el ruido de la péndola de un reloj.

Esta interrupcion se repitió siempre que le tocaba de guardia á cierto cabo, que era cuando únicamente acontecia ese hecho al parecer extraordinario.

Despues de algunos meses de continua observacion, Charaque se convenció de que el vigilante se dormia cerca ya del amanecer.

Esto era cuanto necesitaba saber.

Las demas dificultades tenia la seguridad de poderlas vencer, gracias á su fuerza, su agilidad y su arrojo.

Fugose en fin del presidio, y cuando al dia siguiente se echó de menos su presencia se dió parte á las autorida-

des y se tomaron todas las medidas necesarias para capturarle.

III.

Estas medidas, sin embargo, no produjeron un resultado satisfactorio.

Nadie habia visto á Charaque, y nadie por consiguiente pudo suministrar la menor noticia de su persona.

Nosotros á pesar de esto debemos seguirle por la serranía de Ronda y presenciar el pacto de asociacion en que convino con un antiguo conocido suyo llamado Fajardo, que capitaneaba una partida de bandoleros entre los cuales gozaba Charaque de ciertas simpatias, que en esta ocasion favorecian sus planes.

Despues de haberle acogido sus amigos con todas las consideraciones que se merecia su distinguido compañero, y cuando fué declarado miembro de su sociedad, Charaque creyó llegado el momento de prueba y deseoso de conocer si Fajardo tenia ánimo de ayudarle en su empresa le llamó un dia aparte y le dijo.

—Tengo que hablar contigo de un asunto de importancia, quiero que me des tu consejo, si es que no te resuelves á prestarme tu ayuda, en cuyo caso yo solo me las compondré.

—Tú dirás, respondió Fajardo.

—Vamos al caso. Si á tí te hubiera echado la mano cierto alcalde; si te hubiera privado de la libertad y de los productos del oficio; si te hubiera entregado á un juez y por su culpa hubieses pasado dia por dia catorce meses de presidio, ¿qué harias, en el caso de escaparte, con el que te habia cazado?

—Yo, dijo Fajardo, le esperaria una noche al tiempo de entrar ó salir en su casa, y le pegaria sin gastar mas tiempo un balazo en el corazon.

—Vamos, veo que eres hombre razonable; pero eso no es bastante.

—¿Te parece poco lo del pistoletazo?

—No, no es mal consejo; pero no me satisface por completo.

—Eres difícil de contentar, Charaque.

—¡Bah! unos son mas ambiciosos que otros y no todos se contentan con las mismas cosas.

—No te entiendo, camarada.

—Ahora me entenderás. Ya sabes que el alcalde de mi pueblo, ese maldito Cuesta, me tenia entre ojos, y que al fin y al cabo me hizo caer en el garlito. Por él he sufrido dia por dia catorce meses de presidio y gracias á mis mañas me he librado de pasar allí mucho mas tiempo. Ahora que ya estoy libre y que cuento con tu ayuda he pensado apoderarme de ese condenado y traérmelo por acá. Aquí le haremos sufrir la pena negra, y si se atreve á desmandarse le saco una vez de la madriguera y le fusilo con todas las formalidades de la ordenanza. ¿Qué te parece, Fajardo?

—Me pareces implacable.

—Nada de eso; soy como debo ser. El hombre que no se venga del que ha trabajado por su perdicion es un cobarde, y yo he jurado que me las tiene que pagar. Ahora ya conoces mi proyecto; ¿qué me aconsejas?

—Que te andes con tiento, Charaque. La desaparicion del alcalde meterá mucho ruido. El pueblo en-

tero se lanzará en nuestra persecucion y no quisiera que por tu asunto nos perdiéramos todos.

—Hagamos un trato, Fajardo. No quiero que me ayudes sin que tengas tu recompensa y la tenga tambien toda la compañía; yo tengo bastante con la persona del alcalde, porque pienso darle tormento. Pues bien una vez cogido me lo dejais por mi cuenta y para vosotros lo que pueda dar de sí su rescate en onzas de oro. Yo renuncio á mi parte de dinero con tal que me dejeis á mí solo disponer del prisionero.

—¿Piensas hacer alguna criba con su pellejo? dijo Fajardo, á quien no disgustaba la proposicion.

—Al contrario, pienso cuidárselo á mi manera.

—Pues bueno, lo consultaré con los compañeros, y si convienen en que el capital del alcalde merece que se dé el golpe, nos pondremos de acuerdo.

—Corriente, dijo Charaque. ¿Tardarás mucho en contestarme?

—Mañana á primera hora; es cosa decidida.

—Vamos, no tengo que esperar mucho.

Los dos bandidos entraron en una cueva húmeda y oscura que les servia de madriguera.

IV.

Al dia siguiente Fajardo comunicó á Charaque la resolucion de la mayoría, que habia aprobado su plan. Entonces se pensó en la manera de realizarlo y en los medios mas adecuados para asegurar el éxito de la empresa.

Charaque, que ardia en deseos de venganza, lo tenia todo pensado de antemano y allanó cuantas dificultades parecian oponerse.

Se convino en que con solo tres de la partida habia suficiente para dar el golpe, y que la hora mas apropósito era la de las diez de la noche. Charaque, Fajardo y otro camarada que se llamaba Benito se dirigieron á Guaro provistos de armas y de caretas.

A las ocho de la noche atravesaban las espesuras del cercano monte, y al poco tiempo daban vista á Guaro.

Fajardo advirtió á su compañero que no habia tiempo que perder: se cubrió el rostro con la careta y Charaque le imitó, ordenando á Benito que esperase al pié de la pared de la casa del alcalde, y en el caso de que oyera un silbido la escalase y penetrase dentro.

Hecha esta última advertencia, Fajardo se aproximó á la pared y tiró una escala que con un gancho en el estremo quedó colocada á la primera tentativa. Inmediatamente principió á subir por ella y á los dos minutos se se encontró á caballo sobre la pared.

Cuando Charaque vió á su compañero en el caballete subió tambien, colocaron ambos la escala en la parte interior y descendieron rápidamente al corral de la casa. Aproxímanse á una de las ventanas que se hallaba á poca altura del suelo y Charaque abrió suavemente la vidriera; mas como no viese á nadie dentro penetró en la habitacion y se escondió con Fajardo detras de la puerta de una alcoba situada frente por frente de la misma ventana.

Al cabo de media hora de espera, distinguieron el fulgor de una luz que parecia acercarse hácia aquella pieza.

Llegaba el instante crítico.

Apenas D. N. Cuesta habia dejado el belon sobre el velador y cuando se volvia de espaldas á la alcoba para cerrar las vidrieras y acostarse, los dos bandidos se precipitaron sobre él sin darle tiempo para hacer el mas pequeño movimiento.

Le ataron fuertemente un pañuelo á la boca que sujetaron en la nuca, y le amenazaron pistola en mano, con la muerte si hacia la menor tentativa para huir ó pedir auxilio.

El desventurado alcalde sorprendido de aquel súbito recibimiento, se dejó caer desalentado en el suelo.

Hiciéronle saltar por la ventana, para evitar que la gente de la casa se apercibiese del suceso, y abriendo una puerta escusada que debia serles conocida de antemano, sacaron al campo al desgraciado Cuesta, y con malos tratamientos le obligaron á caminar delante de ellos.

A la media hora de marcha, el pueblo de Guaro se perdió á su vista en la oscuridad de la noche, cuyas tinieblas envolvieron á los cuatro caminantes en medio de las espesuras del monte.

V.

Los dos bandidos para conjurar el peligro convinieron, que en el momento de la captura, no debian pensar en apoderarse del dinero que tuviera el alcalde, y que esto lo harian por medio de una carta que le obligarian á escribir pidiendo á su familia un crecido rescate, por la vida del prisionero.

Charaque se encargó de arrancarle este documento, que era lo que mas interesaba á sus compañeros.

Abrió una especie de calabozo en que yacia el infeliz Cuesta y le mandó salir.

Charaque se habia puesto la careta un momento antes de la entrevista que tenia lugar al dia siguiente de aprisionarle.

Se acercó á él y con todo el rencor y el ódio que sentia hácia él su corazon, dándole un golpe en el hombro le dijo con voz ronca y terrible:

—Ahora me toca á mí.

—Yo no he hecho daño á nadie, respondió el alcalde. No tengo enemigos, he cumplido siempre con mi deber.

—Bueno, bueno, exclamó Charaque interrumpiéndole; ¿Con que no tienes enemigos?

—No los conozco al menos.

—¿Y no has sospechado nunca que habias de pagar lo que has hecho contra alguno?

—Nunca: porque no me parece haber hecho mal á nadie.

—¿No? Recuerda, recuerda, dijo Charaque con voz mas sombría y severa.

—Nada recuerdo, de que tenga que arrepentirme contestó con entereza Cuesta.

—¡Mientes! esclamó Charaque con voz terrible, mientes. ¿No recuerdas la captura de un hombre?...

—No me acuerdo, dijo Cuesta algo pensativo.

—Mírame, dijo Charaque quitándose la careta. Tú enviaste en contra mia la Guardia Civil; tú me entregaste á un juez, que sentenciándome á presidio, me ha hecho

pasar mucho tiempo arrastrando una cadena, y mientras yo sufria ese tormento, tú quizás te regocijabas de él.

—Yo nunca me alegro del mal del prójimo.

—Pero pudiste evitarlo.

—No debia, respondio Cuesta.

Esta contestacion exasperó al bandido que echó mano al cinto buscando su pistola; pero desistiendo de pronto, y acordándose de que sus compañeros esperaban el resultado de la entrevista, se serenó un poco y le dijo:

—Yo no quiero nada de lo tuyo: tengo bastante con tu persona; no deseo mas que devolverte con usura el martirio que me has hecho pasar; pero mis compañeros necesitan otra cosa, y quieren que escribas una carta á tu familia pidiéndola cuatro mil duros. Si la respuesta no viene acompañada del metálico que se pide, te fusilaremos á las veinticuatro horas.

—Es inútil, porque no cuento con esa suma.

—Tu familia los buscará si te quiere bien.

—Prefiero la muerte, dijo el infeliz con desesperacion.

—No; es preciso que antes escribas.

—Pues bueno, escribiré.

—Aquí tienes papel y lápiz, dijo Charaque presentándole las dos cosas. Escribe.

Cuesta se sentó en el suelo y se dispuso á escribir sobre las rodillas.

Charaque le dictó la carta como creyó mas conveniente.

Escrita esta, se la guardó en el bolsillo, y condujo otra vez á su prisionero al lóbrego calabozo; pero en el momento de cerrarle, el prisionero pidió agua.

—¿Tienes sed?

—Quiero beber, dadme agua, tengo sed.

—No hay agua, no es posible complacerte; y sin esperar mas contestacion, Charaque cerró brutalmente la trampa que servia como de puerta al calabozo; y fué á dar á Fajardo la carta que representaba cuatro mil duros.

Se dispuso que fuese el camarada Benito á recogerlos, y por consiguiente, este digno individuo de la asociacion, en que Fajardo tenia toda su confianza, partió aquel mismo dia en direccion á Guaro, muy lejos de sospechar que no habia de volver.

VI.

Pasaron dias y dias sin que Benito volviese de su comision, y todos sus compañeros principiaron á alarmarse sériamente.

Entretanto el infeliz prisionero era objeto por parte de Charaque, del tratamiento más bárbaro y salvage. Cuando pedia agua, le tenian ahogándose de sed todo un dia, sin darle siquiera una gota. El desventurado Cuesta clamaba al cielo contra aquella feroz inhumanidad; pero de nada le servia, y á los ayes profundos que exhalaba, sucedia el abatimiento mas doloroso.

Lo mismo que hacia Charaque con el agua, hacia con el alimento. Tenia al preso muchas horas sin darle un pedazo de pan, y cuando pedia con ansiedad alimento, se le contestaba á puntapiés y á golpes, que le dejaban en el estado mas triste. El infeliz pedia á gritos que le matasen antes que seguir haciéndole sufrir aquel martirio. Charaque lejos de compadecerse, llevó su barbarie

hasta el punto de constituirse algunas noches en centinela de su víctima para impedir que se durmiese.

El golpe seguia á la amenaza en cuanto cerraba los ojos, y nada enternecia el corazon de fiera de aquel hombre abominable, que contemplaba lleno de gozo los horribles sufrimientos por que hacia pasar al pobre Cuesta.

Pasaron veinte dias sin que Benito pareciese; ya no cabia duda que estaba preso, y por consiguiente Fajardo temia de un momento á otro verse sorprendido.

No carecia de fundamento la sospecha. En el instante que se supo en Guaro la misteriosa desaparicion de Cuesta, las autoridades dictaron todo género de providencias para apoderarse de los raptores, cayendo en su poder á los pocos dias el emisario de Charaque.

D. Guillermo Falgueras y Leon, jefe de la línea de Coin, en cuanto tuvo conocimiento del suceso, principió á trabajar sin descanso durante tres meses para el descubrimiento de los culpables.

Fajardo, sospechando lo que pasaba, determinó abandonar la cueva, viéndose precisado á vagar por los montes de Ardite; de cuyas fatigas participaba tambien el desgraciado Cuesta, que seguia á los bandoleros como uno de la partida.

El infatigable oficial D. Guillermo Falgueras emprendió con sus Guardias una persecucion activa é incesante, y ordenó una batida por los montes de Ardite y sus inmediatos.

Pero Fajardo no era hombre que se dejase sorprender con facilidad.

Las sinuosidades del terreno, la espesura del monte,

eran otros tantos elementos de refugio para los delincuentes.

D. Guillermo Falgueras pudo por fin, descubrir sus huellas, y se encontró frente á frente con los bandidos que caminaban á la desbandada, prontos á diseminarse.

Se les intimó la rendicion, y se trabó entonces un encarnizado combate que dió por resultado la muerte del bandido Charaque y la destruccion de la temible partida.

En este hecho notable se distinguieron como de costumbre todos los Guardias, mereciendo especial mencion los llamados Mauricio Escudero Gonzalez y Antonio García Perez.

Quince dias antes de ocurrir esto, y viéndose estrechamente acosados, los bandidos abandonaron á su prisionero, despues de maltratarle bárbaramente, y de hacerle varias heridas, y una en el brazo de gravedad.

El infeliz Cuesta falleció á los ocho dias, víctima de los atroces martirios por que Charaque le habia hecho pasar.

García Perez fué ascendido á Guardia de primera clase en premio del arrojo y serenidad que demostró en el encuentro con los bandidos.

Los demas recibieron las gracias de las autoridades, y muy especialmente el Sr. Falgueras por la incansable actividad que habia desplegado en la persecucion y escarmiento de los culpables.

LA RIVERA.

I.

Ya nos hemos ocupado en otro lugar de nuestras CRÓNICAS de uno de los muchos y brillantes servicios que prestaron los individuos de la BENEMÉRITA GUARDIA CIVIL á los desgraciados pueblos de la provincia de Valencia, con motivo de la terrible y horrorosa inundacion que sufrieron en los primeros dias del mes de Noviembre de 1864.

Vamos á ocuparnos ahora de otros hechos idénticos, y mas adelante tendremos que volver á narrar nuevos y eminentes servicios prestados con igual motivo por los bravos individuos de esa brillante Institucion.

Apenas habrá una persona en nuestro país que no recuerde con espanto la narracion de los horribles sucesos que llenaron de desolacion y de luto á los infelices pueblos de la Rivera, y que publicaron no solo los perió-

dicos de Valencia, sino tambien los de Madrid y de las demas capitales de España.

Valencia, esa provincia donde la agricultura en casi todos sus ramos se ha elevado al mayor grado de desarrollo; donde el encantado viajero no sabe que admirar mas, si la infinita variedad de sus frutos, ó la belleza que ofrecen á su vista aquellos campos, que la mano del hombre ha convertido en frondosos vergeles.

Valencia, esa provincia que fué el emporio de la agricultura de aquellos árabes, que despues de mas de ocho siglos abandonaron su fértil suelo, derramando ardientes lágrimas, al exhalar el doloroso suspiro de eterna despedida, al partir á las inclementes playas del africano suelo.

Valencia, esa provincia emporio hoy de agricultura española, hace algunos años que viene siendo víctima desgraciada de las injurias del tiempo.

Horribles terremotos han tenido en muda consternacion á algunos de sus pueblos, mientras que llenaban de espanto, de desolacion y de muerte á muchos los que se ostentan en el deliciosísimo jardin de sus preciosas hermanas las provincias de Múrcia, Alicante y Castellon.

Terribles inundaciones destruyeron á veces y en un instante las inmensas riquezas que creara la hábil y hacendosa mano del labrador, dejando sus campos cubiertos de una capa de estéril arena; pero ninguna de esas inundaciones, fué tan terrible como la que sufrieron los pueblos de su Rivera en los primeros dias del mes de Noviembre de 1864, cuyo tristísimo recuerdo pasará con terror de estas generaciones á la memoria de las generaciones futuras.

II.

Amanece uno de esos nebulosos dias del mes de Noviembre y negros y siniestros nubarrones empiezan á mecerse sobre el cenit de los pueblos de la Rivera.

Brilla el relámpago, retumba el trueno, y gruesas gotas del aluvion, empiezan á caer sobre la tierra, que sonrie de frescura en aquellos momentos. ¡Ah! triste sonrisa de frescura que solo pudiera compararse á la de las flores que adornan la cabeza del cadáver de la vírgen, cuyo cuerpo colocado en la fosa del panteon, cubre la tierra para siempre.

Las sombrías nubes estrechan los horizontes; el dia se hace mas oscuro y tenebroso; el relámpago se repite con mas siniestro brillo; el trueno retumba con mas fragor y las cataratas del cielo se precipitan en torrentes sobre la tierra.

Los hombres no ven al principio en aquel fenómeno mas que un suceso natural; pero viene la noche, y la tempestad crece y todos los elementos se declaran en guerra contra los míseros mortales.

Entonces el hombre enmudece de sobresalto; la débil mujer suspira y tiembla; los ancianos rezan y los niños corren espantados á guarecerse en los brazos de sus madres.

A tan terrible espectáculo del cielo, sucede otro no menos horroroso de la tierra.

Con aquel diluvio crecen los rios, salen de madre y convierten la llanura en un inmenso lago.

Los habitantes de los pueblos y de las aldeas encerra-

dos en sus casas oyen sobrecogidos rugir las olas de aquel nuevo mar; pero aquella medrosa espectacion cesa, cuando escuchan que las aguas baten los flancos de sus moradas y llaman bramando á sus puertas amenazando arrebatarlas en su corriente despues de convertirlos en escombros.

Oyese entonces y en todas partes un grito desgarrador.

Los individuos de las familias se apiñan y acogen bajo el amparo del mas animoso; poseidos del miedo mas profundo le privan de toda accion.

Agárranse á él como el náufrago á la tabla, donde piensa librar su vida.

Este espectáculo tan conmovedor, tan triste y tan espantoso se repite en todas las casas.

Los vecinos y los amigos se olvidan unos de otros, y ¿qué estraño es cuando en tan supremos instantes no se acuerdan los padres de los hijos y estos de aquellos, las esposas de los esposos y los parientes de los parientes, procurando cada cual por un instinto de conservacion salvar su propia existencia?

Pero todos aquellos esfuerzos aislados y dentro de las cuatro paredes que resguardan por un momento la vida de aquellos séres infelices, son tan impotentes, como los que hace el furioso leon encerrado en una fuerte jaula, para despedazar entre sus garras al domador que le hostiga desde fuera.

La tempestad acrece; la lobreguez de la noche aumenta, el huracan ruge, y las olas de aquel nuevo mar braman y se estrechan en las débiles paredes con mas espantoso estrépito.

Las casas se conmueven hasta en sus cimientos, y el crugir de las maderas de las techumbres es el nuncio

precursor de la ruina inmediata, que colma de un profundo terror á las familias.

¿No habrá nadie que acuda al socorro de aquellos desventurados, que sufren en aquellos momentos el mas atroz martirio, hasta el grado de la desesperacion?

¿No llegarán sus plegarias hasta el trono donde se sienta el Señor de los orbes?

III.

Vamos á recorrer una línea de algunas millas; porque en todos los pueblos comprendidos en ella es igual el drama.

Nos encontramos en este momento en la villa de Cárcel, donde la mayoría de sus habitantes esperan la muerte en medio de las mas atroces angustias.

Pero no; no sucumbirán.

Afortunadamente se encontraba en el pueblo el bravo teniente de la Guardia Civil D. Nicolás Kaiser y Villa, comandante de la línea de Alberique, á donde habia ido para el desempeño de asuntos del servicio, y habrá de prestarlos en esta ocasion mucho mayores y apreciables.

Al contemplar el valiente Kaiser todo lo terrible de aquel siniestro se lanza inmediatamente á la calle seguido de los Guardias que existian en aquel puesto, y acude á los puntos de mayor peligro con esposicion de su propia existencia.

Oye en una casa, pronta á desmoronarse en ruinas, el llanto desgarrador de dos criaturas de unos ocho años que en aquella escena de espanto habian dejado abandonadas sus padres, y penetrando en sus habitaciones llega

donde aquellos desdichados se albergaban, y tomándolos en sus brazos los lleva luchando con la fuerza del oleage y en medio de la oscuridad, á sitio seguro de salvacion.

Durante el trayecto escucha angustiosos gritos en otra casa casi en el mismo estado que la anterior, y despues de haber puesto á salvo á las dos criaturas, vuelve al lugar donde creyó haber oido los sollozos de un ser humano, y con efecto, percibe aun los quejidos. Entonces, haciendo un esfuerzo inaudito, se adelanta al lugar de donde aquellos salian, guiado por el sonido, y con el agua hasta el pecho, penetra en la casa, coje en sus brazos á una jóven de unos trece años, que tambien habian dejado abandonada sus padres, y la lleva á sitio seguro.

Animado por el resultado brillante de tan dificil empresa, lejos de desmayar ante el peligro que á cada instante se hacia mas inminente, redobla sus esfuerzos y da á sus sobordinados órdenes precisas que cumplen estos, escediéndose en valor, actividad y energía.

Mientras que el teniente Kaiser se echa á nado para salvar tres caballerías mayores que arrastraban las aguas, las que consigue sacar sanas y salvas á lugar seguro, el cabo 2.° Luciano Ibañez Pallares arrebata de las garras de la muerte, esponiendo con un valor inaudito su vida, á una niña próxima á perecer entre las olas. En seguida atraviesa el rio Sellen y lleva á las familias que se encontraban en la opuesta orilla las provisiones de que carecian.

El Guardia 2.° Isidoro Naranjo Guerra oye los lamentos de una mujer, y no pudiendo penetrar por la puerta de la casa, se sube al tejado, abre un agujero y por él saca á una desdichada mujer, que hallándose en los últimos

meses de su embarazo, no podia hacer ningun esfuerzo para salvarse.

Semejante estado no podia menos de servir de obstáculo, pero todos los vence el valiente Naranjo, el que ya en la calle, aun cuando con el agua hasta el pecho, marcha llevando en sus brazos á la que habia salvado; pero un nuevo accidente pone en peligro sus vidas.

Con la oscuridad que reinaba no advirtió que se habia separado del camino recto y fue á caer en el fondo de unas ruinas cubiertas de agua.

Sumérjense aquellos dos seres en el fondo, pero los ve el Guardia segundo Bartolomé Gonzalez Roman, quien precipitándose tambien en las ruinas, consiguió sacar á su compañero y la pobre mujer, conduciéndoles á casa del alcalde que podia considerarse como un puerto seguro de salvacion, y á donde habia conseguido llevar á otras muchas personas.

IV.

Entretanto que tales escenas tenian lugar á un extremo del pueblo, en el otro los Guardias segundos Francisco Puig Valls y Juan Perez Redondo cooperaban poderosamente con sus eficaces auxilios á la salvacion de muchas personas.

Corrieron á la cárcel, y sacando á los infelices presos los colocaron en lugar seguro.

Despues, ya obedeciendo las órdenes de su intrépido jefe el teniente Kaiser, ya dejándose llevar de los generosos impulsos de su corazon, penetraban en las casas amenazadas de ruina, y con exposicion de su existencia

procuraban librar del siniestro, los pocos bienes en que tal vez consistia la fortuna de aquellas desgraciadas familias.

Así que terminaron su peligrosísima pero altamente caritativa mision, el teniente Kaiser á la cabeza de sus bravos Guardias el cabo segundo Ibañez, y los de segunda clase Naranjo, Gonzalez, Puig y Perez corrió á Alberique.

Allí se presentaron á sus ojos las mismas escenas de desolacion y de luto; y allí tambien con incansable valor, con una heroicidad sin ejemplo, empezaron la misma obra que habian llevado á cabo con tanta abnegacion en el pueblo de Cárcel.

Salvaron á muchas familias de una muerte segura bajo los escombros de las casas, que destruian con su ímpetu las olas de aquel nuevo mar.

Tambien libertaron á los presos, y despues se dedicaron á extraer los bienes y las caballerías de las casas, llevándolos á la parte mas alta del pueblo, á fin de ponerlos al abrigo de perecer entre las aguas.

Desde allí, léjos de descansar un instante, marcharon á Benegida, donde prestaron los mismos auxilios.

En seguida, y cuando ya no eran necesarios sus servicios, se dirigieron á Alberique; pero en este pueblo ¿no se ofreció á su vista el mismo espectáculo que en los otros?

¿No habia estado y estaba sufriendo, por ventura, los mismos terribles rigores de la tempestad y de la inundacion, prestando á su vista el cuadro mas doloroso y desconsolador que pueden mirar los ojos de los mortales?

¡Oh! sí: todo esto era muy cierto.

Pero Alberique tenia para ellos una doble atraccion, porque allí moraban sus esposas y sus hijos.

¿Mas llegaron tarde en su socorro por haber pasado el tiempo en la salvacion de sus conciudadanos?

No; y ya vereis por qué

V.

Mientras que el bizarro teniente con sus bravos Guardias, consagraban sus servicios y hasta con la mayor abnegacion exponian mil veces su vida para salvar las de sus conciudadanos, los dos Guardias segundos D. Manuel Bon Savater y Miguel Roca García, que quedaron custodiando el cuartel de Alberique, hacian actos de inaudito valor, de arrojo y de heroismo.

Su primer cuidado fué el de auxiliar á las familias de su jefe y demas compañeros ausentes, porque eran las mas amenazadas del peligro.

Llegó hasta ellos el triste quejido que exhalaban los presos de la cárcel, expuestos á perecer de un instante á otro entre los escombros ó las aguas, y los valientes Bon y Roca corrieron á su auxilio, y sacándolos del edificio, los condujeron á las casas del ayuntamiento, colocadas en un sitio del pueblo mucho mas elevado, y edificio mucho mas sólido tambien, y que ofrecia casi una completa seguridad.

No habian terminado su obra cuando de nuevo tuvieron que acudir á otros puntos donde la caridad cristiana imploraba su presencia.

Poseidos de un terror infantil, cinco hijos del Guardia segundo, Francisco Puig, se habian extraviado huyendo de aquella horrible escena, y su madre desolada,

los llamaba á grandes voces; pero Bon y Roca los conducen pronto á sus brazos, sanos y salvos.

Por lo mismo que se encontraban solos, redoblaban sus esfuerzos, y con una precision admirable acudian siempre á los sitios donde el peligro era mas recio ó mas inminente.

Cuando el teniente Kaiser y sus compañeros llegaron á Alberique, no pudieron menos de admirar llenos de gozo, la gran solicitud y el heroismo de sus dos camaradas, que en la misma escala que ellos, merecian una parte de la gloria que habian alcanzado con tan beneméritas acciones.

Consagráronse, pues, todos á la terminacion de su obra, y las familias de Alberique quedaron, en cuanto era posible á las humanas fuerzas, á salvo del siniestro á los muy pocos instantes de la llegada de tan poderoso socorro.

Al narrar semejantes hechos, hechos mucho mas gloriosos y heróicos que los que acontecen por regla general en un campo de batalla, sentimos dilatarse las fibras de nuestro corazon, y no tenemos palabras bastante expresivas para tributar á sus autores las alabanzas que se merecen.

Cuanto pudiéramos decir aquí seria muy pálido en comparacion de las demostraciones de agradecimiento que tributaron los pueblos á sus salvadores.

Tambien las autoridades elogiaron su heróica conducta.

Nosotros, condensando todos los unánimes sentimientos, diremos: ¡Merecieron bien de su pátria y de la humanidad entera!

LA ALEVOSÍA.

I.

Si muchas veces no se consuma el crímen no es por falta de maldad en el que lo ejecuta, sino porque, ó bien una circunstancia imprevista viene á impedir la realizacion del delito, ó bien el delincuente en el momonto de perpetrarlo no cuenta con la serenidad necesaria para consumarlo hasta su último grado y lleno de miedo busca en la fuga la impunidad de su mal proceder.

El homicidio es el delito que mas ejemplos nos suministra de esta verdad.

No siempre el asesino espera con sangre fria á recoger el último suspiro de la víctima; no siempre escucha el ¡ay! postrero del moribundo, ni presencia impasible el último movimiento convulsivo de su agonía.

Algunas veces la perspectiva terrible que le espera del castigo, la sombra inexorable y severa de la justicia, y siempre la terrible voz de la conciencia que le acusa y le delata ante sí mismo, le obligan á separarse con horror de la víctima, cuando ya no es tiempo de detener el puñal que ha esgrimido traidoramente sobre el pecho del desgraciado.

En otras ocasiones, el delincuente huye á impulsos de su voluntad, ó por temor al castigo ó instigado por los remordimientos de su conciencia; porque en el instante de ir á perpetrarlo, su pensamiento se ocupa solo del hecho y del deseo que le subyuga, sino porque se le oponen obstáculos y dificultades imprevistos que no puede vencer y los que le obligan á huir sin dar tiempo á satisfacer sus deseos.

Otras veces, por último, los juzga satisfechos y cumplidos, y creyendo haber arrancado una existencia, deja todavía un soplo de vida en el corazon que hirió con el arma homicida.

¡Venturosa al menos la víctima que en su infortunio ha tenido la suerte providencial de representar á los ojos de su asesino los síntomas de una muerte cierta!

Esa feliz circunstancia le salva por de pronto de una muerte tan horrorosa como verdadera.

Esa casualidad dichosa le devuelve muchas veces la existencia de que una mano alevosa habia querido despojarle.

Veamos un ejemplo.

II.

Sobre una hermosa llanura en el camino real de Bercedo está situado el pueblo de Villaverde Peñahorada perteneciente á la provincia de Búrgos.

En 1860 habitaba en dicho pueblo Anselmo de la Fuente.

Ocupado en su trabajo para ganar el sustento de su familia; el buen hombre vivia muy tranquilo y no abrigaba la menor sospecha de que tuviera entre sus convecinos enemigos mortales.

En esta confianza, hija acaso de su honradez y buena conducta, vivia tranquilo en tanto que Pedro Sagredo, Emeterio Gonzalez y Eugenio Gonzalez habian establecido una especie de espionage incesante que gracias á su astucia y sagacidad no habia advertido Anselmo de la Fuente.

Este, por su parte, por consiguiente ni hizo alteracion en sus costumbres, ni se cuidó de tomar ninguna precaucion porque desconocia el riesgo, ni abrigó el mas leve temor porque ignoraba completamente el plan terrible que aquellos tres hombres fraguaban contra su vida.

Los tres espias, unidos por los vínculos de la amistad, habian estrechado mas sus lazos desde que se confiaron mutuamente el criminal proyecto que meditaban.

Impacientes por llevarlo á cabo, y deseando consumar el delito á la primera ocasion, no cesaron en sus observaciones, hasta que pudieron adquirir por medio de ellas todos los datos que les eran indispensables para asegurar el buen éxito de sus culpables proyectos.

Como resultado de estas observaciones, habian adquirido la seguridad de que Anselmo de la Fuente frecuentaba los dias de fiesta cierta tienda de comestibles que abastecia de vino y aguardiente á los parroquianos que se reunian en ella á falta de un establecimiento mas decente que una taberna. Reuniéronse los tres el dia 1.° de Febrero para tener la última conferencia sobre el asunto y acordar los medios de llevar á cabo su plan de la manera más pronta, segura y menos espuesta.

—Mañana, decia Pedro, es dia de fiesta. Anselmo no faltará al anochecer á la tienda á echar sus acostumbrados tragos, y como se retira cerca de las diez y tiene su casa en un sitio solitario, antes de que llegue á la puerta tenemos tiempo de sobra para quitarle de enmedio.

—Lo mismo, creo yo, repuso Eugenio; la ocasion la pintan calva, y de mañana no pasa sin que la cojamos por los cabellos. Yo estoy deseando despacharle y creo que á vosotros os sucederá otro tanto. Pero se me ocurre que no será bueno dejarle tendido donde caiga, y estoy pensando un medio de evitar el inconveniente de que tengan sospechas.....

—Eso es muy sencillo, dijo interrumpiéndole Emeterio; á mí me parece que se le puede sacar al campo y allí..... ¡Pero calla! ahora me ocurre que mi primo tiene siempre el carro á la puerta de su casa, y podemos colocar el muerto entre las ruedas; de esa manera de todos sospecharán menos de nosotros.

—¿Y cómo le llevamos?

—¡Toma! ¡toma! á la rastra exclamó Emeterio; como si acabara de resolver una cuestion muy importante.

—No es mala idea.

—¿A vosotros os gusta?

—Ya lo creo, dijeron á la par Eugenio y Pedro.

—Pues entonces es cosa convenida. No hay que hablar mas. El sitio de espera ya lo sabemos; detrás de las tapias de la iglesia. Allí nos ocultaremos lo mejor que se pueda y cuando pase Anselmo salimos del escondite á darle las buenas noches.

—¡Buenas van á ser!

—Y tanto que serán buenas, como que no volverá á pasarlas mal.

Esta chanza terrible hizo reir á los tres asesinos que se miraron mutuamente con pérfida satisfaccion.

Al poco rato se separaron, no sin haberse citado para la mañana del dia siguiente.

III.

El dia 2 de Febrero, ó sea el de la Purificacion de Nuestra Señora amaneció triste y oscuro.

Una espesa capa de nieve se estendia por las llanuras de Villaverde como una inmensa sábana cuya límite no encontraba la vista que lo confundia con el horizonte.

Los árboles doblaban sus ramas bajo el peso de la nieve, y los tejados la destilaban derretida en gotas de agua.

Como á pesar de la festividad el mal piso no brindaba al paseo, algunos vecinos se habian reunido por la tarde en la tienda á donde Anselmo acostumbraba concurrir.

Allí se bebia alegremente, se jugaba al tute y á la brisca, y se hablaba con toda la libertad que es propia entre labradores ó habitantes de un pueblo pequeño.

A las siete de la noche Emeterio pasó por aquel sitio

y miró sin objeto, al parecer, al interior de la tienda. Anselmo que jugaba con otros tres compañeros, sentados alrededor de una mesa, no se apercibió ni aun remotamente de aquel suceso.

Emeterio, que no queria inspirar sospecha, no volvió á pasar por allí. Se fué á cenar con sus compañeros, y cuando concluyeron, marcharon á situarse conforme habian convenido, junto á las tapias de la iglesia.

La lluvia habia sustituido á la nieve, que derritiéndose la de los tejados, aumentaba la corriente de las canales. A las nueve de la noche Eugenio distinguió á un hombre que, como una sombra, se deslizaba junto á las paredes de las casas para librarse de la lluvia copiosa que en aquel instante caía. Este hombre era Anselmo de la Fuente.

—Ya es nuestro, dijo Eugenio á sus compañeros; miradle allí en frente, ahora va á volver la esquina de la calle.

—No la volverá, exclamó Emeterio echando á correr navaja en mano.

Pedro y Eugenio le siguieron en la misma actitud. En menos tiempo del que se necesita para contarlo, cayeron los tres asesinos á la vez sobre el infeliz Anselmo. A la primera puñalada cayó al suelo y se revolcó convulsivamente entre el lodo y la nieve tintos con su sangre.

Los bárbaros agresores no se dieron por satisfechos. Repitieron los golpes hasta que cesaron los movimientos del moribundo, y cuando le vieron completamente inmóvil á sus piés, cuando juzgaron que habian extinguido el último aliento de vida en el corazon del desventurado Anselmo, se lo cargaron entre los tres, y lo depositaron de-

bajo del carro del primo de uno de ellos, cuya casa estaba casi fuera del pueblo.

IV.

A los pocos momentos de esta ocurrencia, el cabo 2.° de la Guardia Civil, Felix Robledo, acompañado de otro Guardia, cuyo nombre sentimos no recordar, pasaban por aquel sitio.

A pesar de la oscuridad de la noche, distinguieron un bulto negro debajo del carro á cuyo lado pasaban.

¡Cuál fué su sorpresa al encontrarse con el desgraciado Anselmo, caliente todavía, y bañado en la sangre que brotaban sus heridas!

Robledo aplicó el oido á aquel pecho destrozado, y escúchó aun un latido imperceptible.

Llamó á la casa del vecino mas próximo, y despues de prodigar los primeros auxilios al herido, salió inmediatamente en persecucion de los delincuentes, creyendo con razon, que no podrian estar lejos. Sin embargo, Pedro, Eugenio y Emeterio no se habian detenido, y aunque la noche era cruel y la nieve caia en abundancia, corrieron mucho para libertarse de la accion de la justicia; pero fué tanta la actividad y el acierto del incansable cabo Robledo, que al amanecer del siguiente dia logró capturarlos.

Entregados á la autoridad, fueron después sentenciados á presidio.

Anselmo de la Fuente pudo recobrar la vida gracias á la oportunidad con que le habia recogido el cabo Robledo, sin cuyo auxilio hubiera perecido indudablemente.

Este benemérito cabo entregó los culpables á los tribunales, y fué además para la pobre víctima, una mano providencial que le libró de la muerte.

A su exactitud y al celo mas extremado en el cumplimiento de sus deberes, se debió el éxito satisfactorio de tan importante como humanitario servicio que consignamos gustosos en nuestras Crónicas, como digno de figurar en ellas.

EL CAMINO DEL CRÍMEN.

I.

Hay hombres cuya historia es una série de maldades, una cadena cuyos eslabones representan otros tantos crímenes.

Hay corazones que, dejándose llevar de los instintos mas reprobados, se familiarizan con el vicio, y concluyen con dar abrigo á los pensamientos mas livianos y criminales, viniendo á ser por sus acciones la escoria de la sociedad y el oprobio de los hombres.

Reciente está todavía en la capital de España el recuerdo de un malvado que sublevó en masa la opinion pública, é impresionó profundamente todos los ánimos con la perpetracion del atentado mas inhumano y feroz.

Nos referimos al miserable que, bajo el nombre de Eugenio Lopez Montero, asesinó inhumana y alevosa-

mente, en la calle de la Justa, á la desgraciada doña Carlota Pereira, cuando esta infeliz señora iba acompañada de sus inocentes hijas.

No era el primer crímen que este hombre perverso cometiera; no era la primera vez que sus manos impuras y cobardes se manchaban con la sangre de sus víctimas; no inauguraba entonces la infame profesion de asesino.

Este crímen habia de ser el epílogo de su sangrienta historia.

No vamos nosotros á referir el terrible suceso que aun contrista el ánimo de la opinion pública; no vamos á remover las cenizas del que, juzgado por Dios y por los hombres, ha abandonado la mansion de los vivos; pero su recuerdo nos es imprescindible, y aunque es funesto el personage de que vamos á ocuparnos, uno de sus delitos dieron márgen á importantes servicios, que honran á quienes los prestaron.

Por no oscurecer esos méritos nos vemos precisados á hacer mencion de Lopez Montero. A no ser por esta circunstancia dejaríamos dormir ese nombre en la misma tumba del que lo llevó en vida.

Nosotros seríamos injustos si por borrar su recuerdo borrásemos de nuestras Crónicas una página del que por su celo, su actividad y sus buenos servicios, se hizo acreedor á este galardon.

Empecemos, pues, la historia.

El episodio es corto pero horrible.

II.

En el año 1851 desempeñaba el cargo de alcaide de la cárcel de la Carolina, en la provincia de Jaen, un sujeto llamado Juan Martinez Moreno (1).

Preciso nos es echar una mirada retrospectiva sobre la historia de este hombre, y hacer mencion aunque someramente de los principales hechos que la caracterizaban antes de la fecha á que nos acabamos de referir.

Martinez Moreno era natural de Sierra Morena, de esa tierra que, si no ha producido, dió abrigo al menos á muchas funestas celebridades. En cuanto habia cumplido la edad para entrar en el servicio de las armas, ingresó en el cuerpo de carabineros, de donde fué expulsado y condenado á presidio, en virtud de la sentencia dictada por el consejo de guerra á que se le habia sometido. Cumplió la condena, y estuvo en Madrid desempeñando un insignificante empleo de policía, pero fué desterrado de la capital sin que nosotros podamos decir á nuestros lectores los motivos que impulsaron á la autoridad para tomar aquella determinacion.

Establecióse en la Carolina, y por influencias que tambien desconocemos, consiguió el empleo de alcaide de la cárcel de dicha villa.

Sin embargo, en este nuevo destino, su conducta fué tan censurable, que el juez del partido se vió precisado á decretar su separacion en vista del mal desempeño y

(1) A quien se conoció despues con el nombre y apellido de Eugenio Lopez Montero.

cumplimiento de las obligaciones que le estaban encomendadas.

Martinez Moreno se resintió muchísimo de tan súbita separacion, y juró tomar venganza de los que fuesen causa de ella, que á su modo de ver, no eran otros que el alcalde, el juez y el fiscal de la Carolina.

Su resolucion era irrevocable, y decidió vengarse á toda costa de estos tres funcionarios públicos.

Trató de conciliar un plan; procuró combinar los medios de realizarlo; pero sus deseos eran tan vehementes, su ódio tan profundo, que su razon fué impótente para moderar la impetuosidad de la pasion que le arrastraba á la perpetracion del crímen que al fin no pudo su reflexion anudar bien todos los hilos de la trama.

III.

A las ocho de la mañana del dia 9 de Abril del mismo año de 1851, Juan Martinez Moreno salió de su casa embozado completamente en su capa, y se dirigió á la del alcalde de la Carolina, D. Lorenzo Lara.

Su proyecto era por demas sencillo, pero no por eso era menos horrible. Llegó á la casa, preguntó por el alcalde, y le contestaron que no estaba en ella.

Semejante contratiempo parecia contrariar los deseos de Martinez Moreno; pero resuelto á llevar á cabo su venganza aquel mismo dia, marchó en derechura hácia la del juez, D. Trinidad de las Cuevas, á quien tampoco pudo hallar.

Este segundo desengaño no le hizo desistir de su pro-

pósito. Todavía le quedaba uno que pudiera servir de víctima á su rencor, y este era el fiscal D. Francisco Franco, que en aquel momento estaba aun en la cama.

Al llamar á la puerta de la casa, salió la criada, y advirtió á Moreno que su amo estaba durmiendo, pero aquel manifestó que tenia que hablarle con urgencia, y que le era imposible marcharse sin darle el recado que para él traia.

Este pretexto le abrió la puerta de la casa, y en seguida se dirigió á la alcoba en que dormia D. Francisco Franco, el que despertándose al ruido, y viendo entrar á Moreno precipitadamente y con el semblante descompuesto, se incorporó un poco sobre el lecho, y le dijo estas palabras:

—¿Qué quieres, Moreno?

—Matar á V., respondió éste.

Al mismo tiempo sacó una pistola que llevaba debajo de la capa, y descargó un tiro á quemaropa sobre el desgraciado fiscal, pronunciando al mismo tiempo una espresion que la decencia no nos permite trascribir.

El víctima infeliz no tuvo tiempo para nada, y en un instante las blancas sábanas que le cubrian se tiñeron con su sangre.

Moreno no perdió un minuto, y de un brinco se puso en la escalera y escapó á correr por la calle. La familia del Sr. Franco, al oir la detonacion, entró azorada en la alcoba, y al presenciar la horrible catástrofe, principió á gritar pidiendo socorro.

Como sucede en casos semejantes, la gente se aglomeró á la puerta de la casa, atraida por la curiosidad. Un hombre se abrió paso apresuradamente por entre la

multitud, se enteró en pocos minutos de lo ocurrido, y volvió á salir al instante.

IV.

Este hombre era el benemérito sargento de la GUARDIA CIVIL, D. Cárlos Batalla (1).

Corrió á la casa-cuartel, en la que solo se encontraban tres Guardias francos de servicio.

Dividiéronse los cuatro en dos parejas, y corrieron hácia la sierra, que segun sus presunciones, era el sitio al que el criminal se habia dirigido.

Despues de tres horas de fatiga y de marcha, y cuando principiaban á sospechar que Martinez Moreno burlaria su persecucion le dieron vista aunque á larga distancia.

El delincuente los vió á su vez, y retrocedió en el camino que llevaba, pero á los pocos pasos se encontró de frente con la otra pareja compuesta de los Guardias segundos Francisco Cubo y Evaristo Gonzalez, y se dispuso á la resistencia. En este momento llegaba Batalla acompañado del Guardia Ildefonso Lozano. Moreno se vió rodeado por todas partes y quiso á todo trance buscar la fuga.

Sacó una pistola y apuntó al Guardia Cubo que era el que mas próximo tenia, pero la Providencia no quiso que el tiro saliera y este incidente evitó una nueva víctima.

Semejante contratiempo desesperó al criminal que un

---

(1) Teniente en la actualidad del 8.° tercio.

instante despues se vió acorralado por las cuatro carabinas de los Guardias que le apuntaban.

Entonces desistió de una resistencia inútil y temeraria y se entregó á los Guardias que le condujeron á la Carolina, donde Batalla lo puso á disposicion de la autoridad á las cuatro horas despues de haber cometido su horroroso delito.

Esta importantísima captura debida á la diligencia y actividad del valiente sargento, valió á este las gracias de las autoridades y del señor inspector general del cuerpo, que segun la comunicacion que dirigió á sus jefes *quedaba muy satisfecho de la fuerza del puesto, y la daba las gracias por la importancia de este servicio.*

Palabras auténticas que trascribimos gustosos, para añadir este nuevo galardon á los méritos del actual teniente D. Cárlos Batalla, que reune en su hoja de servicios muchos, muy importantantes y distinguidos.

Para concluir esta narracion, diremos á nuestros lectores que Martinez Moreno fué á cumplir una condena de veinte años al presidio de Ceuta, de donde se escapó para seguir el camino del crímen que lo llevó al patíbulo.

ALMAZAN Y BERLANGA.

I.

Son tantos y tan diversos los actos de abnegacion, de valor y de heroismo que embellecen la historia de la Guardia Civil, que apenas habrá otra institucion que pueda vanagloriarse de tantos hechos dignos de la admiracion y del aplauso de los hombres.

Es verdad que los deberes de este brillante Cuerpo le ponen en el camino de combatir el mal y hacer el bien; pero tambien no es menos cierto que la mayor parte de los individuos que le componen, se exceden muchas veces én el cumplimiento de sus deberes.

Ejemplos tenemos en estas Crónicas que justifican nuestras aseveraciones.

No hablemos de perseguir al criminal; de salvar la vida de una persona, con riesgo de perder la suya; tampoco de librar la fortuna de una familia de la destruccion

ó de una pérdida segura; mirad un pobre que se acerca desfallecido á las puertas de la autoridad de un municipio, del rector de una parroquia, de los principales hacendados del pueblo, y vedle mas triste y cabizbajo volverse á una miserable choza á llorar con una hija enferma, el abandono á que les recluyen las gentes, y el espantoso fin á que les condenan.

¡Van á perecer de hambre!.....

No: aun existe en el mundo quien los salve de las garras de la muerte.

Este ser piadoso y caritativo es un Guardia civil.

Semejantes acciones no tienen un artículo en su reglamento: porque nadie puede obligar al individuo á que parta su pan con otro, como aquel no quiera hacerlo voluntariamente.

La propiedad es uno de los principios que constituyen la base de las sociedades modernas, y nadie seria capaz de vulnerarlo, menoscabando los derechos que de él emanan.

Ya lo veis.

En las filas de la Guardia Civil se encuentran tambien individuos á los que la Caridad llamaria, y con justísima razon, sus héroes.

Esta institucion, como todas las humanas, tendrá sus defectos; pero es muy probable que los vaya remediando la experiencia.

Vamos, pues, á ocuparnos del hecho que ha dado márgen á estas reflexiones, y nuestros lectores dirán si están ó no justificadas, mayormente cuando se trata de un asunto parecido á otros que hemos encomiado como rasgos de abnegacion y de caridad dignos de imitarse.

II.

Corria el año de 1852.

Celebrábase una feria en Almazan, pueblo de la provincia de Sória, á la que concurrian gran número de comerciantes y de mercaderes de todas partes.

Siendo la afluencia de las gentes tan considerable, el jefe de la Guardia Civil de la línea, que era entonces el capitan D. Frutos Reyes, que estaba destacado en Berlanga, marchó con unos cuantos Guardias á la villa de Almazan, con el objeto no solo de velar por el órden público, sino tambien para evitar toda clase de delitos.

Su presencia en el pueblo inspiró desde luego la mas completa confianza á compradores y comerciantos, lo mismo que se la inspira al viajero la pareja de los Guardias que encuentra recorriendo su trayecto de camino, ante cuya presencia exclama:

—«Ya puedo viajar tranquilo.»

Pero no siempre esto suele ser una verdad desgraciadamente.

Hay hombres tan atrevidos y criminales que, bastante sagaces para burlar la vigilancia de los Guardias, y consumar sus designios criminales, creen tambien que despues de perpetrar el delito, podrán escapar de su persecucion.

Esto sucedia entonces.

Mientras que el capitan Reyes y sus Guardias paseaban por las concurridas calles de Almazan, seis bandidos tomaban posiciones en los montes de Oca, dispuestos á robar á todos cuantos por aquellos sitios transitaran.

Armados perfectamente, y en número de seis, se creian con fuerzas para sostener un combate con la pareja de la GUARDIA CIVIL que acudiese en socorro de sus víctimas.

Su plan estaba perfectamente meditado, y se prometian felices y prósperas consecuencias.

Acaso un accidente casual vino á aumentar esas esperanzas, mientras que infundia cierto desaliento en los que tenian que exponer sus intereses á un camino que acaso no creian muy seguro, segun sus presentimientos.

III.

Tranquilo estaba el capitan Reyes meditando la manera mejor de distribuir sus Guardias para asegurar los caminos mientras que durara la marcha de los feriantes á sus respectivos pueblos.

Mas un accidente imprevisto le hizo variar instantáneamente de plan, para acudir á punto de mayor peligro.

Recibió un parte de Berlanga en el que se le decia que estaban ardiendo varias casas, contándose entre ellas la misma casa-cuartel de la GUARDIA CIVIL.

Inmediatamente reunió sus Guardias y montando á caballo, partió del pueblo de Almazan al lugar del siniestro.

Apenas llegó á las tapias de Berlanga, sin dar un momento de descanso á sus subordinados, se dirigió apresuradamente, no á la casa-cuartel, sino á las de los particulares que en aquellos momentos devoraban las llamas.

La consternacion y la mas profunda ansiedad estaban retratadas en todos los semblantes.

No bien estuvo el intrépido capitan Reyes frente del incendio, tendió una mirada sobre el espacio que dominaba el destructor elemento, y reflexionando un instante distribuyó sus Guardias y empezó su obra de salvacion.

A los pocos instantes de haber empezado los trabajos logró aislar completamente el fuego, y poco tiempo despues consigue dominarle y aun extinguirlo.

Su actividad y su arrojo vencen cuantas dificultades se oponen á sus deseos, y despues y aun durante el incendio, cuida de las personas y de los bienes de los infelices á quienes tal vez dejaba en la miseria aquel siniestro terrible.

Mientras que los habitantes de Berlanga contemplaban con asombro salir á los Guardias de entre los escombros llenos de cenizas y chamuscados sus uniformes, el capitan Reyes los reunia, les dirigia algunas frases cariñosas, y les daba órdenes para correr á salvar de las llamas su propia morada.

Parten apresuradamente entre los gritos de admiracion y de entusiasmo de las gentes que se habian reunido en el sitio de la fatal ocurrencia, y á pesar de las fatigas y del cansancio de la marcha y del trabajo, empiezan de sus nuevo trabajos.

El fuego tomaba entonces un espantoso incremento. Los Guardias no retroceden ante el peligro y se lanzan en distintas direcciones para luchar con el voraz elemento, pero una voz los detiene y los hace retroceder.

Era la de su jefe que los llamaba.

¿Qué sucede?

¿Teme por ventura el bravo capitan comprometer su existencia y la de sus valientes Guardias?

No; y ya sabreis el motivo.

IV.

Cuando el capitan Reyes, dadas sus órdenes se preparaba tambien á tomar parte en los trabajos para apagar el fuego de la casa-cuartel, un hombre, atravesando por entre la multitud, llega hasta él y le entrega un oficio.

Rompe el sobre y lee el contenido á la luz de las llamas. Era un parte en el que se le daba cuenta de la conspiracion fraguada por los seis ladrones en los montes de Oca, dispuestos á robar á todos cuantos feriantes transitaran por aquel sitio.

Entonces fué cuando dió la voz de alto.

El bizarro capitan quedó pensativo por unos momentos.

¿Qué hacer en trance tan terrible?

Si marchaba á los montes en persecucion de los bandidos, la casa-cuartel, presa entonces de las voraces llamas, á su regreso la veria convertida en un monton de escombros.

Si por el contrario, trataba de apagar primero el fuego, acaso llegaria tarde y los foragidos habrian consumado algun crímen.

En esta disyuntiva se decidió por el socorro de las personas.

Consideró que entre dos pérdidas, la menor era la de

la casa-cuartel, mientras que los ladrones podrian no solo robar á los viajeros sino tambien asesinarles.

Reunidos pues los Guardias á su voz les manda que se armen, y estos ejecutan sus órdenes con la mayor presteza.

Ni el uno, ni los otros, se quejan del viaje que tienen que emprender, despues de las rudas tareas que acababan de desempeñar.

Monta el capitan Reyes á caballo y marcha á la cabeza de los Guardias á la vista de la absorta muchedumbre, que no acierta á esplicarse aquel repentino cambio, y mayormente en unos momentos tan críticos.

Fuera ya de las tapias de Berlanga el capitan comunica á los Guardias el hecho y dá á todos y á cada uno de ellos sus instrucciones.

La noche era bastante oscura, por cuya razon la marcha se hacia mas dificil y penosa.

La empresa además ofrecia grandes dificultades, porque de no hallar á los ladrones y sorprenderles, aquellos esfuerzos eran perdidos, y no se conseguia el objeto de asegurar los bienes, la libertad y hasta la vida de los feriantes; muchos de los que tal vez en aquellos momentos muy ajenos al peligro salian de la villa de Almazan en en direccion á sus casas.

Continuando su precipitada marcha empezaron á internarse en el monte.

Volvió de nuevo el capitan á recordarles las órdenes que les habia dado y las prevenciones que les hizo al salir de Berlanga, y colocándolos en ala empezó la batida.

Dejemos avanzar á estos verdaderos héroes, en los que no habian podido hacer mella el cansancio y la fa-



tiga para ver qué escenas tenian lugar en los matorrales próximos al camino.

V.

Conocedores los bandidos del terreno que eligieran para llevar á cabo sus fechorías, aguardaban por minutos al paso de las gentes que regresaban á sus casas de la feria de Almazan.

Y tanto más confiaban en el buen resultado de su empresa, cuanto que desde aquel punto se divisaban claramente las llamas del incendio, y creian, y no sin razon, que la Guardia Civil estaria ocupada en apagarlo.

Pero esta vez se equivocaban.

—Mira, dijo uno de los ladrones al compañero que tenia al lado; por esta vez no hay que temer á los Guardias. En Berlanga arden algunas casas y aun me atreveria á decir que una de ellas es la casa-cuartel.

—Ciertamente, contestó el interpelado; yo creo lo mismo que tú.

—Si nos faltaba luz para nuestra obra ya la tenemos, repuso otro.

—¡Oh! exclamó uno de ellos, mientras que nos alumbre ese candil, no hay cuidado que nos sorprendan.

Y siguieron conversando en voz baja.

En esto los Guardias se encontraban á unos cien pasos de los bandidos.

Al pasar una pareja de aquellos por entre un matorral tuvieron que romper unas ramas de los arbustos que le impedian el paso.

Este rumor llegó á oido de los ladrones.

—¿Ois? dijo uno de ellos.

—Sí, replicó otro, me parece haber percibido un rumor de pisadas por esa parte, y señaló á su derecha.

—Ojo alerta, no sea que la Guardia......

—¡Bah! ¡bah! exclamó el que parecia hacer de jefe, á esa no hay que temer hoy: ¿no veis allí la candileja encendida? y tendió su mano apuntando con el índice á las llamas que salian de Berlanga.

—Sin embargo, repuso otro, bueno es estar prevenidos, coged las armas.

—Sí, sí, dijo aquel; tomad las armas y asomaos dos por ese matorral que da al camino, no sea que se nos escapen esos pícaros de tenderos y otros pajarracos de cuenta.

Obedecieron los bandidos y los dos indicados bajaron al matorral y se pusieron en observacion.

Los Guardias que cada vez se acercaban mas á los ladrones oyeron aunque confusamente esta conversacion.

Uno de ellos, el que caminaba delante de todos hasta percibió y pudo recoger alguna palabra, que le hacia sospechar que aquellos eran los ladrones.

—Mi capitan, dijo, los bandidos están indudablemente tras de ese espeso matorral.

—Así lo creo, contestó aquel; y es preciso marchar lentamente, sin meter el menor ruido, hasta llegar cerca de ellos y cercarlos si es posible, para que no se escapen.

Y continuaron la marcha.

No habian pasado cinco minutos de esto, cuando de nuevo llegó á oidos de los Guardias otro rumor, como si fuera causado por los pasos de varias personas. Y con efecto, no se engañaban; porque los ladrones al oir á su

vez el ruido que hacian los Guardias, se habian levantado del suelo y preparado á la defensa.

A diez pasos ya unos de otros, el capitan Reyes da el «¡*Quién vive!*»

Los bandidos amartillan entonces sus trabucos.

Repite nuevamente el capitan, «¡quién vive!» y una descarga es la contestacion que le dan los foragidos.

Afortunadamente deja ilesos á los Guardias.

—¡A ellos!—gritó entonces el incansable oficial, á tiempo que su caballo caia herido.

Semejante contratiempo le llena de cólera, y sin cesar de gritar—«¡á ellos!» hace desesperados esfuerzos para levantarse, consiguiéndolo al fin, cuando los ladrones huian por el monte, dispersos y llenos de pavor.

En aquellos momentos los Guardias rendidos de tantas fatigas, no pudieron continuar en su persecucion, pero el capitan Reyes logró su objeto librando á los feriantes de la pérdida de sus intereses y aun de la misma vida.

Tan brillantes servicios y en tan corto espacio de tiempo prestados, prueban no solo el valor y la inteligencia del bizarro Capitan D. Frutos Reyes, y el arrojo de los Guardias, sino tambien la incansable constancia y abnegacion con que se entregaron á la salvacion de los intereses agenos á costa de su propias vidas.

Nosotros nos abstenemos de tributar los muchos y merecidos elogios á que sus autores se hicieron dignos; pero dejamos que el público se los tribute desde el fondo de su alma, porque ante servicios como el que acabamos de narrar, nunca se aprecia ni se elogia todo lo que merece la benemérita Guardia Civil.



¡---A ellos! ---gritó el incansable oficial, á tiempo que su caballo caia herido.

LA INGRATITUD.

I.

La ingratitud es el vicio mas despreciable que puede abrigar el corazon del hombre.

El que recibiendo inmensos beneficios, el que teniendo asegurada su subsistencia en la mesa de su protector, el que contando con el auxilio poderoso de este, se olvida despues de todos esos favores y fragua contra la vida de quien se los ha dispensado una conspiracion infame, es un hombre miserable, inicuo y criminal.

No se concibe nada mas repugnante que la ingratitud.

No se encuentran palabras capaces de calificar ciertos actos.

La ingratitud escondida entre las fibras mas secretas del corazon, se reviste en el esterior de una mascara hi-

pócrita, hasta que llega el momento de manifestarse á los ojos del mundo en toda su deformidad.

Vean aquí nuestros lectores una prueba de esta verdad.

II.

En 1851 servia en la Carolina en casa de D. Antonio Polo un criado que se llamaba Roque.

Este sirviente recibia pruebas constantes y distinguidas de cariño y de consideracion de sus amos, y no pasaba dia sin que le dispensaran un nuevo favor ó una nueva muestra del interés que demostraban por él.

Roque recibia todos estos favores con aparente agradecimiento, y fingia empeño en cumplir con celo todas las cosas que le estaban encomendadas en la casa de sus amos.

Bien pronto dejó el sirviente de aparentar lo que no sentia y empezó á admitir hasta con desagrado los obsequios que sin cesar le hacia D. Antonio Polo.

Sin embargo, Roque abrigaba secretos proyectos, y antes de reñir con su amo procuró apoderarse de los datos y antecedentes necesarios para sus planes en lo sucesivo.

Así es, que valido de la confianza que depositaban en en él, pudo sorprender el sitio donde se guardaba el dinero y las alhajas de la casa.

Hecho este descubrimiento, sacó modelos de algunas cerraduras, estudió detenidamente las que por su disposicion no se prestaban á este género de diseños, tuvo presente el carácter y las costumbres de sus amos, y por últi-

mo no se escapó á su perspicacia ninguna circunstancia que no tomase en cuenta para el logro y buen éxito de sus ulteriores propósitos.

Entretanto habia trabado amistad bastante estrecha con tres sujetos de mala vida, de sospechosos antecedentes y de dudosa conducta.

Roque que consideraba á sus compañeros necesarios y aun dignos de compartir con él la empresa que se habia propuesto, no dudó ya en confiársela y ofrecerles la correspondiente participacion en ella.

Formado ya este plan, que en realidad no era otra cosa que una amenaza de muerte contra D. Antonio Polo, deliberaron los cuatro si seria conveniente ó no que Roque se despidiera de la casa, ó bien que permaneciese en ella para llevar á cabo el plan que se habian propuesto. Roque decidió la cuestion, como jefe que era de la cuadrilla, y determinando despedirse de la casa en que servia, lo puso por obra sin pérdida de tiempo.

III.

La trama se reducia á asaltar una noche la casa de D. Antonio Polo; asesinar á éste y apoderarse después de todos sus intereses.

Una vez fuera de la casa en que servia, Roque se proveyó de todos los instrumentos que necesitaba, como ganzúas, cordeles, llaves de diferentes tamaños, pistolas y cuchillos para armarse, tanto él como sus compañeros.

Provistos de todo, se reunieron la noche del 3 de Agosto para tener la última conferencia sobre el asunto.

A pesar de sus precauciones y de su sigilo, á pesar de

las medidas que habian adoptado para que su proyecto fuese un misterio, el sargento de la Guardia Civil Cárlos Batalla, comandante del puesto de la Carolina, gracias á su esquisito celo, á su incansable actividad y á su especial discrecion, habia sorprendido el secreto.

La reunion tenia lugar en las afueras de la Carolina y al pié de las vertientes de Sierra Morena, y esto no lo ignoraba el sargento Batalla, el que procediendo con una discrecion que le honra, y con una prudencia de la cual ha dado señaladas pruebas en sus buenos servicios, tuvo la habilidad de esconderse á pocos pasos del sitio donde los criminales se reunian en cita.

Agazapado cómo pudo, escuchó toda la conversacion que mediaba entre los cuatro.

—Estoy seguro, decia uno, que tocamos á mas de mil duritos por barba.

—¿De veras? replicaba otro.

—Figúrate si yo lo sabré, habiendo tenido tanto tiempo para echar mis cuentas.

—¡Buen golpe va á ser, camarada!

—Tal creo; pero para hacerlo bien, es preciso que le demos antes donde no cojee á mi antiguo amo.

—Tienes razon, amigo Roque: los muertos no cantan.

—Fuera estorbos, añadió otro de los que componian el grupo.

—Si quereis, yo me encargo de quitar de enmedio á D. Antonio; entre tanto, vosotros haceis el negocio.

—Corriente: pues á la una es la hora convenida. Nos reuniremos aquí mismo, y marchamos en derechura allá. Ahora vamos á remojar los paladares

El sargento Batalla escuchó atentamente los pasos de

los que se alejaban, muy agenos de sospechar que sus palabras habian sido sorprendidas.

IV.

Al siguiente dia por la mañana fué el sargento á verse con D. Antonio Polo, á quien enteró de lo que se fraguaba contra su vida y hacienda, y cuyo plan debia ponerse en ejecucion aquella misma noche.

D. Antonio Polo preguntó al benemérito sargento cuál era la determinacion que debia adoptarse en aquel caso, y si se deberia dar parte á la autoridad ó al juez de primera instancia.

Batalla, como hombre experimentado, aconsejó al señor Polo que suspendiese todo género de procedimientos porque podrian ser conocidos por los culpables, y era entonces posible que se fugasen; así fué que él solo tomó la direccion que debia darse al negocio, y como perito en trances de este género, aseguró al Sr. Polo que nada temiese porque aquella misma noche los cuatro criminales quedarian en su poder.

Con estas seguridades se despidió el sargento de don Antonio, advirtiéndole que volveria á ir á su casa á las ocho de la noche acompañado de algunos individuos de su mando.

En efecto, poco antes de la hora convenida, y tomando las mayores precauciones para no ser vistos, se presentó acompañado de los Guardias Ignacio Perez, Gabriel Vianete, Vicente Perez é Ildefonso Lozano, cuya fuerza distribuyó Batalla dentro de la misma casa, colocándose él junto á la puerta de entrada.

Mientras esto pasaba, Roque y sus compañeros se habian reunido en el mismo sitio que el dia anterior, y despues de pasarles una especie de revista para ver si estaban corrientes de pistolas, cuchillos, cuerdas y demas pertrechos, se fueron á rondar por las cercanías de la casa de D. Antonio Polo, aunque cada cual por diferente sitio, para no inspirar sospechas.

A las doce y media de la noche se oyó en la calle un silbido fuerte y penetrante, que era la señal convenida para dar el asalto y reunirse los cuatro criminales.

Las puertas de la casa, que se habian dejado de asegurar intencionadamente por el sargento Batalla, no se resistieron á las ganzúas de Roque, así es que en un momento franqueó las dos porque tenia que pasar, y un instante despues los cuatro bandidos, puñal en mano, penetraban en las habitaciones.

En el momento de arrojarse sobre el Sr. Polo para asesinarle, Batalla y sus compañeros, apuntándolos con las carabinas, los intimaron su rendicion.

Los cuatro bandidos, mudos de asombro, miraron á todas partes buscando un punto por donde poder escapar, pero se hallaron completamente cercados por los valientes Guardias, y aunque por un momento quisieron resistirse, Batalla los advirtió que el menor movimiento les costaria la vida.

Se entregaron, pues, y se les ató fuertemente para conducirlos á la cárcel.

D. Antonio Polo pudo entonces contemplar detenidamente las fisonomías de sus asesinos.

¡Cuál no fué su sorpresa al ver entre ellos á su antiguo servidor, á quien habia dispensado tantos favores!

Miró con indignacion á aquel ingrato, que queria pagarle la cariñosa proteccion que con él tuvo, arrancándole la vida.

Los cuatro presos fueron conducidos á la cárcel, y mas tarde á un presidio.

A poco de la ocurrencia, D. Antonio Polo, agradecido al sargento Batalla, á quien debia la vida, quiso recompensar el inapreciable servicio que le habia prestado, pero el benemérito sargento le respondió:

—«*Caballero: la* GUARDIA CIVIL *no necesita de ninguna recompensa, pues su única gloria está cifrada en el exacto cumplimiento de sus deberes, y la divisa amarilla que distingue al cuerpo no será manchada por sus individuos mientras en ellos no se abriguen otras ideas que las de honor, fidelidad, subordinacion y cortesia* »

Copiamos estas palabras del *Guia del Guardia civil* del 20 del mismo mes de Agosto, y las reproducimos con el mayor gusto; pues honran tanto al sargento Batalla, que por este buen servicio recibió las gracias del gobernador civil de la provincia y del Excmo. Sr. Director general del Cuerpo, como á la institucion que cuenta en su seno tales individuos.

LA BODEGA.

I.

Si siempre son dignos de consignarse los actos de valor y de arrojo de que tantas pruebas estan dando los individuos de la Guardia Civil, no lo son menos los que hijos de un sentimiento de humanidad salvan de una muerte inminente al que en medio de un gravísimo peligro desespera ya de su salvacion.

Cuando á la caridad y al amor al prójimo se une la abnegacion y el valor, y cuando no puede ejercerse el acto humanitario sin una intrepidez casi temeraria, entonces hay un verdadero mérito que encomiar.

Seria una falta imperdonable que nosotros, cronistas imparciales de los brillantes servicios de la Guardia Civil, dejásemos de consignar lo que tanto realce y presti-

gio da, no solamente á uno de los individuos sino á toda la Institucion.

Muy pocas líneas necesitaremos para narrar un servicio que valió un premio distinguido al que lo prestó; pero aunque corta nuestra breve relacion, será una nueva y justa recompensa para el agraciado Guardia que por mas de un concepto se hizo acreedor á ella.

II.

El hecho de que pasamos á ocuparnos es reciente, ha tenido lugar en el presente año en la ciudad de Baza, y está por lo tanto grabado en la memoria de todos los que tuvieran ocasion de presenciarlo. Hay recuerdos que nunca mueren en el alma del que los lleva.

Sabido es que en las bodegas se produce cierta atmósfera en determinados períodos de la fermentacion del vino, tan peligrosa y tan cargada de gases que hace imposible la respiracion y es por consiguiente mortífera.

Los que ignoran este peligro, ó los que sin ignorarlo no saben apreciar toda su magnitud, se ven espuestos á gravísimos conflictos y muchas veces pagan con la vida su imprudente temeridad.

Estas asfixias doblemente terribles, porque son casi siempre instantáneas, no dan tiempo á socorro de ningun género, y de darlo, el peligro es tan grande para el que quiere salvar á la víctima, como para la víctima misma.

Por esta razon la salvacion es tan difícil; ademas de ser muy espuesto el socorro, rara vez se consigue arrancar á la muerte al que de repente se ve sorprendido por ella, en medio de la oscuridad de una bodega subterránea.

A principios de Enero del presente año de 1865 tres vecinos de Baza, deseosos de conocer el estado del vino, que tenian en fermentacion, bajaron á una de las bodegas de dicho punto. A pesar de las reflexiones que la familia les hizo presintiendo sin duda el peligro; á pesar de tal vez presentirlo ellos mismos, despreciaron temerariamente el riesgo y desoyeron los oportunos consejos de la prudencia y los no menos atendibles de la práctica.

Pronto sin embargo sintieron los efectos de su atrevimiento insensato; al poco rato de ocuparse en las operaciones de destapar tinajas y de probar el mosto, sintieron un desvanecimiento profundo que los sumergió en un mudo letargo precursor de la muerte.

La familia bajó al poco rato y llamó á la puerta de la bodega, pero nadie respondió.

Atribulada, temblando y segura de la catástrofe salió apresuradamente á la calle pidiendo auxilio. Bajaron á la bodega algunos hombres, pero cuando vieron que las luces que acercaban á las rendijas de la puerta se apagaban no se atrevieron á entrar.

El peligro era verdaderamente grande.

Donde no puede verificarse la combustion, la vida no puede tampoco sostenerse, y era evidente que aquella atmósfera apagaba la existencia, como la luz de una cerilla.

La angustia de la familia crecia al ver estas dificultades, que eran otras tantas dilaciones fatales para los infelices que estaban dentro.

Nadie se atrevia á penetrar en aquella morada de la muerte; nadie queria arrostrarla porque todos comprendian la inmensidad del riesgo, á que se esponian. Entretanto se pasaba un tiempo precioso, el terror crecia en

los corazones, y ninguna resolucion se tomaba para salvar, si es que aun era tiempo á los que yacian mudos é inmóviles en la bodega. En tan críticos momentos, un hombre valeroso mandó abrir la puerta que daba paso á la escalerilla que conducia á la bodega. ¿Quién era este hombre que así desafiaba á la muerte? ¿Cómo se llamaba el que tan valerosamente la despreciaba?

Era el cabo 1.° de la Guardia Civil Juan Calvo Rojas, comandante á la sazon del puesto de Baza.

III.

En cuanto tuvo conocimiento de la ocurrencia el valiente cabo corrió á prestar su socorro al sitio de la desgracia. Cuando llegó á la casa se le hizo presente el peligro que corria si penetraba en la bodega; pero el decidido Guardia nada escuchó, y penetró en ella con su compañero el Guardia 2.° Alejo Parrilla García que le siguió denodadamente.

Muchas personas agrupadas al pié de la escalera esperaban impacientes el éxito de aquel acto de arrojo, de verdadera abnegacion y de humanidad. ¡Leccion severa de valor para los pusilánimes que la presenciaban aturdidos! A los pocos momentos el Guardia Parrilla sacaba un hombre sobre sus hombros y el cabo Calvo le seguia con el otro. Sin esperarse un instante á escuchar las espresiones de júbilo, de admiracion y de gratitud que les prodigaban sus espectadores, volvieron á internarse en la bodega con el fin de extraer al tercero y último de aquellos desgraciados.

Cuando fueron depositados en brazos de su familia

que ya los juzgaban muertos, cuando los oyeron respirar y vieron que iban lentamente recobrando el sentido y la vida, es imposible describir los trasportes de alegría, de reconocimiento y de cariño de que fueron objeto los dos valientes Guardias.

Su accion generosa, su comportamiento heróico merecia un premio, y fueron agraciados con la cruz sencilla de M. I. L.

El pueblo de Baza manifestó tambien su gratitud á los dos Guardias que habian salvado de una muerte tan segura, como cercana, á tres de sus vecinos.

LA LUCHA.

I.

Los grandes acontecimientos que tuvieron lugar en muchas naciones de Europa en el año de 1848, dejaron profundamente conmovido el ánimo de los pueblos.

Las nuevas ideas bastante robustecidas ya, se colocaron frente á frente de las antiguas; y en una sangrienta lucha, si no alcanzaron el triunfo por completo, obtuvieron al menos una grande influencia en los destinos de las naciones.

Sin embargo, los hombres de las ideas vencidas no podian declararse reducidos á la nulidad, sin hacer antes un esfuerzo supremo.

Tambien en nuestra España hubo conmociones, y tambien tanto los partidarios de unas como los de las otras, intentaron su predominio.

Esta fué la causa de que en algunas provincias de nuestro país se levantasen facciones proclamando la misma causa que perdieran en los campos de Vergara.

Ya hemos tenido ocasion de describir en una de nuestras CRÓNICAS uno de sus mas desesperados esfuerzos, y que acaso fuera el último; pero el hecho que vamos á narrar, aunque de la misma índole, como anterior á aquel, se ofrece á nuestra consideracion como uno de esos movimientos convulsivos que anuncian la agonía del enfermo.

Sentados estos preliminares, vamos, pues, á ocuparnos del importante servicio que con ese motivo prestó á la nacion la GUARDIA CIVIL.

II.

Ya hemos dicho que el año de 1848 concluyó dejando una profunda agitacion en el corazon de los pueblos.

Aunque parecia reinar la tranquilidad en todas partes, esta sin embargo, era aparente, y la menor chispa hubiera podido encender el mas voraz incendio.

Bajo tales auspicios empezó el año de 1849.

Cuando los pueblos de la provincia de Alicante dormitaban en esa especie de letargo, el grito dado por un faccioso, vino á despertarles, y á causar en ellos una viva y continua agitacion.

El cabecilla Orta al frente de unos 30 hombres, empezó á recorrer los campos de la provincia.

Como si estuviera en los tiempos de la malhadada guerra de los siete años, entraba en los caseríos y los saqueaba á la menor resistencia; se presentaba en los pue-

blos y exijia á los ayuntamientos cuanto le era necesario para su partida.

En el instante que el gobierno tuvo noticia de este hecho, declaró la provincia en estado de sitio, y el Comandante general y el de la Guardia Civil salieron en su persecucion.

Tambien se organizó una pequeña columna de trece Guardias Civiles al mando del sargento 1.°, graduado de subteniente, D. Inocencio Ramos.

Conocedor del terreno el cabecilla Orta, y amaestrado en la lucha de guerrillas, burlaba perfectamente los planes de las columnas que le perseguian, y amenazaba en un lugar para dar el golpe al dia siguiente en otro punto distinto y á muchas leguas de distancia.

Estas estratagemas tenian desconcertados á los jefes que iban en su persecucion.

Los pueblos, en vista de los resultados de la campaña, estaban intranquilos, viendo entrar al cabecilla y su partida por las puertas de sus casas.

Pero semejante estado de cosas no podia durar mucho tiempo, y el dia de un combate decisivo estaba muy próximo.

Veamos cómo desapareció aquella partida en pocos instantes.

III.

Amaneció el 12 de Mayo de 1849.

El activo subteniente D. Inocencio Ramos tuvo noticias de que la faccion estaba próxima al punto donde él habia pernoctado, y poniéndose á la cabeza de sus 13 Guardias,

marchó á la sierra de la Pila, que era donde aquel se guarecia en aquellos instantes.

Este monte, por su situacion especial y por los muchos matorrales y pinos que crecen en todas direcciones, servia al cabecilla Orta de un gran baluarte de defensa, que era imposible ganar en una sola accion á no mediar una sorpresa.

Demasiado lo comprendió asi el subteniente Ramos, y adoptó las disposiciones mas oportunas para lograr su objeto.

Largo tiempo anduvo la partida de matorral en matorral, y de vericueto en vericueto, sin que notase la menor huella, y sin que descubrieran el mas insignificante indicio.

Ya por fin, se oye un grito, y Ramos comprende que era la voz de alerta que daba algun centinela de la faccion.

¡Y no se engañó!

Orta con su partida descansaba en aquellos momentos; pero el vigía que habia divisado los Guardias, daba la voz de «á las armas.»

Una y otra fuerza se prepararon entonces al combate, y á un combate al parecer sangriento, por la proximidad de los combatientes.

Empezó la accion, y Guardias y facciosos estuvieron haciendo fuego sin resultados decisivos.

Lo quebrado del terreno imposibilitaba toda clase de maniobras, y era preciso marchar de matorral en matorral para estrechar á los facciosos, y para eso no contaba con suficientes fuerzas el subteniente Ramos.

Semejante indecision le desesperaba, pero muy luego

iba á decidirse la accion, debida á una lucha especial y sangrienta.

VI.

Cuando estaban en lo mas reñido de la accion sale de entre unas matas el cabecilla Orta, y se encuentra frente á frente con el Guardia Cristóbal Romero Marco (1).

Al verlo este, se echa á la cara su fusil y le descarga un tiro, cuya bala pasó silbando por cima de la cabeza de aquel.

Orta retrocedió, y marchaba como en retirada, pero Romero le seguia en actitud de trabar con él un combate decisivo.

Viendo el cabecilla que no habia otro remedio, apuntó con su carabina al Guardia, que siguió avanzando.

Entonces Orta le descarga un tiro y tampoco le hiere, y comprendiendo que el Guardia Romero podia acometerle con ventaja si calaba la bayoneta, se arroja precipitadamente sobre él, levantando su carabina en actitud de darle un golpe.

Crúzase entonces con el fusil del Guardia, y ambas armas ruedan por el campo.

Sin armas uno y otro se traban en un terrible pujilato, hasta que al fin se agarran á brazo partido y empieza otra lucha mucho mas angustiosa.

---

(1) Hoy es sargento 2.° comandante del puesto de Santomera, en la provincia de Murcia.

Durante algun tiempo permanecen en ese estado, haciendo uno y otro desesperados esfuerzos para vencer.

El Guardia Romero arranca de un bocado dos dedos al cabecilla Orta, y acaso este hecho decide la lucha.

Un instante despues se separa de su adversario, y arrojándole una enorme piedra, consigue herirle de muerte en la cabeza, y arrojarle por último, en un despeñadero donde quedó completamente destrozado.

Así terminó aquella lucha.

En el instante, y á pesar de la fatiga, corrió Romero á dar parte del suceso al subteniente Ramos, que seguia combatiendo á la faccion; la que al verse sin jefe, huyó á la desbandada, buscando cada cual su salvacion en la fuga.

Terminó la accion, y con ella quedó derrotada la partida facciosa, para no volver á reunirse, quedando asegurada la tranquilidad de la provincia.

Cuando esta noticia llegó á conocimiento de las autoridades por el parte del subteniente Ramos, el valiente Cristóbal Romero fue ascendido á Guardia de primera clase, por aquel hecho de armas, y condecorado después con la cruz pensionada de M. I. L.

El subteniente Ramos y los demas Guardias recibieron tambien las gracias de las autoridades por su denuedo y arrojo.

Este hecho no necesita que nosotros le encomiemos á los ojos de nuestros lectores, se recomienda por sí solo y su lectura arrancará desde luego un aplauso para el héroe de la jornada y para sus compañeros, que en tan escaso número acometieron tan heróica empresa.

LOS MONTES DE OTZAURTE.

I.

Hay comarcas ó provincias en las cuales parece que las tendencias criminales han adquirido cierta naturalizacion por la frecuencia con que se repiten los delitos, y hay otras mas afortunadas, que aparecen en la estadística sin tener apenas un hecho punible. A estas últimas pertenecen las Provincias Vascongadas. Allí el delito es tan raro, que cuando alguno se comete, produce una profunda impresion en los pueblos, que miran con horror semejantes acciones, á las cuales no se prestan sus sanas y buenas costumbres.

Ultimamente, sin embargo, con motivo de las obras del ferro-carril, la aglomeracion de gentes entre las que se contaban sujetos de antecedentes sospechosos ha producido disgustos, desconocidos hasta entonces, por los pacíficos vascongados.

En estas mismas obras, hay una especie de puestos ó cantinas donde acuden los trabajadores en sus horas de descanso y dias de fiesta y que sirven tambien de posada para los de su misma clase que encuentran allí un hospedage próximo al punto donde trabajan.

Con motivo de la concurrencia estas cantinas han ido ascendiendo en categoría, hasta tener cuadras de que carecian antes. Esta circunstancia insignificante al parecer, y que lo es en realidad, fué causa de que se cometiese un delito en la provincia de Guipúzcoa, que consternó á todos los vecinos de la villa de Cegama, y que hubiese quedado impune, si la actividad de los individuos de la Guardia Civil de aquel puesto no hubiese dado una nueva prueba de su celo y de la exactitud que los distinguen en el cumplimiento de sus obligaciones.

II.

Oscurecia el dia 23 de Enero de 1864.

La luna principiaba á iluminar tibiamente los montes de Otzaurte, por cuyas espesuras se deslizaba un hombre con un costal al hombro, como si llevase una manta. Despues de andar largo rato mirando á un lado y otro y especialmente al suelo, como si buscase algun objeto perdido, se detuvo en uno de los sitios mas sombrios, y principió á llenar el costal de hoja seca.

Este hombre se llamaba Alejandro Manuel Salaverri, que á pesar de saber que aquel terreno era de la propiedad particular de D. Bartolomé Arza, y que por consiguiente nadie estaba autorizado para aprovecharse de sus producciones, iba con la intencion de burlar la vigi-

lancia del guarda, como otras veces lo habia hecho, cogiendo hoja seca, que le servia despues para surtir á las caballerias que eran conducidas á su cantina, inmediata á las obras del ferro-carril.

El guarda, sospechaba hacia tiempo que alguno entraba á deshora en el monte á proveerse furtivamente de la hoja caida y esta sospecha le habia hecho redoblar su celo, con la esperanza de sorprender alguna vez al autor de aquel hurto.

La noche á que nos referimos Salaverri llenaba apresuradamente su costal, mas á pesar de su ligereza, y en el momento en que concluia su tarea y se cargaba á las espaldas la hoja recogida, un hombre se abrió paso por entre las zarzas y los matorrales y sujetándole fuertemente del brazo, le dijo:

—Al fin te cogí.

—Sí, aquí estoy, contestó Salaverri dejando en tierra el costal que acababa de llenar.

—¿Conque eres tú el que me quitabas la hoja?

—Yo no le quito nada á nadie.

—¿No eh?, ¿pues que llevas ahí?

—Hoja seca, dijo Salaverri con la misma seguridad que pudiese decir, «llevo lo mio.»

—¿Y quién te ha dado permiso para cogerla?

—Nadie, la tomo yo sin necesidad de pedirlo.

—Entonces te tomarás el trabajo de volverla á dejar donde estaba, sin perjuicio de llevarte ahora mismo á disposicion del señor alcalde.

Salaverri á pesar de ser casi un niño, pues no contaba mas que 18 años, se sonrió de la amenaza del guardamonte que principiaba á impacientarse.

—Vamos, ¿qué esperas?

—¿Qué he de esperar? que me deje usted llevarme mi costal porque de lo contrario le va á salir caro su empeño.

El guarda asombrado de la entereza con que Salaverri pronunciaba estas palabras, miró á su alrededor como si temiese que hubiera alguno oculto, pero solo vió á su hijo, niño de pocos años, que le buscaba y que vino corriendo á ponerse al lado suyo en cuanto le distinguió.

—Muchacho, dijo el guarda á Salaverri, si no vuelcas el costal ahora mismo voy á desocuparle yo. No seas terco.

—No será usted quien desocupe el costal.

—¿Cómo que no? Mira, y el guarda acompañó la accion á la palabra. Pero en el momento en que levantaba el saco para vaciarle, Salaverri sacó una navaja y hundió toda la hoja en el costado derecho del infeliz guarda que se habia vuelto de espaldas. El golpe fué mortal, y el guarda-bosque cayó al suelo bañado en sangre. Salaverri se inclinó entonces sobre él y le dió otras cuatro puñaladas.

Cuando el guarda cesó de respirar, cuando su débil gemido hubo espirado en sus labios, el asesino cogió el costal y echó á correr con él acuestas hacia las obras del ferro-carril.

El niño que habia presenciado el asesinato de su padre rompió en llanto y llamando á voces á su madre llegó á su casita temblando y horrorizado de lo que habia visto.

¡Pobre niño! Una mano alevosa habia labrado su orfandad y la de sus dos hermanitos, en un momento.

III.

A las nueve de aquella misma noche tuvo conocimiento de este delito el cabo 1°. de la Guardia Civil, comandante del puesto de Cegama, Isidoro García Rueda y á pesar de hallarse postrado en cama hacia algunos dias, se levantó dispuesto á perseguir al culpable; pero sus fuerzas no le permitian dedicarse á tan fatigosa tarea y pronto sintió el desvanecimiento propio de su débil estado.

Obligado por la necesidad á desistir de su pundonorosa intencion, mandó al Guardia 1°. Justo Isasí que acompañado del 2.° José Ballesteros, procediesen sin pérdida de momento á la captura del asesino.

La escasez de datos hacia dificilísima esta aprehension. Las huellas del delicuente no pudieron descubrirse, y únicamente indagaron por de pronto lo que el pobrecito huérfano pudo decirles, que se redujo á dar una idea muy vaga de la direccion que habia tomado el asesino despues de consumar su crímen, y que habia sido la de las obras del ferro-carril.

Con tan ligeros indicios era punto menos que imposible el descubrimiento del delincuente.

Los Guardias anduvieron toda la noche registrando las avenidas del monte sin encontrar señal ninguna que aclarase un tanto sus dudas. Regresaron al amanecer al puesto y dieron cuenta al cabo García Rueda del escaso resultado que habian alcanzado sus diligencias.

El cabo ordenó que inmediatamente registrasen acompañados de un alguacil, todas las cantinas del ferro-carril, pues presumia con razon que la hoja robada en el monte estaria destinada á surtir alguna de sus cuadras.

Los Guardias fueron preguntando una á una en todas aquellas, sin poder adquirir nuevas noticias. Cuando llegaron á la de Salaverri, y preguntaron por él, contestó una cuñada suya que habia marchado muy de mañana al pueblo de Alsasua; pero que volveria á las doce. En esta contestacion descubrieron los Guardias una turbacion visible en el rostro de la interrogada, cuyas respuestas cortadas y poco seguras, fueron una sospecha inequívoca de su intranquilidad. Se despidieron de ella y se situaron á larga distancia esperando el regreso de Salaverri, á quien vieron entrar en su cantina poco antes de la hora que su cuñada habia dicho á los Guardias. Volvieron estos á preguntar á él mismo en dónde habia estado al oscurecer del dia anterior, y respondió que en las ventas de Otzaurte.

Sin perder un momento, los Guardias ordenaron al alguacil que se quedase custodiando la cantina mientras ellos iban á preguntar á las ventas si era cierto lo que habia dicho Salaverri.

El ventero negó rotundamente que fuese verdad semejante asercion, y aseguró á los Guardias que por su venta no habia parecido tal persona el dia anterior. Constituido en prision Salaverri por sospechoso, empezó el sumario y continuó el proceso durante dos meses sin que fuese posible averiguar el autor del hecho.

Faltaban testigos, y el delito por lo tanto no podia esclarecerse tal como habia sucedido.

A los dos meses y medio de prision Salaverri pidió por fin una entrevista con el señor juez de primera instáncia del partido de Azpeitia, y le confesó el delito con todas sus circunstancias.

Este desgraciado, hijo de una honrada familia del

pueblo de Orduña, arrastra hoy y arrastrará toda su vida la cadena de presidio.

Los Guardias prestaron un gran servicio en esta captura, y los están prestando desde que se estableció el puesto de Cegama, en cuya demarcacion se han hecho mas frecuentes los delitos con motivo de las obras del ferro-carril. Tanto es así, que el valiente cabo Isidoro García Rueda ha presentado en el juzgado de Azpeitia de dos años á esta parte mas de cuarenta reos.

Tanto él como los dignos Guardias que servian á sus órdenes merecieron bien de sus jefes, y en efecto su comportamiento es tan digno como acreedor á todo género de alabanzas.

LA FÁBRICA DE TABACOS.

I.

El lenguaje mudo de los hechos es mucho mas elocuente que las palabras; y tal vez los que vamos á narrar parecerian pálidos á los ojos de nuestros lectores, si nos estendiésemos en algunas consideraciones preliminares.

Los sucesos notables, aun despojados de todo género de elogios, de comentarios y alabanzas, resaltan lo bastante por su solo mérito, llevando en sí mismos su apología.

Convencidos de esta verdad, solo diremos dos palabras sobre este punto, y es que en este acontecimiento como en los demas que embellecen el libro de las Crónicas, figura en primer término esa Guardia Civil que se ha grangeado las simpatías y la gratitud de los pueblos. En este concepto, pues, faltariamos á la justicia y á la mi-

sion de que estamos encargados, si no dedicásemos una página al brillante comportamiento con que el tercio de la Guardia Civil de Madrid se condujo en el terrible incendio de la fábrica de tabacos de la corte.

II.

A las seis de la mañana del 5 de Diciembre del pasado año de 1864, las campanas de todas las parroquias de la capital daban la señal de fuego.

Espesas columnas de humo principiaban á rodear el edificio de la fábrica de tabacos, que pronto se vió envuelto en una nube densa que se desvanecia lentamente en la atmósfera.

El señor coronel del tercio de Madrid, D. Marceliano Alvarez y Fernandez, acompañado del capitan de la octava compañía, D. Francisco García Osorno, y los tenientes de la misma, D. Fulgencio Salinero y D. Antonio Diaz Barrionuevo, se presentaron á los pocos momentos con la fuerza de su mando, que unida á la del puesto establecido en dicha fábrica, principiaron á trabajar para cortar el fuego, con un admirable arrojo. En un instante se vió á los valientes Guardias en los sitios de mas peligro, dirigiendo las bombas, ayudando á los obreros, derribando paredes, salvando efectos y procurando, á costa de grandes esfuerzos, cortar la comunicacion de las llamas con los almacenes de tabaco. El fuego sin embargo, tomaba por instantes un incremento espantoso, y al poco rato invadia las cuevas de la fábrica, en las que habia depositada una gran cantidad de tabaco en polvo.

El humo entonces se hizo tan espeso que impedia la



respiracion, y nadie se atrevió á atravesar aquella atmósfera palpable, que parecia ser un baluarte de defensa de las mismas llamas.

Grandes riquezas iban á quedar reducidas á cenizas, tal vez el edificio entero iba á perderse si el fuego reducia á calcinados escombros la base que le sustentaba. Los señores oficiales de la Guardia Civil, los jefes del establecimiento, los bomberos todos de la villa, rivalizaron en valor, dando los primeros el ejemplo, y alentando á sus subordinados con su arrojo. Pero todo fué en vano. El fuego seguia haciéndose cada vez mas violento, y de las ventanas de los sótanos salia un humo pestilente é impenetrable que impedia todo género de maniobra.

III.

En tan crítica situacion un peloton de Guardias civiles, despreciando el peligro, corren á luchar frente á frente con la muerte, y llegan atravesando las llamas, hasta el fondo de las cuevas.

Aquellos hombres parecian invulnerables, y nada les detenia en su arriesgada y temeraria empresa.

En medio de aquella atmósfera nauseabunda y sofocante, dirigen las bombas, y piden sin descanso á los de fuera agua para apagar aquel pestilente volcan.

Infinidad de personas contemplan asombradas este rasgo inaudito de valor, que nadie en aquellos momentos, mas que los Guardias, habria sido capaz de llevar á cabo.

Gran número de espectadores, y hasta las autoridades mismas, esperan con ánsia el resultado de aquella

prueba suprema que habia dejado muda de asombro á la multitud que la presenciaba. Los Guardias entre tanto, sofocados por el humo, rendidos de fatiga, destilando tan pronto agua, como sintiéndose quemar sus ropas, siguen trabajando sin cesar, animados por la esperanza de extinguir el fuego por completo.

Pero lejos de eso, el destructor elemento tomaba mayor intensidad, y fué tanto el humo, tanta la angustia y la estrechez en que se encontraron algunos Guardias, que el de segunda Antonio García Nogal, cayó medio axfisiado, y tuvo la doble desgracia de recibir un fuerte golpe en una pierna, que le causó un tablon al desprenderse de la techumbre. No fué este el único contratiempo desagradable. El Guardia Agustin Fernandez sufrió una herida en una mano, y el de su misma clase, Vicente Lluch Esteller hubo que sacarle de entre las llamas, recibiendo como su compañero Nogal, un golpe terrible con un cajon. Pero los incidentes desgraciados no se habian concluido.

Faltaba todavía el episodio mas conmovedor.

El Guardia 2.°, Vicente Roncero Sanchez, se internó tanto en los sitios de mas exposicion, que de repente se vió solo, rodeado por las llamas y sin comunicacion ni amparo de ninguna especie. Este valiente Guardia creyó llegado su último momento, y principió á rezar cristianamente, esperando la muerte con la tranquilidad de un mártir. En tan horrorosa situacion, pudieron los bomberos introducir por la ventana una manga, con cuyo auxilio el bravo Roncero se defendió por mas de una hora, de las llamas que le acosaban á dos pasos de distancia. Todos los señores jefes y oficiales de la Guardia se apre-

suraron á dictar las oportunas medidas para salvar al infeliz Roncero, cuyas fuerzas se agotaban en aquella defensa desesperada que hacia de su existencia. Despues de esfuerzos inauditos, se pudo arrancar uno de los barrotes de hierro de la ventana del sótano en que Roncero iba tal vez muy pronto, á encontrar su sepulcro en medio del fuego. Un momento mas tarde, el valiente Guardia hubiera dejado de existir.

IV.

El fuego duró mas de dos dias, durante los cuales los servicios de la Guardia Civil fueron innumerables, y de tanta importancia, que el señor gobernador de la provincia, el director general de estancadas, las autoridades locales y los jefes todos del establecimiento, colmaron de elogios á los valerosos Guardias que con tanto arrojo y tanta abnegacion habian prestado sus poderosos auxilios.

La Guardia Civil añadió en este dia un nuevo galardon á los muchos gloriosos que registra en las páginas de su brillante historia.

EL ARREPENTIMIENTO.

I.

Hay crímenes que conmueven á la sociedad en sus mas profundos cimientos, y sobre cuyos autores cae la mas execrable de todas cuantas maldiciones pueden lanzar los hombres sobre sus hermanos.

¿Quién no se horroriza ante el crímen de parricidio?

Los pueblos antiguos, y especialmente los romanos, no habian comprendido ni penado en sus códigos semejantes crímenes, porque les parecia hacer un inmenso agravio á la humanidad, suponer que un hijo habia de atentar contra la vida de sus padres.

Sin embargo, como á los criminales que lo perpetrasen era preciso castigarles, inventaron por medio de una ficcion legal arrojarlos vivos al Tiber metidos en un saco y pintando en la parte exterior de este los cuatro animales que no reconocen á sus padres.

Hasta ese extremo llegaba el horror que inspiraba al pueblo rey un hecho que solo puede nacer de la locura ó de una perversidad que no reconoce límites.

El hijo que atenta contra la vida del autor de sus dias, es un mónstruo que los hombres deben arrojar de su seno para que no contamine con su aliento el ambiente que respiran los demas.

El hijo que arranca la vida á sus padres no puede abrigar en su alma ninguna clase de afecciones tiernas y generosas. Hijo infame, no puede ser ni buen padre, ni cariñoso hermano, ni bondadoso amigo, ni ciudadano honrado.

Semejante hombre no puede ser mas que la inmunda escoria de la humanidad, el último eslabon de la cadena que empieza en los delincuentes y termina por los mas feroces y malvados criminales.

¿Y será posible que en el alma de tan infame criatura quepa el arrepentimiento?

Solo en un caso, solo cuando un rapto de enajenacion mental, de furiosa locura, haya sido el móvil de tan espantoso atentado.

Acaso no falten ejemplos de esta naturaleza.

Acaso haya habido parricidas, que vueltos despues á la razon, murieron á los pocos dias de la comision del crímen, presa de los remordimientos mas atroces y terribles.

Acaso vamos á narrar un hecho que tiene muchos puntos de contacto con el que acabamos de citar.

II.

En un pueblo de la provincia de Almería, habitaba una familia medianamente acomodada, y segun noticias que hemos podido adquirir de ella, era bastante honrada y modesta.

Componíase de un matrimonio que tenia una hija de unos veintitantos años, que hasta entonces habia vivido tranquila y acaso muy feliz en el hogar paterno.

Sentimos ignorar las causas que impulsaron á esta desgraciada á mirar con repugnancia y hasta con ódio á los autores de sus dias.

Desde ese instante no vió en estos mas que unos enemigos de su dicha, y esta idea debió preocuparle hasta el extremo de pensar en el crímen mas horrible que registran los fastos judiciales.

Pensó en arrancar la vida á sus padres.

El medio que eligió para llevar á cabo su abominable proyecto, nos prueba que no era efecto de un acto de una furiosa locura, sino de una preocupacion de una pasion de ánimo tal vez, que la subyugó hasta el extremo de precipitarla en la profunda sima del mal.

La jóven intentó envenenar á sus padres.

¡Qué horror!

¡A cuántas amargas y tristísimas reflexiones no da lugar un hecho tan bárbaro é inhumano!

Parece mentira que en el corazon de una jóven, hija de unos padres honrados y de buenas costumbres, pudiera tener abrigo una idea tan espantosa y terrible.

No es posible describir la honda impresion que cau-

saria en el alma de aquellos padres un desengaño tan cruel al contemplar que dentro de su misma casa, que al lado de su lecho, que en su misma mesa, que la misma, en fin, en quien habian depositado toda su confianza, por que era el único objeto de su amor, fuera su mas encarnizado enemigo, mas aun, fuera su asesino.

Pero ¿á qué reflexionar mas sobre un suceso, cuyos detalles nos son enteramente desconocidos, y cuando no tenemos mas datos que el del resultado de la conspiracion?

En vano seria, que sentáramos una hipótesis y que sacáramos deducciones mas ó menos fundadas, porque no siendo aquella cierta, estas tampoco serian aplicables á la conducta del criminal.

El hecho es que una hija intentó envenenar á sus padres y que inmediatamente que puso en práctica su proyecto, huyó la desgraciada de la casa paterna.

¿A dónde irá á esconderse la infeliz? ¿Qué buscará en la soledad?

III.

Acosada por la idea del crímen que acababa de cometer, y pensando que todo el mundo lo leeria en su rostro, abandonó el hogar doméstico para evitar las miradas de las gentes, y corrió á esconderse en lo mas escarpado y recóndito de la sierra.

Creyó encontrar sin duda en el retiro, una tranquilidad que habia perdido para siempre, al perpetrar tan odioso crímen.

¡Vana idea! su conciencia la gritó *¡Parricida!* y este grito repetido á cada intante en medio del aislamiento y

de la soledad en que se encontraba, la llenó de un inmenso terror.

Guarecida en una profunda cueva, no cesaba de llorar y de levantar las manos al cielo, pidiendo á grandes gritos la muerte; pero su conciencia la gritaba entonces con mas energía *¡Parricida!*

La situacion era tremenda.

Los atroces remordimientos con que la conciencia la atormentaba no hallaron un lenitivo ni en sus lágrimas, ni en sus súplicas, ni en su verdadero arrepentimiento.

El inexorable Juez de la humanidad, ese Juez del que nadie puede burlarse impunemente, le volvia á gritar *¡Parricida!*

¡Oh! ved cuán dulce hubiera sido la muerte para aquella desgraciada jóven; al fin su inexorable segur la habria librado de aquel martirio, llevando su cuerpo á la mansion del descanso eterno.

Pero ¿y su alma?

Acerca de esto no es dado juzgar á los míseros mortales, porque nadie es posible que pueda conocer los elevados juicios de Dios.

IV.

Tres dias hacia ya que la jóven se encontraba en la cueva, sin tomar el mas leve alimento.

No lloraba, porque se habia secado la fuente de sus lágrimas.

No daba gritos, porque su voz habia enronquecido.

No podia levantarse del suelo, porque habian debilitado sus fuerzas el hambre y el dolor.

¡Ah! semejante estado inspiraba compasion al mismo tiempo que el horror mas profundo.

Dejémosla en este estado por unos breves instantes.

Así que circuló por el pueblo la noticia del crímen, el cabo 1.° de la Guardia Civil Manuel Gonzalez y los Guardias José García Duran y José Pereira, salieron inmediatamente en busca de la criminal.

Comprendiendo que la sierra era el único punto que podia servirle de asilo, penetraron en ella, la recorrieron en todas direcciones y registraron casi todas sus profundas cuevas.

Ya desesperaban de encontrar á la parricida cuando el cabo Gonzalez descubre la boca de una cueva oculta entre unos espesos matorrales; se acerca á ella y á los pocos momentos percibe un débil pero ronco quejido. Llama entonces á uno de sus Guardias y encendiendo una tea, se dispusieron á penetrar en aquel antro.

Y vieron los dos Guardias al penetrar en la cueva una mujer, que en tres mortales dias, habia sufrido la trasformacion mas completa.

Al pronto no la reconocieron, pero ella les suplicaba que la matasen, y en sus raptos de locura confesaba horrorizada su tremendo crímen.

Aquella desgraciada jóven no estaba en su completa razon; los remordimientos habian trastornado sus facultades intelectuales.

Los Guardias, compadecidos de su martirio y de su arrepentimiento, y cumpliendo con su deber y con un acto de caridad cristiana, la suministraron algun alimen-



Y vieron los dos guardias, al penetrar en la cueva, una mujer.....

to, y cuando ya adquirió algunas fuerzas, la condujeron al pueblo del mejor modo que les fué posible, donde la entregaron á la justicia humana.

Los tres Guardias recibieron las gracias de las autoridades por tan importante servicio, mucho mas importante si consideramos la delicadeza y la humanidad con que lo prestaron.

UN GOLPE HABIL.

I.

La infidelidad es sin duda la peor condicion que pueden tener las personas que se dedican al servicio doméstico.

El criado infiel encuentra en el desempeño de sus tareas y deberes infinitas ocasiones en que poder lucrarse sin inspirar sospechas.

Sin embargo, estas sisas, que son una merma perpétua del capital del amo, llegan á notarse cuando son de importancia, ó se hacen con alguna frecuencia.

Desde este momento, el criado se vuelve mas solapado y astuto, si quiere continuar en su secreta estafa, y por eso sin duda son muchas veces inútiles las medidas y precauciones, que el amo emplea para evitar el hurto de sus intereses.

En las casas de comercio que hay un activo é incesante movimiento de numerario, y en las que se venden, cambian y almacenan diariamente los géneros que constituyen el tráfico del establecimiento, es mucho mas frecuente y fácil que los dependientes caigan en la tentacion de apoderarse de ganancias que no les pertenecen.

Seducidos por la idea de la impunidad, no titubean en abrir el cajon donde se guarda el dinero, y cuando la vigilancia del amo cesa en lo mas mínimo, no se escapan de la rapacidad los géneros almacenados.

Cuando esta operacion se ejecuta con cierto tacto, es difícil descubrirla, y el hurto por lo tanto, sigue perpetrándose por mucho tiempo sin ser conocido, ni aun sospechado siquiera.

Pero como decimos anteriormente, el hurto puede ser de tal consideracion, que entonces la evidencia sustituye á la duda, y el que es objeto de este secreto saqueo, se constituye en espía de los criados ó dependientes que tiene en su misma casa. Conocemos un hecho de esta naturaleza, y debemos narrarlo al menos por tributar con justicia un elogio mas al acreditado celo de un individuo de la Guardia Civil, del cual nos hemos ocupado diferentes veces en las páginas de nuestras Crónicas.

II.

A últimos del año de 1856, D. Santiago Quixeras, comerciante de Baeza, suplicó al comandante del puesto en dicho punto, que lo era entonces el sargento Cárlos Batalla, que se avistase con él, pues tenia que confiarle un asunto de importancia.

Batalla accedió en seguida á la peticion, y verificó una entrevista con el Sr. Quixeras, que confió al honrado sargento las sospechas que abrigaba acerca de uno de sus dependientes, fundado en los datos poco favorables que le resultaban del último balance que acababa de verificar en su caja.

En este balance se encontró sorprendido con una pérdida de cuatro á cinco mil duros, cuando tenia fundado motivo para contar con una ganancia crecida. Tan considerable desfalco no pudo menos de llamar la atencion á D. Santiago Quixeras, al mismo tiempo que la del sargento Batalla, que le preguntó cuál de sus dependientes era el que le infundia mas sospechas.

Nosotros no hemos podido averiguar el nombre del dependiente infiel; lo único que sabemos es que Batalla le tuvo tan presente, y siguió tan de cerca las huellas del presunto culpable, que á los pocos dias averiguó que mantenia relaciones amorosas con una jóven de un pueblo inmediato, con la cual trataba de casarse.

Batalla no era hombre que averiguase á medias lo que se habia propuesto aclarar, y observó que el dependiente abandonaba el establecimiento á las altas horas de la noche para ir á ver á su novia, á cuyo pueblo le acompañaban con frecuencia dos ó tres sujetos que le llevaban y traian en sus caballos.

Esta intimidad chocó á Batalla, y ya no le quedaba casi duda ninguna de que aquel mancebo era el que hurtaba á D. Santiago Quixeras. Estos datos no le parecieron sin embargo suficientes para dar un golpe seguro, y queriendo tener toda la seguridad posible para obrar con mejor éxito, encargó á D. Santiago que dejase algunas

piezas de géneros con estudiado abandono y como al descuido, echando en sus dobleces algunos granos de mostaza, que sirviesen de señal para descubrir la persona que los hurtaba.

El dependienle cayó en el lazo, y al siguiente dia, examinadas escrupulosamente las piezas, no se encontró la mostaza entre los pliegues.

Este era un dato harto elocuente para dudar ya de la verdad.

III.

El sargento Batalla procedió entonces con la mayor discrecion. Averiguó lo único que le restaba saber, que eran los antecedentes y vida de los que auxiliaban al dependiente en sus escapatorias nocturnas, y le dijeron que todo el mundo estaba admirado de que aquellos tres sujetos se dedicasen al comercio cuando nunca se les habia conocido capital ni medios para ejercerlo, ni en grande ni en pequeña escala. Batalla no dudó ya un momento, y en la noche del 13 de Enero de 1857, partió acompañado de los Guardias Manuel Arrivas (1) Francisco Sanchez y Miguel Ruiz, á la villa de Ibros, donde sabia que los sospechosos se reunian frecuentemente para celebrar sus conferencias.

Las esperanzas del sargento no quedaron defraudadas, y capturó á seis ladrones cómplices del dependiente, en cuya cartera se encontraron 20,000 rs. en papel, de

---

(1) Sargento 2.° en la actualidad de la 5.ª compañía del tercio de Madrid.

cuya procedencia no supo dar explicacion satisfactoria. Al mismo tiempo pudieron rescatarse unos diez y seis ó veinte mil rs. en géneros catalanes, pertenecientes todos al almacen de D. Santiago Quixeras. Tanto el dinero como los culpables fueron entregados al señor juez de Baeza, que formó la causa, y cuyo fallo ignoramos.

El señor coronel primer jefe del tercio, dirigió al comandante de la provincia, un oficio en que le encargaba que diese en su nombre las gracias al sargento Batalla y á los guardias que le acompañaron en este importante servicio.

La misma lisonjera comunicacion recibió del señor Director general del Cuerpo, que enviaba á Batalla las gracias, no solamente por el servicio que acababa de prestar, sino tambien *por los muchos y buenos que distinguen á este distinguido y celoso sargento*. Estas son las palabras textuales que copiamos de la citada comunicacion, y que indudablemente dicen mas que todo lo que en obsequio suyo pudiéramos nosotros añadir.

No necesita en efecto comentarios el mérito indisputable que ha contraido en todos sus servicios el hoy teniente de la Guardia Civil, D. Cárlos Batalla Adriano.

Su hoja de servicios forma una honrosa página de la historia del Cuerpo á que pertenece.

INUNDACIONES.

I.

Vamos á ocuparnos otra vez de las terribles inundaciones que asolaron los pueblos de la Ribera, de la provincia de Valencia.

Ya hemos descrito en otra de nuestras Crónicas la horrible tempèstad que descargó sobre aquellos desdichados pueblos en los primeros dias de Noviembre de 1864, y creemos inútil repetir en este lugar lo que allí digimos.

La misma inundacion mas ó menos imponente ó amenazadora, los mismos espantosos relámpagos y truenos, la misma lluvia y el mismo huracan fueron las causas que llenaron de terror á estos pueblos. Sin embargo, no fueron los mismos Guardias Civiles los que prestaron estos servicios y he aquí la razon de esta crónica sobre acontecimientos semejantes.

Sí mucho se distinguieron los Guardias y el jefe de la línea de Alberique, no se distinguieron menos los de la de Tabernes. Grandes servicios prestaron los primeros á los afligidos habitantes de aquellos pueblos con esposicion de sus vidas, y grandes fueron los que estos prestaron tambien con riesgo de las suyas á los consternados vecinos de Cullera, Alcira, Carcagente, Ayora, Albaida, Alcudia y Olleria.

II.

La inundacion habia sorprendido á los carabineros en la casa que tienen cerca del pueblo de Tabernes.

Rodeada por todas partes de agua, cuyas olas venian á estrellarse contra sus débiles muros, los moradores de ella creyeron que muy pronto encontrarian su sepulcro bajo sus escombros.

Pero no; hay quien vela por su salvacion.

Llega á oidos este suceso del jefe de la GUARDIA CIVIL de la línea de Tabernes el subteniente D. Miguel Muñoz Diaz, y sin reparar en el grave riesgo que corria su existencia se despoja del uniforme y se dirige luchando con las olas hácia la casa de los carabineros, teniendo que recorrer á costa de grandes esfuerzos y con el agua hasta el pecho un trayecto de media hora, acompañado del cabo 1.° Andres Dols Moles y de los Guardias segundos Felipe Gisbert y Alfonso, Vicente Jaravo Ballester, Bernardo Pineda Crespo, Miguel Agujo Cabrera y Jaime Calpe Santa Fe.

Llegan por fin á la casa, y al verlos aquella gente llena de congoja y de espanto, exhaló un grito de ale-

gría. Aquel valeroso oficial con sus Guardias eran sus ángeles salvadores.

Entran todos en ella, y despues de prestar algunos consuelos á los mas asustados y afligidos, medita el subteniente en los medios de salvarlos.

Anima con su ejemplo á los que tenian mas valor y al cabo de dos horas consigue habilitar una lancha, y colocando á todos en ella los conducen sanos y salvos á la poblacion, cuyos vecinos quedaron absortos ante aquel rasgo de heroismo, y no sabian como expresar á los bravos subteniente y Guardias los sentimientos de gratitud que en aquellos momentos abrigaban sus corazones.

Apenas habian pasado algunas horas cuando tuvieron que prestar los mismos servicios á los vecinos de Tabernes, y luego, sin descansar nn instante y siempre guiados por el subteniente D. Miguel Muñoz, marcharon á Cullera, despues á Alcira y por último á Carcagente, donde auxiliaron á sus compañeros los Guardias de aquellos puestos, en los importantísimos servicios que prestaron á los aterrados vecinos.

III.

Si espantosa y terrible fué la inundacion en todos los pueblos de la Ribera, en ninguno se pronunció tan desoladora como en la poblacion de Alcira.

Aquí los estragos fueron incalculables, y el terror de sus vecinos en medio del peligro indescriptible.

Hombres, mujeres y niños se escondian en lo mas alto de sus casas, como si aquello pudiera librarles del riesgo que amenazaba su existencia.

A los rezos y oraciones sucedian los gritos lastimeros, los alaridos y ayes de las mujeres, y el llanto de los niños.

Mientras que esto sucedia en Alcira, en dos molinos próximos á la poblacion, pedian socorro con desesperadas voces sus moradores, viendo de un instante á otro que las olas destruian los débiles muros de su vivienda.

En tan grande apuro el sargento segundo Manuel Cerezo Bayarri y el cabo primero Miguel Polo Collado, se decidieron á salvar á aquellos infelices, y despreciando el inminente riesgo que iban á correr, atan unos tablones y atraviesan impávidos el rio de los Ojos, y dirigiéndose al molino aislado completamente por las aguas, llegan á él y colocan á los moradores que se albergaban bajo su techo sobre aquella frágil tabla de salvamento y los conducen á Alcira, habiendo contribuido muy eficazmente al éxito de tan arriesgada operacion con una barquichuela el Guardia segundo Francisco Vilela Escariz.

Lejos de arredrarse aquellos intrépidos Guardias ante el peligro cada vez mas inminente, parten otra vez en las mismas tablas al otro molino, y despues de haber vencido grandes obstáculos, consiguen salvar á los que esperaban allí la muerte con las manos cruzadas y los ojos puestos en el cielo en demanda de socorro.

Mientras esto tenia lugar fuera de la poblacion, dentro de ella prestaban inapreciables servicios el cabo segundo Rafael Vila Moreno y los Guardias segundos Vicente Segui Tomás y Mariano Pallardo Gabaldo, á los que se unieron los Guardias primeros Luis Solera Camacho, perteneciente al tercio de Madrid, que se encontraba en Alcira con licencia temporal, y Jaime Botella Borras,

que hallándose de tránsito en Algemesí, noticioso de la inundacion que afligia á Alcira y de que sus habitantes carecian de víveres, á pesar de las grandes dificultades que ofrecia el camino, marchó en direccion de aquel pueblo, conduciendo además víveres para sus afligidos vecinos.

Es imposible describir uno por uno todos los hechos heróicos de estos valientes Guardias, con exposicion siempre de su vida, sacaron á familias enteras de las casas anegadas, conduciendo en hombros á los ancianos, mujeres y niños á puntos seguros; desenterrando á las víctimas de entre las ruinas; salvando los objetos preciosos que constituian el patrimonio de algunas familias, y salvando hasta los animales que encontraron en los corrales y en las cuadras de las casas.

IV.

Los Guardias del puesto de Carcagente, otro de los pueblos mas castigados por la inundacion, tambien contrajeron inapreciables méritos, no cediendo en arrojo y sentimientos caritativos á sus compañeros de los otros puestos.

Sabedor el cabo 1.° Cosme Palacin Ferrer de que en la estacion de la via férrea se encontraban en el mayor desamparo varias personas, dirigióse á ella acompañado del Guardia 2.° Tomás Gonzalez Granados, atravesando el inmenso lago que los separaba, unas veces con el agua hasta el pecho, y otras veces teniendo que ir á nado, no sin peligro de ser arrastrados por las olas.

Llegan por fin, á la estacion, y despues de prodigar

un verdadero consuelo á los infelices que se albergaban en el edificio, les excitan á seguirles, pero aquellos, temerosos del peligro que tenian que afrontar, se niegan á ello.

Esta actitud y la creciente subida de las aguas, desconcierta el plan de los dos valientes Guardias, que solo piensan en la salvacion de sus hermanos. Ante la imposibilidad de marchar al pueblo, adóptan la única medida salvadora que les restaba, y hacen que todos se suban al tejado de la estacion, donde permanecieron toda una larga noche esperando la bajada de las aguas.

Tambien el Guardia 2.° Francisco Sanchez Gual, que habia corrido á prestar auxilios á las personas que se encontraban en el molino del Empedrado, al que fué acompañado de un paisano, en una balsa hecha de cañas, consiguió salvar á los infelices que esperaban con resignacion cristiana una de las muertes mas horrorosas.

Entre tanto el Guardia 1.° Luis Ferrando Marti, y los segundos Gregorio Castelló Alejandro, y Francisco Calanchas Serrano se dedicaban á prestar los mas eficaces auxilios á los vecinos de Carcagente, llegando al extremo de salvar unas ochenta cabezas de ganado que llevaba un tratante, teniendo que subir los animales á la casa-cuartel. Enumerar todos y cada uno de los hechos, describir todos los detalles, seria trabajo para un libro y no para una Crónica, que atendido el sistema de publicacion que hemos adoptado, tiene que ser breve.

V.

Los Guardias del puesto de Ayora, cabo 2.° Miguel

Torsa Perpiñan, Guardia primero Antonio García Lopez y segundos Francisco Vila Sanz y Francisco Costa Rodriguez, se distinguieron como todos los de la línea en la prestacion de prontos, eficaces y peligrosos servicios. Con un arrojo indescriptible libertaron á innumerables familias de ser arrastradas por las olas, ó de hallar su tumba bajo los escombros de las casas que amenazaban una completa ruina.

Despues se dedicaron con la mayor asiduidad á la extraccion de los cadáveres de entre los montones de ruinas.

Cuando estaban prestando tan importantes servicios, llegó á oidos del cabo Torsa y del Guardia Vila que el facultativo D. José Velda se encontraba asido á un árbol distante unos quinientos metros de la poblacion, pues al pasar un puente, se habia desplomado, y se acogió al árbol para resistir la avenida que arrollaba y arrastraba todo cuanto cogia por delante. Aunque era muy peligroso y muy difícil prestar socorro á aquel infeliz, los dos Guardias, echando á un lado toda clase de consideraciones, acometieron la empresa dirigiéndose por diferentes puntos, y sirviéndoles de faro y de guia las hogueras que encendieron los paisanos, pues eran ya mas de las nueve de la noche, y la oscuridad del cielo contrastaba con el terrible estado en que se encontraba la tierra en aquellos momentos.

Llegan por fin, al sitio indicado, y logran extraer al infeliz Velda casi exánime ya, y que volvió á la vida merced á los cuidados que le prestaron los dos Guardias en el momento que los tres se pusieron en salvo.

VI.

Vamos á terminar esta Crónica, que va haciéndose demasiado larga, no porque el asunto carezca de importancia, sino por el método que hemos adoptado, atendido el corto espacio de que disponemos.

En Albaida el cabo 1.° Ramon Esteve Luna y los Guardias segundos Francisco Gonzalez Tormo y Jaime Agudo Mestre, auxiliaron poderosamente á los vecinos, pero el servicio mas importante fué el que prestaron á los operarios de la fábrica de papel titulada de Guarnet, librándolos de una muerte segura.

Al saber el conflicto en que aquellos infelices estaban, corrieron al molino, y haciendo salir á los obreros del edificio, los Guardias sacaron en hombros y con gran peligro, á las mujeres y niños, y apenas estaban á algunos metros de distancia, cuando las olas minando los cimientos, arrastraron la mayor parte del molino convertido en un instante en escombros.

Tambien en Alcudia se distinguieron el sargento 2.° Manuel Peris Royo y los Guardias segundos Salvador Bayo Bernabeu y José Delgado Perez, los que despues de haber socorrido á los habitantes de Alcudia marcharon al pueblo de Tous, y poniéndose á las órdenes del alcalde, prestaron muy buenos servicios á sus moradores, ya salvando sus vidas, y ya tambien las cosas que constituian la fortuna de algunas familias, desentérrando tambien varias alhajas sagradas del lodo que se habia aglomerado á la misma puerta de la iglesia.

Otro tanto hicieron los Guardias pertenecientes al

puesto de Olleria. Allí el cabo 1.° Cristóbal Llorens y Mondragon, el Guardia primero Rafael Gimenez Moreno, y los segundos Pedro Regalado Manuel, Victoriano Plá Donat y Francisco Espluga Moscardó, dieron las mayores pruebas de su valor y de sus sentimientos humanitarios, coronando sus servicios la extraccion de entre los escombros de su propia casa, á D. Francisco Mompó y á su madre política.

Los grandes servicios que la Guardia Civil prestó á los desgraciados pueblos de la Ribera, no se borrarán seguramente de las presentes generaciones, y acaso pasen á las futuras. Los individuos de aquella ilustre corporacion se excedieron en el cumplimiento de sus deberes, y todos quisieron rivalizar en valor, en abnegacion y en caridad cristiana.

Muchos son los plácemes que por ellos han recibido, pero estos han pasado y sin embargo les quedan otras satisfacciones que valen mas que todas las gracias y los honores, el eterno placer que proporcionan siempre á las almas virtuosas las buenas obras.

UN BANDIDO.

I.

Muchos han sido los importantes servicios que llevamos consignados en nuestras Crónicas, muchas las grandes acciones, los rasgos de generosidad, de valor y de abnegacion que hemos trasladado á las páginas de la historia de la Guardia Civil, pero todavía nos queda materia para llenar mas de un libro, y sin embargo tenemos que terminar en el presente cumpliendo nuestra promesa.

Quisiéramos disponer del suficiente espacio para ocuparnos detenidamente de los innumerables y distinguidos servicios que aun pudiéramos citar, pero ya hemos dicho que nuestros deseos están limitados por nuestra palabra.

Renunciamos pues con sentimiento á consignar todos aunque nos duela condenar algunos á un silencio que no merecen y que no tienen cabida por haber llegado muy tarde á nuestras manos.

II.

Uno de los servicios que con mas frecuencia presta la Guardia Civil, es la capura de delincuentes que avezados en el crímen y en los vicios, son una verdadera calamidad para los pueblos que tienen la desgracia de verse amenazados con sus visitas.

El sobresalto que estos hombres producen, la alarma que ocasionan, los disgustos que originan y el temor que infunden en las familias, son motivos poderosos para que la Guardia Civil los persiga sin descanso.

El honrado y pacífico ciudadano que ve continuamente amenazada su casa, su hacienda y aun su vida, el que teme ver asaltado de un momento á otro el hogar tranquilo donde vive dichoso con su familia, el que ve inseguro y próximo á perderse el fruto de su economía, de su trabajo ó de su actividad, no puede dormir tranquilo y vive incesantemente aguijoneado por el temor de una sorpresa que puede arrebatarle su porvenir ó su existencia.

Sabido es que en determinadas localidades ha habido bandidos que han adquirido una triste celebridad, que ha llenado de consternacion á los de las cercanías en que aquellos se albergaban.

Durante esos períodos los pueblos han tenido que sufrir un verdadero azote, difícil siempre de combate, porque el salteador lo mismo que el asesino tienen cierta habilidad para ocultarse.

Algunas veces queda impune el delito pero son muy raras, y casi siempre el criminal cae bajo el fallo de las leyes ó muere defendiéndose por no entregarse á la justi-

cia. Un hecho de esta naturaleza ha ocurrido en este mismo año en Cullar de Baza, digno de llamar la atencion de nuestros lectores.

III.

Vagaba por los alrededores del pueblo que acabamos de nombrar, un famoso bandido llamado Isidro García Cortés (a) el Moro, que habia llenado de consternacion á todos los vecinos, y muy especialmente á los que por su industria ó modo de vivir tenian con frecuencia que atravesar los caminos.

El peligro era evidente en efecto y por lo tanto el temor aumentaba de dia en dia.

Los percances, los robos, los atentados se sucedian, y esta situacion violenta y azarosa no tenia término.

Las medidas que las autoridades locales habian adoptado para la captura del delincuente fueron infructuosas, y este burlaba constantemente la vigilancia de qué era objeto.

En este estado de cosas tuvo conocimiento de lo que ocurria el cabo 2.° de la Guardia Civil, Pedro Fernandez Martinez, que desde este momento se propuso por todos los medios que estaban á su alcance apoderarse del bandido.

Acompañado de los Guardias José Francisco Alvarez Francisco Lopez Muñoz, y otros emprendió contra Moro la persecucion mas activa é infatigable.

De dia, de noche los tres Guardias recorrian los campos, registraban las posadas, y no hubo sitio por escondido y retirado que fuera que se escapase á su minucio-

sa inspeccion. Tan incansable celo no podia menos de obtener resultados saludables, y lo tuvo en efecto, aunque con grave riesgo de la vida de los valientes Guardias.

Una tarde por fin pudieron dar vista al famoso bandido, que en cuanto se vió descubierto emprendió la fuga, y llegó corriendo á una casa de campo donde se ocultó saltando las paredes de los corrales. Los Guardias no tardaron mucho tiempo en llegar al pié de la misma casa.

Entraron en ella é intimaron la rendicion á Moro, pero el bandido contestó con una descarga que vino á herir al cabo Fernandez. Entonces se trabó una lucha espantosa entre el bandido y el Guardia, que aun á pesar de su herida no se dió por vencido.

Moro defendia palmo á palmo el terreno haciendo una defensa desesperada. Sin embargo la lucha estaba á punto de terminar, y el cabo Fernandez pudo dar muerte al bandido despues de luchar con él largo rato cuerpo á cuerpo. Su vida estuvo en inminente peligro, y la de sus compañeros se vió tambien amenazada.

Este importantísimo servicio fué premiado con la cruz sencilla de M. I. L. para los Guardias Alvarez y Lopez que tanto valor y arrojo habian demostrado y con la misma cruz pensionada con 10 rs. el cabo Fernandez.

La recompensa era justa, pues los Guardias acababan de devolver al pueblo de Baza el sosiego y la tranquilidad perdida.

Su celo fué digno del premio que alcanzaron.

HONRADEZ.

I.

La honradez es sin duda una de las cualidades mas preciosas que pueden adornar al hombre.

La honradez es hija legítima de la virtud, y por lo tanto el que obra con arreglo á sus nobles inspiraciones y antepone estas á las sugestiones del mezquino cálculo de una ambicion injusta, de un egoismo perjudicial y de un deseo bastardo; el que obra, en fin, á impulsos de una conciencia recta, es digno de toda clase de premios y de alabanzas.

Mentira parecerá á algunos que en este siglo, llamado del positivismo, en que el interés es para todas las clases en general, el móvil mas poderoso, y en que el dinero es el becerro de oro, objeto de la nueva moderna idolatría, haya séres de escasa ó de ninguna fortuna, á

los que el destino ha colocado en una posicion bien humilde, que renuncien hidalgamente á los intereses que la casualidad pone en sus manos, cuando esa fortuna no les pertenece, cuando no les corresponde legítimamente.

Decimos esto, porque conocemos un hecho, cuyo valor podrán apreciar nuestros lectores en vista de la sucinta narracion que vamos á hacer de él.

II.

El dia 1.° de Mayo del corriente año, el Guardia 1.° de la 5.ª compañía del tercio de Madrid, Joaquin Ibañez Paeza se encontró, bajando por la calle de Carretas, una cartera bastante voluminosa, que contenia la respetable cantidad de 79,532 rs.

Inmediatamente se presentó á su digno coronel é hizo entrega de lo que acababa de encontrarse.

Se registró la cartera, y por los documentos que contenia, se vino en conocimiento que su dueño era D. José Dominguez, vecino y comerciante de la misma calle de Carretas. Dióséle en seguida el oportuno aviso, y se presentó á recobrar su perdida cartera, y aun cuando mostró un decidido empeño en gratificar al honrado Guardia Joaquin Ibañez por su conducta, éste rehusó la recompensa cumpliendo con la delicadeza tan proverbial en los individuos de este benemérito Cuerpo.

Algunas reflexiones podriamos hacer sobre la conducta del Guardia Ibañez, pero carecemos del espacio necesario para ello. Daremos sin embargo algunos detalles sobre su posicion, para que nuestros lectores puedan apreciar mejor su honrada conducta.

El Guardia Joaquin Ibañez es casado y tiene que sostener una familia con su escaso sueldo. No parece sino que el destino quiso probar su rectitud poniendo á su disposicion una verdadera fortuna, que podia impunemente haberla disfrutado tarde ó temprano. Sin embargo, este pensamiento tentador, que hubiera podido suscitar en su alma un deseo, por mas que fuera injusto, en atencion á su estado, pues apenas tiene lo necesario para vivir, este pensamiento, decimos, no cruzó siquiera por la imaginacion del honrado Guardia.

¡El mundo seria un modelo de virtudes si todos los hombres abrigasen en su corazon esos sentimientos que constituyen la verdadera nobleza, y que parece como que se hallan encarnados en esta salvadora Institucion!

Sin vacilar un momento, corre á presentarse á sus dignos jefes, y deposita en sus manos aquel tesoro que la casualidad habia puesto en las suyas. No le ocurre, ni por un instante, la idea de aprovecharse en obsequio propio, de aquella riqueza; no titubea, no duda. El deber inflexible y severo, su recta conciencia le aconsejan que aquello no debe permanecer en su poder, y á las pocas horas está en el de su verdadero dueño.

El Sr. Director general del Cuerpo, apreciando todo el mérito de semejante conducta, premió al Ibañez con la suma de 500 rs., confiriéndole ademas el empleo de cabo 2.°

Pero no es la recompensa material lo que mas debe engreir al honrado Guardia, lo que mas debe envanecerle es la satisfaccion que siempre lleva consigo el hombre que practica la honradez.

CRISTÓBAL CABELLO.

I.

Un nuevo servicio, aunque de la misma índole que muchos de los que ya conocen nuestros lectores, tenemos que consignar en nuestras Crónicas. Acontecimientos del mismo género no pueden menos de asimilarse entre sí, y de tener detalles comunes, mas no por evitar estas analogías irremediables y necesariamente lógicas, podemos prescindir de hacer mencion de todo aquello que sea digno de conocerse.

Por otra parte seríamos injustos, si por no incurrir en una repeticion dispensable, dejásemos olvidados méritos que deben figurar en nuestra historia. Sin embargo, por eso referiremos concisamente el interesante episodio que nos ocupa.

La captura de criminales, es uno de los servicios en que mas se han distinguido los individuos de la Guardia

Civil, y ciertamente tienen una verdadera importancia. La captura de un famoso delincuente es un servicio que se hace á todo un pueblo, y acaso á una provincia, cuyos habitantes temen verse expuestos siempre á caer en manos del bandido, para ser objetos de atropellos y de crueldades.

Por eso, cuando los que han sufrido las consecuencias de estos huéspedes temibles, se ven libres de un nuevo atentado, recobran la tranquilidad perdida y viven llenos de gratitud hácia aquellos que los han librado de ser víctimas de los planes criminales de un malhechor.

II.

A mediados del año 1857, vagaba por las inmediaciones de la ciudad de Soria un famoso bandido llamado Cristóbal Cabello.

Este hombre, natural de la provincia de Córdoba, tenia una historia tan llena de hechos sangrientos, y de delitos de toda clase, que estaba procesado y reclamado nada menos que por seis ó siete juzgados de primera instancia.

Esto solo bastará para que nuestros lectores se formen una idea de lo temible que semejante huésped seria en cualquier punto que ejerciese sus fechorías.

Los pacíficos ciudadanos no podian creer seguras sus vidas y sus haciendas mientras continuase la amenaza que la sola presencia de Cristóbal Cabello imponia á todos los vecinos del pueblo, entre los que probablemente tendria elegidas sus víctimas, ya para arrancarlas su fortuna, y acaso tambien para gozarse en verter su sangre,

cosa no difícil de creer en un hombre cuya historia no era mas que un conjunto execrable de maldades. En la época á que nos referimos, Cabello, fugitivo siempre, siempre perseguido, y corriendo sin cesar para evadirse de la justicia que todavía no le habia alcanzado, fué á Sória, donde cometió tantos atropellos que la autoridad dictó enérgicas medidas para capturar al terrible bandido que de aquella manera burlaba la vigilancia de sus agentes, escapando siempre á la espada de la ley. Se sabia que en Córdoba Cabello habia sido salteador de caminos en union de otros bandidos; que despues hubieron sin duda de dispersarse obligados por la constante persecucion que sufrieron.

No se tenia el menor indicio que pudiese servir de guia para la captura del criminal, y por lo tanto, la dificultad de apoderarse de él se hacia mayor con la carencia absoluta de datos para adoptar un plan.

Sin embargo, Cabello no estaba destinado á vivir mucho tiempo en libertad.

La Guardia Civil parece que tiene el don de adivinar la guarida de los culpables, y asi sucedió en el caso que nos ocupa.

El cabo 1.° comandante del puesto de Sória, Cristóbal Romero Marco, acompañado de los Guardias Antonio Sarriá y Francisco Nayo, emprendieron la persecucion del bandido. No diremos las fatigas, los desvelos y los sudores que la empresa costó á estos valientes Guardias. Por no molestar á nuestros lectores no nos detendremos tampoco en los detalles que abunda el hecho; solo debemos consignar que despues de muchas investigaciones y penalidades hijas de un celo que honra mu-

cho al cabo 1.° Cristóbal Romero, pudo descubrir éste por fin, el 2 de Agosto del mismo año de 1857 las huellas del delincuente.

Sorprendido en su misma madriguera, corrió con la esperanza de evadirse una vez mas de sus perseguidores, pero Romero no era hombre que desaprovechase la ocasion.

Corrió tras de Cabello mas de media hora.

El sombrero, el cinturon, la vaina del sable, todo lo que pudo estorbarle, lo fué tirando en aquella interminable carrera. Con el sable desenvainado, única arma que le habia sido posible conservar, pudo por fin alcanzar á Cabello, que no sin hacer resistencia, tuvo que entregarse al valiente cabo, que mereció por este importante servicio, las gracias del Sr. Director del Cuerpo.

Bien las merecia en efecto, el celo, el valor y la pericia del cabo Cristóbal Romero Marco, y de sus dos compañeros, que fueron objeto de la misma honrosa distincion por parte de sus dignos jefes.

ÁFRICA.

I.

Una inmensa muchedumbre agolpábase á las puertas del Congreso de los Diputados. El mas religioso silencio reinaba en todos los concurrentes, la mas viva impaciencia se veia retratada en los semblantes. De vez en cuando algunas palabras que procedian de las tribunas ó de los pasillos de las Cámaras, corrian de boca en boca hasta llegar al último de los que allí se agrupaban. Una señal de atencion, que tambien partia del interior del edificio, bastó para que la concurrencia enmudeciese, no atreviéndose á respirar apenas. ¿Qué cuestion gravísima se debatia entonces que tan en alto grado llamaba la atencion pública? ¿Qué esperaba aquella inmensa muchedumbre que con una ansiedad indescriptible ocupaba todas las avenidas del Parlamento? ¿Tratábase de los mas sagrados intereses de la patria?

Sí: en aquellos momentos solemnes el Congreso español iba á decidir de la paz ó de la guerra con una nacion vecina, poblada de una raza valiente y feroz, enemiga por tradicion de nuestra raza.

En aquellos momentos solemnes voces elocuentes resonaban en el sagrado recinto de las leyes, pidiendo venganza contra los que se habian atrevido á empañar la honra de la patria.

Un silencio profundo reinó entonces por todos los ámbitos del Congreso y sus avenidas. Esperad un instante. La ansiedad crece, la atencion se redobla y apenas se oye respirar á los circunstantes.

Levántase entonces en la Cámara uno de esos gigantes de la elocuencia, y al pronunciar dos palabras, una explosion de entusiastas aplausos cubren la voz del orador. Los que estan fuera del recinto sienten lo mismo que los que presencian el acto y escuchan el discurso.

Despiertan el entusiasmo en todos los corazones, y entonces, resuena en el Parlamento el grito de «¡guerra al Africa!», y este grito se repite con frenesí por los asistentes de las tribunas, y lo repite la inmensa muchedumbre que rodeaba el palacio de las Córtes; y comunicándose á todos los pueblos de la monarquía como una chispa eléctrica, se hacen eco de él tambien los pueblos del interior, mientras que las costas españolas del Mediterráneo lo repiten con mas fuerza y energía, enviándolo en son de terrible amenaza á las inhospitalarias playas africanas.

Las mujeres y los niños, los jóvenes y los ancianos, sienten latir sus corazones á impulsos de un entusiasmo

santo; y el valiente ejército, defensor de la enseña de Castilla, espera con impaciencia el instante de empuñar el arma para lavar con sangre mora la honra de la pátria ultrajada.

Las madres españolas gritan á sus hijos «venganza,» al darles tal vez el último abrazo y el ósculo postrero. La cándida y prometida esposa pide á su amante el título de honor que ha robado el africano á la familia española, antes de concederle una sola de sus deliciosas caricias. El débil anciano alcanza la enmohecida espada y la cuelga al cinto de su hijo para que con ella, como otro nuevo Cid, con el arma de Mudarra, combata, venza y aniquile al osado enemigo que intentara con feroz y estúpida insolencia, echar un borron sobre el limpio escudo de Castilla. Los niños, en fin, entonan los himnos gerreros, llevando con sus acentos infantiles la exaltacion á los ánimos, y el mas ardiente entusiasmo á los corazones.

¿Quién podia resistir á la impetuosa corriente que arrastraba hasta las almas mas cobardes á empuñar las armas para ser partícipe de la futura gloria?

Los regimientos, los batallones, las compañías y hasta los soldados, en fin, se disputaban el primer puesto de la vanguardia.

Ante tan sublime espectáculo, ¿cómo habia de permanecer muda la benemérita Guardia Civil, aun cuando las leyes de su instituto la colocasen en otro lugar que al ejército?

No; é inmediatamente significó sus ardientes deseos de empuñar las armas contra el árabe feroz. El tercio de Madrid se ofreció en seguida á llenar el cupo de Guardias que se asignaba al ejército de Africa, y lo mismo

hicieron todos los tercios á medida que la noticia llegaba á sus oidos.

Tan entusiastas, tan nobles y tan vivas eran las solicitudes de todos los tercios, que fué necesario que la suerte decidiera quiénes habian de marchar á la próxima campaña. Guardias hubo, como el sargento 2.° de caballería del 4.° tercio, Mariano Rives, que solicitó ir con el ejército, aunque fuera en clase de Guardia; como Francisco Centeno Perez, cabo 1.° del 7.° tercio, que no quiso recibir su licencia absoluta y se reenganchó por el tiempo que durase la guerra; como Miguel Castellano Monton, Guardia 1.° de caballería del 4.° tercio, que habiendo sido licenciado por cumplido, marchó á Africa, costeando su viaje de su propio peculio, y solicitó el ingreso nuevamente en la Guardia, renunciando la gratificacion del reenganche, y como otros muchos, en fin, que dieron las mas indudables muestras de su decision, de su entusiasmo y de su valor.

Con tales soldados era difícil la derrota, y la victoria mas completa debia coronar las armas españolas.

Quisiéramos tener espacio para publicar los nombres de todos los que concurrieron á tan gloriosa campaña; pero carecemos aun del necesario para narrar simplemente los hechos.

II.

Si fuéramos á describir ó historiar todos los combates en que tomó parte la GUARDIA CIVIL, que acompañó al ejército en la guerra de Africa, seria preciso que escribiéramos un tomo, para narrar una por una las mas ter-

ribles y reñidas batallas, en donde quedó siempre triunfante el pendon glorioso de Castilla.

No bien pisaron las tropas españolas los desiertos bosques y los incultos valles del africano suelo, cuando las hordas feroces y salvajes que pueblan el país, se lanzaron contra nuestros soldados, lanzando al viento terribles gritos y alaridos. Creyeron arrollar y vencer al ejército de vanguardia, y se estrellaron contra el fuerte muro que oponian á su impetuoso ataque, los pechos españoles, los hijos de aquellos que les arrojaran en otro tiempo de las murallas de su oriental Granada.

Pero no desmayan por eso. El 25 de Noviembre atacan con nuevo vigor las líneas avanzadas de nuestro ejército, y son rechazados con grandes pérdidas. En esta accion se distinguen un cabo 2.° y cuatro individuos de la Guardia Civil, y los cinco reciben en recompensa la cruz sencilla de M. I. L. Acostumbrados los árabes á semejante clase de ataques, vuelven de nuevo á presentarse el dia 30 de noviembre al frente de las trincheras españolas, y despues de un reñido y sangriento combate, tienen que retirarse á sus posiciones, perseguidos por nuestro valiente ejército. Tambien en esta ocasion sobresalen algunos individuos de la Guardia, y un teniente se hace acreedor á la cruz de San Fernando, y un sargento segundo, un cabo primero y un Guardia primero reciben en premio la de M. I. L.

El 9 de Diciembre atacan los moros con mas vigor y arrojo las trincheras españolas, y tambien sufren otra leccion no menos terrible que las anteriores, y en este hecho de armas sobresalen por su valentía un sargento segundo que se hace acreedor al grado de sargento 1.°;

un cabo 2.° que es premiado con la cruz pensionada de M. I. L., otro sargento 2.°, un cabo 1.°, tres Guardias primeros y uno 2.° á los que se les concede la misma cruz sencilla.

Bien quisiéramos trascribir á nuestras Crónicas, todos los nombres de los valientes Guardias, que por su valerosa conducta se hicieron acreedores á distinguidos premios; pero nos falta espacio pora ello, porque son muchos los individuos que los alcanzaron. En la accion que tuvo lugar el dia 15 de Diciembre entre los reductos de Isabel II y rey Francisco de Asís, la escasa fuerza de la Guardia Civil hizo prodigios de valor, y el capitan general en jefe propuso, y fué confirmada la propuesta, á un teniente para el grado de comandante, á un alférez para la cruz de San Fernando de primera clase, á dos sargentos segundos para primeros, á dos cabos primeros para sargentos segundos, un cabo segundo para sargento segundo, y un cabo segundo, dos Guardias primeros, tres segundos y un trompeta para la cruz sencilla de M. I. L. Tambien en el ataque que dieron los árabes el dia 20 del mismo mes entre los mencionados reductos, prestó señalados servicios la fuerza de la Guardia; tambien entonces fué necesario acordar un premio al bizarro comportamiento, y un comandante alcanzó el grado de coronel, dos sargentos segundos el de primeros, un cabo primero el de segundo, y un cabo primero, tres segundos, tres Guardias primeros y siete segundos la cruz sencilla de M. I. L.

Animados los moros por el ódio mas feroz contra los cristianos; exaltados por su intolerable fanatismo, no desalentaban ante las continuas derrotas; sus santones sa-

caban partido de ellas para exaltarles, y predicando por todas partes la guerra santa, llamaban feliz al que muriese en ella, porque el Profeta los conduciria á gozar en los jardines celestiales con las huris encantadoras. Nuestros soldados entretanto sufrian los rigores de la estacion, pero esto no amenguaba su ánimo, porque siempre tenian delante de sus ojos la imágen de la patria ultrajada por las hordas salvages, que ya habian huido mas de una vez al rudo empuge de su bravura.

Amaneció el 29 de Diciembre y las huestes feroces de la Arabia se precipitaron en gran número y con espantosa gritería, sobre las líneas avanzadas del ejército español. Nuestros soldados resistieron firmes el combate, pero el fuego duró todo el dia, repitiéndose al siguiente 30 la misma escena, en cuyas acciones se escedieron todos en rasgos de valor y bizarría, no siendo la que menos la fuerza de la GUARDIA CIVIL, pues que sus individuos se hicieron acreedores á honrosas recompensas, siendo un capitan ascendido á comandante, un cabo 1.° á sargento 2.°, y condecorados un teniente con la cruz de San Fernando, y con la de M. I. L. sencilla dos cabos primeros, dos Guardias primeros, cuatro segundos y un trompeta.

Ciertamente que parecerá pesada á nuestros lectores la enumeracion de las gracias, pero como estas dan una idea de los buenos servicios que prestó en aquella gloriosa campaña el puñado de hombres de la benemérita GUARDIA CIVIL, arrostramos por la nota en que podamos incurrir y por el desagrado que cause á nuestros lectores, ya que nos es imposible amenizar esta crónica con la pintoresca descripcion de los grandes hechos de armas

que tan alto elevaron en nuestra edad moderna el renombre del ejército español.

En los dias 1.°, 4, 6, 8, 10, 12 y 14 de Enero de 1860 se renovaron los combates con mayor encarnizamiento por una y otra hueste. La española proseguia con pasmoso arrojo sus movimientos de marcha en direccion á Tetuan y los marroquíes trataban de interrumpirles el paso á cada instante. La GUARDIA CIVIL se portó en todas esas acciones con el mismo denuedo. Los premios que obtuvo con este motivo, indican la importancia de sus valerosos hechos. Un teniente alcanzó el empleo de capitan, un sargento 2.° el de 1.°, un Guardia 1.° fué ascendido á cabo 2.°, dos Guardias segundos fueron condecorados con la cruz de San Fernando pensionada con 30 rs., con la de M. I. L. con 10 rs. otro 2.°, y con la misma, pero sencilla, un cabo 1.°, dos Guardias primeros y diez segundos.

Arriesgada, penosa y dificil fué la marcha que el ejército español emprendió con direccion á la ciudad santa de los marroquíes. Batallas se dieron, que como la de los Castillejos, colmaron de inmarcesible gloria el pendon de Castilla. Sentimos que la índole de nuestro trabajo no nos permita entrar en todos los detalles de aquella espedicion atrevida, por medio de un terreno lleno de accidentes, y rodeados á todas horas y por todas partes de un numeroso ejército enemigo. Por fin la hueste española dió vista á la dilatada llanura de Tetuan y nuevamente se renovaron los combates. Los dias 23 y 31 de Enero volvieron las huestes marroquíes á medir sus armas con las de nuestro valiente ejército, y sufrieron mayores descalabros. Las fuerzas de la GUARDIA CIVIL tomaron tam-

bien parte y alcanzaron uno de los comandantes el grado de coronel, un alférez el de teniente, un Guardia 2.° ascenso de 1.°, otro 1.° la cruz de M. I. L. pensionada con 30 rs., otros dos 1.° y 2.° la misma con 10 rs., ocho primeros, uno 2.° y un trompeta la misma cruz sencilla.

Tambien en el combate que sostuvieron las tropas españolas con los marroquíes en los llanos de Tetuan el dia 31 de Enero obtuvieron condecoraciones los individuos de la Guardia, haciéndose acreedor un teniente á la cruz de San Fernando, un sargento 1.° á la misma cruz de plata, un Guardia á la de M. I. L, pensionada con 10 rs. y quince Guardias primeros y segundos á la misma cruz sencilla. No se portaron menos bizarramente en la batalla del 4 de Febrero, tambien dada sobre los llanos de Tetuan, y cuyo resultado fué el abandono de esta plaza á los soldados españoles. Los árabes se retiraron entonces al interior llorando la ciudad santa perdida. El pendon de Castilla tremoló sobre los muros de la Alcazaba, y entonces pudieron decir desde allí los valientes que la madre patria habia mandado á vengar su honra:

«España ya estás vengada.»

Muchas fueron las gracias que se concedieron por este hecho de armas á los animosos Guardias civiles; un capitan mereció el grado de comandante, dos tenientes el empleo de capitan, un sargento segundo grado de sargento primero, otro segundo cruz de San Fernando, un cabo primero grado de sargento segundo, tres cabos segundos empleo de cabo primero, dos Guardias segundos el de primeros, un cabo segundo y un Guardia primero, y otro segundo, cruz de M. I. L. pensionada con 30 rs., un cabo primero y un Guardia segundo con la misma

condecoracion con 10 rs. y veinte primeros y segundos con la misma, pero sencilla.

III.

A pesar de que hemos hablado ya de todas las acciones en que tomaron una parte tan heróica los individuos de la GUARDIA CIVIL que acompañaron al ejército, sin embargo, permítannos nuestros lectores que retrocedamos para hacer mencion de algunos hechos notables.

En la gloriosa jornada del 9 de Diciembre se distinguió, como en todas partes, la benemérita GUARDIA CIVIL. Un peloton de 25 hombres al mando de su comandante D. Enrique Gallego, marchaba no lejos del general O'Donnell: al subir una pequeña colina se encuentran repentinamente con los moros: tira de la espada el comandante Gallego y á la cabeza de sus 25 Guardias carga á la bayoneta, peleando todos como fieras; secundado inmediatamente por el batallon que estaba á poca distancia lograron rechazar al enemigo por aquella parte, retirándose gloriosamente este grupo de valientes sin mas pérdida que la de un cabo segundo, Julian Allende Fernandez, que fué herido.

En la accion del 23 de Enero, una partida de 15 Guardias de caballería á las órdenes del capitan D. Enrique Gallego, teniente D. Teodoro Camino y alférez D. Eustasio Letona, cargaron bizarramente al enemigo, en union de los escuadrones de Farnesio, resultando herido de la mano derecha el alférez Letona, muerto el caballo del teniente Camino y herido el de un Guardia, consiguiendo apoderarse esta pequeña fuerza de dos espingardas, dos

sables y una gumía. Tambien en la batalla del 23 de Marzo se distinguió como de costumbre la GUARDIA CIVIL á las órdenes del coronel comandante D. Antonio Armijo y del teniente D. Teodoro Camino, dió una brillante carga al enemigo, y otra la del segundo cuerpo, mandada por el alférez D. Vicente Herrero, cuyo caballo salió herido. Tambien salieron heridos algunos Guardias y los caballos de otros.

Las demas desgracias que ocurrieron durante la lucha, fueron pocas, á pesar de la parte tan activa que siempre tomó en ella la GUARDIA CIVIL. En la accion de 1.° de Enero, resultó contuso, y de cuyas resultas murió, el Guardia primero José Fuentes Manzano. En la accion del 31 de Enero, quedó muerto en el campo de batalla el cabo segundo Vicente Gomez y Gomez, heridos ó contusos Tomás Pascual Mullor, Manuel Perez Valledor y Pedro Rodriguez Bejar, Guardias segundos y D. Salvador Berenguer Gonzalez y Antonio Sola Gallego, Guardias primeros. Tambien fué herido en 20 de Febrero, estando de patrulla en Tetuan, el Guardia segundo Miguel Vin Armisen, y en la accion del 11 de Marzo quedó muerto en el campo de batalla el Guardia segundo José Ferrer Rodriguez. En la memorable jornada del 23 de Marzo tambien sufrió sensibles pérdidas la GUARDIA CIVIL y tuvo dos Guardias primeros, Miguel Castellanos y Montor y Manuel Ramirez Rodriguez, heridos de gravedad, y otro segundo, Elías Fernandez y Fernandez, contuso.

IV.

Llegamos al término de esta desaliñada Crónica, no por falta de asunto, porque acaso y sin acaso, no se halla en todo nuestro libro otro mas notable, sino porque nos era imposible en el corto espacio de que disponemos narrar, aunque fuera muy sucintamente, los gloriosos y sangrientos hechos que tanto han elevado entre las naciones de Europa las armas castellanas.

Mientras que la seccion de la Guardia Civil que acompañó al ejército á Africa, se batia tan bizarramente, sus compañaros de la Península les enviaban un presente, triste por cierto, pero necesario. Las familias de los Guardias que permanecian en el país, se ocupaban en hacer hilas, que eran enviadas por el gobierno á los hospitales de sangre.

Antes de concluir tenemos que consignar un hecho: el primer Guardia que cayó herido en la campaña y que se hizo acreedor del premio consignado por la Junta de señoras de Tarragona, fué Miguel Castellano Montor, que habia ingresado en el cuerpo despues de licenciado y renunciando á los beneficios del reenganche.

Cuando las tropas regresaron á la Península, despues de ajustadas las paces con el gobierno marroquí, el entusiasmo de los pueblos fué grande. Madrid ofreció entonces uno de esos espectáculos que quedan grabados con caractéres indestructibles en el corazon de los pueblos.

Acampadas en la dehesa de Amaniel las tropas que habian peleado por la honra de la patria en el suelo africano, el pueblo de Madrid sin distincion de clases ni de

opiniones, se trasladó lleno del mayor entusiasmo al campamento, y dió las muestras mas sinceras de su cariño á aquellos soldados que habian afrontado mas de una vez la muerte en los combates con el árabe feroz.

Cada objeto, cada tienda, representaba para el pueblo una gloria. Un dia despues tenia lugar la entrada de aquellos valientes en la corte, que los recibia con arcos de triunfo, con las calles colgadas y poblados los balcones de hermosas damas que les arrojaban con el mayor entusiasmo flores y coronas.

A la cabeza del ejército abriendo paso marchaba una seccion de la Guardia Civil, ante cuyo marcial aspecto y tostados rostros esclamaba la inmensa muchedumbre que se agolpaba á su paso:

«Estos son tambien héroes de la guerra de Africa.»

LOS HÉROES DE SESEÑA.

I.

Estamos tocando ya el último peldaño de la escalera de nuestra obra; vamos á colocar el último anillo en la cadena, y sin embargo, pudiéramos decir, sin faltar á la verdad, que ahora casi dábamos principio á ella. Los brillantes hechos de la GUARDIA CIVIL necesitan mas de un tomo para historiarlos, y nosotros, ni hemos dispuesto de la estension conveniente, ni hemos podido adquirir todos los datos á su debido tiempo, para seguir otro método en la publicacion que nos hubiera dado resultados mejores. Pero nuestro buen deseo, se ha estrellado con una imposibilidad dificil de vencer por nuestras propias fuerzas, aun cuando lo intentáramos muchas y repetidas veces.

Vamos á tocar el término de nuestra carrera, y he

aqui que se ofrece á nuestra consideracion uno de los mas notables hechos que pueden registrar las crónicas de tan benemérita Institucion.

No son ciertamente espertos y consumados veteranos los que dan cima á una empresa peligrosa; sino jóvenes imberbes, que con la gallardía, con el valor y con el aplomo de unos viejos soldados, cumplen con la consigna dada, sin retroceder un paso en el puesto de honor que se habia confiado á su guarda.

El importante hecho que nos ocupa, es un servicio que llamó la atencion, no solo de los jefes de la Guardia Civil, sino de todos los habitantes de la corte y hasta del mismo gobierno que con el mayor entusiasmo premió á sus autores, consignando de este modo un precedente, que puede producir ópimos frutos en beneficio de la benemérita Institucion de la Guardia Civil, y sobre todo en el de los pueblos por cuya tranquilidad y seguridad velan constantemente los honrados y valientes individuos que componen aquella.

II.

No muy lejos de los muros de esta corte se encuentra la dehesa de Amaniel, que la forma un terreno bastante accidentado.

Era el dia 10 de Diciembre de 1859, y en una de las hondonadas de aquella, cerca del acueducto por donde pasan las aguas del Lozoya, se veian seis hombres, no de muy buena catadura, que de vez en cuando dirigian ávidas miradas hácia la pradera de Guardias, demostrando su impaciencia con gestos y por medio de algunas entrecortadas frases.

—Mucho tarda Antonio, exclamó uno ellos.

—No hay que impacientarse, dijo otro, que no será á humo de paja.

—Ya se que Montes es listo para esta clase de negocios.

—Dígalo sino el de marras.

—Estará esperando al calmoso de Ramon, replicó un tercero.

—Y como es tan aficionado á los trinquis, exclamó una voz aguardentosa.

—No nos vendria mal un trago, en una mañana tan fria, repuso otro.

No bien habia acabado de pronunciar estas frases, cuando empezaron á bajar, por una de las laderas, dos hombres cubiertos con sendos capotes de monte.

—Buen dia, camaradas, dijo uno de los recien llegados, que parecia ser el jefe de aquella gente. Murmurábais de mí, en tanto que yo averiguaba la salida del carro del canal y el *triguito* que lleva. Es preciso que nuestra presencia no infunda sospecha á la Guardia Civil; conque marchemos por distintos caminos al punto que sabeis. Ramon Gil que tiene caballo vigilará el carro y nos dará aviso oportunamente. Treinta talegitas caerán hoy en nuestras manos.

—¡Treinta talegas! esclamaron todos con asombro.

—¡Qué buen negocio! si no se tuerce, dijo uno de ellos con feroz alegría.

—Si todos cumplis mis órdenes es asunto arreglado.

—¡Oh! descuida, replicaron los siete.

—Pues adelante; y cada uno marche por el lado que crea mas conveniente.

Pocos instantes despues aquellos ocho hombres habian desaparecido por entre las quebradas del terreno.

III.

Acababan de dar las diez de la mañana y el carro de la Direccion del canal de Isabel II atravesaba el Campo de Guardias en direccion de Torrelaguna conduciendo treinta mil duros para pago de los jornales de las obras. Montes estaba perfectamente informado.

El encargado de los caudales era D. Miguel Monedero á quien acompañaba D. Domingo Franco y Palacios vecino de Torrelaguna, que á instancias del primero no habia marchado á su pueblo en el dia anterior. (1)

Ademas de estos iba el carrero y una pareja de Guardias que es muy probable que se relevaran de puesto en puesto.

Cuando marchaban tranquilamente por la carretera se les incorporó un hombre á caballo, lo que llamó la atencion á los Sres. Monedero y Franco, que preguntaron al carrero si le conocia, á lo que este contestó que no, pero que se parecia mucho á un empleado de la empresa que residia en el Molar.

Así que llegaron á Alcobendas desaparecio el hombre. Detuviéronse nuestros viajeros á almorzar y despues emprendieron la marcha por la carretera de Francia, donde

(1) Tenemos en nuestro poder los documentos que comprueban la exactitud de todos los detalles del hecho que narramos en esta crónica.

volvió á alcanzarles el desconocido, que desapareció de nuevo al llegar á la venta de Pesadilla.

Desde este punto emprendió el carro el malísimo camino, que á vista del Jarama, se dirige á Torrelaguna.

Eran tantos los malos pasos, que algunas veces se vieron precisados los viajeros á descargar el carro, para sacarlos de los baches y atascos, hasta el punto de verse precisados á uncir á las cuatro hermosas mulas un par de bueyes.

Llegaron por fin á un sitio malo, próximo al arroyo de los juncos, por donde el carro apénas adelantaba terreno, así es que para aligerarlo de peso, se bajaron todos y marchaban como á la desbandada.

No bien habian dado algunos pasos cuando salen de una emboscada hasta ocho hombres, que gritan á los viajeros:

—¡Nadie se mueva ó muere! Solo queremos lo que nos han robado.

Monedero y Franco creyeron que serian algunos empleados que les daban una broma, pero bien pronto se convencieron de lo contrario, al ver que desarmaban y ataban á los inadvertidos y bisoños Guardias. Menos crédulo el carrero, gritó:

—«¡Fuego y á ellos que son ladrones!»

Pero ya no era tiempo y Monedero y Franco apelaron á la fuga.

Cinco ladrones emprenden tras ellos; Franco que se hallaba delicado se arrojó al suelo enseguida y Monedero se entregó poco despues á sus perseguidores.

Reunidos todos los viajeros les hicieron caminar arroyo arriba, diciéndoles que no se meterian con ellos, si

no cometian alguna imprudencia; pero volviendo la cara hácia atrás el Sr. Franco, uno de los bandidos añadió: «*porque entonces les saldrán los tacos por el pecho*, como á este señor si vuelve otra vez la vista hácia atrás.»

Serian las cuatro de la tarde cuando llegaron al sitio que les pareció oportuno á los ladrones, y allí obligaron á los viajeros á echarse boca abajo sujetándolos con fuertes ligaduras. Les registraron los bolsillos, se apoderaron de cuanto llevaban, y quedándose algunos guardándoles, los otros marcharon á desocupar el carro.

Quejábase amargamente el Sr. Franco, y uno de los guardianes le preguntó si necesitaba algo, á lo que aquel suplicó por hallarse bastante delicado, que le pusieran por cabecera su saco de noche y le abrigasen con su capa. Hízolo así el bandido, y Franco aprovechó esta coyuntura para desprenderse poco á poco de sus ligaduras.

Habia ya casi logrado su objeto cuando se oyó una voz ronca que dejó helados á los viajeros.

—Conductor, ¿cuánto dinero lleva usted?

—Treinta mil y pico de duros, contestó este.

—Pues no hay mas que diez y siete talegas, y si no dice usted donde está el resto se las sacaremos de sus costillas.

—Las que faltan están en el arca del pescante, y en uno de mis bolsillos está la llave.

Los bandidos se apoderaron de la llave, preguntan al carrero si tiene pañuelo, y contestando afirmativamente le sacan del bolsillo del chaqueton el que llevaba y le vendaron los ojos, no sin antes guardarse un duro que arrebujado en aquel habia salvado el infeliz del anterior saqueo. Lleváronle de este modo á donde estaba

el carro y le mandaron desenganchar una mula falsa que llevaba; pero el desdichado carrero les replicó:

—Mátenme ustedes, pues quiero morir mejor de un tiro que de un par de coces de esa mula. Si me quitan el pañuelo de los ojos haré lo que ustedes quieran.

No pareció esto bien á los ladrones y le llevaron á donde estaban sus compañeros. Terminada la operacion los bandidos hicieron una seña á los que custodiaban á los viajeros, á los cuales dijeron al partir:

—Señores, vamos á dar una vuelta, pero nadie se mueva: ahí les quedará todo lo que les pertenece.

Comprendiendo el Sr. Franco que los ladrones habian desaparecido, hizo el último esfuerzo y desprendiéndose de sus ligaduras, se levantó y empezó la operacion de desatar á los demas, que vieron con sorpresa les acompañaba un labrador vecino del Molar, al que tambien habian llevado sus mulas.

Una vez en libertad, los señores Monedero y Franco se dirigieron á Torrelaguna, el carrero y el labrador al Molar, y los dos Guardias corrieron á dar parte á los puestos mas inmediatos.

A las primeras horas de la noche se habia puesto ya en movimiento y en persecucion de los malhechores la fuerza de la Guardia Civil de los pueblos inmediatos y la tropa que guarnecia á Torrelaguna. Tambien salió de Madrid con una seccion de caballería el entonces comandante y hoy teniente coronel D. José García Losada, y á pesar de todas cuantas diligencias se practicaron en aquellos dias no produgeron ningunos resultados favorables.

Solo hallaron el carro con los equipajes, que no ha-

bian tocado siquiera los ladrones; al dia siguiente apareció una de las mulas que llevaron al labrador del Molar, y mas tarde ótras dos de las que llevaba el carro.

Llegó á noticia de la autoridad que en una casa de las afueras de la puerta de Toledo, próxima al canal de Manzanares, se encontrarian indicios del robo, y aunque se procedió con cautela á su registro, no dió tampoco resultados favorables.

No habian pasado muchos dias cuando tuvieron aviso los jefes de la Guardia Civil de que en la casa de Antonio Montes, vecino de Seseña, podrian encontrarse algunos indicios que tal vez dieran luz para descubrir el robo. Inmediatamente fué confiada tan delicada comision al subteniente D. Manuel de la Huerta y Huerta (1), para que, acompañado de los Guardias segundos José Moraga Muñoz, Cárlos Mondogui y de otros que pudiera recoger de los puestos de Getafe, Pinto y Valdemoro, pasase á Seseña á verificar el registro de la citada casa, con la mayor cautela posible.

IV.

En el momento en que el subteniente Huerta recibió las órdenes de sus jefes, empezó á meditar en la manera de llevar á cabo tan delicado asunto, y llegada la hora, partió á la estacion del ferro-carril del Mediterráneo, acompañado de los dos Guardias.

Habiendo tomado asiento en uno de los wagones de primera clase, se encontró allí con otro oficial del Cuerpo,

(1) Hoy teniente del décimo tercio.



comandante á la sazon de la compañía de Guardias jóvenes establecida en Valdemoro. Como fueran los dos solos en aquel departamento del coche, el subteniente Huerta participó á su compañero de armas la mision que le llevaba á Seseña, y por cuya razon no irian juntos mas que hasta Getafe, porque tenia que detenerse en este pueblo con el fin de tomar algunos Guardias.

No pareció muy oportuna esta medida al comandante de los Guardias jóvenes, y sabiendo por experiencia que los buenos resultados de un servicio penden muchas veces de la prontitud con que este se lleva á cabo, disuadió á su compañero de que se detuviese en Getafe, y le ofreció la fuerza que tuviera disponible, pues en su concepto, no podia de otro modo dar cima á la empresa con el éxito apetecido. Huerta aceptó muy gustoso el ofrecimiento, y siguió su camino hasta Valdemoro.

En el instante que bajaron del tren, quiso el celoso oficial partir á Seseña; pero el comandante, mas conocedor tal vez de las costumbres de aquellos pueblos, calmó su impaciencia, y le aconsejó, atendida la corta distancia que mediaba entre Valdemoro y Seseña, que á fin de no llamar la atencion, pasasen á oir la música á la academia de los Guardias jóvenes. El comandante le comunicó ademas, sus temores de que algun amigo de los ladrones cayese en sospecha y les diera aviso inmediatamente. El subteniente Huerta, apreciando la prudencia de tales observaciones, manifestó su conformidad, y se dirigieron á la academia. Así que terminó el ensayo regresaron á la casa del comandante y cenaron tranquilamente, sin que nadie del pueblo llegara á apercibirse de aquel suceso.

Cuando ya fué hora, el comandante dió órden de que

se armaran inmediatamente al sargento 1.° de la compañía, José Sanchez Ecija (1), á los Guardias segundos José Gonzalez Sanchez y Manuel Soto Echavarría, y á los Guardias jóvenes Romualdo Franco Ortega, Agustin Fernandez Andrés, Julian Vicente Ridruejo y José Rodriguez Millos, que en union de los dos Guardias que acompañaban desde Madrid al subteniente Huerta, y á las órdenes del mismo, emprendieron la marcha ignorando todos ellos á donde se dirigian.

V.

Fuera ya de Valdemoro, y en un sitio bastante despejado, el subteniente Huerta se dirigió al sargento y le dijo:

—Su jefe de V. me ha encarecido mucho las buenas prendas que le distinguen, y me ha dicho que confie en su pericia y valor. Vamos á Seseña á desempeñar una comision importante del servicio; como no he estado nunca en ese pueblo, espero que V. sea el guia.

—Es favor que me hace mi jefe, tal vez sin merecerlo, contestó con modestia el veterano Sanchez, pero sentiria no corresponder á la confianza que he llegado á inspirarle. Tampoco he estado yo en Seseña, pero sé el sitio hácia donde cae, y á pesar de la oscuridad de la noche, creo que acertaremos.

Prosiguieron su marcha, no sin tropezar con algunas dificultades, cuando hé aquí que á la distancia de un

(1) Hoy teniente del primer tercio, jefe de la línea de San Martin de Valdeiglesias.



cuarto de legua del pueblo, se encontraron nuestros decididos Guardias con dos caminos: el sargento reflexionó un instante y se decidió por tomar el de la derecha, que felizmente les condujo en muy poco tiempo á las tapias del pueblo. Este se prolonga en una extension bastante regular de Oriente á Poniente, de modo que el camino de la izquierda les habria conducido al otro extremo donde casualmente estaba situada la casa que buscaban.

Cuando estaban ya muy próximos á las tapias de un corral, el subteniente Huerta llamó al sargento Sanchez; le dijo que se adelantara, y que, tomando las precauciones convenientes, llamara á la primera casa que encontrase, con el fin de saber dónde vivia el alcalde del pueblo. El sargento, cumpliendo con las órdenes de su jefe, echó á andar, y viendo luz por la rendija de una ventana, llamó á ella.

—Quién llama á estas horas? preguntó desde dentro una voz que parecia ser de hombre.

—No se asuste V., buen amigo; es un sargento de la Guardia Civil que desea hacerle una pregunta.

—Voy al instante, replicó el que estaba dentro; y con efecto, á los pocos minutos abrió la puerta de la casa.—Aquí me tiene V., señor sargento. ¿Podré saber qué se le ofrece?

—¿Me hace V. el favor de guiarme á casa del alcalde?

—Con mucho gusto.

—Pues entonces, le agradeceré que me acompañe, pero antes avise V. á su familia para que no esté con cuidado durante su corta ausencia.

Hízolo así el honrado paisano, y cerrando la puerta de su casa, marchó en compañía del sargento, que se di-

rigió al sitio por donde habia de pasar el subteniente Huerta y los otros Guardias.

Mientras que aquel llegaba, preguntó el sargento al complaciente paisano por su nombre, el cual se lo dijo al instante.

Convencido de que no era el sujeto á quien perseguian, le volvió á preguntar de nuevo.

—Dígame usted paisano, ¿conoce usted á un vecino de este pueblo, llamado Antonio Montes?

—Sí, señor.

—¿Y de que concepto goza en el pueblo?

—Desgraciadamente, se le reputa bastante mal.

—¿Vive cerca de aqui?

—Al otro extremo del pueblo.

En esto llegó el subteniente Huerta, y el sargento Sanchez le refirió todas las noticias que le habia dado el paisano sobre el particular. En vista de estos informes se dirigieron todos juntos á la casa del Montes.

VI.

Mientras que la Guardia Civil se preparaba á sorprender á Montes, éste y sus amigos disponian todo lo necesario para marchar del pueblo en aquella misma noche.

Así que llegaron al pié de sus paredes, el Sr. Huerta dictó la opertuna medida de que formasen parejas, y que distribuidas convenientemente, cercasen la casa; cuyas órdenes ejecutó con la mayor prontitud y facilidad el sargento Sanchez, por estar aquella completamente aislada.

Hecho esto, el subteniente Huerta mandó al sargento que, acompañado del paisano, fuera á llamar al alcalde, para que se presentase allí con el fin de llevar adelante su proyecto; y entre tanto él quedó á la puerta en observacion, mirando por entre las rendijas lo que en el interior de la casa ocurria.

No tardó mucho Sanchez en cumplir su cometido, y al poco tiempo se presentó á su jefe acompañado del alcalde.

El Sr. Huerta cambió con éste un saludo, y le esplicó en voz baja las órdenes que tenia y la razon porque contaba con su auxilio, á lo que le contestó la autoridad del municipio que estaba dispuesto á prestarle todo cuanto fuera necesario á la realizacion del proyecto. Entonces, volviéndose el subteniente al sargento, le dijo:

—He observado por la cerradura de la puerta, durante la ausencia de usted, y he visto cruzar de uno á otro lado y algunos con luces, hasta siete hombres, que segun sus movimientos, acciones y gestos, parece que están disponiéndose para salir de casa. En este concepto, creo lo mas prudente que el Sr. Alcalde llame á la puerta, sin manifestar cuál es el objeto que le trae aquí á tan altas horas de la noche. De esta manera evitamos toda clase de sospechas por su parte y tambien que se preparen á la defensa.

Tanto el Alcalde como el sargento consideraron la idea muy oportuna y conveniente, y el primero empezó á llamar á la puerta de la casa.

Despues de muchos y repetidos golpes, preguntó una vós ronca y desagradable desde dentro:

—¿Quién llama?

—Abre, Antonio; soy yo, contestó el Alcalde. ¿No me conoces?

—¿Pero qué quiere usted á estas horas?

—Abre, hombre, que ya te lo diré.

Pocos instantes despues se abrió la puerta y se presentaron en ella tres hombres que al ver á los Guardias no pudieron disimular su sorpresa y retrocedieron unos cuantos pasos.

Mientras que el subteniente les dirigia algunas preguntas sobre el motivo de encontrarse allí reunidos, el sargento mandó al Guardia Gonzalez que le siguiera, con el fin no solo de registrar la casa, sino tambien para evitar una sorpresa. Dirigióse pues al patio y en él encontró á un hombre, que resultó ser el mismo Antonio Montes.

Los tres malhechores que habian quedado en el portal de la casa con el subteniente y el Alcalde, al observar el movimiento del sargento Sanchez y del otro Guardia, se precipitaron á la puerta para escapar, pero la pareja de los Guardias jóvenes les gritó: «Alto á la Guardia.»

Despreciando los bandidos aquella intimacion intentaron arrollarles, pero entonces los jóvenes les gritan de nuevo alto, y al ver que desprecian sus intimaciones les hacen fuego y dejan á dos de ellos tendidos en tierra revolcándose en su sangre; mas el tercero al verse ileso echó á correr con la mayor precipitacion, para salvarse por medio de la fuga.

Entretanto, el sargento Sanchez, deteniendo al paisano que habia encontrado en el patio, le intimó á que le dijera lo que habia en la casa y que le enseñase todas las habitaciones. El Guardia Gonzalez, seguia forcegeando

para abrir una puerta la que no cedia á pesar de sus multiplicados esfuerzos, de modo que tuvo que colocar su carabina sobre la sangría del brazo, para conseguir mejor su objeto.

Montes que trataba de aprovechar la menor ocasion para escaparse, al ver que le era fácil sorprender al Guardia y quitarle con la mayor facilidad la carabina, se precipitó sobre él; pero el sargento que no perdia ni uno solo de los movimientos de Montes, corrió tras este y antes de darle tiempo, de conseguir su deseos, le asió del cuello y le arrojó al suelo. Entonces fué cuando oyó los dos tiros. Mandó calar bayoneta al Guardia y le ordenó que no dejase levantar al Montes del suelo, pasándolo de un bayonetazo si lo intentaba. En seguida se dirigió hácia la puerta de la calle que era donde habian sonado los disparos.

A pesar de la oscuridad de la noche, observó que no habia nadie á las inmediaciones de la casa; pero un momento despues oyó el ruido de gente que se dirigia hácia allí á buen paso.

Cuando ya divisó que los bultos estaban cerca gritó:

—«¿Quién vive?»

A lo que contestaron.

—«Guardia Civil.»

Alto, dijo el sargento, preparándose á rechazar la fuerza caso de que fueran otros que intentaran sorprenderles. Con efecto se acercó á aquellos cautelosamente y reconoció al cabo 1.° Santiago Calvo, comandante del puesto de Ciempozuelos que con otros tres Guardias á sus órdenes se hallaba vigilando aquellas inmediaciones, y que vino corriendo al oir los disparos, por tener ya noti-

cias de que en la casa de Montes se albergaba gente sospechosa.

Durante este espacio de tiempo el subteniente Huerta al ver que uno de los tres bandidos habia escapado en bien de la descarga de los Guardias jóvenes y que apeló á la fuga para salvarse, corrió precipitadamente tras él seguido de los otros Guardias, y al cabo consiguió alcanzarle, trabándose entre lós dos una tremenda lucha á la que puso termino el Guardia Moraga, descargando un fuerte golpe sobre la cabeza del malhechor.

El alcalde y el jóven Franco, contaron al sargento Sanchez lo ocurrido y le enseñaron los dos hombres que yacian tendidos en tierra, el uno muerto y el otro espirando. En vista de aquel triste espectáculo, se puso de acuerdo con la autoridad, y el alguacil marchó inmediatamente á dar aviso al cura y al médico para que prestasen los auxilios que fueran necesarios á aquellos desgraciados. Dejó la fuerza que creyó necesaria para la custodia de la puerta y de los dos que yacian en tierra, y acompañado del cabo Santiago Calvo (1) y de los otros Guardias pasó á reconocer escrupulosamente todas las habitaciones de la casa.

El resultado de aquel minucioso exámen, fué la de encontrar á la esposa de Montes en una de las habitaciones y el de rescatar hasta 14,000 duros que hallaron escondidos entre un monton de leña que habia en el patio, entre la paja del pajar, en la cuadra y entre el aparejo de las caballerías que tenian preparadas para emprender la marcha.

(1) Hoy sargento 2.° comandante del puesto de Torrejon de Velasco.

La mayor parte del dinero estaba aun en los mismos sacos que tenian la marca del canal de Isabel II, y cuando llegaban los Guardias con ellos para colocarlos en monton en el patio, se presentó el bizarro subteniente Huerta conduciendo al otro bandido que habia querido fugarse. Este confesó llamarse Ramon Gil, y el moribundo aun pudo declarar que su nombre era el de José Gonzalez y no el que figuraba en la cédula de vecindad que le fué encontrada en los bolsillos de su chaqueta. El otro resultó ser ya cadáver, y tanto aquel como este fueron entregados á la autoridad local.

Despues de háber adoptado el Sr. Huerta las medidas que creyó oportunas, dió órden al cabo Santiago Calvo para que con sus tres Guardias quedase custodiando la casa y practicase otro nuevo reconocimiento en el instante que amaneciese. Con efecto el celoso cabo logró rescatar otros 2,000 duros que habian ocultado entre la paja capturando además á otro de los malhechores.

Súpose despues de este lance, que el completo éxito de la empresa se debió á la terquedad de uno de los ladrones, el que se empeñó á pesar de haber cenado opíparamente, que el ama de la casa les hiciera una gran tortilla de chorizos que debian comerse por despedida.

VII.

Así que el subteniente Huerta vió el resultado de los repetidos registros que se practicaron, mandó á los Guardias que en las mismas mulas que tenian preparadas los ladrones para fugarse, condujesen el dinero á casa del Alcalde, donde se formó un exacto inventario. Enseguida

emprendió su marcha para Valdemoro, llevándose tambien á los presos, entre los cuales iba la mujer de Montes.

No bien llegaron á Valdemoro, cuando inmediatamente circuló la noticia del acto de arrojo y de valor de los Guardias jóvenes *Romualdo Franco* y *Agustin Fernandez*. Criados en el pueblo desde muy niños todo el mundo les apreciaba por sus escelentes cualidades, de modo que aquel dia creció de punto el entusiasmo, y en las dos horas que tuvieron de descanso muchas fueron las escenas de cariño y de ternura con que los vecinos honraron á los dos héroes de Seseña.

A las diez de la mañana emprendieron su marcha para Madrid á las órdenes del subteniente Huerta custodiando el dinero que habian rescatado.

VIII.

Eran las cuatro de la tarde del 21 de Diciembre de 1859, y llamaba la atencion de los habitantes de la corte una pequeña partida de Guardias civiles compuesta de un subteniente, cuatro Guardias jóvenes y otros cuatro de mayor edad que se dirigian al cuartel de San Martin, custodiando unos presos y varias caballerías cargadas al parecer de dinero.

El subteniente D. Manuel de la Huerta sin descansar un instante pasó á dar conocimiento á sus superiores del resultado de su empresa, en cuya entrevista encareció el valor y subordinacion de todos los individuos y especialmente del sargento Sanchez y de los bravos Guardias jóvenes Franco y Fernandez, á los que las autoridades desearon ver al dia siguiente. En efecto; el sargento San-

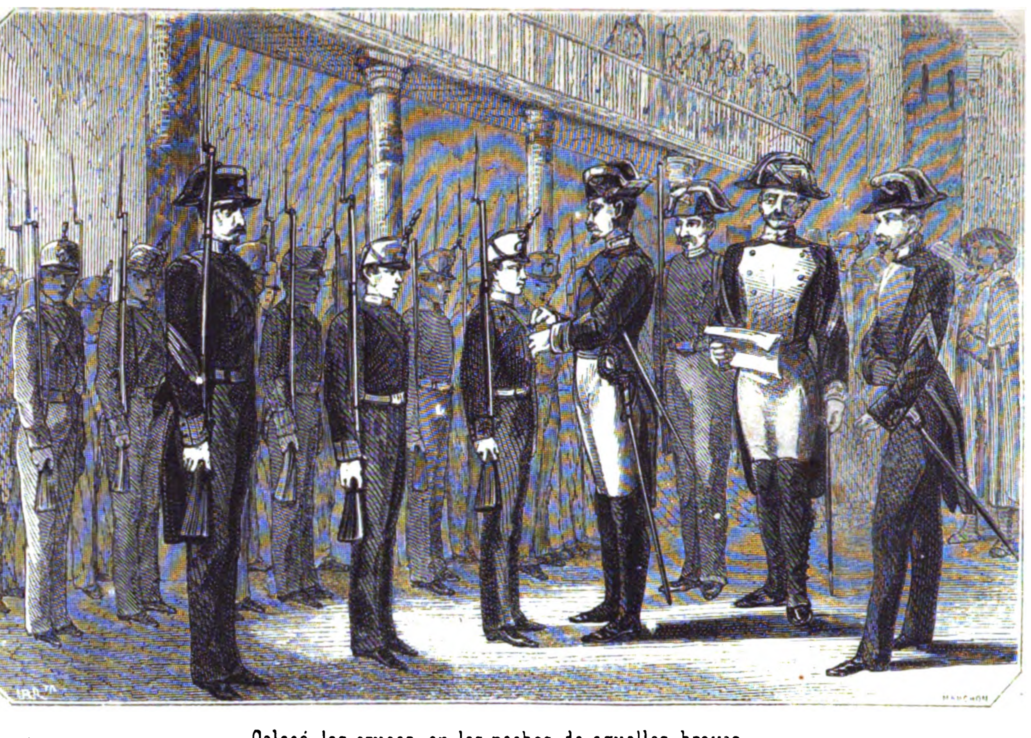
chez tuvo el honor de presentarlos á los Sres. Ministro de la Gobernacion, Director general y Gobernador civil de la provincia, cuyas autoridades les tributaron los mayores elogios por su brillante y heróica conducta.

Semejante servicio no podia quedar sin recompensa; así es que en aquel mismo dia recibió el comandante de los Guardias jóvenes, Don Vicente García Aguado (1), una expresiva comunicacion del Sr. Director general del Cuerpo, manifestándole la satisfaccion con que habia visto los importantes servicios que habia prestado la fuerza, y sobre todo el acto de arrojo de los dos Guardias jóvenes, á los que esperaba diese las gràcias en su nombre, disponiendo además que se obsequiase á toda la compañía con un extraordinario en la cena de la nochebuena próxima. El mismo dia 24, y á propuesta del Director, resolvió S. M. la Reina, que al subteniente don Manuel de la Huerta y Huerta se le incluyese en turno de eleccion en la escala de ascenso, concediendo ademas al sargento Sanchez Ecija la cruz sencilla de M. I. L., y la misma pensionada con 30 rs. al mes, á los Guardias jóvenes Franco y Fernandez, cuyas cruces de plata acompañaban á la comunicacion, para que les fueran colocadas en el pecho al frente de la compañía.

El dia 26, segundo de Pascua, una inmensa concurrencia llenaba la plaza del pueblo de Valdemoro, mirando con avidez la brillante compañía de Guardias jóvenes que en traje de gala formaban en ella.

Todos fijaban su vista en dos gallardos jóvenes que formaban á la cabeza, y esperaban con ansiedad á su

(1) Hoy capitan de la 4.ª compañía del tercio de Madrid.



Colocó las cruces en los pechos de aquellos bravos.

comandante. Llegó por fin este y mandó salir al frente de las filas al sargento primero de la compañía José Sanchez Ecija y á los jóvenes Romualdo Franco y Agustin Fernandez, é inmediatamente colocó las cruces en los pechos de aquellos bravos en nombre de S. M.; no bien terminó el acto, cuando una entusiasta aclamacion resonó por todos los ámbitos de la plaza.

Aquel espectáculo era por demas conmovedor.

El pueblo de Valdemoro se deshacia en demostraciones cariñosas y tributaba infinitos elogios á los jóvenes héroes de Seseña, que han alcanzado otra dicha, cual es la de figurar en un distinguido puesto entre los muchos héroes cuyos nombres constituyen las páginas de gloria de la benemérita Guardia Civil.

EPILOGO.

Hemos dado la última pincelada al cuadro; pero no podemos menos de declarar que la mano de obra es demasiado imperfecta para un asunto tan bello y elevado.

Improbo sería el trabajo que empleásemos en demostrar la utilidad y la importancia de un hecho réconocido por todos; pero no podemos menos de decir cuatro palabras, que al par que constituyen la síntesis de nuestra historia, demuestran la grande importancia de la institucion de la GUARDIA CIVIL, los grandes beneficios que está llamada á prestar, y lo mucho que contribuye con sus servicios á la civilizacion y progreso de los pueblos.

¿No creeis en una verdad tan palpable? pues contemplad el grandioso cuadro que se ofrece á vuestros ojos y contestadnos despues lo que os parezca.

Ahí teneis á un pueblo numeroso cuyos individuos se agitan unos en convulsivos movimientos, dejándose llevar de bastardas pasiones, y empezando su carrera en el vicio para ir á precipitarse despues en el crímen; otros

girando al rededor de la virtud, sin atreverse á subir hasta ella, temiendo las asechanzas de la maldad, que cubierta con una hipócrita máscara, espia sus pasos; y otros, en fin, deleitándose en las obras del progreso humano, pero careciendo de valor para realizar aisladamente beneficiosos proyectos, temerosos de exponer sus personas, sus afanes y sus bienes al puñal y á la rapacidad del malvado.

Hé aquí planteado el problema: vamos á resolverle: veamos qué parte tiene en él esa institucion.

Mas para ello es preciso que cojais la historia contemporánea en vuestras manos; que recordeis las costumbres del primer tercio de nuestro siglo; que tengais á la vista la estadística criminal, y que interrogueis á los campos para que os digan cuál era su estado en aquella época.

No se habia creado aun la Guardia Civil. Cuadrillas de ladrones cruzaban por las carreteras que ponian en comunicacion las mas importantes ciudades de España, mientras que numerosos rateros pululaban por todos los caminos, y se albergaban en todos los pueblos. Los ajentes de la justicia y de las municipalidades eran impotentes para destruirlos y capturarlos. Era preciso para viajar entonces, organizar una especie de carabanas protegidas por escopeteros ó por la fuerza pública; y aun las generaciones que espiran, cuentan á las generaciones nacientes los hechos notables y caballerescos, bajo cierto punto de vista, de bandidos tristemente célebres.

Inseguros los campos, sin garantías tambien de seguridad el comercio, no salian del estado de postracion, y la industria yacia exánime en la cuna El labrador no rompia con su arado mas tierra que la inmediata á las

tapias del lugar; los productos se consumian en el mismo pueblo, y no habia nadie tan osado que se atreviera á trasportarlos á la villa ó á la ciudad inmediata.

El asesino y el ladron doméstico buscaban la impunidad de sus crímenes en las cuevas de los bandidos, que vivian en los montes, y aquellos criminales venian á ser la nueva sábia que alimentaba á estas agrupaciones de foragidos. Tal era el estado de nuestro país antes de la creacion del benemérito Cuerpo de la Guardia Civil, y cuyo estado no pintamos con sus mas vivos colores, no describimos con todos sus detalles por falta de espacio.

Echemos una ojeada sobre el presente. Figúrense nuestros lectores que lo que hemos dicho hasta aquí sirve de introduccion á nuestras Crónicas. Lean después, una por una, todas ellas, y coloquémonos ahora en el término final de nuestro libro. ¿Qué es lo que habeis visto? ¿Cuáles son los servicios que ha prestado la Guardia Civil? ¿Qué bienes ha producido esa institucion á nuestra sociedad? Vamos á decirlo en cuatro palabras: nuestro presente es la antítesis de nuestro pasado.

Ved hoy al labrador, que confiado y tranquilo, no se limita ya á cultivar las tierras inmediatas á la aldea, sino que se aleja de sus tapias á largas distancias; que convierte los páramos en campos de espigas; los montes en frondosos viñedos y olivares, edificando en medio de ellos su casa de labranza, su lagar ó su molino para dar nueva forma á los productos de la agricultura.

Echad una mirada por los antes desiertos caminos, y los hallareis poblados de viageros que circulan tranquilos en todas direcciones y de porteadores que conducen en toda clase de medios de locomocion, los objetos de co-

mercio, sin temor á que un bandido les prive en un instante del fruto de sus afanes y trabajos.

Contemplad nuestra industria y la vereis floreciente en muchos pueblos que antes estaban muertos para la vida industrial, porque no podian sin grandes riesgos dar salida á los productos de su actividad y de su ingenio.

Recordad las costumbres de la época que os hemos citado, y comparadlas con las de los tiempos presentes, y vereis cuánto ha bajado la cifra de la criminalidad. Y ¿á quién podremos atribuir tan notable cambio?

No lo diremos de una manera absoluta, pero sí sostendremos, fundados en razones muy poderosas, que la Guardia Civil, con su actividad, con su esquisita vigilancia y con su denuedo y probado arrojo, ha contribuido muy eficaz y poderosamente á estirpar la mala semilla del campo social, y á inspirar confianza en el ánimo de los hombres, que seguros y tranquilos, utilizan su ingenio y sus fuerzas llevando á cabo todas las obras útiles y provechosas para sus familias y para la sociedad.

Pero no han sido esos los solos beneficios que ha prestado tan benemérita institucion. No han cumplido sus individuos con el solo y estricto deber que les marcaba su rígido reglamento; se han excedido, por decirlo así, de esos deberes, y acostumbrados á practicar el bien, han subido por medio de las acciones mas generosas, hasta las mas sublimes virtudes. ¡Oh! ya habeis leido los grandes hechos de desprendimiento, de abnegacion, de caridad, de valor y hasta de heroismo, que son otras tantas y elocuentes pruebas de la bondad de esa institucion, salvadora del órden, inspiradora de la seguridad y garantía de los pueblos; que constituyen la aureola de

gloria de esa institucion benemérita, y que infunden mayores y mas lisonjeras esperanzas para el porvenir.

Sí; tan brillantes precedentes no serán manchados jamás por los hijos de ese benemérito Cuerpo; semejantes precedentes les obliga á seguir por la misma senda del valor, de la virtud, de la abnegacion y del honor, que les han trazado sus antecesores, y Dios permita que no haya Gobiernos que, en vez de perfeccionar las leyes de su instituto para el mejor cumplimiento de sus beneficiosos servicios, le desprestigien, le desautoricen ó le destruyan sacándole del cumplimiento de su mision para erigirle en instrumento de contiendas ó de venganzas civiles, que excitan el ódio y la animadversion de unos ó de otros pueblos, contra los que ejecutan semejantes actos.

Dios permita que nadie se acuerde de la Guardia Civil mas que para perseguir el crímen, protejer la virtud y la honradez, y prestar un auxilio al necesitado. Este es el medio mas apropósito para que esa institucion benemérita se eleve al apogeo de la gloria, á que la hacen acreedora las virtudes que germinan en el alma de todos sus individuos.

FIN.

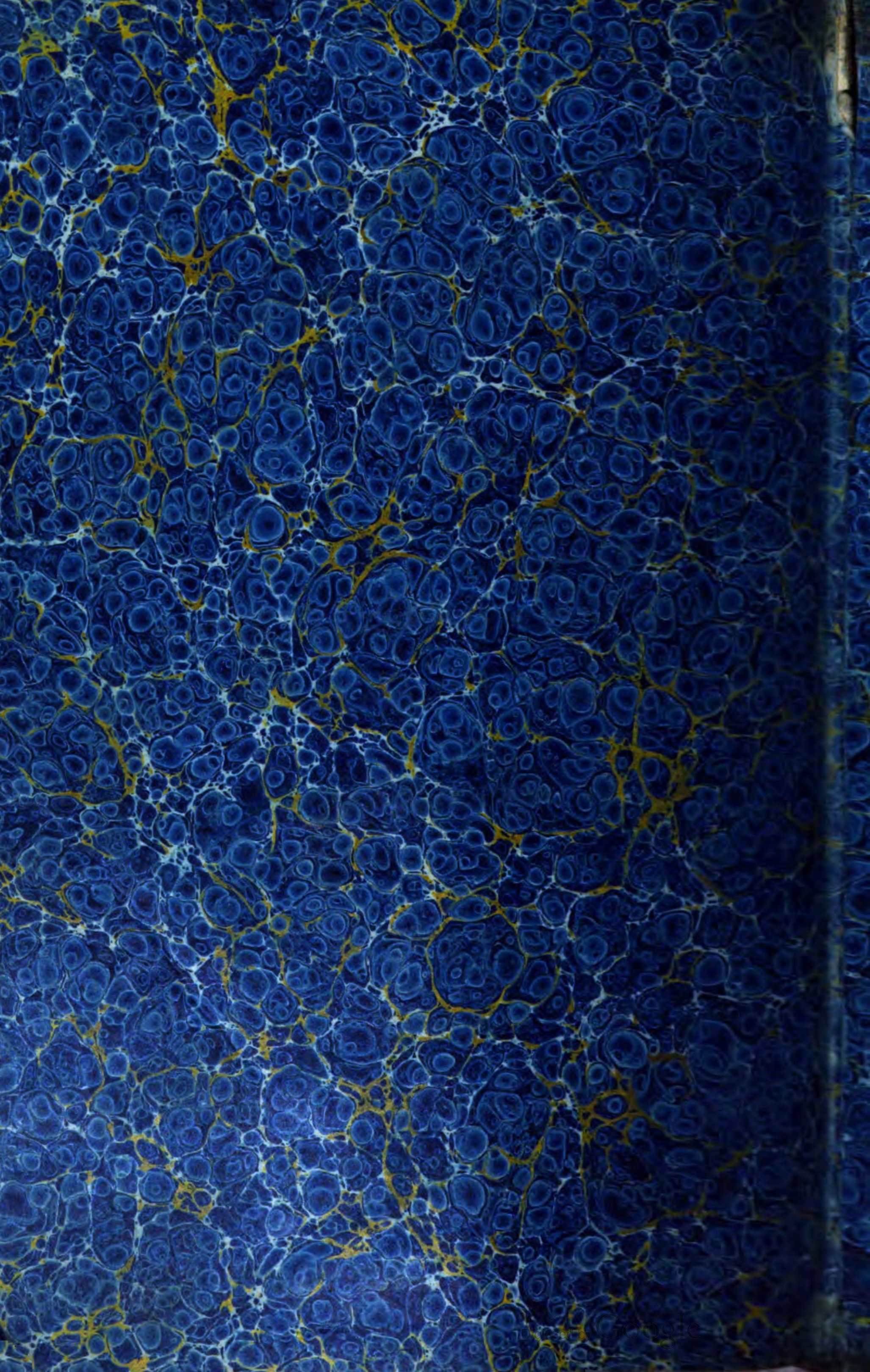


ÍNDICE

DE LAS CRONICAS CONTENIDAS EN ESTA OBRA.



PLANTILLA PARA LA COLOCACION DE LAS LAMINAS.




Biblioteca de Catalunya
Adq. C-Tus
CB. 1001132741
Top. Tus - 8 3057
Generalitat de Catalunya Departament de Cultura
BC 27
Digitized by Google

